

**CUENTOS  
COMPLETOS  
DE  
LORRIE  
MOORE**

**«GENIAL, DIVERTIDA Y HONESTA»,  
JONATHAN LETHEM**

**Seix Barral**

## Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Autoayuda

Citas

Cómo ser la otra mujer

De lo que se apoderan

Guía de divorcio para niños

Cómo

Irme de esta manera

Cómo hablar a tu madre (Notas)

Amahl y los visitantes nocturnos: una guía...

Cómo hacerse escritora

Llenar

Como la vida misma

Cita

Dos chicos

Vissi d'Arte

Alegría

Además usted es feo

Sitios donde buscar la cabeza

El cazador judío

Otra vez muerto de hambre

Como la vida misma

Agradecimientos

Pájaros de América

Dedicatoria

Citas

Dispuesta

Que es más de lo que puedo decir de ciertas personas

Danza en Estados Unidos

Vida en comunidad

Agnes de Iowa

Charadas

Arre, borriquito, vamos a Belén

Una nota preciosa

Si es lo que te apetece, vale

La agencia inmobiliaria

Gente así es la única que hay por aquí...

Una madre estupenda

Agradecimientos

## Gracias por la compañía

Dedicatoria

Citas

Muda

El enebro

Pérdidas de papel

Enemigos

Alas

Referencial

Sujeto a registro

Gracias por la compañía

Agradecimientos

## Notas

## Créditos

# Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre  
una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

## ¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## SINOPSIS

Desde la publicación de *Autoayuda*, su primer libro de relatos, Lorrie Moore ha sido aclamada como una de las voces más importantes e influyentes de la ficción estadounidense. Sus historias, ferozmente divertidas y conmovedoras, hablan de la brecha que separa a hombres y mujeres, de la soledad que acompaña a los que han dejado de creer en el amor y de todos esos deseos tan íntimos que nunca pronunciaríamos en voz alta. En este volumen se reúnen por primera vez, en una hermosa edición en tapa dura, todos sus cuentos, la mayoría de los cuales se encontraban descatalogados hasta este momento.



Seix Barral Biblioteca Formentor

---

# Lorrie Moore

## Cuentos completos

Traducción del inglés por  
Alejandro Pareja, Isabel Murillo,  
María José Galilea y Daniel Gascón

# **AUTOAYUDA**

El propósito de este libro es presentar los diversos modos a través de los cuales se reproducen los animales invertebrados [...]. Algunos animales invierten los sexos, otros se arrojan dardos estimulantes y finalmente algunos pierden un brazo al aparearse.

HAIG H. NAJARIAN,  
*La vida sexual de los invertebrados*

Si va a dar la mano a una persona que ha perdido un brazo, dele la otra mano. Si ha perdido los dos brazos, sacúdale la punta de la mano ortopédica (hágalo con rapidez y sin dar muestras de apuro).

*El libro completo de la etiqueta*  
de Amy Vanderbilt

Écheles algunos huesos a los perros y entierre el resto alrededor de los frutales...

PHYLLIS HOBSON,  
*Cómo hacer la matanza en casa*

## CÓMO SER LA OTRA MUJER

Os conoceréis con gabardinas caras de color beis, una noche espesa como el caldo. Igual que en una película de detectives. Primero, quédate delante del escaparate de Florsheim, en la calle Cincuenta y siete, pega la cara al cristal, mira los Hummels de terciopelo falso que giran alrededor de los zapatos de piel; algunos son blancos como los que lleva tu padre y están apoyados en guirnaldas sobre un montoncito de nieve sintética. Todas las tiendas han cerrado. Ves tu aliento en el cristal. Dibuja un símbolo de la paz. Esperas un autobús.

Él surge de la nada, se parece a Robert Culp, la niebla se espesa, luego se abre, después es como si se volviera a cerrar a su espalda. Te pide fuego y, sorprendida, te sobresaltas levemente, pero le das tus cerillas del Lucky's Lounge, «donde el ocio es cosa seria». Tiene una risita agradable, uñas agradables. Enciende el cigarrillo protegiendo la punta con las manos y le da una calada honda, como si se muriera de hambre. Al soltar el humo sonríe, te devuelve las cerillas, te mira a la cara, te dice: «Gracias».

Después se queda no muy lejos de ti, esperando. El mismo autobús, quizá. Intercambiáis miradas furtivas, moviendo los pies. Finge que contemplas la nieve sintética. Sois dos espías que miráis rápidamente los relojes, escondéis el cuello entre los hombros, lleváis subida la solapa de la gabardina y cortáis lentamente como aletas de tiburón la niebla iluminada por las tiendas y los taxis. Empezáis a hacer círculos, os calibráis el uno al otro con olisqueos primigenios, os miráis, con movimientos furtivos, tan penetrantes como Basil Rathbone.

Llega un autobús. Va abarrotado, todos contemplan sin humor las axilas de los demás. Baja una mujer rubia con pinzas en el pelo y los zapatos en la mano.

Os subís juntos, os agarráis a barras cromadas contiguas y, cuando el autobús suelta su resoplido y se pone en marcha con estruendo, sacas un libro. Pasado un minuto, te pregunta qué lees. Es *Madame Bovary* con el forro de una biografía de Doris Day. Intenta explicarle lo de los forros de los libros. Te sonríe, interesado.

Vuelve a tu libro. Emma abre su ventana pensando en Ruan.

—¡Qué tiempito! —le oyes suspirar con un acento levemente británico o de la clase alta del estado de Delaware.

Levanta la vista. Di:

—No es apto para ningún bicho viviente.

Parece una tontería. No tiene sentido.

Pero así es como os conocéis.

En el cine es tierno, te acaricia la mano bajo el asiento.

En los conciertos es encantador y atento, te invita a copas, te busca el tocador de señoritas cuando no lo encuentras.

En los museos es sabio y cariñoso, te acompaña despacio entre las urnas cinerarias etruscas con gestos afectuosos y una diplomatura en Historia del Arte de la Universidad de Columbia. Es amable; se ríe de tus bromas.

Después de cuatro películas, tres conciertos y dos museos y medio, te acuestas con él. Te parece el número adecuado de actos culturales. Pones en el tocadiscos tu música favorita de arpa y oboe. Te dice el nombre de su mujer. Se llama Patricia. Es una abogada especializada en propiedad intelectual. Te dice que le gustas mucho. Te quedas tendida boca abajo, desnuda y todavía demasiado acalorada. Cuando te pregunte «¿Qué te parece?», no digas «ridículo» ni «lárgate de mi apartamento». Apoya la cabeza en una mano y responde:

—Depende. ¿Qué es la legislación de la propiedad intelectual?

Te sonríe.

—Ah, ya sabes. Cuando el ocio es cosa seria.

Échale una sonrisita apretada y tensa.

—Es que no quiero que te sientas incómoda con esto.

Di:

—Eh. Yo soy una persona muy tranquila. Soy dura.

Enséñale el bíceps.

Cuando tenías seis años te creías que *amante* significaba algo molesto, como ponerse un zapato en el pie equivocado. Ahora eres mayor y sabes que puede significar muchas cosas, pero que esencialmente significa ponerse el zapato en el pie equivocado.

Caminas de manera diferente. No te reconoces en los escaparates; eres otra mujer, una loca escaparatista con gafas que tropieza frenética y preocupada entre los maniquíes. En los servicios públicos te sientas aplastada peligrosamente en el asiento del retrete, como un extraño helado de carne desesperada y regocijante, y murmurás a tus muslos, que adquieren un color azulado:

—Hola, soy Charlene. Soy una amante.

Es como tener un libro prestado de la biblioteca.

Es como tener constantemente un libro prestado de la biblioteca.

Quedáis a menudo para cenar, después del trabajo, compartís litros enteros del tinto de la casa, después recorréis a trompicones las dos manzanas hacia el este, las veinte manzanas hacia el sur hasta llegar a tu apartamento y os tumbáis en el suelo del cuarto de estar con las gabardinas caras de color beis todavía puestas.

Es analista de sistemas (ya habéis agotado las bromas al respecto), pero te revela que lo que quiere ser de verdad es actor.

—Bueno, ¿y cómo te hiciste analista de sistemas? —le preguntas, qué gracia tienes.

—Como se hace uno cualquier cosa —responde pensando en voz alta—. Estudié y envié currículos.

Una pausa.

—Patricia me ayudó a preparar un currículo estupendo. Demasiado estupendo.

—Ah.

Piensa en los estudios para amante, el título, los currículos. Puede que no estés cualificada.

—Pero el trabajo de análisis de sistemas no se me da demasiado bien —explica, mirando el techo agrietado y más allá, mucho más allá—. Calcular la eficiencia en función de los costes de doscientas personas que se pasan quinientas páginas de un lado a otro de un escritorio nuevo de metro por metro y medio... No soy una persona organizada, como lo es Patricia, por ejemplo. Es increíblemente ordenada. Hace listas de todo. Es impresionante.

Di con voz inexpresiva, apagada:

—¿Qué?

—Que hace listas.

—¿Que hace listas? ¿Y eso te gusta?

—Bueno, pues sí. Ya sabes, de lo que va a hacer, de lo que tiene que comprar, los nombres de los clientes que tiene que ver, etcétera.

—¿Listas? —murmuras tú desanimada, desangelada, con tu cara gabardina beige todavía puesta.

Hay un silencio largo, cansado. ¿Listas? Te pones de pie, te limpias el polvo de la gabardina, le preguntas qué quiere beber y después vas directa a la cocina sin aguardar su respuesta.

A la una y media se levanta en silencio, salvo por el roce suave que hace al vestirse. Se marcha antes de que te hayas quedado dormida del todo, pero antes se inclina sobre ti con su cara gabardina beige y te besa las puntas del pelo. Ah, te besa el pelo.

CLIENTES QUE VER  
Fotos de cumpleaños  
Rollo de celo  
Cartas a TD y a mamá

En teoría sigues siendo secretaria de Karma-Kola, pero llevas al cuello la llave de la asociación de estudiantes Phi Beta Kappa colgada de una cadena de oro barata, con la esperanza de que alguien se fije en ti a la hora de un ascenso. Por desgracia, has perdido el respeto de todos tus compañeros excepto uno, y también el de muchos de tus superiores, que trabajan para poder enviar a sus hijas a la universidad para que no tengan que ser secretarias, y que por lo tanto te miran con desprecio por ser una fracasada a pesar de tener una licenciatura. Es como ser licenciada en fracaso. Pero Hilda te aprecia. Eres joven y le recuerdas a su hermana, la patinadora profesional.

—Pero si a mí no me gusta patinar —le aclaras.

Y Hilda sonríe, asintiendo con la cabeza.

—Ajá, eso es exactamente lo que ella me dice a veces, y lo dice de la misma forma que tú.

—¿De qué forma?

—Ah, no lo sé —responde Hilda—: con el flequillo con raya en medio, ese aire.

Pregúntale a Hilda si quiere salir a almorzar contigo. Mientras os coméis unos bocadillos de carne con chucrut, pregúntale si ha tenido alguna vez una aventura con un hombre casado. A medio bocado, mientras intenta completar la coreografía de su masticar, le chorrea salsa rusa en las manos.

—Una vez —explica—. Fue el último amante que he tenido. Hace más de dos años.

Di «Ay, Dios» como si fuera algo horrible y trágico, e intenta después mitigar la grosería carraspeando y añadiendo:

—Bueno, supongo que no es tan terrible.

—No —suspira ella de buen humor—. Su mujer tenía la enfermedad de Hodgkin, o eso creían todos. Cuando le hicieron el diagnóstico correcto y no resultó tan negativo, volvió con ella. ¿Tú lo entiendes?

—Supongo —contesta dubitativa.

—Sí, puede que tengas razón. —Hilda sigue limpiándose carne con chucrut del dorso de las manos con una servilleta—. Bueno, de todas formas, ¿con quién te has liado?

—Con uno que tiene una mujer que hace listas. Tiene la enfermedad de Hacelistas.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé.

—Sí —replica Hilda—. Típico.

CLIENTES QUE VER

Tomates en lata

Pasta de dientes ecológica

Desodorante ecológico

Vitamina C de oferta, Rexall

Ver: otro zapatero, calle 32

—La verdad es que Patricia ha tenido una vida muy interesante — comenta él, fumándose un cigarrillo.

—¿Ah, sí? —contestas, aplastando otro en el cenicero.

Haz una lista de todos los amantes que has tenido.

Warren Lasher

Ed Catapano *Cabeza de Goma*

Charles Deats o Keats

Alfonse

Méteela en el bolsillo. Déjala por ahí, a la vista. No sabes cómo, pero la pierdes. Tómate el pelo diciendo que eres «una perdida». Haz otra lista.

Susurra «No te vayas todavía» cuando se deslice de tu cama antes de salir el sol y tú estés allí, tendida boca arriba, refrescándote, desnuda entre las sábanas y oliendo a un sudor de almizcle, de cebolla. Siéntete gris como una toalla abandonada en unos vestuarios. Míralo mientras se vuelve a poner los pantalones, el suéter, los calcetines y los zapatos. Extiende la mano y agárralo del muslo mientras se inclina y te besa rápidamente, diciéndote que no te levantes, que ya cerrará la puerta al salir. En la oscuridad cargada de humo lo ves esbozar una sonrisa débil, culpable, e intentar despedirse desde la puerta con un gesto falso y desenvuelto de la mano. Vuélvete de costado, hacia la pared, para no tener que ver cómo se cierra la puerta. Oyes el ruido, no obstante, el tintineo de las llaves y el chasquido de la cerradura, las pisadas fuertes que después se van perdiendo por la escalera, el golpe de la puerta de la calle, después nada, todos sus ruidos se mezclan con la ciudad, su cara pasa sin nombre hacia el barrio alto en un autobús o en un taxi con mala calefacción mientras las ventanas del dormitorio, de todo el edificio en que vives, se estremecen cuando pasa un camión escandaloso hacia el puente de Queensboro.

Pregúntate quién eres.

—Hola, soy Atila —dice con una voz falsa y grave cuando coges el teléfono en la oficina.

Suelta una risita. Como si fueras tonta. Di:

—Ah. Hola, huno.

Hilda se vuelve para mirarte con una expresión de quémoscate-ha-picado. Encógete de hombros.

—¿Comemos juntos más tarde?

Di:

—¿Carne? Ya sabes que la carne no puedo ni verla, soy vegetariana.

—Qué graciosa, qué gracia tienes —observa, sin reírse, y durante el almuerzo te da sus tomates.

Bébete dos vasos enormes de vino y sonríe con todas sus anécdotas de la oficina y de su suegra. Eso hace que le chispeen los ojos y le salgan arrugas en las comisuras, que la cara se le ponga satisfecha y brillante. Cuando la camarera retira los platos, hay un silencio en el que los dos bajáis los ojos y los volvéis a alzar.

—Cada día estás más guapa —te dice mientras sostienes la copa de vino sobre la nariz y el borgoña te cae a raudales por la garganta.

Deja la copa. Sonrójate. Sonríe. Juguetea con tu llave de Phi Beta Kappa.

Cuando os levantéis para marcharos, respira hondo. Enfrente del restaurante, de donde partiréis en direcciones opuestas, no le des un beso entre la multitud del mediodía. El despacho de Patricia está cerca y ella tiene la costumbre de ir al banco más o menos a esa hora; a él se le pondría rígida la espalda y movería los ojos de un lado a otro como un loco. En lugar de eso, haz un rápido movimiento de pies, como si llevaras una cadena y una bola, como viste hacer a Barbra Streisand en una película. Haz un gesto ampuloso con el brazo y di:

—Hasta que volvamos a vernos para comer.

El ascensor de la oficina va despacio y está lleno de gente; te olvidas de bajar en el décimo piso y lo tienes que hacer desde el diecinueve. Cinco minutos después de llegar mareada a tu escritorio, suena el teléfono.

—Espérame mañana a las siete, delante del Florsheim —dice —, y te llevaré a mi castillo. Patricia va a una convención sobre derechos de autor.

Espera helándose delante del Florsheim hasta las siete y veinte. Aparece, por fin, corriendo, jadeando entre disculpas (acaba de volver del aeropuerto), con la gabardina abierta, y tira de ti a paso vivo hacia la parte alta de la ciudad, rumbo a los museos de arte. Vive cerca de los museos. Pregúntale qué es una convención sobre derechos de autor.

—Un lugar donde el ocio es cosa seria y así se toma —explica con voz tranquila, alargando las palabras y sonriendo, avivando su paso y el tuyo.

Te besa la sien, te retira el pelo de la cara.

Llegas a su edificio en veinte minutos.

—¿Ya estamos aquí?

El portero del castillo lleva la bragueta abierta. Sonríele con educación. En el ascensor, di:

—No vale la pena subir una bragueta que nadie mira.

El ascensor traquetea a lo largo de los ocho pisos de manera peculiar, como si alguien estuviera carraspeando obsesivamente.

Cuando abre por fin la puerta del apartamento, te hace pasar a un cuarto de estar en forma de ele, repleto de plantas y carteles con marco dorado que anuncian exposiciones a las que hace ya seis años que es demasiado tarde para ir. La cocina está a un lado: pequeña, digital, austera, con un pequeño ejército de utensilios cromados que cuelgan de la pared beligerantes y limpios como espadas. Da vueltas por allí, nerviosa como un perro que olisquea la casa. Asómate al dormitorio: en el centro, como una flor gigante, hay una cama tamaño reina con una colcha holandesa de Pensilvania. En una mesilla de noche hay un marco con peana con una foto de una mujer vestida de esquiadora. Te asusta.

Cuando vuelves al cuarto de estar, te lo encuentras preparando unos combinados con whisky escocés.

—Ya estamos aquí —repites, con una sonrisa forzada y una agitación extraña en el tórax.

Enciende uno de sus cigarrillos.

—¿Te guardo el abrigo?

Muéstrate rara y difícil. Di:

—El beis me gusta. Creo que es práctico.

—¿Qué te pasa? —pregunta cuando te da la copa.

Intenta decidir qué debes hacer:

1. Abrirte de un tirón la gabardina, enviando los botones al otro lado de la habitación como torpedos, para que caigan en la esparraguera con una serie de golpecitos.
2. Ir al baño y hacer gárgaras con agua caliente del grifo.
3. Bajar a la calle y parar un taxi para que te lleve a casa.

Te pone la boca en el cuello. Rodéalo tímidamente con los brazos. Susúrrale al oído:

—Mmm..., hay una mujer, otra mujer en tu cuarto.

Cuando esté totalmente dormido encima de ti, en plena noche, alarga el brazo izquierdo hacia la mesilla, despacio, como un brazo mecánico PROGRAMADO para realizar una misión secreta de espionaje, a oscuras acércate a la cara la foto de la esquiadora e intenta estudiar sus rasgos por encima del hombro de él. Parece que tiene una sonrisa bonita, el pelo corto, no hay cejas, las aletas de la nariz abiertas, un cuerpo indescifrabla envuelto en nailon, plumón y lana.

Sal de debajo de su cuerpo dormido deslizándote con cuidado, como un calzador (él suelta un gruñido soñoliento), y ve al armario empotrado. Ábrelo con el mínimo de crujidos y contempla la ropa de ella. Unos pocos trajes sastre. Parece que tiene blusas beis y muchas cosas marrones. Enciende la luz del armario. Mira los

zapatos. Están alineados en pares ordenados, casados, en el suelo del armario. Zapatos negros, zapatillas azules, mocasines marrones, sandalias marrones. Han ido a una universidad privada de las caras, pongamos que en Massachusetts. Mira dentro de sus zapatos. Tiene los pies mucho más grandes que los tuyos. Como pequeños misiles intercontinentales.

Dentro de las cuevas de esos zapatos se forman ojos que abren los párpados, te miran desde abajo, te observan, te hacen guiños desde las plantillas. Son semiamistosos, enigmáticos, les resulta gracioso que les pases revista como a hombrecitos que sonríen desde las escotillas abiertas de una flota de submarinos militares. Apaga la luz y cierra la puerta enseguida, antes de que se pongan a hablar, a bailar o algo así. Escabúllete a la cama otra vez y esconde la cara en su axila.

Por la mañana te prepara el desayuno. Algo con champiñones, huevos y salsa picante.

Usa su cepillo de dientes. El rojo. Mira en el espejo una cara que parece demasiado hinchada para ser la tuya. Imagínate que por error te cepillas con el de ella. Imagínate que una esposa y una amante comparten un mismo cepillo de dientes para siempre jamás, sin saberlo. Mira en el botiquín:

Midol  
Hilo dental  
Tylenol  
Merthiolate  
Paquete de ocho limas de esmeril  
Maquinillas de afeitar y recambios  
Dos tubos de pasta de dientes apretados por el medio: Crest y Sensodyne  
Tiritas  
Crema para las manos  
Alcohol para friegas

## Tres jaboncitos de Cashmere Bouquet robados de un hotel

En la calle, en todas partes, te parece ver a la sosa ladrona de jabón de hotel. Todas las mujeres son ella. Hueles Cashmere Bouquet por todas partes. Ésa es ella. Una que está esperando cerca de ti el autobús directo al centro: sí, ella. Una mujer que está detrás de ti en la cola de una tienda de comida preparada, cerca de Marine Midland, que tiene las manos suaves de crema y pinta de esquiar: por Dios, y tanto que es ella. Ten ataques de sudor frío. Observa fijamente, con curiosidad clínica y terror desbocado, todas las narices con aletas abiertas. Escruta los pies. Mira de reojo los zapatos. Después aparta la vista, como una mujer, como otra mujer, que está perdiendo el juicio.

Sola, a la hora del almuerzo o después del trabajo, sigue mirando fijamente la nariz y los zapatos de todas las personas de sexo femenino de doce años para arriba. Siente que te tiembla la cara y sal corriendo dos veces de Bergdorf's —un acto irracional— porque estás segura de que es ella la que está en los percheros de faldas rebajadas, eligiendo de nuevo una marrón, con un frasco de Tylenol que le asoma por una esquina del bolso. Siéntate en un muro de granito en la plaza GM y recobra el aliento. Escucha a un viejo que canta *Frosty, el muñeco de nieve*. Pierde la noción del tiempo.

—Llegas tarde —te susurra Hilda, volviéndose hacia ti—. Carlyle ha venido dos veces preguntando por ti y si ya estaba pasado a máquina el estudio de mercado.

Murmura:

—Mierda.

Sólo vas por la T: Tennessee, consumo de Karma-Kola por kilómetro cuadrado-dólar de inversión en el mercado. Cifras de julio de 1980 a octubre de 1981.

Texas – Año fiscal 1980

Texas – Año fiscal 1981  
Utah

Es como pasar a máquina una guía de teléfonos. Que te asomen lágrimas en los ojos.

CLIENTES QUE VER

1. Enamorada (¿?). Descontrolada. ¿Quién es ése? ¿Quién soy yo? ¿Y quién es esa esposa con esquíes, nariz con aletas y Tylenol? ¿Tiene orgasmos?
2. Regenérate. Se te han caído algunos trozos.
3. Todo lo que haces es un acto masoquista. ¿Por qué?
4. ¿No te aprecias a ti misma? ¿No mereces algo mejor?
5. Necesitas: algo que te lleve al cielo, algo que haga que te vuelvan a gustar las cosas pequeñas, que te siga las curvas de las orejas y te revuelva el pelo y te llame todos los días.
6. Una droga.
7. Un hombre.
8. Una religión.
9. Un buen trabajo. Revisar y enviar currículos.
10. Acuérdate de lo que le dijo la señora Kloosterman a la clase en segundo: alegraos de tener piernas.

—¿Qué vas a hacer en Navidad? —pregunta, tendido boca arriba en tu sofá.

—No lo sé. Iré a Nueva Jersey a ver a mis padres, supongo.  
Una pausa.

—¿Quieres venir a conocerlos?  
Una sonrisa amable, paternal, indulgente.  
—Charlene —ronronea, incorporándose para darte una palmadita en la mano, en tu mano pequeña, estúpida y ridícula.

Te regala un par de zapatillas de piel. Eran lo que querías.  
Tú le regalas un libro de coches.

—Mamá, abre primero el rojo. El otro va con éste.

—Un molinillo de café, vaya, gracias, cariño.

Te da un beso húmedo en la mejilla con un velo navideño en los ojos. Cree que eres maravillosa. Es, sin duda, tu mayor admiradora. Está envejecida y menopáusica. Se empeña en creer que eres directora adjunta de departamento en Karma-Kola. Desea ser tú con muchas ganas, con mucha insistencia.

—Y este paquete es de un café exótico de Colombia, y éste es un descafeinado con sabor a chocolate.

Tu padre se revuelve inquieto en el rincón, mirando su reloj, preocupado porque tu madre debería echar un vistazo al asado.

—Café descafeinado en grano —dice—. ¿Es para mí?

—Sí, papá —responde—. Para ti.

—¿Quién es? —pregunta tu madre más tarde en la cocina, cuando ya has fregado los platos.

—Un analista de sistemas.

—¿Y a qué se dedican éhos?

—Bueno..., se casan mucho. Siempre suelen estar casados.

—Charlene, ¿tienes una aventura con un hombre casado?

—¿Lo tienes que decir así, mamá?

—Te estás buscando un lío —dice despacio, y sigue sacando brillo a la plata con una energía vehemente.

Pregúntate por qué siempre saca brillo a la plata después de las comidas.

Apóyate en la nevera y juguetea con los imanes.

Di suavemente, con cuidado:

—Ya lo sé, mamá, tú no harías una cosa así.

Alza los ojos para mirarte y le tiembla la boca; mechones de pelo castaño grisáceo le cuelgan por delante de los ojos salados, tiene restos secos de crema rosa para limpiar la plata en las manos, en la alianza. Se detiene, deja una cuchara, aparta la vista y te vuelve a mirar con desesperanza, como una muchacha muy joven, sacude la cabeza y rompe a llorar.

—Te he echado de menos —asegura, casi gritando, bullicioso y adolescente, mientras pasea por el cuarto de estar con una especie de expectación, como un niño que ya debería haberse ido a la cama y quiere preguntarte algo—. ¿Qué has hecho en tu casa?

Te frota el cuello.

—Bah, lo normal de las Navidades con mis padres. En Nochevieja fui a una discoteca de Morristown con mi prima Denise, pero elegí mal la ropa. Me puse el jersey de cuello cisne y la falda de tablas que me había regalado mi madre porque le quería dar ese gusto, y no paraba de enseñar las bragas.

Él sonríe y te besa en la mejilla, pues eso le parece encantador.

Sigue:

—Había tres tipos, los tres con camisa morada y sombreritos de papel, que no hacían más que sacarme a bailar. No creo que estuvieran juntos ni que fueran hermanos ni nada de eso. Pero bailé, y cuando tocaron *New York City Girl*, esa canción que habla de lo quemadas que están las mujeres de ciudad y de lo competentes que son, me puse a bailar como una loca y se me cayeron las bragas al suelo. Intenté subírmelas, pero al final tuve que quitármelas y metérmelas en el bolso. Cuando dieron las doce, me eché a llorar.

—Estoy seguro de que lo pasaste muy mal —te dice, pasándote las manos por la parte baja de la espalda.

—Sí, sin duda —replica.

—Estoy pensando en contarle a Patricia lo nuestro.

Muéstrate escéptica. Pregunta:

—¿Qué le dirás?

Él prosigue, seguro:

—Le diré: «Cariño, tengo que contarte algo».

—Y ella te mirará levantando la vista del maletín lleno de documentos y murmurará: «¿Hummmmm?».

—Y yo diré: «Cariño, creo que me estoy enamorando de otra mujer, y sé que estoy teniendo relaciones sexuales con ella».

—Y ella responderá: «Ay, Dios mío, ¿qué has dicho?».

—Y yo aclararé: «Relaciones sexuales».

—Y se echará a llorar desconsolada, y ¿qué harás tú entonces?

Se produce un silencio, estático como la luna. Cambia de postura las piernas, parece confundido.

—Le... diré que estaba de broma.

Te aprieta la mano.

Aféitate las piernas en el lavabo. Filosofa: eres una amante, formas parte de una gran tradición histérica, digo histórica. Las esposas son como las cucarachas. También forman parte de una gran tradición histórica. Te sobrevivirán después de un ataque nuclear (son duras y resistentes y se desplazan en manadas), pero ahora mismo no lo están pasando nada bien. Y cuando miras en el espejo del baño las ves escabullirse por detrás de ti, por arriba, donde no las alcanzas.

Una hora de cócteles de ginebra con lima después del trabajo, una ojeada rápida por Barnes and Noble, y él mira el reloj, te da un besito y dice:

—Buenas noches. Te llamaré pronto.

Sal con él. Quédate allí de pie, tiritando, pero no hagas pucheros. Di:

—Habría sonado mejor «te llamaré luego» que «te llamaré pronto». «Pronto» significa siempre lo contrario.

Te sonríe débilmente.

—Te llamaré dentro de pocos días.

Y cuando se haya marchado, subiendo deprisa por la Tercera Avenida, mírate los pies, da una patada a una colilla y di con tu mejor murmullo juvenil:

—Que te jodan, tío.

Algunas noches dice que intentará ir, pero que no te lo garantiza. Esas noches, sólo por si acaso, pásate dos horas duchándote, vistiéndote, maquillándote hasta dejarte irreconocible, como un hombre que se viste de mujer, y después, como es tarde y tienes que trabajar al día siguiente, métete en la cama tal cual, perfumada y con un albornoz embarazoso, largo, ondulante, con lacitos, que más que una bata es un «salto de cama». Con la vela que se consume en su vaso junto a la cama, quédate dormida a ratos, dispuesta con meticuloso cuidado sobre las colchas, la lámpara de la ventana encendida en el cuarto de estar, la puerta cerrada sin llave por si llega y, con las prisas de la pasión, aquella se le olvida. A seis manzanas de la calle Catorce: te juegas la vida por él, tendida sobre la cama como una tarta ridícula, lo esperas con la puerta cerrada sin llave, te parece oírlo por la escalera, pero no. Deberías llevar un ramillete, piensas. Deberías llevar una maldita orquídea prendida de la pechera del salto de cama largo y ondulante, así estarías tan absurda como debes. Piensa: ¿Qué me ha pasado? ¿Por qué estoy tumbada de esta manera sobre la colcha con tanto Jontue, tanto rímel y tantas joyas, sin darle importancia, haciendo como si me acostara siempre así, cuando un pervertido con seis cuchillos de trinchar nuevos va a colarse por mi puerta sin cerrar? Recuerda: en el instituto de secundaria de Blakely Falls, Willis Holmes habría hecho cualquier cosa por estar contigo. No tienes por qué aguantar esto: quedaste segunda finalista en el concurso de belleza del baile de tercero.

Se oye pasar un camión.

Unos chicos sordomudos, que seguramente habrán salido de un baile del colegio próximo, se encuentran bajo tu ventana, soltando chillidos y aullidos, haciendo ruidos peregrinos. Supones que se están riendo y divirtiendo, pero ellos no se oyen y, de noche, los ruidos son temibles, bestiales.

Tu radio despertador marca la 1.45.

Pregúntate si te estás volviendo vieja, desesperada. Créete que te has convertido de verdad en otra mujer:

en tu tía solterona Phyllis;

en una camarera hipocondriaca de un bar de copas;

en un travesti esplendoroso que se ha perdido y ha subido desde el Village.

Cuando pasan siete días seguidos sin tener noticias de él, envíales postalitas ingeniosas a todos tus amigos de la universidad. El octavo día, cuando te llama por fin a la oficina murmurando cosas lascivas en alemán, sigue lacónica. Di: «*Ja... nein... ja*».

En el almuerzo, mira la crema de coliflor con la boca fruncida y pregúntale qué demonios hacen su mujer y él cuando están juntos. Muéstrate irritada. Él se encoge de hombros y dice:

—Quitar el polvo, comer, reñir por la cortina de la ducha. ¿Por qué lo preguntas?

Responde:

—No lo sé. Qué pregunta tan escandalosa, ¿eh?

Te echa una mirada comprensiva que podría resucitar a un gato muerto.

—Estás molesta porque no te he llamado.

Extiende la mano sobre la mesa para tocarte los dedos. Retírala. Di:

—No te lo creas tanto.

Aparta ligeramente la vista. Cúbrete los ojos con la mano como si tuvieras dolor de cabeza. Di:

—Dios, lo siento.

—No importa —añade él.

Y tú piensas: Aquí hay algo que retrocede. Que va para atrás. Un error. Como los errores de «Las ocho diferencias» en las revistas para niños que hay en las consultas de los dentistas. Dolores de muelas. Dolores de estómago. Dios, la crema. Pide disculpas y corre al tocador de señoritas. Cierra la cabina dando un portazo. Apoya la espalda en la puerta. Observa el agujero del retrete.

Hilda está preocupada por ti y piensa que con un primo suyo de Brooklyn puede arreglar tu situación.

Pregúntale con voz cansada:

—¿Cómo se llama?

Te mira arrugando el entrecejo.

—Mark. Es banquero. ¿Y qué actitud es ésa, coño?

Mark te invita a una cerveza en un café griego que está cerca del cine.

—Así que eres secretaria.

Muéstrate violenta y haz una broma: «Sedentaria, más bien», y míralo con sorpresa y horror cuando suelte una carcajada y un resoplido excesivos.

Di:

—La verdad es que debería haber sido bailarina. Todo el mundo me lo ha dicho siempre.

Mark sonríe. Le gusta imaginarte como bailarina.

Míralo con frialdad. Añade:

—No, nadie me lo ha dicho nunca. Me lo acabo de inventar.

Pasa toda la película olvidándote de leer los subtítulos, pensando en cambio si deberías acostarte con Mark el banquero. Échale miradas de reojo. A oscuras, su perfil parece importante y misterioso. O algo así. Te pilla mirándolo, se vuelve y te guiña un

ojos. Dios santo. Parece como si estuviera invirtiendo algo en todo esto. Esos banqueros... Suspira. Mira al frente. Llega a la conclusión de que no tienes energía, interés.

—He salido con otro.

—¿Cómo?

—Con un banquero. Fuimos a ver una película de Godard.

—Vaya... Bueno.

—¿Bueno?

—Quiero decir que es bueno para ti, Charlene. Debes hacer cosas así de cuando en cuando.

—Sí. Es muy rico.

—¿Lo pasaste bien?

—No.

—¿Te acostaste con él?

—No.

Te besa en la oreja casi con agradecimiento. Revuélvete. Ten una contracción nerviosa. Miente. Di:

—Digo, sí.

Él asiente con la cabeza. Aparta la vista. No dice nada.

Recorta un calendario viejo haciendo una tira por semana. Colócalas en el suelo de tu cocina, como una especie de gráfico de barras sobre el linóleo, representando el número de semanas que has sido una amante: trece. Señala con una equis todas las fiestas nacionales.

Sal a darte un paseo por el frío. Tres niñas que matan el rato en el rellano de la entrada se ríen y gritan a los desconocidos que pasan por la calle. «¡Eh! ¡Eh, señor!» Rodéalas. Piensa: No han tenido nunca un orgasmo.

Una mujer rubia con pinzas en el pelo pasa a tu lado en calcetines, con los zapatos en la mano.

Hay cosas que tienes que decirle.

#### CLIENTES QUE VER

1. Esta relación es humillante.
2. Va en contra de la decencia. ¿No soy más que una vulgar ramera, una zorra vulgar?
3. Ni el más mínimo apoyo emocional.
4. ¿Por qué no me dices nunca «te quiero», o «quédate en mis brazos para siempre, renacuajo mío», o «tus ojos me hacen arder, cachito mío»?

Cuando te vuelve a llamar por teléfono, te dice:

—Estaba soñando contigo y me he despertado de pronto con una sensación inquieta y pesada.

Di:

—Sí, a mí no me gusta nada despertarme con un pesado al lado.

Se ríe con una risa suave, hermosa y de tenor que hace que sientas un calorcillo en los huesos. Y entonces te das cuenta; puede que todo se reduzca a esto: la gente es capaz de hacer lo que sea, lo que sea, a cambio de una risa verdaderamente agradable.

No pierdas la decisión. Busca tu lista a tientas. Suelta las cosas de la manera más convincente que puedas.

Di:

—Sufro humillaciones en tus manos. Y suplicios en tus pies. No sé por qué hago bromas. Me duele.

—Por eso es.

—¿Qué?

—Por eso es.

—Pero a ti no te importa, en realidad.

Haz una mueca. Resulta penoso.

—Pero sí que me importa.

Por algún motivo, eso te deja sin habla.

Sigue diciendo:

—Ya conoces mi situación..., o puede que no. —Pausa—. ¿Qué puedo hacer, Charlene? ¿Quieres que haga el pino, maldita sea?

Susurra:

—Por favor. Haz el pino, maldita sea.

—Son las diez —señala—. Voy para allá. Tenemos que hablar.

Lo que tiene que decirte es que Patricia no es su mujer. Está separado de su mujer, se llama Carrie Porta. Te acuerdas de un chiste que oíste una vez: ¿cómo se apellida una mujer que se casa con un hombre que no tiene brazos ni piernas? Porta. Patricia es la mujer con la que vive.

—¿Quieres decir que no soy más que otra de la jodienda?

Te mira, perplejo.

—Charlene, lo que siempre he admirado de ti, desde que te conocí, es tu fuerza, tu independencia.

Di:

—Esa frasecita es más vieja que andar a pie.

Dile que no fume en tu apartamento. Dile que se vaya.

Al principio protesta. Pero despacio, despacio, se va, subiéndose el cuello de su gabardina cara de color beis, como un Robert Culp viejo y macilento.

Da un portazo a lo Bette Davis.

El amor se te escurre, se lleva contigo una buena parte del azúcar de tu sangre y del agua de tu peso. Eres como una casa que va perdiendo poco a poco la electricidad; los ventiladores se van parando, las luces se amortiguan y parpadean, los relojes se paran, andan y se paran.

En Karma-Kola los días pasan cojos y desnortados, se derrumban unos sobre otros con el tedio cómico de los payasos viejos, no van a ninguna parte.

En abril te suben el sueldo. Celébralo invitando a Hilda a almorzar en el Plaza.

Escribe pidiendo solicitudes de matrícula para hacer cursos de posgrado.

Envíale a Mark el banquero una tarjeta de felicitación por su cumpleaños.

Da largos paseos de noche, en el frío. La rubia con pinzas en el pelo sigue correteando a tu lado eternamente, todavía con los zapatos en la mano. Se ha cortado el pelo.

Él te llama a la oficina de vez en cuando para preguntarte cómo estás. Tú dibujas números y garabatos en las esquinas de las fichas Rolodex. Juguetea con tu llave de Phi Beta Kappa. Mira por la ventana. Siempre, siempre, di:

—Bien.

## **DE LO QUE SE APODERAN**

Mi madre se casó con un hombre frío. No es que no fuera capaz de hacerla reír, que sí lo era: hacía tonterías en la sala de estar (cantaba canciones de cuna con acento italiano, se prendía una aceituna de la solapa con un imperdible, contaba chistes de gallinas, de elefantes o de tontos). Y como actuaba todas las primaveras y otoños con el grupo de teatro musical y le solían dar los papeles graciosos, practicaba a veces en la cocina mientras ella hacía cosas; la hacía sonreír sin que ella quisiera, la hacía soltar risitas sobre el bol de la masa para rebozar. Mi padre era profesor de clarinete y matemáticas en el instituto de secundaria del pueblo. Por lo visto sabía ganarse el aprecio de la gente, hacer locuras con los muebles o resolver problemas a contrarreloj. De esas cosas yo solía enterarme de oídas. Al parecer, la gente de Crasden lo consideraba sorprendente. Decían que era especial. Que tenía talento. Pero cuando hacía el amor con mi madre, tenía los ojos cerrados y la cabeza retirada; después le dirigía una mirada dura, airada, se volvía a su lado de la cama, rígidamente, se quedaba cara a la pared y se la quitaba de encima con un estremecimiento o una mueca de disgusto si le besaba el hombro, le acariciaba el brazo o le ponía la palma de la mano en la espalda desnuda. Mi madre me lo contó antes de morir. Apartó la vista a un lado, hacia las cortinas, y me lo explicó.

Vivíamos a orillas de un lago y oíamos cómo el agua azotaba y lamía los postes del embarcadero por la noche. Al final, amarrado y a flote, teníamos un bote de remos que chocaba contra la madera cuando el agua se agitaba. «Viejo bote, viejo bote», cantaba a veces

James para hacer gracia, en lugar de *Viejo río*, una canción que nos había enseñado mi madre. James y yo compartíamos la cama grande de la habitación del piso de arriba que daba al lago; por la mañana nos despertábamos a menudo mirándonos a los ojos y por la noche pasábamos horas enteras escuchando cómo cobraba vida por arte de magia el mundo subacuático del lago, cuando no lo contemplaba nadie, cuando todo estaba absolutamente oscuro e inmóvil, salvo por una ligera oscilación; los peces buenos, tímidos, se ponían chaquetas rosas y anaranjadas, sonreían e iban al baile, con violines y abanicos orientales.

James era mi hermano adoptivo, mitad hindú y mitad católico de Pensilvania. Sus padres se habían conocido en la universidad. En 1958 su padre volvió definitivamente a una ciudad pequeña al norte de Calcuta y su madre sufrió una crisis nerviosa y vino a vivir a Crasden, pero más tarde se puso enferma y murió. James quedó al cuidado de las autoridades y se vino a casa cuando tenía cinco años y yo cuatro; nunca hablábamos de su pasado. Tenía el pelo negro y liso y una ancha sonrisa blanca. A mí me parecía curioso que tuviera los labios morenos y que se rascara todas las noches la lengua con un rascador de madera.

—Sé amable con James —me decía mi madre—. Ahora es tu hermano.

James lloraba de vez en cuando, pero no con mucha frecuencia.

Las habitaciones de casa eran como canciones. Cada una tenía su propia disposición rítmica y su desorden, de modo que, si cerrabas los ojos, se convertían en una especie de notación musical, en una partitura: grupos de corcheas, montones de tresillos y la redondez de las puertas de madera, como claves, todo ello combinado en una especie de concierto. O a veces, como sucedía en el baño, con su cenega de margaritas y su plástico rojo, creaban una especie de cancioncilla publicitaria, breve, agradable, funcional. Lo que parecía

especialmente sinfónico era la librería del cuarto de estar: los libros hacían buenas migas los unos con los otros, un coro enorme que cantaba por lo bajo; estaban apiñados tras puertas de cristal con tiradores de metal sueltos. En el estante inferior de la librería mi madre guardaba también álbumes de fotos, libros de recortes, anuarios, además de libros grandes y pesados como *La historia del mundo* de Smith y el *Tesoro dorado de cuentos infantiles*. Dentro de un libro tenía fotos suyas en blanco y negro que empezaban con retratos de cuando era pequeña. Los días grises y vacíos yo sacaba ese libro y lo miraba. A los nueve años ya me sabía de memoria todas las fotos. Me daba la impresión de que mirarlas, conocer esos atisbos, era conocerla a ella, convertirme en ella, hacer de mi madre una mujer con aventuras, la mujer de un cuento, de un libro, de una película. Las fotos, de alguna manera, me parecían llenas de fuerza. Todavía las miro a veces, con una taza de café, con el televisor encendido.

En una foto aparece a los seis años con un flequillo aclarado por el sol. Lleva un vestido blanco de playa, está de pie junto a un triciclo grande, mira a la cámara entornando los ojos y frunciendo el entrecejo. Cara de cangrejo. Así lo dijo mi madre:

—Ah, sí, aquí estoy yo, la cara de cangrejo, haciendo pucheros porque quería una gaseosa.

A mi madre le gustaba cantar, pero esperaba a que no estuviera delante mi padre porque le corregía el tono y la hacía ponerse más recta y se empeñaba en que usara mejor los pulmones y el diafragma.

—No cantes como una mula sin cuerpo. Debes usar todo el tórax.

Y ella, sentada en el taburete del piano, miraba con cara de póquer la partitura que tenía delante; tocaba una y otra vez desde el do de la octava superior hasta la octava media con un solo dedo, en

una especie de hipnosis.

—Vete a cortar la hierba del jardín, Enrico —decía a veces.

Y era una broma, porque en realidad mi padre se llamaba Sam y no teníamos jardín, sólo una ladera pedregosa y llena de agujas de pino que bajaba desenfrenadamente desde la carretera hasta el lago. Al otro lado de la casa había un riachuelo lento que goteaba y se deslizaba sobre las rocas con precaución, como con miedo de hacerse daño.

Por la noche, con las luces apagadas, después de habernos oído rezar, mi madre nos cantaba a James y a mí y nos parecía estupenda. Cantaba *En el arroyo del viejo molino* o algún otro éxito de Cole Porter que se sabía de la universidad. Le encantaba Frank Sinatra. Se ponía de pie junto a nuestra cama, haciendo imitaciones ante una de las patas como si se tratara de un micrófono, y después la aplaudíamos a oscuras hasta que nos escocían las manos. (Si cantaba *Peniques del cielo*, al acabar dejaba un centavo en cada pata para que los encontrásemos a la mañana siguiente.) Susurraba «Gracias, gracias» con una risa suave, maravillosa, sonreía y se inclinaba sobre nosotros para darnos besos húmedos en las mejillas, con el pelo suelto, largo, negro, que me rozaba el pecho y la barbilla y que olía a jabón y a seco. Y si había luna, ésta iluminaba el lago y la luz del lago entraba en el cuarto por las ranuras de la persiana y le cubría de rayas el pelo y la cara o la manga del suéter. Y al moverse (para besar a James, para remeter las mantas) las rayas subían y bajaban por ella. Cuando se marchaba, siempre dejaba la puerta un poco entornada, y la lámpara del pasillo enmarcaba la puerta en rendijas de luz sólo interrumpidas por las bisagras. Decía, siempre con un susurro: «Buenas noches, mis dulces gorriones», una expresión que sólo me pareció tonta, indulgente o absurda en una época posterior de mi vida. Y James se quedaba muchas veces tendido boca arriba a mi lado; tarareaba, hasta bien entrada la noche, invisible en la

oscuridad, la letra de *Vieja y malvada luna* cuando la recordaba o, a veces, susurraba simplemente: «Eh, Lynnie, ¿cómo era?», y sacudía las piernas bajo las sábanas.

Una foto con ocho años y tiene el pelo más oscuro, más ondulado, y ya empiezan a crecerle por dentro los huesos de su cara de adulta, a despertársele los pómulos tras la piel. Sonríe en camisa a rayas rodeando con el brazo al tío Don, su hermano pequeño de rostro inexpresivo, delante de una casa donde vivían a las afueras de Siracusa; una casa blanca con porche delantero cerrado y una chimenea de ladrillo pintada del mismo color, dos alerces grandes a cada lado, con las ramas extendidas sobre el tejado, curvadas y protectoras, como bigotes grandes. El tío Don le llega a la barbilla.

Mi padre interpretó el papel del padre de Liza Doolittle en *My Fair Lady* y el del caballero del perro en *Camelot*. Los domingos por la tarde, mi madre nos llevaba al auditorio del instituto de secundaria de Crasden para ver los ensayos; en 1956 todavía estaba nuevo, fuerte, marrón, aterciopelado, y no había perdido su brillo. A mí me encantaba su pendiente oscura y galopaba a lo largo de las filas de asientos plegables vacíos como si fueran pasillos particulares míos. El director se paseaba por delante del escenario, a pocos palmos del foso de la orquesta. En los primeros ensayos sólo contaban con una pianista, una mujer regordeta llamada señora Beales que hacía muchas visitas al servicio. El director siempre estaba gritando: «Toda la acción a la derecha y más al frente, más al frente», mientras agitaba las dos manos como un telégrafo óptico. Tenía un pelo espeso, blanco, como las crines de un caballo, que se peinaba desde la frente hacia atrás pero que le caía, no obstante, de vez en cuando sobre los ojos. Llevaba zapatos blancos y solía combinarlos con alguna prenda de seda azul clara. Entre escena y escena, mi padre solía decir en el escenario cosas que no oíamos pero que hacían reír a todos con una risa desenfadada, teatral, de grupo, con

mucho «ja, ja» y «oh, no», silbidos y pateos afectuosos. El director llevaba a veces gafas de sol y se las ponía en lo alto de la cabeza y decía: «Ay, mierda, vamos a hacer una pausa». Y entonces se encendían las luces y los actores se encaminaban a la cafetería que estaba a dos largos pasillos de mármol de distancia, y como el instituto estaba vacío e iluminado como una bolera se oía el eco de sus pasos y su charla sonora, a la mujer que hacía de Liza Doolittle que seguía chillando «au» y añadía: «¿Has llamado por teléfono a la canguro, Ron?», y el profesor Higgins no iba con ellos sino que se quedaba sentado al borde del escenario mientras se comía un bocadillo que se había llevado, con las piernas colgando y las zapatillas golpeándose entre sí, como si fuera un jugador de la liga infantil de béisbol. En esas pausas, James y yo subíamos corriendo al escenario para ver a mi padre y, si se trataba de un ensayo general, nos reímos de su cara anaranjada o de su peluca o de sus cejas postizas, que le subían hasta muy arriba. Pero nos llenábamos de timidez cuando luego decía «holá, chicos» sin mirarnos, fijando la vista por encima de nuestras cabezas, se volvía y se retiraba afanosamente entre bastidores para ocuparse de algo. Allí de pie, en el escenario, nos girábamos, mirábamos la ladera de butacas del auditorio, localizábamos a mi madre en la décima fila, donde la habíamos dejado leyendo un libro, nos saludaba con la mano, le devolvíamos el saludo y regresábamos deprisa a su lado, como si volviésemos corriendo a casa, y nos subíamos con ansia a su regazo como buscando algo. A veces jugábamos con los pasadores que llevaba en el pelo, que usaba para atarse la trenza, y le hacíamos antenas, cuernos: mi madre nos lo consentía todo.

—Vuestro padre es un hombre de talento —nos aseguraba, hablando como mis profesores, que me decían cosas similares, al advertir lo desilusionados que nos quedábamos porque él no nos dedicaba demasiado tiempo—. Los hombres de talento tienen la cabeza muy ocupada. A veces pueden parecer poco amables.

Y yo después me ponía a pensar en eso un buen rato, me mordía las uñas y escribía cartas.

Una foto con nueve años, vestida para una clase de ballet con malla negra entera de manga larga, en el cuarto de estar, delante de la chimenea. Está haciendo un *arabesque* con un brazo doblado ligeramente sobre la cabeza, el otro hacia un lado; como la foto está tomada de frente, sólo se le ve una pierna y tiene cierto aspecto de minusválida; la punta de la zapatilla de ballet apenas asoma sobre el perfil del hombro, todo su cuerpo se inclina hacia la cámara y los ojos se le desvían a un lado, con expresión entre afligida y cómica.

—Parece una mulata —comentó una vez James, sentado a mi lado, observando cómo tenía recogido el pelo, tenso y húmedo, en un moño en la nuca.

—Tú sí que eres mulato —contesté yo, albergando fantasías de ser yo también bailarina, y le di un puñetazo en la pierna.

Él se cambió de sitio en el sofá, se apartó un poco de mí y se limitó a masticar su chicle con más fuerza. Cuando reñíamos, unas veces yo le pedía perdón y otras me pedía perdón él. También le gustaba mirar las fotos.

«Los hombres fríos destrozan a las mujeres —me escribió mi madre años más tarde—. Las cortejan con algo llamativo de lo que presumen, algo que llevan unido a su alma como un falso invernadero; te hacen pasar y te crees que ves vida, optimismo, sol y verdor, y cuando los amas, te hacen pasar a su alma verdadera, un salón de baile vacío, cavernoso, lleno de corrientes de aire, con arcos y cúpulas inexorables y que se burla de ti con sus ecos; oyes cómo se hunde con un estrépito sonoro todo lo que has sacrificado, todo lo que has entregado. Cierran con llave el invernadero y te ves tan minúscula como una figura humana en el dibujo de un arquitecto, una mancha sin rostro, un borrón de palotes abandonado en un voluminoso desierto de piedra.»

Querida mamá —le respondí—, vuelvo a casa el 23, así que estaré el domingo para la misa del gallo. Espero que todo vaya bien. Los exámenes son implacables. Hasta pronto.

Una foto de mi madre a los catorce años cuando ya muestra por fin los huesos de adulto: líneas marcadas, reforzadas, alarmantes como las curvas de una carretera de montaña, que van del ojo a la mandíbula; su piel no tiene arrugas y, aunque no sonríe, no se aprecia tristeza en su cara; sólo curiosidad, una amplia mirada de escrutinio, una mirada de espera, de preparación.

Mi madre era la única que conocía con el pelo largo. A veces se lo peinaba en una sola trenza que le colgaba como una cola oscura, jaspeada, con reflejos castaños del sol, por el centro de la espalda; otras veces se hacía dos trenzas laterales que al inclinarse se le movían hacia atrás y hacia delante.

—Pareces una india con plumas en la cabeza —le decía James.

Por entonces empezaban a explicarle la diferencia entre los indios de la India y los que salían por la televisión.

—Jau —respondía mi madre en broma, y levantaba la mano.

Y James, que no la entendía, le tiraba de las trenzas con impaciencia y decía:

—Por éstas, por éstas.

Tiene quince años y se ha quemado las puntas del pelo dejándose unos mechones sueltos que le bailan, oscuros y frenéticos, lejos de las pinzas que se pone para sujetárselo. Está sentada en un banco de algún parque, comiéndose un helado de cucuricho, con los vaqueros remangados hasta la mitad de la pantorrilla, las piernas muy abiertas y los pies con los dedos hacia dentro, los tobillos hacia fuera; está un poco inclinada sobre su cucuricho, pone cara de loca, saca la lengua y bizquea.

Mis padres reñían algunas noches, nos despertaban con sus discusiones; James se tapaba la cara con la almohada y yo me quedaba tendida con los ojos muy abiertos, aterrorizada y paralizada por los gritos de mi padre, los portazos, el ruido de algo metálico que caía siempre al suelo, los golpes en las paredes y mi madre que decía: «Ay, Dios, ay, Dios, márchate, por qué no te marchas».

Una tarde, el día después de una de esas peleas nocturnas, me traje a casa en autobús a mi amiga Rachel. Entramos por la puerta de la cocina y le recordé que se limpiara los pies. Por el pasillo que conducía al baño, vi de repente a mi madre, sentada en el retrete con la puerta abierta de par en par, las piernas y las caderas desnudas y blancas, las bragas enrolladas en los tobillos, el pelo largo destrenzado, una melena de ondas sin cepillar que flotaban hacia fuera y a los lados y le bajaban hasta la cintura. No se movió cuando entramos. Se quedó allí sentada con la camisa negra y vieja, como una estatua obscena, la cabeza apoyada en las manos, inmóvil, los codos apoyados en las rodillas.

—¿Ésa es tu madre? —susurró Rachel.

Y le contesté que quizás sí, quizás no.

Mi madre no llegó a vernos, siguió mirando como borracha algo que había en el suelo por delante de ella.

—Vamos —dije, y acompañé a Rachel a mi cuarto en el piso de arriba, donde James, en la cama, estaba leyendo una enciclopedia sobre pájaros: tordos negros, estorninos, cucillos.

—Mirad éste —señaló—. Una sula patiazul.

Y miramos y vimos que sólo se trataba de un pájaro tonto con la cara negra. Y después los tres jugamos a las profesiones, Rachel se compró una granja y mucha felicidad, pero yo fui el primer hombre que pisó la luna, cogí un cargamento de estrellas y lo gané todo.

Su foto de la graduación en el instituto. El pie del anuario dice «Segunda de la promoción» y «Estudiante más completa». Sus amigos le escriben cosas como: «Hermosa Anna, te echaremos de menos cuando te vayas a Chicago, vuelve a visitarnos», «La Ciudad del Viento va a recibir un buen regalo. Buena suerte», «Sigue siendo tan encantadora. Acuérdate del baile del Pájaro Azul. Lo pasamos bien. Buena suerte en la uni de Chicago. Con cariño, Barbara».

Aquella misma noche, o puede que fuera otra, mi madre entró en nuestro cuarto cuando ya hacía rato que nos habíamos acostado y nos dejó los libros de texto en el suelo junto a la cama; después se quedó un rato de pie en la puerta con aire espectral, en silencio, con un largo camisón blanco sin mangas, un brazo desnudo colgando a un lado, el otro doblado hacia arriba, la mano alrededor de la nuca, pensativa, la cabeza ladeada hacia el brazo suelto, el pelo negro sin recoger oscureciéndole un hombro como si fuera la capucha de una capa. Y fuera, en el lago, había un pájaro que piaba, que cantaba; era el único sonido y James murmuró soñoliento: «Es un somorgujo, un somorgujo de cuello rojo»; mi madre se volvió y desapareció hasta la mañana siguiente.

—Tu padre también componía música, ¿sabes?, pero nunca la compartía con nosotros —explicó mi madre, un poco falta de aliento, mientras yo le estiraba las mantas—. En último extremo, la música lo dejaba impasible. Como a un dios irritado por sus propios jueguecitos. A pesar de su talento, o quizás a causa de él, sólo oía la maquinaria, el ruido de ruedas dentadas y motores. No sentía nada. No tenía compasión. —Tosió—. Cabría pensar que crear algo debería ser necesariamente un acto de amor o de compasión.

—Mamá —dije yo, recordando las instrucciones de la enfermera —. Quizás deberías tomarte ya la pastilla.

Deja atrás a todos sus amigos, entre ellos a Barbara. Una foto de eso, con serpentinas, tarta y botellas de vino. En la universidad se enamora de un estudiante de segundo curso llamado Jacob Fish y estudia para la licenciatura de Bellas Artes. Al cabo de cuatro años, lo abandona, vuelve a casa inexplicablemente, pinta y diseña decorados para un grupo local de teatro de Siracusa. *Kismet. Pacífico Sur.* Mira los decorados. También canta en el coro: ésa de ahí es ella.

Recuerdo que una vez oí por casualidad un breve fragmento de una discusión que tuvieron mis padres. O, más bien, que mi madre lloraba y le costaba explicar el porqué a mi padre, ya que parecía enfadado y distante, según ella, y al cabo de poco rato le gritaba que se dejara de tanto maldito lloriqueo y que por qué no hacía algo de ejercicio para variar. Al oír eso mi madre lloró todavía más y mi padre salió de casa hecho una furia. Pero al día siguiente, y unas cuantas veces por semana durante varios años a partir de entonces, mi madre salió a correr por la orilla del lago en chándal y con unas zapatillas viejas que no le importaba que se mojaran. Yo la acompañaba de vez en cuando, trotaba a su lado, veía cómo le subían y le bajaban los pechos bajo la sudadera, imitaba el modo en que tomaba aliento y lo soltaba con bufidos cortos. Vimos dos veces aves muertas que el agua había arrastrado a la orilla y nos detuvimos a observar sus cadáveres empapados, sus ojos ya llenos de bichos negros y pequeños.

—Se apoderan de lo que es hermoso —comentó mi madre—. Mi abuela lo solía decir.

Pegado con cinta adhesiva al libro de recortes de mi madre hay un visor de diapositivas de color lila, del tamaño de un pulgar, que cuando lo pones delante de una luz y miras por él aumenta una foto minúscula donde salen ella y Jacob Fish en Nochevieja, en un hotel grande de las Catskills. El visor tiene grabado por fuera y en letras

doradas «Lago Kiamesha, Nueva York», y lleva una cadenita dorada para que lo cuelgues de alguna parte o te lo enrosques entre los dedos. Al mirar en su interior ves dentro a mi madre de pie junto a Jacob Fish, los dos arreglados como reyes del baile de salón, mi madre con un vestido de baile color melocotón sin hombreras, el pelo recogido sobre la cabeza, sujetado con alfileres y una rosa pálida, y Jacob Fish, bajito y con pelo de estopa, apenas de la misma altura de ella, con una pajarita azul marino, una amabilidad y una benevolencia en la cara que, lo noto, hacían feliz a mi madre, la hacían sonreír, siempre cogida del brazo de él dentro de la cajita lila.

Los sábados eran días sin madre (iba de tiendas a Crasden) y mi padre a veces preparaba tortitas, jugaba a las cartas con nosotros, a «vete a pescar» y a «la guerra». A veces hacía trucos de magia: cogíamos un naípe sin que él supiera cuál era y después lo metíamos en el mazo; barajaba, hacia montones, filas y columnas y por fin descubría nuestra carta. Todos sus trucos de magia eran variaciones sobre el mismo tema. A veces parecía que éramos nosotros los que la encontrábamos, como cuando sosteníamos el mazo en la mano y él le daba un golpe de kárate y el único naípe que nos quedaba en la mano era milagrosamente el que habíamos elegido.

—Ay, ¿cómo lo haces? —preguntaba James, que se apoderaba de las cartas e intentaba descubrirlo mientras mi padre sonreía exagerada, enigmáticamente, se encogía de hombros y se cruzaba de brazos.

—No lo diré nunca, ¿verdad, Lynnie? —decía mi padre, y me guiñaba un ojo.

Yo no quería saberlo nunca. Me bastaba con sentarme en el cuarto de estar en pijama, oler a tortitas y tener la confirmación de que mi padre era especial. Sabía que descubrir o desvelar el mecanismo oculto de los trucos de magia significaría oscurecer los sábados y la perdición de mi padre. Si su talento, su magia, sus

juegos de manos, dejaban de ser inimitables, incomprensibles, si no se protegían y se preservaban, ¿qué sería él ante nosotros, para nosotros?, ¿qué podía hacer?

Una foto de mamá y Jacob Fish en la playa. El bañador de mamá es negro como su pelo, el agua es gris y la arena blanca. Hay cubos, una palita y una manta. Jacob Fish sujetó un puñado de arena sobre la cabeza de mamá. Ella se ríe con los ojos cerrados, un cerrar de ojos momentáneo, la única manera en que se puede reír uno a veces.

El otoño en que cumplí los diez años mi padre interpretó el papel de Billy Bigelow en la versión de *Carousel* de la compañía de Crasden. Hacia la mitad de la obra, Billy Bigelow canta una canción sobre los planes que tiene para su futuro hijo y entona una optimista serie de promesas de amor paterno. Mi madre nos llevó a los ensayos del domingo por la tarde (decía que la sesión de verdad era demasiado tarde para nosotros) y escuchó la canción rígida, con cara cansada, mirando con ojos entornados a mi padre, que la cantaba mientras andaba, siguiendo las instrucciones del director, que le decía dónde debía poner los pies («Maldita sea, Sam, cantas divinamente, pero no sabes bailar»). A un lado, dos tramoyistas pintaban un tiovivo de rojo y verde.

—Malos colores —comentó mi madre, sacudiendo la cabeza con aire crítico.

Una mujer rubia que estaba a pocos asientos de distancia intervino:

—Alguien robó toda la pintura buena la semana pasada. Tenemos un presupuesto muy limitado.

—Se apoderan de lo que es hermoso —murmuró mi madre, y la mujer rubia la miró de una forma muy rara y añadió:

—Sí, supongo. —Y al cabo de unos minutos se levantó y se marchó.

Años más tarde, mi madre me diría:

—Esa canción que cantaba tu padre en *Carousel*... Qué mentiras tan maravillosas. Nunca pasaba tiempo con vosotros, nunca os cantaba ni os llevaba a ningún lado.

Y cuando lo dijo, se hizo realidad. Pero sólo entonces, al decirlo. Hasta ese momento había parecido que papá era simplemente papá, que de alguna manera no era más que lo que tenía que ser.

Una foto de Jacob Fish de pie junto a un río, con una maleta en una mano y un sombrero en la otra. Aquél era el río de la ciudad, pasaba por delante de la estación del ferrocarril, me dijo mi madre. La maleta era de ella. El sombrero también. Quería parecer digno, un hombre de mundo, y había pedido complementos.

Llora, hundida sobre la mesa de su tocador, y sueña que llega alguien por detrás y se inclina para abrazarla, gemir y llorar sobre su cuello, para hacer que se vuelva y levantarle la cara, besarle los ojos, la boca empapada, en la mejilla, en el pelo. Pero no hay nadie, sólo mi padre, sentado al otro lado del cuarto, muy lejos de ella, en una silla tapizada de blanco con rosas (un mueble que más tarde se llevó a mi habitación de la universidad, que yo miraría, en el que me sentaría), con una ira helada oculta detrás de la cara, cerrada como una tienda por la noche, una cara prieta como un zapato. Tiene los brazos cruzados tras la cabeza como un hombre de vacaciones, pero no está relajado. Los rasgos de su semblante forman líneas rectas, afiladas.

—Quizá no puedas evitar tu insensibilidad —dice mi madre llorando en voz baja—. Es lo que te ha hecho el mundo a ti. Pero tu frialdad... Es lo que tú le haces al mundo.

Él coge un pastillero de porcelana de la mesita, lo arroja contra la pared y lo hace pedazos.

—Eso es lo que te digo —replica—. No estoy dispuesto a seguir tus jueguecitos.

Y se marcha dando un portazo.

Esas cosas las escuchaba a medias. Ella me contó el resto años más tarde, cuando se estaba muriendo y pasaba horas enteras cepillándole el pelo una y otra vez. A ella le gustaba que le cepillara el pelo, siempre conseguía sonreír y se hundía en la almohada.

—Las piernas, Lynnie. ¿Me puedes hacer hoy las piernas, querida? —me preguntaba.

Y sacaba la maquinilla Norelco del cajón de la mesilla, apartaba las sábanas desde el pie de la cama y le deslizaba la maquinilla arriba y abajo por las pantorrillas. Le gustaba tener las piernas suaves y sin vello, y creo que disfrutaba con el roce metálico y el zumbido. Eso también la hacía sonreír.

Una foto de mis padres en bicicleta antes de casarse. Están en una gasolinera, donde se han parado para hinchar las ruedas. Mamá sonríe. Papá pone cara de tontorrón, con las dos manos en el manillar. Llevan pantalones cortos bastante largos, al estilo de Jamaica. Detrás de ellos hay un letrero de Esso al que le falta la O. Lo que queda significa «comer» en yiddish, según me dijo una vez mi madre.

—Quieren apoderarse de las cosas y destruirlas —suspiró mi madre el mismo mes de su muerte, cuando hablábamos de nuestra casa del lago; primero se la había vendido a una funeraria y después la había comprado el gobierno federal, que la había derribado por vagas razones militares que nadie se molestó nunca en explicar.

—Quieren mi pelo —dijo otro día, haciéndome un débil guiño cuando una enfermera con tijeras entró y le propuso un corte de pelo.

Mi madre negó con la cabeza, pero la enfermera parecía decidida.

—No creo que quiera —respondí, y la enfermera me miró con estupor y se marchó con pasos acolchados por las silenciosas suelas de goma que llevan siempre los que rodean a los moribundos.

Mi madre, que entraba en nuestro cuarto por la noche. Mi niñez, a veces una simple serie de imágenes suyas, asomando a la puerta como un torbellino, vestida de blanco, una y otra vez, que viene a oírnos rezar, a cantarnos canciones, a susurrarnos que nos quiere, a darme un beso húmedo en la boca, con el pelo colgando, formando una tienda de campaña en la que nuestras caras, la suya y la mía, vivían y respiraban para siempre solas. Me acariciaba la nariz, y también a James, y murmuraba: «Hasta mañana», y, en la puerta: «Buenas noches, gorriones míos».

Sueña que él la quiere matar. Que tiene un rifle y la llama para que salga del cuarto de baño. Mi madre tiene cuchillos y hachas dentro. Se despierta bruscamente y él la está mirando, frío, indiferente.

—Qué cara tienes —comenta ella—. Dios mío. Es la cara de un asesino.

—¿De qué demonios estás hablando? —contesta él.

El año después de *Carousel* le tocó a Vivir de ilusión, y la mujer que hacía de Marian la bibliotecaria solía pasar por casa con bastante regularidad; hablaba con un ronroneo como el que dirigen las mujeres mayores a los niños recién nacidos. Me preguntaba si papá estaba en casa.

—Mi padre no está —respondía yo casi siempre, aun cuando sabía que preparaba sus clases arriba.

Creo que de todo lo que hice de pequeña, eso fue lo más atrevido.

Me pedía que le diera el recado de que había venido Marcia. Yo se lo daba a veces. Llamaba a la puerta de su estudio, entraba y decía:

—Ha venido Marcia. Me ha pedido que te lo dijera.

Y él se volvía y me miraba con aire distraído, como si no tuviera muy claro de quién le hablaba, y añadía después:

—Ah, sí. Por los ensayos. Gracias.

Y me daba la espalda y seguía trabajando en su escritorio; me quedaba allí de pie en la puerta, observando la espalda de su jersey. Parecía que cuando corregía trabajos y cosas así llevaba siempre el mismo jersey noruego: verde con una cenefa de renos dorados por la parte de arriba, que le cruzaba la espalda y los hombros.

—¿Querías algo más? —preguntaba, volviéndose otra vez en su asiento y bajándose las gafas.

Y yo respondía:

—No. Digo sí.

—¿Qué?

—Se me ha olvidado —contestaba, y me giraba y huía.

En las fotos de boda están de blanco sobre la oscuridad tenebrosa de los árboles. Se los ve delgados y elegantes. Con sonrisas plácidas. La boca del padre de la novia dibuja una breve línea recta. No sé quién sacó estas fotos. Supongo, en cierto modo, que son mentiras que revelan por omisión, por indirectas, por pistas tales como los zapatos o las nubes. Pero dicen la verdad de la única manera que pueden hacerlo las mentiras. Como sólo las mentiras pueden decirla.

Otra mañana oí a mis padres temprano en el baño; mi padre se afeitaba, se preparaba para salir camino del instituto.

—Mira —suspiró fuertemente—. La verdad es que no puedo decir que no os abandonaré nunca a ti y a los chicos, ni que no haré nunca el amor con otra mujer...

—¿Por qué no? ¿Por qué no lo puedes decir? —le preguntó mi madre.

Hasta su enfado era delicado, ingenuo.

—Porque no lo siento.

—Pero... ¿no lo puedes decir, a pesar de todo?

Prefiero imaginarme que en ese momento mis padres se miraron a los ojos reflejados en el espejo del botiquín y que se sonrieron de pronto. Pero más tarde, en la cama del hospital, mientras me cogía de la mano y me tocaba despacio cada una de las uñas con su dedo índice, mi madre me dijo:

—Tu padre. Estaba metido en un baile. Y no sabía bailar.

Antes, aquel mismo año, me había escrito: «Eso es lo malo que tienen las personas frías. No el hecho de que tengan hielo en el alma (todos tenemos un poco), sino que se empeñan en que ese hielo se refleje en todas y cada una de sus palabras y sus actos. No aprenden nunca lo que es la belleza ni el valor de los gestos. Su necesidad emocional. Para ellos, la sinceridad va siempre por delante de la amabilidad, la verdad por delante del arte. El amor es arte, no verdad. Es como pintar decorados».

Son las cosas que una recibe de las madres. Naturalmente, cuando se mueren, te quedas con el collar de perlas, la colcha azul, algunos de los antiguos regalos de boda (una bandeja lacada con la invitación, una tostadora vieja y oxidada), pero los contactos, las palabras, los sollozos de la noche en que se muere son de lo que te apoderas, lo que guardas, lo que llevas en sobrecitos invisibles que abres deprisa, como un buhonero de feria, echando al mundo una ojeada. No se quedan quietos. Por mucho que lo intentes. Por mucho que les pases la lengua. Los sobres no se quedan cerrados.

Querida mamá, estoy muy atareada por la carga de asignaturas, pero creo que me estoy acostumbrando. Las vacaciones de primavera empiezan el 19. Genial. Tengo mucho que hacer antes de marcharme. Hasta entonces.

Cuando yo tenía trece años, mi madre dejó el arroz en el fuego y medio intentó ahogarse en el lago. A las siete de la tarde, mi padre no había regresado a casa todavía y James se había quedado hasta tarde en el Club de Ajedrez; salí por la puerta trasera y la llamé. Era el mes de marzo y el lago ni siquiera se había deshelado del todo: un verde pizarra brillante con un centro blanco muy sucio, como una herida monstruosa. Caminé hasta el embarcadero; ella a veces bajaba «a tomar el aire» antes de preparar la cena. La encontré en la orilla (en realidad no teníamos playa, sólo un pedregal para correr y hacer rebotar piedras en el agua). Estaba tendida de espaldas, con la blusa empapada y transparente, el pelo negro pegado a la cara a mechones, el agua la lamía como un gato indiferente. Cogía puñados de gravilla y se los echaba por las mejillas, por encima del cuerpo, con las piernas inmóviles pero abriendo y cerrando la boca sin ruido, torcida y estirada; ésa fue la primera de las dos ocasiones en que vería aquella expresión suya. Era incapaz de moverme. Seguía encontrando su cara incluso años más tarde: en la mía, en las fotos, en los espejos, que esculpían severamente aquella angustia tras la mía, contra la mía, contra mis huesos menos marcados y mi boca gruesa, más bien cuadrada, forcejeando por salir a la luz. Grité. No sabía qué hacer. Volví corriendo a la casa, irrumpí en la cocina y vi a mi padre, que acababa de llegar y rascaba con enfado arroz negro humeante del fondo de la cazuela.

—Mamá, es mamá —dije jadeando, y señalé hacia el lago.

Y él gritó:

—¿Qué? —Y salió aprisa de la casa y bajó por el camino.

A las ocho llegó una ambulancia y se la llevó. Pero volvió a la mañana siguiente, un poco pálida y con ojos de mapache, y subió la escalera apoyándose con dificultad en el brazo de mi padre. Me echó una mirada que me pareció de disculpa.

Mi padre pasó el día siguiente en el embarcadero, cantando de cara al lago algo italiano, una aria de Puccini o algo similar. La verdad es que, durante mi infancia, lo hacía unas dos veces al año; mi madre decía que debía de ser un medio de liberarse de lo que tenía dentro sin molestar a los vecinos (que estaban a cuatrocientos metros de distancia a cada lado). De cuando en cuando miraba por el cristal de la puerta trasera y veía su perfil, unas veces sentado, pero con más frecuencia caminando por las tablas del embarcadero, mientras su voz subía hasta la casa. No era la voz del colegio ni la voz del teatro: era otra cosa, un vibrato palpitante, dolorido, como de alguna criatura que viviera dentro de él y que no entendía, que lo turbaba, con la que no sabía muy bien qué hacer. Salía a veces de la casa y me iba a dar un paseo en la dirección contraria; subía por el otro lado de la carretera, por el bosque, y cruzaba la antigua vía del tren. Había un edificio clausurado, una fábrica pequeña y una vieja carretera intransitable bordeada de farolas de gas antiguas con los quemadores arrancados, vacías como ojos de esqueletos; James y yo subíamos algunas veces a buscar moras y a inventarnos cuentos y desafíos. A que no vas corriendo hasta la puerta y vuelves. A que no arrandas el cartel de PROPIEDAD PRIVADA. A que no entras por la ventana. A que no tocas la cerca eléctrica. Sigue siendo para mí un misterio lo que había dentro de aquel sitio y cuál había sido su función primitiva. Todo claveteado y cerrado con tablas y cubierto de letreros de PROHIBIDO EL PASO. A veces jurábamos que habíamos oído ruidos dentro: James decía que eran gruñidos, pero yo pensaba siempre que era como mi padre en el embarcadero, bloqueado y solo, cantando en su extraña lengua extranjera, con la necesidad de explotar de alguna manera, con la necesidad de soltar un aria sobre el lago. Por fin, llegaron unos hombres de la ciudad y volaron aquel sitio. Lo cargaron de dinamita y reventaron sus ángulos, su azotea, sus ventanas de cristales rotos; su interior negro quedó visible y humeante a la luz del sol; los vecinos lo oyeron a bastante más de cuatrocientos metros mientras desayunaban, los chicos lo

comentaban en el colegio y encontramos después trozos de clavos y de yeso incrustados como metralla en los postes de las farolas, como en una guerra, como si hubiera habido una guerra.

Otra foto de mi madre con su vestido de novia, de pie junto a su madre, que lleva una sonrisa y un sombrero demasiado grandes para su cara; casi parece que no tiene ojos, que no tiene nariz. Y su hija no mira a la cámara sino hacia algo que está a un lado.

Tenía quince años cuando mi padre nos abandonó y a mi madre le hicieron la mastectomía. Las dos cosas pasaron de pronto, calladamente, sin previo aviso. Como si hubiera entrado de golpe un viento extraño y se hubiera llevado las cosas y hubiera vuelto a salir; sólo dejó lo que dejó.

Cuando tus padres se separan, también tú te bifurcas. Te partes, crujes y te divides en dos, vives dos vidas: una mitad de ti que llora todas las mañanas en el embarcadero al salir el sol, con el pelo negro que se destiñe hasta un gris oscuro, una parte de ti que se marcha a otra ciudad donde eres maestro de escuela y cuentas chistes con acento italiano en un bar y haces reír a la gente.

Y cuando tu madre empieza a perder la cabeza, tú también. Empiezas a tener miedo de la gente que ves por la calle. Vuelves a ver formas (viejos y arañas) en el papel de la pared, como cuando eras pequeña y estabas enferma. El reflejo de la luna en el lago te empieza a parecer un pez muerto que flota con el vientre dorado hacia arriba. Pregúntaselo a cualquiera. Pregúntaselo a cualquiera cuya madre esté perdiendo la cabeza.

Cuando tenía dieciséis años, volví a casa desde el colegio y me encontré a mi madre borracha, en albornoz, tirada sobre la mesa de centro del cuarto de estar, desparramada sobre las revistas. Reía

sin control, le caían lágrimas histéricas de borrachera de los bordes hinchados de los ojos.

—Ven al piso de arriba, mamá. Deja que te lleve a la cama — propuse, dejé mis libros y la ayudé a subir.

Se apoyaba en mí, seguía riéndose sin poder parar.

—Dios mío —exclamaba—. Me han cortado los pechos, ¿verdad que es increíble? Me los han cortado sin más... —E hizo un movimiento rápido con la mano en el aire.

La arropé y la besé en la cara y lloró sobre el cuello de mi blusa.

—Tengo frío. Tengo sed. No me dejes, cielo. Estás caliente. Si te marchas, me tendré que poner un jersey.

—Duerme un poco —le aconsejé en voz baja; le subí la colcha azul, cerré las contraventanas, me quedé de pie en la puerta, sólo un momento, para ver cómo se quedaba dormida mientras el lago palpitaba contra el embarcadero como un inmenso corazón acuoso.

Se da duchas largas, silenciosas, apoyada en la pared de azulejos, los constantes chorros de agua le rebotan en un hombro, salpicando la cortinilla de plástico; la espuma del champú le entra en la boca como llovizna.

—Hasta sus «te quiero» eran como dagas pequeñas, como agujitas o imperdibles pequeños —comentó—. Desconfía de un hombre que te dice que te quiere pero que es incapaz de hacer una confesión apasionada, de fundirse en un sollozo.

La arropo. La beso.

Aquí, una serie de imágenes de madres e hijas que intercambian sus puestos: mujeres que intercambian sus puestos para cuidarse unas a otras. Tú, la hija, te conviertes en la madre, Ceres, y ella en la hija, raptada y arrastrada al infierno, y vagas por el mundo para encontrarla, para llorarla, dejando que los árboles y los granos se marchiten, sin paz, no están en paz.

—Se apoderan de lo que es hermoso —aseguró mi madre por última vez, hablando de mi padre, que, según decía, había quedado destrozado por demasiadas mujeres: un corazón picado, arañado, tomado, perdido.

—Volvió a mí cubierto de vendas gruesas, parecía mucho más gordo de lo que era.

Mi madre, delgada y gris en camisón, mirando a un lado, lejos, no a la cámara.

«Llega un momento —me escribió una vez— en que ya no puedes llorar, miras a las personas que conoces, a las personas de tu edad, y tampoco lloran. Les han quitado algo. Y están más vacías. Y están agradecidas.»

Cuando murió mi madre, sus sollozos despertaron a la anciana de la cama de al lado, a quien iban a operar del páncreas al día siguiente. «¿Qué pasa?», gritó la anciana, desvelada y muy turbada. Algo se había apoderado de mi madre por la espalda: se le arqueaba, le ponía rígidos los miembros; su boca era una cuchillada que le cruzaba la cara, que sólo dejaba ver sus dientes, con un color amarillo como las teclas de un viejo piano. Un asombro tremendo impregnaba sus rasgos, sus huesos, como si en realidad no hubiera creído nunca que la muerte fuera así, una paliza entre tubos y contracciones y, cuando las enfermeras respondieron a mis gritos y llegaron corriendo (sólo tardaron un minuto), el sudor y la orina que empapaban las sábanas ya parecían fríos y antiguos, mi madre tenía los ojos abiertos como huevos y estaba muerta. Cogí las cosas (su bata, una jarra de plástico, una taza), miré a un lado y a otro, por la habitación, por la ventana, y me pregunté adónde habría ido, debía estar todavía, tenía que estar cerca, en alguna parte, y la

señora del páncreas, tras el biombo que estaba junto a la cama, lo había oído todo y lloraba con fuerza, inconsolablemente; le dieron una pastilla para dormir aunque intentó rechazarla, diciendo:

—Oh, Dios, por favor, no.

No se movía nada. Me incliné sobre la cama.

—Mamá —susurré, y le besé los labios mientras circulaban por el pasillo carritos ruidosos con material quirúrgico; una voz en el techo llamaba al doctor Davis, doctor Davis, a la sala de enfermeras; figuras de blanco se iban reuniendo poco a poco a mi alrededor, las manos en mis hombros, duras, falsas como ángeles.

—Mamá —suspiré.

Jacob Fish vino al funeral con una mujer guapa y morena que parecía una profesora de francés de instituto. De alguna manera se veía que era un hombre agradable. Cuando terminó el entierro, acompañó a la mujer al coche y después se encaminó solo hasta un árbol y se pasó las manos por el pelo. En realidad no tuve ocasión de charlar con él, aunque no estoy segura de qué habríamos hablado. Luego se metió las manos en los bolsillos, se reunió con la mujer en el coche y se marchó.

Mi padre no vino con nadie. Llegó hasta mí y me abrazó con fuerza y por un momento a ambos se nos subió el rojo a los ojos.

—Lynnie —dijo, y me hice a un lado. Aparté la vista de él. Le miré los zapatos. Miré las nubes—. La quería más de lo que piensas —añadió, y escuché por si se oían las agujas, los imperdibles.

James, que había venido de la Facultad de Medicina y estaba de pie a mi lado, dio la mano a mi padre y después lo abrazó rápidamente. Todo el mundo iba vestido de negro. «Cuánto negro, cuánto negro», repetía yo como un miná enorme y nervioso.

Aquella noche, James y yo dejamos todas las cazuelas y los guisos que la gente había traído al velatorio de mi madre, salimos y nos emborrachamos en un bar de la cadena Howard Johnson. James consiguió hacerme sonreír recordándome cuando era

pequeña y me empeñaba en que si estabas en el bosque y tenías muchas ganas de hacer tus necesidades, sólo debías comerte un trozo de pan: lo absorbería todo y ya no tendrías ganas.

—James —le pregunté con prudencia—. ¿Piensas alguna vez en tu otra madre?

—No —contestó enseguida, como un médico. Lo miré consternada, confusa—. No sé —suspiró, e hizo una seña al camarero—. Supongo que no es esencial para mí. Dios, no puedo liarme con todo eso. ¿Por qué voy a hacerlo?

—No estoy segura.

Me miré las rodillas, los zapatos. Metí la mano bajo la mesa para coger mi bolso.

—Pago yo —dije.

Querida mamá. Gracias por las galletas. Las recibí ayer. Lamento lo del hospital. Espero que te encuentres mejor. ¡Tengo un montón de exámenes! Con cariño, Lynn.

Al volver en coche después de dejar a James en el aeropuerto, percibo un atisbo de mi cara en el retrovisor. Parece vieja, con demasiado maquillaje. Me siento atascada, ya no estoy en la universidad, hago trabajos sueltos, como alguien que medita con el sombrero en la mano en una antesala y que espera al futuro como si fuera una beldad con miriñaque que debe recogerse las enaguas, adelantarse flotando y presentarse ante mí. Me pregunto qué otra cosa podría haber escrito en esos inviernos, mientras miraba por la ventana y veía la nieve que cubría la chopera como una artritis, sin encontrar palabras. No mentí: había muchos exámenes; tuve muchos exámenes.

Las carreteras están vacías y conduzco deprisa. Pienso en mi padre, me lo imagino hace mucho tiempo, por la noche, separando tranquilamente las piernas de mi madre con la indiferencia mecánica de quien abre un armario.

Y me digo a mí misma: Dejaré a todos los hombres fríos, a todos los hombres para los que la música es como una física privada y el amor una danza imposible de seguir. Procuraré hacer que se arrepientan. Hacer que se entristezcan. Vuelvo en el coche camino de mi mesita de cocina para escribir esto: El perdón vive solo y lejos, carretera abajo, pero la amargura y el arte son vecinos próximos, chismosos, que comparten un mismo tendedero, que tienden sus cosas y confunden las piezas de su colada.

—Eso es lo que cuesta, señorita —indica el encargado de la gasolinera donde paro, y me quedo mirando más bien absorta el precio que marca el surtidor.

—Ah —digo, y busco torpemente mi monedero.

Las latas de aceite alineadas ante una rueda vieja de camión son mudas, duras, cómplices. Pero los banderines triangulares de plástico que cuelgan en un extremo de la isleta y ondean al viento brillan intentando captar mi atención, mi compasión, como cosas que parece que quieren cantar pero no pueden, cosas que casi se destrozan a sí mismas intentando volar, como aves de color irisado, colgadas de un hilo y de sus propias patas.

## GUÍA DE DIVORCIO PARA NIÑOS

Pon más sal en las palomitas porque tu madre dirá que la necesita, pues, en la parte en la que Inger Berman está a punto de morirse y hay trucos de cámara para alargarle el torso, nunca puede evitar emocionarse.

Piensa: Jo, ya está otra vez con los Kleenex.

Te dirá «Gracias, cariño» cuando llegues despacio, poco a poco, rodeando la esquina en bata y zapatillas, al cuarto de estar con el viejo bol (antes ensaladera) de la abuela lleno a rebosar. Las he hecho yo misma, recuérdale, y deja caer accidentalmente unas cuantas palomitas en el suelo. *Manoplas* las empujará de un lado a otro con las zarpas.

Mmmmm, qué gusto da reponer las sales, comentará, mientras mastica, con una sonrisa pastosa.

Dile que la enfermera del colegio explicó una vez, después de que pasaran una película sobre la pubertad, que la sal es mala para el corazón.

Bah, dirá ella. Lo hace latir, nada más. Pum, pum, pum. ¡Ay, mira!, hablará con la boca llena de palomitas. Cary Grant la va a sacar de allí. ¿Has desenchufado la palomitera?

Haz como que no la oyes. Mira a Inger Berman con aspecto alargado; pregúntate qué significa.

Más vale que lo compruebes, te dirá.

Gime. Haz un ruidito como una *ch* con la lengua en el paladar. Corre todo lo que puedas porque el próximo anuncio va a ser el último. Desenchufa la palomitera. Tráete a *Manoplas*, que maúlla junto a la nevera. Te dejará pelos en el albornoz. Descárgalo sobre el regazo de tu madre.

Eh, niño, dirá arrullando al gato, y le rascará las orejas. Acurrúcate junto a tu madre, que extenderá la mano, te rascará también una oreja y te besará la mejilla. Entonces se inclinará de pronto hacia delante y extenderá la mano hacia el cuenco de la mesa de centro, con cuidado para no alterar al gato. Siempre creo que se dará cuenta antes, dirá tu madre entre bocado y bocado, con una mano que no para de ir y venir de la otra mano a la boca. Qué cerrados y frustrantes pueden ser los hombres. Te guiñará un ojo.

Mira la pantalla con desconfianza. Todos los malos dejarán que Cary Grant se lleve a Inger Berman en el coche negro. Habrá mucha música anticuada. Ponte de pie y extiende el albornoz hacia los lados. Saca la lengua y finge danzar como una retrasada mental en un baile. Pon los ojos en blanco. Baila el vals por el cuarto de estar con movimientos exagerados, de un lado a otro, date con los muebles. Tu madre hará como que no te presta atención. Dirá por fin con voz inexpresiva: Qué bonito, vaya, la verdad es que me haces flotar.

Cuando termina la música, te preguntará qué quieres ver. Te pasará la *Guía de televisión*. Mírala. Di: La película de «Terror de madrugada». Te mirará levantando una ceja, pero di «por favor, por favor» con voz suave y junta las manos como si rezaras. Te devolverá una sonrisa y suspirará, vale.

Cambia de canal y vuelve al sofá. Métete debajo de la manta afgana azul con tu madre. Dile que lo que más te gusta son los dibujos animados del principio, cuando sale la momia del ataúd y ruge: ¡¡¡TERROR!!! Súbete a un brazo del sofá y haz una imitación, con las manos como garras, los codos rígidos, la cabeza caída a un lado. Tu madre te dirá que te vuelvas a sentar. Vuelve a refugiarte bajo la manta a su lado.

Cuando te pregunte cuál te gusta más, la momia o el hombre lobo, dile que el hombre lobo mete miedo porque sale de noche y hace cosas que nadie sospecha porque de día trabaja en un banco y no tiene pelo.

¿Y la momia?, te preguntará mientras acaricia a *Manoplas*.

Encógete de hombros. Muérdete los labios. Di: La momia no es más que la momia.

Quítate con la punta de la lengua un trozo de palomita masticada que se te ha quedado en una muela. Intenta tragártela, pero atragántate y ponte a jadear y a hacer unos ruidos horribles, como si fuieras a vomitar. El gato huirá, asustado.

Dios mío, ten cuidado, dirá tu madre dándote unas palmadas en la espalda. Toma, bebe agua.

Intenta gruñir cerveza, cerveza, como un vaquero moribundo que viste una vez en un anuncio, pero de todas formas bebe el agua. Cuando ya no estés atragantada, cuando tengas la cara menos roja y puedas respirar de nuevo, pide una Coca-Cola. Tu madre dirá:

Creo que no, el doctor Atwood dijo que tenías los dientes fatal.

Dile que el doctor Atwood es un médico de poca monta.

¿Qué quieres decir con eso?, exclamará ella.

Mira al frente.

Responde: No lo sé.

La momia derribará postes de teléfono, los levantará y los arrojará como si fueran troncos de juguete de un juego de construcciones.

Vaya, tan vestidita y sin plan, dirá tu madre.

Acurrúcate junto a ella y suelta un largo «qué ingenioso» de admiración, en voz baja.

La policía busca a un monstruo en el cementerio. No sabrán si es la momia o el hombre lobo, pero por allí habrá andado alguien dejando montoncitos humeantes de huesos y carne que asustan y hacen lloriquear hasta a los perros policía.

Di algo así como qué asco y cierra los ojos.

¿Estás segura de que quieres ver esto?

Insiste en que no te da miedo.

Hay un concierto de rock en el Canal 7, ¿sabes?

Piénsalo. Decide probar el Canal 7, sólo por tu madre. Saldrá un tipo con el pelo grasiento que se parece al tío Jack y dirá algo aburrido.

Tu madre estará de acuerdo en que se parece al tío Jack. Un poco.

Un grupo con sombra de ojos negra se pondrá a tocar la guitarra. Ponte de pie y da botes como viste hacer una vez a Julie Steinman.

Dios, ¿por qué siempre tocarán las guitarras a la altura de la ingle?, preguntará tu madre.

No respondas, límítate a imitarlos; échate el pelo hacia atrás y tócate de una manera rara la ingle, por encima del pantalón del pijama. Tu madre te dará un cachete y te dirá que eres una grosera.

Hazte la ofendida. Finge una depresión. Coge una revista y haz como si leyeras.

El gato volverá a reunirse con vosotras. Mira las fotos de comida.

Tu madre intentará animarte. Dirá: ¡Mira! ¡Pat Benatar! Vamos a bailar.

Dile que Pat Benatar te parece estúpida y cutre. Pásate cinco minutos enteros sin decir nada.

Cuando sale B-52, dile que éso sí que te parece que están bien.

Saca una sonrisa tímida. Entonces os levantaréis las dos y bailaréis como locas alrededor de la mesa de centro, hasta que empecéis a sudar, mientras coreáis los u-a-us, saltáis como si estuvieseis encima de un saltador, os movéis como robots del espacio. Menea las manos como tu madre alrededor de la cabeza. Durante un anuncio, pide un refresco de naranja.

Agua o leche, dirá ella, casi sin aliento, y volverá a sentarse.

Di mierda, y cuando te pregunte qué has dicho, suspira: Nada.

Después sale Rod Stewart cantando en un tejado, en alguna parte. Tu madre dirá: Es bastante mono.

Dile que Julie Steinman lo vio una vez en una tienda y que parecía muy viejo.

Hmmmm, dirá tu madre.

Estudia cuidadosamente a Rod Stewart. Pregúntate si serías capaz de mover las piernas de esa manera. Piensa en hacer una imitación para que la vea Julie Steinman.

Cuando se acaben las palomitas, bosteza. Di: Me voy ya a la cama.

Tu madre parecerá desilusionada, pero dirá: Muy bien, cielo. Apagará el televisor. Por cierto, te preguntará, titubeante como siempre: ¿Qué tal te ha ido en estos tres días?

No menciones lo de la mujer ni lo de la cerveza. Dile que te ha ido bien, que tiene una diana de dardos plateada y nueva, que salisteis a cenar y que un tipo llamado Hudson contó una anécdota bastante divertida sobre uno que se meó en la cesta de la comida. Pídele un Seven-up.

## CÓMO

Así pues, todas las cosas se juntan a trompicones para formar lo único posible.

BECKETT, *Murphy*

Empieza conociéndolo en una clase, en un bar, en un mercadillo benéfico. Puede que sea profesor de instituto. Encargado de una ferretería. Capataz de una fábrica de cartonajes. Será buen bailarín. Llevará el pelo perfectamente cortado. Se reirá de tus chistes.

Una semana, un mes, un año. Siéntete descubierta, consolada, necesitada, amada, y empieza, a veces, en cierto modo, a sentirte aburrida. Cuando estés triste o confusa, date un paseo por el centro, ve al cine. Compra palomitas. Esas cosas vienen y se van. Una semana, un mes, un año.

Intenta organizarte de una manera menos restrictiva. Observa cómo farfullan tus intentos y se deshinchan como globos. Te pedirá que te vayas a vivir con él. Hazlo con titubeos, con ambivalencia. Aclara: Los alquileres están altos, nada a largo plazo, amor y todo eso, cielo, pero somos libres. Expón las reglas con mucha elocuencia. Insiste en la apertura, no en la exclusividad. Haz sitio en su armario ropero, pero no cambies los muebles de sitio.

Y, sin embargo, de cuando en cuando lo mirarás a la cara o a las manos y no querrás nada más que a él. Sentirás oleadas pasajeras de dependencia, de devoción y de sentimentalismo. Una semana, un mes, un año, y se ha convertido en parte de la familia. Digamos que tu verdadera madre es bruja. Tu padre, hechicero. Tus hermanos, jorobados gemelos de NotreDame. Todos viven juntos en una cueva, en alguna parte.

Su nombre significa «salvador». Se acurruca en tus brazos como Ozzie y Harriet, como toda la genealogía de los Nelson. Él es cuartos de estar y pavo y repisas de chimenea y Vicks; un mordisquito en la clavícula y te hundes lenta y melosa en esos brazos como un hogar, en esos cuartos de estar, hola, Mary Lou.

Digamos que trabajas en una oficina pero que tienes planes más ambiciosos. Quiere ir contigo. Quiere ser lo mismo que tú. Pongamos que aspiras a ser arquitecta. Dramaturga. Pintora. Te enseña sus bocetos. Son espantosos. ¿Qué te parecen?

Pon algo de jazz. Quítate la ropa. Con cuidado. Es un arte. Se quedará tumbado desnudo en el suelo, mirando, con los brazos cruzados detrás de la cabeza. Camisa: los golpes de la escobilla sobre el tambor, regulares. Falda: el habla inconexa de las teclas del piano, que oscilan despacio, divagan. Bailad juntos a oscuras, aunque aún sea de día.

Ve a una boda. Parientes suyos. Todos compararán pérdidas y ganancias de peso. Se dirá que las primas solteras han engordado vergonzosamente. Su madre será contable o técnica dental. Él te presentará como su chica. Procura no protestar. Habrán oído hablar mucho de ti. Sus tíos se lo llevarán aparte y le preguntarán: «¿A qué

esperas, muchacho?». Incómoda, en todas partes mujeres de rígido tafetán azul te echarán miradas de lástima, después apartarán la vista rápidamente. Todos bailarán la polca. Alguien enseñará un billete de cincuenta para bailar con la novia, y ella se remangará el vestido y enseñará a su vez: unas piernas recién afeitadas y una sonrisa ancha como un barril que han sacado rodando. Observa todo aquello de lo que te estás librando. Creía que vosotros dos estaríais haciendo lo mismo a estas alturas, vuelves a oír. Sonríe. Encógete de hombros. Escurre el bulto y ve por más ensalada de patata.

Te ataca con más insistencia. Una inquietud. Un virus de insatisfacción. Cuando te cruces con otros hombres por la calle, sonríe y míralos fijamente a los ojos, fijamente a la hebilla del cinturón.

De alguna forma (en un restaurante o en una tienda), conocerás a un actor. De Vassar o de Yale. Sabe citar a la madre de Coriolano. Un punto a su favor. Acuéstate con él una vez y vuelve a casa a las cinco de la madrugada, en un taxi, llorando. O bien no te acuestes con él. Despídelo con un beso en Union Square y huye a todo correr.

De nuevo en casa, días más tarde, siéntete quisquillosa y cansada. Siéntate en el sofá y dile que es imbécil. Que apuestas a que no sabe quién es Coriolano. Que desde que te has ido a vivir con él, has notado que no suele leer. Te echará una mirada dolida, de sed de cultura, con sus ojos de James Cagney. Intentará besarte. Aparta la cabeza. Siéntete ahogada.

Cuando se suba a la colcha, desnudo y caliente para ti, descarga tu irritación en ráfagas breves y entrecortadas. Enséñale tu libro. Tus aspirinas. Tu reloj en la mesilla, que marca las 12.45. Se dejará caer otra vez en su lado de la cama, exasperado. Puede que diga algo así como: «Dios, ¿qué pasa?». O quizá no lo haga. Si está demasiado tiempo metido en el baño, no le preguntes nada.

La cuestión más delicada será siempre ésta: ansía tener una familia, un nido ordenado de cuencos humanos; quiere ser padre de tus hijos. En la calle, les da palmaditas en la cabeza. En el supermercado, se reúnen a su alrededor junto a los productos. Forman un racimo apiñado de mejillas, sonrisas y esperanzas. Parecen uvas. Será todo para ti, nena; tambaléate, inclínate sobre los congelados. Se te escapará de los labios un suspiro inconsciente, como si fuera gas. Te empezará a hablar de una cámara de vídeo y de enciclopedias infantiles, en las tiendas cogerá un zapato de la talla uno e indicará con un agudo silbido de asombro lo maravillado que está. Evita ir de compras con él.

Tendrá un sobrino llamado Bradley Bob. O quizá una sobrina llamada Emily que siempre va vestida de rosa y huele a leche, a polvos de talco y a pañales sucios, aunque ya tiene tres años. En las visitas, correteará y berreará. Se le agarrará a la pierna izquierda como si fuera un tronco y no la soltará. Lo llamará tiito. Él sabrá hacer trucos de magia: le sacará monedas de diez centavos de la nariz, monedas de veinticinco centavos de las orejas. La niña soltará chillidos de gozo, agitará las manos ante sí. Cuando le haya soltado la pierna, la levantará, la llevará en brazos como si fuera un trofeo. Es el mejor tiito de la ciudad.

Piensa en marcharte. En llenar una bolsa de viaje y deslizarte, salir por la puerta.

Pero ahí fuera hace calor. Y sequedad. Y en cierto modo él te parece bien, como Robert Goulet en traje de baño.

No, no sería en verano.

Refúgiate en los libros. Cuando te pregunte qué lees, enséñale el libro sin hacer comentarios. Al día siguiente, echa una mirada hacia la silla marrón y lo verás a él leyéndolo también. Un ejemplar que ha sacado de la biblioteca esa misma mañana. Tiene siete días. Se asomará por encima del libro y te guiñará un ojo, diciéndote: Te he ganado.

Aparentará estar escuchando la emisora de música clásica, te echará una rápida mirada para recibir tu aprobación.

En el cine masticará ruidosamente galletas Necco y se quejará de la cabeza que tiene delante.

Te preguntará qué significa *petulante*.

Te preguntará quién es Coriolano.

Tal vez quiera enterarse de dónde se encuentra Cerdeña.

¿Qué es un *croissant*?

Empieza a planear tu huida. Imagina posibilidades educadas. No son más que posibilidades.

Una semana, un mes, un año: dile que has cambiado. Ya no te gusta la misma música, no comes la misma comida. Vistes de manera diferente. Los dos sois incompatibles. Cuando te dice que él también está cambiando, que le encantan tus discos, tus infusiones, tu falafel, tus zapatos, dile: Lo ves, ése es el problema. Procura desconcertar.

Da vueltas por la cocina y di que no eres feliz.

Pero yo te quiero, dirá con voz suave, perpleja, removiendo la salsa de los espaguetis pero sin lograr removerte a ti, mirando fijamente la cazuela como si esperara que fuera a salir algo de ella, un pez mágico que dijera: Eso siempre es suficiente, ¿por qué no ha de ser siempre suficiente?

No recordarás quién fue el que dijo que no te fíes nunca de un pensamiento que no se te haya ocurrido mientras caminas. Pero aférrate a ello. Los apartamentos pueden encogerse como charcas que se secan. Jadearás. Di: Voy a dar un paseo. Cuando te siga hasta la puerta, zumbando a tu lado como una mosca junto a una mujer ensangrentada, añade: Sola. Parecerá sorprendido y dolido, y lo odiarás. Pega un portazo, sal, baja, corre, hará más frío del que pensabas, pero cerca habrá un bar lleno de humo, oscuro, pringoso de cócteles de limón derramados. El camarero se llamará Rusty o Max y te conocerá. En una llamativa máquina tocadiscos sonará Jimmy Webb a todo trapo. A tu izquierda, un hombre calvo, de camisa morada, intentará que te fijes en él; moverá los labios, cantará borracho. A tu derecha alguien sorberá al ritmo de la música. Presta atención a tu vaso. Espera tras tu cabellera. El hielo verde, dulce, fluirá hacia abajo. Fluirá, nena, como el Misisipi.

Después vendrán los disgustos de salud. Los riñones. Meará sangre. Di que no te lo crees. Cuando te lo enseñe, más tarde, será oscura, del color de lo que gotea de la carne. Un puño enorme, invisible, te pasará como un torpedo por las tripas, por la cara, por el corazón, que te palpita con fuerza.

No es el momento de marcharse.

Habrá visitas al médico, opiniones diversas. No hay nada concluyente, sólo una serie interminable de análisis. En la nevera, entre los huevos y la mantequilla de cacahuete, guardará muestras de orina en tarros. Algunas estarán en frascos de aliño para ensalada. Serán de distintos colores: unos verdes, otros morados, otros marrones. Pregunta cuál es el verdadero aliño para ensalada. Él te lo señalará y sonreirá impotente. Devuélvele la sonrisa. Se echará a reír y tú también. Dóblate de risa. Carcajéate. Desternillaos en el suelo hasta que ya no podáis más. Hunde la cara en el hueco de su cuello. No podrás hacer nada más. Esa noche, quedaos tendidos el uno junto al otro en silencio, rígidos, de color blanco plateado en la cama. Quedaos estirados, como agujas de coser.

Seguid de médico en médico. Esperad los informes. Mira tu reloj. Si pudieras dejarlo... Mira tu calendario. No sería en otoño.

Nunca hay nada definitivo, sólo una serie interminable de análisis.

Una vez por semana te sentirás de nuevo enamorada de él. Dale un masaje en la parte baja de la espalda cuando le duela. Apoya en él la mejilla, sintiéndolo, escuchándole los riñones. Quédate así toda la

noche, sin llegar a quedarte dormida del todo, sin llegar a desear quedarte dormida.

Se te ocurrirá la idea de que estás esperando a que se muera.

Conocerás a otro actor. O puede que sea el mismo. Empieza a tener una aventura. Empieza a mentir. Cena con él y con su madre con cuello de Modigliani. Ella fumará puros, jugará con la *fondue*, debatirá la falacia del instinto maternal femenino. Después los tres os emborracharéis.

Nunca hay nada definitivo, sólo una serie interminable de análisis.

¿Y acaso podrías dejarlo saltando alegremente por la nieve?

Fantasearás sobre un funeral. Entonces podrías llorar. Sería un estudio de excesos posrománticos, vagamente wagneriano. Te consolarían sus lúgubres hermanas y su madre técnica dental. En el cementerio, las cuatro os arrojaríais al borde de su tumba, gemiríais y sollozaríais como viejas israelíes. Tú, en concreto, gritarías, te remangarías, desnudando las muñecas, amenazarías al cielo con los puños, echarías espuma por la boca. No habría vergüenza ni dignidad. Cogerías inmediatamente un avión a Acapulco y rondarías por los casinos, borracha y maloliente, hasta las tres de la madrugada.

Después de las cenas con el actor, vuelve silenciosa a tu casa. Al acercarte a la puerta se te revolverá el estómago, darás pasos más cortos. Los vecinos pondrán música que te recuerda a tu infancia, una ópera que trata de una señora guapa que era mala y le cortó el

pelo a un hombre mientras dormía. Recuerdas, recuerdas que tu abuelo la tocaba con una especie de furia, la cara chapada con la rectitud del Antiguo Testamento, los violines que se calientan, el escenario que se descubre cuando ya estás delante de la puerta. *Ah, responsa ma tendrés*; la canción suena como una cascada. Dali-la, Dali-la: es el lamento, el buen y penúltimo solo de un condenado.

Entra de puntillas. Dará igual. Estará sentado en la cama con expresión vacía. Bésalo, engatúsalo. Hazle el amor como nunca. A las cuatro de la mañana seguirás despierta, mirando al techo. Te horrorizarás a ti misma.

Se instalarán en casa las ideas de marcharte, acamparán en el cuarto de estar; tendrán ojos como roedores y te mirarán desde debajo del sofá, a oscuras, desde debajo de la pila, cuentas de vidrio luminosas dispuestas en parejas. Las plantas darán muestras de haber tomado partido. Algunas te arrojarán tallos como brazos airados. Parecerá que graznan como cuervos. Otras simplemente se quedarán mustias.

Cuando salgas, déjale el fregadero lleno de platos sucios. Los secará despacio con papel de cocina, con la piel roja, escaldada, bajo el vello mojado, pegado a sus antebrazos. Estarás tentada de decirle que los deje o que use el paño que hay en el cajón. Pero no lo harás. Te pondrás el abrigo y te marcharás apresuradamente.

Cuando vuelvas, te encontrarás la luz del baño encendida. Verás blusas tuyas que te ha lavado a mano. Estarán colgadas perfectamente, separadas por un centímetro, goteando, regañándose desde la barra de la cortina de la ducha. Estarán abotonadas con sus ojos de Cagney, levemente velados, ese brillo triste y apagado.

Deslízate en silencio bajo las sábanas; cógele la mano dormida.

Nunca hay nada concluyente.

En el trabajo estarás llorosa y distraída. Irás por el pasillo arrastrando los pies como una legumbre con patas. La gente lo notará.

Las pesadillas tienen sus temporadas, igual que los huracanes. Estate preparada. Soñarás que alguien te sigue por la ciudad con un estuche de violín. Se te acercan niños pequeños con sonrisas forzadas y granadas de mano. Puedes despertarte bruscamente con un espasmo, buscarlo a tientas y descubrir que no está allí sino perdido en su propio sueño, sonámbulo, que vaga por el apartamento como un viejo, balbuciendo una jerigonza, chocándose con las mesas y las lámparas, envuelto torpemente a modo de toga en una manta que ha arrancado de la cama. Levántate. Ve hasta él. Tócalo. Al principio te mirará con los ojos muy abiertos, sin verte. Rodéale la cintura con los brazos. Se despertará, se quedará boquiabierto y llorará en tu pelo. Sabrá dónde está al cabo de un minuto.

Soñarás con arcoíris, con fugas, con brujos. Tu pasado volará por delante de ti, suceso a suceso, como el pueblo de Dorothy arrastrado por el tornado por delante de la ventana arrancada. Aerotransportados. Uno a uno. Salúdalos, despídelos con la mano. Practica.

Empieza a llamar a tu trabajo diciendo que estás enferma. Asegúrate de hacerlo cuando él ya haya salido. Siéntate en una mecedora. Recorre el apartamento con la vista. Será media mañana y estará inundado de una quietud de luz de sol. Rara vez lo ves así. Parecerá extrañamente desierto, premonitorio. En el alféizar de la ventana habrá melocotones encogidos, pequeños como botones. Una mosca chocará estúpidamente con los cristales. La cama

estará abierta, desvelada, como algo que supura; las arrugas de las sábanas marcarán el tiempo, marcarán el territorio igual que los capilares de un mapa. Mécete. Calla. Respira.

La noche que por fin se lo dices, llévalo a cenar. Tradúcelo el menú, que está en francés. Cuando estéis en casa, acostados juntos, dile que te vas a marchar. Parecerá aterrorizado pero no sorprendido. Quizá te diga: Mira, no me importa con quién te estés viendo ni nada de eso, pero ¿cuál es el motivo?

No intentes cruzar palabras. Dile que ya no lo quieras. Lo hará llorar, arroyos tortuosos que le llegarán hasta los oídos. Empezarás a sentirte asqueada. Te dirá algo así como: Bueno, unas veces se pierde y otras veces también. Se supone que tienes que reírte. Espira. Suénate la nariz. Apaga la luz. Ten sentido del humor, te susurrará en la oscuridad. Ten corazón.

Prepárale el desayuno. Te preguntará adónde vas a ir. Responde: Con el actor. O: Con los jorobados. No se comerá lo que le has preparado. Lo mirará con rabia, dará vueltas a la comida en el plato con un tenedor y después lo arrojará contra la pared.

Cuando subas por la Tercera Avenida hacia el IRT, ve deprisa. Llevarás una bolsa llena. Dará la impresión de que la gente sabe lo que has hecho, adónde vas. Tendrán sus ojos, el mismo par que él, y pasarán por la calle de cara en cara, como secretos, como los gemelos en la ópera.

Así es como estás.

Corriendo escaleras abajo para sumergirte en el río humeante del metro.

Incapaz de echar una mirada a un pordiosero.

No volverás a verlo nunca. O quizá estés sentada un día de abril en Central Park, comiéndote el almuerzo, y él pase rodando sobre unos patines en línea. Lo saludarás con un gesto de la mano y la boca llena de sándwich. Asentirá con la cabeza pero no se detendrá.

Habrá una serie interminable de análisis.

Una semana, un mes, un año. La tristeza morirá como un perro viejo. No sentirás nada más que indiferencia. El lamento perezoso de una armónica de vaquero, quejumbroso, cansado, se perderá lento entre las colinas, como una canción de Hank Williams. Un final de éhos.

## IRME DE ESTA MANERA

Si un elefante tiene un percance y muere en un espacio abierto, la manada no lo deja allí...

LEWIS THOMAS, *Las vidas de la célula*

Ya he escrito antes. Tres libros para niños: *William*, *William sale de excursión*, *William vuelve*. Puede que te suenen. En el primero, William tiene un pato y le construye una casa con timbre en la puerta. En el segundo, William va al Bosque Silvestre y lo pasa bien. En el tercero, William se encuentra un ñu en el armario de la habitación. Se la desordena. La vida es dura para todos.

Tenía planes para escribir un cuarto libro, pero al final no sabía qué debía hacer William. De manera que, en lugar de ello, estoy escribiendo acerca del suicidio racional (no es ninguna contradicción). Evito todas las contradicciones y contrasentidos, todo lo que sea a rayas y a cuadros a la vez. Escribo como purista, como amante de la leche desnatada, como mujer que sabe qué muebles quedan bien juntos en el cuarto de estar. Hace un mes me dijeron que tengo cáncer. No era del tipo limpio, limitado, que me podría haber esperado, bien suspendido en el pecho, con sus pequeñas y resbaladizas circunvoluciones, retorcido tortuosamente sobre sí mismo, endurecido, marchito hasta convertirse en una nuez diminuta, extraíble. Ni siquiera dos. Se había extendido por mi cuerpo como un huésped torpe que se presenta sin que lo inviten, obeso, que come demasiado, que sigue encontrando habitaciones y ocupándolas. Probé la terapia durante tres semanas, me puse pañuelos, escondí los cepillos. Subía el volumen del equipo de música cuando corría al baño a vomitar. Blaine sólo oyó mis

náuseas con fondo de Mozart dos veces. ¿Estás bien, mamá? Su voz tenía su propia forma de abrirse camino a través de la puerta, como una melodía leve, perdida, que se había extraviado y había acabado en una habitación llena de fontanería y de carne en descomposición, retozando inocentemente con el aerosol de falsa lila y el hedor miserable de la bilis y la comida sin digerir. Bien, cariño, estoy bien. Estoy bien, maldita sea.

El doctor Torbein dijo que muchas mujeres están así varios meses y mejoran. Que viven muchos años más. Salen a hacer las compras de Navidad, celebran los cumpleaños con tartas, todos esos placeres sencillos, seguro que le gustaría, ¿verdad, Elizabeth?

No soy una niña flacucha con tarjeta de crédito, respondí. No esperaré sinceramente que me guste esto. Y, por favor, no me llame Elizabeth.

Se quedó consternado, vagamente molesto. Vaya, vaya, cosas desagradables dichas con libertad. No tenía preparada una respuesta para estos casos. Se quitó las gafas, no, quizá habría que llamarlas *anteojos*, y me miró por encima de su carpeta con la mirada que se echa a un niño díscolo que se va a quedar sin helado. Esto no va a ser fácil, me aseguró. (Te quedas sin nueces de arce.) Pero hay mujeres que han sobrevivido a daños mucho mayores de los que ha sufrido usted, con posibilidades mucho menores, a dolores mucho peores que éste.

Bueno, hay que ver, exclamé con alegría. Bravo por ellas.

Basta, Elizabeth, me riñó. Empezó a levantar un dedo, pero cambió de opinión. Haga así, dijo en cambio, y me indicó que levantara el brazo sobre la cabeza todo lo que pudiera, para poder examinarme los tejidos, palpar por si había más bultos o algo así. Se puso a silbar *Clementina*.

¡Ay!, chillé. Dejó de silbar.

Lo siento mucho, murmuró, intentando hurgar con más delicadeza.

Intento no mirarme el pecho. Está asolado, apisonado, roturado por las vías de tren y los aparcamientos de la Vía Quirúrgica. Sé que hay ausencias, como si los huecos fueran las huellas subrepticias de la cuchara de un niño en el postre de mañana por la noche. El sitio donde, cuando tenía cinco años, creía que se alojaba mi alma ya no existe.

No llevaba sujetador con relleno desde primero de secundaria, le dije con una sonrisa al médico, con el futuro extendiéndose ante mí, un cementerio de Van Ruisdael. Gracias a Dios que ya no tengo que ir a clase de gimnasia, ¿me entiende, doctor?

Joanie, Joanie, amiga mía con pies de pato, ¿por qué pongo tan incómodo al doctor Torbein?, ¿no crees que ya debería estar acostumbrado a estas cosas?, debe de verlas constantemente, aunque no las vea todas constantemente, ¿me entiendes? (Joanie sonríe y se mira mucho los pies.) O sea, lleva las gafas tan abajo, por aquí, mira, que tiene que recogerse dos de sus papadas en las profundidades del cuello para leer la carpeta, que parece que le sale de las tripas como un extrarradio visceral y, a no ser que estemos hablando del nivel de hierro de la sangre, lo pasa fatal con la ironía y tiene tics, así, mira. (Humor horrible, débil.)

Joanie gime y levanta los ojos al cielo como Howdy Doody. Jesúsmaríayosé, Liz, suspira. (Eso sólo lo pueden decir los católicos.) Te estás poniendo tonta de verdad.

Hasta el ingenio se deteriora, digo, mientras a mis ojos se les agota el brillo rápidamente.

Me he decidido por el Día de la Toma de la Bastilla. Es una elección simbólica y práctica. Elliott tendrá tiempo suficiente antes de empezar a dar clases otra vez en otoño. Blaine no irá este año de colonias y podrá pasar algún tiempo en el campo con los padres de Elliott. Como estoy segura de que hará un calor insoportable, les pediré que todos lleven ropa clara. Ni ropa negra, ni corbatas, ni

sombreros, ni abrigos. Los muertos son crueles cuando imponen esos sufrimientos en julio. Serán de rigor los zapatos de puntera abierta y los parosoles. (Ídem: los colores pastel, los tejidos indios, las petacas y los botellines de whisky, la cocaína.) No hará falta decírselo dos veces. Están ilustrados. Ya han visto marcharse a otros de esta manera. Leen los periódicos, ven las películas, ven los reportajes de la televisión. Saben cómo se hace. Saben para qué se hace. Es existencial. Es hemingwayano. Es familiar. Saben lo que tienen que hacer.

Cuando le hablé a Elliott de mi suicidio estábamos en la cocina chinchándonos el uno al otro por la grasa del horno. Es curioso, había pensado decírselo de modo algo diferente. Hace semanas que nadie limpia este jodido depósito de mierda, Elliott, tengo que decirte una cosa. No fui precisamente Edna Millay.

Me he acostado. En la cama. Tantas noches. Pensando qué pasaría cuando se lo dijera. Y haciendo planes, rumiando, recordando cómo se amaban nuestros cuerpos, se tocaban, bailaban el vals. Ahora mi cuerpo está en el rincón del gimnasio junto a las líneas de fondo y con papel crep de relleno y nadie lo invita a bailar. Amigo marchito, vencido, derrotado. Lo acuno, lo sujeto en brazos como a un niño enfermo; mi cuerpo y yo, solos, lloramos por las partes que faltan. No discuto nunca la falta de ganas de Elliott de tener relaciones sexuales conmigo. No es el mismo cuerpo para él, con su concepción sencilla, infantil, de lo físico. No importa, le digo yo, pero miro la curva de sus huesos, la piel pecosa de su espalda, todavía algo desenfrenadamente mágico, algo precioso. Siempre creo que es el primero que se queda dormido por la noche, pero muchas veces, al despertarme por la mañana, me he encontrado el frasco de crema de manos en el suelo, junto a su lado de la cama, de modo que sé que no siempre es así. Es como un canto grosero a mi estupidez, a ese espacio que se ha abierto entre nosotros. (Ay,

Elliott, lo siento mucho.) A veces vuelvo a dejar la crema en el cuarto de baño para descubrirla otra vez junto a la cama a la mañana siguiente. No lo oigo nunca. (Elliott, ¿no puedo hacer nada? ¿Nada?)

Se quedó un poco pálido allí de pie, junto al horno. Me cogió la mano, me la besó, la sujetó entre las suyas, le dio unas palmaditas. Vamos a pensarlo un día o dos o el tiempo que sea. Después lo discutiremos más a fondo.

Después lo discutiremos más a fondo, repetí yo.

Sí, dijo él.

Sí, dije yo.

Pero no lo hablamos. La verdad es que no. Ah, fue entrando a trozos en algunos diálogos subsiguientes, como un cadáver que han arrojado al mar y que el agua lleva a la costa días más tarde, un zapato por aquí, un dedo por allá, un esternón lleno de algas que golpea la arena movido por las olas. Pero no lo discutimos nunca de verdad, nunca de verdad. En lugar de ello, surgieron del mar de la noche, como en una película de ciencia ficción, alusiones, indicaciones, pistas, silenciosas pero palpables: se movían, negras y lentas, y se distribuían por el apartamento como plantas domésticas precoces que respiraban, como carroñeros.

Anoche oí a Elliott. Él creía que yo estaba dormida, pero vi sus movimientos bajo las sábanas y la caída de su tensa mandíbula. Pensé en Iván Ilich, que, cuando se está muriendo, deja a su mujer gorda en el dormitorio principal (¿con los trastos?) para dormir solo en un cuarto pequeño, junto al estudio.

Oscuridad. El cielo del final de la primavera se ha vaciado de una manera extraña. La luna se pasea por el callejón como la tía olvidada de alguien.

He invitado a nuestros amigos más íntimos a venir esta noche, los he sentado en el cuarto de estar y les he dicho que quería morir, que he calculado cuánto Seconal hace falta. Son gente tranquila, intelectual. No se quedan boquiabiertos ni murmuran entre ellos. Les digo que he elegido el suicidio como alternativa más racional y humana a mi cáncer, un acto no tanto de sacrificio como de belleza, de misericordia. Quería su apoyo.

Es evidente que lo has pensado bien, dice Myrna, la poetisa a la que he querido desde la infancia por la aspereza asmática, de arpilla, de su voz, que toma decisiones para toda una vida con la rapidez con que otros piden lo que quieren en la tienda de comida preparada. Es capaz de despedir a amantes, elegir telas para la tapicería, firmar en las líneas de puntos y tomar un avión para Olbia más deprisa que nadie que yo conozca. Es la determinación con un filo duro de obsidiana. Aquí estamos tratando, continúa, con una mente tan decidida como una cama hecha, como dice Williams. Tienes nuestro amor y nuestro apoyo, Liz.

Los miro e intento poner una sonrisa de agradecimiento, pues parece que Myrna habla en nombre de todos aun sin haber consultado con ellos. Es un milagro, esta mujer. Parece que no hay desacuerdo.

Digo: Bueno..., y tomo un trago de whisky y pienso en mi cama del cuarto de al lado, estrangulada entre el revoltijo de sábanas y mantas con los bordes que arrastran por el suelo. No tengo miedo a la muerte, decido añadir. Tengo miedo a las consecuencias que, si sigo así, tendrá esto para mí, para mi hija y para mi marido.

Elliott, situado junto a mí en el sofá, se mira los dedos, que, unidos por las puntas, forman una especie de campanario.

Voy cogiendo ritmo. Les digo que el cáncer está envenenando al menos tres vidas y que me niego a ser su cómplice. Les explico que no se trata de un acto de locura. La mayoría de ellos saben desde hace mucho tiempo que creo que el suicidio inteligente es preferible casi siempre a la estúpida lentitud de una muerte indigna.

Hay silencio, grandioso como Versalles. Parece respetuoso.

Shennan, princesa algonquina de trenzas negras y ojos tristes, se pone de pie y dice con la voz inexpresiva, de oratorio, de alumna de sexto que lee un trabajo sobre un libro: Creo que puedo hablar en nombre de Liz si digo que el suicidio puede ser, suele ser, la afirmación más definitiva que puede hacer una persona sobre su propia vida, es decir que tu vida es tuya y que no estás dispuesta a consentir que se marchite como algo olvidado en un cajón de la nevera. Así como la vida de Liz es suya para que haga con ella lo que quiera, también es suya su muerte. Desde que Liz y yo nos conocemos, creo que las dos hemos comprendido que ella probablemente acabaría suicidándose. No es una fantasía incoherente. Es una visión que tenía Liz desde antiguo, una manera de recibir la propia muerte cara a cara, con madurez. Es una afirmación de la vida, del propio yo.

(Ah, sí, Shennan querida, pero ¿acaso no dije yo siempre que sería mejor a los setenta y uno que a los cuarenta y dos?, enamorada como estoy de los números primos, esos curiosos demonios virginales, y siempre podrían decir, ah, sí, se murió en lo mejor de la vida —incluso a los setenta y uno—, Dios santo, me estoy poniendo fatal, Joanie, ¿qué te había dicho, nena?)

Shennan concluye diciendo que es la culminación de una filosofía vital, el triunfo del artista sobre el mundo físico, mortal.

Puede que sea el acto más creativo que haya realizado nunca Liz, añade mi marido. Quiero decir que podría considerarse de ese modo.

Traga saliva con cierta dificultad, su maravillosa nuez se le desliza garganta arriba y garganta abajo, un pequeño ascensor de carne. Pienso en las cervezas tibias, los libros sin terminar, las rebechas sin botones y los abortos del piso de arriba. Me pregunto si podría tener razón.

Creo que lo que está haciendo por mí es hermoso, añade Elliott como nueva declaración. Me aprieta el hombro. Busco lágrimas en sus ojos y creo que detecto el borde brillante de una, como una lentilla.

Bueno, digo.

A continuación nos levantamos todos y lloramos y comemos queso brie y galletitas de trigo. Joanie se acerca a mí con su marido, William. Hasta ahora nadie ha dicho nada de Dios.

Tengo miedo por ti, Liz. Está llorando. La abrazo. ¿Por qué no me lo habías dicho antes?, murmura. Ay, Liz, tengo miedo de que vayas al infierno. ¿Qué vas a hacer?

William no se anda con tonterías: Es una chorrada, Liz. El suicidio estético no existe. Después no serás capaz de contemplarlo y decir, caramba, qué bien me ha quedado. Saldrás en el *Post*, Liz, no te exhibirán en el Whitney. Esto huele a uno de esos perversos y criptocatólicos martirios tuyos. Es un engaño. Es un juego de poder.

(Soy capaz de carraspear más fuerte que nadie que conozca.)

Agradezco tu sinceridad, William.

¿Sabes?, sigue diciendo, una habitación llena de gente parece bonito, pero huele a chamusquina. Por debajo hay algo que no encaja.

Joanie, la estrella de la catequesis: Te queremos, Liz. Dios te quiere, por favor...

Si no podéis ayudarme a hacerlo, la interrumpo, lo comprenderé.

¿Ayudarte a hacerlo?, dicen a coro, horrorizados. Se marchan temprano, olvidándose los paraguas. La habitación da vueltas.

Frank Scherman Franck se tira del tupé, toma un trago de licor de cerezas. El tupé le vuelve a subir, vagamente obsceno. Eres una maravilla, Liz, dice con un arrullo. Lo que haces es una cosa valiente e impresionante. Nunca pensé que lo llevarías adelante, pero aquí estás.

(Licor de cerezas, pelo encerezado.) ¿Crees en Dios, Frank Scherman Franck?, le pregunto.

Bueno, es una larga historia, empieza a contar. Tenemos una especie de acuerdo mutuo: yo no creo en él y él no cree en mí. Así nadie se hace daño.

Yo todavía creo en Dios a veces, Frank Scherman Franck, admito, pero después la creencia se me va volando como un niño en un columpio, adelante y atrás, adelante y atrás, aunque en realidad esto no lo diga. (Tupé, tu pelo.) Adviento que William ha vuelto por su paraguas. Detiene a Elliott en el vestíbulo, le dice algo urgente, algo rojo. Oigo la respuesta de Elliott: Si yo viera o sintiera alguna ambigüedad, lo haría, William, pero no hay ninguna ambigüedad. Está segura. Es fuerte. Sabe lo que hace. Tengo que creer en ella.

Perdona, le digo a Frank mientras salgo corriendo a esconderme provisionalmente en el cuarto de baño. Cierro la puerta detrás de mí y entierro la cara en el albornoz de Elliott, que cuelga de la percha como un animal parecido a una oveja. Abrazo. Agarro. Aprieto. Lloro. Podría perderme en él, en este enorme país blanco de rizo, su territorio contra mi cara, inseparable de los olores familiares y jabonosos de Elliott que me llenan, que me dan vueltas por la cabeza. Me vuelvo y me hundo apoyada en la puerta, apoyada en el albornoz. No miro el espejo. Este lugar es un mausoleo de pastillas, azulejos y luces fluorescentes que se encienden y se apagan tan deprisa que te crees que están encendidas todo el tiempo, qué demonios tan astutos. Pero somos más listos, ¿no es así? Éste es el lugar que corresponde a los muertos, y los moribundos corresponden a los muertos, que no corresponden a nadie. Esto no debía marchar así. Me estoy emborrachando. Creo que debíamos habernos quedado sentados con un aire más bien cortés, incluso rígido quizá, discutir este asunto, fríos como el té helado, una tertulia de pintores y poetas como en los salones de París, como en la televisión, y todos estaríamos de acuerdo (mi razonamiento sería impecable) en que mi vida, en último extremo, abarcaba también mi muerte, y que tenía el derecho tanto legal como humano a tomar cualquier medida que decidiera mi libre albedrío, tarará tarará, y me calificarían de genio y no me robarían las frases mejores y llorarían lo justo que podría llorar cualquiera por ser el Día de la Toma de la Bastilla y nadie diría nada de Dios, joder, ni del infierno, y cuando saliera del baño no

vería a Shennan echando el ojo al culo de Elliott mientras están solos en la cocina, la una cortando queso, el otro poniendo galletas saladas, ni tendría que sufrir la estupidez afásica de los que tienen el don de la palabra (y que por tanto no tienen perdón) y que, cuando se les ofrece el collar de topacios de una mujer moribunda, no saben qué decir (y Myrna, ésta no es Myrna, Myrna es una poetisa que va en avión a Olbia, despidé a amantes, esculpe con palabras, sus poemas son como los mejores diamantes de los mejores Fabergés del mejor zar, no vacila, derrotada por el topacio). No me gusta ver a Myrna buscar palabras; no lo hace bien.

Soy algo putrefacto. Me pregunto si huelo, si me descompongo por dentro como la fruta a pesar de seguir siendo capaz de caminar entre ellos como los muertos entre los vivos, como Cristo, durante cierto tiempo, sólo durante cierto tiempo, hasta que las cosas empiecen a notarse, hasta que las cosas se pongan incómodas. Vuelvo al cuarto de estar, sonrío débilmente, me quedo de pie entre mis amigos. Soy algo incorrecto: un pelo en el requesón. Algo grosero: un pedo en el ascensor.

Ponte así; mi marido me empuja la cabeza para colocármela entre las piernas.

Uf, qué noche, digo yo, uh.

Chissst. Calla. Así sube más oxígeno a la corteza cerebral. Sabes que no debes beber de esa manera.

Inspiro cuatro veces con el dramatismo del primer anfibio. ¿Qué tal lo estoy haciendo de momento?

Ha salido el sol, me deprime como la sonrisa boba de una animadora deportiva. Tengo la cara del blanco azulado de los elefantes blancos.

Suena el teléfono.

Es Olga, sus discretos pómulos eslavos, pálidos y tranquilizadores incluso por cable, su voz en un inglés sibilante estudiado, afectado, como si hubiera visto demasiadas películas de

Joan Fontaine de madrugada. Dice que lamenta no haberme hablado demasiado anoche. Se había quedado un poco desconcertada, tanto por mi anuncio como por la reacción de los demás. Dice que era como si ellos ya lo supieran de antemano y no tuvieran para mí más que afirmaciones preparadas clínicamente, convencidos como siempre de la solidez mental de Liz.

Bueno, los disidentes se marcharon temprano, digo, y se dejaron el paraguas.

Yo también disiento, dice despacio, como Jane Eyre. ¿Es que los demás no saben lo que puedes ofrecer aún, en lo que se refiere a tus relatos, en lo que se refiere a tu hija?

Olga, me repele que la gente me coloque las almohadas.

Olga se está poniendo descarada: Puede que haya llegado el momento de que aprendas a necesitar de la gente, Liz. Y a tener paciencia. Todavía no te has ganado la muerte. Quieres tener el orgasmo sin los juegos preliminares.

Mira, Olga, en estos momentos me conformaría con lo que me echaran. No te pongas demasiado sexual conmigo, ¿vale, cariño? (Siento que empiezo a ponerme ruin, con tono de envidia.)

Por favor, Liz. Estoy intentando decirte lo que te podría haber dicho tu hermana. Lo que quiero decir es que no consentiría que lo de anoche quedara así, con Shennan allí de pie como una sacerdotisa india que celebra la muerte con un engañoso aire filosófico, y Myrna... Bueno, Myrna es Myrna.

(Y a veces no, pienso. Dios, no estoy de humor para esto. Olga, querida, vuelve con los tuyos.)

Te aprecio mucho, Liz, sigue diciendo. (Oh, Rochester, llévatela, joder.) Es que... es como si tu muerte y tú os miraseis a la cara como dos solitarios en un bar de solteros, que apenas se han hablado. No os habéis besado ni tocado en realidad, pero estáis dispuestos a meteros en la cama juntos.

(Sexo otra vez. Menuda Jane Eyre.)

En serio, Olga. Tanto erotismo en domingo... ¿Es que ha vuelto Richard a dar clases de piano gratis, o algo así? (Soy cruel; un maestro de escuela con palmeta y taburete.) De verdad, tengo que ir a ver por qué grita Blaine, está abajo y lleva un rato llamándome. Puede que sea por una de sus tortugas o algo.

Mira, Liz. No quiero dejarlo así. Vayamos a almorzar un día.

(Planeamos vernos para planear algo.)

Pienso en lo que debería hacer William.

Elliott y yo tenemos un abono semanal para la Filarmónica. Este viernes estoy en la cama, no me siento con fuerzas.

Ve tú, le digo. Llévate a Blaine. Llévate a Shennan.

Liz, contesta él despacio, una reprensión leve. Se sienta en el borde de la cama, trajeado; huele a jabón danés, y pienso en la mujer de Iván Ilich, que se va al teatro mientras a su marido le flotan los riñones por los ojos como cataratas y el criado le pone las piernas en los pies de la cama... Ah, ¿adónde han ido a parar los criados?

Elliott, mira cómo me encuentro hoy. No puedo ir de esta manera. Ve sin mí, por favor.

Te sientes bastante mal, ¿eh?, dice él, mirándose el reloj al mismo tiempo. Me suelta eso de te traeré algo rico, cariño, como si fuera una jodida retrasada mental o algo así y se pudiese aliviar la monotonía infernal de mis noches con regalos de caramelos y tabletas de chocolate.

Que lo pases bien, que lo pases bien, so gilipollas, yo no digo ni pío.

Ya estamos en julio. Pronto saldrán las luciérnagas. Mi muerte pasa volando por mi tarde como una monja de blanco que corre, se desvanece, semejante a una aparición, como el calor que sube de los bulevares, el blanco de las velas abrasado por el cemento, que dobla la esquina, que huye del sol. Todavía no le he visto la cara,

lleva capucha, quizá vendas, pero conozco su flujo, su paño, que se mueve siempre en diagonal, en olas hacia mí, y después vuelve a alejarse sin tocar el suelo.

Esta noche se lo hemos dicho a Blaine. Habíamos decidido decírselo juntos. Estábamos en el cuarto de estar.

Te vas a morir, ¿verdad?, ha dicho antes de que yo tuviera ocasión de decirle: Ahora eres joven y lo más probable es que no lo entiendas. Ha adquirido la costumbre de recogerse el pelo nerviosamente detrás de las orejas cuando no quiere llorar. Es profética. Se recoge el pelo, por detrás.

Sí. Y le hemos explicado por qué. Y he tenido ocasión de decirle: Después de todo eres joven y lo más probable es que no lo entiendas, y ha podido mirarme con esa mirada revuelta de desprecio y dolor que sólo conocen los de último curso de primaria y, después, cerrar los ojos como un ángel y caer entre mis brazos, sollozando, y yo también he llorado en ese pelo recogido detrás de las orejas y he maldecido a Dios por este día, y Blaine ha preguntado, por supuesto, quién la llevará a las clases de clarinete.

Se ha recogido el pelo, por detrás. Ha puesto la cabeza en mi regazo como un huevo quebrado. Nos hemos quedado así una hora. Le he susurrado cositas, acariciándole el pelo, diciéndole cuánto la quiero, cuánta paciencia debería tener, cuánta fuerza. A las nueve y media se ha ido en silencio a su cuarto y se ha tumbado en la cama con los ojos hinchados, mirando a la pared como una amante despreciada y moribunda.

Ahora sé lo que debe hacer William. Cuando sale del armario el ñu malo y le desordena el cuarto, William debe tocar una trompeta y hacer que el ñu se detenga y pare. Debe plantarse y decir: ¡Basta de estas malditas tonterías, ñu estúpido! ¡Vamos a ordenar este cuarto! Estoy prácticamente segura de que los ñus atienden a las trompetas.

Se lo contaría a Elliott, pero el ñu salía en el tercer libro. Y ése lo terminé hace mucho tiempo.

No, debo pensar en otra cosa.

Ay, Dios, no debía irme de esta manera. Yo estaba como Jesús, tan firme como un gallo que canta, cabalgando el domingo de Ramos, erguida y sin miedo, como Barbra Streisand y, de repente, el jueves, aplastada contra los bordes más blandos de mi piel y hasta Jesús, mira, está llorando y gimoteando y suspirando de esa manera, Cristo, se mea en los pantalones, por favor, dios, digo Dios, que no me vaya de esta manera, deja que me quede en este jardín junto a los flamencos de plástico, permíteme cantar canciones tristes hasta enloquecer.

Elliott tiene la costumbre de aparecer justo antes de cenar y besarme como para una foto publicitaria.

¿Quién nos está esperando ahí entre bastidores, Elliott, la maldita Happy Rockefeller? ¿Las noticias del Canal 6? Eh, chato, que todavía no me he muerto; estoy escribiendo, tengo hambre: vamos a hacer el amor, chato, vamos a hacerlo en la terraza, alta y fresca, cielo, eh, ¿qué te parece hacerlo en la terraza, Elliott, muñeco, qué me dices?

Y si él no sale de la habitación enfadado, se queda, balbucea sin sinceridad, me hace llorar. No le coge el gusto a la necrofilia, y suspiro y ansío la blancura de sus hombros bajo mi barbilla, su aliento en mi cuello, su suavidad de melocotón en mis manos. Y todavía lo deseo, aquí, tendida en el negro azulado de esta soledad, con más sed de amor de la que había creído nunca que podría tener.

La ciudad gruñe de calor incluso a medianoche. Hace bastante tiempo que no llueve. Abajo, los ruidos del tráfico cabalgan el aire de la noche en ondas trigonométricas, el coseno de una sirena, la tangente de un suspiro, un sistema, un eje, una lógica del caos, sí.

Mañana es el Día de la Toma de la Bastilla, Elliott, y quiero que se cambie lo que he escrito para el cuarto libro de William. Hasta ahora, William cree que se le ha olvidado el paraguas y lo busca por toda la ciudad mientras lo persiguen las desventuras como a un perro odioso, hasta que, después de que lo salpique un camión y casi lo atropelle un taxi, llega a su casa y se da cuenta de que no se le había olvidado el paraguas. Quiero que eso se cambie. Quiero que tenga todo tipo de aventuras maravillosas, picarescas, para que no importe siquiera si se le ha perdido o no el paraguas. ¿Lo podrás cambiar por mí? ¿Podrás pensar algunas aventuras maravillosas por mí? Quizá se encuentre con unos vaqueros y algunos indios y tengan una barbacoa con música y judías guisadas.

O conozca a una india joven y bonita y se case, propone Elliott, que a veces es un gilipollas, lo juro. Supongo que ni siquiera lo nota.

Me toca a mí: sí, y le corta la cabellera y se gana la medalla de héroe del día. Supongo que tendré que dejarlo todo en tus manos, Elliott.

No te preocupes, asegura él, y me acaricia con cuidado el pelo, que ahora me imagino como las últimas hebras de hilo alrededor de un carrete.

La verdad es que me gustaría terminarlo yo, pero mañana es el Día de la Toma de la Bastilla.

Sí, dice Elliott.

Joanie, cielo, Joanie la de los pies de pato, ya sé que es tarde; no, no, no creas que debes venir, no, por favor, no lo creas, Elliott está aquí, está bien. Sólo quería decirte que te quiero y que no estés triste por mí, por favor... Me siento bastante bien, ¿sabes?, y estas

pastillas, bueno, están aquí en un platito mirándome; escucha, ahora voy a dejarte para que te vuelvas a acostar y, bueno, ya sabes lo que he sentido siempre por ti, Joan, y si hay otra vida... Sí, bueno, puede ser que yo no vaya al cielo, vale..., qué..., ¿crees que soy tonta? Quiero decir que si no te asustas, quizá intente ponerme en contacto contigo, si no te importa, sí, y, por favor, atiende un poco a Blaine por mí, Joan, ¿quieres?, Dios, qué joven es, en primavera le expliqué lo de la menstruación y parecía muy interesada, pero lo único que me preguntó después fue: ¿Así que eso significa que todos los mellizos se parecen?, de modo que querrá saber otras cosas, ¿sabes?, y te quiere, Joan, te quiere de verdad. Y sé buena con Olga de mi parte, he sido muy poco amable con ella, y recuérdale a tu marido que lo he inmortalizado, ja, sí... ¿No te parece increíble, querida alma rígida?, y, Joanie, cuídate y reza por mí y por Blaine y por Elliott, que esta mañana ha llorado de impotencia por primera vez, cómo lo quiero, Joan, a pesar de todo

todo lo que veo desde el ojo redondo de este plato vacío, formando vagamente un grupo de árboles secos y una hilera de ñus, uno a uno, como las ovejas del insomnio de un niño, tirando la toalla, formando un círculo, echándose en silencio al sol para descomponerse en contra de su voluntad, Dios, no hay música, aquí no hay trompeta y no hay sonido alguno, sólo este calor blanco de julio que sigue y sigue, irme de esta manera

## CÓMO HABLAR A TU MADRE (NOTAS)

1982. Sin ella, hace años ya, murmurarás ante la nevera que se descongela, «¿Qué?», «¿Eh?», «Ahora calla», mientras cruje, se queja, gruñe, hasta que cae del techo del congelador el último bloque de hielo como algo vencido.

Sueña, y en tus sueños pasan flotando junto a las copas de los árboles niños recién nacidos con personalidad de sabuesos, gordos como los globos de los almacenes Macy's, flotando junto a las copas de los árboles.

Implantan el primer corazón permanente de poliuretano.

En el piso de arriba, alguien toca a la flauta dulce *Nunca irás solo*. Ahora toca *Oklahoma!* Deben de tener un libro de partituras de Rodgers y Hammerstein.

1981. En los transportes públicos, las madres con serafines suaves, jabonosos, vestidos de pana, te miran con caras como dominós de compasión. Sus niños son pequeños y callados o cuentan inquietos los colores de los asientos del autobús: «azul-azul-azul, rojo-rojo-rojo, marillo-marillo-marillo». Las madres te ven mirar a sus hijos. Te sonríen con simpatía. Creen que las envidias. Piensan que no tienes hijos. Creen que saben por qué. Aparta la vista deprisa, más allá de las manchas de la ventanilla.

1980. El bullicio, ajetreo, golpeteo de cosas en la cocina. Son los sonidos que te organizan la vida. El tintineo de los cubiertos en el cajón, amontonados como huesos en una fosa común. Tus comparaciones se vuelven siniestras, se cansan.

Eigen presidente a Reagan, aunque repartiste rosquillas y folletos a favor de Carter.

Sal con un italiano. Te frota el vientre y te dice: «Éstas son estrías de embarazo, ¿no? ¿Son estrías de embarazo?», y tú piensas en tu mente que te da vueltas: Estrías de Harpo, Ideas de Marx, Idus de marzo. Ten cuidado. Te planta besos en el plano inclinado del cuello y te quedas dormida a su lado, con las bragas bajadas y enrolladas en un muslo como una liga de novia.

1979. Date paseos de vez en cuando por la noche, pasando por delante de la vieja casa sin vender donde te criaste, en esa encrucijada rural, embrujada, a dos horas de donde vives ahora. Es como en Halloween: el césped rastrillado, iluminado por la luna, los árboles gigantescos, hinchados; brazos y dedos levantados hacia la extensión sin estrellas del cielo como arroyos, grietas, ríos del mapa. Sus sombras negras oscilan sobre el lado del porche del este. Son sombras de sueños, aquí hay otras vidas. Dobla despacio la esquina pero sigue mirando por la ventanilla del coche. Esta casa está engastada muy dentro de ti, aquí hay todavía algo que conoces, que crees conocer, una voz en lo alto de la escalera, quizá, una figura en el porche, un delantal suelto, enganchado en las ramas altas, en la brisa demasiado cálida para ser una noche de otoño, algo que no está bien, esa ventana de la torre que todavía ves desde aquí, desde fuera, pero que no se alcanza desde dentro. (El orgullo fantasmal de tu infancia: «Tenemos una habitación misteriosa. Se ve la ventana desde delante de la casa, pero no se puede entrar, no hay puerta. Hace años vivía allí un médico que hacía operaciones secretas, y ahora está tapiada».) La ventana se asienta en la torre como un ojo muerto.

Ves un fantasma, algo parecido a una estatua que da vueltas junto a un arbusto.

1978. Entiérrala en el frío jardín lateral del lado sur de esa casa como de Halloween. Allí están tu hermano y sus hijos. Da abrazos. El pastor con un abrigo deportivo inglés, los campos sin vecinos, la encrucijada, son todos como una Kansas desnuda. Hay rezos y después alguien echa paladas de tierra. La gente va hacia los coches y vuelve a abrazarse. Entra en el tuyo con tu sobrina. Espera. Mira hacia arriba por el parabrisas. Una formación en cuña de reyezuelos viaja hacia el sur por el cielo de noviembre; las líneas de su formación, los lados y los vértices mismos están misteriosamente coreografiados, se mueven, fluyen, se cruzan como las piernas de un patinador. «Se posarán por instinto en un árbol, en alguna parte —dices—, pero antes recorrerán varios kilómetros.» Los observas sorprendida, los miras hasta que, con lentitud de amebas, son puntadas oscuras, lejanas, en el horizonte. No pones en marcha el coche. La sobrina callada que está a tu lado habla por fin: «Tía Ginnie, ¿vamos al restaurante con los demás?». Obsérvala. Reconócela: nueve años, con anorak. Sonríe y pon el coche en marcha.

1977. Envejece, se balancea en tu mecedora, silenciosa como el viento. Ante los ojos le cuelgan los mechones delanteros de pelo blanco, amarillos de haber fumado demasiados cigarrillos. Aun ahora sigue fumando, con la voz ronca de flemas. A veces, a la hora de cenar, en tu cocina minúscula, se limita a mirarte con los ojos legañosos y después tiene un ataque de tos que le sacude el cuerpecillo de vieja como una tormenta.

Deja de comer esa patata al horno. Pregúntale si está bien.

Ella graznará:

—¿Te acuerdas, Ginnie, de que tu padre decía que, con tantos pitillos, algún día volvería a «convertirme en una mocososa»?

Tras decir eso se ríe, se atraganta, vuelve a jadear.

Ponla de pie.

Apóyala en ti.

Dale palmaditas leves en el montículo curvo de la espalda.

Pídele que deje de fumar, hostia.

Ella sonreirá y te dirá:

—¿Hostia? ¿Es ésa manera de hablar a tu madre?

Por la noche, pasa a ver cómo se encuentra. Está tumbada, despierta, con los labios separados, abiertos mientras se secan. Llévale algo de zumo. Ella murmura: «Gracias, cielo». La boca le huele, se le hincha, como una tumba.

1976. El bicentenario. En la lavandería automática esperas a que se agote el tiempo que duran las monedas que has echado. Ves saltar y caer las toallas y las sábanas endemoniadas por la escotilla de la secadora. La emisora de radio que suena en el techo pone música lenta, triste de Motown; te rodea de la desesperada esperanza de un muchacho en un baile y te hace llorar. Cuando llegues a tu apartamento, tíralo todo en la cama. Tu madre hace punto torcido: rojo, blanco y azul. Dale un beso de saludo. Di:

—Vaya si hacía calor en ese sitio.

Ella no dará muestras de haberte oído.

1975. Asiste sola a lecturas de poesía en la biblioteca local. Descubre que en realidad no escuchas bien. Mírate fijamente los muslos cruzados. Piensa en tu madre. A veces la confundes con el primer hombre que amaste, aquel que hundía la cabeza en las pelotillas de tu jersey y decía cosas magníficas como «oh, Dios, oh, Dios», que te amaba sin condiciones, de una manera tremenda, como una madre.

El poeta se pone nervioso por un instante, se le sonroja el cuello y las orejas, pero recobra la compostura. Cuando termina, la gente aplaude. Hay vino y queso.

Márchate sola, vuelve a casa andando sola. Las calles del centro son como pasillos de luz que te sujetan, te sujetan, frente a la iglesia, frente al centro comunitario. Marcha como Stella Dallas, con

la columna vertebral recta, a través del melodrama de farolas, cabinas de teléfono, hacia la casa verde que hay más allá de la avenida Borealis, hacia el apartamento de atrás, el del toldo y el calabacín en el fogón.

Tu horóscopo dice: Sé amable, sé breve.

Estás embarazada nuevamente. Decide qué debes hacer.

1974. Tendrá arrebatos de cierta locura senil. Te llama al trabajo.

—¡Aquí no hay comida! ¡Socorro! ¡Me muero de hambre! —A pesar de que ayer mismo compraste cuarenta dólares de provisiones.

—¡Mamá, sí que hay comida!

Cuando llegas a casa, la nevera está casi vacía.

—Mamá, ¿dónde has metido toda la leche, el queso y lo demás?

Tu madre se queda mirándote desde su asiento delante del televisor. Le asoman lágrimas a los ojos.

—Aquí no hay comida, Ginnie.

En el lavaplatos suena un crujido, un chirrido. Lo abres y te devuelven la mirada los ojos brillantes de un pequeño roedor. Huye entre las ruedecitas de la nevera. Al parecer, tu madre ha metido toda la comida en el lavaplatos. La leche se ha derramado, un charco blanco sobre fondo azul, y las cosas como el queso, la mortadela y las manzanas están mordisqueadas.

1973. En una fiesta en la que una mujer te dice dónde se ha comprado un par de zapatos maravillosos, dile que crees que ir de tiendas para comprar ropa es como masturarse: todo el mundo lo hace, pero no es muy interesante y, por lo tanto, debe hacerse a solas, con vergüenza, y no debe servir de tema de conversación en las fiestas. La mujer fruncirá los labios y las cejas y dirá:

—Ah, supongo que tendrás algún tema de conversación más apasionante.

Ponte torpe e incómoda. Di «no» y ve directa a buscar un ginger-ale. Dile a la persona que está a tu lado que sientes como si las tripas se te hundieran y como si fueran de vinilo, igual que un retrete de Claes Oldenburg. La persona contestará «¿Ah, sí?», y te hará notar que el estampado de tu vestido es de volutas fecundando a otras volutas. Sírvete más ginger-ale.

1972. Nixon gana por mayoría aplastante.

Tu madre te llama a veces por el nombre de su hermana. Dile:

—No, mamá, soy yo. Virginia.

Aprende a repetir las cosas. Aprende que tenéis una manera de reconoceros la una a la otra que de algún modo se desborda y llega más allá de las maneras que tenéis de no reconoceros.

Haz manzanas asadas por primera vez.

1971. Sal a dar largos paseos para librarte de ella. Camina por zonas de bosque; allí hay una vida que has olvidado. Los olores y los sonidos parecen repentinos, inmutables, exactos, el crujido de papel de las hojas, el aroma mohoso del barro. Los árboles se inclinan como espaldas, los postes de las cercas están astillados, cerrados sólidamente como brazos confiados y precarios, los asteres espiados, secos, blancos, aplastados (¡aplastadísimos!) por la helada. Encuentra una hermosa piedra rojiza y llévatela a casa para dársela a tu madre. Bésala. Dile:

—Es para ti.

Ella la coge y sonríe.

—Siempre fuiste una niña muy sensible —comenta.

Replica:

—Sí, ya lo sé.

1970. Estás embarazada otra vez. Intenta decidir qué debes hacer.

Rápate, déjate el pelo corto como un chico.

1969. La humanidad pisa la Luna.

En los supermercados se venden por primera vez pañales desechables.

Mantén relaciones de vez en cuando con hombres estúpidos, absurdos, que te dicen que te dejes el pelo hasta la cintura y que, cuando estás triste, te hacen cosquillas en las costillas para animarte. El claro de luna que entra por las persianas os pinta de rayas como si fueseis cebras. Os reís. No te casas nunca.

1968. No estés resentida con ella. Piensa, por ejemplo, en la situación que se produce cuando sacas de la caja la última bolsa de basura: tienes que tirar la caja en esa misma bolsa de basura. Lo que antes envolvía debe ser envuelto. El envoltorio se convierte entonces en lo envuelto, en lo contenido, en lo guardado. Ve descubriendo cada vez más que te gusta reflexionar sobre cosas así.

1967. Tu madre se encuentra enferma y se va a vivir contigo. No tiene a dónde ir. Sientes diferentes tipos de vacío.

Realizan en Sudáfrica el primer trasplante de corazón con éxito.

1966. Confundes a tus amantes, no recuerdas bien cuál tenía esa cicatriz, ese coche, esa madre.

1965. Fuma marihuana. Intenta descubrir qué es lo que ha hecho que tu vida vaya mal. Es como intentar descubrir qué es lo que produce ese mal olor en la nevera. Podría ser cualquier cosa. La mayonesa sin tapa, el vino de miel del tío Ron que lleva cuatro años en el rincón de la izquierda. El brécol que amarillea, que florece aprisa. Todo son metáforas. Todo son problemas. Tu horóscopo dice: Habla con delicadeza a un ser querido.

1964. Tu madre te llama y te pregunta si vas a ir a casa para Acción de Gracias, estarán tu hermano y el bebé. Da excusas.

—Cuando una madre se hace mayor, estas fiestas son cada vez más importantes —explica tu madre.

Di:

—Lo siento, mamá.

1963. Despiértate una mañana con un hombre con quien habías creído que pasarías toda la vida y date cuenta, con una piedra en las tripas, de que ni siquiera te gusta. Pasa una tarde llorosa en su cuarto de baño, sin salir cuando llame a la puerta. Ya no puedes fiarte de tus afectos. Las personas y los sitios que crees que amas pueden ser personas y sitios que odias.

Matan a Kennedy.

Alguien inventa un corazón artificial temporal, para usarlo durante las operaciones.

1962. Come comida china por primera vez, con un abogado de California. Te enseñará a sostener los palillos. Te dará palmaditas en la pierna. Ataca a su profesión. Pregúntale si le parece que la ley hace grandes radios de ruedas de carro con los palos cortos de los hombres.

1961. Muere la abuela Moses, la pintora naif.

Eres un zoo de inseguridades. Te acostumbras a echar coñac en el café de la mañana y a enamorarte con demasiada facilidad. Tienes un aborto.

1960. Hay dinero del testamento de tu padre y de su seguro de vida. Te compras un coche y un vestido de terciopelo verde que no necesitas. Haces dos horas en coche para comer con tu madre los

sábados. Ella te sugiere temas sobre los que puedes escribir, cosas que ha oído por la radio: una mujer con mellizos telépatas, una mujer que no tiene pies.

1959. En el funeral, ella dice: «Tenía sus problemas, pero era un hombre generoso», a pesar de que tú sabes que era más agarrado que un nudo de *boy scout*, que no escuchaba a nadie, que la única vez que recuerdas haberlo querido fue aquella ocasión en que entendió de golpe uno de tus chistes antes que tu madre, levantó la vista de su revista científica, soltó una carcajada fuerte como de gigante y, los dos, durante una fracción de segundo, estuvisteis en comunión como ángeles en ese cuarto, en esa luz cálida, compartida, de la mente.

Di:

—No era malo.

—No tienes por qué estar amargada —te indica tu madre con voz cortante—. Os pagó los estudios universitarios a tu hermano y a ti. —Se abotonó el abrigo—. Además, fue el primero que aisló un isótopo concreto de helio, no me acuerdo cómo se llama, pero deberían haberle dado el Premio Nobel.

Se seca la nariz.

Asiente:

—Sí, mamá.

1958. En la boda de tu hermano, se llevan a tu padre en ambulancia. Una primita susurra en voz alta a su madre: «¿Al tío Will le ha dado un *ataque al corazón?*». Pásate siete días seguidos diciendo a tu madre cosas como «Estoy segura de que se pondrá bien» y «yo me quedo aquí, vete tú a casa y duerme un poco».

1957. Baila el calipso con chicos de otra facultad. Coge una trompa con borgoña del estado de Nueva York, pierde la virginidad y cómprate una de las primeras máquinas de escribir eléctricas y portátiles.

1956. Habla a tu madre de todos los libros que lees en la facultad. Lo agradecerá.

1955. Pinta un retrato de Elvis Presley con plantilla. Di a tu madre que estás enamorada de él. Ella sacudirá la cabeza.

1954. Hurta en una tienda un jersey de cachemir.

1953. Fúmate un cigarrillo con Hillary Swedelson. Decid qué chicos os gustan. Haceos hermanas de sangre.

1952. Cuando tu madre te pregunta si hay chicos agradables en el instituto, pregúntale cómo te vas a enterar si tienes que llegar a casa todas las noches ¡a las nueve! Levantará las cejas como telones de teatro.

—Pobrecita —dirá.

Añade:

—Vaya si lo sé.

Y da un portazo.

1951. Tu madre te habla de la menstruación. Al día siguiente, sin más retraso, menstrúas, tu cuerpo sólo estaba esperando un permiso, una señal. Te despiertas por la mañana y te sientes avergonzada.

1949. Aprendes a hacer globos de chicle y a sumar números negativos.

1947. Se descubren los manuscritos del Mar Muerto.

Has visto demasiados musicales de Hollywood. Has visto a demasiada gente cantar en sitios públicos y te figuras que también lo puedes hacer. Practica. Tu profesora te hace una pregunta. Le respondes cantando: «La respuesta a la pregunta número dos es doce». La mayoría de la clase se ríe de ti, aunque algunos se quedan mirándote con los ojos fijos como joyas, fascinados. En casa, tu madre te pide que limpies el polvo de tu armario. Consigue un vibrato tan amplio que podría arrastrar a un camión. Canta: «¿Por qué tengo que hacerlo ahora?», y recorre el comedor bailando claqué. Tu madre te dice que te tranquilices y te vayas a echar una siesta. Grita: «¡No te importo! ¡No te importo en absoluto!».

1946. Tu hermano se pasa todo el día poniendo *Shoofly Pie* en la gramola.

Pregunta a tu madre si puedes ir a cenar a casa de Ellen. Responderá «Ve a preguntárselo a tu padre» y, tirándote de los dedos, saldrás al cuarto de estar, te pondrás junto a su sillón y llorarás. Está leyendo. Dale un golpecito en el brazo. «¿Papá? ¿Papi? ¿Papá?» Sigue leyendo su revista científica. Tírate de los dedos con más fuerza y vuelve corriendo a la cocina a contárselo a tu madre, que irrumpre en el cuarto de estar y pregunta:

—¿Por qué no escuchas nunca a tus hijos cuando quieren hablarte?

Los oyes discutir. Hunde la cara en un paño de cocina, avergonzada, asustada por el zumbido del motor de la nevera, por el goteo en el fregadero.

1945. Tu padre vuelve a casa de cumplir su misión en la guerra. Te lleva montada en su espalda alrededor de los rastrojos amarillos del jardín, mientras os vigila la ventana muerta de la torre, oscura como una herida. Te monta en el columpio y te empuja sin decir palabra.

Tu hermano tiene nuevos amigos, se comporta como un mayor y es más distante, incluso cuando esperáis juntos el autobús del colegio.

Pasas demasiado tiempo sola. Le dices a tu madre que cuando seas mayor llevarás a tus hijos a Australia para que vean los canguros.

Mueren cuarenta mil personas en Nagasaki.

1944. Viste y acuna a una muñequita a la que has llamado «la Sue». Llévala a todas partes. Piérdete en el mercado de fruta de Wilson Creek y grita suavemente: «Mamá, ¿dónde estás?». Mira a unos niños que cogen uvas, pero no te atrevas a hacerlo. Tus ojos son gargantas pequeñas, oscuras, tu mano se aferra a la Sue.

1943. Haz preguntas a tu madre acerca de los bebés. Haz que solamente te lea los cuentos que hablan de bebés. Pregúntale si va a tener un bebé. Pregúntale por el bebé que murió. Llora apoyada en su brazo.

1940. Coge su pelo con tu puño. Frótatelo contra la mejilla.

1939. Como a través de una hélice, como a través de un oído, aquí estás más cerca de los destellos de los sueños, de las otras vidas.

Hay una carpa de piernas, un partirse en dos de los seres, mientras las dos jadeáis ciegamente intentando respirar. Entre la luz y el frío, cuando intentas hablarle, ella lo sabe, aunque es algo que no consigues comprender nunca del todo.

Alemania invade Polonia.

La canción del año es *Tres pececitos*, y alguien la está tocando en alguna parte.

## **AMAHL Y LOS VISITANTES NOCTURNOS: UNA GUÍA PARA EL TENOR DEL AMOR**

30/11. Comprende que tu gata es una puta y no te puede ayudar. Recibe amor moviendo los bigotes como un buscador de oro. Es una nómada espléndida, una no amiga. Acuérdate de lo que hizo el mes pasado mismo, cuando te la dio Bob, el del piso de abajo, después de volverse alérgico de manera repentina: saltó a tu regazo y ronroneó, gutural como una cabaretera alemana, con confianza y llena de pelos como el moho. Y Bob, con el corazón claramente roto, que seguía en el cuarto, estornudaba y daba instrucciones, esperando una última caricia gatuna, se puso a cuatro patas y le agitó los dedos entre el pelo. La gata no hizo más que cerrar los ojos; pero a ti te sonrió, te echó una mirada furtiva como si oliera pescado y se quedó en su sitio.

—Bueno —dijo Bob, levantándose del suelo—. Ahora ya no soy más que parte de su pasado de minina.

Así es Bob. Le dice a la gata «ahora sé buena chica, cielo» y se encoge de hombros, se vuelve a su apartamento del piso de abajo, pone jazz sincopado, inquietante, bebe vino, mira la calva invernal de la montaña.

1/12. Moss Watson, el hombre al que amas de verdad como a ningún otro, va a cantar el 23 de diciembre en *Amahl y los visitantes nocturnos*, montada por la Ópera de Owonta. Interpreta el papel de Gaspar, el rey mago que es un poco sordo. La sabiduría llega bajo todas las formas, dice Moss, y piensas: Sí, a veces en forma de rey y a veces en forma de llamada de teléfono titubeante que dice que el rey se quedará hasta tarde en los ensayos y que no lo esperes

levantada, y después cuando lo llamas para decirle que tenga cuidado de que no se escape la gata cuando llegue a casa, te enteras de que allí ni siquiera hay un ensayo.

A las tres de la madrugada oyes su coche por el camino de entrada, el golpe de la puerta principal. Cuando entra en el dormitorio, ves por un instante su enorme talla enmarcada en la puerta, su pelo iluminado que brilla como el curry. Cuando se agacha para quitarse los zapatos es como si una pequeña parte de su espalda hubiera cedido y le permitiera inclinarse despacio de esa manera. Guarda silencio. Cuando se mete en la cama, te besa un hombro y después se sube las sábanas hasta la barbilla. Sabe que estás despierta.

—Estoy cansado —anuncia en voz baja para rechazarte cuando ruedas hacia él.

Di:

—No has dejado salir a la gata, ¿no?

Dice que no, pero que tal vez debería haberlo hecho.

—Te estás convirtiendo en una mamá gata. Los gatos, Trudy, son los peores sucedáneos que existen.

Dile que siempre quisiste escaparte de tu casa con un sucedáneo.

Dile que lo quieres.

Dile que sabes que no ha tenido ensayo.

—Decidimos ensayar en el colegio Montessori, ¿qué pasa, es que ahora eres mi madre?

Distingue en la oscuridad el gancho fino de su nariz. Apártale el pelo de la frente. Dile:

—Te quiero, Moss, ¿tienes una aventura con una oveja?

Una vez viste una película en la que un hombre tenía una aventura con una oveja, y cuando estaba con su novia estaba como Moss está ahora contigo: agotado.

Los ojos de Moss se cierran.

—Recuerda que no soy un pastor, soy un rey. Te estás comportando como mi exmujer.

Su exmujer es ahora presentadora de televisión en Misuri.

—¿Estás teniendo una aventura normal? ¿Con una persona?

—Trudy —suspira, y se aparta de ti, llevándose más manta de la que le toca—. Tienes que cortar esto.

Sé consciente de que te estás portando como una estúpida. En cualquier momento se volverá y se apoyará sobre ti, te tranquilizará a besos, te dirá cuánto te quiere.

—¿De dónde demonios iba a sacar yo tiempo para tener una aventura? —es lo que responde por fin.

2/12. Tu gata está creciendo, come un montón y con ganas, como un caballo de carreras. Bob la llamó *Novia de Polvo de Estrellas*, un nombre un poco excesivo incluso según Bob, de modo que Moss y tú pensáis otros nombres que le podéis poner: *Gordi*, *Gordinflona*, *Tripita*, *Cagona*, *Secretariado*, *Estefanía*, *Emilia*. Llámala por todos.

—Tiene que aprender a soportar la confusión —dice Moss—. Y tenemos que empezar a dejarla salir.

Di:

—No. Todavía es demasiado pequeña. Podría pasarle algo.

Cógela y apártala de Moss. Métela en el baño contigo. Levántala hasta el espejo. Di:

—¿Quién es ésa? ¿Quién es esa gatita bonita?

Pregúntate si podrías convertirte en Bob.

3/12. Moss tiene que ensayar a veces en el cuarto de estar. El rey Gaspar tiene una caja de joyas negra y grande que mientras canta enseña al pequeño Amahl, que está cautivado. Debe abrir sus cajones y sacar cuentas, regaliz, piedras mágicas. Pero los cajones no hacen más que atascarse cuando no deben. Moss acaba por arrancarse la barba postiza y grita:

—¡No puedo hacer esto! No puedo cantar hablando de dinero y de chucherías. ¡Yo soy el tenor del amor!

El año anterior habían representado *La Bohème*, y Moss había hecho el papel de Rodolfo.

Éstas son las cosas para las que te necesita: para que lo ayudes con su caja. Enséñale que uno de los cajones está fuera de su ranura. Enséñale que sólo lo debe sacar hasta cierto punto. Sonríe y te da las gracias con su voz chiflada de rey Gaspar:

—¡Oh, gracias, gracias, gracias!

Empieza a cantar su aria otra vez:

—«Ésta es mi caja. Ésta es mi caja. No viajo nunca sin mi caja.»

Según dice Moss, todo canto es un aullido esculpido.

Di «adiós». Llévate el televisor rodando a la cocina. Mira a MacNeil-Lehrer. Preocúpate por el Congreso.

Escucha los graznidos de los trenes que pasan traqueteando junto a tu casa toda la noche.

4/12. A veces suena el teléfono, pero la persona que llama cuelga.

5/12. Ahora tu gata mete las zarpas en el cuenco de agua al beber y sale después de su breve chapoteo y se las lame, se lava la cara repetidas veces, sobre las orejas y hacia abajo, como si le picara. Coge la costumbre de observarla. Las formas grises y rosadas de las almohadillas y el pelo de sus patas parecen pequeñas caras de babuino. Ve que la estás mirando, se queda paralizada, pestañeá y después vuelve a lo suyo, mete la cara en el vientre, como una bailarina concentrada que lleva un maillot peludo. Pero está creciendo tan deprisa que está torpe. Va andando y de pronto se le descentra la cadera y se detiene y se la mira sin comprender. O tropieza con las patas, o le resulta difícil mover su nueva masa a lo largo de los muebles; su cuerpo se asoma al mundo antes de que esté preparada de verdad. Eso le recorta la confianza en sí misma. Te mira como preguntándote: «¿Qué me está pasando?». Se frota

contra tus tobillos y suelta un quejido. La levantas, te la metes bajo la barbilla con los dientes apretados de amor, voz de arrullo, empalagosa de maternidad, dices cosas como:

—¿Cómo está mi naricita sucia, mi carita peluda, mi dulce cabecita?

—Jesús, Trudy —grita Moss desde el cuarto de al lado—. Hay que ver qué manera tienes de hablarle a esa gata.

6/12. Aunque ya se ha abierto la temporada de compras de Navidad, a la tienda donde trabajas tú en el centro, Owonta Flair, no le va bien.

—Los centros comerciales —gruñe Morgan, tu jefe—. ¡Los centros comerciales, todas las Navidades! Estamos condenados. Estas zapatillas con dibujo de caramelos de Navidad. ¿Qué voy a hacer con ellas?

Dile que ponga una zapatilla de cada en el escaparate con un letrero gigantesco que diga LA PAREJA EN EL INTERIOR.

—La gente sólo ve el letrero. Thom McAn lo hizo una vez. Entraban en tropel.

—Estás deprimida —dice Morgan.

7/12. Moss y tú invitáis a cenar una noche a los miembros principales del reparto, menos a Amahl, antes de un ensayo. Tú invitas también a Bob. Los tres reyes, la madre soltera de Amahl, Bob y tú: así, cuatro personas podrán contar anécdotas graciosas sobre el montaje y dos podrán escuchar.

—La verdad es que es una birria de ópera —dice Sonia, que interpreta el papel de la madre de Amahl—. Es sentimental a más no poder.

Sonia es todo lo que siempre has querido ser tú: inteligente, judía, amistosa, con un pelo tan espeso como un matorral. Habla con la boca llena de tu pastel de espinacas. Dice que le gusta. Cuando ha tragado, se le queda atrás un trozo de espinacas,

envolviendo como una caries uno de sus dientes delanteros. Aparte de eso, es muy hermosa. Nadie le dice nada de la espinaca que tiene en el diente.

Dos habitaciones más allá, la gata juega con una canica en la bañera vacía. Es uno de sus juegos favoritos. Empuja la canica y ésta corre por la porcelana como un coche de carreras. El ruido es un repiqueteo continuo.

—¿Qué es ese ruido tan raro? —pregunta Sonia.

—Es la fiera —dice Moss—. Deberíamos sacarla a la calle, Trudy.

Sirve más vino a Sonia y ella murmura: «Gracias».

Levántate de un salto. Di:

—Voy a quitarle la canica.

Oyes a tu espalda a Bob:

—Antes era mía. Se llama *Novia de Polvo de Estrellas*. Me dio alergia.

Melchor te grita:

—Ay, deja en paz a la gata, Trudy. Deja que se divierta un poco.

Pero entras en el baño y le quitas la canica, a pesar de todo. Tu gata te mira desde la bañera con la cabeza echada hacia un lado, dulce y extrañada como una estrella de cine infantil. Después se vuelve y golpea las gotas del grifo con la pata. Ráscale la piel del cuello. Cierra la puerta al salir. Guárdate la canica en el bolsillo.

Oyes a Baltasar, que hace bromas sobre la ópera. La llama *Amilo y los Nitratos*.

—Menotti siempre me ha parecido soso —comenta Melchor cuando vuelves al comedor.

—Escrita para la NBC, qué se puede esperar —dice Sonia.

Al poco está divagando sobre *La Bohème* y otras óperas. Dice palabras como *verismo*,  *messa di voce*, *Montserrat Caballé*. Sonríe.

—Una ópera debe ser como la anticoncepción: una cuestión de sexo, no de niños.

Empieza a recoger los platos. Pide a la gente que se quede el tenedor para el postre. Coméntales que, diga lo que diga quien sea, a ti te parece que *Amahl* es una ópera preciosa y que el final, cuando la madre deja que su hijo se vaya con los reyes, siempre te hace llorar. Moss te guiña un ojo. Cobra valor. Agita la cabeza. Añade:

—Papageno, Papagena... Para mí, *La Bohème* no es más que un montón de bufandas.

Bebéis algunos tragos de vino.

Bob es el único que te mira y sonríe.

—Espera. Te ayudo con los platos —dice.

Moss se pone de pie y hace un anuncio para cambiar de tema:

—Sonia, tienes un trozo de espinaca en el diente.

—Dios —dice ella, y la lengua le excava bajo el labio como un topo elegante.

8/12. A Moss todavía le gusta de vez en cuando ducharse contigo a la luz de las velas. Soléis tener diez minutos antes de que se acabe el agua caliente. Enjabónale la espalda, los anchos montes de sus hombros te dominan como el hambre. Apriéstate contra él. Susurra:

—La verdad es que sí que me gusta *La Bohème*, ¿sabes?

—No importa —dice Moss, todo perdón. Se gira y te coge de las nalgas.

—Lo único que pasa es que tus amigos me ponen nerviosa. Puede que sea por el trabajo, que Morgan, ese histérico de cuarenta vatios, me esté volviendo loca.

La verdad es que aprecias a Morgan.

Ponte a tararear una canción de Dionne Warwick, después avergüénzate y calla. A Moss no le gusta cantar en la ducha. Tiene sus óperas, sus encargos de iglesia, sus bodas y sus *bar-mitzvás*: en la ducha está estrictamente fuera de horas de trabajo. Di:

—Quiero decir que puede que sea Morgan.

Moss levanta la cabeza bajo la ducha, beatífico, ausente. El pelo se le pega hacia atrás como el de un niño de pecho o un gángster, oscuro con el agua, brillante como la cubierta de un disco.

—¿Te pone nerviosa Bob? —pregunta.

—¿Bob? Bob es un caso terminal de bondad. Lo aprecio.

—Yo también. Es un verdadero tesoro.

Di:

—Sí, es un amigo de verdad.

—He dicho tesoro, no amigo —dice Moss.

Las cosas quedan en silencio. Últimamente os habéis estado oyendo mal el uno al otro. Anoche mismo le dijiste en la cama: «Moss, no soy aficionada a hablar de las cosas privadas del sexo, pero...». Y te replicó: «A mí tampoco me gustan las cochinadas del sexo». Y se quedó dormido, rascando la oscuridad con unos ronquidos como zombis.

Turnaos para aclararos. No le digas que está acaparando el agua. Pregúntale por fin:

—¿Crees que Bob es gay?

—Claro que es gay.

—¿Cómo lo sabes?

—Ah, no sé. Suele estar en el Sammy's, en el centro comercial.

—¿Es un bar de gays?

—Un poco de todo —responde Moss encogiéndose de hombros.

Piensa: Un poco de todo. Muy propio de los centros comerciales.

—¿Has estado allí alguna vez?

Frótate vigorosamente entre los pechos.

—Algunas veces —admite Moss mientras el agua se va enfriando.

Di:

—Ah.

Después, cierra el grifo, sal a la esterilla del baño. Pásale una toalla a Moss.

—Supongo que no voy mucho a esos sitios porque con mi trabajo intento revivir el pobre barrio del centro.

—Supongo que es eso —dice Moss mientras las sombras de luz de vela tiemblan en la cortina de la ducha.

9/12. Hace dos años, cuando Moss se vino a vivir aquí, despertarte por la mañana tenía algo de emocionante. Podías levantarte, vestirte y, sabiendo que tu amante estaba dormido en la cama, salir en coche entre el tráfico de oficinistas y trabajadores de fábricas de primera hora de la mañana, con la sensación de que lo poseías todo. Tu hombre, como en una canción de Patsy Cline, en casa bajo tus sábanas, bombeando sangre por todo tu día como un corazón.

Ahora sientes una fascinación morbosa por los telediarios. Te levantas, te vistes, enciendes el televisor, te sientas delante con un cuenco de cereales en el regazo, maldices por lo bajo a todos los gobiernos de todas partes, te subes a tu coche, vas al trabajo, te preguntas cómo es posible que el sol tenga el descaro de asomarse, te preguntas por qué parece que el mundo se acelera, hasta las viejecitas te adelantan por la carretera, por qué no tienes una sola fantasía erótica en la que no salga Moss, pregúntate si verdaderamente existen las vitaminas y si prefieres morirte de cáncer o en accidente de coche; el hombre al que amas, en casa, dormido, es como un corazón pesado, pesado, a lo largo de tu día.

—Malditas zapatillas —dice Morgan en el trabajo.

10/12. Ahora a la gata le ha dado por subirse a la bañera y ponerse debajo del grifo que gotea para limpiarse. Deja que se le amontone el agua en la cara y después se frote quitándose limpiamente las legañas de los ojos.

—¿Verdad que es maravillosa? —le preguntas a Moss.

—Sí. Ven aquí, montoncito de pulgas —dice, y le da una palmada a la gata en las ancas como si fuera un perro.

—No es un perro, Moss. Es una gata.

—Es verdad. Es una gata. Recuérdalo, Trudy.

11/12. El teléfono otra vez. Suena y cuelgan.

12/12. Moss sigue llegando a casa muy tarde. Cumple su deber de acariciarte como una persona muy cansada que tiene que sacar la basura y echar el cerrojo por la noche.

Duerme con los brazos doblados tras la cabeza, con los codos levantados, traicioneros como dagas, como la cuadriga enemiga en *Ben-Hur*.

13/12. Compra un árbol de Navidad, adornos, un soporte, y llévalos a rastras a casa para ponerlos para Moss. Enséñale tu sorpresa.

—¿Por qué están todas las luces amontonadas por detrás? — pregunta, cerrando la puerta de la calle después de entrar.

—Ya lo sé —responde—. ¿Verdad que son estupendas? Espera y verás cuando le ponga el espumillón.

Pon un puñado de carámbanos de plata, a manojo como brotes de alfalfa, en los extremos de todas las ramas.

—Muy mono —dice Moss, besándose y soltándose después.

Síguelo al baño. Pregúntale cómo han ido los ensayos. Señala la caja de arena de la gata y canta: «Ésta es mi caja. No viajo nunca sin mi caja».

Di:

—No estás bien, Moss.

Juguetea con las trabillas de su cinturón.

14/12. A la gata le está creciendo el pelo del cuello, que parece una gola de la época de Jacobo I.

—Está en celo —dice Moss, como si de pronto entendiera de esas cosas—. ¿Cuándo vamos a dejarla salir?

—Algún día, cuando sea mayor.

La gata últimamente se planta en la ventana de delante como un hipocondriaco que se mete en la cama. Cuando está allí, más que tú le interesan los coches, los dedos nudosos de los árboles, alguna ardilla que pasa de vez en cuando, las vías del tren como largas escaleras de mano caídas. Llámala:

—Ven, puchi-cuchi-cielo.

Adúlala, sobórnala con comida.

15/12. En la ciudad ponen películas: una sobre Brasil y otra sobre el abandono sexual en el ambiente rural del estado de Nueva York.

—¿Qué me dices, Moss? ¿Quieres que vayamos al cine este fin de semana?

—No puedo —dice Moss—. Ya sabes lo ocupado que estoy.

16/12. Las noticias de la noche están llenas de muerte: chicos de la marina, madres jóvenes, niños pequeños. Comparada con ellos has vivido una eternidad. En una especie de cielo.

17/12. Dale a tu gata una patata y deja que regatee con ella como si jugara al fútbol. Ya coordina más, representa pequeños dramas con la patata, finge que la ha conquistado, se pasea pisándola, después vuelve a empujarla. Ya no se tambalea ni choca con los cajones. Está aprendiendo movimientos. Ve la patata junto a la pata del tocador, la acecha y le salta encima. Cuando se aburre, se sube al alféizar y mira a la calle, moviendo la cola. Ya la han detectado otros gatos, vienen de noche. Aunque querrá salir, no la dejes pasar de la puerta de la calle.

18/12. Suena el teléfono. Contestas «diga» y la persona que llama cuelga. Vuelve a sonar a los dos minutos, sólo que esta vez lo coge Moss en la habitación de al lado, habla en voz baja, de manera críptica, no con la voz telefónica campechana del Moss de antaño. Cuando cuelga, entra como quien no quiere la cosa y di con aire de estar de vuelta de todo:

—¿Y quién era?

—Basta —responde Moss—. Basta ya.

Pregúntale qué es eso tan importante, dile que era Sonia, ¿verdad?

—Basta —dice Moss—. Te estás portando como si fueras mi esposa. Todo se repite.

Di que nada se repite. Nada, nada, nada.

—Sonia, ¿verdad?

—Trudy, tienes que dejarlo de una vez. Has estado escuchando *Tosca* demasiado. Voy a salir a comprarme una hamburguesa. ¿Quieres algo?

No llores. Contesta con monosílabos. Di:

—No. Bien. Ve.

Di:

—Por favor, no dejes salir a la gata.

Di:

—Ponte un sombrero, hace frío.

19/12. En realidad, lo que has estado escuchando ha sido *Los grandes éxitos* de Dionne Warwick: te sirve como cirugía cardíaca musical a corazón abierto. A veces coges a la gata en brazos y bailas el vals con ella, que ronronea intermitentemente, con interferencias, como un *walkie-talkie*.

Cuando suena *Do You Know the Way to San Jose*, la dejas en el suelo, bailas un charlestón desafortunado mientras ella te ataca los pies con medias, como si fueran grandes roedores.

A veces te chocas con el árbol de Navidad.

A veces te dejas caer en una silla y te convences de que las cosas siguen bien.

Cuando Robert MacNeil habla de la inflación galopante, te lo imaginas entrando en un motel a galope sobre una muñeca hinchable. Así es como te diviertes tú sola de vez en cuando.

Cuando llega Moss, a las cuatro de la madrugada, susurra:

—En este mundo hay muchas personas, Moss, pero no puedes estar enamorado de todas.

—No lo estoy —dice—, no estoy enamorado de las modas.

20/12. Las tiendas del centro comercial se quedan abiertas la última semana antes de Navidad. Se supone que Moss debe estar allí, «en el local de al lado del local de Santa Claus», para un espectáculo de promoción de *Amahl y los visitantes nocturnos*. Decide acudir en coche. Quizá puedas encontrar en las tiendas de ropa de hombre un jersey para Moss, tal vez incluso otro para Bob. La Navidad del año pasado fue mala: Moss y tú devolvisteis a la tienda los regalos que os hicisteis el uno al otro para que os devolvieran el dinero. Este año queréis hacerlo mejor. Quieres comprar jerséis.

A las siete de la tarde, el aparcamiento del centro comercial ya está lleno igual que una bolsa, como diría Moss, aunque consigues encontrar sitio.

La entrada del centro comercial huele por dentro a palomitas pasadas, a calor seco y a orina de vagabundos de tres días. Un borracho, derrumbado junto a la puerta, sonríe y te hace un brindis con nada.

Di:

—Salud.

Para hacer el recorrido hasta los locales del otro extremo del centro comercial, empieza por asomarte a las pequeñas tiendas que hay a lo largo del camino. Compara los precios con los de Owonta Flair:

aquí todo es un poco más barato. Compra cosas, sobre todo para Moss y la gata.

En la tienda de comida para animales, la cajera te entrega tu compra en una bolsa, te sonríe y te dice:

—Feliz Navidad.

Responde:

—Igualmente.

En la tienda de jerséis de hombres, la cajera te entrega tu compra en una bolsa, te sonríe y te dice:

—Feliz Navidad.

Contesta:

—Igualmente.

En la tienda de cinturones, la cajera te entrega tu compra en una bolsa, te sonríe y te dice:

—Vuelva a venir por aquí.

Di:

—Igualmente.

Siente calor. Entorna los ojos hasta dejarlos como semillas.

En el local que está junto al de Santa Claus sólo hay un hombre mayor, vestido con un mono gris, que cierra sillas plegables.

Di:

—Perdone, ¿no están aquí los de *Amahl y los visitantes nocturnos*?

El hombre se detiene un momento.

—Hay visitantes —dice, señalando hacia fuera y a su alrededor, a toda la gente que está de compras.

Gente de compras en anorak. Gente de compras que se mueve tan despacio como el invierno. Gente de compras que lleva horas enteras sin ver un paso de peatones ni una ventana.

—Me refiero al ensayo general, de la ópera.

—¿Los cantantes? —Consulta su reloj—. Se han largado hace un rato.

Dale las gracias y ve hasta el Cine 1-2-3, a leer los carteles de las películas.

Cuando te vuelves para marcharte, ves a Moss y a Bob salir juntos del bar que está junto al cine. Parecen cansados.

Colócate los paquetes. Acércate. Di:

—Hola, me parece que me he perdido el espectáculo de promoción y estaba pensando ver una película.

—Hemos terminado temprano —dice Moss—. Sonia no se encontraba bien. Bob y yo hemos entrado en el Sammy's para tomarnos una copa.

Levanta la cabeza y lee el letrero que dice, claro está, SAMMY'S.

Bob sonríe y te saluda:

—Buenas tardes, Trudy.

Bob, al decir siempre «buenas tardes» y nunca «hola», suena siempre un poco como el señor Rogers.

A Moss se le ve un poco el maquillaje y las arrugas hechas con pegamento. Le asoma la barba postiza del bolsillo del abrigo. Sonríe. Di:

—Vaya, Moss. Yo que había creído hasta ahora que era Sonia y resulta que es Bob.

Dale un golpecito en la barbilla. Mantén firme la sonrisa. Eres la única que sonríe. Ni siquiera Bob. Está claro que has dicho lo que no debes.

—No me jodas, Trudy —dice Moss finalmente, recogiéndose con la palma de la mano el pelo de la frente.

Bob se revuelve inquieto dentro de su abrigo.

—Creo que se me ha olvidado una cosa —comenta—. Nos vemos luego.

Y toca a Moss en el brazo, se gira, vuelve a desaparecer de nuevo en el Sammy's.

—Dios santo, Trudy —resuena de pronto la voz de Moss por el centro comercial.

Ves que están cerrando algunas tiendas, salen hombres a echar los cierres metálicos. Santa Claus ha salido del local y se está comiendo un bollo relleno de huevo.

Moss se aparta de ti, se dirige a la salida a paso de carga, un gigante enfadado al que le asoma una barba postiza del bolsillo del abrigo. Corre tras él y cógelo de la manga, oblígale a detenerse. Di:

—Lo siento, Moss. ¿Qué estoy haciendo? Dime. ¿Qué he hecho mal?

Lo miras a la cara, con las líneas anaranjadas y marrones y las manchas de pegamento, y lo comprendes: no se da cuenta de que has planificado vuestra vida en común. De que has pensado incluso en vuestra muerte en común, que en realidad no es una muerte, sino más bien como un *pas de deux*. Como Gene Kelly y Leslie Caron en *Un americano en París*, sólo que más viejos.

—Es que no dejas en paz a nadie —dice Moss, escupiendo cada consonante como si fuera una espina de pescado.

Di:

—¿En paz a nadie? No lo entiendo. ¿Qué nos pasa, Moss?

Quieres ayudarlo, rescatarlo, construirle casas y rodearlas de prados magníficos.

—¿Nos?

Moss habla con voz sonora. Se pone los guantes. Te dice que eres una cría. Tiene que marcharse. Según él has conseguido reducir el amor, como el tiempo meteorológico, a un mapa y una muchacha, y tiene que alejarse de ti, vivir en otra parte una temporada y pensar.

La bolsa de la comida para gatos se te desliza y cae.

—La ópera es dentro de tres días, Moss. ¿Adónde te vas a ir?

—Ahora mismo voy a tomarme una hamburguesa —responde.

Y se dirige furioso a las puertas del centro comercial, las empuja una por una hasta que encuentra la que está abierta.

Quédate mirando el puesto de dulces del cine y murmura entre dientes: «Ricos y abundantes. No hay nada rico ni abundante». Se te cae el flequillo sobre los ojos. Oyes *Jingle Bells* una y otra vez.

En los cines de tu infancia, en el centro de la ciudad, todo estaba hecho de madera tallada; en el servicio de señoritas había fotos enmarcadas de Elizabeth Taylor y Ava Gardner. Los cines tenían nombres: el Rialto, el Paramount. Había acomodadores y gente rica y abundante. Acomodadores con linterna y corbata de pajarita. Eso es lo que ha cambiado. No hay acomodadores. Ahora tienes que apañártelas tú sola.

—Trudy —dice una voz detrás de ti—. ¿Te gustaría que te acompañasen al cine?

La construcción impersonal. Es la de Bob. Vuélvete a mirarlo, pero, como con los ricos y abundantes, no llegas a verlo, todo lo que te rodea es borroso y difuso como una mota en el ojo.

Contesta:

—Claro. Por qué no.

En el Cine 3, sentaos en asientos cerca del pasillo. Escucha el hilo musical. El aire huele como el de los aviones.

—Lo de Moss es extraño —dice Bob mirando al frente—. Está tan ocupado con la ópera que se siente presionado con ciertas cosas. Al final está inquieto y ahogado. Pero, Trudy, Moss es un hombre bueno. De verdad.

No respondas nada, y después pregunta:

—¿Qué Moss?

Quédate mirando fijamente el telón iluminado por las luces de color rosa. Intenta concentrarte en cuestiones más importantes, en cosas como la lluvia ácida.

Bob da golpecitos con los dedos en el brazo de metal del asiento. Di:

—Mira, Bob, no soy idiota. Nací en Nueva York. Viví allí hasta los cuatro años. Vamos. Cuéntame: ¿con quién se acuesta Moss?

—Que yo sepa —contesta Bob, tan serio y seguro como una hipótesis probada—, Moss no se acuesta con nadie.

Sigue mirando las luces de color rosa. Después, di con una voz fuerte de contralto:

—Se acuesta contigo, Bob. Ya sabes con quién se acuesta.

Cuando se amortiguan las luces y se abre el telón, aparecen en la pantalla unos encendedores pequeños que te dicen que no fumes. Después, tráileres de las películas que pondrán próximamente. Bob se inclina hacia ti, dice:

—Estos tráileres son horribles.

Di:

—Sí. Próximamente nada bueno.

Hay tantos que se te olvida qué película has ido a ver. Cuando salen los créditos, te pillan por sorpresa. Las imágenes se funden entre sí como un dolor de cabeza. Parece que trata de una mujer cuyo amante ha perdido el interés por ella y ha empezado a comportarse de manera inexplicable: grita por el gato y monta escenas en los centros comerciales.

—¿De qué trata esta película?

—De Brasil —susurra Bob.

El público ha empezado a reírse de algo que hace alguien; estás tensa, exiliada de la alegría.

—Bob, me voy a marchar —susurra—. ¿Te quieres venir?

—Sí, la verdad es que sí —responde Bob.

Son las diez y media y hace frío. Las tiendas del centro comercial están ya cerradas. En el aparcamiento, los coches se marchan. Dile a Bob:

—Dios mío, Bob, mira cuánta gente viene aquí de compras.

De pronto, todo el mundo te parece como un barrio céntrico que se muere poco a poco.

Localiza tu coche y empieza a dirigirte hacia él. Bob te coge de la manga.

—Mi coche está hacia el otro lado. Escucha, Trudy. Sobre Moss: le pase lo que le pase, decida lo que decida, él te quiere. Sé que te quiere.

Suéltate con delicadeza. Da un paso hacia un lado, hacia tu vehículo. Faros, faros y ruedas que crujen por todas partes. Di:

—Bob, eres una buena persona. Pero sentimental a más no poder. —Gira sobre el talón de tu bota y ponte a andar.

En casa, la gata se niega a bailar contigo la música de Dionne Warwick. Se queda sentada en el alféizar de la ventana, con un ruido sordo en la garganta, la cola hecha un péndulo peludo. Sin duda, fuera tiene pretendientes que le suplican que no sea tan dura de corazón.

—¿Tienes amigos ahí fuera?

Cuando apagas el equipo de música, ella salta del alféizar y se enrosca amorosamente a tus tobillos. Dile algo que nunca creíste que llegarías a decir. Pregunta: «Quieres salir?». Te mira, toda esperanza y súplica, y te sigue hasta la puerta, observándote con atención la mano mientras la mueves hacia la manilla: quiere que la dejes salir, que la dejes salir y punto. Empieza despacio, gira, tira. Cede la resistencia de la puerta y del marco y la noche fría se insinúa como una especie de futuro. No se marcha inmediatamente. Pero se le electriza todo el cuerpo, oteando el jardín en busca de ojos y de crujidos, y los detecta de pronto un poco a la izquierda de la farola (cuatro, cinco brillos fosforescentes), y sin un solo titubeo, sin una sola mirada atrás, sale, salta del porche, se adentra después en algo dulce y desconocido, en algo desconocido y conocido, de alguna manera, en una religión nueva pero muy antigua.

21/12. Toda adoración es tan temporal como la Navidad.

Moss se pasa a recoger unas cosas. Se va a alojar con Baltasar y, después, cuando termine la ópera, las Navidades y todo, se buscará un sitio cómodo en alguna parte.

Asiente con la cabeza.

—Cómodo. Estupendo. Así es el infierno: cómodo.

Te dan ganas de preguntarle si todo esto es una ópera estúpida en la que él se marcha para que no tengas que sufrir su muerte trágica, azulada, de tesis.

—Es algo que tengo que hacer, nada más —explica.

Abre armarios en la cocina, armarios empotrados en el pasillo, baja cajas, tazas, botas. Lo hace despacio, sin rabia, te sientes agradecida.

—¿Qué has hecho esta noche? —pregunta sin mirar, pero con una voz tan apremiante como si te tocara.

—He estado viendo a MacNeil-Lehrer dos horas. Lo puedes ver en el canal siete y después, más tarde, en el canal cuatro.

—Es verdad —asiente Moss—. Ya lo sé.

Una pausa. Añade después:

—Anoche dejé salir a la gata. Por fin.

Moss te mira y sonríe.

Devuélvete la sonrisa y encógete de hombros como si el mundo fuera una comedia que sólo ahora empezáis a apreciar. Moss comienza a ponerte una mano en el hombro, pero después la retira.

—Felicidades, Trudy —murmura.

—Pero no ha vuelto todavía. No la veo desde anoche.

—Ya volverá —dice Moss—. Sólo ha pasado un día.

—Pero ha sido un día entero. Quizá deba poner anuncios.

—Sólo ha pasado un día. Volverá. Ya lo verás.

Apártate de él. Fuera, ante la farola, cae algo que parece nieve.

Vuelve a pensar en MacNeil-Lehrer. Di con voz tranquila:

—¿Sabes? Hay personas que saben de estas cosas más que nosotros y que dicen que no hay manera de salvarnos de una guerra nuclear, que la habrá con toda seguridad, que es cuestión de tiempo. Y cuando llegue, disolverá todos nuestros sistemas de comunicaciones, fundirá los chips de silicio...

—Trudy, por favor.

Quiere que te calles. Reconoce ese matiz de tu voz, ese tono de MacNeil-Lehrer. El mundo entero que se te anuda en la lengua y se hunde.

—Y entonces, si te has ido a vivir a otra parte, en algún otro lugar cómodo, ¿cómo podré ponerme en contacto contigo? Estaré sola, Moss, con mis zapatillas rosas y atómicas, mientras todo el planeta explota a mi alrededor, no podré hablar contigo, decirte...

En quinto de primaria aprendiste las primeras palabras que se dijeron por teléfono: «Señor Watson, venga aquí, lo necesito». Y de pronto, cuando lo miras, sus mejillas gruesas como patatas, su pelo rubio como una escoba, caes en la cuenta como caería en la cuenta un niño: algún día, el hombre a quien amas como a nadie morirá. Por mucho que lo ames, no podrás salvarlo. No importa cuánto lo quieras: nada, nadie perdura.

—Moss, no estamos seguros.

Como si no hubiera temblor de paredes ni el suelo se agitase, unos zapatos se mueven sobre una alfombra deshilachada igual que el pánico, y parece que Moss se abre, flota hacia ti, sus rasgos empiezan a deslizarse en diagonales que bajan, parece que en su espalda se disuelve un chip y eso le permite inclinarse. Extiende los brazos para acercarte a su pecho. Los botones de su camisa se te clavan y su barbilla te rodea, se cierra alrededor de tu cuello. Cuando se haya marchado, el mundo será tan monótono como Marte.

—No pasa nada —susurra Moss, moviendo los labios contra tu pelo. Las cosas se difuminan como una mentira poco brillante—. No pasa nada —repite.

## CÓMO HACERSE ESCRITORA

En primer lugar, intenta ser alguna otra cosa, lo que sea. Estrella de cine-astronauta. Estrella de cine-misionera. Estrella de cine-maestra de jardín de infancia. Presidenta del mundo. Fracasa estrepitosamente. Lo mejor es que fracases a edad temprana, a los catorce años, digamos. La desilusión temprana, grave, es necesaria para que a los quince años puedas escribir largas secuencias de haikus sobre el deseo frustrado. Es un estanque, una flor de cerezo, un viento que roza el ala de la alondra que vuela hacia la montaña. Cuenta las sílabas. Enséñaselo a tu madre. Ella es dura y práctica. Tiene un hijo en Vietnam y un marido que quizá tenga una aventura con otra. Es partidaria de vestir de marrón porque disimula las manchas de la piel. Echará una ojeada a lo que has escrito y después te volverá a mirar con cara tan inexpresiva como una rosquilla. Te dirá: «¿Y si vacías el lavaplatos?». Aparta la vista. Echa los tenedores al cajón de los tenedores. Rompe sin querer un vaso de los que regalan en las gasolineras. Ése es el dolor y el sufrimiento que se requiere. Y eso es sólo el comienzo.

En tu clase de lengua y literatura del instituto, mira la cara del señor Killian. Llega a la conclusión de que las caras son importantes. Escribe unos tercetos sobre los poros. Esfuérzate. Escribe un soneto. Cuenta las sílabas: nueve, diez, once, trece. Decide experimentar con la ficción. En esto no hay que contar las sílabas. Escribe un cuento corto acerca de una pareja de ancianos que se matan el uno al otro de un tiro por accidente, a consecuencia de una avería inexplicable de una escopeta de caza que una noche aparece misteriosamente en su cuarto de estar. Dáselo al señor Killian como

trabajo de fin de curso. Cuando te lo devuelve, ves que ha escrito: «Algunas de tus imágenes están muy bien, pero no tienes sentido del argumento». Cuando estés en casa, en la intimidad de tu dormitorio, escribe a lápiz con letras tenues bajo sus comentarios en tinta negra: «Los argumentos son para los muertos, cara de cráter».

Coge todos los trabajos de canguro que puedas. Los niños se te dan de maravilla. Te adoran. Les cuentas cuentos sobre viejos que se mueren de manera absurda. Les cantas canciones como *Las campanillas azules de Escocia*, su favorita. Y cuando están en pijama y han dejado de pellizcarse por fin, cuando están bien dormidos, lees todos los manuales sobre la vida sexual que hay en la casa y te preguntas cómo es posible que alguien pueda hacer esas cosas con alguien a quien ama de verdad. Quédate dormida en una butaca leyendo el *Playboy* del señor McMurphy. Cuando lleguen los McMurphy, te darán un golpecito en el hombro, mirarán la revista que tienes en las rodillas y sonreirán. Te darán ganas de morirte. Te preguntarán si Tracey se ha tomado su medicina como es debido. Explícales que sí, que se la ha tomado, que le prometiste que le contarías un cuento si se la tomaba como una niña mayor y que al parecer ha dado muy buen resultado.

—¡Oh, maravilloso! —exclamarán.

Intenta sonreír con orgullo.

Matricúlate en la universidad para estudiar psicología infantil.

En los estudios de psicología infantil tienes varias optativas. Siempre te han gustado los pájaros. Apúntate a una cosa que se llama «Estudio ornitológico de campo». Se reúnen los martes y los jueves a las dos. Cuando el primer día de clase llegas al aula 134, todo el mundo está sentado alrededor de una mesa de seminario hablando de las metáforas. Has oído hablar de ellas. Después de un rato corto, insopportable, levanta la mano y pregunta con timidez:

—Perdón, ¿no es esto Ornitología Uno?

La clase se interrumpe y todos se vuelven a mirarte. Parece que todos tienen una única cara, gigante y vacía como un reloj destrozado. Alguien con barba dice con voz atronadora:

—No, esto es Creación Literaria.

Replica:

—Ah, bueno. —Como si quizá lo supieras desde el primer momento.

Mira tu horario de clases. Pregúntate cómo demonios has ido a parar allí. Por lo visto, el ordenador ha cometido un error. Empiezas a levantarte para irte pero no te vas. Esta semana hay unas colas inmensas en secretaría. Quizá deberías seguir adelante con este error. Quizá tu creación literaria no sea tan mala. Quizá sea el destino. Quizá fuera esto lo que quería decir tu padre cuando dijo:

—Estamos en la era de los ordenadores, Francie, estamos en la era de los ordenadores.

Llega a la conclusión de que te gusta la vida de la universidad. En la residencia conoces a mucha gente agradable. Algunos son más listos. Y observas que algunos son más tontos que tú. Por desgracia, seguirás viendo el mundo exactamente en estos términos durante el resto de tu vida.

La tarea de esta semana en Creación Literaria es narrar un suceso violento. Presenta un relato en el que cuentas un viaje en coche con tu tío Gordon y otro sobre dos ancianos que se electrocutan por accidente cuando intentan encender una lámpara de escritorio que tiene una conexión suelta. El profesor te las devolverá con comentarios: «Buena parte de lo que escribes posee soltura y energía. Pero tienes un concepto absurdo de lo que es un argumento». Escribe otro relato sobre un hombre y una mujer que, ya en el primer párrafo, pierden accidentalmente la parte inferior del tronco por una explosión de dinamita. En el segundo párrafo se compran entre los dos un puesto de helados de yogur con el dinero

del seguro. Hay seis párrafos más. Lo lees todo en voz alta en la clase. No le gusta a nadie. Dicen que tienes un sentido del argumento escandaloso e incompetente. Después de la clase, alguien te pregunta si estás loca.

Llega a la conclusión de que quizá debas dedicarte a las comedias. Empieza a salir con un chico divertido, con un chico de aquellos que, cuando estabas en el instituto, decías que tenían «un sentido del humor estupendo» y que ahora los de tu clase de Creación Literaria llaman «el autodesprecio que hace surgir las formas cómicas». Apúntate todos sus chistes, pero no se lo digas. Inventa anagramas del nombre de su antigua novia y pónselos como nombre a todos tus personajes con desajustes sociales. Dile que su antigua novia sale en todos tus cuentos y verás entonces lo divertido que puede ser, verás el gran sentido del humor que puede llegar a tener.

Tu tutor de psicología infantil te dice que estás descuidando las asignaturas de tu especialidad. Debes dedicar la mayor parte de tu tiempo a los estudios de tu especialidad. Di que sí, que lo entiendes.

En los seminarios de Creación Literaria de los dos años siguientes, todo el mundo sigue fumando cigarrillos y preguntando las mismas cosas: «Pero ¿funciona?», «Por qué debe importarnos este personaje?», «¿Te has ganado este cliché?». Parecen preguntas importantes.

Los días que te toca a ti, miras a los demás con esperanza mientras leen tus fotocopias en busca de un argumento. Después ellos te miran a ti, respiran hondo y te sonríen con amabilidad.

Pasas demasiado tiempo hundida y desmoralizada. Tu novio te recomienda que realices paseos en bicicleta. Tu compañera de habitación te recomienda que cambies de pareja. Te dicen que te estás automutilando y que pierdes peso, pero sigues escribiendo. La única felicidad que tienes es escribir algo nuevo, en plena noche, con las axilas húmedas, el corazón palpitante, algo que no ha visto nadie todavía. Sólo tienes esos momentos breves, frágiles, no probados, de regocijo en los que lo sabes: eres un genio. Comprende lo que debes hacer. Cambia de especialidad. Los niños de tus prácticas de guardería se llevarán una desilusión, pero tienes una vocación, un impulso, un engaño, un hábito desafortunado. Como diría tu madre, te has juntado con malas compañías.

¿Por qué escribir? ¿De dónde sale la escritura? Son cuestiones que te debes plantear. Como ¿de dónde sale el polvo?; o ¿por qué hay guerra?; o, si hay Dios, ¿por qué se ha quedado cojo mi hermano?

Son preguntas que te guardas en la cartera, como tarjetas de visita. Tu profesor de Creación Literaria dice que son preguntas que está bien que te plantees en tus diarios, pero rara vez en tus obras de ficción.

En este semestre de otoño, el catedrático de Creación Literaria hace hincapié en el poder de la imaginación. Lo cual significa que no quiere largos relatos descriptivos de tu acampada de julio pasado. Quiere que empieces en un contexto realista pero que lo cambies después. Como una nueva combinación del ADN. Quiere que dejes volar las velas de tu imaginación, que se hinchen al viento. Es una frase de Shakespeare.

Cuéntale a tu compañera de habitación tu gran idea, tu gran ejercicio de poder imaginativo: una adaptación de Melville a la vida contemporánea. Tratará de la monomanía y del mundo de los seguros de vida en Rochester, estado de Nueva York, donde el pez grande se come al chico. La primera frase será «Llamadme

Pescael», y su protagonista será un marido menopáusico de un barrio residencial llamado Richard, que está siempre de un lado para otro y por esa razón Elaine, su mujer, ingeniosa, lo llama «Móvil Dick». Dile a tu compañera de habitación: «Móvil Dick, ¿lo pillas?». Tu compañera de habitación te mira con la cara tan inexpresiva como un Kleenex. Se acerca a ti en plan amiga y te pasa un brazo por esos hombros en los que llevas tanta carga.

—Mira, Francie —dice, hablando tan despacio como en una sesión de fonoterapia—. Vamos a salir a tomarnos una buena cerveza.

Tampoco les resulta convincente a los del seminario. Sospechas que empiezan a tenerte lástima. Te dicen:

—Debes pensar en lo que pasa. ¿Qué se explica aquí?

En el semestre siguiente, el catedrático de Creación Literaria está obsesionado por la escritura a partir de vivencias personales. Debes escribir sobre lo que sabes, sobre lo que te ha pasado. Quiere muertes, quiere acampadas. Piensa en tus vivencias. En tres años te han ocurrido tres cosas: has perdido la virginidad, tus padres se han divorciado y tu hermano volvió de un bosque a dieciséis kilómetros de la frontera camboyana sólo con medio muslo y una mueca permanente alojada en un ángulo de la boca.

Sobre lo primero, escribes: «Creó un espacio nuevo, que dolía y gritaba en una voz que no era la mía, “Ya no soy la misma, pero estaré bien”».

Sobre lo segundo escribes un relato complicado acerca de un matrimonio de ancianos que se encuentran una mina desconocida en su cocina y explotan accidentalmente. Lo titulas: «En la salud o en la encimera».

Sobre lo último no escribes nada. Para eso no hay palabras. No encuentras palabras.

En los cócteles de estudiantes, la gente te dice: «Vaya, ¿escribes? ¿Sobre qué escribes?». Tu compañera de habitación, que ha tomado demasiado vino, demasiado poco queso y ninguna galleta salada, suelta:

—Ay, Dios mío, siempre escribe sobre el tonto de su novio.

Más adelante, a lo largo de tu vida, aprenderás que los escritores no son más que textos abiertos, impotentes, que carecen de una verdadera comprensión de lo que han escrito, y que por lo tanto deben creerse en parte todo y cualquier cosa que digan de ellos. Pero aún no has llegado a esa etapa de crítica literaria. Te pones rígida y dices: «No es verdad», del mismo modo que lo dijiste cuando una compañera de cuarto de primaria te acusó de que ibas a clase de oboe porque te gustaba, y no porque te obligaban tus padres.

Insiste en que no te interesa mucho ningún tema único, que lo que te interesa es la música del lenguaje, que te interesan las..., las... sílabas, porque son los átomos de la poesía, las células de la mente, el aliento del alma. Empieza a sentirte indispuesta. Mira fijamente el interior de tu vaso de plástico lleno de vino.

Oirás que alguien pregunta «¿las sílabas?» con una voz que se va perdiendo mientras se desliza despacio hacia el blanco tranquilizador de la salsera.

Empieza a preguntarte de qué escribes. O si tienes algo que decir. O si existe algo que decir. Limita esos pensamientos a diez minutos al día; te pueden hacer adelgazar, como los abdominales.

Leerás en alguna parte que todo lo que es escribir tiene que ver con los propios órganos genitales. No le des vueltas. Te pondrá nerviosa.

Vendrá a visitarte tu madre. Verá las ojeras que tienes y te entregará un libro marrón en cuya portada aparece un maletín también marrón. Se titula *Cómo hacerse ejecutivo*. También te ha traído el

libro de *Nombres para niños y niñas* que le pediste; uno de tus personajes, el maestro-payaso viejo, necesita un nombre nuevo. Tu madre sacudirá la cabeza y dirá:

—Francie, Francie, ¿te acuerdas de cuando querías licenciarte en psicología infantil?

Di:

—Mamá, a mí me gusta escribir.

Ella dirá:

—Claro que te gusta escribir. Por supuesto. Claro que te gusta escribir.

Escribe un relato acerca de un estudiante de música confuso y titúlalo: *Schubert era el de gafas, ¿verdad?* No tiene mucho éxito, aunque a tu compañera de habitación le gusta la parte en que los dos violinistas explotan accidentalmente en una sala de conciertos.

—Una vez salí con un violinista —comenta, y hace estallar un globo de chicle.

Da gracias a Dios de que estás cursando otras asignaturas. Puedes encontrar refugio en las pegas ontológicas del siglo xix y en los rituales de apareamiento de los invertebrados. Ciertos moluscos globulares practican lo que se llama «el sexo por el brazo». Por ejemplo, el pulpo macho pierde el extremo de un tentáculo al ponerlo dentro del cuerpo femenino durante el apareamiento. Los biólogos marinos lo llaman «el séptimo cielo». Alégrate de saber esas cosas. Alégrate de no ser simplemente escritora. Solicita el ingreso en la Facultad de Derecho.

A partir de aquí pueden ocurrir muchas cosas. Pero la principal será ésta: al final decides no ir a la Facultad de Derecho, y en su lugar pasar una parte importante, sustancial, de tu vida adulta contando a la gente por qué razón finalmente decidiste no ir a la Facultad de

Derecho. De alguna manera acabas escribiendo otra vez. Quizá hagas cursos de posgrado. Quizá trabajes aquí y allá y asistas a cursos nocturnos de creación literaria. Quizá trabajes en una novela y estés anotando todos los comentarios ingeniosos y las confesiones personales íntimas que oyes a lo largo del día. Quizá estés perdiendo a tus amigos, a tus conocidos, tu equilibrio.

Has roto con tu novio. Ahora sales con hombres que, en lugar de susurrarte «te quiero», te gritan «házmelo, nena». Eso es bueno para ti como escritora.

Antes o después tienes un manuscrito, más o menos terminado. La gente lo mira con una vaga inquietud y te dice:

—Estoy seguro de que siempre has tenido la fantasía de ser escritora, ¿verdad?

Los labios se te quedan secos como la sal. Di que, de todas las fantasías posibles que hay en el mundo, no te puedes imaginar que la de ser escritora esté siquiera entre las veinte más interesantes. Explícales que ibas a licenciarte en psicología infantil.

—Estoy seguro de que se te darían muy bien los niños — suspiran siempre.

Haz una mueca feroz. Di que eres un cardo andante.

Deja las clases. Deja los trabajos. Vende los antiguos bonos de ahorro. Ahora tienes tiempo en las manos, como si fueran verrugas. Copia despacio todas las direcciones de tus amigos en una agenda nueva.

Pasa la aspiradora. Mastica caramelos para la tos. Ten una carpeta llena de fragmentos.

*Un párpado que se oscurece de lado.*

*El mundo como conspiración.*

*¿Posible argumento? Una mujer se sube a un autobús.*

*¿Y si organizases una relación amorosa y no se presentara nadie?*

En casa bebe mucho café. En el restaurante Howard Johnson pide la ensalada de col. Piensa que se parece al confeti esponjoso de un mapa: los sitios donde has estado, adonde vas. «Usted está aquí», dice la estrella roja en el dorso del menú.

De vez en cuando, un hombre con quien sales, con la cara tan inexpresiva como una hoja de papel, te pregunta si los escritores se desaniman con frecuencia. Dile que unas veces sí y otras también. Dile que se parece mucho a tener la polio.

—Interesante —responde él sonriendo, y después se mira el vello de los brazos y comienza a alisárselo, todo, siempre, en la misma dirección.

## LLENAR

Los apetitos no tienen dignidad. La mirada pálida, patética, en los autoservicios de ensalada; las carreras por algún consumo inacabable: no soy ninguna excepción. Me crie con los catálogos de Ward; Dios, esos juguetes y pantalones cortos lo ponen todo, todo, de un turquesa maravilloso. Suspiraba por las grandes aceitunas negras de los restaurantes, por los aderezos de fantasía con trozos generosos. Me quedaba mirando como un sapo las máquinas de bolas de chicle. Y ahora que tengo treinta y cinco años he robado dinero sin más motivo que este impulso tiránico sin nombre. Me ha subido de la boca una erupción con ampollas, roja y resbaladiza, que le da a mi cara un aspecto vagamente genital, descontrolado. Tengo un tic reciente en un ojo, en el ángulo exterior, algo que tiembla, que intenta salir de estampida.

Mi madre se ha convencido a sí misma de que está enferma física y mentalmente y ha ingresado en el hospital de Santa Verónica, aunque los médicos no saben qué hacer con ella. Con el dinero robado le compro cosas, me las compro a mí. En las tiendas, delante de monjas, vergonzosamente, tengo contracciones nerviosas y sudo con una especie de jazz, con un ritmo improvisado, imprevisible, hambriento.

En los pasillos principales de Santa Verónica, siempre frescos, se abren y se cierran las puertas oscilantes, se mueven como válvulas. Soy gruesa, una rubia oscura natural con sobrepeso, con una erupción nerviosa, y creo que esto me servirá de alguna manera para que las monjas no me hostiguen; me dan un poco de miedo. En atención a ellas me he puesto sostén y no llevo sombra de ojos.

Cuando paso por delante de la hermana Mary Marian, en la recepción, la saludo con la cabeza y sonrío y entonces siento que se me contrae la cara: el hedor es peor que ayer, una mezcla acre de algo parecido al éter y al melón pasado, Dios santo, mamá, cómo puedes aguantar aquí.

Estoy decidida a sacarla. Le he traído un libro de cocina china nuevo y un wok, y los llevo envueltos en papel anaranjado en una caja inmensa delante de mí. Ayer le compré un traje de noche violeta oscuro. Tienes toda una vida por delante, le dije mientras lo levantaba y comenzaba a bailar, y ella me miró ácidamente desde su almohada, sin pestañear, masticando chicle en silencio.

Hoy vuelvo a encaminarme a las puertas oscilantes. Se abren y se cierran. Eso es lo que dirán los jefes de seguridad de las tiendas, Dios santo, tengo que dejar esto de verdad. Dispensen, les digo a una brigada de sillistas de ruedas que pasan rodando, inestables y pálidos con goteros móviles. Dispensen, ay, Dios, perdonen. Estoy incómoda en el ascensor. Hay monjas por todas partes. No soy católica, pero he asistido a demasiadas fiestas benéficas baptistas.

Mi madre se incorpora vivamente, sin sonreír. ¿Ahora qué diablos es esto?, pregunta. Ha estado tumbada en su cama, recortando cupones del *Inquirer*, buena señal, visión práctica.

¿Cómo te encuentras hoy, mamá? Dejo el wok junto a su cama. Mi ojo empieza a juguetear.

¿Ahora qué demonios es esto?, vuelve a preguntar. ¿Otro regalo?

Mamá, sólo quería que vieras...

No puedo guardar estas cosas aquí, Riva, me interrumpe de modo cortante. No puedo guardar estas cosas.

Bueno, pues llévatelas a casa, mamá. Vamos. La verdad es que ya no necesitas estar en este hospital. Todos los médicos están de acuerdo. Depende de ti.

Aparta la vista y después empieza a recortar otra vez los cupones ciñéndose más a la línea de puntos. Caen en sus sábanas hebras de papel de periódico. No dice nada.

Mira, añado, si no quieres volver a tu apartamento, puedes quedarte con Tom y conmigo unas cuantas semanas o algo así. Hago una pausa.

Ella deja de cortar, me echa una mirada de enfado y dice frunciendo el entrecejo: ¿Quién es ese tal Tom?

Tom, mi marido desde hace seis años, ha sido últimamente una víctima frecuente de su senilidad fingida. Mamá, contesto con calma. Tom es mi marido desde hace seis años y tú lo sabes, quiero que te dejes ya de estas historias.

Eso la pone especialmente tonta y agita las tijeras hacia mí como si cortara el aire.

No necesitas estar aquí, repito, sin estar convencida. Además, huele mal.

Las tijeras se quedan inmóviles de manera solemne, dramática, ante su cara.

Riva, ésa no es forma de hablar de un buen hospital católico. Vuelve a apartar la vista, histriónica. Me revienta, me revienta cuando hace eso.

¿Qué ha sido de ese tal Phillip con quien saliste tantos años?, vaya, suspira, estábamos seguros de que sentarías la cabeza y nos invitarías a comer *fondue* los jueves, ay de mí, era un chico agradable.

No puedo, no puedo pasar por esto otra vez. Hoy no. Cojo mi bolso y me encamino hacia la puerta. ¿Cuándo se ha convertido mi madre en una boba tan grande?

Aquí viene una receta estupenda de guisantes al ajo, le explico. Deberías echarle una ojeada. Una pelirroja de dientes plateados que comparte la habitación retira la cortina de su cama, sonríe y me envía un beso de despedida. Chocean. Aquí todos chocean. Mi madre me está gritando: Maldita sea, ¿quién es ese tal Tom? Llegan dos monjas, siempre, siempre en parejas, a calmarla.

*Vuelvo en coche. Conduzco hasta casa y pienso en ti, Phil, lejano e invisible, hasta mi madre habla de ti, como habla de ti este dolor triste, pensamientos de ti, tú eres los pensamientos que surgen por todas partes. La palabra francesa que significa «plato de comida» también significa «estado de ánimo», eso me escribiste en una postal que me enviaste desde Provenza. La guardo en una caja, en alguna parte. Ay, Riva, eres una mujer de antojos y anhelos, eso decías de mí, llamándome expansiva. Vives, decías, vives por los arrebatos de tus caderas.*

He robado dinero. He robado dinero de los almacenes Leigenbaum, donde soy encargada de la sección de pañuelos y bolsos. Lo robo con las devoluciones. El inventario siempre se hace con descuido, de modo que puedo coger una devolución de un bolso o de una bufanda y duplicarla y, como hay recibos perforados para las dos, puedo quedarme la cantidad de la devolución y devolver también al cliente su dinero. El registro sale bien, los libros cuadran. Suelo quedarme hasta tarde, sola, para comprobarlo. Puedo ganar en una semana de doscientos a cuatrocientos dólares, en función de las devoluciones, en función de los arrebatos de mis caderas. Ya llevo así tres semanas. Desde el carnaval. No lo sabe nadie. Me pongo voraz. Me compro cosas.

Tom se dedica a los seguros. También le gusta comprarse pólizas de seguros. Tenemos muchas pólizas de seguros, muchas. Tengo tres de vida y dos de automóvil. Él tiene cuatro de vida, dos de automóvil, dos de incendio y robo, tres de hospital y accidentes y dos de miembros y/u órganos mutilados. Un ojo equivale a tres dedos más el pulgar de la mano derecha, dice la póliza. También tenemos una cosa amarilla con una cláusula sobre diamantes y abrigos de piel. Dormimos a gusto por la noche. A no ser que esté

lloviendo o hayamos tenido una riña o que Jeffrey se encuentre enfermo: entonces damos saltos en la cama como dos botes de remos.

¿Por qué me estará mirando Tom de un modo raro esta noche?, ¿sospechará algo?

Pregunta: ¿Qué tal te ha ido el trabajo?

Respondo: Bien. ¿Y a ti?

Dice: Bien. Baker viene de Pittsburgh mañana a hablar de la reunión de la sección.

Añado: Sueno, eso estará bien. ¿Lo espero a cenar?

Él dice: No, tiene que volver a coger el avión enseguida. Ya comeremos algo en Center City.

Contesto: Bueno.

Pregunta: ¿Qué es lo que tiene inquieto a Jeffrey? ¿Es el jardín de infancia?

Respondo: Creo que son sus clases de baile. No tiene importancia. Se está quedando retrasado, o perdido, o algo así.

Pregunta: ¿Te ha dicho eso la profesora?

Contesto: No, lo comentó Jeffrey. Sin ningún motivo, añado: Es un niño bueno y sincero.

Él dice: Bueno, ¿cuál es el problema? ¿Ha faltado a clases o qué?

Le explico: Mira, sencillamente le causa un poco de frustración tener que acordarse de algunos de los pasos. Creo que no es más que eso, de verdad.

Él dice: Demonios, ¿por qué tiene que ir un niño de su edad a unas condenadas clases de baile para preescolar?

Y yo digo: Porque es una jodida ley internacional, ¿tú qué crees?

Y entonces es cuando Tom dice que soy hostil y que llevo varias semanas hablándole de mala manera y le digo, mira, es tu hijo, y si no le fomentas desde temprano alguna actividad estética significativa acabará en las calles matando llantas de coche y robando prostitutas y Tom sonríe un poco y dice ¿no lo has dicho al

revés?, y le digo Tom, a veces no entiendes el sentido de la vida, a veces eres un hombre indeciblemente vacío, vacío, no sabes ni jota de lo que tiene importancia en este mundo, y entonces es cuando me mira consternado y me doy cuenta de que he hecho agua en alguna parte y mientras él me llama Riva, por favor, vuelve aquí, subo la escalera hasta el mirador y me esconde tras las cortinas nuevas, cincuenta por ciento de seda, que llegan hasta el suelo y que me compré la semana pasada con el dinero, el dinero, respirando en el refuerzo liso sin costuras, huelen a nuevas, a nuevas, porque en realidad yo misma no sé de qué estoy hablando, pero debe de ser algo, esta punzada nerviosa, este hueco, este agujero debe de tener un nombre, me pregunto qué es, por cierto, ¿quién es este tal Tom?

*Un sueño. Un sueño es como una iglesia, fresco, oscuro, madera y bronce, las ventanas de jarra de gelatina, un lugar donde me puedo meter huyendo de la calle la noche que soñé contigo, Phil. Estabas delante de mí y te desvestías, después te hundías en mí acariciándome con el hueso perfecto de tu barbilla, la O perfecta de tu boca, tarareando Bruckner o Mahler, yo no lo conocía, era un nombre que me hacía pensar en el Bronx, y tu cara debajo de mí, cerca y cerrada y viajando se abrió brevemente, sonriéndome, haciéndome temblar, enorme, y me susurró: Ah, qué grandeza.*

*Cómo nos amábamos el uno al otro con tenedores.*

Creo que la mujer de la tienda de alimentos naturales está perdiendo el juicio poco a poco. Siempre que entro allí está hundida en el taburete de madera, detrás de la caja registradora, más aturdida, más triste que antes. Me reconoce menos. Hoy soy la única persona que está allí y cuando digo perdón, ¿me da un kilo de trigo integral hervido?, sigue mirando los champús de coco, con las

piernas rígidas y cruzadas, la espalda un montículo curvo bajo el mismo jersey rosa-gris que se ciñe a los hombros como un capotillo. Por fin dice eh, pero no levanta la vista.

¿Me da trigo integral hervido?, digo con delicadeza. Grueso. Como la semana pasada.

Sí. Se tira del jersey, después hace una especie de rotación de la pelvis que inclina el taburete lo justo para hacerla caer y bajarse de él. Rodea el mostrador arrastrando los pies hasta llegar al trigo integral hervido, coge un cucharón de servir, una bolsa de papel, y se pone a sollozar. Intento pensar qué debo hacer. Cojo rápidamente tres champús de coco para ayudar un poco a su negocio y después me acerco a ella, la rodeo con el brazo y le cuento la aventura secreta que tuvo Tom el año pasado en Scranton, que lo visité allí por sorpresa, me enteré de todo, me emborraché, me pegué sellos de correos por todo el cuerpo e intenté enviarme a mí misma a casa por correo, eso siempre alegra a la gente cuando lo cuento en Pañuelos y Bolsos. Ella sonríe, se dirige a la caja registradora arrastrando los pies, me cobra cuatro champús de coco, no tres, y el trigo integral hervido.

Camino hacia el coche.

Un perro basset va haciendo carambolas por la acera delante de mí y se mea en todo.

Hoy me llevo a Jeffrey, alias Batman, a visitar a mi madre. Aunque oficialmente es demasiado pequeño para entrar de visita al hospital, se ha ganado el corazón de la hermana Mary Marian preguntándole si era su hada madrina, y ella, cautivada por la idea, ahora miente incorregiblemente, le dice a todo el mundo que él está exento del reglamento, que puede pasar. Éstas son las monjas que me gustan a mí.

Mamá deja al pie de la cama sin interés la Última Cena de chocolate que me ha costado veinte dólares y tiende los brazos con júbilo a Jeffrey. Ven a ver a la abuelita, canta.

Hola, abuelita, gorjea él obediente, y se sube a su cama con su capa y su antifaz, buen chico que es. Aquí en tu casa hay muchas hadas raras, abuelita, sigue diciendo.

Mi madre mueve los pies bajo las sábanas, incómoda, y la Última Cena cae al suelo con un crujido.

Bueno, Jeffrey querido, ¿has estado bien?

La cabeza de Jeffrey hace dos sacudidas completas, sin expresión.

Mamá me echa una mirada que parece decir, por algún motivo: ¿Cómo os las habéis arreglado ese tal Tom y tú para tener un niño tan encantador?

Sigue diciendo: ¿Te gusta el jardín de infancia, Jeffrey?

Jeffrey la mira con interés repentino, con los ojos abiertos como huevos pasados por agua tras el antifaz. Hace una pausa y canturrea: Voy y vengo, voy y vengo.

Jeffrey, dile a la abuelita qué es esa ropa tan rara que llevas puesta hoy.

Soy Batman, dice Jeffrey.

¡¿Eres Batman?! chilla mi madre, encantada.

Sí, dice él, pone la mano en forma de pistola y tira del gatillo, volándole la cara. Pum, dice.

Ella se sobresalta. Vamos, Jeffrey, querido, no lo harás en serio, dice con un arrullo nervioso, le coge la manita y la lleva delicada, tranquilamente otra vez al regazo de Jeffrey. La mano vuelve a saltar con una viveza feroz. Jeffrey la mira a la cara, a la cara con mal aliento, y no le sonríe. Pum, dice de nuevo desde detrás del antifaz, doblando el dedo despacio, con firmeza. Pum.

*Se ama una vez, te dije. Aunque ames y vuelvas a amar, es la misma vez, el mismo amor. Me enviaste tus recetas (Pastel Ezra Pound, Solomillo Mallarmé) y escribiste: ¿Crees que si te comes un*

*plato, todas las comidas que hagas después son la misma, sólo porque también son comidas? Y respondí que algunas eran la misma comida.*

En la cafetería del hospital, Jeffrey me pregunta si le puedo comprar una carabina de aire comprimido. Se está comiendo la corteza de su sándwich de mortadela, sacando la lechuga y dejándola caer al suelo sin ninguna discreción.

Claro que no, digo yo. Quítate el antifaz mientras comes. Él obedece.

¿Para qué diantres quieres una carabina de aire comprimido?

Se encoge de hombros. No lo sé, responde, y oigo que hace oscilar las piernas bajo la mesa, que sus zapatillas deportivas golpean el aluminio, hacen vibrar la gelatina. Papá me la comprará.

No te la comprará, Jeffrey, y se acabó.

Se lo piensa un rato. ¿Puedo tomarme un helado, entonces?

No. Termínate el sándwich.

¿Puedo... —ahora piensa cualquier cosa— llevarme esto a casa? Enseña un tenedor de plástico.

Dios santo. Está bien.

Vale, dice.

El martes, en el trabajo, tengo que gritar a Amahara. Ha puesto mal los precios de todos los monederos italianos.

Y qué, culo-globo, murmura a su propio hombro derecho.

Otro comentario más como ése, Amahara, y has terminado.

No he dicho nada, protesta ella, y abre mucho los ojos con maldad.

Ándate con cuidado. Mi voz es áspera, fea, me desmoraliza. Salgo a los expositores y yo misma vuelvo a poner los precios en los monederos. Los monederos italianos tienen cierres de color bronce

que sonríen burlonamente, y me veo reflejada en ellos, borrosa y de un color dorado enfermizo. De pronto me avergüenza estar poniendo los precios a una mercancía tan insignificante.

Me marcho temprano, sin comprobar siquiera las devoluciones de la tarde, recojo a Batman del jardín de infancia, vuelvo a casa en coche y, más tarde, acostada, le pregunto a Tom si cree que tengo el culo como un globo y me dice que no.

Mientras trabajo en los almacenes, Jeffrey está en el jardín de infancia del señor Fernández, en la calle Spruce. Lo conocí hace años: es un antiguo hippie entrado en años que mendigaba delante del museo de arte en la época en que intentaba quedarme embarazada. Me tomó por Tricia Nixon y me exigió a voces un cuarto de dólar. Cuando no le eché nada en el tazón porque estaba mirando un folleto sobre *Las grandes bañistas*, de Cézanne, se puso a increparme.

¿Perdone?, le dije yo, y me detuve en la escalera para mirarlo. Estaba desorientada después de tanto postimpresionismo. Y entonces, mirándome desde abajo, comprendió que se había equivocado. Demasiado grande, dijo. Demasiado grande. Lo siento. La había tomado por Tricia Nixon. Y fue entonces cuando se levantó y caminó hasta mí; un hombre oscuro, bamboleante, y me dijo con un leve acento: Jo, señora, lo siento de verdad. Me tendió la mano derecha, se la estreché, me guardé el folleto y hablamos un poco: él sobre la cómoda Chippendale del siglo XVIII que había en el ala inglesa, y yo sobre él, le pregunté qué estaba haciendo con su vida, por qué estaba allí. El no hizo más que sonreír tristemente, supongo que era la explicación más veraz que pudo acopiar, y dije que lo que le gustaría hacer de verdad sería criar una familia, y cuánta envidia le daba yo, todavía joven y recién embarazada y...

Y repliqué: ¿Embarazada? ¿Por qué lo dice? (A veces soy sensible en lo que respecta a mi grosor.)

Y entonces adoptó un tono todavía más de disculpa y dijo que, bueno, eran cosas suyas, que era algo brujo, pero no brujo malo, y que sabía esas cosas, sin más.

Y, en efecto, Batman salió volando a los ocho meses y el señor Fernández, recién lavado y reformado, que acababa de recibir diez mil dólares en herencia de un primo suyo que había muerto en Ohio, además de algunos consejos de mi parte sobre el cuidado de las manos, se dio una buena ducha y me regaló una piñata con caballos amarillos que no debía abrirse nunca de un golpe, sino que debía colgarse en el cuarto de Jeffrey como una lección sobre la esperanza, la avaricia y la coexistencia pacífica, y lleva allí desde entonces. Y el señor Fernández ha inaugurado con éxito un jardín de infancia en la calle Spruce, llamado Preescolar Piñata, y sólo yo conozco su pasado en la escalinata del museo, ni siquiera Tom lo conoce, y he prometido no divulgarlo, y él me ha dado abrazos de agradecimiento en varias ocasiones y nos hemos hecho amigos bastante íntimos y la verdad es que los niños se le dan muy bien, muy bien.

Amahara y yo nos tomamos unas copas a la hora del almuerzo. Supongo que ahora ya nos hablamos. Fuimos a La Kommissary y ella me habló de un tipo con el que ha salido este fin de semana.

No le interesa lo que hay dentro, se queja Amahara. Yo quiero a un tipo que deseé mi corazón, ¿sabes? Quiero que me busque el corazón.

Cuando te está tocando los pechos, ¿sabes?, digo a Amahara agitando las pestañas, te está buscando el corazón. Todos hacen eso.

En menuda bruja amargada me he convertido.

Amahara sonríe. Está metido en el ámbar.

Pero ¿qué quiere decir eso, que está metido en el ámbar?

Que está metido de verdad. Sonríe de una manera enigmática.

¿En el color?

Sí. Está metido de verdad.

Pero ¿qué quieres decir con eso? ¿Su coche? ¿Su pelo? ¿Tu pelo?

Su vida, dice ella con dramatismo. Está metido de verdad en él.

En él, repito tontamente, creyendo que estoy intentando comprender; qué me ocurre, creía que ya nos hablábamos, entonces cómo me hablo yo con nadie, ¿es que soy del espacio exterior, es que lo es ella?

No puedo creer que una persona esté tan metida en eso, digo con firmeza, esperando que se me pase.

Vaya que sí, dice Amahara.

Cojo el tíquet. Amahara va a sacar el monedero, pero digo no, pago yo, estoy metida en esto.

*Intuye, dijiste, y apagaste la vela de un soplido. La intuición es la vida secreta de las células de grasa. Y después ahondaste en mí, susurrándome tus preguntas.*

Me estoy deprimiendo enormemente. Como el año pasado. Hace sólo un mes estaba mejor; lucía un desencanto más sencillo, más terso, una pulcra camiseta negra de tristeza. Me saltaban de la boca ironías elegantes, finas como ancas de rana. Ahora la oscuridad duerme y se despierta en mí cada día, como un carnívoro asiático en el zoo de Filadelfia.

En mi casita blanca me encuentro derrumbada. Miro a mi alrededor. Todas estas posesiones, todas estas cosas nuevas, son dientecitos, lápidas mortuorias; mi casa es un parque memorial pequeño y compacto, recuerdas cuando se los llamaba cementerios. Ahora, hasta las tumbas se llaman *monumentos familiares*, como todo esto, monumentos a la familia. Miro fijamente mis grifos de oro, mis butacas nuevas, mi palomitera y mi estantería descomunal para especias (hojas de tomillo, hojas de tomos) y me pregunto cómo he llegado a este grado de desorden. Estas cosas, cosas, cosas, mi

mente grita, y tiro electrodomésticos, pendientes, copas a la basura de la cocina y, dominada de golpe por un terror enérgico, de muchos nudillos, los vuelvo a sacar, aprisa, aprisa, uno a uno, los aclaro, los vuelvo a guardar, tras sus puertas, veo la televisión, respiro, veo la televisión.

La cara se me pone peor y también el ojo, pero parece que Tom no lo advierte. Parece, no obstante, que lo que le pregunté de mi culo le ha dado un poco de valor y propone, delicadamente, acostados juntos a oscuras, con gran delicadeza, que quizá debería perder algo (Dios bendito, Riva, por qué no pierdes algo) de peso.

Tiene otro viaje de negocios a Scranton el jueves, explica. No volverá hasta el sábado a última hora.

Scranton. La historia cuelga ante mí como un móvil terrible. No puedo mover los brazos. La frente se me abre como la puerta de un garaje. Debes de estar de broma, digo con voz entrecortada, aterrorizada.

No, ¿por qué?, murmura. No es tan malo.

Ay, vamos, Tom. Esos tópicos maritales de las zonas residenciales. Se nos han metido dentro como tenías. Te pones un azucarillo en la lengua, te endosas una lámpara en el culo y asoman la cabecita blanca para investigar, nos están comiendo, Tom, hay algo que se nos está comiendo.

Él suelta un bufido, se estira el pijama arrugado, cierra sus hermosos ojos. Dice que no entiende por qué siempre me vuelvo tan incomprendible a última hora de la noche.

Me vuelvo tan incomprendible.

Cada vez robo más dinero. Lo guardo en el cajón de arriba, bajo la ropa interior, junto con el diafragma, la barra de labios y la navaja automática, que son lo que una mujer necesita.

*Eres el hombre que me quita las horquillas del pelo, el pelo se me despliega; el que entra tranquilamente callado, sonriendo, y después huyes llevándote todos mis pulsos, una y otra vez, con esos pasos largos, gráciles, hacia una ciudad, hacia un cuarto de baño, hacia una puerta. Duermo sola esta semana, mi marido se ha ido, caigo en mis propios brazos vacíos, ojalá fueran los tuyos, me duermo sobre ellos como para matarlos y, por la mañana, los tengo muertos como salamis hasta que les doy un masaje con la palma de la mano para que les baje otra vez la sangre. Dulce, dulce Riva, dijiste al punto blanco de detrás de mi oreja. Ven a vivir conmigo y a ser mi almuerzo.*

Cuando he recogido a Jeffrey y hemos llegado a casa, estamos solos en la cocina y me enseña lo que ha aprendido en su clase de baile.

Suba plié, suba plié, canturrea agarrado al borde de formica de la encimera; se mueve y se agacha una y otra vez con su pantalón de pana. Siempre parece tan torpe que estoy segura de que está haciendo algo mal.

¿Qué es un suba?, le pregunto, tonta de mí.

Es esto, dice, haciendo Dios sabe qué con la pelvis. Después se hace una Carretera, explica, señalando el espacio recién creado entre sus pies abiertos, pero no se va en coche por ella, añade.

¿Quieres decir que sólo sirve para enseñarla?, le pregunto, incrédula. Mi sonrisa le produce frustración.

¡Escucha, mamá!, se queja. Haces los dedos de Gelatina, cuelgas, cuelgas, y después ¡liaparino! Y hace un *grand jeté*, o algo así, por encima del linóleo, suelta un aullido fuerte, llega deslizándose hasta el armario de las patatas. Después se vuelve a levantar, con los calcetines caídos hasta el empeine, y atraviesa el suelo aprisa a pasitos cortos, cantando ¡hu-la, hu-la, brécol!

¿Cómo se ha podido alejar tanto de mí? En tan poco tiempo ya se ha marchado, ha creado su propia vida. Quiero acercarme a él por detrás, taparle la cabeza con mi delantal sucio, con olor a cebolla, volver a aspirarlo dentro de mi cuerpo; quiero conocer sus huesos otra vez, mantenerlo apartado del mundo.

¿Mamá?

Siento el cerebro atestado y lleno de gas, como si tuviera ensalada de col. Vives, leí una vez, vives si bailas al son de la voz que te enferma.

Se hace así, mamá.

Dejo de mirarlo fijamente. ¿Así? No soy ningún pasmarote. Me pongo rápidamente de puntillas, paso revoloteando ante la nevera, agitando los brazos como patos enfermos. Hu-la, hu-la, canto. Hu-la-la.

A veces me descubro a mí misma caminando por la calle o por Pañuelos y Bolsos sin pensar absolutamente en nada, mi mente se preocupa por su propio vacío. Pienso: Todo el mundo tiene pensamientos más amplios que los míos, todo el mundo tiene pensamientos. A veces me asusta este osario de mi cabeza, este cenicero limpio, reluciente.

Y cuando, al cabo de cien años, leo a Jeffrey, un príncipe se encontró a la Bella Durmiente en el bosque y la besó, ella se despertó sobresaltada y dijo ¡Príncipe! ¿Por qué has tardado tanto? Porque llevaba dormida bastante tiempo y todos sus sueños eran reposiciones.

Jeffrey traga saliva y dice con toda seriedad: Como *Starsky y Hutch*.

Y entonces el príncipe cogió en brazos a la Bella Durmiente y dijo: Casémonos, bella dama, y viviremos felices para siempre o hasta los partidos de la AFC, lo que llegue antes.

Jeffrey suelta un quejido en dos tonos. ¡Ma-má! No es así.

Ah, perdona, me disculpo. Tienes razón. Dice: Casémonos, bella dormida. Y haré de ti mi princesa. Y la Bella Durmiente dice: Oh, hermoso príncipe. Cuánto te amo. Pero llevo dormida cien años y tengo edad suficiente para ser tu abuela.

Jeffrey suelta una risita.

El príncipe se lo pensó y estaba a punto de decir: Bueno, si es así, quizá será mejor que me largue, cuando bajó del cielo un pájaro mágico azul y lo hizo cien años más viejo, y entonces, vaya si se rio la Bella Durmiente.

¿Y vivieron felices para siempre?

Eh, cariño, ya sabes que no lo dice. ¿Tú qué crees?

Que sí, responde Jeffrey sin sonreír.

Toc, toc, dice el señor Fernández.

¿Quién es?, pregunto con una sonrisa, de vuelta a casa con Jeffrey. Estoy aparcada en doble fila en la calle Spruce.

Amnesia.

¿Quién es Amnesia?

*La Luna está llena está serena, vaga, indolente y pálida como una vaca, una Luna-vaca que entra por mi ventana, me lleva a su pecho, me arropa con sus pliegues de luz. Salgo con esta Luna, salgo flotando a la noche con ella, rompo como una ola y rodeo la Tierra, me muevo con un andar de la que no tiene marido, con una tranquilidad en los costados; con la inmensidad luminosa de leche en mis ojos, cambio, desaparezco poco a poco, viajo, mirando. ¿Dónde te has metido?*

Debo. Debo tanto dinero a la tienda que no me lo puedo creer. Hoy dejo que Amahara se vaya temprano a casa y me meto después en la oficina del fondo, vuelvo a sacar los libros y calculo a cuánto asciende: es tanto que no lo puedo decir.

Al menos lo he hecho con orden. Tiene algo de tranquilizador la aritmética, los montoncitos, las columnitas de números que te obedecen.

El martes me paso por Wanamaker, cojo unas zapatillas de satén de color rubí para mi madre y salgo de la tienda sin pagarlas. Me dirijo después adonde el señor Fernández para recoger a Jeffrey. Recorremos juntos, rubia grande, rubio pequeño, las dieciséis manzanas que hay hasta el hospital de Santa Verónica; no hay necesidad de llegar a casa temprano: Tom sigue en Scranton.

La hermana Mary Marian está extasiada de ver otra vez a Jeffrey. Le planta un gran beso húmedo en la mejilla, suelta risitas y se pone roja. Me hace sentir incómoda.

En el ascensor me toco la cara, me toco los ojos para ver si se están portando bien, si están siendo, si se están comportando, o si se están portando mal; se portan, se comportan, son. Las palabras se combinan y me marean, tienen el sabor de los errores de mi vida, soy mal. Tengo mal. Jeffrey me tira del brazo como si quisiera decirme algo. Nos quedamos parados en el tercer piso mientras dos celadores meten rodando un carrito gigante de instrumental médico, vasos y ropa de cama. Me inclino para que Jeffrey me pueda susurrar lo que quiera decirme, y se pone a alisarme el pelo aplicadamente con las dos manos, a apartármelo. Pero cuando ya ha despejado bastante el espacio alrededor de mi oreja, no dice nada sino que se limita a apoyar la cara en mi cabeza.

Jeffrey, cielo, ¿qué hay? Las puertas se cierran y seguimos subiendo.

Nada, susurra él en voz alta.

¿Nada?, le pregunto, pensando que quizás esté asustado de algo. Sigo inclinada.

Sólo quería mirarte la oreja, me explica.

Entramos despacio, sin saber lo que nos vamos a encontrar. Nos quedamos con las gabardinas puestas.

Parece que mamá tiene un buen día, tiene el ánimo elevado; le vuela por la habitación de metales blancos y saluda al mundo como un anfitrión agradable. Y nosotros somos los parásitos que acabamos de patearnos diecisésis manzanas, somos la pareja de mamarrachos, los parricidas.

Riva, querida, y Jeffrey. Esperaba que vinieseis hoy. ¿Cómo está Tom?

Pero creo que ha dicho que quién es Tom y me quedo helada, muy cansada, sin querer volver a empezar con eso otra vez.

¿Te encuentras mejor, abuelita?, pregunta Jeffrey con un bostezo, subiéndose a los pies de la cama de metal, mirando como si tuviera algún interés el gráfico sin sentido que hay ahí.

La abuelita dice que sólo tiene que hablar con el médico para poder marcharse.

Me choca que mi madre hable de marcharse. ¿Ya no se considera loca? ¿Ni católica? Le observo la cara y la tiene sonriente, blanda como el helado.

Mamá, ¿lo dices en serio? ¿Quieres venir a casa con nosotros? Me siento ambigua y con los labios flácidos.

Ya veremos, dice, lo ha dicho siempre, como le digo a veces a Jeffrey. Aun así, parece más esperanzador, más seguro. Siento, no obstante, que por dentro me sube lentamente la ambivalencia: ¿cómo se comportará?, ¿se empeñará en volver a freír las chuletas de cerdo?, ¿roncará imperdonablemente desde la leonera?

Las señoras siempre dicen eso, anuncia el listo de mi hijo. Acaba de acercarse a la ventana y está de puntillas, apenas capaz de observar la entrada de urgencias del ala del hospital que está justo enfrente de ésta. Guau, grita. Anpulacias. Mola.

Mamá, creo que sería estupendo que salieras de aquí, y como ya he dicho nos encantaría que estuvieras con nosotros. Me siento en la cama y le aprieto la mano, sin tener idea de lo que quiero de

verdad que haga, atónita ante mi falta de sinceridad: ¿se limitaría a ver la televisión tranquila y calladita durante todo el día en el sofá?

Jeffrey sigue mirando cosas por la ventana, diciendo: Se llevan a la gente enferma a dar paseos, ¿verdad, abuelita?

No he sido capaz de dejar de comer. Amahara lo comenta cuando me meto en la boca tres caramelos Lifesaver a la vez: Chica, ¿no sabes que estamos en Cuaresma? Llevas varias semanas sin parar de comer. Silencio. ¿Verdad que sí?

Eso me recuerda una vez que compré un abrigo de hombre en una tienda de ropa usada, una tienda de ropa de muertos, me encontré en el bolsillo un caramelo Lifesaver viejo y me lo eché a la boca, un caramelo de muerto. Eres capaz de comerte cualquier cosa, ¿verdad?, dijo Tom.

Me enfado de pronto con Amahara. Salgo sin pronunciar palabra, irguiendo la espalda. Me pongo junto a la señora Rosembaum, nuestra mejor cuenta con cuenta, y le recomiendo los pañuelos florales coreanos mientras todas las células de mi cuerpo gruñen y chismorrean. Más tarde, hago una pequeña operación con los recibos de Ann Klein en la oficina. Me compraré un lavaplatos nuevo.

*Me vuelvo a meter a hurtadillas en los sueños en los que sales tú, la cama deshecha como un enorme sándwich abierto. Me vuelvo a tumbar a tu lado, ajusto el hueco de tu brazo a mi cuello y a la curva de la base de mi cráneo, paso tu mano alrededor para que encuentre mi boca, te mordisqueo los dedos, uno a uno, como podría hacer un niño que te escuchara contar cuentos.*

*Érase una vez que yo estaba en una situación extraña respecto a las mujeres, empiezas a contar. Me veía a mí mismo, como dijo alguien en una ocasión de Mohammed Ali, como una especie de misionero de la pelvis.*

*Ah, murmuro. La postura del misionero de la pelvis.*

*Y tus callos me aprietan los labios y los dientes y tus dedos tañen mi sonrisa como un arpa, soy tuya, tuya, a pesar de tus cuentos soy tuya.*

Quiero hacer régimen. Quiero ser grácil. Quiero ser grácil, tener gracia y dar las gracias.

Batman me vuelve a dar lecciones de baile antes de la cena. Deslizarse, deslizarse, gum-ba, dice, mientras su cuerpo pequeño y ágil dibuja eses por el suelo. Mamá, suspira, fingiendo irritarse cuando intento hacer lo mismo con mis caderas oscilantes. Se pone arrogante, imita a su profesor, un francés frustrado con bursitis llamado Oleg. Mueve sólo los pies. Todo lo demás los seguirá. ¡Gum-ba!

¿Me vuelvo grácil? Pienso en la zanahoria, el palo y el hielo y sigo a Jeffrey. Chasco los dedos, me agito, me doy golpes, hago como si triturara algo. Mamá, dice Jeffrey con una risita. Eso es demasiado raro.

Y más tarde, sola, la noche se pone negra de tinta, como mis pensamientos, mis pensamientos.

Me muero de ganas de comerme un caramelo.

Esta noche Tom vuelve a casa desde Scranton. Nos acurrucamos juntos en el sofá bajo una manta, susurramos te quiero, te he echado de menos, confundimos los tiempos verbales, creo. Jeffrey entra traqueteando en un cochecito de bomberos roto con tres ruedas.

Papá, mamá me dijo que te preguntase si me comprabas una carabina de aire comprimido.

Jeffrey, respondo, pasmada, lo que te dije fue que no te compraba una carabina de aire comprimido.

Tu madre tiene razón en esta jugada, dice Tom, suena extraño, en esta jugada, qué demonios es eso, parece un comentarista deportivo grasiento.

Jolín, murmura Jeffrey, maniobrando con el coche de bomberos para dar la vuelta y volver por el pasillo. Joder, maldita sea, dice. Me sobresalto.

Esa boca, jovencito, grita Tom.

Hoy me paso a la hora del almuerzo por el jardín de infancia del señor Fernández. Hay unos quince niños y todos parecen tranquilos y buenos y concentrados en hacer fuertes con piezas de construcción o en limpiarse los dedos de pintura. Jeffrey levanta la vista desde detrás de unos bloques de construcción, chilla hola, mamá, y vuelve a dedicarse a algún precario proyecto arquitectónico, que probablemente se supone que es un fuerte. Busco un asiento cerca de él y lo observo. Jeffrey se pone de pie de pronto y se muestra inquieto, se sujet a la ingle con una mano. ¡Caray! ¡Tengo ganas!, grita, y sale corriendo del cuarto. Mientras est en el ba o, le pregunto al señor Fernández por el vocabulario de Jeffrey, si ha notado algo, alguna obscenidad.

No, responde el señor Fernández, perplejo.

Jeffrey sale del retrete subiéndose los pantalones.

Amahara muerde un bolígrafo propiedad de la empresa y dice, ay, lo más fácil es que lo haya leído en las paredes de los retretes, eso es todo.

¿Joder, maldita sea? Sólo tiene cuatro años y medio.

Claro, dice ella, haciendo crujir distraídamente el plástico entre los dientes torcidos. Cosas como: No hay papel higiénico, joder, maldita sea. O: No a las armas nucleares, joder, maldita sea. O: No a las armas nucleares, contratos a los minusválidos. O: Tirad las armas nucleares a los minusválidos. O: Joded a los minusválidos, maldita sea.

Hago una mueca. Amahara, digo. Estás haciendo asociaciones gratuitas.

Lo mejor de la vida es gratuito, suspira.

Con Amahara, los tópicos adquieren dimensiones epifánicas.

Lo mejor de la vida es gratuito, repite con énfasis, se pone de pie, me dedica una mirada oscura y sale por la puerta, me deja preguntándome adónde quiere ir a parar.

Hoy encuentro junto a su cama un lápiz de colores mordido y una carta que ha escrito Jeffrey. Dice Queridos Jesús y Dios: Hola.

Domingo. Esta tarde fresca y despejada siento en el cuello, en la cabeza y en las caderas un impulso de escapar. Dejo a Jeffrey y a Tom en el cine viendo un festival de dibujos animados de Disney que me dijeron que querían ver y recorro unos cincuenta kilómetros en coche hasta el condado de Bucks, hacia un desfiladero y una cascada sobre los que leí el verano pasado en un artículo del *Inquirer* titulado «Rincones para el cocinero: grandes sitios para grandes comidas campestres».

Escucho durante todo el viaje la radio del coche en onda media, canciones con letras malas sobre el amor en los aparcamientos de camiones, el amor de gin-tonic, el amor de luces estroboscópicas de discoteca, el amor perdido y vuelto a encontrar, el amor perdido y vuelto a encontrar y perdido, el amor perdido y perdido y perdido... Había gente que no tenía nada de suerte. El pinchadiscos parece vivo y tierno, parece que se ha echado *after-shave*, comparado con él el mundo es un desastre.

Tengo que recorrer un kilómetro por un tramo estrecho de pista de tierra; reza, como decía mi padre, como una maldita mantis religiosa por que no aparezca nadie a toda marcha en sentido contrario. Aparco el coche junto a otro al final de la carretera y me adentro otros cuatrocientos metros. La pista está negra y llena de barro

primaveral, y mientras voy chapoteando con unas zapatillas viejas oigo el rumor del agua que ya está cerca, por delante. La Ciudad del Fango, diría Batman si estuviera aquí. Chop, chop.

La pista que baja del bosque al desfiladero está surcada por grandes raíces nudosas y mientras me abro camino entre ellas, apoyándome estratégicamente de tronco en tronco, se me ocurre que debería estar pensando que soy demasiado mayor para esto, pero no lo soy y estoy maravillada, maravillada. La tierra desprende un olor húmedo y salado y algunas ramas tiernas apenas tienen brotes. Un mapache, con rayas elegantes y un antifaz como para ir a un baile de pequeños mamíferos, ha salido de entre los arbustos y se ha acercado al arroyo. Le hago ruiditos, ruiditos que me parece que pueden ser adecuados para un mapache: un parloteo con trinos y chasquidos. El mapache ladea la cabeza, curioso. Pruebo con el lenguaje humano (eh, señor Mapache), y entonces refunfuña enfadado, huye hecho una mancha peluda.

En el centro del arroyo hay losas largas y planas de pizarra; puedo saltar de roca en roca y aterrizar sin gran dificultad en el centro de la mayor y más soleada. Pocos metros más abajo, un viejo puente de piedra salva el desfiladero, resquebrajado pero terco, con las piedras melladas y astilladas; la argamasa rajada es como el arco pesado de una boca sabia, una sutura grande, de labios apretados, entre las laderas marrones y escarpadas. Me aparto de ahí, me vuelvo hacia el cabrilleo corriente arriba, el blanco brillante del agua, Dios, qué luz, al caer sobre las rocas y el borde escarpado de los musgos, por todas partes el zigzag de las piedras pizarrosas que se deshacen, con capas como los pasteles antiguos. La luz, de la que no había dicho nada el artículo, que reluce en los brotes y en las ondas y en los rizos, todo alineado y medido por ella, en estos rápidos hundidos, su hielo vivo cegador me tira de espaldas, me quedo ahí tumbada como un lagarto sobre una roca y empiezo a sentir que el sol me calienta la piel incluso a través de la ropa y entonces me la quito: la chaqueta, las zapatillas, los calcetines, el jersey, los pantalones, las bragas. El sol me calienta

los pelos de la piel de gallina, me empapa los hombros, el vasto continente incontinente que soy; el sol me cierra los ojos, este sol, mi sol. El arroyo ruge a mi alrededor, me despierta en este invierno, fuerte y renovada. Así tumbada, como una serpiente gruesa, tengo el impulso de chillar o gritar. Me levanto y meto el pie derecho en el arroyo. No hay nadie por aquí y salto de una roca plana a otra vociferando como una vaquera. Dios, so demonio, en momentos como éstos sí que creo que existís, que hay dioses que me sostienen y me aman para hacerme feliz, eso es lo que debe hacer un dios, sostenerme y amarte para hacerte feliz... Alguien me está robando la cartera.

Detrás de mí hay un hombre con la espalda desnuda, con vaqueros, que hurga en el bolsillo de mi chaqueta, a tres rocas de distancia.

Corro a esconderme detrás de un arbusto.

Ahora sube ladera arriba, cree que no lo he visto. No soy capaz de decir nada mientras desaparece entre los árboles. Me giro, escucho otra vez el agua. Siento frío de pronto. Vuelvo a mi roca y me tumbo; la tierra se mueve, se desgasta bajo la membrana azul del cielo como un lento rodamiento de bolas.

Me froto las espinillas y me visto.

Por suerte, todavía conservo las llaves. Mientras vuelvo a recoger a Jeffrey y a Tom del cine, en la radio ponen bandas sonoras de películas de Barbra Streisand. No me doy prisa. En la universidad me gustaron tres libros: *Walden*, *Agamenón* y *Esperando a Godot*. Eran operaciones que entendía. Tarareo con la radio. Suena un anuncio del Oso Smokey, que dice que sólo yo puedo evitar los incendios forestales, la sensación de responsabilidad me hace sudar, y después vuelve el pinchadiscos ligero, mentolado, anunciando que ahora volvemos con *Tal como éramos*. Conduzco despacio, como un viejo después de una guerra.

Siento llegar tarde, chillo por la ventanilla mientras cruje la gravilla del aparcamiento bajo los neumáticos. Sólo quedan dos personas en el cine, y están allí plantadas como dos plantas de maíz solitarias junto a la marquesina de la carretera, una grande y otra pequeña, con cazadoras azul marino. Extiendo el brazo para abrir la portezuela y los dos se suben al asiento delantero, con Jeffrey en el centro. Tom cierra de un portazo.

Siento llegar tarde, vuelvo a decir, y Jeffrey me pone una mano fría en la cara para intentar sobresaltarme mientras Tom se frota las palmas de las manos bajo la guantera y pregunta: ¿No tienes puesta la calefacción?

Yo ya estoy demasiado caliente, pero subo la calefacción al máximo. Reacciona con un rugido y nos ponemos en marcha, como una secadora Mayfair sobre ruedas. ¿Qué tal la película?

Los rábanos son redondos, recuerda mi hijo. Los rábanos son rojos. Sobre todo cuando los coges y les muerdes la cabeza.

Eso lo decía el dragón Danny, explica mi marido.

No era el dragón Danny, replica Jeffrey. Lo decía el pato.

Tom, le riño, ¿es que no distingues un pato de un dragón? Un semáforo se pone ámbar y lo cruzo a toda velocidad.

Tom mira por la ventanilla a su derecha: Te digo que lo decía el dragón.

Jeffrey mira al frente. Los dragones no existen de verdad, ¿no, mamá?

Sobre su cabeza echo una rápida y discreta mirada a Tom, que tiene las aletas de la nariz dilatadas. Nos hemos parado en un semáforo en el bulevar Quaker. Eso es, cariño, creo que, esto, a la mayoría los mataron en guerras o algo así.

¿En la guerra de Vietnam?, pregunta, tan sincero, tan interesado.

En la guerra de las Rosas, suelta Tom con impaciencia, con las manos metidas bajo los brazos. También hubo muchas bajas de dragones en la Gloriosa Revolución.

Lo vas a confundir, canto entre dientes, pisando el acelerador a fondo cuando cambia el semáforo.

¡Ya está confundido!, grita Tom de pronto, da un golpe con furia en el salpicadero mientras Jeffrey esconde la cara en mi manga. ¡Te digo que no lo dijo el jodido pato!

He estado muy susceptible, murmura Tom en la cama mientras miramos el techo juntos a oscuras. Vuelvo la cabeza para mirarlo. Ha estado llorando. Tiene triángulos agudos de pelo pegados a la frente. Ayúdame, Riva, solloza, y la cara se le abre de nuevo, esta vez sin agua. Siento los jadeos de su tórax. Él sube el brazo sobre la cara y se esconde en el ángulo que forma. Me muevo hacia él, por mi lado, me aprieto contra él, le acuno la cabeza, le suelto el brazo y le digo: Tom, dímelo. Es Scranton otra vez, ¿verdad? Empieza a negar con la cabeza y después lo deja. Asiente y lo ayuda de alguna manera a reducir los jadeos. Sus ojos me miran frenéticos, desesperados. Apoyo mi mano en su mejilla con delicadeza, pero no lo beso.

Estoy segura de que la señora de la tienda de alimentos naturales se está muriendo. Tiene los ojos hinchados y los labios secos, pegados. Si abriera la boca, sonaría como un velero al abrirse. La puerta hace clac y tintinea después de entrar yo.

Hola, digo alegremente. Bueno, ¿sabe?, ¿a que no lo adivina?, Scranton vuelve a estar en el mapa, otra vez esa dama tan tenaz. ¿Qué se le va a hacer? El agua no es más densa que el agua, ¿entiende?

No tengo ni idea de lo que digo. Lo único que quiero es salvarle la vida.

Tom no es malo, prosigo. Lo que quiero decir es que todos tenemos malos hábitos. Yo, por ejemplo, como galletas Graham como una loca.

Su boca absorbe aire, un pez sonriente. Lo lamento, dice.

Pero yo no sé si se refiere a lo de Scranton o a lo de las galletas Graham, de modo que me limito a decir sí, bueno, estoy segura de que necesito vitaminas de alguna clase, y miro el estante con aflicción.

Amahara, ¿puedes venir aquí, por favor, y ocuparte de la cuenta de la señora Baker?

¿De la vejestoria?

Hago una mueca. La señora Baker está a menos de dos metros. Lo que quiero decir —corrige Amahara recuperándose de una manera impresionante, mientras coge un bolso de charol rebajado y le sonríe a la señora Baker— es que necesita usted un bolso nuevo, francamente.

Quizá debería dedicarme a alguna otra cosa. A la enseñanza o algo así, le explico a mi madre, que ha vuelto a caer en la senilidad, pero que me exige que le confíe secretos profesionales y domésticos. Se empeña en que no recuerda nada, en que vuelva a contarle mis problemas. Ya se le han olvidado sus intenciones de salir del hospital de Santa Verónica.

¿Ese tal Tom se ha echado una nueva amante?, pregunta con severidad, como si aquello explicara mi descontento con los almacenes Leigenbaum.

No, no. No es eso, me apresuro a decir, y cambio de tema y hablo del chicle que ella mastica, que huele a loción para tomar el sol.

De miel y coco, dice ella. Y tampoco tengo ningún problema con la dentadura postiza.

Hay un largo silencio.

Me miro las manos.

Cosa buena, reitera mi madre. De miel y coco. Fabricado por Beech-Nut.

*¿Por qué me persigues? Tú, como un tatuaje en mi lengua, como la hoja de laurel en el fondo de la olla. Tú, que te tendías a mi lado y cantabas mi horóscopo con la música de una sinfonía de Schubert, decías algo de viajes y de dinero otra vez, y nos quedábamos allí echados, los dos con mal aliento, con los elásticos de la ropa interior deshilachados, y después te volvías hacia mí con unos ojos como dos cerillas, dejabas el horóscopo, seguías mis costillas enterradas con un dedo índice, te entretenías en mi clavícula, admirándola como se podría admirar un contrafuerte gótico, murmurabas: Bonita clavícula. Y yo, demasiado nueva en eso y asustada, sin saber qué decir, susurraba: Pues si vieras mi bicicleta de diez velocidades...*

Jeffrey, entra aquí, chillo por la puerta de atrás. Está oscureciendo y la cena está preparada. Está jugando al Pinchahojas en el patio de atrás con su amiga Angela Dillersham. Llevan palos grandes.

Jeffrey, ¿me has oído?

Sí, dice él, y murmura hasta luego a Angela y viene después hacia el porche trasero arrastrando los pies. Joder, maldita sea, le oigo quejarse mientras sube las escaleras trabajosamente, y yo le doy una bofetada cuando entra por la puerta y lo mando a su cuarto llorando, sin sus espaguetis o su macedonia de frutas o su palo.

¿Dónde está Jeffrey?, pregunta Tom.

Está castigado, digo yo, enrollando espaguetis con ayuda de una cuchara.

Pero ya lo mandaste a la cama sin cenar hace dos noches, dice Tom, mientras toca con petulancia una uva arrugada. Joder, maldita sea, Riva, si sigues así se va a morir de hambre.

Vete a tu cuarto, Tom, digo yo.

Pero no se va. Se queda. Me mira, con los ojos muy abiertos y asombrado.

Estamos en el cuarto de Tom. Aquí están mis cortinas y mi ropa, pero el lugar ha ido adquiriendo cada vez más un tono verde descontento que es de Tom, una niebla brumosa como una pecera a la que le hace falta una limpieza. Tenemos que hablar de esto, dice él.

¿Qué es esto?, pregunto yo.

Lo de Scranton. Julia. Ya sabes. Está en la raíz de todo.

¿De todo?, pregunto, tirana de la precisión.

Sí, bueno, de este abismo gigante que hay entre nosotros, explica él.

Ah, sí. El abismo. Pienso en mi cartera robada. Había fotos. Y una tarjeta de donante de ojos. Y entonces pienso en el sol, en el sol de mi hijo.

Estoy seguro de que te resulta difícil de creer, prosigue él. Después de todo lo que te dije y te prometí el año pasado, y ahora todo esto... otra vez...

¿Todo esto?, pregunto, dominando cada vez mejor la técnica.

Julia.

Ah, claro. Scranton. Siempre me ha reventado su nombre.

Debes de sentirte como si estuvieras atrapada en un ciclo vicioso. Su voz es amable, comprensiva. Por lo menos yo me siento así, dice.

¿Ciclo? Siento que me sube el sarcasmo a la garganta, agudo e inexpresivo como un papagayo azul. ¿Ciclo vicioso?, vuelvo a gritar. Eh. Escucha. Pues si vieras mi bicicleta de diez velocidades...

Me vuelvo incomprensible.

Semana Santa. Intentamos no darle demasiada importancia. Jeffrey encuentra todas las judías, me guarda las moradas. El aire se está templando, es difícil dormir, y las orugas hacen un ruido parecido al

viento mientras mastican las hojas hasta desnudar los árboles primaverales. Los días huelen como la jaula de un hámster, los paseos están cubiertos de trozos de hojas.

*Te echo de menos, te echo de más, me echo en el techo por ti.*

Jeffrey se come toda su cena esta noche. Ha sido bueno todo el día, me ha traído una reproducción impresa con una rodaja de patata de lo que él llama «la campana del pajarito cojo». Antes de irse a la cama le leo un cuento de un niño mexicano y una piñata, y Jeffrey dice: ¿Lo voy a hacer yo también, mamá? ¿Voy a romper mi piñata con caballos? Y le digo que esta piñata con caballos es diferente, que es un regalo del señor Fernández y es para que se quede aquí colgada sin romperla. Él bosteza y vuelve a su mumum y didí, sus palabras favoritas... ¿De dónde las habrá sacado?

¿Es Dios un gigante como Hércules?, pregunta Jeffrey poco antes de quedarse dormido. Y yo me siento en el borde de la cama y digo que Dios es un gigante como el sol o como el cielo, una manta inmensa en la que flotan todos los planetas.

¿Puede matar Hércules a un gorila?, pregunta Jeffrey.

Me unto una capa gruesa de maquillaje color melocotón sobre la erupción de la boca y voy a ver otra vez al señor Fernández a la hora del almuerzo. Insiste en que Jeffrey está bien, aunque sigo preocupada por su manera de hablar. Me siento junto al señor Fernández ante una mesa baja, hecha para niños, veo jugar a Jeffrey y a los demás.

Él observa que estoy triste y pone su mano en la mía, no dice nada.

Señor Fernández, le pregunto por fin. ¿Es usted feliz?

Se queda mirando al frente un rato.

Riva, dice por fin. No me está haciendo las preguntas adecuadas.

¿Qué es una pregunta adecuada?

Ah..., dice él con misterio.

¿Ah?, pregunto yo. Parecen unas anginas. Asiente con la cabeza, sonríe entre la barba.

Llega corriendo una niña con el pelo corto, claro como una cáscara de limón por dentro, y apoya la mejilla en la rodilla del señor Fernández. Tiene restos marrones de galletas en la comisura de la boca. ¿Puedo tomarme un zumo ahora, por favor?, pide, mientras sube y baja los dedos por las ranuras de la pana de su muslo. Se detiene y me mira con curiosidad. Se le cae de la boca un trocito de galleta. ¿Qué clase de zumo te gusta?, le pregunto, solícita, falsa amiga, ridícula.

Me mira, frunce el entrecejo, coge al señor Fernández de la mano y se aparta, lo lleva hacia la nevera del fondo de la habitación. Él me mira y se encoge de hombros y le devuelvo el gesto. No hago las preguntas adecuadas.

Las cosas parecen tensas en el trabajo. Las personas son como leños, apenas amables, con los ojos como pepitas de frutas.

En la cama con Tom. Me abraza. Lo siento, dice. Te quiero. Quiero a Jeffrey, quiero a ese niño.

Yo también, digo con precaución.

Pasa un largo momento hasta que pregunta: ¿Qué hacemos? ¿Quieres el divorcio?

Eres mi marido, respondo con dificultad, como si tuviera una hemiplejía, con la lengua atascada en la garganta como un pañuelo o un bolso.

Estoy pensando en escribir un libro sobre hierbas medicinales, dice la mujer de la tienda de alimentos naturales. El pelo le cae en guedejas sin lavar sobre los hombros del jersey rosa-gris y sobre el declive rosa-gris de su cara.

Es bueno tener un proyecto, digo yo, intentando parecer alegre, darle ánimos. Algo por lo que vivir, algo a lo que se puede volver siempre.

Algo que quieras, dice, y levanta un tallo verde de algo, me mira, sonríe débilmente.

Hoy he hecho mil dólares.

Las cosas. A veces hay que hacerlas, nada más.

¿Qué quieras ser de mayor, Jeffrey?, le pregunto, mientras pico calabacines y aplasto chuletas.

Conductor.

¿Conductor?

Sí, conducir coches, dice, y se pone a corretear por la cocina, haciendo maniobras para sortear los armarios.

Jeffrey, ven aquí y revuélveme esta masa para bizcochos de chocolate.

Vale, dice él, obediente, y nos sentamos el uno al lado del otro en taburetes, ante la encimera. Está agitado, inquieto. Le retiro el pelo de la cara con la mano que tengo limpia. Me parece que puedo rodearle toda la cabeza con ella.

¿Qué quieras tú que sea de mayor?, me pregunta, revolviendo la masa, chupándose la punta de un dedo.

Quiero que seas bueno.

Soy bueno haciendo sellos con rodajas de patata, dice, mi principito sincero de la patata.

No, no quiero decir bueno en algo. Quiero decir bueno sin más. Que seas bueno sin más.

Soy bueno, dice él.

Eres bueno, sonrío, le levanto el pelo y se lo vuelvo a alisar.

Levanta la mano, juega con mi pendiente. Me gusta cuando te arreglas, mamá, dice.

Salgo del baño sin nada puesto.

Bueno, Tom, sargento, nenitonene. ¿Me pongo boca abajo? ¿En posición provolone? Me meto pesadamente en la cama como un queso gigante.

Tom mete el brazo por debajo de las sábanas y me coge la mano. Riva, estoy preocupado por ti. Lo tomas todo a broma. Siempre estás jugando con las palabras, sólo escuchas el borde de las cosas. Es como si estuvieras siempre en el borde, constantemente.

La vida es un juego de palabras, digo. Es algo que suena de una manera pero que también suena de otra, que incluso significa otra cosa.

Riva, lo que acabas de decir. Está vacío. No significa nada. Dice esto con una especie de renuncia tierna, como si fuera lo que menos quisiera decir del mundo.

¿No?, pregunto, avergonzada de pronto, confusa, pensando que en el mundo de los seguros hay mucha cordura. Me deslizo en la cama, apoyo la cara en sus costillas, en sus costillas fuertes, pienso que la señora de la tienda de alimentos naturales debería tener estas costillas sobre sus labios de velero por una noche, sólo por una noche, y entonces se me ocurre que puede que ya las tenga.

He traído a mi madre rosas y una trilogía de Tolkien. Sonríe débilmente y las deja a un lado. Bueno, ¿cómo dices que se llama ése?, me pregunta, echando agua con hielo en un vaso.

En el tocador de empleadas de los almacenes Leigenbaum alguien ha escrito: Soy virgen, ¿qué me pasa? Debajo, otras personas han escrito una serie de grafitos feministas para tranquilizarla y, debajo de éstos, alguien más ha escrito con enormes letras rojas: No me importa si soy un pez, sigo queriendo una bicicleta.

Junto a los pañuelos, una mujer me pregunta con escepticismo por los nombres de los diseñadores. Le suelto mi rollo sobre las diferencias entre los tejidos franceses e italianos, y le hablo también de que hay que apoyar a los artistas vivos que trabajan.

¿Le parece que realmente importa que le echen a una un polvo con un pañuelo de Pucci o de cualquier otro diseñador?, me pregunta.

Le miro la nariz, dura como una raíz. ¿Le echan polvos con el pañuelo puesto?, le pregunto por fin.

Hay problemas con estos recibos, dice el encargado de distrito, que ha venido de visita oficial por un día. Amahara está sentada a su lado, sin mirarme, con la cara tan inexpresiva como una persiana. Acaban de llamarla a la oficina.

No entiendo bien lo que quiere decir, contesto.

Creo que sí que lo entiende. Podríamos acusarla de negligencia grave o de franca conducta delictiva. Pero el resultado sería el mismo. No sé a qué tensiones ha estado sometida, Riva, pero está despedida. Sin indemnización. Puede recoger sus cosas y marcharse esta tarde.

¿Perdone?, pregunto; no es en absoluto la pregunta adecuada, pues se levanta y se marcha sin responder, seguido de cerca por Amahara.

Un olor a humo de pan caliente en la ciudad del amor fraternal y lloroso. Una mujer con mermelada en el brazo de plástico atrae a las abejas en la plaza Rittenhouse. El vapor mueve las tapas de las alcantarillas; el tráfico las vuelve a dejar en su sitio, planas, paf, un

golpe metálico regular. Sube el calor ardiente, polvoriento del metro por las bocas de hormigón, y un buhonero con vestigios de sarna al borde del pelo grita catorce quilates, cuesta veinte en Bonwit, se lo dejamos por diez. Se aproxima una música fuerte; después se va perdiendo y desaparece, una invasión circunstancial, deja su huella precipitada y huye, como el rastro de una bala. Vago por las calles desastrada e hinchada, un W. C. Fields travestido, el rímel untado alrededor de los ojos como carbón, me cuesta trabajo reconocerme en los escaparates. Entro en los sitios y miro los expositores, me marcho después sin ver demasiado en realidad, la gente pasa por las puertas, zumba a mi lado. Han bebido demasiado café. Las orugas se arrastran por el bordillo de las aceras como cromosomas. Rondo despacio buscando comida.

En el Charly's me detengo a leer ciegamente el menú y el cartel del circo y veo de pronto a Tom, que come en el interior. Está con una mujer delgada de pelo oscuro y con Jeffrey, a quien no debía recoger de la guardería del señor Fernández hasta las seis. El payaso del circo sonríe.

Abro la puerta de un tirón, entro. Está bastante vacío. En el centro hay un generoso autoservicio de ensaladas con protectores antiestornudos. Debe de haber tres clases distintas de ensalada de pasta.

Tom levanta la vista y al verme se queda un poco cortado. Riva, dice con poca imaginación. Creí que hoy te ibas a quedar a trabajar hasta tarde.

Hola, mamá, gorjea Jeffrey, con la boca llena de maíz dulce y remolacha en vinagreta. Mira lo que me ha dado Julia. Se señala la camiseta azul de la Universidad de Kentucky que lleva puesta.

Qué bonita, digo.

Hice allí un curso de posgrado, explica la morena con una sonrisa.

Ah, las presentaciones, dice Tom, un poco frenético. Riva, te presento a Julia. Julia es poetisa, añade con ilusión. Es profesora en Scranton.

Sí, algo había oído, digo, el ojo en tercera, el sarpullido floreciente, formándose bultos bajo la piel, cerca de la boca, listos para el lanzamiento. ¿Cómo estás? Parece la respuesta adecuada. Añado: No había conocido nunca a una poetisa flacucha.

Tom me mira de una manera rara, vagamente amarillo. Julia me echa una sonrisa tan dulce como una tarta.

Tom, ¿puedo hablar contigo un momento?, pregunto, todavía de pie, y responde que claro, y volvemos juntos hacia la entrada, donde está la caja sin empleado y un teléfono y menús de sobra y cajitas de cerillas en las que dice «¿Qué carne quiere?», y dejo el bolso encima de los caramelos de menta para después de la comida, extiendo la mano despacio para coger un cuchillo de trinchar la carne de una mesa vacía y cuando me pregunta qué haces, qué pasa, le miro las entradas del pelo que retroceden como la marea y le digo eres mi marido, joder, y le clavo con fuerza el cuchillo entre las costillas.

No parece ir muy lejos, es como clavar algo en un radiador, pero lo suelto y se queda allí clavado un rato largo, después cae en la moqueta como un murciélagos pequeño, mudo, sin alas. La cara de Tom es un horrible orgasmo con ojos. Cae hacia el teléfono, levanta el auricular, empieza a marcar despacio el 911 mientras le brota sangre en la camisa blanca como cardenales entre la nieve o monjas morenas del sol, he perdido la cabeza, me doy cuenta de que hay una commoción, ciertos gritos en el local, han salido de la cocina camareros con corbata de pajarita, y Julia sonrojada y murmurando como una poetisa muy auténtica santo joder maldita sea viene tambaleándose, y el pequeño Universidad de Kentucky está helado en su silla agarrando un tenedor con maíz dulce, su cara un malvavisco aterrorizado, ay, Dios mío, ay, Dios mío, susurro en mis manos.

No volverás a ver a Jeffrey nunca, murmura Tom, puedes contar con ello, el dolor en la cara de Tom, en su pecho, enorme y triste, y después da información a la operadora y pronto suenan sirenas.

*Tengo mi propia habitación. Alguien me ha enviado flores. ¿Eres tú, Phil, quién podría pensar en mí?*

El señor Fernández se pasa a verme en el hospital de Santa Verónica durante las horas de visita.

¿Te das cuenta de que hay una bomba nuclear colgada sobre todos y cada uno de nosotros como una piñata monstruosa?, me dice.

Empiezo a comprender sus metáforas.

Y tú vas y haces esto, añade. ¿Quién demonios te has creído que eres?

Pienso que ésa debe de ser una pregunta adecuada, de las que hay que preguntar.

El orgullo llega antes de la caída, digo, perdida, mientras me hundo. A veces en mayo.

Se inclina y me besa. Riva, dice. Hoy he visto a tu marido. Está bien, pero dice que Jeffrey y él no vendrán a verte.

Miro por la ventana, los edificios grises, grises, y digo mierda, y después me echo a llorar. Estoy llorando, no lo puedo evitar.

Te he traído un regalo, dice el señor Fernández, sosteniéndome con un brazo y entregándome un quesito danés envuelto en papel celofán.

Me sueno la nariz, desenvuelvo el quesito danés, parto un pedazo y me lo meto en la boca. Estoy majareta, ¿verdad?, pregunto con la boca llena.

Eres infeliz, dice el señor Fernández. Puede ser lo mismo. Eres infeliz porque crees que existe una cosa que se llama ser feliz.

Dejo de comer. Siento asco. No me puedo terminar este queso danés, no sé ni lo que es, digo, un poco de humor escandinavo, y doy golpecitos con la mano a las sábanas para quitar las migas.

Ya te dejo. Me he pasado sólo un momento.

Miro su barba mágica de Jesús y me siento aterrorizada. No te vayas, por favor.

Me pasaré mañana, dice con delicadeza.

Gracias, digo, sin haberme sentido tan agradecida en toda mi vida.

Los celadores me pasan los días por delante como carritos.

El señor Fernández viene a visitarme, pero sólo él. Mi marido y mi hijo están en alguna parte, paseando e intentando no llorar.

Las flores secas, las margaritas, al morir, parecen viejas que se hacen ilusiones, con caras alegres y sin sombrero, el pelo lacio, consumido. Cuando los tulipanes se marchitan se convierten en jaulas de pájaros con seis estambres negros, todos ellos secos y convertidos en un tenue gorjeo.

Los edificios grises llenan de sal mis ventanas, mi jerigónza. ¿Quién eras tú? Una apoplejía para llenar mis días, para llenar mi insomnio con tu insomnio, mi bardo de nardo, mi marido de antiguo, a veces creo que te he inventado y otras veces que vives cerca, en esta ciudad, en mi casa, enterrado en el sótano o en los papeleos y en los viajes de negocios, levantándote por la noche como un pasado repasado al que puedo desear la muerte: Muérete, por favor.

Mi madre está dos pisos por encima de mí. Sería cómico, pero no lo es. Por fin nos permiten reunirnos en bata en la cafetería de abajo.

Bueno, digo, citando una frase de Humphrey Bogart a Ingrid Bergman en una mesa del café de Rick: Supongo que ninguna de nuestras historias es muy divertida.

Riva, dice ella. Tu padre era un loco. Daba puñetazos a los coches y amenazaba con tragarse cosas. Puede que hayas heredado sus genes.

A mí tragarme cosas me gusta, respondo.

Es viernes. Las monjas están más amistosas, los ojos no me parpadean; mi piel, mi cuerpo, más brillante, más delgado. Me echo una siesta por la tarde y tengo un sueño agridulce en el que todos los amigos que he tenido se presentan aquí para ver cómo estoy.

Estoy desorientada por mi sueño, me arreglo el pelo rápidamente y digo, como en las películas, ya puede hacerlo pasar, hermana. Me vuelvo para mirar por la ventana: los edificios grises de mi vida, los edificios grises.

Y el que aparece en la puerta es Jeffrey. Se queda ahí, pequeño y solo. ¿Mamá?, dice con voz aguda, y después se acerca a la cama. Lleva una camiseta demasiado grande de la Universidad de Pensilvania, que retuerce y arruga por debajo con una mano. Hola, mamá, dice.

Me duelen las caderas. Me arden los ojos de felicidad, tristeza, felicidad. Qué camiseta tan bonita llevas, Batman, digo.

Tira de ella. Papá dice que tú estudiaste aquí, dice, demasiado lejos de mí para que le toque el brazo.

¿Cómo te ha ido, Jeffrey?, le pregunto.

He roto la piñata, dice. La rompí y nada más, dice encogiéndose de hombros, traga saliva, un traguito pequeño, mira el techo. Y no había nada dentro, añade. Pero pronto va a venir un circo. Va a haber un circo.

Se queda ahí plantado, lejos de mí, asustado, cogiéndose los dedos. Soy una extraña para él. Puede que piense que me he convertido en la abuelita.

Mamá, ¿eres amiga mía?, me pregunta, apenas perceptible, con la cara pálida y desvalida.

Le digo que sí con la cabeza.

¿Eres mi madre?

Vuelvo a decirle que sí con la cabeza, sonriendo, y él lo piensa y después se acerca a mí, me tiende los brazos y se sube a mi regazo, se acurruca entre mis pechos, se agarra a mi bata, se echa

a llorar con la cara arrugada contra mí. Quiero ver el circo y ver a los de los caballos, llora, mojado y rojo, y yo lo abrazo con fuerza, con calor, entre mis brazos, en esta habitación, y le digo que iremos.

**COMO LA VIDA MISMA**

Me pareció muy triste verte salir solo con tus zapatos nuevos.

ZELDA FITZGERALD,  
en una carta a su esposo, febrero de 1932

## DOS CHICOS

Mary salía simultáneamente con dos chicos por primera vez en su vida. Eso implicaba más ropa que lavar, un contestador automático y oscuros viajes a solas en taxis que, en Cleveland, debían pedirse por teléfono, aunque escribía postales a sus amistades recomendándolo. Compró varias en las que aparecían fotos de los muelles, de la tumba de James Garfield o una Anunciación del museo, una con un ángel hermoso como un pavo real con las manos levantadas y que susurraba: «Un chico, dos chicos». En el reverso escribió: «¡Te sientes muy activa! Pensar que todas creíamos que sólo con uno ya era entretenido, por no decir satisfactorio... ¡Descúbrete! ¡Aclarárate los dientes y las ideas! ¡Pon más chicos en tu vida!».

Sus crisis nerviosas eran sutiles. Adquirían la forma de viajes a un pequeño parque de barrio para los que se vestía completamente de blanco: blusas blancas, faldas blancas, ajorcas blancas, zapatos planos y blancos como las velas de los barcos... Leía la Biblia sentada en el suelo, a la sombra, o si no un libro de bolsillo sobre alguien que había sobrevivido durante cuarenta días y cuarenta noches a base de pescado y de uñas en una balsa en medio del océano. Mary no hablaba con nadie. Leía e intentaba no preocuparse por las manchas de hierba, aunque a veces se levantaba para sentarse en un banco, sobre todo si había algún grupito cerca o una pareja ocupada. Necesitaba sentirse inmaculada, aunque fuera sólo por una tarde. Cuando regresaba a casa, caminaba con los libros apretados contra el pecho y desviaba la mirada de los hombres que descargaban carne delante de su edificio. Vivía en un pequeño estudio situado sobre una empresa de productos cárnicos —Alexander Hamilton Pork— y enfrente, a

diario, trajinaban cadáveres pálidos, grasos, colgados en ganchos y desnudos, de una pieza, aún con las pezuñas. Intentaba que ese olor refrigerado no la siguiera a través de la puerta, escaleras arriba, esa vergüenza difusa y esa sensación de hamburguesa muerta, aunque a veces era inevitable. Intentaba diariamente no pisar la sangre que se derramaba por la acera e iba a parar al desagüe, oscura y llena de vida. A las cinco y media se acercaba a su estudio de puntillas, vacilante y aguantando la respiración. Los camiones aparcados enfrente arrancaban para marcharse a casa, mientras los carniceros de Hamilton Pork, con batas de médico manchadas de sangre y distintivos impresos a partir de billetes de diez dólares, regaban la acera con una manguera y dejaban la zona reluciente como un canal. Los niños que se ponían en la esquina con sus escobillas de goma sonreían a Mary para luego, escasos de agua, precipitarse hacia los charcos y manchar con las escobillas, de un rosa desleído, los parabrisas de los coches detenidos en el semáforo. «Hola —decían—. Hola, hola.»

—¿Dónde has estado? —le preguntó el Chico Número Uno aquella noche por teléfono—. He intentado localizarte.

Aspiraba a un escaño en el Congreso y Mary trabajaba para él. Distribuía folletos y colgaba carteles en quioscos y árboles. Los carteles llevaban una enorme y atractiva fotografía y las palabras «Número Uno» en la parte inferior. Normalmente intentaba colocar la grapa en la corbata, de modo que pareciera un alfiler, pero cuando estaba cansada, o cuando él le hablaba en exceso de su esposa, la colocaba en los ojos, como un cadáver. Afirmaba que iba a separarse. Mary sabía lo que significaba separarse: la cabeza y el cuerpo no se hablan; la esposa duerme hasta tarde, luego acude al psiquiatra, a que le lean la mano, al acupunturista; se arma la gordita. Número Uno estaba desmantelando su vida. Lentamente, decía. Amablemente. Había despedido ya a su secretaria, contratado a un nuevo director de campaña, pasado de las acciones a los bonos y

luego al dinero líquido, y vendido una propiedad frente al lago. Estaba de liquidación. Pronto le tocaría a la esposa durmiente. «Lo único que me preocupa son los chicos», decía. Tenía dos.

—¿Que dónde he estado? —respondió Mary como un eco. Buscó en las profundidades de su alma—. He estado en el parque, leyendo.

—Te echo de menos —dijo Número Uno—. Me gustaría poder ir a verte en este mismo momento.

Pero estaba retenido en una casa lejana con una tapa con agujeros para poder respirar; en el fondo había hierba para comer. Tenía también un pequeño apartamento en la ciudad, donde el conserje sonreía a Mary y la saludaba con la cabeza cuando la dejaba pasar. Pero aquella noche Uno se encontraba en la casa con los niños; eran susceptibles y taciturnos y estudiaban secundaria.

—Hummm —dijo Mary. Sufría dolores de cabeza. Se preguntaba qué estaría haciendo Número Dos. Tal vez se acercara y le diera un masaje en la espalda, ahuyentara el martilleo intermitente de sus sienes, le diera una paliza con las manos, suaves y húmedas—. ¿Cómo está tu mujer? —preguntó Mary. Miró el despertador.

—Durmiendo —respondió Uno.

—Pronto irás tú a calentarle los pies fríos —dijo Mary. Uno se quedó en silencio—. Oye, ¿qué pasaría si estuviera acostándome con otro? —añadió. Uno más uno—. ¿No sería mejor? ¿No estaríamos empatados? —Eso era por su inclinación al álgebra. No era vengativa. No quería llegar a empatar. Quería empatar ya—. ¿No seríamos todos felices si yo también me acostara con alguien más? —Pensó de nuevo en el Chico Número Dos, a quien rechazaba con demasiada frecuencia. Lo llamaría en cuanto colgara.

—¿Felices? —gritó Número Uno—. Más que felices. Estamos desvariando.

Él era el divertido. Después de hacer el amor, suspiraba, abría los ojos y decía «¿Eras tú?». Número Dos no era tan risueño. Era alto y depresivo, y uniforme como la lluvia. Si le dijeras «¿Y si saliéramos con más gente?», se quedaría con la mirada fija en la ventana, imponente y malhumorado. No diría nada. O se encogería de hombros y replicaría: «Haz...».

—¿Perdón?

—Haz lo que quieras.

La besaría y luego lloraría y se taparía con uno de sus largos brazos. A Mary le preocupaba su salud. Número Uno iba siempre a restaurantes donde la comida (los calamares, el hígado, las zanahorias) era descrita como «joven y tierna», igual que una canción de Tony Bennett. Sin embargo, Número Dos iba a cafeterías y comía cosas con nitritos y costras oscuras y como de encaje en los bordes. Esa comida que entra rancia y pegajosa como un mal sueño. Cuando Dos comía, lo hacía para salir del paso. Y te sentías aburrido y triste por llegar a extremos como ése.

—Lo tienes todo —le dijo a Número Uno—. Tienes demasiado: dinero, poder, mujeres. —Hablar de ese tipo de cosas en un lugar como Cleveland era absurdo. Pero el mundo siempre era pequeño, independientemente del mundo que fuera, y se trataba de seguir adelante y de decir cosas sobre él—. Tu vida está demasiado llena.

—Está un poco embotellada, lo admito.

—Hay tanta gente a tu alrededor que atraes a mimos y malabaristas. —A veces hablaban así.

—Pues los que a mí me preocupan son esos que pintan retratos —dijo Uno—. Son agresivos y no tienen talento. —Se escuchó un clic en el teléfono. Había una llamada en espera.

—Es muy injusto —dijo Mary—. Todo el mundo quiere sentarse a tu lado en el autobús.

—Tengo que colgar —dijo Uno porque temía hacia dónde podía derivar la conversación. Podía seguir y seguir y seguir.

En el parque, una niña de once años caminaba arriba y abajo enfrente de ella, dando grandes zancadas. Mary levantó la vista. Era una niña flaca, sin pecho, con los labios pintados. Llevaba una camiseta sin mangas y con la espalda al aire que revelaba unos omoplatos que sobresalían como si fuesen alas. Escupió, ruidosamente y con ganas, y el esputo aterrizó junto a los pies de Mary. «Mensaje del espacio exterior», dijo la niña, y se marchó corriendo, salió del parque. Mary intentó continuar la lectura, pero le resultaba complicado después de aquello. Cada vez estaba más distraída e incómoda y se levantó y se fue a casa, pisó el agua sanguinolenta e hizo caso omiso de los hombres de la carne, quienes, si las llevaban puestas, se tocaban las gorras de redecilla a modo de saludo. Todo volvía a darle vueltas, como en una danza espasmódica, y tuvo que subir la escalera agarrándose a la barandilla.

Por eso le gustaba el Chico Número Dos: porque era amable y tranquilo, como alguien a quien conociera desde hacía mucho tiempo, como alguien que se sentaba a su lado en el colegio. La miraba desde arriba y le decía que la quería, la empapaba con su sudor y dejaba su olor flotando en la habitación. Número Uno no sudaba. Era compacto y carecía de poros, el calor crecía bajo su piel. Nada en él se evaporaba. No dejaba ni rastro ni aroma, pero el calor estaba allí cuando ella se encontraba a su lado y tenía que tocarlo. Se acercaba a él y se le iba un poco la cabeza. La dejaba nadar. En medio del mar en una balsa. Uñas y pescado.

Cuando acababa, a Número Dos le gustaba beber cerveza y acostarse pronto, lloriquear junto a ella con los pies colgando fuera de la cama. La obsequiaba con prolongados masajes en la espalda, luego caía sobre ella con un gemido. Estaba lleno de sonidos. Hablaba poco y despacio. Y sus palabras, decía, nunca expresaban lo que quería decir realmente. Le costaba explicarse.

—Lo sé —decía Mary. Había aprendido a confiar en su mirada, en la luz de sus ojos, zafirinos y enamorados, aunque muy de vez en cuando algo los atravesaba como una ráfaga que infundía miedo.

—Bésame —ordenaba él. Y ella cerraba los ojos y lo besaba.

A veces se imaginaba mentalmente un tercero, el Chico Número Tres. Unía las mejores características de cada uno. Notaba que a quien deseaba era al Chico Número Tres. Por sí solo. Número Uno era rico y acaudalado. Número Dos suspiraba, era repetitivo, alto, no se acababa nunca; sólo querías que se sentara. Era inevitable sumarlos: uno más dos. Tres era inteligente y sincero. Era mejor que los otros. Número Uno y Número Dos, por sí solos, eran partes sueltas, amenazadoras y dispuestas a sacarte los ojos, que vagabundeaban peligrosamente por los parques verde esmeralda de Cleveland, que estrechaban la mano de los votantes o se inclinaban melancólicamente sobre un perrito picante. Número Tres se le presentaba siempre en su imaginación después de un par de copas como un acompañante cargado de regalos y vestido con un buen traje. «Ah, Número Tres», decía ella con los ojos cerrados.

—Te quiero —le dijo Mary a Número Uno. Eran como concubinas en el dormitorio de su apartamento, iluminado por las luces de la calle, rescatados de la vida normal.

—Eres muy especial —replicó él.

—Tú también eres muy especial —dijo Mary—. Aunque creo que serías aún mucho más especial si estuvieras soltero.

—Eso me haría más que especial —repuso Número Uno—. Me haría raro. Estaríamos refiriéndonos a un unicornio.

—Te quiero —le dijo a Número Dos. Era así de romántica. Tenía el corazón grande y partido. Pero el cerebro se le estaba secando y subdividiendo como una coliflor. A los dos los llamaba «cariño», algo que no dejaba de sorprenderla. ¿Cuántos cariños pueden tenerse? Tal vez se trataba de abrir los brazos y de tener todos los cariños que pudieran abarcarse en un plano espiritual más elevado, como la

estantería de una tienda de comida saludable, o un pino, místicamente inerte, con la vida ladando como un perro a modo de música de fondo.

—Yo también te quiero —dijo Dos mientras la comida picante abandonaba su piel en forma de vapor, con la voz algo sofocada, prendida y balbuceante.

Las postales de sus amigas decían: «Mary, ¿qué estás haciendo?». O también: «Me parece perfecto». Una de ellas decía: «Marrana», seguido de muchos signos de exclamación.

Pintó la habitación de un blanco resonante. Blanca Esperanza, se llamaba, como la heroína de una novela de enfermeras. Empezó a reunir mobiliario blanco, pequeñas cosas, para gente joven, aunque en realidad eran para ella. Se sentaba entre los objetos y los miraba y sentía flotar el filo de una infancia que apenas había disfrutado o que apenas podía recordar, purificadora y regeneradora. Se bañaba en desinfectante, ponía tapones llenos bajo el grifo abierto. Fue sacando los otros muebles (piezas de gran tamaño de color rojo, negro y marrón) a la acera y observando cómo el ayuntamiento los recogía los lunes, hasta que el piso quedó limpio y lechoso como un hueso.

—Has cambiado la decoración —dijo Número Uno.

—¿Me quieres de verdad? —dijo Número Dos. Nunca miraba a su alrededor. Se acercó a ella, lentamente: sólo deseaba saber eso.

En el parque, después de un baño de desinfectante, tomó asiento en un banco de madera con la pintura descascarillada y leyó. «¿Quién ascenderá a la colina del Señor? Aquel que tenga las manos limpias...» En el otro libro había un tiburón que nadaba en círculos sin parar.

La misma niña de once años, con los labios pintados de melocotón verde, se acercó de nuevo a escupir.

—¿Qué? —dijo Mary, pasmada.

—Nada —replicó la niña—. No voy a hacerte daño —se mofó, y movió los hombros como los niños cuando juegan a disfrazarse, imitación pésima de una estrella de cine. Llevaba un bolso de bandolera barato con correa larga, que enarbóló por encima de la cabeza para después cruzárselo sobre el pecho en diagonal.

Mary se levantó y se alejó horrorizada y a toda prisa, cuando otro se hubiera marchado indignado. ¡Lo veían! ¡Cualquiera podía ver lo que era, lo que estaba haciendo! No era capaz de engañar a nadie. Necesitaba hacer planes. Los planes salvan a la gente en momentos como aquél. Organizan el tiempo y el espacio durante un rato, como pequeñas esculturas. Cuando llegó a casa, Mary preparó sopa y se la comió, con la mirada fija en el radiador. ¡Planificaría un viaje! Viajaría a algún lugar lejano, algún lugar limpio y puro.

Compró guías de Canadá: Nueva Escocia, Nuevo Brunswick, Isla del Príncipe Eduardo. Se quedó en su habitación, lejos de gente que escupiera, hojeando o examinando con detenimiento las páginas de las guías, con la cabeza llena como una maleta de nombres de hoteles y monumentos locales y tasas de cambio de moneda y episodios históricos, con una agitación pavorosa que crecía en su interior hasta el agotamiento, con el viaje inundándola como la sangre, hasta que sintió que ya había estado en Canadá, que ya había estado meses viajando por allí y que lo que ahora le tocaba era tumbarse en la cama, sola, y descansar.

Mary se acercó a la oficina de Número Uno para devolverle algunos folletos y decirle que se iba. Olía a cigarrillos y puros, un lugar público, como un tren. Él cerró la puerta.

—Estoy preocupado por ti. Pareces distante. Y vas siempre vestida de blanco. ¿Qué sucede?

—Me reservo para el matrimonio —dijo—. No para el tuyo.

Número Uno la miró. Estuvo a punto de decir «¿El mío?», pero allí no había espacio suficiente para ambos, como dos hombres en una base. Aquellos días estaban llegando al punto culminante.

Habían empezado a imitarse el uno al otro, el fin más violento y satisfactorio del amor.

—Siento no haber venido a trabajar —añadió Mary—. Pero he decidido que tengo que marcharme una temporada. Me voy a Canadá. Podrás regresar a tu otra vida.

—¿Qué otra vida? ¿Esa en la que camino por las calles a las dos de la mañana vestido como Himmler? ¿Ésa? —En la mesa de despacho había un recorte de periódico que hablaba de un representante de Nebraska que tenía líos muy lejos de su casa. El titular rezaba: CANDIDATURA AL ORIFICIO PÚBLICO: ¿QUIÉN DEBERÍA TIRAR LA PRIMERA PIEDRA? La oscuridad del horizonte de visión de Mary aumentó hacia dentro y luego de nuevo hacia fuera. Se agarró al brazo de una silla y se sentó.

—Mi vida es muy extraña —dijo Mary.

Uno la miró fijamente. Ella parecía cansada y perdida.

—Sabes —dijo— que no eres la única mujer liada con un casado..., con un hombre con aventuras extramaritales. —Normalmente, calificaba su romance como una «situación». O a veces, en plan de broma, como una «cosa de adultos». Mary se mareaba ante cualquiera de esas palabras.

—¿Que no soy la única? Y yo que creía que estaba abriendo nuevos caminos.

De pequeña, su madre le decía:

—¿Te lanzarías por un acantilado sólo porque todo el mundo lo hiciera?

—Sí —contestaba Mary.

—¿Lo harías? —decía su madre.

Mary volvía a pensarlo.

—No —decía. Sólo había dos respuestas. ¿Cuál de ellas sería?

—Deja que te invite a cenar —dijo Número Uno.

Mary tenía la mirada perdida en la ventana. Había mujeres que saltaban por ese cristal. Se trataba simplemente de coger carrerilla y hacerlo.

—Tengo que ir una temporada a Canadá —murmuró.

—Canadá. —Uno sonrió—. Siempre has sido una aventurera. ¿Te pinchas o qué? —Eso es lo que ocurre en el amor. Uno se pone a gritar y luego el sarcasmo crece entre los dos.

Mary le entregó los folletos. Él los depositó en una pila cercana a un pisapapeles en forma de rinoceronte y se pasó la mano por la cara como los chicos de las escobillas. Ella se puso en pie y le besó la oreja, algo delicado, una criatura marina con el viento de su beso atrapado en el interior.

Al Chico Número Dos le dijo:

—Debo irme de viaje.

Él la abrazó por la cintura, con miedo y con fuerza.

—Cásate conmigo —dijo—, si no.

—Si no —replicó ella. Siempre deseaba lo que no le proponían. La otra cosa—. Tal vez dentro de dos años —musitó, en un intento de rectificar. Comprarían un coche, una casa en el límite de los Heights. Engordarían y criarían niños taciturnos y perezosos. Dos niños.

Y una niña.

Número Uno le enviaría postales con chistes escritos en el reverso. «Guerra.»

Le acarició el brazo a Número Dos. Era dulce con ella, a su manera, aunque la grasa le dividiese el cabello en uves y aquel pánico extraño y ocasional fluyera preocupantemente por las venas de sus brazos.

—Necesito un respiro —dijo Mary—. Me voy a Canadá.

La soltó y se dirigió a la ventana, sus nudillos eran hombrecillos dando golpes al alféizar.

Estuvo dos semanas en Ottawa. Era muy inglés y vacío y no había terrazas para tomar un café ya que era octubre y quién sabía cuándo empezarían a helarse los canales. Visitó la National Gallery y estuvo contemplando los Paul Peel y los Tom Thompson, con sus

títulos tipo Madre Ganso, sus niños desnudos y sus hojas ardientes. Realizó una visita guiada al Parlamento, exquisitamente decorado con maderas y terciopelos carmesíes, que justo ese mes estaba escandalizado por la vida personal de varios de sus miembros. «Por decirlo de algún modo», comentó el guía con un guiño, y a los integrantes del grupo se les aflojó la mandíbula.

Mary fue a un restaurante que antiguamente había sido un molino, y sonrió a los camareros y permaneció con la mirada fija en las paredes de piedra. Por la noche, sola en la habitación del hotel, se imaginó que la fresca lejía nupcial de las sábanas la curaba, que éstas la abrazaban como un sudario, que su blancura le atravesaba temporalmente la piel y la sangre pensativa. Todas las mañanas a las siete le telefoneaban desde recepción para despertarla.

—¿Qué se puede hacer hoy? —preguntaba Mary.

—Usted quiere estar en Montreal, señorita. Esto es Ottawa.

Francés. No había querido nada francés.

—El desayuno se sirve en el salón Union Jack hasta las diez, señorita.

Envío postales al Chico Número Uno y al Chico Número Dos. Escribió: «Llego a casa el martes que viene en el autobús de las dos». Introdujo la de Número Uno en un sobre y la remitió a su apartado de correos. Visitó de nuevo el Parlamento, luego una iglesia e intentó rezar durante un buen rato. «Padre que eres el padre —empezó—, que eres el padre de todos nosotros...» De pequeña le gustaba rezar e improvisaba siempre. Cerraba los ojos como si los tuviera cosidos, y entre los colores que vislumbraba estaba segura de ver a Dios nadando hacia ella, llevándole mensajes y un consejo, una enorme galleta de la suerte, con barba y una túnica que ondeaba, ondeaba. Ahora la oración le provocaba sopor. Abrió los ojos. La iglesia era moderna y estaba en silencio, iluminada como una biblioteca y llena de mujeres arrodilladas, como si jamás fueran a levantarse.

En el camino de vuelta a casa durmió a ratos, el autobús retumbaba a sus pies, soñaba y de vez en cuando se preguntaba, medio en sueños, medio despierta, si alguien estaría esperándola en la estación para darle la bienvenida. El Chico Número Dos no estaría, probablemente. Era pobre y poco atento y se sentía despreciado. Tal vez Uno, escapando de la oficina, en un característico gesto temerario, hiciera un alto en la campaña y la aguardara con un ramo de flores. No era un completo disparate.

Mary salió del autobús dando empellones con la bolsa. Seguía adormilada y aquel aspecto de la vida, meter y sacar cosas, le había parecido siempre complicado. Alguien la llamaba. Volvió la cabeza y escuchó de nuevo su nombre.

—Mary. —Levantó la cabeza, y más, y más, y allí estaba: el Chico Número Dos, con un jersey agujereado y el cabello separado en uves.

—Aviso —gritaban por megafonía—. Aviso a todos los pasajeros...

—¡Hola! —dijo Mary. Aquella mezcla tan peculiar de gratitud y decepción que sentía siempre con Dos se le plantó en las articulaciones como si del inicio de una gripe se tratara. Se besaron en la mejilla y luego en la boca, y, llegado ese punto, él insistió en llevarle la bolsa.

Se abrieron paso intranquilos entre la multitud, intentando primero hablar y luego desistiendo. La estación de autobuses era una galería de vagabundos y peligro, un torbellino de bienvenidas y despedidas: húmedo, ambivalente. Alguien los saludó con la mano: una mujer con las piernas desnudas llenas de cieno verde y moscas que le revoloteaban por todos lados. Se les acercó un viejo con algo blanco enroscado en la rosca de la oreja y les pidió un dólar.

—¡Para comida! —les garantizó—. ¡Nada de bebida! ¡Nada de bebida! ¡Para comida!

Dos sacó un dólar del bolsillo.

—Tenga, hombre —dijo. De repente, a Mary le embargó la sensación de que tendría que elegir, que, aun sin saber a quién amar, era muy importante elegir. El amor se elige como una creencia, una fe, un lugar, una caja para el corazón a la que poder llamar, como un fantasma en una casa.

Dos no tenía dinero para un taxi y quiso acompañar a Mary hasta su apartamento andando, rodeándole con un brazo la espalda y los hombros. Caminaron así por la ciudad. Cuando Dos le ponía en plena columna una de sus enormes manos, lánguidas como un pez, Mary se las apañaba para escapar, detenerse y señalar cualquier cosa —«¡Mira, el cometa Halley! ¡Mira, una estrella!»—, de modo que él, a continuación, la sujetaba con fuerza y la apretaba junto a su costado para que los hombros se vieran obligados a curvarse hacia delante y sus caderas se rozaran al andar.

Mary anhelaba escabullirse.

Le dio las gracias en cuanto llegaron a la puerta.

—¿No quieres que suba contigo? —le preguntó Dos—. Hace tanto que no te veo... —Dio un paso atrás para separarse de ella.

—Estoy muy cansada —dijo Mary—. Lo siento.

Los hombres de Hamilton Pork deambulaban por allí, esperaban una nueva entrega y sonreían. Dos le devolvió la bolsa y dijo:

—Nos vemos. —En un zapato llevaba pegado un trozo de papel y una maraña de chicle.

Mary subió dispuesta a escuchar los mensajes del contestador. Había uno de una antigua amiga del colegio, alguien que se equivocaba de número, una extraña voz de niña que decía «¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?» y la voz rápida y precipitada de Número Uno. «He olvidado cuándo volvías a casa. ¿Es hoy?» Luego otro que se equivocaba de número. «¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?» De nuevo la voz de Número Uno: «Supongo que de todos modos no es hoy».

Se tumbó para descansar y no deshizo la bolsa. Se levantó de un salto en cuanto sonó el teléfono, y con el salto cayeron de la cama el bolso y varios libros.

—Eres tú... —dijo el Chico Número Uno.

—Sí —dijo Mary. Sintió que una pequeña, breve ventisca le alcanzaba los ojos y luego desaparecía.

—¿Qué sucede, Mary?

—Nada —respondió ella, e intentó tragar saliva. Cuando se acaba la ternura, hay un momento de tregua antes del odio en el que es posible verterlo todo. Siempre hay mucho que ocultar, muchas heridas. Se trata de barrer las cosas, como una mujer con escoba con un porche que proteger.

—¿Has tenido un buen viaje?

—Sí. Esperaba que fueras a recibirmé.

—Perdí la postal y no recordaba que...

—No pasa nada. Me ha recogido mi hermano. Ya sé cómo es mi vida: le digo a mi hermano cuándo vuelvo y te digo a ti cuándo vuelvo. ¿Y quién va a recogerme? Mi hermano. Ni siquiera estamos muy unidos, para ser hermanos.

Uno suspiró.

—Lo que ha ocurrido es que tu hermano y yo lanzamos una moneda al aire y él perdió. Pensaba que se lo tomaría bien. —La línea quedó en silencio—. No sabía que tuvieses un hermano —dijo Uno.

Mary se acostó en la cama de nuevo y tiró del teléfono para acercarlo.

—¿Cómo va la campaña? —le preguntó.

—Sigue entrando dinero y el partido está contento con los anuncios de la radio. Estoy hartándome de todo esto. Tal vez podrías ayudarme. ¿Qué significa la palabra *constituyente*? No paran de hablar de constituyentes. —Se suponía que ella debía echarse a reír.

—Sí, bueno, Canadá es como una visión —dijo Mary—. Todo moderno, limpio y próspero. Al menos tenía ese aspecto. Algo va terriblemente mal en Cleveland.

—Cleveland no tiene la gente adecuada en Washington. Y Canadá sí. —Número Uno estaba a favor de la redistribución de la riqueza. Estaba a favor del recorte de gastos en defensa. Estaba a favor de que Estados Unidos abandonara Latinoamérica. Había estado a favor de los beneficios de Hollywood. Pero jamás le había dado una moneda a un mendigo. Número Dos sí.

—Esa caridad tan rudimentaria deshumaniza —decía Número Uno.

—Cómprese una Cola, hombre —decía Número Dos.

—Tengo que ir a recoger el cheque de mi paga —dijo Mary.

—Lo tendrá Sandy —afirmó Uno—. Quizá no pueda verte, Mary. En parte te llamo por eso. Estoy muy ocupado.

—¿Recaudadores de fondos? —Se enrolló el cable del teléfono en la pierna que había levantado para hacer ejercicio.

—Eso y los chicos. Mi mujer dice que están sufriendo, que están exteriorizando la podredumbre de nuestro matrimonio.

—Y yo que pensaba que los que la exteriorizabais erais vosotros... —comentó Mary—. Ahora parece que todo el mundo sale en la función.

—No sabes lo que es tener dos chicos —replicó él—. No lo sabes.

Mary, sola en la cama, se tumbó sobre el estómago. Un Número Tres desmontado, enorme, con las costuras rotas, aterrorizaba la ciudad. El teléfono sonaba continuamente. Lo cogía el contestador de Mary. «¿Dígame? ¿Dígame?»

—Sé que estás ahí. ¿Quieres coger el teléfono, por favor?

—Sé que estás ahí. ¿Quieres coger el teléfono, por favor?

—Sé que estás ahí. Sé que estás ahí con alguien. —Hubo un sonido medio ahogado. Y después, llamadas en las que nadie decía nada.

Por la mañana volvieron a llamar y ella respondió.

—¿Dígame?

—Anoche dormiste con alguien, ¿verdad? —dijo Dos.

Se produjo un largo silencio.

—No pensaba hacerlo —dijo Mary finalmente—, pero no paraba de recibir llamadas inquietantes, y me asusté y no quería estar sola.

—Dios —susurró él, perjurio o amor, antes de que el teléfono cayera, luego canturreó, el último verso de algo largo.

En el parque, una mujer de unos veinte años daba vueltas, bailaba al son de arias y cantos gregorianos grabados en una cinta. Había congregado un pequeño gentío. Mary la observó brevemente: eso es lo que ocurre cuando eres natural de Youngstown, soñadora y poco popular en el instituto. Te haces mayor y te dedicas a ese tipo de bailes.

Mary tomó asiento en un banco un poco alejado. La niña que le había escupido dos veces se acercó lentamente, evaluándola. Mary levantó la vista. «No me escupas», le dijo. Su vida se había resumido en eso: suplicar que no le escupieran. ¿Era mejor que desollarse bailando al son de una caja de truenos con Monteverdi? Tenía sus momentos.

No de dignidad exactamente, pero de algo.

—No te escupiré —dijo la niña con desprecio.

—Bien —repuso Mary.

La niña se sentó en el otro extremo del banco. Mary siguió leyendo el libro aunque sentía los ojos de la niña, una mirada que la rozaba de refilón, hasta que finalmente tuvo que volverse y decirle:

—¿Qué?

—Te estaba mirando —dijo la niña—. No escupiendo.

Mary cerró el libro.

—¿Esperas a alguien?

—Sí —respondió la niña—. Espero que vengan todos mis novios y me den un beso. —Cerró los ojos y dio un beso al aire.

—Ah —dijo Mary, y abrió de nuevo el libro. El sol derrotaba al superviviente. Ampollas y heridas. Cataplasmas de algas. El agua, lisa como un cristal, y el viento, de cara azul, aguantando la respiración. ¿Cómo podía llegarse a ese punto? ¿Cómo podía la vida, con parches en los ojos y dientes podridos, conducir de forma tan cruel, como una trampa, hasta el medio del mar?

En casa sonó el teléfono, pero Mary dejó que el contestador atendiera la llamada. No era nadie. Saltó el contestador, hizo su trabajo y rebobinó. Los ganchos y las poleas del piso de abajo, colgados del techo del almacén de carne, traqueteaban y se movían con sacudidas. En un sueño volvía a sonar el teléfono y ella lo cogía. Se trataba de alguien a quien sólo conocía vagamente. Un vecino del Chico Número Dos. «Tengo malas noticias», decía en el sueño.

En el parque, la niña se sentó más cerca, como un animalito..., una ardilla, un monito, investigando. Señaló y dijo:

—Yo vivo por allí; ¿tú también vives en esa dirección?

—¿No deberías estar en el colegio? —le preguntó Mary. Dejó caer el libro en su regazo, aunque mantuvo un dedo en la página y las gafas de sol puestas.

La niña suspiró.

—El colegio... —repitió, y bufó como un caballo—. Ya te lo he dicho. Estoy esperando a mis novios.

—Pues siempre estás esperándolos —observó Mary—. Y ellos no vienen nunca.

—No son de fiar. —La niña escupió, pero lejos de Mary, más en la dirección del instituto de música—. Están muertos.

Mary se puso en pie, cerró el libro, echó a andar.

—Uno en el cielo, uno en el suelo —gritó la niña, corriendo tras Mary—. ¿Vives en esta dirección? Ya me lo imaginaba.

Siguió caminando detrás de Mary con apatía, manzana tras manzana. Mary se detuvo cuando llegaron a la Hamilton Pork Company. Se agarró el estómago y se volvió para contemplar a la niña, que se había detenido a su lado y sudaba ligeramente. Demasiado calor para otoño. La niña miraba fijamente la carne que se exponía en los escaparates, la fálica ristra de salchichas, marmóreas, secas, colgadas como para carnaval.

—¡Mira! —dijo la niña, señalando las salchichas—. Ahí están. Todos nuestros viejos novios.

Mary se quitó las gafas de sol.

—¿En qué curso estás? —le preguntó. ¿Existiría un curso para lo que sabía el corazón traspasado por las balas de esa niña? Lo que sabía era ese tipo de cosas que crecen en tu interior como un árbol, que se despliegan en el cerebro, que empujan en los dedos por debajo de las uñas.

—¿Curso? —repitió la niña.

Mary se puso las gafas.

—Olvídalo —dijo. La sangre de cerdo les pintaba los zapatos. Mary se apretó el estómago con más fuerza; algo se agitaba allí, el fruto de una preocupación. Hurgó en busca de las llaves.

—De acuerdo —replicó la niña, y dio media vuelta y se marchó dando zancadas; los huesos de su espalda se marcaban, los colores se alargaban, exótica como un pájaro difícil de ver a menos que se crea en él, desconsoladamente, como un pensamiento que vuela hacia la luna.

## VISSI D'ARTE

Harry vivía cerca de Times Square, encima de un tugurio de sexo que anunciaba CHICAS A VEINTICINCO CENTAVOS. Llevaba cinco años allí y jamás había entrado, hecho del que se sentía orgulloso. En la tierra de las perversiones, había mantenido la perversión del rechazo.

—¿Nunca has entrado? ¿Ni una sola vez, durante el día? —le preguntaba Breckie, su novia—. ¿Sólo para mirar? Yo sí.

Breckie estaba a punto de finalizar su temporada como residente en St. Luke. Era cirujana y trabajaba con las víctimas de palizas y cuchilladas que llegaban al servicio de urgencias. Le gustaba meter las manos en el interior de las cosas. Era algo relacionado con su infancia.

—Algún día, cuando sea rico —decía Harry—. No es precisamente gratis.

Harry escribía obras dramáticas y por eso consideraba apropiado residir en el barrio de los teatros. Además, el alquiler era barato y podía poner los discos de Maria Callas a todo volumen sin montar ningún escándalo. Al fin y al cabo, el barrio era ya un escándalo de por sí. Era un escándalo vivo, permanente. Sentía que allí se sentía relajado. Lo estaba.

Lo estaba.

Y si de vez en cuando aparecía alguna rata en el baño o debajo del radiador, el gato de Breckie acababa casi siempre con ella.

Harry había empezado a escribir obras de teatro porque le gustaban. Le gustaba la idea del público: invitados de carne y hueso frente a actores de carne y hueso. Era como disfrutar de compañía en vacaciones: todos esos cuerpos reales, cuerpos hinchados de sangre en una habitación, racimos de uvas vestidos de tiros largos;

con ser educados bastaba. No les quedaba otra elección. Eso, pensaba Harry, era la civilización. Una vez Harry presentó una obra a un concurso y fue elegido uno de los tres dramaturgos menores de treinta años más prometedores de la ciudad. Su fotografía apareció en el *New York Times*, junto a las de los otros dos, todos con la misma corbata. Ésta pertenecía al fotógrafo, que había obligado a los tres a ponérsela, por separado, igual que sucede con la chaqueta en los restaurantes; pero, aparte de eso, había sido un acontecimiento exuberante. La obra era una comedia desoladora y apocalíptica ambientada en el Sheep Meadow de Central Park, en el año 2050. A lo largo de las cuatro horas que duraba, un guardabosques permanecía de pie, inmóvil, a la izquierda del escenario; los demás personajes tenían líos amorosos y conversaban. Se titulaba *Observa a un guardabosques durante horas* y se representó a lo largo de cinco días en el sótano de una iglesia de Murray Hill.

Harry trabajaba desde entonces en lo que esperaba fuese su obra maestra. La historia de su vida. *O'Neillian*, la había titulado.

—A mí me suena a «camelia» —comentaba Breckie. El trabajo de Harry sacaba mucho de ella.

—Va sobre la familia media americana y las mentiras que todos nos contamos.

—Lo sé —dijo ella—. Lo sé.

Harry llevaba años con la obra. Trabajaba especialmente de noche, arropado por el jolgorio y el colorido del vecindario, y permitía que las que él denominaba «hadas de la literatura» le guiñaran el ojo desde sus perchas nocturnas y comulgaran con su pluma. Mantenía un gran secretismo en todo lo relacionado con su obra. Nunca le había mostrado a Breckie más de una página, y las dos o tres ocasiones en que había llevado partes a fotocopiar habían provocado en él el sofoco y el sudor de los tímidos. No era que no confiase en ella. Era simplemente que aquel material le parecía tan poderoso, tan delicada su adaptación, que pensaba que la mirada prematura de una persona equivocada era capaz de

maldecirla para siempre. Había volcado mucho de su vida en aquella obra. Había incluido las anécdotas familiares más divertidas, los detalles más dolorosos de su adolescencia y la impactante —aunque constituyera a su vez una confirmación de la vida— muerte de su tía abuela Flora, Flora la Quisquillosa, cuya última palabra fue «Caramba». Por culpa de su obra había sufrido pobreza y sufriría aún más, lo sabía, hasta que la terminara; mientras tanto, le tocaba vivir frugalmente del dinero del premio y de las ocasionales becas que solicitaba y le concedían. En el pasado, cuando iba mal de dinero, escribía artículos para revistas y periódicos, pero como se tomaba ese trabajo como algo personal, había acabado enfrentándose con los distintos editores. Era famoso por gritar: «No me jodas lo que he escrito».

—Pero, Harry, necesitamos abbreviar el texto para que quepa una ilustración.

—¿Estás pidiéndome que me coma a mis hijos para que puedas meter un estúpido dibujo?

—Si no quieres dibujos, Harry, intenta que te lo publiquen en la guía de teléfonos.

—Tengo que pensarlo. Tengo que pensar si realmente puedo comerme a mis hijos de esta manera.

Pero una vez hubo mordisqueado un poco las extremidades, descubrió que tampoco era tan terrible ensañarse con los órganos vitales, así que pronto Harry aprendió a comerse a sus hijos sin problemas. Sus artículos solían incluir dos dibujos.

Y de este modo Harry dejó de dedicarse al periodismo. Rechazó también ofertas para escribir para «el cine, ese pedazo de porquería», y tuvo que resistirse una y otra vez a los persistentes esfuerzos de un productor de televisión llamado Glen Scarp que llevaba cuatro años, desde que Harry ganó el premio, llamándolo por teléfono cada seis meses («Hola, Harry, ¿cómo te va la vida, tío?») para convencerlo de que escribiera series. «La televisión —decía siempre Scarp— se parece mucho al teatro. Sus raíces se encuentran en el teatro.» Harry nunca veía la tele. Tenía un viejo

aparato en blanco y negro que recibía pésimamente la señal porque él y Breckie vivían tan cerca del Empire State Building que las ondas salían disparadas por encima de ellos y pasaban por alto su piso. De vez en cuando, normalmente después de una llamada de Glen Scarp, Harry encendía el televisor sólo para comprobar si habían cambiado las cosas, aunque nunca se veía nada, y lo único que se oía era el estruendo provocado por la electricidad estática y los mensajes de la policía, emitidos desde los coches patrulla que daban vueltas a la manzana como pájaros.

—Tendremos que afrontarlo —le dijo un día a Breckie—. Este televisor no es más que una radio grande y rota con una pantalla de arte abstracto.

—Ya no puedo vivir así —replicó Breckie—. Harry, tenemos que hacer planes. No aguento más las putas, los yonquis, los polis, los tirados, los cines porno... ¿Sabes qué ponen en la esquina? *Azafatas succulentas* y *El hombre de la carne*. Me mudo. Me mudo al Upper West Side. ¿Vienes conmigo?

—Hummm —dijo Harry.

Ya habían hablado de traslado en una ocasión. Ya habían hablado de boda en una ocasión. Tendrían hijos, y Harry se quedaría en casa, escribiría y se ocuparía de ellos durante el día. Pero eso preocupaba a Harry. Durante el día le gustaba salir. Le gustaba pasear por la calle y entrar en una cafetería y leer el periódico, pensar en su obra, pedir un pudín de arroz y comérselo sin prisas; así, el cerebro se le encendía gracias al azúcar y la cafeína, y las ideas se le calentaban hasta convertirse en un útil caramelo. Era una vida secreta y lo nutría de una forma que no podía explicar. En cualquier cafetería era más él mismo. Se imaginaba con familia y teniendo que decir a sus hijos (diminutos niños chillones en pañales, niños con papel para recortar y tijeras puntiagudas, niños pequeños con tijeras romas, niños que hacían pucheros y vomitaban armados con tijeras en forma de cabeza de pájaro o tijeras con orejas de perro): «Bueno, niños, papá se marcha a una cafetería y volverá dentro de un rato».

—¿Vienes conmigo? —repitió Breckie—. Quiero que busques trabajo y que tengamos un piso en un edificio con antena y una vida «real». No puedo esperarte tanto tiempo.

Tenía un gato capaz de esperar por cualquier cosa: comida, agua, un ratón debajo del radiador, un trocito de bolsa de plástico que, metido debajo de la alfombra, apareciera de nuevo cualquier día, quién sabía cuándo. Pero Breckie no. Su gato tenía tanta paciencia como Madame Butterfly, pero Breckie necesitaba sentirse ocupada.

Harry trató de enfadarse.

—Mira —dijo—, yo no soy una propiedad. Quizá no me lleve bien contigo, pero lo que es seguro es que no me llevas contigo.

—Me voy —replicó ella, serenamente.

—¡Ay, Breck! —exclamó Harry, y se hundió en la cama y se tapó la cara con las manos.

Breckie no podía abandonar a un hombre con la cara tapada hasta que la destapase. Se sentó a su lado, lo abrazó y lo besó intensamente hasta que se quedó dormido, hasta la mañana, cuando sería, cuando fue, posible marchar.

Las primeras semanas de soledad fueron difíciles, pero en cierto sentido Harry se acostumbró a ella. «Un año viviendo solo —le dijo su viejo amigo Dane cuando lo llamó desde Seattle— y estás arruinado para siempre. Te echarás a perder. Nunca volverás atrás.» Harry trabajó duro, como de costumbre, aunque entonces no tenía ni tan siquiera el espejismo de la compañía. Entonces, en el fracasado mundo de su apartamento, estaban sólo la voz de la obra y del autor. Eso empezó a dejar de preocuparle, y Harry comenzó a sentir que en ciertos aspectos le complacía la soledad, la casi completa ingratitud de que no hubiese nadie más que él sosteniéndolo todo. Empezó a preferir hablar por teléfono a ver a la gente, le gustaba esa incorporeidad, y comenzó a rechazar compromisos sociales. No le apetecía sentarse en un restaurante delante de alguien, mirarlo a la cara y comer. Quería dar media vuelta, huir de ese rostro y que la camarera les sirviese dos latas y

un cordón para hacer un teléfono de juguete y conversar en un diálogo sin cara. Sería como escribir una obra de teatro, los adoquines por la noche, la gran cavidad de la mente que llenamos con voces, como una oscura piñata repleta de fruta.

—Cuéntame algo maravilloso —le decía a Dane. Se tumbaba en la cama, acunando el teléfono con una mejilla, y contemplaba en soledad el chapitel que formaba la sombra de la librería proyectada sobre la pared—. Cuéntame que moriremos llenos de sueños y que nos amarán mientras durmamos.

—No dejas de escribir ni por teléfono —comentaba Dane.

—He dicho algo maravilloso. Cuéntame algo sobre la primavera.

—Es resbaladiza y húmeda. Es una bestia marina.

—Ah —decía Harry.

Cuando por las mañanas bajaba para comprar el periódico e ir a la cafetería, se encontraba siempre con Deli, la prostituta, en el portal. Su verdadero nombre era Mirellen, pero se lo había cambiado por Deli porque cuando llegó a Nueva York procedente de Jackson le gustó la palabra *Delicatessen* que parpadeaba en los rótulos de las tiendas, y aunque no sabía qué quería decir, supo que aquel nombre era para ella.

—Buenos días, Harry —lo saludó un día, y sonrió atontada. Llevaba un vestido negro, una chaqueta amarilla de manga corta y botas blancas. En los brazos tenía costras de color gris translúcido.

—Buenos días, Deli —dijo Harry.

Deli lo acompañó un poco por el camino.

—Hace tiempo que no veo a tu Breck por aquí; ¿cómo os van las cosas?

—Bien. —Harry sonrió, pero luego tuvo que volverse y echar a andar rápidamente por la calle Cuarenta y tres porque Deli era lista y maliciosa y aquellas cualidades lo ponían nervioso por la mañana.

Los camiones empezaron a llegar a la semana siguiente. De dieciocho ruedas. Llegaron, uno a uno, en plena noche, aparcaron delante del tugurio de «Chicas a veinticinco centavos» y allí se

quedaron. Harry comenzó a despertarse a las cuatro de la mañana empapado en sudor. El ruido era tan ensordecedor como el de una fábrica, y el piso, aun con las ventanas cerradas, se inundaba del humo de la gasolina. Una noche se puso las botas sin calcetines, se echó el abrigo por encima, un abrigo sobre la ropa interior y la piel, nada más, y se precipitó escaleras abajo.

Los camiones eran siempre monstruosos, y tenían cara de bulldog malvado y ojos de esmerilada tela escocesa. Sus cuerpos se extendían por toda la manzana y los gases que salían a oleadas de los tubos de escape verticales de la parte delantera eran una niebla diabólica, algo extraído de *Macbeth* o *Sherlock Holmes*. A Harry no le gustaban los camiones. Hay gente a quien le gustan, lo sabía, a quien le gusta ver uno porque es como ver un alce, algo grande y salvaje. Pero no a Harry.

—¡Oye! ¡Quita esta montaña de aquí! —gritó Harry aporreando la puerta del conductor—. ¡O por lo menos apágala!

Miró en el interior de la cabina y le dio la impresión de que no había nadie. Volvió a aporrear con el puño y luego dio una patada con la bota. Entonces se abrieron las cortinas de la parte trasera de la cabina y asomó la cabeza un hombre. Parecía medio dormido y enfadado.

—¿Qué pasa, tío? —preguntó, y abrió la puerta.

—¡Apaga esta cosa! —gritó Harry, superando el rugido oceánico del camión—. ¿Es que no ves lo que está haciendo el humo? ¡Estás asfixiando a todos los que vivimos en estos apartamentos!

—No puedo apagarlo, tío —chilló el camionero. Iba en ropa interior: calzoncillos tipo bóxer y una limpia camiseta blanca.

Se separaron de nuevo las cortinas y apareció una cabeza de mujer.

—¿Qué pasa, tío?

Entonces Harry intentó atraer la atención de la mujer.

—Que me muero ahí arriba. Oye, tienes que mover el camión o apagarlo.

—Ya te lo he dicho —replicó el hombre—. No puedo apagarlo.

—¿A qué te refieres con eso de que no puedes apagarlo?

—Que no puedo apagarlo. ¿Qué voy a hacer? ¿Helarme?

Estamos tratando de dormir. —Se giró y sonrió a la mujer, que le devolvió la sonrisa para luego desaparecer detrás de la cortina.

—Pues yo también —repuso Harry bostezando—. ¿Por qué no te llevas esta cosa a otro sitio?

—No puedo mover esta cosa —dijo el camionero—, porque si la muevo, ¿ves ese chico de ahí detrás? —Señaló por el retrovisor y Harry miró la calle en la dirección indicada—. Pues si me muevo vendrá ese tipo y ocupará mi lugar.

—¡Pues entonces apágalo! —gritó Harry.

El camionero estaba cada vez más furioso.

—Pero ¿tú qué eres? ¿Una especie de retrasado mental? Ya te lo he dicho. ¡No puedo!

—¿Qué significa eso de que no puedes? Esto es ridículo...

—Si apago esta mierda no podré volver a ponerla en marcha.

Harry subió la escalera hecho una furia y telefoneó a la policía.

—Sí, ya —dijo el sargento Dan Lucey, del Distrito Dieciocho—. Como si en este barrio no tuviéramos cosas más urgentes que solucionar que los humos de los camiones. ¿Cómo se llama usted?

—Harry DeLeo. Mire, usted es de los que piensan que un tipo que fuma crack en un albergue benéfico no está disfrutando de uno de los pocos momentos de alegría de toda su vida. Yo soy el que...

—Una observación socialmente responsable... Mire, señor, ya veremos lo que podemos hacer con los camiones, pero no puedo prometerle nada. —Y el oficial Lucey colgó, como si aquello fuese una broma telefónica.

No había manera, decidió Harry, de poder seguir en su piso. Moriría. Desarrollaría un cáncer y moriría. Naturalmente, todos los grandes (¡Jesucristo, Gershwin, Schubert, la gente del teatro!) habían muerto alrededor de los treinta, pero eso no le servía de consuelo. Bajó de nuevo y salió a la calle sólo con el abrigo sobre la camisa del pijama y un par de botas del ejército con los cordones

desatados. Deambuló por las calles, como los vagabundos, como los yonquis y las prostitutas con sus niños lento y sus tratos rápidos, como los tipos de Harlem que tienen negocios que resolver, como las mujeres que llevan tostadoras viejas y cuchillos en la bolsa de la compra, que se aventuran a salir del edificio de las autoridades portuarias cuando el tiempo se suaviza. Con el abrigo y la camisa del pijama no se sentía ni mucho menos asustado porque se había convertido en uno de ellos, en una persona de la calle, con la rebeldía y la desesperación en los pulmones, y los demás lo sabían cuando él pasaba a su lado. Le sonreían a modo de bienvenida, pero Harry no les devolvía la sonrisa. Vagó por las calles hasta encontrar un quiosco, compró el *Times* y luego dio unas cuantas vueltas más hasta que descubrió una cafetería abierta toda la noche, donde se sentó en un reservado (¡un reservado grande, únicamente para él!), abrió su periódico y señaló con un círculo pisos que jamás podría permitirse. «1.500 dólares; cocina con office.» Estaba asombrado. Deliraba. ¡Mil quinientos dólares por un apartamento piojoso! Gradualmente, los números fueron tornándose más y más abstractos, y empezó a señalar también las casas de mil ochocientos.

En marzo, Harry se vio expulsado de su piso por el humo y deambulaba por las calles varias veces a la semana. Se metía en la cama con miedo y agitado, nunca sabía si aquella noche en particular sería o no Noche de Camiones. Telephoneaba a la policía y al casero, cuyo contestador saltaba, y gritaba cosas relacionadas con el linfoma y el enfisema y con que él era un contribuyente, a lo que la policía se limitaba a responder:

—Usted ya ha llamado antes, ¿verdad?

Intentaba parecer un vecino distinto, muy educado, un hombre de familia, con hijos, y decía:

—Por favor, señor, los camiones están despertando al bebé.

—Sí, sí, sí —replicaba la policía.

Harry llamó al Ministerio de Sanidad, a la oficina del ayuntamiento, a la gente de Phil Donahue. Se refería al oficial Lucey como al oficial Lucifer y citaba estadísticas de cáncer extraídas del *Science Times*. La mayoría de las veces lo escuchaban y le decían que ya verían lo que podía hacerse.

Mientras tanto, Harry dejó de fumar y empezó a tomar vitaminas. En una ocasión llamó incluso a Breckie a medianoche a su nuevo piso del Upper West Side.

—¿Te pillo en mal momento? —le preguntó.

—Sí, Harry, para serte sincera, sí.

—Oh, Dios mío, ¿de verdad?

—Mira, no sé cómo explicarte estas cosas.

—¿Puedes responder preguntas con un sí o un no?

—De acuerdo.

—Mierda. No se me ocurre ninguna. —Dejó de hablar y los dos respiraron en el auricular—. ¿Te habías dado cuenta —dijo él por fin— de que tengo tres verrugas plantares de andar descalzo por este piso?

—Sí —contestó ella—. Lo sabía.

—Un pie de percebe. Eso es lo que soy.

—Harry, ahora ya no puedo escribir tus obras contigo.

—¿Recuerdas haber visto camiones aparcados delante de nuestro edificio y con los motores en marcha toda la noche? ¿Sucedía cuando estabas aquí, cuando vivíamos juntos, cuando estábamos juntos y vivíamos aquí tan enamorados?

—Vamos, Harry. —Entonces se oyó un sonido amortiguado, el sonido de caracola de una mano sobre el micrófono, el lejano alboroto de una voz de hombre y la de ella.

Harry colgó. Apiló todos sus discos de Maria Callas en el plato del tocadiscos y abandonó el piso para vagar de nuevo por las calles, para encontrar un quiosco abierto, una cafetería segura donde no pusieran cerezas amargas en el pudín de arroz, unas cerezas que incluso una vez retiradas dejaban su huella, que penetraban, como la sangre de las películas de Walt Disney.

Cuando regresaba a casa arrastrando los pies, la mañana por fin del todo encendida, con los ojos engañosamente abiertos y un falso aire inocente, los camiones ya se habían marchado. En el portal sólo estaba Deli, sonriente.

—Buenos días, Harry —decía—. ¿Has dormido mal?

—Te has levantado temprano —comentaba Harry. Y normalmente lo único que decía era eso.

—Oh, ¿ya es de día? Voy a buscarme un trabajo de verdad, un trabajo de día. He estado escuchando tus discos. —Harry dejó por un momento de juguetear con las llaves. Las arias de la Callas navegaban débilmente a través de los cristales de las ventanas—. ¿No es música de maricones, Harry? Bueno, no te lo tomes a mal. A mí me gusta la música de maricones. La verdad es que me gusta esa canción que no para de hablar de una bici de Marte.

—¿A qué te refieres? —Acababa de sacar las llaves otra vez, estaba a punto de introducirlas en la cerradura y desaparecer. Pero seguía con la espalda ligeramente vuelta hacia ella.

—Bici —cantó Deli—. Bici de Marte. —Deli se interrumpió y se echó a reír.

—Hasta luego —dijo Harry.

Tenía un mensaje de Glen Scarp en el contestador.

—Hola, Harry, siento llamarte tan temprano, pero, oye, aquí aún es más temprano. ¿No fue Ionesco quien dijo algo de que los genios se levantan con el sol? Tal vez fuera Odets... —«¿Odets?», pensó Harry—. Sea como sea, voy a Nueva York dentro de poco y he pensado que podríamos quedar para tomar una copa. Te llamaré en cuanto llegue.

—No —dijo Harry en voz alta—. No. No.

Esa misma mañana, después de una lluvia breve, fría, justo después de que abriera las ventanas y ventilara el piso, el baño empezó a fallar. El lavabo se negaba a tragarse, borboteara cuando Harry abría el grifo de la cocina, y repentina y terroríficamente la bañera se llenó de un agua que procedía de alguna parte del edificio. De la bañera de algún vecino: era agua espumosa, con

remolinos de óxido. Harry tiró nuevamente de la cadena, y el agua subió de manera amenazante hasta el borde. Contempló la escena horrorizado y aulló en voz baja las protestas —«¡Ahhhh! ¡Uuuahhh!»— que parecían ayudarlo a evitar que la cosa se desbordara por completo.

Telefoneó al casero, pero no respondió nadie. Llamó a un fontanero que encontró en las páginas amarillas, en un anuncio que decía: «Cisterna de chorro de alta velocidad» y «Sistema de bielas portátil».

—¿Es usted el jefe de mantenimiento? —preguntó el fontanero.

—Aquí no hay ningún jefe de mantenimiento —contestó Harry con una confesión que lo dejó triste, como si hubiese admitido finalmente que Dios no existía.

—¿Es usted el casero?

—No. Soy el inquilino.

—Si realizamos la visita, cobramos doscientos dólares automáticamente —dijo el fontanero con toda tranquilidad. Los fontaneros siempre están tranquilos. No sólo porque son ricos. Tiene algo que ver con las tuberías y con poner las manos en ellas una y otra vez—. Dígale al casero que nos llame.

Harry dejó otro mensaje en el contestador de su casero Y luego salió para ir a una cafetería. Se llamaba La Galaxia Cósmica y estaba llena de actores y actrices que hablaban fatigosamente sobre audiciones, sobre la dificultad de encontrar trabajo y sobre lo poco que servía la revista *Back Stage*, aunque la compraban esperanzados y la abrían sobre las mesas ansiosos por leerla. «Lo que intento conseguir —escuchó de lejos que decía una actriz— es el aspecto de Mindy y un sonido como el de Mork, los de la serie.» Harry pensó con compasión que cualquiera de los que estaban allí se mutilaría con tal de escribir un episodio para Glen Scarp, en cómo la gente terminaba cediendo por los diez mil dólares, por salir en la foto, por el barato y vergonzoso amor a la televisión, por lo que fuera, y en cómo él había resistido por su obra, por su hermosa obra secreta, en la que llevaba años abriendo una mina. Pero merecería

la pena, eso creía. Cuando saliera triunfante de ella, cuando emergiera con su trabajo espléndido y acabado, sería, estaba seguro, festejado con una orquesta, recibido a lo grande por una colossal banda de música (¡con trompetas!) porque había gente que sabía que estaba allí abajo, gente inteligente, y que lo esperaba.

Por supuesto, también cabía la posibilidad de estar allí abajo demasiado tiempo. Entonces saldrías a tomar un poco el aire, cansado y manchado de hollín, y encontrarías únicamente a un hombre con una armónica y una lata, tocando unos platillos enganchados en la parte interior de las rodillas.

El agua espumosa desapareció el martes. Harry tapó el desagüe para que no pudiera subir nada más. Luego se lavó en el fregadero de la cocina con un trapo y un poco de detergente y salió de nuevo rumbo a La Galaxia Cósmica.

Pero el miércoles por la mañana volvió a despertarse con el amargo veneno del humo. Se dirigió con cautela al cuarto de baño para descubrir la bañera llena hasta el borde de un caldo salobre y tropezones verdes. Cebolletas. Sopa de miso con cebolletas. «Pero ¿cómo...?» Verificó el desagüe y seguía tapado. Dejó un mensaje en el contestador del casero que decía: «Oiga, tengo verduras en la bañera», luego salió en dirección a una cafetería distinta, una alejada, situada en el límite del barrio, prácticamente en el Lincoln Center, y pidió una hamburguesa con queso *deluxe*, sólo para tratarse un poco bien, sólo para volver a entrar en contacto con la vida real. Cuando regresó a casa, Deli rondaba por el portal.

—Buenos días, Harry —dijo.

—¿No es por la tarde? —le preguntó Harry.

—Da lo mismo. ¿Sabes, Harry?, he estado pensando. Lo que tú necesitas es gastar un poco de dinero en una chica que te trate bien.

Se le acercó seductora y lo tomó por el brazo con una mano mientras con la otra empezaba a acariciarle las nalgas por encima de los pantalones vaqueros.

Harry se la quitó de encima.

—¡Deli, no me vengas con esta mierda! ¿Cuánto hace que te conozco? Llevo cinco años saliendo todas las mañanas de este edificio, y te veo aquí y te saludo. Somos amigos. No empieces ahora a hacer de putilla conmigo.

—Que te jodan —dijo Deli. Y se marchó hacia la esquina, contoneándose, para quedarse allí.

Harry subió a su apartamento y abrió lentamente la puerta del baño. Alargó la mano para buscar los interruptores de la luz y del ventilador y los encendió con un único y dramático movimiento.

La bañera. La sopa de miso había desaparecido, pero en su lugar había un fango de color marrón oscuro, de treinta centímetros de espesor, sulfuroso y burbujeante. «Oh, Dios mío», dijo Harry. Era una plaga. Primero espuma. Luego verduras. Luego oscuridad. Contraería el tifus o moriría de una afección del hígado. Habría ranas.

Dejó otro mensaje en el contestador del casero, luego telefoneó a Breckie y le dejó también un mensaje en el suyo:

—Tengo la mitad del río Hudson en la bañera. Las gaviotas dan vueltas sobre el edificio. Tú eres médico. ¿Significa eso que voy a contraer una enfermedad triste y fatal? —Tenía a Maria Callas cantando de fondo; siempre la ponía cuando llamaba a Breckie y le dejaba mensajes—. Además, quiero saber si estás liada muy en serio con ese chico. Porque estoy haciendo planes, Breck. De verdad.

El jueves llamó Glen Scarp y Harry le dijo que sí. Sí, sí, sí.

Quedaron el lunes para tomar una copa en el hotel donde se hospedaba Scarp. Estaba en la calle Cincuenta y siete Este y tenía una gran entrada abovedada, de ensueño y llena de espejos, como Versalles o el castillo de un mago. Scarp aguardaba a Harry al final del pasillo, sentado en un sofá tapizado con terciopelo. Harry supo que era Scarp porque miraba a todos los que circulaban por allí con indiferencia y como si estuviese haciendo inventario, hasta que vio a Harry. Entonces se quedó como perplejo. Harry avanzaba despacio

y a duras penas en dirección al sofá, arrastrando las gastadas suelas de sus zapatos. Scarp estaba rodeado de terciopelo, como si fueran unas caderas.

—Hola —dijo Harry.

Scarp era un hombre bajito y se levantó rápida, agresivamente, para saludar a un hombre alto.

—¿Harry? Glen Scarp. Encantado de conocerte por fin.

No era mucho mayor que Harry, le dio la mano y la estrechó con cautela entre las suyas. Era cautela de California, cautela de Hollywood. Era la flacidez del coqueteo, la ligereza de la promesa. Harry lo sabía, naturalmente, pero lo sabía igual que lo sabía todo el mundo, porque era algo ya sabido.

Scarp llevaba un broche de diamantes, un brócoli brillante en la solapa, y Harry casi le dijo: «Bonito pin», pero se contuvo.

—Sí, yo también estoy encantado de conocerte. Últimamente parece como si toda mi vida transcurriera por teléfono. Es estupendo ver por fin a la persona a la que le pertenece la voz. —No era cierto, por supuesto, y la mentira se deslizó por su espalda como un cubito de hielo.

—Podemos tomar una copa aquí mismo, ¿te parece? —Scarp se dirigió hacia el salón, todo ficus y cromados y bañado por una luz azulada.

—Después de ti —dijo Harry, pues así le gustaba hacer las cosas.

—Fabuloso —replicó Scarp, que empezó a andar confiado delante de Harry, gracias a lo cual éste pudo contemplar la parte posterior del cabello del otro: largo, con laca y ondulado como una cascada.

—En primer lugar, me gustaría repetirte lo mucho que admiro tu trabajo —dijo Scarp una vez que se sentaron, pidieron las copas y él se subió un poco las mangas y le echó una rápida mirada al broche, una verificación rápida.

—Yo también admiro el tuyo —repuso Harry.

En realidad nunca había visto la serie televisiva de Scarp, y, de hecho, había escuchado comentarios negativos al respecto. Se suponía que iba sobre jóvenes profesionales y que había mucha armonía y muchos niños. Pero eso, allí y en aquel momento, no era la realidad. Era la trastienda de la realidad. Era lo que se llamaba negociación. La clave, y Harry lo sabía, estaba en, una vez finalizados los lisonjeos, mostrarse encantador y rápido. Eso era lo que le gustaba a aquella gente: una historia buena, rápida, una frase instantánea, una anécdota confesional llena de elegancia y tal vez un parente. Luego hablaban del dinero. Hablaban de diez mil, quince mil dólares por episodio, pero eso era sólo para empezar. A veces había más que eso. Pero Harry iba detrás de un único episodio. Entrar y salir, como un baño de agua fría. Sólo quería eso. Entrar y salir. Un único episodio no dañaría su alma, seguro que no. Su obra tendría que descansar una corta temporada, pero cuando volviera a ella, como el soldado que vuelve a su hogar con su esposa, sería un hombre rico. Se mudaría. Se mudaría a un lugar con aire fresco, cerca de donde vivía Breckie.

—Gracias —dijo Scarp—. Y bien, ¿en qué has estado trabajando últimamente? ¿Cuándo te dieron el premio ese de menores de treinta? ¿Cuándo fue eso? ¿Hace tres años?

—¿Tres? ¿En qué año estamos?

—Ochenta y ocho.

—Ochenta y ocho —repitió Harry—. Bueno, la verdad es que lo del premio fue hace cuatro años.

—Apuesto lo que quieras a que ya no estás por debajo de los treinta. —Scarp sonrió y estudió los ojos de Harry.

—Ya no —dijo él desviando la mirada hacia otro lado—. Ya hace un tiempo que no.

—¿Y qué has estado haciendo?

Aquello era como hablarle a la policía. Necesitaba una coartada.

—He estado tumbado en casa —contestó Harry— comiendo bombones y preguntándome «¿En qué año estamos?».

—Perfecto. —Scarp se echó a reír inescrutablemente. Cogió su vaso y volvió a dejarlo sin haber bebido—. Como bien sabes, siempre ando buscando escritores para el show. Últimamente he escrito incluso yo, y no me importa hacerlo. Pensé que debíamos conocernos. Creo que manejas de maravilla el lenguaje contemporáneo y la..., uh...

—¿Imaginación posmoderna? —sugirió Harry.

—Exactamente.

—¿De los jóvenes americanos desarraigados?

—Exactamente —respondió Scarp.

Exactamente. No lo sabía exactamente ni el mismo Harry, y eso que era él quien lo había dicho.

—Sólo a nivel informal, como amigos, cuéntame en qué has andado metido —dijo Scarp—. Sin presiones, sin conceptos. Sólo estamos conociéndonos.

—Bueno, la verdad es que estoy trabajando en una obra y estoy muy satisfecho con lo que llevo, pero es larga y me absorbe mucho.

—¿Sabes una cosa? Hubo una época en la que yo quise escribir teatro. ¿De qué va tu obra ¿O no puedes hablar de ella? —Scarp probó su copa y adoptó una posición de oyente.

—Soy primitivamente receloso con mi trabajo —comentó Harry.

—Y yo lo respeto completamente —dijo Scarp. Frunció el entrecejo—. ¿Es de aquí tu familia?

Harry se quedó mirando a Scarp: sus ojos eran relicarios de distracción. ¿A qué se refería?

—Sí —contestó Harry.

Tenía que recuperar a Scarp, conseguir interesarlo, así que empezó a contarle, con las frases más elocuentes que fue capaz de construir, la historia de la ciudad que sus antepasados habían fundado en los Poconos y en lo que ésta se había convertido recientemente debido al gas radón, y el vuelo a Philly y Pittsburgh. Era un cuento triste, complicado, adornado con sabiduría agridulce, y lo estaba sacando en su totalidad del discurso central de su obra.

—Es asombroso —dijo Scarp, aparentemente impresionado, algo que le dio a Harry más confianza.

Siguió largando con la historia del matrimonio de sus padres, el alcoholismo de su padre, la operación de cambio de sexo de su primo y el lío amoroso que tuvo él con una de las chicas Kennedy. Eran cuentos frágiles que cuidadosamente había logrado poner a punto en la prosa de su obra, y mientras hablaba con Scarp era como si las voces de sus personajes le entraran en la boca y recitaran su texto con intensidad y convicción. Se trataba de decir palabras, y éas eran las que Harry conocía mejor.

—Asombroso —comentó Scarp. Había pedido otra ronda de bebida, al final de la cual Harry le regaló la escena culminante de la obra, la historia de tía Flora la Quisquillosa, divertida e impactante y, a su manera, una afirmación de la vida.

—Las luces fueron debilitándose y la luna se reflejó en su almohada en pálidas formas oblongas. Estábamos todos allí, reunidos en una oración, cuando ella suspiró y pronunció su última palabra en este mundo: «Caramba»...

Scarp estalló en una carcajada.

—¡Milagroso! Menuda familia tienes. ¡Un conjunto de personajes fascinante! —Harry sonrió y se acomodó en el asiento. Se gustaba. Le gustaba su vida. Le gustaba su obra. No se sentía incómodo ni vendido por el hecho de utilizar de aquella manera su trabajo, y, de sentirse así, bueno, lo dejaría de lado—. Harry —dijo Scarp, como a punto de firmar el talón—, ha sido un verdadero placer, permítame que te lo diga.

—Sí, lo ha sido —dijo Harry.

—Y a pesar de que he de salir corriendo ahora mismo, para cenar con una persona mucho menos atractiva, si quieres que te diga la verdad, ¿tengo tu palabra de que vas a plantearte en serio lo de escribir algo para mí algún día? No tenemos que hablar ahora de nada en concreto, pero prométeme que lo pensarás. Te pido tu palabra.

—Y eso te hará libre —dijo Harry—. Exactamente.

—Sabía que ibas a caerme bien —replicó Scarp—. Sabía que congeniaríamos. Por cierto, ¿dónde vives? Voy a pedir un taxi, así que te puedo acercar a casa.

—No, no es necesario —dijo Harry con una sonrisa. El corazón le latía acelerado—. Prefiero caminar.

—Como gustes. Oye, ha sido estupendo. Realmente estupendo. —Volvió a estrecharle la mano a Harry, tan cautelosamente como antes—. Fabuloso.

Existe una manera de pasear por Nueva York, a media tarde, por la zona de las calles Cincuenta y tantas Este, grandes y pobladas por enormes edificios, que abre el corazón y que logra que la ciudad entera entre en ella y cree allí un pueblecito. Entonces la ciudad detiene su dolorosa seducción, suspende su carácter esquivo y provocador, se desnuda y se recuesta a tu lado sin dormir, generosamente. Está ahí, es tuya, deja de burlarse de ti. Y ya no da miedo, porque la quieres mucho.

—Ah —dijo Harry.

Dio dinero al loco que cantaba siempre, tampoco tan mal del todo, delante del Carnegie Hall y que, quién sabe por qué motivo, se emplazaba ahora en el East Side, frente a algo denominado Carnegie Clothes. Lanzó unas monedas en la lata de la mujer con gorro de esquí que estaba apoyada en el edificio Fuller, la mujer que tenía un conejo, macetas y un letrero que decía: ME ACABAN DE OPERAR DE LA CABEZA, AYÚDEME, POR FAVOR.

—Gracias, querido —dijo ella levantando la vista, y Harry pensó que tenía un aspecto sorprendentemente sexy—. Que tengas un buen día —añadió, aunque era de noche.

Harry bajó al metro, con su paso lento habitual vigorizado hasta dar saltitos. Su obra le corría por dentro: siempre había sabido que era buena, pero en esos momentos lo sabía de verdad. Glen Scarp la había escuchado asombrado, y cuando se echó a reír, Harry supo que todas las intuiciones que había tenido y todas las decisiones

que había tomado en aquellos encantadores momentos de los últimos cuatro años, excavando y esculpiendo cuidadosamente la obra, habían sido correctas. Sus palabras eran capaces de encandilar a gente de Hollywood tan trillada como Glen Scarp; pronto aquellas palabras, alguna impresión duradera que hubieran despertado, lo llevarían a escribir un episodio televisivo de diez o incluso veinte mil dólares, y después de eso jamás volvería a sufrir. Sólo estarían él y Breckie y su obra. Una vida real. Saldrían y saldrían y saldrían a comer.

El tren de la línea E entró traqueteando y se detuvo con las luces parpadeantes. Harry observó el anuncio de «Hazte taquígrafo» que tenía delante y sintió que, en el fondo, a pesar del parpadeo de luces, el mundo era bueno, que básicamente, asombrosamente, funcionaba. Un hombre entró a empujones en el extremo opuesto del vagón.

—¿Podrían ayudarme a dar de comer a mis hambrientos hijos? —gritó; sostenía un vaso de papel y se trasladaba lentamente hacia el lado del vagón donde se encontraba Harry. Los viajeros echaban monedas de cuarto de dólar en la taza o se quedaban mirando como psicópatas el material de lectura que tenían en el regazo y ni se movían ni pasaban página.

De pronto entró en el vagón otro hombre, por el extremo contrario.

—No hagan caso a ese hombre —gritó a los pasajeros—. ¡El que necesita ayuda aquí soy yo! —Harry se volvió y vio a un hombre vestido con harapos y un sombrero enorme. Llevaba luces de árbol de Navidad repartidas por el ala y por encima, como una cinta de sombrero caótica. Le dio a un botón que las encendió, de modo que empezaron a centellear en su cabeza, rojo, verde, amarillo. El tren seguía detenido y el parpadeo de los fluorescentes había cesado, junto con el sonido del motor. Sólo resistían el sordo zumbido del sistema de ventilación y el espectáculo de luces del sombrero—. El único que necesita ayuda aquí soy yo —reiteró el hombre en medio de aquella oscuridad extrañamente cálida—. Me llamo Lothar y he

venido de Venus para arrestar a Ronald Reagan. Es un criminal intergaláctico que debe regresar a mi planeta para someterse a juicio. He venido aquí para cumplir esa misión, pero se me ha estropeado la nave espacial. Necesito su ayuda para cumplirla.

—¡Amén! —gritó alguien.

—Patán... —gritó Harry.

—Ayúdenme, personas, terrestres. Se lo imploro. Cualquier cosa que puedan darme me ayudará en mi objetivo.

Las luces de árbol de Navidad se apagaron con un silbido, la gente se puso a aplaudir y todo el mundo hurgó en la cartera para darle dinero. Cuando volvieron a encenderse y el tren se puso en marcha de nuevo, incluso el hombre de los niños hambrientos sonreía a regañadientes, y le dijo a Lothar:

—Tío, pensaba que éste era mi vagón.

Cuando el tren entró en la estación de la calle Cuarenta y dos, la gente bajó tarareando y chocando las manos arriba y abajo, aunque la estación olía a pis.

La felicidad de Harry duró cinco días, de lunes a viernes, como un empleo. El sábado se despertó cagado de miedo. No había sonado el teléfono. No había recibido correo. El apartamento apestaba a camión y alcantarilla. Salió a desayunar y pidió pudín de arroz; se lo sirvieron con una cereza.

—¿Qué es esto? —le preguntó al camarero—. Esto no lo hacían antes.

—Globos oculares amargos. —El camarero sonrió—. Hemos empezado a ponerlos. ¿Quiere también nata montada?

Cuando regresó a casa, Deli no estaba en el portal; en su lugar se encontraba una vagabunda con abrigo de paño y zapatillas de deporte. Hurgó en el bolsillo para darle alguna moneda, pero ella apartó la vista.

—Disculpe —dijo él—. Tengo que entrar aquí. —Sacó las llaves. La mujer se levantó de mala gana y agarró sus bolsas de plástico—. No se preocupe, puede seguir sentada aquí. Sólo necesito pasar a su lado para entrar.

—¡Muchas gracias! —gritó la mujer. Tenía los dientes veteados de gris, como madera vieja—. ¡Gracias!

—¡Vuelva! —exclamó él—. ¡No pasa nada!

Pero la mujer se tambaleó cuando llevaba recorrida media calle, se giró y empezó a chillar.

—¡Gracias por todo lo que has hecho por mí! ¡De verdad que aprecio todo lo que has hecho por mí durante toda mi vida!

Se apuntó a clases de yoga para relajarse. Las daban a tres manzanas de su casa, y la profesora, baja, gorda y culta, no paraba de acercarse a Harry para decirle que lo hacía mal.

—¡Estómago dentro! ¡Hombros abajo! ¡Cabeza hacia atrás! —vociferaba en la oscuridad de la sala de yoga. La gente miraba. No le gustaban los hombres altos y delgados que creían saber lo que hacían—. ¡Cabeza hacia atrás! —repetía, y una vez le tiró del pelo hasta conseguir que la cabeza quedara en el ángulo adecuado.

—No puedo creer que me haya tirado del pelo —dijo Harry.

—¿Perdón? —dijo la instructora. Le clavó una rodilla en los discos intermedios de la columna vertebral.

—¡Lo haría mejor —dijo Harry en voz alta— si dejara de tocarme!

—De acuerdo, de acuerdo —replicó la profesora—, no lo tocaré. —Y se dirigió al extremo opuesto de la oscura sala para ocuparse de otra persona.

Harry se tumbó para respirar hondo, con la columna presionada contra el rígido tejido de la moqueta. Se tapó los ojos con una mano y permaneció así mientras el resto de la clase seguía haciendo el pino y estiramientos de gato.

La semana siguiente, Harry decidió cambiarse a una clase de calistenia. Se celebraba en un local situado enfrente de las clases de yoga que estaba lleno de blancos vestidos con Spandex de colores pastel. Los altavoces de los rincones vociferaban música acid. El profesor era un hombre negro delgado que sonreía felizmente a los alumnos y les proponía ejercicios que recordaban el movimiento de los recogedores de algodón. «¡Recoged el algodón!

—gritaba alegremente mientras supervisaba al grupo y paseaba con malicia entre sus miembros—. ¡Recogedlo rápido! —Reía y daba palmas—. ¿Oh, qué venganza más dulce!» La clase duraba una hora y media y Harry se quedaba también a la siguiente, una hora y media más. Extrañamente, aquello lo animaba y lo calmaba, y cuando después se dirigía al supermercado, se sentía casi sereno. Solía quedarse bastante tiempo en la zona de los yogures y la pasta fresca. Llenaba el carrito de agua mineral y se sentía de nuevo sano y pleno, cuando un día pillaron a un hombre en el pasillo de al lado robando una lata de potaje de judías con tocino.

—¡Eh! —gritó el jefe de la tienda, y dos reponedores enormes agarraron al hombre del potaje.

—¡Yo no he hecho nada! —vociferó el hombre, pero lo arrastraron por las orejas hasta el mostrador de la carne y la trastienda, donde los carniceros trabajaban durante el día, y allí empezaron a pegarle, hasta que ya no pudo chillar más. Regueros de rojo manchaban el suelo del pasillo de las comidas enlatadas, donde sus orejas se habían abierto como fruta y habían comenzado a sangrar.

—¡Paren! —gritó Harry, que siguió a los hombres en dirección a las puertas de batiente de la carnicería—. ¡No hay razón para emplear esta violencia!

Al cabo de dos minutos, los empleados soltaron finalmente al ladrón. Por las puertas de batiente lo sacaron a empujones, contusionado y aturdido, hasta la salida.

Harry se volvió hacia los otros clientes, los cuales, también angustiados, lo habían seguido.

—Dios mío —dijo Harry—. He tenido dos clases seguidas y aún no ha sido suficiente. —Abandonó el carrito de la compra y salió volando del establecimiento en dirección a la cabina telefónica situada enfrente, desde donde llamó a la policía—. Me gustaría informar de un delito. Me llamo Harry DeLeo y estoy en la esquina de la Ocho con...

—Sí. Harry DeLeo. Camiones. Oiga, Harry DeLeo, nosotros nos ocupamos de cosas serias. —Y el policía colgó.

Por la noche Harry durmió en el otro cuarto, en el «salón», el cuarto decorado con el estilo que Breckie denominaba Primitiva Institución Mental Norteamericana, el cuarto alejado de las ventanas y de los camiones, en el sofá de brazos duros, con toallas mojadas apretadas contra la parte inferior de la puerta del dormitorio, para no morir mientras dormía: ése había sido siempre su deseo, pero no en ese momento. Puso también toallas en la puerta del baño, por si se producía una inundación. A salvo, como en una barricada, sulfuroso, emparedado entre toallas mojadas como los huevos picantes que su madre solía llevar cuando iban a comer al campo. Cuando se durmió lo hizo sin soñar, como un bicho. Por la mañana se despertó temprano, salió y se quedó en un reservado de La Galaxia Cósmica hasta el mediodía. Leyó el *Times* e incluso el *Post* y el *News*. A veces escribía notas en los márgenes para su obra. «Se sintió encadenado en una pesadilla, y en ese constante duermevela, esa pesadilla da a luz a una criatura en el seno de otra criatura.» Por las tardes iba a ver películas para adolescentes protagonizadas por adolescentes. Lo consolaban durante breves instantes de una forma que era incapaz de explicar. Quizá se debiese a lo atractivos que eran todos los actores, a que estaban en el instituto y a que vivían en casas preciosas, en California. Él nunca había estado en California, y en los últimos diez años sólo en una ocasión (cuando fue a visitar a los padres de Breck a Minnesota) había estado en una casa preciosa. Las películas le recordaban a Breckie, probablemente era eso, esas caras de poros cerrados y esos brazos sin vello, esos corazones idealistas que conocían —y bien— por vez primera la corrupción. Harry salía del cine sintiéndose fatal, salía a la luz del día como un criminal, con los hombros inclinados de tal

manera que adoptaban la forma de una percha, en su cuerpo el calor mareante de la resaca, la chaqueta arrugada como una sábana.

—Harry, estás hecho una mierda —dijo Deli delante de su edificio. Estaba repartiendo publicidad del tugurio de «Chicas a veinticinco centavos». Iba vestida con una remendada chaqueta de vinilo, vestido rojo y zapatos de salón negros sin medias—. Pero yo no puedo hacer nada por ti... excepto esto. —Le entregó un folleto. «¡Veinticinco centavos! ¡Barato, en vivo y desnudas!»—. He conseguido un empleo de día... ¿No estás orgulloso de mí, Harry?

En efecto, Harry se sentía orgulloso de ella, aunque le sorprendiera. No le parecía muy apropiado sentirse orgulloso.

—Deli, creo que es magnífico —dijo de todos modos—. ¡De verdad! —Los folletos del *peep show* eran un principio. Seguramente eran un principio.

—Sí —replicó Deli con una sonrisa altanera—. Pronto me pedirás que me case contigo.

—Sí —dijo Harry mientras introducía la llave en la cerradura. A medianoche alguien había estado jugando con ella con un cuchillo y la había roto.

—Vuelve a poner esa música tuya, ¿vale? —Pero Harry había conseguido abrir la puerta, que se cerró de un portazo a sus espaldas sin su respuesta.

Había correo: una carta formulario de una agencia interesada en ver guiones; la factura de la luz; una carta del Ministerio de Sanidad de acuse de recibo de su llamada de queja en la que le aconsejaban que siguiera insistiendo ante el responsable de su circunscripción; una postal para Breckie de una vieja amiga suya llamada Lisa que estaba de viaje por Italia. «Vaya lugar, chica —decía—. Un saludo a Harry.» La pegó en la nevera con un imán. Fue a su escritorio y desde allí miró la tarjeta; luego miró su escritorio. Se acercó a la ventana que daba a la calle. Deli seguía allí abajo, repartiendo folletos, pero los viandantes ya no se los cogían. Pasaban de largo y fingían que no la veían, y finalmente se quedó

allí de pie, en medio de la acera, con el entrecejo fruncido, limitándose a dejar que la gente se desviara para no tropezar con ella, como una ola, hasta que dio media vuelta y se dirigió con todo el mundo hasta la esquina, hasta el semáforo, y tiró los folletos a la papelera, igual que había hecho todo el mundo.

Al día siguiente Harry recibió una llamada de Glen Scarp.

—Harry, mi hombre, estoy en Jersey dirigiendo una escena para un amigo. Dispongo de una hora entre las siete y las ocho para tomar una copa rápida contigo. Voy en helicóptero. ¿Te iría bien?

—No lo sé —dijo Harry—. Estoy ocupado. —Era importante mostrarse reservado con esos tipos, ser un poco inaccesible, actuar como si tú también tuvieras un helicóptero—. ¿Puedes llamarle más tarde?

—Por supuesto, por supuesto —dijo Scarp, como si lo entendiera perfectamente—. ¿Qué tal a las cuatro y media? Te llamo entonces.

—De acuerdo. Seguramente a esa hora sabré mejor cómo está mi agenda — fingió que tosía — para la tarde.

—Exacto —dijo Scarp—. Fabuloso.

Harry metía la ropa sucia en una bolsa de la lavandería que guardaba en el fondo del armario. La cogió, echó en ella dos piezas más de ropa interior que llevaban tiempo dando vueltas por allí, y se precipitó hacia el otro lado de la calle en dirección a la lavandería coreana con una caja grande de detergente fuerte y adecuado para todo tipo de prendas. Hizo la colada con emoción, se puso muy insistente cuando hubo que reclamar una secadora, fue al establecimiento de al lado y pidió un sándwich con huevo frito para llevar, con kétchup, y se lo comió en la lavandería sentado en la repisa de la ventana, cerca de un chulo con corbata de satén.

A las cuatro y media, cuando Scarp lo llamó, Harry le dijo:

—Todo arreglado. Sólo dime dónde quedamos.

Esa vez quedaron en un restaurante llamado Zelda. Harry iba con ropa interior y calcetines limpios.

—Ya nadie utiliza apóstrofos, ¿te has dado cuenta? —comentó Harry. Había estado allí antes y, de hecho, había dicho aquello antes —. Los nombres de los restaurantes parecen nombres de huracanes.

Zelda estaba especializado en cocina ecléctica de Luisiana. Servían cosas como filetes de salmón con macarrones y queso, ambos con espinas. Capas, ponchos y pequeños vestidos de verano colgaban del techo. Era justo la idea de restaurante que tiene una mujer sureña enloquecida.

Harry y Scarp se sentaron en la zona del bar, cerca del piano, flanqueados por unas macetas.

Scarp buscaba descripciones.

—No hay un...

—¡Negocio como el negocio del espectáculo! —espetó Harry.

—Sí —dijo Scarp algo estupefacto. Iba con pantalones vaqueros y una camisa de lino. Llevaba un nuevo broche, de peridoto y granate, prendido cerca del cuello de la camisa. Bebía un martini.

Harry no bebía. Pidió agua con gas y se sirvió puñados de los frutos secos que había en un recipiente delante de él. No había fumado desde que empezaron a llegar los camiones, y en ese momento sentía la necesidad de meterse algo en la boca, algo con lo que entretener la mano en su camino de ida y vuelta de la mesa.

—Háblame de eso que estás filmando en Nueva Jersey —empezó a decir Harry amablemente, pero se le atragantó una cáscara, comenzó a ahogarse y se le puso la cara roja y arrugada, tan atemorizadora como una colmenilla. Scarp le acercó el agua y apartó la vista por educación.

—Es un proyecto de un antiguo colega mío —dijo Scarp. Harry hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, pero le lloraban los ojos mientras deglutió el agua con gas. Scarp prosiguió como si no se diera cuenta de nada, como si para poder pensar tuviera que

estudiar los objetos que lo rodeaban—. Es una película sobre la culpabilidad burguesa... Ya sabes, cómo es posible ser burgués y artista simultáneamente...

—¿De verdad? —gruñó Harry. El agua le empañaba la mirada.

—... Y cómo la culpa te atormenta y cómo al final no puedes soportarlo. Como dijo Flaubert: «Lleva una vida burguesa para poder ser atrevido en tu arte».

Harry se aclaró la garganta y empezó a toser de nuevo. La cáscara seguía ahí, irritante y seca.

—No confío en las traducciones —dijo con voz áspera. Dio un trago de agua con gas concienzudamente prolongado y notó que la sangre se retiraba un poco de la cara. Hubo un silencio y entonces Harry añadió—: ¿Escribió Flaubert alguna obra de teatro?

—No lo sé —contestó Scarp—. De todos modos, sólo filmaba esa escena para mi amigo porque ha tenido que reunirse con un director de estudio. Un bonito encuentro en el gabinete del pedicuro. ¿Te has hecho alguna vez la pedicura?

—No.

—Tienes que probarlo. Es uno de los grandes placeres de la vida...

«Pero he tenido verrugas plantares. Tienes que ponerles ácido y tiritas...»

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Scarp, que de pronto parecía preocupado.

—Sí. Es que he dejado de fumar. Y, de repente, tanto aire en los pulmones... ¿Qué es un bonito engendro?

—¿Un bonito encuentro? Es el término que se emplea en Hollywood para referirse a dos personas que se reúnen y se enamoran.

—Ah... Creo que me gustaba más a mí mismo antes de saberlo.

Scarp se echó a reír.

—Vosotros, los escritores... —dijo mientras el martini iba bajando—. Bueno, nosotros, los escritores, debería decir. Por cierto, tengo que confesártelo: te he fusilado sin piedad. —Scarp sonrió,

orgulloso.

—¿Ah, sí? —dijo Harry. Algo se alineó en su interior, se puso en orden. Enderezó la espalda y desenredó los pies de las patas de la mesa.

—¿Sabes?, cuando nos vimos la otra vez estaba trabajando en un episodio en el que Elsie y John, los dos protagonistas, debían enfrentarse a todo tipo de conflictos familiares, incluyendo la muerte de un pariente de edad.

—Eso no me parece que sea fusilarme.

—Bueno, lo que he hecho ha sido utilizar parte de lo que me contaste sobre tu familia y el gas radón y..., ¿sabes?..., esa historia en particular sobre la muerte de tu tía Flora cuando salías con la chica de los Kennedy. Se emitirá el mes que viene. De hecho, te llamaré en cuanto averigüe la fecha exacta.

Harry no sabía qué decir. La sala se alejaba de él vertiginosamente, lo tiraba al suelo y daba vueltas, porque, para empezar, realmente nunca había formado parte de ella.

—¿Perdón? —tartamudeó. La mano le temblaba y la desplazó rápidamente hacia su cabello.

—Te llamaré. Cuando sepa la fecha. —Scarp frunció el entrecejo.

Harry miraba la madera veteada de la mesa..., un árbol partido para mostrar sus entrañas.

—¿Qué? —dijo, finalmente, despacio y como atontado. Cogió el vaso de agua con gas y tragó con prisas. Luego lo devolvió a la mesa con un golpe—. ¿Harías eso por mí? ¿De verdad, sinceramente, harías eso por mí? —Empezaba a gritar. La gente de la mesa más cercana al piano se giró para mirar—. Tengo que irme.

Scarp observó ansioso el reloj.

—Sí. Yo también tengo que darme prisa.

—No, ¡no me has entendido! —exclamó Harry en voz alta. Se puso en pie, parecía un gigante junto a la mesa—. Tengo que irme.

—Apartó la silla, que fue a parar contra una planta. Después se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta y la abrió de un empujón.

Se acercaba la noche, se acercaba con calidez, como un deshielo dulce, con olor a basura. El centro de la ciudad estaba lleno de marineros. Eran todo juventud, estaban en tierra y felices por eso, vestidos con sus uniformes tejidos en blanco y negro, exploraban Manhattan conscientes de que, de aquella guisa, estaban como en un plató de cine para el que habían adquirido entradas, conscientes de que el Bronx estaba arriba, «¡El Bronx está arriba!», como dice la canción, conscientes de que había chicas, y lugares donde había chicas, que tirarían de ellos, que sabían lo que ellos sabían aunque parecieran demasiado pequeñas para saberlo. Harry pasó deprisa junto a los marineros, junto a los corrillos bulliciosos e infantiles, y luego echó a correr. Los viejos vendían claveles en las esquinas y murmuraban palabras indescifrables a su paso. En el Hércules ponían *Desiree la Sucia* y *Jodin Hood* y los marineros entraban. Los taxis que estaban fuera de servicio corrían desde los locales donde habían bajado la bandera por última vez hacia el Burger King de la Nueve en busca de algo que comer. Harry esperaba que aquella carrera manzana tras manzana le aliviara el alma, pero nada podía con los marineros. Estaban por todas partes, desprovistos de sus gorras, marineros de agua dulce con impaciencia. En su manzana vio a una mujer que parecía Deli paseando con dos de ellos, uno en cada brazo. Y luego... resultó ser Deli.

Se detuvo, se quedó helado en plena zancada y empezó a andar de nuevo.

—Hola, Deli —susurró. Pero ¿quién era él para susurrar? Él mismo había intentado convertirse en prostituta, se había puesto sus viejas botas de plataforma y caminado con ellas, sólo para descubrir que era... una mujerzuela.

«El Battery está abajo. —Recordó otra vez la canción—. El Battery está abajo.» Se detuvo delante del tugurio de «Chicas a veinticinco centavos». Luces doradas se encendían y apagaban en la marquesina.

—¿Quieres comprar, tío? —le preguntó entre dientes un tipo que orinaba en la acera—. Tengo putas. Tengo pipas. Tengo crack.

Harry se dirigió a la cajera de la entrada. Le deslizó un dólar por debajo de la ventanilla y la cajera le devolvió cuatro fichas. «¿Qué tengo que hacer?», dijo, observando las monedas, pero la cajera no lo oía. Detrás de él llegaron dos marineros, pagaron cuatro dólares y entraron sin dejar de sonreír.

Harry los siguió. El interior tenía iluminación y escaleras como de discoteca, y a lo largo de las paredes había reservados con puertas de madera. Pasó tres de ellas de largo y se precipitó en la cuarta. Cerró la puerta, se sentó en el banco, respiró hondo y se echó a llorar, desesperado, por Breckie, por Dios y por esa vida que siempre parecía correr en paralelo a la suya, que jamás se cruzaba con ella, como la orilla opuesta del río que nunca podría alcanzar a nado por mucho que lo intentara. Observó las fichas que tenía en la mano. Estaban dejándole manchas azuladas debido a la humedad, se fundirían si no las utilizaba. Buscó a tientas, depositó una en la ranura y por detrás del cristal se levantó una pantalla negra. Delante de él, iluminada, bailando, apareció una Chica de Veinticinco Centavos, desnuda, de treinta y tantos, de cabello castaño rojizo y pálida: el *National Geographic* va a Irlanda. Sonaba la música y ella se contoneaba a su ritmo, adormilada e indiferente. Mientras la observaba, ella pareció levantar la vista, distinguirlo y dirigirse hacia su ventana, lentamente y sonriendo, hasta que se quedó presionando el pecho contra su panel, sólo el suyo. Él gimoteó, aplastó la boca contra la fría rosa de su pezón, contra el cristal lleno de manchas, y en un momento dado, en aquella, aquella maravillosa ciudad, sintió que gracias a sus esfuerzos se caldearía, de verdad, como algo real.

## ALEGRÍA

Fue en otoño, Jane lo sabía, cuando las pequeñas cosas empezaron a desaparecer. Los peces inundaban las playas y nadie comía una almeja para salvar su vida. Los pescadores de ostras recorrían con sus redes los lechos marinos y las ostras salían muertas. Negras como la podredumbre, y nadie sabía por qué. Gente de ambas costas se estremecía al pensar, veía los mares y luego el planeta entero levantándose en una ola airada, tintada, de sopa de pescado del tamaño de un tazón. Era a lo más lejos que podía llegar su imaginación, y era demasiado lejos. ¿Tenía eso algo que ver con ellos? Apagaban la radio, dejaban los platos en el fregadero y salían. O sintonizaban una emisora de música. Era una estación para que desapareciera todo lo pequeño, baratijas vivientes que creías tuyas: una pulsera de madreperla, el regalo de un amante, desquiciado y escabullido en plena noche como algo anhelado y cansado. La lluvia se quedó seca. El suelo se hizo migajas y los animales enloquecieron un poco de sed. Las ardillas, que olían el agua en la carretera, roían los manguitos de los coches y más tarde morían boca arriba. «Como tanta gente», dijo un locutor de la radio que luego puso una canción.

El gato de Jane tenía pulgas, sólo un indicio, pero iba a librarse de ellas; llevaría el gato al peluquero para que le diesen un baño y lo peinasen. Se oían rumores sobre pulgas. Podían pegarse un banquete en tu cuerpo cinco o seis veces diarias y no desaparecer nunca. Podías despertarte a medianoche en un baño de sudor con un sarpullido y la saliva pegajosa y blanca, formando grumos al intentar hablar. Podías observar tu vida y no reconocerla nunca más.

El peluquero estaba en una clínica veterinaria de la zona oeste de la ciudad. Los ricos llevaban allí sus gatos, y eso hacía creer a Jane que le daba al suyo los mejores cuidados posibles. Era un gato que dormía por la noche en la almohada, a su lado. Era un gato que llegaba corriendo —¡feliz de verla!— cuando aparcaba delante de su casa.

Esa mañana tenía que llevarlo antes de las ocho. Los perros entraban a las ocho y cinco y al veterinario le gustaba que los gatos llegaran antes para evitar conflictos. La verdad es que al gato de Jane le gustaban los perros, sentía curiosidad por ellos, no le importaba en absoluto observarlos desde la seguridad de los brazos de alguien. Por lo tanto, a Jane no le preocupaba la regla de las ocho en punto y a nadie parecía importarle si llegaba tarde debido al tráfico o porque se había retrasado tomando las dos tazas de café que necesitaba por la mañana simplemente para vestirse. La gente sólo comentaba lo bien educado que estaba su gato.

Normalmente tardaba quince minutos en llegar a la zona oeste, ésa era la dimensión de la ciudad, y Jane subía el volumen de la radio y cantaba sola: «He olvidado más de lo que ella jamás sabrá sobre ti». En los semáforos rojos se giraba para tranquilizar al gato, que permanecía contrariado y sumiso en el asiento del copiloto. Delante avanzaba despacio un monovolumen, y Jane se percató de que en la parte de atrás había una niña que le ponía caras por la ventana. Jane la saludó y también le puso caras: sacaba la lengua cuando lo hacía la niña, se tapaba la cara con el pelo y le guiñaba espectacularmente primero un ojo y luego el otro. Después de varias manzanas, Jane se dio cuenta, sin embargo, de que la niña no la contemplaba a ella, sino el tráfico en general. Jane recobró la compostura, metió la lengua en la boca, se arregló el pelo... Pero el padre de la niña, al volante, había observado a Jane por el espejo retrovisor y la miraba fijamente, horrorizado. Aminoró la marcha para mirarla más de cerca y luego cogió de nuevo velocidad para marcharse.

Jane cambió de carril y de emisora, encontró una canción que le gustaba, algo triste pero con ritmo. Adoraba cantar. En casa tenía los altavoces colgados en la cocina y se instalaba en el fregadero con un cepillo de mango hueco relleno de lavavajillas y cantaba y lavaba, cantaba y aclaraba. Cantaba «Si el teléfono no suena, sé que eres tú» y «Lo que el amor es para una paloma». Atacaba luego «Mi corazón se enciende» y tarareaba las estrofas que no conocía. Le gustaba todo tipo de música. En su adolescencia creía que lo que emitían en Muzak era «música clásica», y ya adulta sus gustos eran generosos y desconocían los prejuicios: lo que le gustaba era meterse en la canción. La mayoría de las veces trataba de no pensar en si la gente podía oírla o no, aunque hacía poco se había encontrado en una situación bastante violenta cuando el casero entró en el piso, pensando que ella no estaba en casa, y la pilló canturreando con acento inglés.

—Perdone —dijo el casero—. Lo siento.

—Oh —replicó ella—, sólo practicaba para la... ¿Ha venido a revisar los fusibles?

—Sí —contestó el casero, cuestionándose a quién alquilaba sus casas.

En una ocasión, por poco tiempo, Jane estuvo viviendo en el oeste de Oregón, pero regresó al Medio Oeste cuando ella y el novio que tenía allí rompieron. Era un alemán que fabricaba columpios y caballos de madera con balancín, y que, como ella, acababa de llegar a la ciudad. Hablaba el inglés a trompicones y utilizando términos coloquiales mal asimilados; decía cosas como «paja» en vez de «baja» y «cada oreja con su pareja». Una vez que se arregló para salir a cenar, le dijo que estaba «más buena que el can». A él le gustaba vivir peligrosamente y siempre iba por la ciudad con el coche en reserva. «Elige un carril y quédate en él», les gritaba a los demás conductores. Preparaba el peor café que Jane había probado en su vida, cenagoso y quemado, pero ella se lo bebía y los domingos pasaba largas horas en su cama. Sin embargo, al cabo de un tiempo él empezó a adquirir la costumbre de

salir sin ella, de no regresar a casa hasta las dos de la madrugada. Jane comenzó a llamarle a altas horas de la noche; dejaba que el teléfono sonase y luego daba vueltas por la ciudad en busca de su coche, que normalmente encontraba aparcado delante de cualquier bar. Esas cosas no eran típicas de ella, pero consciente de que la ciudad era lo bastante pequeña para permitírselas, le resultaba muy difícil resistirse a la tentación y no hacerlas. En cuanto se metía en el coche y lo ponía en marcha era como si hubiera chocado contra una pared, como si hubiera pasado de una habitación con normas a otra sin ellas. Cuando encontraba su coche, entraba en el bar, y si lo descubría en la barra rodeando lúgicamente con el brazo el cuerpo de otra mujer, le daba un golpecito en el hombro y le decía: «¿Quién es la gogó?». Luego le echaba la cerveza por las piernas. Había dejado de ser ella misma. Se había convertido en otra persona, en una mujer del salvaje oeste que irrumpía en los salones y que esperaba a que las puertas de batiente se cerraran a su espalda. Pronto, pensó, los camareros la temerían. Pronto empezarían a gritar advertencias al verla, igual que los marineros ante una tormenta: «¡Ahí llega!». Por lo tanto, al cabo de un tiempo abandonó Oregón y volvió sola a su ciudad. Alquiló una casa y consiguió primero un trabajo en Karen's Stout Shoppe, especializada en vestidos para mujeres obesas, y luego en una tienda de quesos del centro comercial de Marshall Field.

Lamentó la pérdida durante una breve temporada porque consideraba que le había proporcionado seguridad, que la había ayudado a no hundirse en tierra de nadie, esa tierra de llantos a medianoche y mascotas con demasiados juguetitos, pero en aquellos momentos apenas pensaba en él. Sabía que la vida sólo ofrece pequeñas alegrías —cuando las alcanzas, las grandes son demasiado complicadas para ser alegrías—, y cuando uno se da cuenta de eso, la presión disminuye considerablemente. Podrías dejar la presión a un lado, como un juego de niños que tiene la caja rota en las esquinas. Podrías guardarla en un viejo armario y olvidarte de ella.

Jane aparcó en el aparcamiento de la clínica veterinaria a las ocho y diez. Cogió el gato en brazos, empujó la puerta del coche con la cadera para cerrarla y entró. A pesar de que el ambiente del lugar era algo acre —la humedad del miedo de los animales, la tensión de las medicinas, aullidos amortiguados que penetraban desde la parte trasera—, la sala de espera le parecía agradable. Llena de esperanza gracias a los ficus. En las mesas había revistas y ceniceros de cristal italiano. De la pared colgaban acuarelas confusas y un letrero serigrafiado enmarcado en metal de color blanco que decía ATAR CON CORREA O SUJETAR A LOS ANIMALES. Jane se encaminó hacia el gran mostrador semicircular que tenía enfrente y depositó el gato sobre él. Detrás de ella había un hombre sentado con un letárgico labrador rubio que llevaba sujeto por la correa, y el gato de Jane miró hacia atrás, temblando ligeramente. En el otro extremo de la sala de espera había un perro de aguas enorme con aspecto fiero, como un dóberman. Tenía las orejas largas y colgantes, sin cortar, y su propietaria, una veinteañera, no paraba de decir: «Ven aquí, *Rex*. Siéntate, pequeño».

—¿En qué puedo ayudarla? —le preguntó la mujer de detrás del mostrador. Hasta entonces había estado mirando fijamente una pantalla de ordenador, tecleando y extrayendo unas terribles columnas de cantidades y fechas.

—Traigo el gato al peluquero —dijo Jane—. Me apellido Konwicki.

La mujer de detrás del mostrador sonrió y asintió con la cabeza. Tecleó algo en el ordenador.

—¿Y el nombre del gato? —preguntó.

—*Fluffers* —contestó Jane. Al principio había pensado ponerle de nombre *Joseph*, pero luego cambió de idea.

La mujer se alejó de la pantalla del ordenador haciendo rodar la silla. Cogió un gran micrófono plateado y le habló.

—*Fluffers* Konwicki ha llegado para peluquería. —Dejó el micrófono—. El peluquero saldrá dentro de un minuto —le dijo a Jane—. Puede esperar aquí.

Jane apretó el gato contra su pecho y se sentó en un sillón de director de piel de imitación que estaba justo enfrente de *Rex*, el perro de aguas. Entró entonces una mujer con sus dos hijos y un cochecito de bebé. La mujer abrió la puerta, la sujetó y el niño y la niña hicieron pasar el cochecito sin dejar de observarlo todo y lanzando a gritos preocupados interrogatorios y nombres cariñosos.

—*Gooby*, ¿estás bien? —preguntó el niño—. *Gooby* sabe que está en el médico, mamá.

—Esperad aquí, niños —dijo la madre, y se aproximó al mostrador con una débil sonrisa. Se apartó el flequillo de la cara, luego puso las manos sobre el mostrador y se quedó mirándolas fijamente un segundo, como si fuera la primera oportunidad que tenía en toda la mañana de verlas vacías—. Traemos un gato para operarlo —dijo, mirando hacia atrás—. Me apellido Miller.

—Miller —repitió la mujer de detrás del mostrador. Tecleó algo en el ordenador. Sacudió la cabeza, luego se levantó a consultar la pizarra situada junto a la caja registradora—. Miller, Miller, Miller —dijo, ausente—. Miller. ¡Eso es! ¡Aquí lo tenemos! —Sonrió a la señora Miller. El mundo era de nuevo la máquina bien engrasada que debía ser: al final todo se encontraba—. ¿Quiere pasar el cochecito con el gato por aquí?

La señora Miller se volvió hacia sus hijos.

—Niños, ¿queréis traer el gatito por aquí? —El niño y la niña empujaron el cochecito hacia delante con paso solemne y procesional. La mujer de detrás del mostrador se alejó de su puesto habitual y sujetó la puerta para mantenerla abierta y dar paso a la sala de observación.

—Aparcad el gato aquí —dijo. Llevaba zapatos blancos. Se vio entonces.

Estuvieron dentro menos de un minuto y a continuación volvieron a aparecer todos, los niños arrastrando a su espalda el cochecito vacío y la señora Miller con suspiros y sonrisas y dándole las gracias a la mujer de los zapatos blancos, que le dijo que la

llamara después de las tres de la tarde. A aquella hora habrían desaparecido los efectos de la anestesia y el doctor sabría mejor qué decirles.

—Gracias de nuevo —dijo la señora Miller—. ¿Niños?

—Mamá, mira —dijo la niña. Se había acercado al lugar donde estaba sentada Jane y acariciaba su gato, levantando la vista de vez en cuando para pedir permiso para seguir—. Mamá, mira..., esta señora también tiene un gato. —Llamaba a su madre, pero fue su hermano quien se acercó y se quedó junto a ella. Los dos pegaron sus pequeñas manitas, como estrellas, en la profundidad del pelo del gato y las movieron por allí.

—¿Te gusta? —le preguntó Jane al gato, y el gato la miró como si realmente no pudiera decidir. Luego asió la cabeza de *Fluffers* y la movió afirmativamente, como si estuviera respondiendo a la pregunta.

—¿Cómo se llama? —le preguntó la niña. Su mano había llegado al cuello del animal y le daba un masaje. El gato lo estiró, feliz.

—*Fluffers* —dijo Jane.

La voz de la niña subió una octava para alcanzar el tono de los gatos.

—Hola, *Fluffers* —medio cantó, medio chirrió—. ¿Cómo te encuentras, *Fluffers*?

—¿Está enfermo? —le preguntó el niño.

—Oh, no —respondió Jane—. Sólo ha venido para un baño especial.

—¿Te van a bañar, *Fluffers*? —arrulló la niña, mirando al gato directamente a los ojos.

—A nuestro gato van a operarlo —comentó el niño.

—Qué pena —repuso Jane.

El niño la observó perplejo.

—No —dijo—. Es bueno que lo operen. Así estará mejor.

—Bueno, sí, es cierto —dijo Jane.

—*Fluffers* me ha lamido un dedo —dijo la niña.

Entonces su madre apareció por detrás y colocó una mano sobre la cabeza de sus hijos.

—Tenemos que irnos, niños —anunció—. Bonito gato —le dijo a Jane.

La tienda de quesos donde trabajaba Jane, en el nuevo centro comercial situado en las afueras de la ciudad, se llamaba Swedish Isle y ella había sido ascendida recientemente a asistente del encargado. Sólo había dos asistentes en la tienda, Jane y una mujer mayor llamada Heffie, quien se encargaba de la caja mientras Jane se dedicaba a ofrecer muestras de queso al público, normalmente queso para untar o mojar extendido en pequeñas cantidades sobre crackers. En una ocasión se acercó a ella el director y le dijo que debía ser Heffie quien llevara a cabo el trabajo de las muestras y Jane el de la caja y las listas de precios, pero el director del establecimiento era también el ayudante del director de zona de la cadena y estaba excesivamente ocupado para pasar por allí con mucha frecuencia. Así que la mayor parte del tiempo era Jane quien se dedicaba a las muestras. Le gustaba el contacto con el cliente. «¿Quiere probar nuestro queso con cebollino y eneldo?», preguntaba con alegría. Se sentía como Molly Malone, sólo que más amistosa y sin berberechos ni mejillones; no había marisco de verdad en muchos kilómetros a la redonda. Era el Medio Oeste profundo. En las secciones de carne de las tiendas había carteles que decían: BUEY, CERDO Y PALITOS DE PESCADO.

—¿Gratis? —preguntaba la gente al coger un cracker o un cuadradito de pan de la bandeja de plástico.

—Naturalmente. —Ella sonreía y observaba las caras que ponían al masticar. Si se trataba de un hombre que consideraba guapo, le decía—: No. Un millón de dólares. —Y se reía de la forma más pequeña, más feliz.

A veces los mendigos (viejos hippies perdidos y músicos de centro comercial) se acercaban y se ponían en fila y ella les daba de comer a todos, como Dorothy Day en un comedor de beneficencia. En una ocasión leyó en una revista un artículo sobre Dorothy Day.

—Un poco tarde, ¿no? —dijo Heffie aquel día. Tiraba de la parte delantera del tirante del sujetador y parecía contrariada, como siempre. El cabello le clareaba en la coronilla y lo llevaba sujeto en lo alto con unos pasadores demasiado juveniles para su edad—. He tenido que abrir yo la caja. Si al jefe se le ocurriera pasar, sería el principio del fin. Suerte que tenía las llaves.

—Lo siento —se disculpó Jane—. Esta mañana he tenido que llevar al gato al veterinario que está en el otro extremo de la ciudad. ¿Algún cliente?

Jane le lanzó a Heffie una mirada de ansiedad. Le decía: «Perdóname». Y también: «¿Qué problema tienes?» y «Que tengas un buen día». La amabilidad era el machismo del Medio Oeste. Y tenía algo de atlético. Se trataba de tensar la cara en una sonrisa y dejarla allí esbozada como un gato desafiante.

—No, ningún cliente —contestó Heffie—, pero nunca se sabe.

—Bueno, gracias por abrir —dijo Jane.

Heffie se encogió de hombros.

—¿Te encargas hoy de las muestras?

—Sí, ya lo había pensado —respondió Jane hojeando unos papeles enganchados en una tablilla—. A menos que quieras hacerlo tú.

Lo dijo con una pequeña nota de amable acusación y amable falta de sinceridad. Heffie no mostraba el menor interés por las muestras y Jane se alegraba de ello. Se trataba, simplemente, de que a Heffie no le gustaba hacer nada, pero cualquier cosa que Jane hiciera le parecía más divertida, y más fácil, así que a veces se quejaba un poco utilizando para ello recursos como encogerse de hombros o lanzar algún que otro suspiro.

—No, está bien —dijo Heffie—. Ya lo haré en otro momento. —Corrió hacia un lado la puerta de vidrio que daba acceso al almacén refrigerado de exquisiteces y cogió un poco de requesón, cuya forma tambaleante y vivo color caléndula recordaban una pieza de un juego infantil. Se lo metió en la boca—. ¿Has practicado el surf alguna vez? —le preguntó a Jane.

—¿El surf? —repitió ella con incredulidad. Jamás podría imaginarse cómo a Heffie se le ocurrían determinadas preguntas.

—Sí, el surf. Ya sabes..., hay gente que lo practica. Eso de la tabla de fibra de vidrio que te sostiene de pie en el agua y luego llegan las olas... —La cara de Heffie era una luna nevada de cosas nunca hechas.

Jane apartó la vista.

—Hace un par de veranos practiqué el esquí acuático en un lago —repuso—. En Oregón.

A su amante, el temerario fabricante de juguetes, le gustaba hacer cosas de ese tipo. «Gamos, Jane —le había dicho—. Sólo vive una vez.» Lo que a ella se le antojó el motivo más importante para ir con cuidado, tomárselo con tranquilidad, disfrutar de una vida normal. No le gustaba hacer cosas donde el truco consistía en no morir en el intento.

—¿Esquí acuático? Bah —dijo Heffie—. No hay nada como el surf. No se trata de las olas, sino del riesgo.

Jane levantó la vista de la tablilla para observar cómo Heffie se alejaba andando como un pato, con los empeines rebosando de los zapatos como una masa pastosa. La mujer se encaminó hacia los rollos suizos de nueces, los presionó un poco con el puño y se quedó contemplando el exterior con la mirada perdida.

—¿Le apetece probar el cheddar con rábano picante que tenemos hoy en oferta? —Jane sonreía y mostraba la bandeja. Había extendido pequeñas cucharaditas de queso para untar sobre unas galletitas de arroz con mal aspecto que ofrecía a la gente, igual que

el camarero ofrece los *hors d'oeuvres* en una fiesta elegante. «*Horses' douvers*», solía llamarlos su madre—. ¿Le apetece probar una muestra de nuestro cheddar con rábano picante para untar que hoy tenemos en oferta especial?

Al menos no se trataba de echarle perfume a la gente. El mes anterior había conocido a una chica que se dedicaba a eso en el establecimiento que estaba al lado del suyo en Marshall Field. La chica, originaria de Florida, le dijo: «A veces lo echas a los ojos. Y no siempre por error». Jane sabía que los centros comerciales estaban llenos de vendedoras con historias. Corazones rotos, novios en la cárcel. La semana anterior se le habían acercado a Jane dos niñas de diez años, una gorda y la otra delgada, que vendían chocolatinas. La miraron como si fuese una versión más alta de ellas mismas, alguien en quien se convertirían cuando crecieran.

—¿Nos compra una chocolatina? —le preguntaron, con la mirada fija en sus muestras. Jane les ofreció una galletita untada de queso hasta arriba, pero ellas la rechazaron educadamente.

—¿Y qué tipo de chocolatinas vendéis?

—De almendras o crujientes. —La rellenita, que llevaba una sudadera morada y pantalones de pana de color azul lavanda, arrugó una bolsa de papel vieja contra su pecho.

—¿Es para las *girl scouts*? —les preguntó Jane.

Las niñas se miraron.

—No, es para mi hermano —contestó la rellenita.

Su amiga le dio un golpe en el brazo y apuntó entre dientes:

—Es para el equipo de tu hermano.

—Sí —dijo la niña, y Jane compró una chocolatina crujiente y al fin las convenció de que cogieran una de sus muestras, cosa que hicieron con una débil sonrisa—. ¿Tienes un marido camionero?

—Eso —dijo la otra—. ¿Lo tienes? —Y cuando Jane sacudió la cabeza para decir que no, pusieron mala cara y se marcharon.

Se detuvo entonces un hombre con un jersey azul como uno que tenía su padre y cogió educadamente una galletita de la bandeja. «¿Cuánto es?», preguntó, y Jane estaba a punto de responderle: «Un millón de dólares» cuando oyó que alguien la llamaba por el pasillo.

—¡Jane Konwicki! ¿Cómo estás? —Una mujer de su edad, vestida con un traje de chaqueta de color rojo, se abalanzó sobre ella y la besó en la mejilla. El hombre del jersey azul como el de su padre desapareció. Jane se quedó observando a la mujer del traje de chaqueta y durante un minuto no supo quién era. Pero las animadas facciones de la mujer se detuvieron por un instante para ponerse en su lugar y fue entonces cuando Jane se dio cuenta de que era Bridey, una amiga que hacía unos quince años que no veía, que se sentaba a su lado en el coro del instituto. Resulta curioso descubrir que la gente, cuando se queda quieta y puedes observarla un momento, no cambia tanto en realidad. No importa lo mucho que las modas transformen el aspecto de una niña, lo adulta que se haya hecho; con distintas modas arriba y abajo, sigue siendo la misma niña. Bridey tenía todas las edades —la niña, la anciana— en la cara. Era como un comedero de pájaros abierto al que todos sus años, los pasados y los futuros, hubieran acudido a comer.

—Bridey, estás estupenda. ¿Qué has estado haciendo? —Es ridículo preguntarle eso a alguien a quien no ves desde la época del instituto, pero ahí estaba.

—Bueno, el año pasado me enamoré locamente —dijo Bridey muy orgullosa de ello. Por supuesto, eso era lo primero de la lista, y su voz sugería que se trataba de una lista muy larga—. Y nos casamos, y nos hemos trasladado aquí después de pasar muchos apuros en la zona sur de Chicago. Es maravilloso estar de vuelta, te lo aseguro. —Bridey se sirvió una muestra de cheddar y luego otra. El queso se le quedó pegado entre los dientes, formando una argamasa pastosa y amarillenta, y cuando tragó y sonrió a Jane, ahí estaba, de nuevo, como algo desgraciado pero necesario.

—Se te ve tan... feliz —comentó Jane. Heffie revoloteaba ruidosamente por la tienda detrás de ella.

—Oh, lo estoy. No paro de encontrarme con la gente del colegio, y es fantástico. De hecho, Jane, podrías acompañarme esta noche. ¿Sabes qué voy a hacer?

—¿Qué? —Jane miró por encima del hombro y vio que Heffie probaba con el dedo el queso de untar de la zona de exquisiteces. Metía el dedo hasta el fondo y luego lo lamía lentamente, como si de un helado se tratase.

—Oh —dijo Bridey, en voz baja y con aire de preocupación—. ¿Es una clienta o una empleada?

—Empleada —contestó Jane.

—Bueno, el caso es que voy a probar suerte con el Coro Municipal —prosiguió Bridey—. Forma parte de mi nuevo programa. Estoy aprendiendo alemán...

—¿Aprendiendo alemán? —la interrumpió Jane.

—... asistiendo a clases de cocina, y voy a volver al canto coral.

—Siempre fuiste buena cantante —comentó Jane. A Bridey solían ofrecerle los solos.

—Sí, mi voz se ha ido al traste, pero no me importa. ¿Por qué no vienes conmigo? Podríamos realizar juntas la audición. Se supone que las audiciones no son muy duras.

—Eh, no sé —dijo Jane, aunque la idea de volver a cantar en un coro la entusiasmaba de repente.

Ese gran sonido volando sobre el público, como una migración de aves, como un millón de globos. Pero la idea de participar en una audición le resultaba aterradora. ¿Y si no la cogían? ¿Cómo podría volver a abrir la boca para cantar otra vez, incluso aunque fuera sola en casa? ¿Cómo evitar que su propia voz la atormentara por las mañanas de camino al trabajo, cuando escuchaba la radio? Lo echaría todo a perder. Las canciones se le quedarían pegadas en la garganta como polillas. Sólo escucharía las noticias, y cuando llegara a trabajar estaría silenciosa y triste.

—Oye —dijo Bridey—, yo soy malísima, de verdad.

—No, no lo eres. Déjame oír cómo cantas —dijo Jane.

Bridey la miró perpleja, cogió otra muestra de cheddar con rábano picante y masticó.

—¿Cómo canto? Dios, esto está buenísimo.

—Sí, canta algo corto. Quiero saber a qué te refieres cuando dices que eres malísima. Porque yo sí que soy malísima. Vamos. Te daré el tono. «Rema, rema, rema en la barca, tranquilamente río abajo...»

—«Feliz, feliz, feliz, feliz» —continuó Bridey sin mucha gracia. Jane se preguntó si estaría reprimiéndose—. «La vida es como un sueño.» —Bridey miró a Jane con cara de infelicidad—. ¿Ves?, ya te había dicho que soy malísima.

—Cantas mucho mejor que yo —le aseguró Jane.

—¿Dónde vives ahora? —Bridey tiró de la chaqueta del traje rojo y echó un vistazo al centro comercial.

—En Neptune Avenue. Cerca del cruce con Oak. ¿Y tú?

—En los apartamentos Brickmire. Tienen piscina, eso fue lo que nos convenció. —Bridey señaló en dirección a Heffie y susurró—: ¿Se pasa el día picando así? —Bridey acababa de coger una galletita más de la bandeja de Jane.

—¿Realmente quieres saberlo?

—Tienes razón. La verdad es que no —respondió Bridey, y devolvió la galletita de arroz.

Después del trabajo, Jane regresó a la zona oeste de la ciudad para ir a por el gato. Le había prometido a Bridey que se reuniría con ella en las audiciones, que empezaban a las siete y media en su antiguo instituto, pero se le revolvía el estómago sólo de pensarlo. Intentó cantar en el coche —«Doe, un ciervo, un ciervo hembra»—, pero la voz le sonaba hueca y asustada. Mientras estaba parada en un semáforo en rojo, la persona del coche vecino la vio mover los labios y sacudió la cabeza.

Cuando llegó al veterinario, el aparcamiento estaba lleno de coches. En recepción la gente se agrupaba desordenadamente en torno al mostrador a la espera de su turno. Estaban trabajando dos empleados, un joven en la caja y la mujer de los zapatos blancos, que decía al micrófono:

—*Spotsy Wechsler, Spotsy Wechsler.* —Luego dejó el micrófono—. Vendrá enseguida —le dijo a un hombre que llevaba una cazadora vaquera muy parecida a la que llevaba siempre el hermano de Jane cuando eran pequeños—. ¿El siguiente? —La mujer observaba el conjunto de propietarios de mascotas que tenía enfrente—. ¿A quién puedo atender? —Nadie decía nada.

—Puede atenderme a mí —dijo finalmente Jane—, pero este señor estaba aquí antes que yo. Y ese otro también. —Uno de los hombres que tenía delante se volvió para mirarla, colorado, y después recuperó su posición inicial y se dirigió muy despacio a la mujer de los zapatos blancos.

—Me llamo Miller —anunció el hombre muy serio, como si se tratase de un secreto. Iba vestido con traje y llevaba el nudo de la corbata flojo—. Vengo a recoger el gato que mi esposa ha traído esta mañana para operar.

La mujer palideció.

—Sí —repuso, y no le preguntó el nombre—. *Gooby Miller* —dijo al micrófono—. *Gooby Miller* a recepción. —El hombre había sacado la cartera, pero la mujer le dijo—: No tiene que pagar nada. —Y siguió tecleando en el ordenador durante un minuto muy largo.

Procedente de la sala trasera, apareció un joven estudiante con una caja en los brazos.

—¿El gato de los Miller? —preguntó desde el umbral de la puerta, y el hombre trajeado levantó una mano. El chico depositó la caja sobre el mostrador.

—Me gustaría hablar con el veterinario —pidió el hombre.

La mujer de los zapatos blancos lo miró asustada, pero el chico dijo:

—Sí, está esperándolo. Pase por aquí. —Y acompañó al hombre a la sala de observación, que tenía la puerta completamente abierta para dejarles paso, una puerta que luego se cerró a sus espaldas como un hecho consumado. La caja se quedó sola sobre el mostrador.

—¿Puedo ayudarla en algo? —le preguntó la mujer a Jane.

—Sí, vengo a recoger a mi gato, que ha estado en la peluquería. Me llamo Konwicki.

La mujer cogió el micrófono.

—¿Y el nombre del gato?

—*Fluffers*.

—*Fluffers* Konwicki a recepción. —La mujer dejó el micrófono

—. El gato llegará dentro de un instante.

—Gracias —dijo Jane. Miró la caja de cartón del mostrador, que rozaba con el codo. En ella ponía: PIÑA DOLE. Prestó atención por si oía araños o algún tipo de movimiento, pero nada—. ¿Qué hay en la caja? —preguntó.

La mujer hizo una mueca, culpable por la comedia, exagerada. No sabía qué cara poner.

—*Gooby Miller* —respondió—. Un gato muerto.

—Pobre... —murmuró Jane. Recordó a los niños que había visto por la mañana—. ¿Qué ha sucedido?

La mujer se encogió de hombros.

—Una operación de tiroides. Ha muerto en la mesa. ¿Puedo atenderlo, caballero?

Iban a buscar a *Rex*, el perro de aguas, que avanzaba cojeando en dirección a su amo, con una férula en una pata delantera. Todo era como un sueño: las cosas que habías visto antes, con luz de día, salían luego de forma ligeramente distinta.

Una vez que montaron a *Rex* en un camión de juguete y lo sacaron de la clínica, el peluquero se presentó con *Fluffers*, que parecía aturdido y olía a loción antipulgas con aroma a lilas.

—Ha sido un gato muy bueno —comentó el peluquero, y Jane cogió en brazos a *Fluffers*, que estuvo a punto de escapársele.

«Gracias a Dios que no te han traído dentro de una caja de piña», pensó, aunque acabó diciendo:

—Y ahora ya está tan guapo como siempre.

—He encontrado algunas pulgas —dijo el peluquero—. Pero no demasiadas.

Jane pagó rápidamente la factura y se fue. La oscuridad se cernía sobre la autopista como un estado de ánimo, y los coches encendieron las luces. Metió al gato en el coche y estaba cerrando la puerta del copiloto cuando oyó unos gritos procedentes del otro extremo del aparcamiento.

—¡*Fluffers!* ¡*Fluffers!* —Eran gritos emocionados de niño—. ¡Mira, es *Fluffers*!

El niño y la niña con los que Jane había hablado por la mañana saltaron de pronto del monovolumen donde estaban esperando. Cerraron las puertas traseras y se precipitaron casi sin respirar hacia Jane y su gato. Llevaban abriguitos y gorras con orejeras. Había refrescado.

—Oh, *Fluffers*, qué bien hueles... ¡Hummm, hummm, hummm! —dijo la niña, que apretó la cara contra las perfumadas extremidades de *Fluffers*, la mantuvo allí y empezó a llorar. Jane miró hacia arriba y vio que la poca luz que quedaba en el cielo era espantosamente alargada, como las patas de un caballo que de una manera u otra deben seguir sujetándolo. Liberó una mano para acariciar la cabeza de la niña—. ¡Oh, *Fluffers*! —Un nuevo gemido ahogado; la niña se negaba a levantar el rostro.

Su hermano permanecía más estoicamente a su lado. Tenía la cara rosa e inflamada, aunque algo iba endureciéndose detrás de su mirada. Estudiaba a Jane como si estuviera reorganizando lo que él consideraba lo más importante de su vida.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

Era una cosa pequeña, sólo una cosa pequeña, pero Jane decidió finalmente no arriesgarse a acudir a la audición. Telefoneó a Bridey y se disculpó, diciéndole que había pillado un virus o algo, y Bridey dijo: «Probablemente te lo habrá contagiado esa Heffie, probándolo todo de esa manera... De todos modos, espero que vengas a cenar, si es posible, algún día de esta semana», y Jane dijo que sí, que iría.

Y fue. Fue el jueves siguiente y cenó con Bridey y su marido, que era un hombre grande y simpático que trabajaba como consultor para empresas informáticas. Llevaba una camisa con un estampado de caballitos de mar como la que llevaba su examante, el fabricante de juguetes, cuando fue a visitarla un último fin de semana, en recuerdo de los viejos tiempos. Era una camisa bonita, suave como un pijama, y la llevaba puesta aquel domingo que cogieron el coche y pasaron de largo la feria de calabazas para dirigirse a la frontera estatal y ver el Misisipi. El río corría junto a ellos, bajo ellos, de un verde arcilloso, de un intenso, intenso caqui. Jane le acarició la camisa, se agarró a ella; en ese paisaje lunar de robles bajos y pinos, en ese lugar que al principio del mundo había estado completamente enterrado bajo el agua y que ahora únicamente poseía vientos, era bueno que hubiese un río que lo atravesara, que partiera en dos la tierra. A lo lejos, más allá de un valle manchado por abedules, había árboles de mayor tamaño, cedros y alerces que se teñían de dorado —¡de dorado!— y Jane sintió que por fin disfrutaba de un momento que la acompañaría el resto de su vida, de algo que no perdería jamás. No había nada que pareciera tan verdadero como un árbol amarillo.

Después de cenar fue con Bridey al ensayo del coro municipal y cantó algunos ejercicios con todo el mundo. Pero cuando pasaron las hojas con las canciones no había suficientes para todos. El director reparó en esa circunstancia, miró de reojo acusadoramente a las sopranos y preguntó:

—¿Hay alguien aquí que no debería estar? —Jane levantó la mano y dio sus explicaciones—. Me temo que esto no está permitido. Si desea formar parte del coro debe superar una audición.

—Lo siento —dijo Jane, y se levantó y devolvió su hoja al director del coro. Cogió el bolso, miró a Bridey y se encogió de hombros, infeliz.

—Te llamaré —silabeó Bridey.

Pero cuando Bridey la llamó era casi Navidad y Jane estaba muy ocupada en la tienda. Había montones de rollos y quesos para untar especiales para las fiestas, y además estaban intentando preparar paquetes de regalo. En medio de todo eso, Heffie anunció que se marchaba, y aquel día llevó una botella de champán y ella y Jane se la bebieron allí mismo, en el trabajo. Lo sirvieron en copas de plástico, bebieron y brindaron agachadas detrás del mostrador de las exquisiteces, alargando el cuello de vez en cuando para asegurarse de que no había entrado ningún cliente.

—Por nuestras pequeñas vidas —brindó Heffie.

—En la pradera —añadió Jane. El champán burbujeaba en su paladar. Lo templó allí, se lo pasó por la boca hasta que perdió el gas y lo deslizó garganta abajo, como un agua caliente y dulce.

Ella y Heffie abrieron un tarro de arenques en salsa que tenía un cierre tremadamente difícil. Metieron los dedos y comieron. Cantaron un par de villancicos que sabían las dos, y los cantaron mal.

—«Que todos los corazones le preparen una morada» —cantaba Heffie con la boca llena de pescado. El mundo era precioso, de verdad, aunque complicado e irritable con las pequeñas cosas, como un dios que no se deja ver mucho.

—Surf —dijo Heffie—. Tienes que alejarte de los inviernos normales para ir a algún lugar lleno de olas y corrientes cálidas.

En la zona de las exquisiteces, las secas lunas de los quesos y los mugrientos untables llevaban sus habituales etiquetas de plástico: HOLA, ME LLAMO... Jane metió una mano y sacó la que decía: HOLA, ME LLAMO QUESO DE ALMENDRAS SUIZO.

—Toma —le dijo a Heffie—. Esto es para ti.

Heffie se echó a reír, áspera y enérgicamente; luego cogió la etiqueta y la pegó en uno de sus pasadores, cerca de la coronilla, donde empezaba a perder pelo, y la despoblada calva brilló sorprendida, pálida aunque constante, por debajo.

## ADEMÁS USTED ES FEO

Tenías que salir de ellas de vez en cuando, de esas ciudades de Illinois con nombres graciosos: Paris, Oblong, Normal. En una ocasión, cuando el Dow Jones cayó doscientos puntos, el periódico de Paris presumió con un titular de gran tamaño que decía: HOMBRE NORMAL SE CASA CON MUJER OBLONGA. Sabían lo que era importante. ¡Lo sabían! Pero era necesario salir de vez en cuando, aunque fuera tan sólo cruzar la frontera para ir a Terre Haute a ver una película.

En las afueras de Paris, en medio de un campo inmenso, había un grupo de edificios de ladrillo, una escuela de humanidades que ostentaba el inverosímil nombre de Hilldale-Versailles. Zoë Hendricks llevaba tres años allí dando clases de Historia de Norteamérica. Enseñaba «La Revolución y más allá» a estudiantes de primero y segundo, y cada dos semestres impartía un seminario superior para los que cursaban la especialidad, y a pesar de que las evaluaciones realizadas por los estudiantes mostraban patinazos desde hacía ya un año y medio («la profesora Hendricks suele llegar tarde a clase, y cuando llega, aparece con una taza de chocolate caliente que ofrece a la clase»), en términos generales al departamento, integrado por nueve hombres, le gustaba contar con ella. Sus miembros creían que añadía un necesario toque femenino a los pasillos..., ese vago rastro de Obsession y sudor, el taconeo ligero y rápido de los zapatos. Además habían tenido un pleito por discriminación sexual y el decano decidió que había llegado el momento de contratar a una mujer.

Ella no lo tenía fácil, lo sabían. Una vez, al inicio del último semestre, irrumpió en su aula cantando *Getting to know you...*, las dos estrofas. Siguiendo las instrucciones del decano, el director la llamó a su despacho pero no le pidió explicaciones, la verdad es que

no. Le preguntó cómo estaba y luego sonrió como sonrían los tíos. Ella le dijo que «Bien» y él estudió cómo lo había dicho, con los dientes mordiendo el labio inferior. Era casi bonita, pero su cara mostraba la tensión y la ambición de estar siempre cerca, aunque no del todo. El esfuerzo dedicado al lápiz de ojos era excesivo, y los pendientes, elegidos sin duda para provocar el dramatismo del que carecían sus facciones, asustaban un poco, pues salían disparados de cada lado de la cabeza como antenas.

—Estoy perdiendo el juicio —le dijo Zoë a su hermana menor, Evan, en Manhattan. «La profesora Hendricks parece saber de memoria la banda sonora de *El rey y yo*. ¿Es historia eso?» Zoë la llamaba por teléfono los martes.

—Siempre dices lo mismo —replicó Evan—, pero luego te marchas de viaje y de vacaciones, después te adaptas a las cosas, luego pasas una temporada tranquila y luego dices que estás bien, que estás ocupada, y al cabo de un tiempo vuelves a decir que estás volviéndote loca y empiezas otra vez la rueda.

Evan trabajaba a tiempo parcial como diseñadora de alimentos para fotografías. Cocía verduras en tinte verde. Apuntalaba estofado de buey con un lecho de canicas y compraba nuevos tipos de espráis de silicona y cubitos de hielo de plástico. Pensaba que su vida estaba «bien». Vivía con su pareja de muchos años, que era independientemente rico y tenía un trabajillo divertido en el mundo editorial. Habían finalizado los estudios hacía cinco años y vivían en un lujoso edificio de pisos del centro con balcón y piscina comunitaria. «No es lo mismo que tener tu propia piscina», decía siempre Evan entre suspiros, como para que su hermana supiera que, como le pasaba a Zoë, aún había cosas de las que ella, Evan, debía prescindir.

—Illinois. Estar aquí me hace sarcástica —dijo Zoë al teléfono. Solía insistir en que era ironía, algo suavemente preparado y sofisticado, algo ajeno al Medio Oeste, pero los estudiantes seguían llamándolo «sarcasmo», algo que se sentían cualificados para reconocer, y ella les daba ahora la razón. No era ironía. «¿Qué

perfume lleva?», le preguntó un estudiante en una ocasión. «Aambientador», le respondió ella. Le sonrió, pero él la miró desconcertado.

Sus estudiantes eran los típicos muchachos del Medio Oeste, crecidos con los estrógenos obtenidos a partir de grandes cantidades de carne y queso. Compartían los valores residenciales de sus padres; sus padres les habían dado cosas, cosas y cosas. Eran complacientes. Habían sido comprados. Estaban armados con una saludable vaguedad respecto a cualquier tema histórico o geográfico. De hecho, parecían saber muy poco de todo, pero se mostraban extremadamente buenos en ello.

—Esos estados del Este son diminutos y muy distintos, y están completamente apelotonados —se quejó uno de sus alumnos la semana que dedicó a «El momento decisivo de la Independencia: la batalla de Saratoga»—. Profesora Hendricks, usted es de Delaware, ¿verdad? —le preguntó el estudiante.

—De Maryland —lo corrigió Zoë.

—Ya —dijo él, sacudiendo la mano como no queriendo hablar más del tema—. Nueva Inglaterra.

Sus artículos —capítulos de un futuro libro titulado *Sobre el número uno: la utilización del humor en la presidencia norteamericana*— eran en general bien recibidos, aunque aparecían lentamente. Le gustaba que sus textos incluyeran algo de cada momento del día —no confiaba en las cosas escritas únicamente por la mañana—, y por eso los releía y los reescribía con mucho esmero. No permitía que dominase ninguna parte concreta del día, ni sus estados de ánimo ni su luz. A veces se demoraba en un artículo un año entero, revisándolo a todas horas, hasta conseguir que registrara la totalidad de la jornada.

El empleo que había tenido antes del de Hilldale-Versailles estaba en una pequeña universidad de Nueva Ginebra, Minnesota, la Tierra del Centro Comercial Herido de Muerte. Allí todos eran tan rubios que pensaban que las morenas eran extranjeras. «Que la profesora Hendricks sea española no le da derecho a ser tan

negativa respecto a nuestro país.» Existía un énfasis generalizado en la alegría. En Nueva Ginebra se suponía que nadie podía criticar ni quejarse. Se suponía que nadie debía darse cuenta de que la ciudad había crecido ilimitadamente y de que sus centros comerciales estaban cayéndose a pedazos y hundiéndose. Jamás podías decir otra cosa que no fuera: «Estoy bien, gracias, ¿y usted?». Tenías que ser Heidi. Tenías que subir las montañas cargada con leche de cabra y no pensártelo dos veces. Heidi no se quejaba. Heidi nunca se quedaría plantada delante de la nueva fotocopiadora IBM diciendo: «Si esta jodida Xerox se rompe otra vez, me corto las venas».

Pero en aquel momento, en su segundo trabajo, en su cuarto año como profesora en el Medio Oeste, Zoë estaba descubriendo algo que jamás había sospechado albergar: un lado arisco, irascible y mordaz. En el pasado había mimado a sus alumnos, les cantaba canciones, les permitía, incluso, que la llamaran a casa y le hicieran preguntas personales. Pero estaba perdiendo la compasión. Empezaban a parecerle distintos. Empezaban a parecerle exigentes y malcriados.

—Usted actúa —le dijo una alumna del seminario superior en una conferencia programada— como si su opinión valiera más que la de cualquier otra persona presente en el aula.

Zoë abrió los ojos de par en par.

—Yo soy la profesora —dijo—. Me pagan por actuar así. —Observó con detenimiento a la estudiante, que llevaba en el pelo un gran lazo de cuero, como una vaquera en una serie televisiva de rancheros—. Me refiero a que, de lo contrario, todo el mundo en la clase tendría pequeños despachos y horario de visitas. —«A veces la profesora Hendricks dedica toda la hora a comentar las películas que ha visto.» Se quedó mirando fijamente a su alumna un rato más y luego añadió—: Me apuesto lo que sea a que eso te gustaría.

—Tal vez le parezca una quejica —replicó la chica—, pero lo único que quiero es que mi asignatura de Historia tenga algún sentido.

—Bueno, pues ahí está tu problema —dijo Zoë, y, con una sonrisa, la acompañó hasta la puerta—. Me gusta tu lazo —añadió.

Zoë vivía por el correo, por el cartero, ese guaperas tontorrón que iba de azul, y cuando recibía una carta de verdad, con un sello de verdad, de cualquier otro lugar, se metía en la cama con ella y la leía una y otra vez. Además veía la televisión hasta las tantas y tenía el aparato en el dormitorio, un mal síntoma. «La profesora Hendricks ha criticado a Fawn Hall, la religión católica y todo el estado de Illinois. Es increíble.» En Navidad daba un aguinaldo de veinte dólares al cartero y a Jerry, el único taxista de la ciudad, al que había llegado a conocer gracias a todos sus viajes de ida y vuelta al aeropuerto de Terre Haute, y quien, al percatarse de que esos viajes no eran más que una extravagancia, solía rebajarle la tarifa.

—Voy a coger un avión para ir a verte este fin de semana —anunció Zoë.

—Esperaba que lo hicieras —dijo Evan—. Charlie y yo hemos preparado una fiesta de Halloween. Será divertido.

—Ya tengo disfraz. De cabeza de hueso. Esa cosa que es como un hueso gigante que te atraviesa la cabeza.

—Fantástico —comentó Evan.

—Sí, es fantástico.

—Yo sólo tengo la máscara de luna del año pasado y del anterior. Probablemente acabaré poniéndomela para casarme.

—¿Os casáis Charlie y tú? —Su voz amagaba un presentimiento.

—Hummm, no de inmediato.

—No te cases.

—¿Por qué?

—Aún no. Eres demasiado joven.

—Sólo me lo dices porque tú eres cinco años mayor que yo y no te has casado.

—¿Que no me he casado? Oh, Dios mío, he olvidado casarme.

Zoë había salido con tres hombres desde su llegada a Hilldale-Versailles. Uno de ellos trabajaba en la burocracia municipal de Paris; un día le arregló una multa de aparcamiento que ella había ido a reclamar y luego la invitó a tomar un café. Al principio pensó que él era asombroso: ¡por fin alguien que no quería a Heidi! Sin embargo, pronto llegó a la conclusión de que todos los hombres, en lo más profundo de su ser, querían una Heidi. Una Heidi con escote. Una Heidi con ropita. El burócrata de la multa de aparcamiento se cansó y se volvió intermitente enseguida. Un frío día de otoño, en el interior de su llamativo y poco práctico descapotable, ella le preguntó qué iba mal y él respondió:

—No te iría nada mal un poco de ropa nueva, ¿sabes? —Zoë iba siempre con pantalones de pana de color gris verdoso. Le daba la sensación de que resaltaban sus ojos, esas tímidas estrellas. Se quitó una hormiga que tenía en la manga—. ¿Tienes que tirar eso en el coche? —dijo él mientras conducía. Bajó la mirada para contemplarse los pectorales: primero un vistazo rápido al izquierdo, luego al derecho. Llevaba una camisa ajustada.

—¿Perdón?

Aminoró la velocidad ante un semáforo en ámbar y frunció el entrecejo.

—¿No podías haberla cogido para tirarla fuera?

—¿La hormiga? Podría haberme mordido. ¿Y dónde está la diferencia?

—¡Podría haberte mordido! ¡Vaya ridiculez! ¡Ahora pondrá huevos en mi coche!

El segundo chico era más dulce, más bobalicón, y aunque no era del todo insensible a determinadas obras de arte o canciones, hacía o decía también, con demasiada frecuencia, cosas que la sorprendían. En una ocasión, en un restaurante, le robó el aderezo de su plato y esperó a que ella se diera cuenta. Y como no se daba cuenta, acabó acercándose la mano cerrada y diciéndole: «Mira», y cuando la abrió, aparecieron su ramito de perejil y su gajo de naranja, hechos una bolita. Otra vez le describió un reciente viaje al

Louvre. «Y allí estaba yo delante de *La balsa de la Medusa* de Géricault, cuando todos se habían alejado ya, manteniendo una audiencia privada con la obra, con todos esos cuerpos pintados que se ahogan y se esparcen en todas direcciones, y con el movimiento que tiene ese cuadro, que se inicia en la parte inferior izquierda, gira y crece, y crece, y crece, y sube hasta la esquina superior derecha, donde se encuentra ese chico que ondea la bandera, y a lo lejos, en el horizonte, se ve ese barco diminuto... —Se quedó sin aliento en pleno relato. Ella lo encontró conmovedor y sonrió para animarlo—. Un cuadro como ése... —añadió, sacudiendo la cabeza—. Te cagas sólo de verlo.»

—Tengo que preguntarte algo —dijo Evan—. Sé que todas las mujeres se quejan porque no conocen hombres, pero, la verdad, a mí no me ocurre, yo conozco muchos hombres. Y no son gays. —Hizo una pausa—. Ya no.

—¿Y qué es lo que me preguntas?

El tercer tipo era un profesor de Ciencias Políticas que se llamaba Murray Peterson a quien le gustaba salir en pareja con compañeros de trabajo cuyas esposas lo atraían. Normalmente, las esposas consentían en flirtear con él. A veces se rozaban los pies bajo la mesa, y en una ocasión incluso las rodillas. Zoë y el marido se dedicaban a su comida, observaban sus respectivos vasos de agua y masticaban como cabras.

—Oh, Murray —dijo una de las esposas, que no había terminado el máster en Fisioterapia y que llevaba una ropa estupenda—, ¿sabes?, lo sé todo sobre ti: tu cumpleaños, tu matrícula... Lo tengo todo memorizado. Pero es que mi cabeza es así. Una vez, en una cena, dejé alucinado al anfitrión cuando me levanté y me despedí de todos los presentes llamándolos por su nombre y apellido.

—Yo conocí un perro que también hacía eso —comentó Zoë con la boca llena. Murray y la esposa la miraron con sendas expresiones de vejación y rechazo, pero el marido pareció de repente volver a la vida y pasárselo en grande. Zoë tragó—. Era un

Laboratorio de Conversación y al cabo de diez minutos de escuchar la conversación de la cena, aquel perro sabía el nombre de todo el mundo. Podías decirle, por ejemplo, «Llévale este cuchillo a Murray Peterson», y lo hacía.

—¿De verdad? —replicó la esposa, con mala cara, y Murray Peterson no volvió a llamarla nunca más.

—¿Estás saliendo con alguien? —dijo Evan—. Te lo pregunto por un motivo en particular, no pretendo ser como mamá.

—Salgo con mi casa. La atiendo cuando se moja, cuando llora, cuando vomita.

Zoë se había comprado una casa de rancho verde menta cercana al campus, aunque últimamente pensaba que quizá no debía haberlo hecho. Vivir en una casa era duro. No cesaba de entrar y salir de las habitaciones, preguntándose dónde había puesto las cosas. Bajaba al sótano porque sí, porque le divertía ser propietaria de un sótano. También le divertía ser propietaria de un árbol. El día que se trasladó, le puso un pequeño letrero de papel que decía: «El árbol de Zoë».

Sus padres, en Maryland, estaban encantados de que una de sus hijas hubiera podido permitirse por fin una propiedad inmobiliaria, y cuando firmó los papeles de la casa, le enviaron flores con una tarjeta de felicitación. Su madre, incluso, le envió por UPS una caja con revistas de decoración antiguas que había ido guardando a lo largo de los años, llenas de fotografías de preciosas habitaciones que su madre solía contemplar extasiada, ya que nunca habían dispuesto del dinero suficiente para redecorar. Tener esa caja era como tener la pornografía de su madre, heredar sus ansiadas fantasías, el deseo y la burla eterna que había sido su vida. Pero para su madre era un rito de iniciación que la complacía. «Quizá saques algunas ideas de todo esto», le escribió. Y al mirar las fotos, los llamativos y bellos salones, un sentimiento de añoranza inundó a Zoë. Ideas e ideas de añoranza.

En esos momentos la casa de Zoë estaba más bien vacía. El anterior propietario había empapelado sin retirar los muebles, de modo que las paredes habían quedado punteadas por huecos y siluetas extrañas, y ella aún no había hecho nada al respecto. Había comprado muebles, luego se los había llevado, amueblar y desamueblar, preparar algo y luego despojarse de ello, como hace una matriz. Había comprado varias cajas de madera de pino para utilizarlas a modo de confidentes o zapateros, pero acabó devolviéndolas porque cada vez le parecían más y más ataúdes para niños. Y hacía muy poco que había comprado una alfombra oriental para el salón, con símbolos chinos que no comprendía. La vendedora insistió en que significaban «paz» y «vida eterna», pero empezó a preocuparse cuando llegó a casa con la alfombra. ¿Y si no significaban «paz» y «vida eterna»? ¿Y si significaban, por ejemplo, «Bruce Springsteen»? Y cuantas más vueltas le daba, más convencida estaba de que tenía una alfombra que decía «Bruce Springsteen», así que también la devolvió.

Compró asimismo un pequeño espejo barroco para el recibidor porque Murray Peterson le había dicho que servía para ahuyentar los malos espíritus. Sin embargo, el espejo la asustaba a ella, la sorprendía con la imagen de una mujer que nunca reconocía. Unas veces mostraba un aspecto más hinchado y más simple de lo que recordaba. Otras, sospechoso y oscuro. La mayoría de las veces simplemente tenía un aspecto vago. «Te pareces a alguien que conozco», le habían dicho en el último año dos desconocidos en sendos restaurantes de Terre Haute. De hecho, a veces parecía no tener aspecto propio, no tener aspecto, y empezaba a asombrarla que sus alumnos y compañeros fueran capaces de reconocerla. ¿Cómo lo sabían? Cuando entraba en cualquier sitio, ¿cómo sabían que era ella? ¿Así? ¿Tenía ese aspecto? De modo que devolvió el espejo.

—Te lo pregunto porque conozco a un hombre que creo que deberías conocer —dijo Evan—. Es simpático. Es directo. Es soltero. Eso es todo lo que voy a decir.

—Creo que soy demasiado vieja para la simpatía —replicó Zoë. Tenía un pelo negro y punzante en la barbilla y lo notaba con el dedo. «Quizá lleves demasiado tiempo sin compañía del sexo opuesto y empieces a parecerte a sus miembros. En un acto de invención desesperada, empiezan a crecerte tus propios pelos»—. Sólo quiero ir, ponerme mi disfraz de cabeza de hueso, ver los peces tropicales de Charlie y preguntarte por tus fotos de comida.

Pensaba en todos los trabajos sobre «Nuestra Constitución: cómo nos afecta» que tendría que corregir. Pensaba en la ecografía que iban a hacerle el viernes porque, según su médico y la enfermera de su médico, tenía un bulto grande y misterioso en el abdomen. Vesícula biliar, decían. O algo de ovarios o de colon. «¿Saben ustedes de medicina?», preguntó Zoë en voz alta después de que ellos abandonaran la estancia. En una ocasión, de pequeña, llevó a su perro al veterinario, quien le dijo: «Tu perro o tiene lombrices, o cáncer, o le ha atropellado un coche».

Estaba deseando ir a Nueva York.

—Lo que tú quieras. Lo tomaremos con calma. Tengo muchas ganas de verte, cariño. No te olvides de tu cabeza de hueso —dijo Evan.

—Una cabeza de hueso es de esas cosas que nunca se olvidan.

—Ya me imagino.

Zoë mantenía en secreto lo de la ecografía, incluso para Evan.

—Creo que me estoy muriendo —le comentó sólo una vez por teléfono a modo de pista.

—No te estás muriendo —objetó Evan—. Únicamente estás enfadada.

—Ecografía —le dijo Zoë en plan de broma al técnico especializado que en esos momentos le ponía el frío gel sobre la barriga desnuda—. ¿Verdad que parece un sistema estéreo realmente estupendo o algo así?

Nadie le había montado en la tripa un espectáculo semejante desde su novio del curso de posgrado, quien se cernía sobre ella siempre que se encontraba mal, sacudía los brazos, presionaba las manos sobre su ombligo y proclamaba en tono evangélico: «¡Cúrate! ¡Cúrate, por el amor del niño Jesús!». Zoë se echaba a reír y hacían el amor, esperando en secreto que ella se quedara embarazada. Luego se preocupaban juntos y él le hundía la mejilla en la barriga y le preguntaba si tenía algún retraso, si tenía retraso, si estaba segura, debía tener un retraso, y al ver que después de dos años ella no se había quedado embarazada, empezaron a pelearse y se separaron.

—De acuerdo —dijo el técnico sin prestarle atención.

La pantalla estaba encendida, y en ella apareció el interior de Zoë con toda su vaciedad gris y serpentina. Estaba marmoleado con las más sutiles gradaciones de blanco y negro, como la piedra de una iglesia antigua o una fotografía de la luna.

—¿Se imagina —balbuceó dirigiéndose al técnico— que el aumento de infertilidad que tantas parejas sufren en este país se debiera a que se trata de especies completamente distintas intentando reproducirse? —El hombre movió el escáner y tomó más fotografías. Cuando vio una zona en particular, la correspondiente al costado derecho de Zoë, el técnico se puso de pronto en estado de alerta y el latido de la máquina se diluyó. Zoë se quedó mirando la pantalla—. Eso que ha encontrado ahí debe de ser el bulto —sugirió Zoë.

—No puedo decirle nada —repuso el técnico, muy rígido—. Su médico recibirá esta tarde el informe del radiólogo y la llamará por teléfono.

—Estaré fuera de la ciudad.

—Pues lo siento.

De vuelta a casa, Zoë se observó en el espejo retrovisor del coche y decidió que estaba..., ¿cómo describirlo? Un poco demacrada. Pensó en el chiste del tipo que va al médico y éste le dice:

—Bueno, siento comunicarle que le quedan seis semanas de vida.

—Quiero una segunda opinión —contesta el tipo. «Usted actúa como si su opinión valiera más que la de cualquier otra persona presente en el aula.»

—¿Quiere una segunda opinión? De acuerdo —dice el médico —. Además usted es feo.

Le gustaba ese chiste. Lo consideraba tremadamente, tremadamente gracioso.

Cogió un taxi hasta el aeropuerto. Jerry, el taxista, se alegró de verla.

—Que lo pase bien en Nueva York —le dijo cuando sacó la bolsa del maletero. Zoë le caía bien, o al menos siempre actuaba como si así fuera. Ella lo llamaba «Jare».

—Gracias, Jare.

—¿Sabe?, voy a contarle un secreto: jamás he estado en Nueva York. Bueno, le contaré dos secretos: jamás he montado en avión. —Y le dijo adiós con la mano tristemente mientras ella cruzaba la puerta de la terminal—. ¡Ni en una escalera mecánica! —exclamó él.

Zoë afirmaba siempre que el truco para volar seguro era no comprar un billete de oferta y decirte a ti mismo que, de todos modos, tampoco tenías nada para lo que vivir, por lo que no era una desgracia que el avión se estrellara. Luego, si no se estrellaba, si conseguías mantener en el aire toda tu inutilidad, se trataba simplemente de salir, localizar el equipaje y, en el tiempo de encontrar un taxi, haber dado con un motivo convincente para seguir viviendo.

—¡Ya estás aquí! —gritó Evan al oír el timbre, incluso antes de que abriera la puerta. Luego la abrió de par en par. Zoë dejó las bolsas en el suelo del recibidor y abrazó con fuerza a su hermana. Ésta, de pequeña, era cariñosa y fiel. Zoë se había hecho cargo de ella

desde siempre; la aconsejaba, la consolaba, hasta hacía poco, pues parecía que Evan había empezado a aconsejarla y consolarla a ella. Algo que dejaba a Zoë sorprendida. Sospechaba que tenía algo que ver con el hecho de que estuviera sola. Esa circunstancia incomodaba a la gente—. ¿Cómo estás?

—He vomitado en el avión. Aparte de eso, estoy bien.

—¿Quieres que te dé algo? Ven, déjame coger la bolsa. Un mareo en el avión... Vaaaya.

—He devuelto en una de esas bolsas para el mareo —aclaró Zoë por si acaso a Evan se le ocurría pensar que había vomitado en medio del pasillo—. He sido muy discreta.

El apartamento era amplio y luminoso y tenía vistas del centro en dirección al East Side. Tenía un balcón al que se accedía a través de unas puertas correderas de cristal.

—Siempre me olvido de lo agradable que es este apartamento. La planta número veinte, conserje...

Zoë podía trabajar la vida entera y no tener jamás un piso como aquél. Tampoco Evan. Era el apartamento de Charlie. Él y Evan vivían allí como dos niños en una residencia de estudiantes, había latas de cerveza y ropa tirada por todos lados. Evan dejó la bolsa de Zoë un poco alejada del lío, encima del acuario.

—Me alegro mucho de que estés aquí —dijo—. ¿Qué quieres tomar?

Evan preparó un tentempié para las dos: sopa de lata y crackers salados.

—No sé qué pensar sobre mi relación con Charlie —dijo cuando terminaron—. Siento como si estuviéramos asexuados y ya hubiéramos llegado a la madurez.

—Hummm —dijo Zoë. Se recostó en el sofá de Evan y contempló por la ventana los tejados oscuros de los edificios. Le parecía un poco antinatural vivir así, en el cielo, como pájaros que, a consecuencia de un erróneo sentido épico, habían anidado

demasiado alto. Movió la cabeza en dirección al acuario iluminado y se rio—. Me siento como un pájaro —añadió— con mi suministro particular de pescado.

Evan suspiró.

—Llega a casa y se limita a tumbarse en el sofá para ver fútbol borroso. Es como si llevara todo el día la mascarilla y los rulos, no sé si me explico.

Zoë se incorporó y arregló los cojines del sofá.

—¿Qué es «fútbol borroso»?

—Aún no nos han puesto el cable. Todo se ve borroso. Y Charlie lo ve así.

—Sí, ya, un poco deprimente —dijo Zoë. Se estudió las manos

—. Sobre todo lo de no tener cable.

—Mira, así es como se mete en la cama por las noches. —Evan se puso en pie para iniciar la demostración—. Se quita la ropa, y cuando llega al calzoncillo, lo deja caer hasta los tobillos. Luego saca una pierna, da una patada con la otra y el calzoncillo sale volando y lo coge. Yo, naturalmente, lo observo desde la cama. No hay nada más. Sólo eso.

—Tal vez deberías pasarlo por alto y casarte.

—¿De verdad?

—Sí. Me refiero a que es probable que creáis que vivir juntos así es tener lo mejor de ambos mundos, pero... —Zoë intentaba hablar como una hermana mayor; se suponía que una hermana mayor tenía que ser como el padre que nunca pudiste tener, la madre moderna y enrollada—. Me he dado cuenta de que cuanto antes crees tener lo mejor de ambos mundos —pensaba en sí misma, sola en su casa; en las cigarras con cara de sapo que volaban por la noche y parecían hombres encapuchados, y aterrizaban en las mosquiteras y la miraban fijamente; en los zapatos del cuarenta y cuatro que dejaba en la puerta para ahuyentar a los intrusos; en la ridícula muñeca hinchable que le dijeron que apoyara en la mesa del desayuno—, antes puede dar la vuelta por completo y convertirse en lo peor de ambos mundos.

—¿De verdad? —Evan estaba radiante—. Oh, Zoë, tengo algo que decirte. Charlie y yo nos vamos a casar.

—¿De verdad? —Zoë parecía confusa.

—No sabía cómo decírtelo.

—Sí, bueno, supongo que la parte del fútbol borroso me ha desconcertado un poco.

—Espero que seas mi dama de honor. ¿No te alegras por mí?

—Sí —respondió Zoë, y empezó a contarle a Evan una historia sobre una violinista de Hilldale-Versailles que ganó un premio, sobre cómo volvió a casa después de participar en un concurso europeo y comenzó a salir con un hombre que la obligaba a seguirlo a todos sus partidos de *softball* de verano, sobre cómo la obligaba a animarlo desde las gradas, con el resto de las esposas, hasta que finalmente ella se suicidó. Pero cuando llegó a la mitad del relato, a la parte en que la violinista animaba a su novio en los partidos de *softball*, Zoë se interrumpió.

—¿Qué? —dijo Evan—. ¿Qué ocurrió entonces?

—La verdad es que nada —contestó Zoë en voz baja—. Se aficionó al *softball*. En serio. Deberías haberla visto.

Zoë decidió ir al cine a última hora de la tarde y dejó a Evan dedicada a las tareas previas a la fiesta... «Tengo que hacerlas yo sola», dijo, un poco tensa después de la historia de la violinista. Zoë se planteó la posibilidad de visitar un museo, pero las mujeres que van solas a los museos deben tener buen aspecto. Siempre. Chic y serio, movimientos lánguidos, bolso grande. Lo que hizo, en cambio, fue pasear arriba y abajo por Kips Bay, pasar por una tienda de pendientes llamada Cuélgatelo en la Oreja, pasar por un salón de belleza llamado Dorian Gray's. Eso era lo curioso de la belleza, pensó Zoë. Buscas en las páginas amarillas y encuentras un centenar de nombres, hostiles con ingenio, atractivos con prevención. Pero si buscas «verdad», ¡ja! Nada de nada.

Zoë pensaba en Evan de casada. ¿Se convertiría en la esposa de Peter Pumpkin Eater? ¿En la señora Pumpkin Eater? ¿La obligaría a llevar en la boda un vestido de volantes de color lavanda, idéntico al de las otras damas de honor? Zoë odiaba los uniformes; cuando estaba en primero incluso se negó a formar parte de las Elfas porque no quería ir vestida igual que las demás. Y ahora le tocaría hacerlo. Aunque tal vez podría distinguirlo de un modo u otro. Recogerlo por un lado con una pinza de la ropa. Ponerle una gasa quirúrgica en la cintura. Prender en el canesú uno de esos pines que anuncian en letras mayúsculas: LA MIERDA EXISTE.

En el cine —*Muerta por los números*— compró tiras de regaliz rojo para rasgarlas y mordisqueárlas. Tomó asiento en un lateral. Se sentía extrañamente consciente de sí misma estando allí sola, y deseó que se apagaran pronto las luces del local. Cuando se apagaron y empezaron a poner los anuncios de las próximas películas, hurgó en el bolso en busca de las gafas. Las guardaba en un estuche. Los Kleenex también los guardaba en un estuche. Igual que el bolígrafo y la aspirina y las pastillas de menta. Todo lo guardaba en estuches. Se había convertido en eso: una mujer sola en el cine con todo guardado en un estuche.

La fiesta de Halloween congregó a cerca de treinta personas. Había gente con cabeza de mono y grandes manos peludas. Algunos iban disfrazados de duende. Uno iba de comida congelada. Un hombre llegó acompañado por sus dos hijas pequeñas: una bailarina y la hermana de la bailarina, disfrazada también de bailarina. Había un corillo de brujas sexis..., mujeres vestidas de negro, bellamente maquilladas y enjoyadas. «Odio a esas brujas sexis. Eso no es el espíritu de Halloween», comentó Evan. Había desechado la máscara de luna y se había vestido como un ama de casa, con rulos y delantal, una decisión de la que ya se arrepentía. Charlie, porque le gustaba el pescado, porque tenía peces, porque pescaba, había decidido ir de pez. Llevaba aletas y los ojos en la parte lateral de la

cabeza. «¡Zoë! ¿Cómo estás? ¡Siento mucho no haber estado cuando llegaste!», le dijo. Pasó el resto del tiempo de cháchara con las brujas sexis.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le preguntó Zoë a su hermana —. Te veo muy agobiada. —Le acarició el brazo con cariño, como si deseara que estuvieran solas.

—Oh, Dios mío, en absoluto —replicó Evan mientras colocaba los champiñones rellenos en un plato. Sonó el temporizador y extrajo una nueva bandeja del horno—. Bueno, ¿sabes qué podrías hacer?

—¿Qué? —Zoë se puso el hueso en la cabeza.

—Conocer a Earl. Es el chico que tengo pensado para ti. Habla un poco con él en cuanto llegue. Es agradable. Es simpático. Está superando su divorcio.

—Lo intentaré —graznó Zoë—. ¿De acuerdo? Lo intentaré. —Miró el reloj.

Earl apareció disfrazado de mujer desnuda, con un estropajo de aluminio pegado estratégicamente a la malla que le cubría todo el cuerpo, y unos enormes pechos de plástico que sobresalían como jamones.

—Zoë, éste es Earl —dijo Evan.

—Encantado de conocerte —dijo Earl, rodeando a Evan para estrecharle la mano a Zoë. Echó un vistazo a su cabeza—. Un hueso estupendo.

Zoë hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Unas tetas estupendas —replicó. Miró por encima de él la ciudad que se veía a través de la ventana, cuyos edificios se elevaban brillantes hacia el cielo; la gente decía lo de siempre; que parecían joyas, como pulseras y collares desensartados. Se veía la estación Grand Central, el reloj del Con Ed, el Empire State coronado de rojo y oro, el Chrysler, como un cohete imaginado en una depresión. A lo lejos, en dirección oeste, se vislumbraba el Astor Plaza, su tejado voladizo blanco como la toca de una monja—. En la terraza hay cerveza. ¿Te traigo una, Earl? —le preguntó Zoë.

—Por supuesto, aunque voy contigo. Hola, Charlie, ¿cómo va todo?

Charlie sonrió y le silbó. La gente se volvió a mirar.

—Hola, Earl —dijo alguien desde el extremo opuesto de la estancia—. Tía buena...

Se abrieron camino entre los otros invitados, entre los monos y las brujas sexys. La succión provocada por la puerta corrediza les dio paso con un ruido, y Zoë y Earl salieron a la terraza, un cabeza de hueso y una mujer desnuda; el aire de la noche rugía y resultaba humosamente fresco. Allí fuera había otra pareja que murmuraba en privado. No iban disfrazados. Sonrieron a Zoë y a Earl.

—Hola —dijo ella. Encontró la nevera de plástico, hundió la mano en ella y extrajo dos cervezas.

—Gracias —dijo Earl. Cuando abrió la botella, sus pechos de plástico se doblaron hacia dentro, formando hoyuelos y abolladuras.

—Bueno —suspiró Zoë, ansiosa.

Debía aprender a no tener miedo a los hombres, igual que, de pequeño, se aprende a no tener miedo a los gusanos o a cualquier otro bicho. A menudo, cuando hablaba con hombres en las fiestas, todas las ideas se le agolpaban en la cabeza. Mientras ellos iban diciéndole tonterías por educación, ella se enamoraba, se casaba, luego se encontraba en una amarga batalla por la custodia de los hijos y pensando en la reconciliación, diciéndole que a pesar de todas sus traiciones ella ya no lo odiaba, y, en los pocos minutos restantes, enterándose, quizá, de cuál era su apellido y de cómo se ganaba la vida, aunque probablemente hubiera ya demasiada historia entre los dos. Asentía con la cabeza, se sonrojaba y daba media vuelta.

—Evan me ha contado que eres profesora. ¿Dónde das clases?

—Justo en la frontera de Indiana con Illinois.

Pareció un poco sorprendido.

—Creo que Evan no me contó esa parte.

—¿No?

—No.

—Bueno, así es Evan. De pequeñas las dos tuvimos problemas para hablar.

—Eso debe de ser duro —comentó Earl. Uno de sus pechos quedaba oculto detrás del brazo que sostenía la bebida, pero el otro asomaba, bajo y rosado, lleno como una luna de fresa.

—Bueno, no fue una pérdida total del habla. Asistíamos a lo que nosotras denominábamos «terapia del melocotón». Durante cerca de diez años tuve que dibujar mentalmente todas las frases mucho antes de decirlas. Era la única forma de emitir una frase coherente.

Earl dio un trago a su cerveza.

—¿Cómo lo hiciste? Me refiero a cómo lo superaste.

—Contando muchos chistes. Chistes que ya sabía... Se trata sólo de decirlos. Me encantan los chistes. Los chistes y las canciones.

Earl sonrió. Llevaba los labios pintados de rojo oscuro, pero con la cerveza se le estaba borrando el carmín.

—¿Cuál es tu chiste favorito?

—Mi chiste favorito es probablemente..., si, ése, ése de un tío que entra en la consulta del médico y...

—Creo que ya me lo sé —la interrumpió Earl, impaciente. Quería contarlo él—. Un tío entra en la consulta del médico y el médico le dice que tiene buenas y malas noticias... Ése, ¿no?

—No estoy segura. Puede que sea una versión distinta.

—Y entonces el tío dice: «Deme primero las malas noticias», y el médico responde: «Está bien. Le quedan tres semanas de vida». Y el tío se echa a llorar. «¡Tres semanas de vida! Doctor, ¿y cuáles son las buenas noticias?» Y el médico contesta: «¿Ha visto a la secretaria? Al final me la he follado».

Zoë frunció el entrecejo.

—¿No es ése en el que estabas pensando?

—No. —Su tono de voz escondía una acusación—. El mío es distinto.

—Ah —dijo Earl. Apartó la vista y luego volvió a fijarla en Zoë—. Das clases de Historia, ¿no? ¿Qué tipo de Historia enseñas?

—Norteamericana, sobre todo... Siglos XVIII y XIX. —En las clases de posgrado, en los bares, la frase para ligar era: «¿De qué siglo eres?»—. De vez en cuando doy un curso con algún tema especial —añadió—, por ejemplo, «Humor y personalidad en la Casa Blanca». Ése es el tema de mi libro. —Pensó en algo que le contaron sobre los pájaros glorieta, que construyen cabañas muy elaboradas antes del apareamiento.

—¿Un libro de humor?

—Sí, y, bueno, cuando imparto un curso temático como ése, cubro todos los siglos. —«¿De qué siglo eres?»

—Los tres.

—¿Perdón?

Los ojos de Zoë brillaban debido a la brisa. El tráfico se movía a sus pies. Se sentía alta e insignificante, como alguien elevado al cielo por error y luego echado a patadas.

—Tres. Sólo hay tres.

—Bueno, cuatro en realidad.

Estaba pensando en Jamestown y en los peregrinos que se desplazaban hasta allí con zapatos con hebillas y sombreros de bruja para rezar.

—Yo soy fotógrafo —dijo Earl. Su cara empezaba a brillar, el carmín era como una puesta de sol bajo sus ojos.

—¿Te gusta?

—La verdad es que empiezo a encontrarlo un poco peligroso.

—¿En serio?

—Me paso el tiempo encerrado en una habitación oscura con una luz roja y un montón de productos químicos. Dicen que produce Parkinson, ¿lo sabías?

—No, no lo sabía.

—Supongo que debería ponerme guantes de goma, pero no me gustan. A menos que lo toque directamente, no creo que sea un peligro real.

—Hummm —dijo Zoë. Una alarma sonaba en su interior, suavemente, como un té.

—A veces, cuando me hago un corte o algo así, noto un picor y pienso: «Mierda». Me lavo repetidas veces y espero. No me gusta la sensación de la goma sobre la piel.

—Ya.

—Me refiero al contacto físico. Eso es lo que quieras, si no, ¿por qué preocuparse?

—Supongo —replicó Zoë. Le hubiera gustado que se le ocurriese un chiste, algo lento y deliberado, con el final a la vista. Pensó en los gorilas, en cómo se pegan unos a otros en la cabeza en lugar de aparearse si han estado enjaulados solos durante demasiado tiempo.

—¿Tienes alguna... relación? —le espetó Earl de pronto.

—¿Ahora? ¿Mientras hablamos?

—Bueno, ya sé que tienes una relación con tu trabajo. —Una sonrisa extraña anidó en la boca de Earl como un huevo. Zoë pensó en los zoológicos de los parques, en cómo durante las guerras mundiales, cuando las ciudades estaban sitiadas, la gente se comía a los animales—. Me refiero a si tienes una relación con un hombre.

—No, no tengo ninguna relación con un hombre. —Se acarició la mejilla con la mano y notó el pelo puntiagudo—. Mi última relación fue con un hombre muy dulce —dijo. Se lo inventó—. De Suiza. Era botánico..., experto en semillas. Se llamaba Jerry. Yo lo llamaba «Jare». Era muy simpático. Ibas con él al cine y en la película sólo se fijaba en las plantas. Nunca prestaba atención al argumento. Una vez, en una película ambientada en la selva, se puso a recitar en voz alta nombres latinos. Le resultaba apasionante. —Se detuvo para coger aire—. Al final regresó a Europa para, en fin, estudiar el edelweiss. —Miró a Earl—. ¿Tienes tú alguna relación? ¿Con una mujer?

Earl cambió el peso del cuerpo a la otra pierna, lo que alteró las arrugas de la malla que le cubría el cuerpo, que se estiró como si estuviera rota. El vello púbico se deslizó hacia la cadera, como el

canesú de una cabaretera.

—No —contestó aclarándose la garganta. El estropajo de aluminio que llevaba en las axilas iba trasladándose hacia el bíceps —. Acabo de salir de un matrimonio repleto de malos diálogos, como: «¿Quieres más espacio? ¡Toma más espacio!». El repertorio básico de Los Tres Chiflados.

Zoë lo miró compasivamente.

—Me imagino que es muy difícil que el amor se recupere después de eso.

A Earl se le iluminó la mirada. Quería hablar de amor.

—Pues yo sigo pensando que el amor debería ser como un árbol. Fíjate en los árboles, tienen bultos y cicatrices producidas por tumores, infecciones, igual que nosotros, pero siguen creciendo. A pesar de los bultos y las heridas, siguen... en pie.

—Sí, bueno, donde yo vivo todos o están casados o son gays. ¿Has visto la película *Muerte por los números*?

Earl la contempló, un poco perdido. Zoë se estaba alejando de él.

—No —contestó.

Uno de los pechos le había resbalado por debajo del brazo y se había quedado allí pegado como una barra de pan. Ella seguía pensando en árboles, en gorilas y parques, en la gente que se comía las cebras en tiempos de guerra. Sentía un dolor punzante en el abdomen.

—*Hors d'oeuvres?* —Evan salió a la terraza después de empujar la puerta corredera.

Sonreía, aunque se le estaban cayendo los rulos y le colgaban de la punta del pelo como adornos navideños, como la comida que se les pone a los pájaros. Les ofreció una bandeja de champiñones rellenos.

—¿Pides un donativo o los regalas? —le preguntó Earl con mucho ingenio. Le gustaba Evan y la rodeó con un brazo.

—Vuelvo enseguida —dijo Zoë.

—Oh —dijo Evan, preocupada.

—Ahora mismo. Lo prometo.

Zoë entró corriendo, atravesó el salón y pasó al dormitorio para ir al baño. Estaba vacío; la mayoría de los invitados utilizaban el aseo situado junto a la cocina. Encendió la luz y cerró la puerta. El dolor había cesado y no tenía ganas de ir al servicio, aunque se quedó allí igualmente, descansando. El espejo que había encima del lavabo le mostraba un aspecto ojeroso, sombras violetas se transparentaban bajo la piel, como si fuera un pájaro desplumado. Se acercó más y levantó un poco la barbilla para encontrar el pelo punzante. Allí estaba, en el extremo de la mandíbula, afilado y oscuro como un alambre. Abrió el botiquín y buscó por todos lados hasta encontrar unas pinzas. Levantó la cabeza de nuevo, apuntó a la cara con las puntas metálicas, agarró el pelo, tiró y falló. Fueron dos personas hablaban en voz baja. Habían entrado en el dormitorio y comentaban algo. Estaban sentadas en la cama. Una de ellas reía en falsete. Zoë atacó de nuevo su barbilla, que empezó a sangrar un poco. Tensó la piel, situó las pinzas donde esperaba encontrar el pelo y tiró. Con el tirón se llevó un pedacito de piel, pero el pelo seguía allí, con un puntito de sangre brillante en la raíz. Zoë apretó los dientes. «Vamos», musitó. La pareja del dormitorio se contaba historias, en voz baja, y reía. El colchón botó e hizo ruido y se oyó también el sonido de una silla que era apartada. Zoë cogió las pinzas con cuidado, buscó su presa y tiró suavemente, logrando llevarse el pelo con un leve estremecimiento de dolor y luego una enorme sensación de alivio. «Sí», suspiró. Cogió un poco de papel higiénico y se lo puso en la barbilla. Lo retiró manchado de sangre, así que arrancó un poco más y presionó con fuerza hasta que dejó de sangrar. Luego apagó la luz y abrió la puerta dispuesta a regresar a la fiesta. «Perdón», le dijo a la pareja del dormitorio. Se trataba de las dos personas que estaban en la terraza, que la miraron algo sorprendidas. Estaban abrazadas y comían barritas de caramelo.

Earl seguía en la terraza, solo, y Zoë se reunió de nuevo con él.

—Hola —dijo ella.

Él se volvió y sonrió. Se había colocado bien el disfraz, aunque todas las características sexuales secundarias parecían condenadas al fracaso, destinadas a cambiar de lugar, girarse y moverse en cualquier momento.

—¿Estás bien? —le preguntó él. Había abierto otra cerveza y bebía de ella a morro.

—Oh, sí. He tenido que ir al baño. —Hizo una pausa—. De hecho, últimamente me paso el día de médicos.

—¿Qué te ocurre?

—Bueno, seguramente nada. Pero están haciéndome pruebas. —Suspiró—. Me han hecho ecografías. Me han hecho mamografías. La semana próxima me harán una caramelografía. —Él la miró preocupado—. Demasiadas grafías —añadió.

—Toma, te he guardado esto. —Le entregó una servilleta con dos champiñones rellenos. Estaban fríos y habían dejado manchas de aceite en la servilleta.

—Gracias —replicó Zoë, y se los llevó a la boca—. Mira —dijo, con la boca llena—, con la suerte que tengo, será una operación de vesícula.

Earl puso mala cara.

—Así que tu hermana se casa —comentó, cambiando de tema—. Dime, de verdad, ¿qué piensas del amor?

—¿Del amor? —¿No habían pasado por ahí ya?—. No lo sé. —Masticó a conciencia y tragó—. De acuerdo. Te diré lo que pienso del amor. Te contaré una historia de amor. Una amiga mía...

—Tienes algo en la barbilla —observó Earl, y alargó la mano para tocarla.

—¿Qué? —dijo Zoë, dando un paso hacia atrás. Volvió la cara y se acarició la barbilla. Saltó entonces un trocito de papel higiénico, como un esparadrapo—. No es nada. Es sólo... No es nada. —Earl la miraba fijamente—. Bueno, el caso es que —continuó— una amiga mía era violinista y ganó un premio. Viajó por toda Europa y ganó concursos; consiguió récords, dio conciertos, se hizo famosa. Un día se arrojó a los pies de un director por el que estaba

completamente colada. Él la recogió, la regañó cariñosamente y la envió de vuelta a la habitación de su hotel. Después de eso, abandonó Europa y regresó a casa. Volvió a su ciudad natal, dejó de tocar el violín y empezó a salir con un chico de allí. Era de Illinois. Todas las noches la llevaba a un bar llamado Big Ten a beber con sus colegas del equipo. Solía hacer comentarios del tipo «A Katrina le gusta tocar el violín», y luego le pellizcaba la mejilla. Una vez que ella sugirió regresar a casa, él dijo: «¿Qué? ¿Te crees demasiado famosa para un sitio como éste? Mira, voy a decirte una cosa. Quizá te creas famosa, pero no eres famosa famosa». Dos famosas. «Aquí nadie ha oído hablar de ti.» Y después invitó a todo el mundo, excepto a ella, a una ronda de copas. Ella cogió el abrigo, se fue a casa y se pegó un tiro en la cabeza. —Earl permanecía en silencio —. Ése es el final de mi historia de amor.

—No te pareces en nada a tu hermana —dijo Earl.

—Ya —dijo Zoë. Había refrescado y el viento cantaba en tono menor y suave como un himno fúnebre.

—No. —Ya no quería hablar más de amor—. ¿Sabes? Deberías llevar mucho azul, azul y blanco, cerca de la cara. Resaltaría tu piel. —Levantó el brazo para ver cómo quedaría la pulsera de color azul que llevaba, pero ella lo apartó de un manotazo.

—Dime, Earl, ¿te dice algo la palabra *maricón*?

Él dio un paso hacia atrás para alejarse de ella. Sacudió la cabeza con incredulidad.

—Creo que debería dejar de intentar salir con mujeres con carrera profesional. Estás todas hechas polvo. Cualquier tipo sería capaz de decir lo que os ha hecho la vida. A mí me va mejor con mujeres que trabajan a tiempo parcial.

—¿Ah, sí? —repuso Zoë.

En una ocasión leyó un artículo titulado «Mujeres profesionales y la demografía del dolor». O no, era un poema: «Si hubiera un lago, la luz de la luna bailaría sobre él con rabia». Recordaba esa frase.

Aunque tal vez el título fuera «La casa vacía: estética de la esterilidad». O tal vez «Gitanas del espacio: chicas en Academe». Lo había olvidado.

Earl se volvió y se inclinó sobre la barandilla de la terraza. Se hacía tarde. Dentro, los invitados a la fiesta empezaban a marcharse. Las brujas sexis ya se habían ido.

—Vive y aprende —murmuró.

—Vive y enmudece —replicó Zoë.

En Lexington, a sus pies, no había coches, sólo el resplandor dorado de un taxi que pasaba de cuando en cuando. Él se apoyó sobre los codos, melancólico.

—Mira a esa gente de ahí abajo —dijo—. Parecen bichos. ¿Sabes cómo mantener los bichos a raya? Se les echan hormonas de bicho, hormonas femeninas de bicho. Los bichos macho se vuelven tan locos en presencia de esa hormona que se tiran todo lo que tienen a su alrededor: árboles, piedras... Todo menos bichos hembra. Control de natalidad. Eso es lo que ocurre en este país —prosiguió medio borracho—. Hay hormonas por todos lados y los hombres se tiran a las piedras. ¡Piedras!

En su espalda, la línea dibujada con rotulador para marcar las nalgas iba ensanchándose, una línea negra trazada sobre rosa, como una tira cómica. Zoë se acercó lentamente a él y le dio un empujón. Los brazos de Earl resbalaron hacia fuera, hacia el exterior de la barandilla, hacia la calle. La cerveza se derramó como una lluvia de veinte pisos sobre la ciudad.

—Eh, ¿qué haces? —dijo él girándose. Se enderezó enseguida y se apartó de la barandilla, esquivando a Zoë—. ¿Qué demonios haces?

—Bromeaba —contestó—. Sólo bromeaba. —Pero él la observó, horrorizado y espantado, con sus nalgas de rotulador encarando la ciudad, como una seudomujer desnuda con una pulsera azul en la muñeca, atrapada en una terraza con..., ¿con qué?—. ¡De verdad, sólo bromeaba! —gritó Zoë.

El viento le levantaba el cabello formando crestas que apuntaban hacia el cielo por detrás del hueso. Si hubiera un lago, la luz de la luna bailaría sobre él con rabia. Zoë sonrió a Earl y se preguntó qué aspecto tendría.

## SITIOS DONDE BUSCAR LA CABEZA

El cartel decía BIENVENIDO A AMÉRICA en letra negrita de color rojo. Debajo, en letra más pequeña y de color azul, Millie había escrito «John Spee». Coma, «John Spee». Lo apoyaba en el pecho como un medallón, como algo que debiera presionarse contra el corazón para obtener suerte; una garantía de fidelidad. Esperaba a un chico que no conocía, alguien a quien ni tan siquiera había visto en fotografía, un conocido inglés de su hija Ariel. Ariel estaba cursando un semestre de estudios en el extranjero y el chico era el hermano de una de sus compañeras de habitación en Warwickshire. Trabajaba como mecánico de coches en Surrey, y como estaba deseando viajar a Estados Unidos, Ariel le había dicho que si lo necesitaba podía hospedarse en casa de sus padres, en Nueva Jersey. Les había escrito con antelación para informarles al respecto. «Le he dicho a John Spee que puede instalarse en la antigua habitación de Michael, a menos que sigas utilizándola como “oficina”. En cuyo caso puede instalarse en la mía.»

“Oficina” entre comillas. Millie había albergado la esperanza de montar un negocio en aquella habitación, algo relacionado con el reciclaje y otros programas medioambientales. Albergaba la esperanza de que contrataran sus servicios como consultora, pero siempre que entraba en contacto con una empresa o una organización social, sus miembros parecían confundidos en cuanto a lo que podían consultarle. Durante una temporada, Millie inundó la habitación de tarjetas de visita, material de oficina y recibos para distintos tipos de gastos en el caso de que llegara el día en que tuviera que llenar un formulario de impuestos de verdad. Su hija y su marido ponían los ojos en blanco y miraban, incómodos, hacia otro lado.

“Oficina.” Ariel había trazado las comillas como cuatro garabatos rápidos, no como los cuidadosos seises y nueves que Millie le había enseñado a escribir mucho tiempo atrás. Había algo negativo en Ariel, una insolencia silenciosa que preocupaba a Millie. Había respondido a su hija: «Tu padre y yo no tenemos ninguna objeción al respecto y será muy agradable conocer a tu amigo. Pero la próxima vez deberías hablar con nosotros antes de ofrecer nuestra casa». Subrayaba «nuestra casa» con una severidad en la que no se transparentaba arrepentimiento. «No deberías dar las cosas por sentadas.» Enviar a Ariel al extranjero les costaba un buen dinero. La misma Millie no había estado nunca en Inglaterra. Ni en ningún lado, a decir verdad. Una vez, de pequeña, había estado en Florida, pero apenas lo recordaba. Únicamente el brillo del cielo, y unos vagos y trémulos colores.

Los pasajeros iban saliendo en fila de la puerta de la aduana de Newark, liberados y cansados, y entre ellos había un chico delgado, pelirrojo, de unos veinte años. Encendió un cigarrillo, examinó la muchedumbre y luego, inspeccionando a Millie, se dirigió hacia ella. Llevaba una cazadora deportiva de pelo de camello, vieja y deshilachada, zapatos deportivos de ante azul hechos a mano y una gorra de béisbol en la que se leía «Yankees» en letras de imitación.

—¿Es usted la señora Keegan? —le preguntó, pronunciándolo «Kaygan».

—Sí, soy yo —respondió Millie, y se sonrojó como si la hubiera pillado por sorpresa.

Dejó caer a un lado el cartel, que, en ese momento, con su pomposo mensaje escrito a lápiz, le parecía grotesco. Alargó la otra mano para darle la bienvenida. Intentó saludarlo con afecto, aunque se planteó si resultaría «falsa», algo de lo que a menudo la acusaba Ariel. «Es como si todo lo hicieras porque lo has leído en el artículo de una revista —le decía Ariel—. Es como si intentaras ser feliz a partir de un libro.» Millie tenía varios libros sobre cómo lograr ser feliz.

John cambió el cigarrillo de mano y estrechó la de Millie.

—John Spee —dijo. Lo pronunció «Spay». Tenía la mano grande y huesuda, como un muslo de pollo.

—Espero que hayas tenido un vuelo sin incidentes —comentó Millie.

—Bueno, la verdad es que no. He estado sentado junto a un tipo que me ha contado un montón de historias sobre la guerra de Vietnam y luego he visto dos películas sobre el mismo tema. *El cazador* y, oh, me he olvidado de la otra. —Parecía inquieto, aunque orgulloso de sí mismo por haber llegado adonde había llegado.

—¿Tienes más equipaje aparte de eso? ¿Eso es lo único que traes?

—¡Lo único! —gorjeó, sujetando una pequeña bolsa de lona y girándose sólo lo suficiente para que Millie pudiera contemplar su mochila del ejército americano.

—No quieres el letrero, ¿verdad? —le preguntó Millie. Lo dobló en cuatro partes como un pañuelo y se lo guardó en el bolso. Por megafonía, una voz de mujer repetía: «Señor Boone, señor Daniel Boone, pase por favor por la zona vip»—. Qué gracia, ¿no? —añadió.

En el camino de vuelta a casa, a Terracebrook, John Spee sacó un paquete de Johnny Parliaments y se fumó un cigarrillo tras otro. Le contó a Millie cosas de su vida en Surrey, sobre sus amigos del pub, que estaba en un barrio llamado Worcester Park.

—Nunca fui buen estudiante —dijo—, no tenía ninguna posibilidad de entrar en la universidad. —Comentó la escasez de puestos de trabajo y su «alucinante coche», que había vendido para pagarse el viaje. Llevaba seis años trabajando como mecánico, oficio que había abandonado para viajar a Estados Unidos—. Tal vez me quede aquí una temporada larga. Estoy pensando en Nueva York. Pero ojalá no hubiese tenido que vender mi alucinante coche. —Observó el Chevrolet trucado que pasó como una exhalación a su lado.

—Sí, es una pena —comentó Millie. ¿Qué podía decir? En las noticias de la radio hablaban de la barcaza de residuos, y subió el volumen para escuchar. La habían rechazado dos estados y dos países extranjeros, y en aquel momento flotaba sin hogar hacia Texas—. Antes me dedicaba a ese negocio —le explicó a John—. Me dedicaba al reciclaje de residuos y basura. Aunque nunca llegó a salir nada. —El locutor citaba algo en esos instantes. «El desgraciado rechazo de nuestras pobladas costas», decía. «Sí, sí, sí»—. Ahora estudio por correo —dijo Millie, ruborizada. Era su secreto. No lo sabía ni Hane—. No se lo digas a mi marido —añadió rápidamente—. No lo sabe. Ni siquiera aprueba mi interés por los negocios. Él es profesor. Imparte clases de religión en la escuela de diplomados.

John observaba los concesionarios de automóviles y los restaurantes de comida rápida de la Ruta 22.

—¿Es cura o algo por el estilo? —Dio una calada al cigarrillo y retuvo el humo en su interior, como un pensamiento.

—Oh, no —respondió Millie. Lanzó un pequeño suspiro. Hane iba a la iglesia todos los domingos. Era un hombre de fe. Ella, sin embargo, había dejado de acudir con regularidad un año atrás. Ahora iba únicamente de vez en cuando, como si se tratase de un museo, algo que entristecía a Hane, pero Millie no podía evitarlo. «No es lo mío», le había dicho a su esposo. Era una frase que había oído utilizar a Ariel y parecía buena, poderosa y autoindulgente, como la misma Ariel—. En esta carretera casi siempre hay mucho tráfico —observó Millie—. Pero todo el mundo conduce muy rápido y, por lo tanto, no se tarda más.

John la miró.

—Se parece un poco a Ariel —afirmó.

—¿De verdad? —dijo Millie, contenta, porque siempre había considerado a Ariel demasiado hermosa para ser hija suya y de Hane. Ariel tenía la estructura y los ojos de otra, de una hija de la realeza o de una artista de cine. La hija de Mitzi Gaynor. O de la reina. Irónicamente, era Michael, el mayor, quien era clavado a ellos.

—Sí, desde luego. ¿Usted no lo cree?

En primavera, lo primero que normalmente hacía Millie con los invitados era conducirlos al jardín trasero para que contemplaran sus preciosos tulipanes, que en realidad no eran suyos, sino de los anteriores propietarios de la casa. La mujer había comprado bulbos y los había plantado por todas partes, incluso en el borde del jardín contiguo. Los jardines eran pequeños, pero se trataba de una pareja de jóvenes directivos, por lo que Millie supuso que lo que le iba a ese tipo de gente era la jardinería agresiva.

Millie se apartó de la carretera y apagó el motor.

—De momento te ahorro los tulipanes —le dijo a John—. Seguramente querrás descansar. Por el cambio horario y todo eso.

—Sí —replicó John.

Salió del coche y se puso al hombro la bolsa de lona. Inspeccionó los céspedes idénticos, aún de un pálido e invernal color ocre, y los pequeños y cuadrados dúplex, cuyos exiguos porches flanqueaban las entradas como las barbas de un chivo. El muchacho parecía sorprendido. «Creía que éramos ricos», pensó Millie.

—¿Estás cansado? —le preguntó.

—No mucho. —Respiró hondo y empezó a sudar.

Millie subió los peldaños, sacó una llave de detrás de un buzón de metal de color negro y abrió la puerta.

—Nuestra casa es tuya —dijo, con los brazos abiertos e invitándolo a pasar.

John entró con un cigarrillo encendido entre los dientes y los ojos entornados debido al humo. Dejó en el suelo la bolsa y la mochila y echó un vistazo al salón. Había enciclopedias y figuritas de cerámica. Había algunas fotografías de Ariel en lo alto de una estantería. La mayoría de los muebles estaban viejos y muy usados. En la mesita de centro había una biblia y un ejemplar de la revista *Time*.

—Permíteme que te enseñe tu habitación —dijo Millie, y lo condujo por un corto pasillo y abrió la puerta de la derecha—. Ésta era la habitación de mi hijo, pero él..., él ya no está con nosotros. —John hizo un sombrío movimiento afirmativo con la cabeza—. No está muerto —se apresuró a añadir Millie—, sólo que no está con nosotros. —Se aclaró la garganta... Tenía algo allí, una herida, un acúmulo de palabras—. Se marchó de casa hace diez años y nunca hemos vuelto a saber de él. La policía dijo que era un asunto de drogas. —Millie se encogió de hombros—. Tal vez fuera así. —John buscaba un lugar donde tirar la ceniza. Millie cogió una maceta del alféizar que tenía una begonia plantada y se la alargó—. Aquí hay una mesa de despacho y un armario archivador que yo utilizaba para mis negocios, no les hagas ni caso. —En la pared opuesta había una cama y un armario de abedul claro—. Pídeme cualquier cosa que necesites. Ah, sí. Las toallas están en el baño, detrás de la puerta.

—Gracias —dijo John, y miró el reloj como un hombre con planes.

—¡Hoy sólo tenemos sobras! —Millie salió de la cocina armada con unas manoplas de cuadros y una gran cacerola de hierro fundido. Gritaba contenta como los presentadores de los concursos que a veces veía; le gustaba ver la televisión cuando ésta transmitía felicidad.

Hane, que había conocido a John cuando salía del baño y le había murmurado un violento «¿Cómo estás?», se hallaba sentado en la cabecera de la mesa del comedor, esperando a servir la comida. John estaba en un rincón, en el antiguo lugar de Michael. Contemplaba la ensaladera, el perfil en forma de trébol de los pimientos, las miradas de reloj de los trozos de tomate. Se había duchado y peinado el cabello mojado con cierta violencia hacia la izquierda.

—Pensarías que habríamos preparado un poco mejor tu primera noche en América, ¿no? —dijo Hane, hurgando con la cuchara de servir el montón compuesto por puré de patatas, nabos, brócoli y tres huevos—. A Millie, como probablemente ya sabes, le encanta el reciclaje.

Su tono de voz era como una tortura bondadosa, un monocorde canto de desaprobación que era su manera de reprender a la familia. No hacía distinción alguna entre él y su familia. Ellos eran él. Eran su lado femenino, sentimental, y merecían, incluso requerían, comentarios en directo.

—Todo está muy bien —dijo John.

—¿Quieres leche desnatada o entera? —le preguntó Millie.

—Entera, creo. —Y entonces, algo nervioso, añadió—: Agua, quería decir, por favor. No se moleste, señora Keegan.

—En Nueva Jersey el agua supone la misma molestia que la leche —dijo Millie—. Bebe lo que quieras, cariño.

—Entonces, agua, por favor.

—¿Seguro?

—Leche, entonces, creo, gracias.

Millie regresó a la cocina en busca de la leche. Se preguntaba si John pensaba que eran pobres y que la leche era demasiado cara para ellos. Seguramente el barrio tenía un aspecto bastante lastimoso. La propia Millie sufrió un desengaño cuando se trasladaron a él procedentes de la zona norte de la ciudad, después de que Ariel iniciara los estudios en el instituto y a Hane no le concedieran la plaza de titular, tal y como había esperado. Fue la única vez que vio llorar a su esposo y empezó a plantearse que eran pobres, a pesar de que sabía que aquello era absurdo. Bastante absurdo.

Millie miró el interior de la nevera: no buscaba algo con hambre, cualquier cosa que saciara su desasosiego, como hacía cuando era más joven, no. En ese momento miraba sin acordarse de lo que buscaba. «Mira en la nevera», decía la vieja broma de su marido en

referencia al lugar donde buscar cuando ella perdía algo. «Sitios donde buscar la cabeza», decía, y luego recitaba una lista. En una ocasión, guardó por error una carpeta marrón en el congelador.

—¿Qué quería yo? —reflexionó en voz alta, y el motor de la nevera empezó a funcionar como respuesta a la entrada de aire caliente. La puerta llevaba demasiado tiempo abierta. La cerró y regresó y se quedó inmóvil en el comedor por un instante. En cuanto vio el vaso vacío de John, dijo—: Leche. Es verdad. —Y fue rápidamente a por ella.

—Y bien, ¿cómo ha ido el vuelo? —intervino Hane, pasándole al muchacho el plato de comida—. Si hay demasiado nabo, dímelo. Sírvete tú mismo la ensalada.

Hacía años que no tenían un chico en casa y se preguntaba si sabría cómo hablarle. O si había sabido hacerlo alguna vez. «Espera a que crezcan —le dijo a Millie respecto a sus dos hijos—. Entonces ya sabré qué decirles.» Incluso en las reuniones con alumnos tendía a divagar un poco, a mirar por la ventana; nunca, jamás, a los ojos. «Cuando crezcan será demasiado tarde», replicó Millie.

Pero Hane pensó: «No, no será así». Para entonces sería presidente de la escuela, o decano de una Facultad de Teología, y hablaría desde una posición de logros que significaría algo para sus hijos. Entonces podría contarles la historia de su vida. Mientras tanto, sus hijos no parecían interesados en sus intentos de iniciar una conversación. «Olvídalo, papá —le decía siempre su hijo—. Olvídalo.» Independientemente de lo que Hane dijera, desde el umbral de una puerta o sirviendo la cena —«¿Qué tal el colegio, hijo?»—, Michael siempre le decía que lo olvidara. Una vez, en el salón, Hane se dio cuenta de que era incapaz de soportarlo, así que cogió a Michael por un brazo y le atizó dos bofetadas en la cara.

—Está bien, gracias —dijo John en referencia a los nabos—. Y el vuelo ha estado bien. He visto las películas.

—¿Y qué has pensado hacer aquí exactamente? —La voz de Hane sonaba brusca. Eso ocurría a menudo, aunque Hane raramente pretendía subrayar de ese modo las frases.

John bebió un poco de leche y se hizo un lío con la servilleta.

—Hane, espera a que hayamos bendecido la mesa —terció Millie.

—Te toca a ti —dijo Hane, y asintió y luego inclinó la cabeza. John Spee seguía sentado muy erguido y los observaba.

Millie comenzó.

—Bendice esta comida para que nos sirva y a nosotros para que te sirvamos. Y haz que necesitemos siempre la cabeza de los demás. Amén. ¿Habéis oído lo que he dicho? —Sonrió, como si estuviera satisfecha.

—Suponemos que lo has dicho a propósito, ¿verdad, John? —Hane miró por encima de las gafas y sonrió al chico de forma conspiradora.

—Sí —contestó John. Contemplaba las figuritas de cerámica de la estantería situada a su derecha. Había una bailarina y un payaso.

—Bueno —dijo Millie—, tal vez sí.

Se puso la servilleta en el regazo y empezó a comer. Le encantaban las sobras, su grasa caliente, su sabor y lo ecológicas que eran.

—Una comida muy buena, señora Keegan —comentó John sin parar de masticar.

—Antes de que te marches te prepararé una comida de verdad. Varias.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte? —le preguntó Hane.

Millie dejó el tenedor en la mesa.

—Hane, ya te lo he dicho: tres semanas.

—Quizá sólo dos —dijo John Spee. La idea parecía animarlo—. Aunque a lo mejor encuentro un piso en la Gran Manzana y me quedo para siempre.

Millie asintió con la cabeza. Los forasteros siempre se referían a la ciudad como la Gran Manzana, como si fuera una gran fruta prohibida que se conquista con equipo de escalada. Imaginársela de esa manera parecía llenarlos de energía.

—¿Qué vas a hacer? —Hane estudió la comida que sujetaba con el tenedor, la dejó allí balanceándose, entre el tenedor y la boca, como si aquello fuera un purgatorio digestivo. El mayor temor de Hane era la ociosidad. Sobre todo en los chicos. «¿Qué vas a hacer?»

—Hane —lo alertó Millie.

—En Inglaterra ninguno de mis amigos tiene trabajo. Todos están celosos porque he vendido el coche y me he venido a Nueva York.

—Esto es Nueva Jersey, cariño —puntualizó Millie—. Mañana verás Nueva York. Te daré un horario de trenes.

—Has vendido el coche —repitió Hane. Él nunca había vendido un coche directamente. Siempre los había entregado a cambio—. Un paso importante.

A la mañana siguiente, Millie apuntó en una lista las cosas que John podía hacer y ver en Nueva York. Hane había salido ya para su despacho. Ella tomó asiento en la mesa del comedor y escribió:

*Estatua de la Libertad  
World Trade Center  
Times Square  
Broadway*

Se detuvo un momento a pensar.

*Metropolitan  
Visita a la ciudad con Circle Line*

La puerta de la habitación de «invitados» seguía cerrada. Le resultaba gracioso que le gustase tener a alguien ocupando aquel espacio, alguien que lo utilizara de verdad. Había estado demasiado tiempo allí sentada haciendo garabatos en las tarjetas de visita y pensando en Michael. Las tarjetas de visita eran de papel reciclado, pero los de la imprenta se habían olvidado de mencionarlo en el reverso. Así que decidió escribirlo ella misma a mano. También se olvidaron de imprimir la R de Millie —«Asesora de Proyectos Medioambientales Mildred R. Keegan»—, y por eso se pasó tres semanas escribiendo a bolígrafo la R, tarjeta tras tarjeta. Posteriormente, Ariel le dijo que así las tarjetas eran horribles, y Millie estuvo de acuerdo. Luego se pasó días sentada a la mesa de despacho, recortando las tarjetas en círculo, en triángulo, haciendo florituras, como una locura, como un negocio convertido en locura. Las dejaba, sin pensarlo, por toda la casa y Hane empezó a encontrarlas en los lugares más extraños: en la encimera de la cocina, en la cisterna del lavabo... Una noche, metidos ya en cama, le dijo: «Millie, tienes cincuenta y un años. No tienes por qué iniciar una carrera profesional. De verdad, no es necesario», y ella se tapó la cara con las manos y se echó a llorar.

John Spee salió de su habitación. Se había vestido y había peinado su brillante cabello con raya; el blanco del cuero cabelludo relucía como si lo hubieran operado.

—He preparado una lista de cosas que seguramente querrás hacer —dijo Millie.

John se sentó.

—¿Qué es esto? —Señalaba el Metropolitan—. No soy de los que van de museos. Con el colegio siempre íbamos al Británico. A mi hermana le gustan ese tipo de cosas, pero a mí no.

—Sólo son sugerencias —replicó Millie.

Le puso delante un plato con un *muffin* y una naranja partida en gajos. John sonrió en señal de agradecimiento. Cogió uno, lo presionó contra los dientes y lo sorbió hasta dejarlo como un felpudo húmedo, filamento.

—Si te apetece salir dentro de quince minutos, puedo llevarte a la estación para que cojas el tren de las diez y dos —dijo Millie.

Se sentó a horcajadas en una silla y se puso a comer un segundo *muffin*. Sus modales estaban salpicados de movimientos juveniles, como si su cuerpo cayera ocasionalmente en un recuerdo o un deseo.

—Sería estupendo, gracias —dijo John.

—¿De verdad no te gusta vivir en Inglaterra? —le preguntó Millie, pero era difícil hablar pues ambos estaban comiendo *muffins*.

En la estación, ella le puso un billete de veinte dólares en la mano y le dio un beso en la mejilla. Él retrocedió para alejarse de ella y subió al tren.

—Ve al teatro —articuló ella a través de la ventana.

A la hora de la cena estaban sólo ella y Hane. Hane hablaba de nuevo de Jesús, del Jesús histórico, de cómo nadie comprendía los poderes proféticos de Cristo, ni siquiera el mismo Jesús.

—Jesús pensaba que el mundo iba a acabarse —señaló Hane —, pero estaba equivocado. No se trataba sólo de Jerusalén. Lo que él predecía era el fin del mundo entero. Escatológicamente, se equivocó. Lo afirmó categóricamente, pero se equivocó. El mundo siguió adelante.

—Quizá lo entendiese como una especie de símbolo. Ya sabes, en sentido poético, no literal. —Millie había oído esa misma sugerencia en boca de Hane. Estaba repitiendo sus palabras, un aspecto de su propio argumento.

—No, lo entendía en sentido literal —objetó Hane con cierta fiereza.

—Todos cometemos errores —dijo Millie—. El mundo es más divertido así.

Siempre intentaba escuchar a Hane. Sabía que cada vez se apuntaban menos alumnos a sus cursos, y que los que lo hacían eran fundamentalistas, jóvenes ignorantes, según Hane, que no

sabían utilizar ni la historia ni las metáforas. ¡Podían mandar la Biblia a paseo perfectamente! El principal objetivo de las clases de Hane era reconciliar la religión con la ciencia y la historia, pero esos jóvenes «pentecostalistas», como los denominaba Hane, no creían ni en la ciencia ni en la historia. «Esos chicos no tienen cabeza. Quien quiere alimentar el alma, y creo que es lo que ellos quieren, debe tener cabeza.»

—La limpieza está próxima a la santidad —comentó Millie.

—¿De qué hablas? —le preguntó Hane. Parecía deprimido e impaciente. Había momentos en los que creía haberse casado con una mujer estúpida, y eso hacía que se sintiese solo en el mundo.

—He estado pensando en la barcaza de los residuos —le explicó Millie—. Supongo que mi cabeza no para de dar vueltas. Igual que ese montón de basura.

Sonrió. Había oído toda la información relacionada con la barcaza, había señalado en un mapa su trayecto desde Islip, donde ella tenía parientes, hasta Morehead City, donde ella tenía parientes. «Imagínate —le dijo a su vecina cuando ambas estaban en sus respectivos jardines traseros, cerca de los tulipanes que no pertenecían a ninguna de las dos—. ¡Parientes en ambos lugares! ¡Parientes de basura!»

Millie se limpió la boca con la servilleta.

—No tiene adónde ir —le dijo a su marido.

Hane se sirvió más sobras. Pensó en Millie y en ese interés que mostraba por la ecología. Le desconcertaba y le daba miedo reverencial, como una cosa femenina. Millie guardaba en la cocina un surtido de cajas para reciclar los desperdicios de la casa. Tenía las cajas etiquetadas con: «Aluminio», «Plástico», «Residuos secos», «Residuos húmedos», «Basura». Millie le había explicado dos veces la diferencia entre residuos y basura, pero la distinción carecía de significado para él y siempre la olvidaba. La noche anterior ella le había contado que en el parque había unos cisnes que estaban construyendo sus nidos con botas viejas y los anillos

de plástico de los paquetes de latas. «Ponen huevos en la basura», le dijo. Luego le pidió que se mostrara más paternal con John Spee, que mostrara un interés más amistoso por el chico.

—¿Son las últimas sobras? —preguntó Hane.

En la escuela comía muy ligero. A menudo se llevaba sólo un huevo duro, que rociaba esmeradamente con sal y después sacudía sobre la papelera por si acaso había echado de más.

—Eso es todo —contestó Millie, y se levantó. Cogió la cacerola y raspó y removió con un cucharón las sobras endurecidas y aplastadas del fondo—. Vamos —dijo Millie, sujetando el cazo delante de Hane—. Abre.

Él puso mala cara.

—Vamos, Millie.

—La última cucharada... Mañana cocinaré de nuevo.

Hane abrió la boca y Millie le dio de comer con cariño, con cuidado, porque el cucharón era grande.

Después se sentaron en el salón y Hane leyó en voz alta un pasaje de la segunda epístola a los Tesalonicenses. Millie observó como una niña las figuritas, el payaso y la bailarina, y pensó en Ariel, que viajaba por países extranjeros y conocía gente. ¿Cómo sería eso de ser joven en esos momentos, con tantas oportunidades? El último semestre, antes de partir hacia Inglaterra, Ariel le había dicho:

—¿Sabes, mamá? Hay una chica de mi clase que se llama exactamente igual que tú: Mildred Keegan. Se escribe igual y todo.

—¿De verdad? —exclamó Millie. Se le encendió la cara. Era curioso.

Pero luego Ariel tuvo una ocurrencia.

—Sí. Sólo... que, bueno, suspendió la semana pasada. —Después se echó a reír y tuvo que levantarse y salir de la habitación.

A las nueve en punto, después de quitar las etiquetas de diversas latas, lavarlas y almacenarlas, Millie fue a recoger a John Spee a la estación de tren.

—Y bien, ¿qué has hecho en Nueva York? —le preguntó Millie, parada en un semáforo en rojo y mirando al chico de reojo. Había salido de casa precipitadamente y en ese instante, con un vistazo rápido al retrovisor, intentaba arreglarse el flequillo que le caía revuelto sobre la frente—. ¿Has visto alguna obra de teatro? Creo que hay algunas muy divertidas. —A Millie le encantaba el teatro, pero a Hane no mucho.

—No, lo del teatro me lo paso por el forro.

—Oh —dijo Millie frunciendo un poco el entrecejo. «Me lo paso por el forro.» Ariel utilizó una vez esa expresión y se la explicó con impaciencia. «¿Lo pillas?»—. ¿Has bajado hasta Battery Park para ver la Estatua de la Libertad? Está preciosa desde que la limpiaron. —Millie no la había visto en persona, pero había salido en todas las revistas y en las fotografías tenía un aspecto sagrado y grandioso.

El semáforo se puso verde y ella dobló la esquina. De noche, esa zona de Nueva Jersey podía parecer dulce y tranquila como una ciudad de verdad.

—He paseado y he contemplado los edificios —dijo John, apartando la vista de ella y dirigiéndola a través de la ventanilla hacia el oscuro barrio de negocios de Terracebrook—. He subido al Empire State y luego he bajado y he vuelto a subir.

—Has subido dos veces...

—Dos veces, sí. Dos veces.

—¡Vaya, qué bien! —exclamó Millie. Y cuando cogieron la autopista, exclamó de nuevo—: ¡Vaya, qué bien!

—¿Qué tal por Nueva York? —mugió Hane, levantándose muy rígido aunque cordial, y en un torpe intento de conseguir que el chico se sintiera como en casa, prácticamente se lanzó sobre él

entre crujidos de articulaciones provocados por el hecho de haber estado toda la tarde sentado leyendo.

—Bien, gracias —respondió John, que se marchó en el acto a su habitación.

Millie miró preocupada a Hane, siguió a John y llamó a la puerta del dormitorio.

—¿Quieres algo de cenar, John? Tengo una lata de sopa y un poco de pan y queso para preparar un sándwich.

—No, gracias —gritó el chico desde el otro lado de la puerta.

Millie creyó oírlo llorar... ¿Estaba llorando? Regresó al salón con Hane, quien le dio un abrazo, inútil, desconcertado. La miró en busca de alguna palabra de consuelo.

Millie se encogió de hombros y pasó de largo en dirección a la cocina. Hane la siguió y se quedó en el umbral de la puerta.

—Supongo que no soy la persona adecuada para él —dijo—. No soy un hombre amigable por naturaleza. Eso es lo que necesita.

—Hane se quitó las gafas y las limpió con el borde de la camisa.

—Eres un saco de disculpas —replicó Millie, y le dio un beso en la mejilla—. Anda, aplasta esta lata. —Se agachó y le puso junto al zapato una lata limpia y sin etiqueta. Hane levantó el pie y lo dejó caer con estrépito.

El día siguiente era viernes y John Spee quería volver a Nueva York. Millie lo acompañó en coche para que cogiera el tren de las diez y dos.

—Pásalo bien —le dijo en el andén—. Vendré a buscarte esta noche. —Cuando el tren arrancaba, vaporoso y desafiante, le recordó de nuevo las entradas a mitad de precio para los espectáculos de Broadway.

Una vez en casa, Millie sacó el aspirador y se puso a pasarlo. Hane, que no tenía clases los viernes, estaba sentado en el salón haciendo un crucigrama. Millie pasó el aspirador alrededor de sus pies.

—Levanta —le dijo.

En la habitación cerrada y desordenada de John Spee pasó el aspirador por los alféizares de las ventanas, lo pasó incluso por el techo y el aire, antes de verse obligada a parar. El suelo estaba cubierto de cajas de cerillas de cafeterías griegas y de publicidad de la que repartían por la calle: «Eddie en vivo»; «Chicas locas»; «Veinte por ciento de descuento en cenas hasta Semana Santa». La ropa interior estaba desperdigada por el suelo y había calcetines hechos un ovillo en un extremo del escritorio.

Millie apagó el aspirador y empezó a ordenarlo. Aquello en su día fue la oficina central de su empresa, pero ahora había que verlo. Cogió los calcetines y entonces se percató de la presencia de un bloc con espiral que había debajo de ellos. Le recordaba un poco el bloc de notas que había utilizado en su curso por correspondencia, tenía el mismo tono de azul, y lo abrió para mirar.

En la primera página se leía: «Pirados que he conocido en América». Y a continuación había una lista.

1. *Hombre asiático trajeado que espera en el andén del metro. Grita.*
2. *Mujer en el parque que pasea a un perro. Grita. Le dice al perro que ande como una dama.*
3. *En la cafetería, mujer a quien se le cae la comida de la boca. Le grita al tenedor.*

Millie cerró rápidamente el cuaderno. Temía seguir leyendo, temía quién pudiera ser el número cuatro, o el número cinco. Se olvidó del cuaderno y se alejó del escritorio, desenchufó el aspirador, enrolló el cable, luego recogió el curioso montón de ropa del revés que había debajo de la cama y pensó de nuevo en su empresa de gestión de residuos, en cómo había confiado en poder sacarla de esa estancia y en cómo parecía haber vuelto a ese espacio —¡su pobre y pequeña empresa!— con aspecto de lavandería. Ella quería residuos, y tenía en cambio una lavandería.

—¡Ja! —dijo en voz alta.

—¿Qué? —gritó Hane. Seguía con el crucigrama en el salón.

—No te lo digo a ti. Voy a lavar la ropa de John.

Bajó al lavadero con sus cestas de trapos reciclables, sus envases de detergente biodegradable, sus cajas de botellas sin etiqueta, las bolsas llenas de papel de aluminio y latas. Eso en cierto sentido era una oficina, la habitación de una sola mujer: una plataforma contra el mundo. O para el mundo. Ella prefería para el mundo.

Millie encendió la radio que tenía sobre la secadora. Esperó a que finalizaran dos anuncios y llegaron las noticias: la barcaza de basura regresaba de Luisiana.

—Apuesto a que en esa basura hay muchos residuos —dijo en voz alta.

Ésa era la distinción entre basura y residuos que tantas veces le había explicado a Hane: la basura era húmeda, estaba podrida y debía enterrarse. Los residuos eran materias primas y papel y podían reutilizarse. La basura quemada podía producir gas, pero los residuos podían disfrazarse y servir de nuevo. ¡Pañuelos reutilizables! Pañuelos de papel reciclados, hechos de papel barato y recicitable, algo perfectamente posible, algo que deseaba haber subrayado, pero que quizá no hubiese destacado lo suficiente en sus presentaciones. Quizá la gente pensara que hablaba de basura cuando en realidad hablaba de residuos. O viceversa. Quizá nadie la hubiera comprendido. La verdad es que había fallado en cuanto a reforzar su mejor idea, la de la publicidad subliminal en las telenovelas: que los personajes, mientras comentaran sus enfermedades y sus asuntos, se dedicasen a quitar las etiquetas de las latas y guardasen los periódicos para luego reciclarlos. Estaba segura de que era posible convencerlos de que lo hicieran.

Programó la lavadora en «Delicado» y la puso en marcha. El agua caliente entró en el electrodoméstico como una cascada, como una luna de miel, reciclada, la misma, una y otra vez.

Cuando Millie recogió a John en la estación, éste le habló nuevamente de edificios.

—Entonces no habrás tenido oportunidad de ver ninguna obra, ¿no? —dijo Millie, pero él no pareció escucharla.

—Volveré mañana para ver un poco más —afirmó. Pulsó el encendedor hasta que se prendió. Fumaba con nerviosismo—. También hay coches estupendos.

—Sí, maravillosos —dijo Millie. Pero cuando lo observó vio un color gris en su semblante. Su vida parecía desprenderse, quedar suelta a su alrededor como una blusa. La vida podía hacer eso. Millie pensó en la gente del barrio que podía presentarle. Calle abajo vivía un chico de unos veintidós años. Trabajaba en una empresa de jardinería y parecía amigable—. En nuestra calle vive alguien que debería presentarte. Un chico de tu edad más o menos. Creo que te caería bien.

—La verdad es que no me apetece conocer a nadie —replicó John con su marcado acento británico—. A menos que me vea obligado.

—Oh, no —dijo Millie—. Nadie te obliga a nada. —A veces, sin quererlo, le copiaba el acento. Confiaba en que así se sintiera más en casa.

A la mañana siguiente lo llevó de nuevo a la estación para coger el tren de las diez y dos.

—Empieza a gustarme este pequeño paseo diario —dijo ella. Sonrió, lo decía en serio. Abrazó al chico y esa vez él le devolvió el beso.

A medianoche de aquel mismo día, Ariel telefoneó desde Europa. Estaba viajando por el continente; las vacaciones de primavera de las universidades inglesas eran largas, un mes, y había decidido visitar Francia e Italia, desde donde llamaba.

—¡Venecia! —exclamó Millie—. ¡Qué maravilla!

—Es magnífico, cariño —dijo Hane desde el teléfono del dormitorio. No le gustaba mucho viajar, pero no le importaba que lo hicieran los demás.

—Por supuesto —dijo Ariel—, debes imaginarte que estás separado de la basura. Que el agua y la comida no tienen nada que ver con las aguas residuales del canal. Es imprescindible mantener ese espejismo. Es un pasaporte psicológico.

¡Un pasaporte psicológico! ¡Cómo hablaba su hija! Los hijos se alejan tanto...

—¿Cómo se come? —le preguntó Millie—. ¿Comes muchos *manicotti*?

—Comida cenagosa. Berros y peces oscuros.

—Oh, te envidio muchísimo. Imagínate, Hane, estar en Venecia, Italia...

—¿Cómo está John Spee? —inquirió Ariel, cambiando de tema.

Cuando telefoneaba a sus padres, los dos solían utilizar teléfonos distintos y se hablaban entre sí. Discutían problemas de dinero y otros imprevistos con una ferocidad que no podrían emplear cara a cara.

—Bien —contestó Millie—. Ha salido a dar un paseo por el barrio aunque es un poco tarde.

—¿Sí? ¿Qué hora es?

—Casi medianoche —dijo Hane desde el otro teléfono. Estaba en pijama, bajo las mantas.

—Vaya, me he equivocado calculando la hora. Espero no haberlos despertado.

—Por supuesto que no, cariño —dijo Millie—. Puedes llamar a cualquier hora.

—Así que es medianoche y John Spee anda paseando por ese deprimente barrio residencial. Menudo miedo. —La voz de Ariel llegaba con interferencias pero fuerte. La monótona e irreflexiva melodía de sus palabras penetraba en Millie como algo oxidado y afilado a la vez—. ¿Ha ido solo?

—Sí —añadió Millie—. Seguramente sólo quería tomar un poco el aire. Ha ido a Nueva York todos los días. Sube constantemente al Empire State y luego se limita a pasear y a contemplar otros edificios altos. Y los coches. No ha ido al teatro ni nada.

Hubo un silencio. Hane se aclaró la garganta y dijo al teléfono:

—Supongo que no soy el mejor tipo de persona para él. Probablemente necesita a un hombre que sepa tratar mejor a los chicos. Alguien deportista, tal vez.

—Cuéntanos más cosas de Italia, cariño —lo interrumpió Millie.

Se imaginaba Italia como Florida, todo luz y color, pero con alguna ruina gloriosa repartida aquí y allá, y enormes hombres de piedra sin ropa aunque con palomas encantadoras en la cabeza. Quizá hubiera teatros.

—Es precioso —afirmó Ariel—. Resulta difícil de describir.

Colgaron a las doce y quince. Hane, que tenía que leer en la iglesia a la mañana siguiente, se durmió enseguida. Pero Millie estaba inquieta y deambuló por la casa, habitación tras habitación, esperando a que John regresara. Pensó de nuevo en Ariel, en lo mucho que había llegado a significar para ella la aprobación de la niña, en cómo los hijos alcanzan tanta fuerza en ese aspecto. La semana antes de que Ariel partiera para Inglaterra, las dos fueron juntas al cine. Era algo que no hacían desde que Ariel era pequeña y Millie estaba ansiosa por que llegara el momento, como si se tratara de una fiesta. Pero empezó a hablar en cuanto aparecieron los títulos de crédito. Se puso a contarle a Ariel que conocía a un hombre que había sido basurero y que ahora se dedicaba a realizar cortos industriales para diversas empresas. Había hecho un curso por correspondencia.

«Mamá, estás hablando muy alto», le susurró Ariel en la oscuridad de la sala de cine. Se puso el dedo índice en los labios y le dijo «¡Shhh!» como si Millie fuera una niña. La película había empezado y Millie apartó la vista, arrugó las facciones, se llevó una mano a los ojos para que su hija no la viera. Intentó concentrarse en la película, en los sonidos y en las voces, pero era como si todo

estuviera debajo del agua y muy lejos. Cuando después, sentadas en un restaurante, Ariel quiso discutir la película con ella, tal y como le comentó que hacía siempre —una discusión intelectual, como un curso de la universidad—, Millie se limitó a asentir y a encogerse de hombros. De vez en cuando trataba de sonreír diciéndole: «Oh, sí, estoy de acuerdo contigo en este punto», pero la sonrisa temblaba y se desvanecía y Ariel la miraba como si fuese un caso perdido, como si su madre fuera una idiota que la había seguido hasta el cine aguardando únicamente una palabra amable o una moneda.

Millie contempló la noche por la ventana de la habitación de invitados —la habitación de John Spee— para ver si sorprendía al muchacho dando vueltas a la casa o pegándole patadas a una piedra en la calle. Había luna llena, una portilla de sol, y Millie casi esperaba ver a John sentado en los escalones de la casa de alguien, no de la suya, presionando las suaves protuberancias de sus ojos contra las rótulas. Qué decepcionante debía de resultarle América. Vagar por las calles de una ciudad que no es la tuya, de una ciudad que te da la espalda, ser un chico de muy lejos y desembarcar allí, comprender que todas tus fantasías son repentinamente concretas pero erróneas, ¿cómo no iba todo eso a romperle el corazón? Aunque tal vez, pensó, John había estado soñando tanto tiempo y con tanta intensidad con aquel lugar que lo había borrado de la realidad. Probablemente ningún lugar del mundo podría resistir un asalto de deseo humano como aquél.

Se apartó de la ventana y volvió a abrir el cuaderno azul, que seguía encima del escritorio.

*Más pirados que he visto en Estados Unidos (más que en ningún sitio).*

1. *Mujer con gusanos blancos en las piernas. Se los quita a manotazos.*

2. *Chica en la escalera de la biblioteca, la escalera es su hogar. En un peldaño, como encima de una cómoda, hay un espejo, un cepillo del pelo y otro de dientes con algo aplastado entre las cerdas. La chica no tiene dientes. Grita.*
3. *Hombre que se tambalea. Brazos cruzados sobre el pecho. Choca con fuerza contra mí. Choca con odio en la mirada. Pienso: «Este tipo me odia, ¿por qué me odia?». Huele. Corro un poco hasta alejarme.*

La puerta principal se abrió y luego se cerró con un ruido sordo. Millie cerró el cuaderno y salió al cuarto de estar vestida sólo con el camisón. Quería dar las buenas noches a John y asegurarse de que echaba la llave.

Él se quedó sorprendido al verla.

—Pensaba irme directo al catre —dijo. Una frase que seguramente habría escuchado en boca de Ariel en alguna ocasión. Una frase que a ella le gustaba decir.

—Ariel ha llamado mientras estabas fuera —le contó Millie. Cruzó los brazos sobre el pecho para ocultarlo, por si acaso el fino camisón transparentaba.

—¿De verdad? —La cara de John parecía iluminarse y apagarse simultáneamente. Se pasó una mano por el pelo para peinarse y cayeron varios mechones hacia un lado, como un zigzag naranja—. Volverá pronto a casa, ¿no? —A Millie se le pasó por la cabeza que John no conocía muy bien a su hija.

—No —respondió—. Está viajando por el continente. Eso dice Ariel: por el continente. Pero ha preguntado por ti y te manda un saludo.

John apartó la vista, colgó el abrigo en el armario de la entrada, en una percha situada junto a la gorra de béisbol que no se había vuelto a poner desde el primer día.

—Pensaba que volvería a casa —dijo John. No podía mirar a Millie directamente. Algo se hundía en él como una piedra.

—¿Quieres que te caliente un poco de leche? —se ofreció Millie. Miró hacia donde John parecía mirar: las fotografías de Ariel. Allí estaba, en la graduación del instituto, toda inocencia formal, mentiras detenidas y hermosas. Millie tuvo en aquellos momentos la sensación de que Ariel era excesivamente guapa, de que era despreocupada y hería a las personas.

—Me voy a acostar, gracias.

Te he dejado la ropa limpia en los pies de la cama, doblada.

—Muchas gracias —dijo John, y pasó rozándola; luego le pidió disculpas—. Lo siento —añadió, apartándose.

—Podríamos ir los tres a Nueva York la semana próxima —le espetó Millie. Se lo dijo a la espalda, esperando con ello que diera media vuelta. Él se detuvo y se volvió—. Podemos ir a comer —prosiguió—. Y quizá visitar las Naciones Unidas. —Había visto postales con las banderas en la fachada, ondeando como sábanas, una colada internacional, aunque nunca había estado.

—De acuerdo —dijo John.

Sonrió. Luego se giró y caminó por el vestíbulo, cambiando una habitación por otra, moviéndose de un lado a otro, dejando a Millie allí igual que se deja a alguien cuando, de una vez por todas, se ha tomado una decisión.

Por la mañana sólo había una nota y un regalo. «Gracias por acogerme. He decidido ir a California en autocar. No se lo tomen a mal, por favor. Suyo sinceramente, John Spee.»

Millie exhaló un suspiro de tristeza.

—¡Hane, el chico se ha marchado!

Hane estaba vistiéndose para ir a la iglesia y salió a ver. Iba en camisa y calzoncillos tipo bóxer y trataba de hacerse el nudo de la corbata. Se detuvo, como si un fantasma que hubiese sido expulsado de la casa acabara de regresar. La lectura de ese día era parte del tercer capítulo de san Juan y diversos pasajes del texto le rondaban la cabeza, como una tontería o un cántico. «Por Dios que

tanto amaba el mundo...» John Spee se había ido. Hane cogió a Millie por los hombros. ¿Qué podía decirle? «¿Por Dios que tanto amaba el mundo?» La verdad es que no creía que Dios amara el mundo, al menos no como la gente creía. El amor, en ese caso, creía, era una forma de hablar. Una metáfora. Aunque no sabía exactamente para qué.

—Espero que esté bien —dijo Millie, y se echó a llorar.

Se apretó la bata contra el cuerpo y se puso una mano en los labios para ocultar su temblor. Perder a un chico era terrible. Las chicas se las apañaban sin problemas, pero los chicos salían al mundo, con apenas idea de nada, y jamás regresaban.

Un mes después, Millie y Hane supieron por Ariel que John Spee había regresado a Inglaterra. Había ido en autocar hasta Los Ángeles, había bajado, había paseado unas cuantas horas, luego había vuelto a subir y había viajado seis días seguidos hasta el aeropuerto de Newark. En realidad quería conocer San Francisco, pero un hombre que iba en el autocar le dijo que no fuera, que allí todo el mundo se moría. Así que John decidió cambiarlo por Los Ángeles. Para tres horas. «¿Puedes creerlo?», escribía Ariel. Ella estaba de nuevo en Warwickshire y John se dejaba caer de vez en cuando para verla cuando ella estaba muy, muy ocupada.

El regalo, cuando Millie lo abrió, resultó ser una tostadora, una muy grande en la que podían tostarse cuatro rebanadas simultáneamente. Nunca había visto a John entrar en casa con un paquete y no tenía ni idea de cuándo la había llevado o de dónde la había sacado.

—Cuatro rebanadas —le dijo a Hane, que nunca comía mucho pan—. ¿Qué vamos a hacer con una cosa así?

Todas las noches de aquellos meses de mayo y junio Millie se acurrucó junto a Hane, apoyando una mano en su cadera, con los olores de su piel en la cabeza. El verano llamaba a las persianas del dormitorio, los sonidos nocturnos, y Millie permanecía despierta, sin

dormir absolutamente nada. «¡Oh!», exclamaba a veces en voz alta, aunque ignoraba por qué motivo. Hane seguía hablando del Jesús histórico. Millie le frotaba las espinillas cuando hablaba, acariciaba su vello áspero y canoso. De cuando en cuando ella hablaba de la barcaza de la basura, atracada en aquellos momentos en Coney Island, un viaje fallido, una falta de diversión.

—Quizá —le dijo en una ocasión a Hane; luego dejó de hablar; tenía la mejilla apoyada en su hombro. La piel familiar a veces resulta extraña y a veces no; como es tuya no importa, no importa en absoluto—. Quizá podamos ir algún día a algún sitio.

Hane cambió de posición para acercarse más a ella, un poco normal y un poco guapo sin las gafas. A través de la ventana se veía el brillo verde pálido de las farolas, y la luna relucía borrosa y penetrante. Hane miró a su mujer. Tenía la cara redonda y marchita de alguien que una vez, y por poco tiempo (un otoño lejano, un fin de semana quizás), fue muy hermosa sin tan siquiera ser consciente de ello.

—Tú eres mi única amiga —dijo, y la besó, en las cejas, como dándole a entender que lo abrazara más fuerte.

## EL CAZADOR JUDÍO

Ocurrió en un lugar remoto. Había gimnasios, pero ni ironía ni cafeterías. La gente se tomaba las cosas literalmente, sin drogas. Laird, que quería que ella saliera con cierto tipo, la puso sobre aviso durante la clase de gimnasia.

—Mira, Odette, tú eres poeta. Llevas en el mundo de la poesía..., ¿cuánto?, ¿veinte años?

—Sólo quince, estoy segura. —Acababa de superar los cuarenta y miró a Laird con el entrecejo fruncido por encima del hombro. Tenía una voz menopáusica cincelada por el whisky, una voz arruinada y trémula resultado del tabaco. Carecía de tonos medios, era grave, aunque tenía falsetes inesperados—. Odio esa expresión de «el mundo de la poesía».

—Quince. De acuerdo. Ese tipo no tiene nada de literario. Es abogado de granjeros. Puede que defienda a un exhibicionista de vez en cuando, o a algún gitano del barrio serbio de Chicago, pero eso es lo máximo que tiene de artístico. Trata con granjeros y granjas. No distinguiría a T. S. Eliot de Pinky Eliot, pongamos por caso. Probablemente no ha estado en Mineápolis en su vida, y no digamos ya en Nueva York.

—¿Quién es Pinky Eliot? —le preguntó ella. Estaban tumbados en el suelo el uno junto al otro, tratando de meter los brazos entre las rodillas levantadas para fortalecer los músculos abdominales. La música sonaba a todo volumen para que a nadie le avergonzara estar haciendo flexiones delante de unos casi completos desconocidos—. ¿Quién demonios es Pinky Eliot?

—Uno que estudió conmigo en cuarto —contestó Laird, sofocado—. Decían que pesaba más que la profesora, que no era ningún fideo, créeme. —Laird estaba quedándose calvo, y en las

clases de gimnasia la sangre le subía a la cabeza y los mechones de pelo rizados le caían sobre las orejas recordando las cintas ornamentales de los regalos. Había vivido en la ciudad hasta los diez años; luego su familia se trasladó al este, a Nueva Jersey, donde ella lo conoció años atrás. Y había regresado, como un salmón, para criar allí a sus hijos. Él y su esposa tenían dos. Los llamaban «Little y Moist»—. Mira, estás en el quinto pino. Tienes a Pinky Eliot o a un tipo que nunca ha oído hablar ni de Pinky ni de Eliot.

Ya había estado en el quinto pino antes. Para costearse el piso de Nueva York, solía acogerse a las becas de la biblioteca: cuatro mil dólares por vivir seis semanas en una ciudad pequeña, escribir poemas no publicables y ofrecer una conferencia en la biblioteca. El problema de vivir en el quinto pino es que nadie la besaba. La miraban de arriba abajo, pero nunca la besaban.

Aunque de vez en cuando podía conseguir un beso.

Pero luego tenía que marcharse. Y con tanto hacer maletas y desaparecer, con tantos desgarros y vacilaciones, acababa sintiéndose como una mala combinación de Odiseo y Penélope. Acababa sintiéndose rara.

—De acuerdo —dijo Odette—. ¿Cómo se llama?

Laird suspiró.

—Pinky Eliot —respondió, hundiendo los brazos entre las rodillas—. Me parece que debo de haberte confundido en algún momento de esta exposición tan resumida.

Pinky Eliot había perdido peso, aunque a buen seguro seguía superando a su profesora. Tendría unos cuarenta y cinco años de edad y el cabello sin una sola cana. No tenía mal aspecto, nariz de duende y ojos de gato, aunque su cara recordaba en algo la forma de un balón de fútbol al llegar a la barbilla y las mejillas, que unidas constituían una esfera blanca con una cicatriz grisácea que las rodeaba repentinamente. Además, lucía el tipo de bigote que, según

decía una compañera de habitación de Odette de la época universitaria, parece arrastrarse hacia arriba en busca de un lugar cálido donde morir.

Cenaron en el único restaurante italiano de la ciudad. Ella bebió dos copas de vino, y su fresco calor le recorrió el cuerpo como aceite de Gaultheria. Sabía que un día de éhos tendría que dejar de salir con hombres. Había practicado frente al espejo. «No salgo. Lo siento. No salgo con nadie.»

—Siempre me ha gustado bastante la comida de este sitio —dijo Pinky.

Ella observó su cara redonda sintiéndose mientras tanto un poco mal por él y un poco mal por ella, porque la comida no era buena: había vesículas de pasta insípidas que pasaban por tortellini, y chuletas harinosa y empapadas en una salsa de tomate, inconsciente, derrotadamente naranja. El pobre Pinky no distinguía un ajo de un muñeco.

—Sí —dijo ella, en un intento de mostrarse amable—, pero ¿crees que es italiana de verdad? Sabe como si hubiera llegado hasta las Islas Canarias y luego se hubiera caído al agua.

—Una esnob de la costa Este. —Sonrió. Hablaba con la lentitud de la pradera, con la densidad de los Grandes Lagos—. Una esnob vestida completamente de negro que odia el Medio Oeste. ¿Eres judía?

A Odette se le pusieron los pelos de punta. Un nazi. Un nazi rústico y gastronómicamente idiota.

—No, no soy judía —contestó con malicia, mirándolo de arriba abajo, para enseñarle, para enseñarle lo siguiente—: ¿Y tú?

—Sí —dijo. Le estudió los ojos.

—Oh —dijo ella.

—En esta parte del mundo somos pocos, por eso se me ha ocurrido preguntártelo.

—Ya.

Notaba una sensación de pérdida que la hacía sentirse incómoda, como si la policía, legalmente, la hubiera despojado de algo que debía haber sido suyo pero que no lo era. Dejó caer la mirada hasta sus manos, que habían empezado a moverse con nerviosismo, independientes, como los pequeños roedores que se tienen como mascotas. El vino le calentaba las mejillas, y cuando se precipitó a beber más, el borde de la copa chocó contra ese diente que sobresalía por encima de los demás.

Pinky alargó una mano por encima de la mesa y le acarició el cabello. La semana anterior Odette se había hecho una permanente que lo había dejado ondulado como la cabeza de un carnero.

—Siempre es agradable contemplar unos rizos étnicos —dijo—. ¿Qué eres, metodista?

En su segunda cita fueron al cine. La película trataba de criaturas del espacio exterior que se metían en los terrícolas y los incitaban a cargar enormes sumas de dinero en sus tarjetas de crédito. Era una alegoría urbana muy elaborada, llena de dolor y desesperación, y a Odette le apetecía comentarla.

—Una película entretenida —dijo Pinky lentamente. Había estado todo el rato removiéndose en el asiento y se había levantado dos veces para ir a beber a la fuente de agua. «Me acerco un momento a la máquina», había susurrado.

Y ahora quería ir a bailar.

—¿Y dónde se puede bailar aquí? —le preguntó Odette.

Estaba pensando todavía en esa parte en la que los dos protagonistas intercambiaban equipos de audio portátiles y se enamoraban a partir de ahí. Quería que Pinky o ella dijeran algo incisivo o provocativo acerca de la visión del director o de los parámetros narrativos de la imaginería cinematográfica. Pero parecía que ninguno de los dos iba a hacerlo.

—Hay un sitio después de la carretera de circunvalación del condado, a unos nueve kilómetros.

Fueron al aparcamiento y él se inclinó y la besó en la mejilla (un gesto íntimo, prematuro, los restos de un enamoramiento reciente, sin duda) y ella se sonrojó. Era muy mala en cuestiones de amor. Hay gente buena en cuestiones de amor y gente mala. Y ella era mala. Antes pensaba que era buena en cuestiones de amor y que era mala en la intimidad. Pero eran necesarias las dos cosas. Sabía que el amor sin intimidad es como una canción que no se canta. Se queda en la cabeza. Dices: «¡Escucha esto!», y te descubres cantando algo confuso, nada, algo amontonado. Se acordó de una cena en la que sirvieron los postres en platos que llevaban impresas letras de canciones francesas. Después de la cena todo el mundo debía cantar la canción de su correspondiente plato, pero cuando le tocó el turno a ella, aún no había terminado con la nata montada, así que recortó notas y palabras, obligada a retirar frenéticamente la nata con el tenedor para ver cómo seguía el compás. Era mala, así de mala, en cuestiones de amor.

Una vez pasada la circunvalación, Pinky recorrió nueve kilómetros en dirección sur hasta un sitio llamado Humphrey Bogart's. Se trataba de un antiguo pabellón de caza de madera de techos altos y vigas vistas. Sobre un escenario improvisado, un grupo de música country tocaba *Tequila Sunrise* con quince años de retraso, o tal vez de adelanto. ¿Quién podía adivinarlo? Pinky la cogió de la mano e improvisó un lento paso de *jitterbug* en dirección al contrabajo.

—¿Y yo qué hago ahora? —le gritó Odette por encima de la música—. ¿Qué hago yo ahora?

—Esto —respondió Pinky.

Poseía la gracia esmerada de quien ha sido gordo, y la mano que había posado en su espalda le parecía grande y ligera. La cicatriz había desaparecido prácticamente bajo la luz de la pista de baile, y su sonrisa empujaba hacia arriba el bigote y creaba una sombra que le resultaba favorecedora. Odette siempre había sido delgada y tensa.

—En Nueva York bailamos poco —observó.

—¿Y qué hacéis entonces?

—Nos limitamos a hacer cola en los cajeros automáticos.

Pinky se inclinó hacia ella, le cogió la mano para colocársela en el hombro y empezó a dar vueltas. Le acercó la boca al oído.

—Tienes mucha personalidad —le dijo.

El domingo por la tarde, Pinky la llevó a la Cueva de los Muchos Montículos.

—Te gustará —le aseguró.

—¡Fantástico! —dijo ella al subir al coche. Existía una especie de entusiasmo local por las cosas del que ella intentaba contagiarse. Se trataba de adoptar una actitud positiva y hacer comentarios con un alegre sonsonete. «¿No sopla mucho el viento?» Llevaba gafas de sol y un jersey que le quedaba grande—. Estaba pensando en preguntarte lo que era la Cueva de los Muchos Montículos cuando me he dicho: «Odette, ¿de verdad quieres saberlo?» —Hurgó en el bolso—. Es que parece el nombre de un prostíbulo. No tendrás ningún cigarrillo, ¿no?

Pinky le dio un golpecito con los dedos a las gafas de sol.

—No vas a necesitarlas. La cueva es oscura. —Arrancó y partieron.

—Bueno, avísame cuando lleguemos. —Fijó la vista hacia delante—. Apuesto a que no tienes ni un cigarrillo.

—No —dijo Pinky—. ¿Fumas?

—De vez en cuando. —Pasaron junto a dos coches que estaban aparcados en fila y cargados de ciervos ensangrentados, como coronas mortuorias, como trofeos, como mujeres, pensó—. Malditos cazadores —murmuró.

—¿Qué marca fumas? ¿Virginia Slims? —le preguntó Pinky con una sonrisa.

Odette se volvió, se bajó las gafas de sol y miró por encima de ellas el perfil pálido de Pinky.

—No, no fumo Virginia Slims.

—Te apuesto lo que quieras. Te apuesto lo que quieras a que fumas Virginia Slims.

—Sí, fumo Virginia Slims —dijo Odette sacudiendo la cabeza. ¿Qué clase de tipo era ése?

Tras recorrer dieciséis kilómetros en dirección sur empezaron a aparecer carteles que anunciaban la Cueva de los Muchos Montículos. CUEVA DE LOS MUCHOS MONTÍCULOS. TREINTA Y DOS KILÓMETROS. CUEVA DE LOS MUCHOS MONTÍCULOS. VEINTICUATRO KILÓMETROS. Ante el cartel de los ocho kilómetros Pinky detuvo el coche en el arcén. Había sólo árboles, a lo lejos un granero y una vaca solitaria.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó Odette.

Pinky aparcó pero dejó el motor encendido.

—Quiero besarte ahora, antes de que entremos en la cueva y pierda el control por completo.

Se volvió hacia ella y de pronto su cuerpo, enorme y enfundado en una chaqueta, apareció suspendido sobre Odette, flotando en el aire, mientras ella se hundía contra la puerta del coche. Pinky cerró los ojos y la besó, con un beso largo y lento, y ella no se quitó las gafas de sol para así mantener los ojos abiertos y observar, ver cómo sus pestañas se cerraban como pétalos, cómo su blanca cicatriz se mecía en silencio entre su mejilla y su barbilla, cómo sus labios empujaban soñolientamente los suyos para anidar en ellos y quedarse allí, en movimiento, como expresando palabras pero sin pronunciarlas, mientras las manos la recorrían en un suave susurro, desde la parte trasera del jersey hacia la cintura y la espalda desnudas, para desplegarse allí y florecer grandes y abrazarla brevemente hasta que se retiró, volvió a ponerse en su lugar y a ser él, y continuó el camino.

Odette se sentó bien y se quedó mirando el espacio que se veía a través del parabrisas. Pinky llevó el coche de nuevo hasta la autopista y aceleró.

—Esto no lo hacemos en Nueva York —comentó Odette con un carraspeo. Se aclaró la garganta.

—¿No? —Pinky sonrió y le puso una mano en el muslo.

—No, es... los cajeros automáticos. Sólo... esperas allí. Eternamente. Te pasas la vida entera —cortó el aire con la mano— allí.

—No toquen las formaciones, por favor —repetía a gritos la guía por encima de la cabeza de todo el mundo.

El húmedo camino que recorría el interior de la cueva estaba iluminado por luces que permitían contemplar las paredes de un mármol de color rosa dorado, como un queso cheddar al Oporto; había protuberancias en forma de pezón, galerías ciegas, arterias por todos lados, calcáreas y húmedas; estalagmitas y stalactitas que recordaban morsas, irrumpiendo ansiosas desde el suelo o colgando malvadas del techo y abriéndose camino hacia el suelo con el paso del tiempo... La cueva era un mar de lágrimas, húmeda y resbaladiza por todas partes; charcos de agua estancada de color ocre bordeaban el camino que descendía gradualmente en espiral.

—El Guggenheim de la Naturaleza —dijo Odette, y como Pinky parecía no saber de qué estaba hablándole, añadió—: Es un museo de Nueva York.

Llevaba las gafas de sol en la cabeza. Miró a Pinky con júbilo y él le sonrió, como si la considerara bonita pero del espacio exterior, como algo que pronto formaría parte de una película de acción de éxito y luego se convertiría en un popular juguete.

—... Una forma de recordar cuál es cuál —iba diciendo la guía — es pensar que la stalactita lleva una «c» de cielo, porque al fin y al cabo caen del cielo...

—¿Lo has pillado? —dijo Pinky en voz excesivamente alta después de darle un codazo—. ¿Que caen del cielo? —La gente se volvió a mirar.

—¿Qué te pasa? ¿Estás sordo? —le preguntó Odette.

—Un poco —respondió Pinky—. Del oído derecho.

—A continuación llegaremos a una estalagmita, que es la única que los visitantes pueden tocar. A medida que vayamos pasando quedará a su derecha, y podrán manosearla todo lo que les venga en gana.

—Hummm —dijo Pinky.

—¿De verdad? —dijo Odette. Entornó los ojos para mirar hacia la parte delantera del grupo, congregado en aquellos momentos con poco interés en torno a la estalagmita, un ejemplar corto y achaparrado con la cabeza blanquecina de tanto roce. Tenía el aspecto de las pastillas de jabón de los lavabos de las gasolineras —. Creo que quiero retroceder y volver a contemplar el coral de las cuevas.

—¿Y eso qué era? —le preguntó Pinky.

—Eso que parecía brócoli de cemento. Y también la sala de la capilla con un órgano de iglesia. Bueno, yo he pensado que se parece mucho a un órgano.

—... Y ahora —decía la guía— llegamos a la parte de la visita en que les permitimos observar la cueva con su luz natural. —Se adelantó y pulsó un interruptor—. No podrán ver sus manos ni poniéndolas delante de la cara.

Odette abrió mucho los ojos y forzó la vista, y aun así era incapaz de ver la mano que tenía delante de la cara. La oscuridad era tupida y real; no se trataba de una danzarina oscuridad llena de sombras, sino de la oscuridad paralizante de un ataúd. Tenía algo feroz y eterno, algo secreto y absoluto, como algo que no se cuenta nunca a los niños.

—Estoy aquí —dijo Pinky, acercándose—, por si me necesitas.

Le apretó un hombro y le rodeó la espalda con un brazo. Odette olía su respiración pesada, el olor de su cuello junto a la cara, y se recostó, ciega y hambrienta, contra su brazo. Buscó su mano.

—Estamos viendo el aspecto que tenía la cueva cuando fue descubierta y el que ha tenido a lo largo de todas estas eras; es oscura como la boca del lobo, más grande cada vez, y se abre en la

oscuridad; la vida y el mar están atrapados aquí y jamás ven la luz, es una pequeña cueva húmeda creada hace un millón de años, que se abre lentamente, se abre y abre su interior...

Ella casi lloró cuando se acostaron por primera vez. Era un besador, y besaba y besaba sin parar. Le pareció la cosa más delicada que le había sucedido nunca. La besó, le susurró y le llevó un gran vaso de agua cuando ella se lo pidió.

«¿Cuándo regresas a Nueva York?», le preguntó, y como faltaban menos de cuatro semanas, Odette le contestó: «No me acuerdo».

Pinky salió de la cama. Estaba desnudo y actuaba con naturalidad, bello, en cierto sentido, con sus líneas largas y redondeadas, con la sencilla colina de su espalda. Se dirigió hacia el vídeo, revolvió en la oscuridad varias cintas para acercarlas de una en una a la ventana, por donde entraba una luz como de luna, lluviosa, propia de un sueño; repasó cinta tras cinta hasta dar con la que buscaba.

Se trataba de una cinta titulada *Supervivientes del Holocausto*, un título que brillaba en color rojo sangre en la pantalla del televisor como advirtiendo que allí no había lugar para él.

—La veo mucho —dijo Pinky en voz baja. Miraba hacia delante como en trance, imperturbable, pero cuando levantó un brazo para rodear con él a Odette, lo hizo sabiendo exactamente dónde estaba ella, ligeramente detrás de uno de sus hombros, tapada con la sábana—. No deberías esconder los pechos —añadió sin desviar la vista.

Pero ella se quedó como estaba, oculta, mientras por la pantalla desfilaban los senderos hacia Treblinka y las verjas de Auschwitz; la película se recreaba de tal forma en los hierbajos y el viento, tan poco creíble en esas históricas malas tierras, que, en una oleada de náusea y remordimiento, parecía querer convertirse en un

documental sobre naturaleza. A veces la propia película parecía confusa con respecto a su argumento, una confusión nacida de conocerlo a la perfección.

Alguien hablaba de los camiones. De cómo metían a la gente en unos camiones cuyos tubos de escape expulsaban gases hacia el interior, de cómo los transportaban hasta que se quedaban azules y los descargaban por una trampilla. Detrás de una alambrada los ásteres se secaban en un campo.

Cuando terminó, Pinky se giró hacia ella y suspiró.

—Temas fuertes —dijo.

¿Temas fuertes? A Odette se le paró la respiración, luego se le aceleró, luego se le paró de nuevo. ¿Quién tenía derecho a decir esas palabras?

¿Quién? Se asombró, en todos los aspectos en que era posible asombrarse, de haberse acostado con él.

Volvió a salir con él, pero en esa ocasión ella fue a buscarlo a la puerta de su casa y lo saludó con una sonrisa rígida y un apretón de manos, como una mujer que pretende llegar a un acuerdo extrajudicial.

—Qué informal —dijo él sin moverse del umbral—. No sé... Estos capitalinos de la costa Este...

—Tenemos el corazón duro —replicó Odette con un acento que en realidad no era ningún acento en particular. No se le daba bien imitar acentos.

Cuando volvieron a acostarse, ella intentó no concederle mucha importancia. Una vez más, vieron *Supervivientes del Holocausto*, aunque se trataba de una cinta distinta que no seguía el orden; la cámara continuaba buscando algo natural en lo que fijarse, incómoda, como un ojo sanguinolento hastiado y temeroso de la gente y de lo que hace. «Prendieron fuego a los cuerpos y a los barracones —decía una voz—. Las piras ardieron durante muchos días.»

Las olas chapoteaban. La lluvia se perlaba en una espadaña. Odette entró en el baño y dejó correr el agua del grifo para que él no pudiera oír cómo se sentaba, enferma, con la mirada fija en sus piernas, las piernas de su madre. ¿Desde cuándo tenía las piernas de su madre? Cuando se metió de nuevo en la cama, él dormía como un niño, de esa forma en que duermen los hombres.

Al día siguiente se levantó temprano, se dirigió al establecimiento más cercano, que era una tienda de exquisiteces, y regresó triunfante con *bagels* y salmón ahumado. En el exterior, la ciudad estaba muerta como un museo; el sol le otorgaba al cielo un tono amarillo limón, y en el interior, luces alargadas, óvalos de azul brillante, salpicaban la colcha de Pinky. Odette dejó el desayuno sobre la cama y él se volvió y la besó, con la cara pálida como la cera de tanto dormir. Señaló el salmón.

—¿Te gusta esto?

—Sí. —Tenía ya la boca llena de un rosa frío y viscoso—. Lo como a todas horas.

Él suspiró y se hundió de nuevo en la almohada.

—Después de desayunar te enseñaré algunas palabras en yiddish.

—Ya sé algunas palabras en yiddish. Soy de Nueva York. Toma, come un poco.

—Te enseñaré *tush* y *shmuck*. —Pinky bostezó, luego sonrió—. Y *shiksa*.

—Todas las cosas que un buen chico judío practica antes de casarse con una buena chica judía. Ya las sé.

—¿A ti qué te pasa?

Ella se negó a mirarlo.

—No lo sé.

—Yo sí lo sé —dijo Pinky, y se puso de pie en la cama, como un niño a punto de saltar sobre ella, desnudo como una torre, priápico. Ella apenas podía mirar. Oh, por una espadaña perlada. Un tren que desaparece en el interior de un túnel—. ¡Te estás enamorando de mí! —exclamó, mirando de reojo alegremente hacia abajo.

Ella llevaba todavía el abrigo encima y había dejado de masticar. Se quedó mirando fijamente hacia arriba, con incredulidad. A veces pensaba que lo único que pretendía era divertirse en la vida, y otras veces comprendía que estaba terriblemente confusa. Abrió los ojos de par en par. Luego abrió mucho la boca para que él pudiera ver la colisión de tren entre el salmón y el *bagel* masticados.

—Me gusta eso —dijo Pinky—. Te traes algo entre manos.

Sus poemas, tal y como explicaba en las cartas que enviaba a los amigos de Nueva York, no iban bien; los había dejado un poco apartados. Había conocido a un tipo. Algo había sucedido entre los dos en una cueva, aunque no estaba segura de qué era. Tenía que salir de allí. En menos de tres semanas ofrecería la conferencia final a los mecenas de la biblioteca y eso sería todo. «Espero que no te pongas esos vestidos de noche tan voluminosos que estoy viendo en las revistas. Las que se los ponen parecen bollos pegajosos. Hace frío. Con cariño, Odette.»

Laird sentía curiosidad. Volvía constantemente la cabeza mientras hacían abdominales.

—Así que Pinky y tú hacéis buenas migas, ¿eh?

—¿Quién sabe? —dijo Odette.

—Bueno, todo el mundo tiene sus problemas en la vida; yo no estoy muy al corriente de la suya. Supuse que lo encontrarías interesante.

—Por supuesto, antropológicamente.

—Lo consideras tonto, ¿no?

—Laird, que ya estamos en los cuarenta. No podemos seguir utilizando palabras como «tonto». —Los abdominales resultaban cada vez más duros—. No es tonto. Es bobo. Tal vez. Tal vez sea memo.

—Eres una mujer dura —comentó Laird.

—No soy dura —objetó Odette derrumbándose sobre la colchoneta—. De verdad que no.

Por la noche empezó a abrazarla de una manera que la conmovía profundamente. Para dormirse le ponía una mano en la cintura y la otra en la cabeza, como si deseara protegerla de malos pensamientos. O quizá de cualquier tipo de pensamiento. Con qué rapidez llegan a amarse los cuerpos, a prometerse para siempre el uno al otro, sin pedir permiso. ¡De la cabeza! Ojalá Odette pudiera hacer caso omiso de su cabeza, dejar que su corazón se hinchara, inflamado, que su cerebro se alejara días enteros, temporadas enteras, que su trabajo se redujera a crear *limericks* burlones. Abriría la boca frente a los socios de la biblioteca y diría: «Había una vez una mujer de...» Entonces alguien correría hasta una cabina telefónica para avisar a la policía.

Pero quizá fuera posible vivir sólo de cuello para abajo. Quizá fuera posible vivir con todas las prendas que llevamos encima amontonadas en la cabeza, tapando la cara, no únicamente ese jersey de cuello demasiado estrecho, sino todo apresado allí —pantalones, zapatos y calcetines—, una maraña enloquecida sobre los hombros, en lugar de cabeza, mientras el cuerpo, completamente desnudo, estaba dispuesto a vivir el resto de la vida bien lejos, en el quinto pino, el paso elevado, la lluvia. Quizá fuera posible. Porque cuando dormía junto a él de esa manera, el resto del mundo se desplomaba en una maleta situada debajo de la cama. Ese poseer era el fin del deseo. Oh, ahí, ahí estaba ella. La envolvería con su cuerpo, le cogería la cabeza como la de un niño pequeño y le susurraría cosas, su cuello, su pecho, poco antes de dormirse. «Ven a dormir, ven a dormir conmigo.»

Por la mañana se calentaba los brazos sobre las cinias azules de los quemadores de gas y ponía agua a hervir para preparar el café y los huevos. Miraba por encima del periódico imaginando que ella y

Pinky eran Beatrice y Benedick, o Nick y Nora Charles, que era lo que siempre quería ser en una relación amorosa, al menos durante unos cuantos días, hasta que la evidencia la superaba.

—¿Por qué siempre gesticulas al hablar? —le preguntó Pinky  
—. ¿Crees que eres judía?

Odette lo miró de reojo.

—¿Sabes?, eso es lo que odio de esta parte del país —respondió—. Todo el mundo está reprimido. Utilizas el cuerpo mínimamente para hablar y la gente cree que estás haciendo una audición para un espectáculo de Broadway.

—Bésame —dijo él, y cerró los ojos.

Los días laborables Pinky se marchaba a su despacho para trabajar en la nueva quiebra de una granja o en un caso de maltrato de animales.

—Mis clientes —decía agotado— no son de esos con los que te irías a comer. Llegan a la oficina apestando a mierda de vaca, se repantigan en la silla, sacan tripa así, y luego te cuentan que alguna desgraciada asociación humanitaria los ha llevado a juicio porque su cabra tiene lombrices. —Su cara respiraba un halo de tragedia—. Es triste no tener clientes con los que ir a comer. —Sacudió la cabeza —. Es triste tener una cabra con lombrices.

Pinky tenía algo agradable, aunque ese algo no correspondía a Nick Charles. Pinky parecía más bien el hermano serio y solemne de Nick, llamado Chuck. Chuck Charles. Con padres capaces de poner un nombre así, se acabó la diversión.

—¿De qué van los poemas que escribes? —le preguntó en una ocasión en plena noche.

—De putas.

—De putas —repitió él, moviendo la cabeza en la oscuridad en un gesto afirmativo.

Odette le dio libros de poesía: Wordsworth, Whitman, todos autores cuyos apellidos empezaban por W. Cuando le preguntaba si le habían gustado, decía: «Sí, voy por...», y luego le decía por la página que iba y el número de páginas que había leído ese día.

—Lo de Wadsworth es demasiado literario para mí —comentó una vez.

—Wordsworth —lo corrigió ella. Estaban en la cocina de él, bebiendo zumo.

—Wordsworth. ¿No hay un poeta llamado Wadsworth?

—No. Probablemente estás pensando en Longfellow. Era su otro apellido.

—Longfellow. ¿Y ése quién era?

—¿Qué me dices de *Hojas de hierba*? ¿Qué opinas de esos poemas?

—Están bien. Voy por la página cincuenta —contestó. Luego le enseñó la escopeta, que guardaba en la cocina en el interior de un estuche de piel, como un trombón. Le dijo que tenía un rifle en el sótano.

Odette frunció el entrecejo.

—¿Cazas?

—Claro. Se supone que los judíos tenemos prohibido cazar, lo sé. Pero en esta parte del país es mejor tener una o dos escopetas.

—Sonrió—. Bávaros, ya sabes. Ven, pruébala. A ver qué pinta tienes con la escopeta.

—Me dan miedo las armas.

—No tienes por qué tener miedo de nada. Limítate a sopesarla, mira la parte superior del cañón y apunta al objetivo. —Ella suspiró, levantó la escopeta, presionó la culata contra su hombro derecho y apuntó hacia la encimera—. ¿Ves la muesca en el trozo de metal que sobresale en medio del cañón? —le preguntó Pinky—. Tienes que colocar la mira en el centro de la muesca.

Odette cerró el ojo izquierdo.

—Siento la necesidad de volar por los aires esa tabla de cortar —dijo.

—La escopeta no está cargada. Seguramente no la cargaré hasta la primavera. Entonces es temporada de pavos. Aunque tengo placas de identificación para el ciervo.

—¿Cazas pavos? —Dejó la escopeta. Pesaba.

—Tú comes pavo, ¿verdad?

—Pero los pavos que yo como están criados en granjas. Son distintos. Han firmado el contrato. —Hizo una pausa y suspiró de nuevo—. ¿Qué haces? ¿Salir al campo y disparar?

—Más o menos. Se trata de intentar pillarlos en pleno vuelo. ¿Sabes?, debería llevarte a la caza del ciervo. Este fin de semana son los dos últimos días y tengo las placas. ¿Has ido alguna vez?

—¡Venga ya! —dijo ella.

En el bosque hacía frío. Odette echaba sobre los helechos muertos el vaho que le salía por la boca al respirar, luego anillos de humo de tabaco.

—Todo esto es muy bonito. ¿No crees que podríamos limitarnos a contemplar la naturaleza en lugar de disparar contra ella?

—Sin la caza, los ciervos morirían de hambre —dijo Pinky.

—Entonces quizá podríamos cocinar para ellos. —Habían llevado consigo una botella de Jim Beam, ella la abrió y echó un trago—. ¿Te has casado alguna vez?

—Una —contestó Pinky—. Dios, ¿cuánto debe de hacer? Unos veinte años. —Se puso rápidamente el rifle en el hombro pues creía haber oído algo, pero no.

—Vaya. No pensaba preguntarlo, pero como nunca has dicho nada al respecto, se me ha ocurrido que debía preguntártelo.

—¿Y tú?

—Yo no —respondió Odette. Tenía un poema sobre el matrimonio. Empezaba con «El matrimonio es la muerte que deseas morir», y nunca lo leía en público con mucha convicción. Normalmente, el tiempo que empleaba para recitarlo lo pasaba balanceando un pie hacia delante y hacia atrás. Bajó la vista hacia el pecho—. No creo que el naranja sea el color más favorecedor del mundo —comentó. Iban los dos vestidos con gorros y trajes de color

naranja fuego—. Creo que parecemos esas cosas que ponen en medio de las carreteras para señalar por dónde deben pasar los coches.

—Suhhhh —dijo Pinky.

Ella echó un nuevo trago a la botella de Jim Beam. Se había equivocado eligiendo las botas —eran grises, de ante, subían por encima de las rodillas y tenían seis centímetros de tacón—, y en esos momentos las estudiaba con interés.

—Explícamelo otra vez —le susurró a Pinky—. ¿Qué nos hace pensar que se nos va a cruzar un ciervo en el camino?

—No muy lejos de aquí hay una madriguera de liebres —musitó Pinky—. Atrae a los gamos. En la época de apareamiento, la liebre construye su madriguera y luego orina en el exterior, rodeándola. Es su forma de conseguir pareja.

—Así que era eso —murmuró Odette—. Yo siempre me hacía pis en la cama, en mi madriguera. —El arma de Pinky disparó repentinamente hacia los árboles. El ruido inundó el bosque como una guerra e hizo caer al suelo las agujas amarillentas de un alerce—. ¡Ahhhhh! —gritó Odette—. ¿Qué sucede? —Recordó entonces que las armas no eran para chicas. Eran para chicos. Las habían inventado los chicos. Las habían inventado chicos que nunca habían superado el desengaño de que su propio orgasmo no fuera acompañado por un gran y sonoro «Bum»—. ¿Qué demonios haces?

—¡Maldita sea! —exclamó Pinky—. ¡He fallado! —Se incorporó y avanzó entre los matorrales.

—¡Oh, Dios mío! —chilló Odette, precipitándose detrás de él, rompiendo las mismas ramas a su paso, esquivando las mismas alambradas—. ¿Adónde vamos?

—El ciervo sólo está herido —gritó Pinky por encima del hombro—. Tengo que matarlo.

—¿Es necesario?

—No hables tan alto.

—Que te jodan. Te esperaré donde estábamos.

Pero en aquel momento algo se movió en un arbusto situado a sus espaldas, y el ciervo ensangrentado saltó y emprendió un galope lúgubre con la cadera como una hendidura grana. Pinky levantó la escopeta, disparó e impactó en el cuello del animal. El aire retumbó con el eco y un castaño de Indias se quedó sin hojas. Al ciervo se le doblaron las patas y cuando se derrumbó, muerto sobre las fresas silvestres, los ojos no pestañearon, sino que permanecieron abiertos, sin párpados y profundos, negros como el espacio exterior.

—Dejaré las entrañas para los halcones —le dijo Pinky a Odette, pero ella no estaba allí.

*Oh, las damas bajan del Pepsi Hotel.  
Su hogar no tiene más nombre  
que el del letrero colocado por un hombre  
como una gran campana de cola:  
Pepsi-Cola Tiene un Pepsi Hotel.*

Muy pocos de los poemas sobre putas escritos por Odette rimaban —sólo los que había escrito últimamente—, y quizá ésos fueran los que más gustaran a la multitud congregada en la biblioteca, su anticipación, la posibilidad de saber cómo sería la palabra siguiente aun sin saber cuál sería en realidad; estrofa tras estrofa, dibujaría una combinación de comodidad y sorpresa que el público valoraría.

La asociación de la biblioteca había instalado un atril junto a las ventanas de la sala de consulta y había dispuesto sillas en filas para dar cabida a ochenta personas. La estancia estaba helada y alarmantemente llena. Mientras leía, Odette intentaba no mirar las caras y dirigir la vista hacia los atlas y los diccionarios biográficos. Tiraba del cuello del jersey y lo subía para taparse la barbilla entre poema y poema. Trató de imaginarse que las cabezas de la gente eran pequeñas espigas de cereal, un truco que les había revelado la profesora de ballet cuando a los siete años tuvieron que actuar delante de los padres.

*Hacia los camioneros bajan las folladoras  
o, en su defecto, suben los camioneros  
a las habitaciones de cortinas pastel.*

*Buscan a las folladoras  
o, en su defecto, follar a los camioneros  
en el Pepsi Tiene un Pepsi Hotel.*

Silencio. Se escuchó el crujir de una puerta que se abría para luego cerrarse. Odette levantó la vista y vio a Pinky al fondo, caminando de puntillas hacia una silla para sentarse. Llevaba una semana sin verlo ni hablar con él. Dos mujeres mayores que estaban delante se volvieron para mirar.

*Oh, cariño, suspiran; oh, cariño, dicen,  
hay pequeñas cosas que dar y vender  
y el Cielo está entre nosotros,  
así que trabajar puede ser un juego en el...*

Había más estrofas, demasiadas, y aceleró la lectura. Bebió un trago de agua y leyó un poema titulado *Dormir mal*. «Anoche ella durmió mal boca arriba —empezaba— y por eso sostiene la cabeza de esta manera, loca de soledad, más loca aún de hablar.» Luego leyó otro largo titulado *La niña tiene difteria, miradas perdidas*. Levantó la vista y observó. El público la miraba de soslayo, con el nivel de azúcar bajo por haber cenado temprano, con el interés redirigido hacia los zapatos de Odette, que eran puntiagudos y de color beis.

—Y acabaré —dijo en voz alta al micrófono— con un poema titulado *Le Cirque en la lluvia*.

*Esto no va sobre un circo francés con monos  
desanimado a causa del tiempo.*

*Esto va sobre el restaurante  
al que llegas en taxi,  
la vida se detiene allí de mala manera,  
como la canción de un perro,  
y tu corazón aparece divertido.*

Relataba la historia de una prostituta de Manhattan turbada por una crisis de fe. «Qué es un halo sino un bonito accidente / de luz y polvo orbitando. Qué es el corazón / sino un... » Contempló a las dos mujeres mayores educadamente sentadas en primera fila, medio distraídas, inexpresivas. Una de ellas había sacado una labor de punto. Odette volvió a mirar el papel. «Chimpancé en el pecho», había escrito en un borrador anterior, y fue eso lo que dijo.

Después los archiveros celebraron una pequeña recepción. En una mesa había unos cubitos de queso con pimienta que parecían dados. Había un damero de galletas, oscuras y claras, una ruleta de fiambres fríos.

—Esto es un maldito casino. —Se volvió para hablar con Pinky, que se había acercado y la rodeaba con un brazo.

—Te he echado de menos —dijo él—. He estado comiendo carne de venado y pensando en ti.

—Sí, bueno, gracias por venir, de todos modos.

—Creo que has leído muy bien —comentó—. No lo he entendido todo, lo admito. Hay cosas que son demasiado literarias para mí.

—Ya me imagino —replicó Odette.

La gente le daba la mano. La observaban con curiosidad, se acercaban a ella con supuestos, presunciones, lo que consideraban como un íntimo conocimiento de su persona. Ella, en comparación, se sentía desarmada, en desventaja. Encendió un cigarrillo.

—¿Realmente piensa eso de los hombres? —le preguntó un hombre que ponía boca de escéptico.

—¿Realmente piensa eso de las mujeres? —le preguntó alguien más.

—Su voz —dijo una joven estudiante— se parece a la de..., ¿cómo se llama esa actriz?

—Mercedes McCambridge —apuntó su amiga.

—No, ésa no. Se me ha ido de la cabeza.

Varias de las parejas de más edad se habían puesto ya el sombrero y el abrigo, aunque se acercaron a Odette para estrecharle la mano.

—Ha estado maravillosa, querida —dijo una mujer, con la mirada fija en la nariz de Odette.

—Sí —coincidió la otra, estudiando su desmañada labor de punto: una bufanda con el extremo ondulado.

—Venimos todos los años —dijo el hombre que estaba a su lado. Llevaba un rato buscando algo que decir y había acabado diciendo eso.

—Pues gracias por venir también este año —repuso Odette, como una estúpida, y le dio otra calada al cigarrillo.

Kay Stevens, la encargada de las conferencias de la asociación, se acercó y la besó en la mejilla; la cera dulce y de vainilla de su pintalabios era pegajosa como un caramelo.

—Un gran éxito —comentó rápidamente, y luego frunció el entrecejo y se marchó de inmediato.

—¿Quieres que vayamos a tomar algo? —le preguntó Pinky. Seguía a su lado y ella se volvió agradecida a mirarlo.

—Sí —contestó—. Por favor.

Pinky la llevó en coche hasta el Humphrey Bogart's, pasada la carretera de circunvalación. Brindó con ella, le quitó una mota de algo brillante que tenía en la mejilla, la miró a los ojos y dijo:

—Felicidades.

Siguió bebiendo, acercó su silla a la de Odette y recostó la cabeza en su hombro. Escuchaba la música, mordisqueaba la cereza del combinado y seguía el ritmo con un pie.

—¿Alguna petición? —espetó el líder del grupo en el micrófono.

—Una de Zion —gritó Pinky.

—¿Y eso qué es? —Las palabras del cantante resonaron y rugieron.

—Nada —respondió Pinky.

—Tal vez deberíamos irnos —sugirió Odette dándole la mano a Pinky por debajo de la mesa.

—Está bien —dijo él—. De acuerdo.

Acercó una cerilla a una vela en la oscuridad del dormitorio y la llama iluminó la pared con un dibujo inquietante. Regresó a ella y la abrazó.

—¿Por qué no voy contigo a Nueva York? —le susurró. Ella seguía en silencio, así que Pinky añadió—: No, creo que deberías quedarte aquí. Podría llevarte a hacer esquí de fondo.

—No me gusta el esquí de fondo —murmuró Odette—. Me recuerda a cuando de pequeño te pones las zapatillas de tu padre y te paseas por toda la casa haciendo el payaso con ellas.

—Podría llevarte en moto de nieve por Sand Lake. —Hubo otro prolongado silencio. Pinky suspiró—. No, no lo harás. Ya te veo telefoneando a tus amigos del Este para contarles que has decidido quedarte aquí y ellos chillando: «¿Qué has hecho qué?».

—Ya conoces a los de la costa Este —dijo, desesperada—. Llegamos a un lugar, violamos y saqueamos.

—¿Sabes que creo que eres probablemente la persona más inteligente que he conocido en mi vida?

A ella se le cortó la respiración.

—No sales mucho, ¿verdad?

Él se volvió y se quedó boca arriba para contemplar las sombras del techo, sus hoyuelos y sus erupciones.

—Cuando estaba en el instituto era mal estudiante. Asistía a clases de refuerzo en esa casa que hay detrás del instituto. La llamábamos La Casa.

Ella le acarició delicadamente una pierna con un pie.

—¿Quieres hacerme llorar?

Él le cogió una mano, la sacó de debajo de las mantas, la subió hasta la altura de su boca y la besó.

—Para ti todo es un chiste.

—Para mí nada es un chiste. Lo que ocurre es que todo me sale como si lo fuera.

Pasaron una última noche juntos. En casa de Pinky, tarde, con todas las luces apagadas, vieron otra cinta de *Supervivientes del Holocausto*. Trataba de un niño a quien los nazis obligaban a cantar una y otra vez. Como cantaba bien, fue el último en recibir un tiro en la cabeza, y cuando le dispararon, erraron el tiro y no acertaron en pleno cerebro. Fue encontrado con vida. «Debo pensar en cosas felices —decía en la cinta, ya viejo y con la mirada perdida—. Quizá no sea lo que hacen los demás, pero es lo que yo debo hacer.» «Tenía una voz muy bella —comentaba una mujer, otra superviviente—. Era bella como la de un pájaro que fuera además un dios con las flautas.»

—Fuerte —murmuró Pinky una vez hubo finalizado.

Pulsó el botón del mando a distancia y se apartó en la oscuridad, hacia la pared, formando una curva en las sábanas. Odette se movió hacia él, lo rodeó con los brazos, situó las manos sobre la leve protuberancia de sus pechos, hundiéndo los dedos en el suave vello rizado.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Pinky se volvió hacia ella y la besó, y entre las sombras le pareció viejo y cansado. Él le cogió un dedo y se lo acercó a la cara.

—Nunca me has preguntado por esto. —Guio el dedo de ella a lo largo de su barbilla y su mejilla, hasta perderlo, igual que se perdía la cicatriz, en el bigote.

—Intento no preguntar demasiado. Cuando empiezo no puedo parar.

—¿Quieres saberlo?

—De acuerdo.

—Estaba en el instituto. Un chico me llamó judío y fui a por él. Pero yo era torpe y estaba gordo. Rompió una botella y me arañó la cara con ella. Cuando llegué a casa, mi abuela casi se desmayó. Fue muy curioso, pues no tenía ni idea de que era judío. Mi abuela esperó hasta el día siguiente para contármelo.

—¿En serio?

—Tienes que comprender a los judíos del Medio Oeste. Temen que los encuentren. Temen que los descubran. —Respiraba con regularidad, inspiraba y espiraba, y la persiana de la ventana se movió un poco porque estaba encima del radiador—. Como probablemente debes saber ya, mis padres fueron asesinados en los campos de concentración.

Al principio Odette no respondió, pero luego repuso:

—Sí. Lo sé.

Y en el instante en que dijo eso se dio cuenta de que lo sabía, de que de algún modo lo había sabido siempre, a pesar de que ese dato había permanecido hasta entonces bajo la superficie, rodeado de branquias y nadando como un pez, y ahora había salido a flote repentinamente, boqueando.

—¿De verdad te marchas el viernes? —le preguntó él.

—¿Qué?

—El viernes, ¿no?

—Lo siento, no he oído lo que acabas de decirme. Hay viento fuera o algo.

—Te he preguntado si de verdad te marchas el viernes.

—Oh —dijo ella. Hundió con fuerza la cara en su cuello—. ¿Por qué no vienes conmigo?

Pinky rio cansinamente.

—Claro. De acuerdo. —En aquel momento era consciente, mejor que ella, de la extraña y tortuosa línea que hay entre la caridad y la ironía, entre el hurto y el amor.

Durante aquel último día, Odette no pensó más que en él. Hizo las maletas y limpió su pequeño apartamento, algo que había hecho con tanta frecuencia a lo largo de su vida que no significaba nada para ella, ni en lo más remoto de su ser, nada que no hubiera querido que significase.

Debía quedarse.

Debía quedarse con él, hacer que dejara de ser huérfano amándolo con un amor capaz de apartarlo de su condición, vivir sabia y sencillamente en un mundo lo bastante monstruoso durante

años de putas y muerte, y de poemas de putas y muerte, tan monstruoso que ¿cómo era posible vivir en él? Era necesario construir refugios. Era necesario coser bolsillos y vivir en su interior. Debía vivir donde hubiera árboles. Debía vivir donde hubiera pájaros. Ningún pájaro, ningún árbol la había hecho infeliz.

Pero sería igual que ir al cielo y no encontrar allí a ninguno de tus amigos. Su vida se convertiría en algo beatífico y vacío. Y si fuese él quien se trasladara a Nueva York, se quedaría perplejo. Nunca había estado allí y sin duda pasaría todo el tiempo con la cabeza levantada para ver los rascacielos y exclamando: «¡Caray, mira lo altos que son esos mamones!». Chapotearía en los orines de los vagabundos con los cordones de los zapatos desatados. Caminaría entre la mierda de los perros, que estaría esperándolo como si de minas se tratara. Leería los menús en los cristales de los restaurantes y lanzaría un silbido de exclamación al reparar en los precios. Se quedaría observando a un borracho tirado en la acera que, espatarrado, se rascaría la entrepierna, y diría, no sin cierto tono de simpatía: «Este tío se las apaña bien». Miraría a las mujeres.

Y el desasosiego de Odette se ondularía, se doblaría, como el sabor de algo frío. En la cama se pondría de espaldas a él, con las manos bajo la almohada, y el reloj digital arrancaría la vieja piel de los números. Suspiraría por el paso del tiempo, por el eterno pasillo que es, con esas paredes que pasan de largo a ambos lados... oscuras, rápidas y para siempre, siempre.

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a dormir en carretera en alguna parte?  
—dijo él, de pie junto al coche.

Hacía frío. Era viernes por la mañana y empezaba a nevar. Se había acercado para ayudarla a cargar.

—Conduciré hasta que anocezca, luego buscaré habitación en cualquier motel y leeré hasta caer dormida. Después me levantaré a las seis y seguiré conduciendo un poco más.

—Bueno, ¿y qué has cogido para leer? —le preguntó. Parecía infeliz.

Tenía un ejemplar de la revista *Vogue* y *El Jung de bolsillo*.

—Algo de Jung —contestó.

—¿Jung? —repitió. Se quedó contemplando el vacío.

—Sí —suspiró ella, sin ganas de dar explicaciones—. Un libro escrito por él que se titula *El Jung de bolsillo*. —Y añadió—: Es un psicólogo.

Pinky la miró intensamente a los ojos.

—Ya lo sé —dijo.

—¿Ya lo sabes? —Se sentía un poco sorprendida.

—Sí. Deberías leer su autobiografía. Tiene un título muy interesante.

Ella sonrió.

—¿Quién eres tú? ¿Su autobiografía? ¿De verdad?

—Sí —respondió Pinky, sin prisa—. Se titula *Jung de corazón*.

Ella soltó una carcajada para complacerlo. Luego estudió su cara para fijarla en la memoria tal y como estaba. Llevaba camisa negra, jersey negro, pantalones negros. Sonreía.

—Hoy pareces el Zorro —le comentó, extrañamente conmovida.

Las venas en forma de araña de sus sienes parecían criaturas submarinas, tentaculares y ahogadas. Lo besó, le dio un beso largo en el borde de la oreja, y sintió en los bulbos y espacios de su cerebro una línea sinuosa, sinuosa. Subió al coche. A pesar de que aún no había puesto en marcha el motor, su partida había tenido ya lugar, sin ella, por delante de ella, de manera que lo que sentía en aquel momento era el sarcasmo de ser dejada atrás, de tener que repetir, imitar, de tener que hacerlo de nuevo, y una y otra vez.

—Con tanto ir arriba y abajo —dijo él, inclinado junto a la ventanilla con la cara blanca como un queso cremoso, con la cicatriz como el zigzag grabado por una moto de nieve en un lago helado. El viento le levantaba el cabello con gracia—, ¿cómo vas a intimar con alguien?

—No lo sé —dijo. Le estrechó la mano a través de la ventanilla y luego se puso los guantes.

Y pensó en todo eso mientras atravesaba Indiana, bajo el capirote de la puesta de sol que iluminaba el tejado del motel de Sandusky, a lo largo del amanecer de Pensilvania, sobre el que se encumbró como un nacimiento..., como alguien que se entrena para nacer. Se olvidaría de algunas cosas: un camisón colgado de una percha detrás de la puerta del baño, unos pendientes en la mesilla del motel. Y todo el amor que la había sorprendido tendría que ser un recuerdo, un camión en la autopista que se acerca rugiendo por la izquierda, algo que debería dejar pasar.

Aparcaría el coche lejos de Delancey Street; vería el cartel de Pepsi y la palabra HOTEL escrita con luces debajo. Las sirenas sonarían toda la noche y se oirían el ir y venir y los frenazos del tráfico que iba hacia Houston, canal abajo, en dirección al túnel Holland (una señal doblada justo bajo su ventana indicaba el camino). Se levantaría por la mañana e iría a comprar un poco de todo; en la tienda de la esquina el dependiente se equivocaría al marcar en la caja registradora y ésta reflejaría que el dentífrico costaba dos mil dólares. «¡Dos mil dólares! —aullaría el empleado, dando un paso atrás y mirando a Odette—. ¡Una pasta de dientes de categoría!» Por la noche recibiría una llamada interestatal de un hombre que le diría, algo dudoso: «Iré a verte por San Valentín», una historia de cualquier cosa, incongruente, que se mutilaba a sí misma, que mordía sus propios labios.

Si hubiera rechazado regalos del destino o de Dios, o algún serio sustituto, nunca lo sentiría de esa manera. Se sentía como alguien de quien estaba orgullosa, como un antiguo y futuro amigo de ella misma, un amigo aún sin consumir y que se encontraba en algún sitio, muy por delante, como una luz que se mueve.

## OTRA VEZ MUERTO DE HAMBRE

La exmujer de Dennis se había enamorado de un hombre que, según ella, parecía salido de un libro. Dennis olvidó preguntarle de cuál. Estaba deprimido y apenas salía con nadie. «¿Debía haberle dicho: “Sí, ¿y de qué libro?”» Dennis siempre se quejaba por teléfono, lo cual no era nada sencillo, la complicación de los lamentos... Su amiga Mave se entretenía haciendo garabatos cuando hablaba con él, objetos sinuosos con facciones o un solitario tres en raya. A veces incluso lo interrumpía para preguntarle la hora. Mave tenía el reloj en la otra habitación.

—Pero, ¿sabes? —le decía Dennis—, dispongo de mis propios medios para vengarme: si quiere salir con otros hombres, se lo permitiré.

—Una venganza increíblemente poderosa —comentó Mave.

No se le daba bien hablar por teléfono. Necesitaba la cara, el modelo de unos ojos, una nariz, una boca temblorosa. Cuando hablaba por teléfono, tenía a menudo que improvisar la cara de Dennis a partir de una ventana: la nariz de boxeador del pomo, los ojos de las persianas, los labios del saliente del alféizar. O si no dibujaba un nuevo objeto sinuoso con facciones. Se supone que cuando la gente habla mira una cara, ese desastroso pastelito, ese escondite del corazón que pasa corriendo. Con el teléfono, se pronuncian las palabras pero nunca se ven llegar. Vas a despedirlas al aeropuerto, pero nunca sabes si habrá alguien esperándolas cuando bajen del avión.

Quedaron para cenar en una especie de sitio macrobiótico porque Dennis se había obsesionado últimamente. Antes de que su esposa lo dejara, su concepto de comer sano era ir a McDonald's y pedir el sándwich de pescado, pero en esos momentos tenía

montones de libros sobre miso. Y sobre tempuras. Lo que más tenía, sin embargo, eran libros sobre amor. Creía que de esa manera estudiaba su propio corazón. Los hombres eran así, Mave se había percatado de ello. Les gusta mirarse en el espejo. Para las mujeres, los espejos son una tarea rutinaria: las mujeres se miran, fruncen el entrecejo, preparan el equipo y se van a trabajar. Pero para los hombres los espejos son sexo: los hombres establecen contacto visual con su propio reflejo, se desnudan con los ojos y se observan durante un tiempo sorprendentemente prolongado. Mave creía que el hecho de no ser capaz de ver la propia vida con claridad, de no poder examinarla con inteligencia, significaba que, con toda probabilidad, te hallabas en un punto muerto, algo que posiblemente era malo.

Aquel mes Dennis estaba leyendo libros escritos supuestamente para el público femenino, títulos como *Sé realista, chica, sé realista* y *Por qué me odio*.

—Esos libros son un horror —decía Mave—. Tanta gente bien adaptada acabará poniendo en peligro las artes de este país. Por no hablar de las profesiones. —Estudió la corbata torcida de Dennis, el ojo suave y desgarrado de la etiqueta—. Eliges ser una persona sana, y dejas demasiada buena gente detrás.

Pero Dennis decía que se sentía identificado, que los libros eran asombrosos, y buscó en la cartera que últimamente llevaba con él a todas partes y leyó unos pasajes en voz alta.

—Aquí —le dijo a Mave, que había llevado su propio whisky y estaba sirviéndoselo en un vaso de agua del que se había bebido toda el agua para dejar solamente el hielo. Había tenido que discutir con la camarera para conseguir el hielo—. Ah, no..., aquí —rectificó Dennis. Había encontrado otro pasaje de *Por qué me odio* y empezó a leerlo, en voz alta y con entonación, cuando de pronto rompió a llorar desconsolado, desde la profundidad de sus entrañas—. Dios, lo siento.

Mave empujó el vaso de whisky por encima de la mesa.

—No te preocupes —murmuró.

Él dio un trago y apartó el libro. Hurgó en la cartera y sacó un pañuelo de papel para sonarse.

—No me pongo así cuando estoy solo —comentó—. Hay gente responsable. —Dentro de la cartera, Mave vio una revista de actualidad con un titular que transmitía exasperación: ETIOPÍA: ¿POR QUÉ MUEREN DE HAMBRE ESTA VEZ?—. El aburrimiento es inhumano —dijo Dennis; su llanto se iba calmando. Señaló la revista—. Siempre que la cara articula un bostezo, se reduce la cantidad de sangre que circula por el pecho.

—¿Has terminado con mi copa?

—No. —Dio un trago más y se estremeció—. O sea, sí. —Y se la devolvió a Mave, y luego se secó la boca con una servilleta. Mave observó la cara de Dennis y se alegró de que nadie hubiese roto con ella recientemente. Cuando rompen contigo, te conviertes en una persona muy poco atractiva, y eso viene a confirmar todas las dudas que esa persona pudo haber albergado a la hora de plantearse si salir o no contigo—. Espera, sólo un sorbo más. —Alguien rompe contigo y gritas. Criticas, te marchitas y te ruborizas. Pides perdón a objetos sin vida y bebes cuando habías jurado que no lo harías. Das vueltas tarareando el tema de *El valle de las muñecas*, tocando todos los instrumentos a la vez, dilatándote en la estrofa de «tengo que irme, tengo que, debo...»—. No es bueno ponerse en peligro por culpa del amor. Puedes ponerte en peligro por comida, pero no por amor. El amor no es comida. El amor, pensaba Mave, es más parecido a los servicios del Ziegfeld: lavabos en los establos, una gran ocurrencia. Mave se esforzaba por olvidar muy rápidamente incluso el aspecto de los hombres con quienes había salido. Es lo que se denomina *bloqueo defensivo*—. Todo tuyo —añadió Dennis. En aquel momento sonreía. El whisky le había subido la sangre a la cara y le otorgaba un aspecto agradable.

Mave miró la carta.

—Aquí no hay ni espaguetis ni albóndigas. Me gustaría pedir el menú infantil con espaguetis y albóndigas.

—Vaya, eso me recuerda una cosa —dijo Dennis, moviendo con énfasis un dedo. Sin los libros y con el whisky en el cuerpo se mostraba más confiado—. ¿Te he dicho que el tipo que sale con mi mujer es italiano? Milanés, no de Brooklyn. ¿Qué crees que significa eso de que se enamore de un italiano?

—Significa que se sentirá constantemente desaliñada. Significa que él se dedicará a observar las bolitas de su blusa mientras ella le cuenta lo terrible que fue uno de los episodios de su infancia, aquel día en el que nadie asistió a su fiesta de cumpleaños. Afrontémoslo: empezará a echar de menos encontrarse pelos tuyos por todos los rincones.

—Mañana voy a cortármelo.

Mave se puso las gafas de leer.

—Esto no es un restaurante. En los restaurantes sirven cosas que no tienen nada que ver con esto.

—¿Sabes?, tengo que decirte una cosa sobre estos libros para mujeres. El énfasis que ponen en localizar y aceptar el lado homosexual que todos tenemos es muy fuerte. Sirve para liberar y expandir dentro de ti otro tipo de amor.

Mave lo miró y sonrió. Estaba volviéndose loca por culpa de sus brillantes mentes.

—¿Y tú la has localizado y aceptado?

—Bueno, me he dado cuenta de lo siguiente. Me gustan los chicos. Y me gustan las chicas. —Se inclinó para acercarse a ella y hacerle una confidencia—. Lo que no me gusta son las medias tintas. —Dennis volvió a coger el vaso de Mave—. Evidentemente, me encuentro en la ciudad equivocada. ¿Puedo? —Echó la cabeza hacia atrás y el hielo chocó contra sus dientes. El whisky resbaló por su barbilla—. Y bien, Mave, ¿con quién andas en noviada últimamente? —Dennis empezaba a parecer borracho. Sus labios eran suaves y gruesos y los tenía abiertos como un monedero.

—¿Últimamente? —Había pocas formas como ésa de contar el tiempo.

—Estos últimos días.

—Estos últimos días. Éstos. Salgo de vez en cuando con Mitch.

Dennis bajó la frente y de algún modo su mano voló de la mesa, de manera que ambas, frente y mano, tropezaron en el aire dando como resultado un desagradable bofetón.

—¡Mitch! ¡Pero, Mave, si es un mujeriego!

—Pues necesitaba que me mujereasen. Estaba perdiendo mi resplandor.

—¿Sabes lo que parece? Parece que buscas todos los novios en las rebajas. Lo llamaremos *Rebajas de Degradación*. Inmolación por deseo.

—Mira, si necesitas que te mujereen, buscas un mujeriego. Yo ya no me tomo esas cosas en serio. He decidido olvidarme de la pinta de todo el mundo. Soy Rudolf Bing. He perdido la cabeza y ando de acá para allá por los Mares del Sur con el amante equivocado, y creo en ello. Pienso que cualquiera que tenga un lío amoroso es Rudolf Bing y que se equivoca si se imagina lo contrario... Oh, Dios mío, ese hombre del jersey está palpándole los ganglios linfáticos a su novia. —Mave dejó las gafas de leer y manoseó el bolso en busca de la botella de whisky. Era eso del hambre: abría en ti algo peligroso, algo infinito, como un universo, o un precipicio—. Lo siento. Tengo a Rudolf Bing en la cabeza. Lo tengo en la cabeza de verdad. Creo que todos somos casi como él.

—Casi como Bing enamorado —dijo Dennis. «Vaya día. Estoy de un humor muy extraño.» Mave estaba echando un trago largo—. He estado escuchando demasiado esa cinta, *En vivo en el Carnegie Hall*.

—¡Música! ¡Hablemos de música! ¡O de la muerte! ¿Por qué siempre tenemos que hablar de amor?

—Porque nuestros padres eran unos tarados y nos morimos de hambre por él.

—¿Sabes lo que he decidido? Que no quiero que me incineren. Antes sí, pero ahora creo que me recuerda demasiado a una licuadora. He decidido que me embalsamen y que luego un cirujano

plástico me ponga implantes por todos lados. Después quiero reposar en el bosque, como Blancanieves, con una lápida que diga: «Tengo que bailar».

El whisky bajaba dulcemente. Eso es lo que ocurre al cabo de un rato si no hay comida que ayude... Debe hacer por sí solo el trabajo de la comida.

—Ya está. Ya hemos hablado de la muerte.

—¿Eso es hablar de la muerte?

—¿Qué es «col berza»? No entiendo por qué no han venido aún a tomar nota. Ya sé que ahora está lleno, pero no lo estaba hace diez minutos. Tal vez sea por lo del hielo.

—¿Sabes qué más cuenta mi mujer del italiano? Dice que va por todos lados canturreando siempre la misma canción. ¿Sabes cuál?

—*Santa Lucia*.

—No. La de *La familia Adams*: «Su casa es un museo, cuando va la gente a verlos...».

—¿Te ha contado eso tu mujer?

—Somos amigos.

—No me digas que sois amigos. La odias.

—Somos amigos. No la odio.

—Crees que es una aprovechada y una furcia. Está con un tipo de zapatos estupendos al que no se le mueve ni un pelo.

—Antes eras una persona agradable.

—No era una persona agradable. Sigo siendo una persona agradable.

—Este año no me gusta —dijo Dennis, de nuevo con los ojos llorosos.

—Lo sé —repuso Mave—. Ochenta y ocho. Es demasiado Sergio Mendes o algo así.

—¿Sabes?, no pasa nada por no ser una persona agradable.

—¿Necesito tu permiso? Gracias.

Eso era lo que Dennis había estado haciendo últimamente: conceder permiso a todo el mundo para sentirse como, de todas maneras, iba a sentirse. Eran los libros. La relación de Dennis con sus propios sentimientos se había tornado tierna, conservadora. Desmanteladora. Entomológica. Mave no podía ser así. Trataba su vida emocional igual que trataba el coche: la dejaba ir, dejaba que aguantase el tipo. A los amigos les decía cosas como «Ya sé que piensas que parece del setenta y nueve, pero en realidad es del ochenta y siete». No le importaba comprender su vida emocional; se limitaba a tirar hacia delante. Se trataba, pensaba, de asistir a su pobre teatro, en silencio, y de no levantarse a media función y gritar: «¡Oh, Dios mío, se ve a la gente que trabaja detrás del escenario!». Llega un momento en que el estudio de una cuestión se convierte en algo aterrador e ingenuo.

—Pero, Dennis, de verdad, ¿por qué piensas tanto en el amor, en si alguien te quiere o no te quiere? Únicamente lees sobre eso, únicamente hablas de eso.

—Reúne en una habitación a toda la gente del mundo que se muere de hambre y te encontrarás con un montón de conversaciones en torno a la carne asada. ¿Crees que hablarían del Código Napoleónico? —La cara de Mave se iluminó, verdosa, fluorescente, con la sola mención de la carne asada. Miró por encima de Dennis y vio que por fin la camarera se acercaba a su mesa; avanzaba lenta, mezquinamente, con mala cara. Llevaba una servilleta de papel pegada en un zapato—. En serio... —continuaba Dennis, mirando con intención a Mave, pero ella sólo observaba a la camarera que se aproximaba. «Oh, vida, oh, maravilla, perdonados por lo del hielo...» Él agarró a Mave por la muñeca. Siempre había una urgencia. Y luego estaba el amor. Y luego había otra urgencia. Eran como sándwiches. Urgencia. Amor. Urgencia—. No te habrás quedado medio dormida, ¿no? —decía Dennis, cuya voz alcanzó a Mave en aquellos momentos, alta y acuosa—. Lo digo en serio, corrígeme si me equivoco, pero no creo que haya tenido esta conversación yo solo. —La cogió con más fuerza—. ¿O sí?

## COMO LA VIDA MISMA

A todo el mundo le gusta el circo.  
¡Payasos! ¡Elefantes! ¡Caballos! ¡Cacahuetes!  
A todo el mundo le gusta el circo.  
¡Acróbatas! ¡Equilibristas! ¡Camellos! ¡La  
banda de música!  
Supón que tuvieras que elegir entre ir al circo  
o pintar un cuadro. ¿Qué elegirías?  
Elegirías el circo.  
A todo el mundo le gusta el circo.

V. M. HILLYER y E. G. HUEY,  
*Historia del Arte para niños*

Todas las películas de aquel año trataban sobre gente que tenía placas en la cabeza: espíritus de otra galaxia que se reúnen de noche en un complejo turístico y se apoderan de todos sus habitantes; de todos, excepto del hombre con la placa en la cabeza. O una chica con una placa en la cabeza pasea por la playa de una ciudad creyendo que es otra persona. Las olas arrojan las pruebas a la orilla. Hay marineros. O una mujer sueña con una preciosa casa en la que no vive nadie y un día pasa por delante de ella: cúpula, gabletes y porche. Se dirige hacia la casa, llama a la puerta y abre lentamente ¡ella misma!, una mujer sonriente que es su réplica exacta. Lleva una placa en la cabeza.

Era como si la vida se hubiera convertido en eso. Había salido repentinamente de sí misma, como un bicho.

El deshielo de febrero otorgaba a la ciudad el húmedo rezumar de una herida. Había mucha gente resfriada; en el metro todos tosían. Las aceras aparecían alfombradas por la espuma de escupitajos verdosos, y bajo los pórticos, los portales y las paradas

de autobús se cobijaban los Rosies. Así llamaban a los hombres sin trabajo, a las mujeres y los niños que tenían granos como calabazas o fiebres altas, miradas implorantes, de odio, y labios hinchados y amoratados, como rígidas bocas dibujadas. Los Rosies vendían flores: primorosos tulipanes, lirios en flor. Casi nadie compraba. Los pocos que lo hacían eran también Rosies que intercambiaban una flor por otra, hasta que uno de ellos, una mujer o un niño, moría en la calle y los demás lo rodeaban con un corro de lamentaciones durante las diminutas y oscuras mañanas, que nunca eran mañanas sino noches.

Aquel año se declaró ilegal que los que vivían en pisos y casas no tuvieran televisor. El gobierno alegó la imperiosa necesidad de transmitir automáticamente, de transmitir a toda costa, la información importante, información necesaria para la supervivencia. Estaba en peligro la civilización, se decía. «Nosotros sí que estamos en peligro», dijeron otros, que habían llegado a la conclusión de que los espiaban, los controlaban, que lo que habían imaginado de pequeños (que la gente de la televisión los veía) se había convertido en realidad. El aparato debía permanecer encendido todo el día y había que poner la antena de plástico en forma de V en señal de victoria o de paz, nadie lo sabía muy bien.

Mamie empezó a sufrir insomnio. Desconfiaba de todo, incluso de sus propias palabras; demasiados avances. Objetos insertados en el cuerpo (implantes, pendientes, anticonceptivos) como parabólicas podían estar captando mensajes, sustituyendo las propias palabras por otras, dando instrucciones. No se podía saber. Abrías la boca y podía traicionarte con mentiras, con despistes, con actitudes y palabras que no eran tuyas. Tus palabras podían ser perfectamente viejos programas de radio que emitiesen desde los empastes de las muelas o llamadas de taxi alojadas en el pabellón de la oreja. Lo que describías como real podía ser una fotografía, una imagen de la revista *Life* que te obligaban a vivir e imitar. Tal vez

los cuerpos enteros podían caer en manos de un ventrílocuo. Tal vez podían ser aproximados. Podías sentarte en el regazo de algo y limitarte a mover la boca. Podías tener miedo. Podías tener miedo de que alguien te obligara a tener miedo: un nuevo miedo, como el de un *gourmet*, la paranoia de un paranoico.

Eso no era el futuro. Era lo que convivía contigo en casa.

Mamie vivía en un salón de belleza reformado: techo metálico, hedor a trementina y lavabos de más. De noche, su marido, un pintor poco reconocido, de humor cambiante y con un aliento que siempre apestaba a cerveza, se acostaba a su lado, acurrucado contra ella, y roncaba con indiferencia. Ella cerraba los ojos. «Con todo lo que hay en el mundo para amar», empezaba una oración de su infancia. ¿Todo lo que hay?

Él la presionaba con sus huesos.

El radiador estropeado se sacudía y escupía. El calor aleteaba como pájaros que ascienden por las tuberías.

Permanecía despierta. Cuando conseguía dormir, soñaba con el fin de la vida. Iba a algún sitio, iba al lugar donde se suponía que debía morir, que estaba bien. Siempre iba en grupo, como si fuera un simulacro de incendio o un viaje de estudios. ¿Podemos morir aquí? ¿Ya hemos llegado? ¿Por dónde podemos ir?

También estaba el sueño de la casa. Siempre el sueño de la casa, como la película del sueño de la casa. Encontraba una casa, llamaba a la puerta, se abría lentamente, a la oscuridad, luego se detenía y su doble la saludaba flotando en el aire, como una lámpara de araña.

«Muerte», decía su esposo, Rudy. Guardaba una pequeña hacha debajo del colchón, por si los intrusos. «Muerte.» El año anterior había ido al médico para que le examinara la garganta y un lunar que tenía en la espalda; los observó, como si fueran las figuras del test de Rorschach, en busca de cualquier anomalía. Le extirpó el lunar, dejándolo flotar en el vial del patólogo como un diminuto

animal marino. Y cuando estudió la garganta, anunció «Precanceroso», como si de un secreto o un signo del zodiaco se tratara.

—¿Precanceroso? —repitió ella con tranquilidad, porque era una mujer tranquila—. ¿No es eso... como la vida?

Estaba sentada, y él de pie. Jugueteaba con el alcohol y las bolas de algodón que guardaba en unos botes como de cocina, la harina y el azúcar del mundo de la medicina.

La sujetó por la muñeca y respondió escuetamente:  
—Es como la vida, pero no necesariamente vida.

A su alrededor había una verja de hierro forjado y una puerta cerrada con llave, pero lo primero que vio fue el comedero de pájaros, los brazos de madera, la boca abierta de los tablones sostenida por un único pie. Era cerca de San Valentín, una mañana húmeda y desapacible, y se dirigía hacia una inmobiliaria, una distinta en esta ocasión, próxima a la parada de la Cuarta con Smith de la línea F, desde donde se divisa la Estatua de la Libertad. De camino se detuvo ante la casa que tenía un comedero de pájaros. ¡Un comedero de pájaros! Y un árbol delante, un roble alto como una torre de más de ciento cincuenta años. Una maestra había llevado a su clase hasta allí para ver el árbol y explicaba a sus alumnos: «Hace ciento cincuenta años. ¿Quién sabe decirme cuándo fue eso?».

Pero de entrada fue el comedero de pájaros: una cruz que acababa en un refugio con tejado a dos aguas, un espantapájaros desnudo adornado con líneas horizontales, como una casa de Frank Lloyd Wright o un motel alpino, con el alféizar de madera repleto de semillas de mijo. Sobre la nieve moteada del suelo había diminutos recipientes llenos de mantequilla de cacahuete. Una ardilla casquivana saltaba y se detenía de forma espasmódica para llevarse los recipientes a la nariz y acto seguido mordisquear su

contenido. En el comedero había un par de palomas... sin párpados, de cuello grueso, górgolas municipales; y allí ¿no había también un gorrión? ¿Y un piñonero?

La casa era una de las de verdad, de las pocas que quedaban en Nueva York. Una muestra del gótico eduardiano en decadencia, coronada por una cúpula que en su día estuvo pintada de color gris plateado y que entonces se descascarillaba. Había un porche y una celosía de madera trabajada... El tipo de casa adonde uno iría a tomar lecciones de piano, si es que alguien las tomaba todavía, una casa perfecta para una funeraria. Estaba comprimida entre dos locales: la inmobiliaria y una lavandería.

—¿Busca algo con un solo dormitorio? —le preguntó la agente.

—Sí —respondió Mamie, aunque de pronto se le antojó que por un lado era muy pequeño y que por otro pedía demasiado. La agente lucía el peinado y el maquillaje típicos de la mujer que ha vivido siempre en Nueva York, una mujer que sabe perfectamente cómo anudarse un pañuelo al cuello. Mamie observó el pañuelo de la agente, estudiando la geometría exacta de los pliegues y la posición del nudo. Si acababan operándola tendría que aprender a atárselo para camuflar la cicatriz. Sombrero, pañuelo, una pizca de carmín, pastillas mentoladas en la boca; de hecho, todo el mundo en Nueva York ocultaba algo.

La agente cogió un formulario y un bolígrafo.

—¿Nombre?

—Mamie Cournand.

—¿Cómo? Mejor será que lo rellene usted.

Era muy similar a los formularios que ya había llenado en otras agencias. Qué tipo de piso busca; cuánto puede pagar; cómo lo pagará...

—¿Qué significa ilustradora histórica infantil? —preguntó inexpresiva la agente—. Si no le importa la pregunta...

—Trabajo en una serie de publicaciones históricas, en realidad se trata de libros ilustrados, para ni...

—¿Autónoma? —Miró a Mamie con recelo, desconfianza y luego con simpatía, como animándola a ser franca.

—Trabajo para la McWilliams Company. —Empezó a mentir—. Tengo un despacho allí. La dirección está escrita aquí. —Se incorporó para enseñárselo.

La agente se apartó bruscamente.

—Ya me oriento —dijo.

—¿Se orienta?

—No es necesario que se levante y me lo señale. ¿Son los teléfonos de casa y del trabajo? ¿Su edad?... Ha olvidado poner la edad.

—Treinta y cinco.

—Treinta y cinco —repitió la agente, anotándola—. Parece más joven. —Miró a Mamie—. ¿Cuánto está dispuesta a pagar?

—Hum, hasta novecientos, más o menos.

—Buena suerte —bufó la mujer, y sin levantarse de la silla con ruedas, rebuscó en el archivo, extrajo una carpeta marrón y la abrió. Colocó el formulario de Mamie en primer lugar—. Ya no estamos en los ochenta, me imagino que lo sabe.

Mamie se aclaró la garganta. Notaba aún la herida sin cicatrizar de la espalda.

—No ha pasado tanto tiempo. Es decir, muy pocos años.

Era consciente de que su expresión de miedo y cobardía asomaba de nuevo a sus ojos. Con el miedo se le ponía cara de niña... Odiaba que le pasara eso. De pequeña, escuchaba sumisa y nunca hablaba a no ser que le preguntaran directamente. En la universidad era la típica estudiante que se angustiaba por tener que ir a la cafetería. A menudo se quedaba en su habitación tomando té instantáneo frío y una lata de estofado.

—Vive aquí al lado. —La agente se movía a su espalda—. ¿Por qué quiere mudarse?

—Voy a dejar a mi marido.

La mujer torció la boca.

—¿En esta época y a esta edad? Buena suerte. —Se encogió de hombros y dio media vuelta para buscar de nuevo en los archivos. Hubo un largo silencio, la agente de la inmobiliaria sacudía la cabeza.

Mamie estiró el cuello.

—Me gustaría ver qué tiene, de todos modos.

—No tenemos nada. —La agente cerró de golpe el cajón del archivador y se giró—. Pero siga intentándolo. Es posible que mañana entre algo. Estamos esperando cosas.

Llevaban catorce años casados y casi diez viviendo en la zona sur de Brooklyn. En su día había sido un vecindario tan irlandés que hasta finales de los cincuenta los niños jugaban al fútbol en la calle y hablaban gaélico. Cuando llegaron ella y Rudy, el barrio estaba lleno de italianos que apenas si sabían italiano y que asomaban la cabeza desde las ventanas de los clubes privados, gritando: «¿Cómo va?». Ahora eran las chicas hispanas las que, enfundadas en mallas de vivos colores, se reunían en las esquinas al salir de clase, fumaban y barrían las calles. Barrían, decían todos. Los artistas habían tomado el barrio, y también poblaban las calles actores que luchaban por abrirse camino, yonquis y Rosies desesperados. «Cuidado —decía el chiste— con los actores que luchan por abrirse camino.»

El antiguo salón de belleza de Mamie y Rudy tenía en esos momentos una puerta con candado y ventanas con rejas. El interior conservaba las paredes originales de color lavanda y los adornos dorados. En un extremo, en alto, habían acondicionado la vivienda, y en el otro habían puesto estanterías, caballetes, lienzos y una mesa de dibujo. Apilados contra la pared, junto a la puerta, se hallaban los enormes cuadros de perros gruñendo y Vírgenes de Rudy. Tenía una serie de cada tema y esperaba exponerlos antes de morir, «antes de que me pegue un tiro en la cabeza con motivo de mi cuarenta cumpleaños». Hasta entonces se dedicaba a pintar

pisos o a pedirle dinero prestado a Mamie. Únicamente era responsable de una factura, la de los servicios públicos, y más de una vez había tenido que salir corriendo a interceptar a los empleados de la compañía eléctrica, que, armados con botas y cascós, estaban dispuestos a cortar la luz. «Aquí no te aburres nunca», decía Rudy, dinero en mano. En una ocasión intentó pagar la factura con dos pequeñas naturalezas muertas.

—No piensas en el mundo real, Rudy. Ahí fuera existe un mundo real. —Ella presentía en él la delgada línea que separa la cordura del encanto—. Un mundo real a punto de explotar.

—¿Crees que no me importa que el mundo explote? —Su cara se ensombreció—. ¿Crees que no lloro cada jodido día pensando en esos Rembrandt del Metropolitan y lo que les pasará si eso sucede?

—Hoy he ido a una inmobiliaria, Rudy.

Era probable que a lo largo de su matrimonio hubiese sido demasiado soñadora e inconsecuente. Para que el amor dure es imprescindible tener ilusiones o no tener ninguna. Pero había que elegir. Lo que complicaba las cosas era cambiar constantemente de bando.

—¿Otra vez? —suspiró Rudy, con ironía pero dolido.

En su día el amor había sido como magia. Y ahora parecía un montón de simples trucos. ¡Debías aprender sus juegos de manos, sus comentarios mordaces, sus avemarías y sus dimes y diretes! Cuando la soledad acuciaba a Mamie, siempre volvía junto a él, a pesar de la mierda que había entre ellos, de las épocas en las que no se habían sentido comprometidos, de la ira, de las ausencias toleradas. Él confiaba en ese abracadabra. Pero el tedio regresaba de nuevo. ¿Era posible vivir con la excelencia muerta de algo..., con la estúpida mortaja de un cuerpo, con la cáscara reseca de la cual había salido arrastrándose el amor? Él creía que sí.

El televisor se encendió automáticamente y se vio uno de los anuncios del gobierno: hermosas parejas dando fe de su inmortal devoción, cuerpos inmortales. «Somos los Inmortales», decían, y

abrazaban a sus hijos, unos niños pecosos que jugaban con muñecos de ojos de cristal. «Inmortal —decía el anuncio—. Sé inmortal.»

—No lo soporto —dijo Mamie—. No soporto ni a nuestro hermano ni a nuestra hermana. No soporto ni a nuestra madre ni a nuestro hijo. No soporto los anuncios de Inmortales. No soporto lavarme el pelo con lavavajillas, ni lavar los platos con champú barato, porque estamos demasiado arruinados o desorganizados o deprimidos para disponer de las dos cosas al mismo tiempo.

Siempre era así. En lugar de papel higiénico, utilizaban servilletas de cóctel con flores de Pascua dibujadas. A Rudy le enviaron por error una caja enorme, con una bandeja, llena de servilletas de éas. En lugar de toallas, utilizaban felpudos de baño. Como felpudos de baño, más servilletas con flores de Pascua. Compraban jabón de oferta que en la etiqueta llevaba frases del tipo: «Sé delicado y no necesitarás ser fuerte».

—Es como si estuviéramos de campamento, Rudy. ¡Esto es un campamento! —Intentaba recurrir a algo que él comprendiera—. Mi trabajo. Esto está afectando a mi trabajo. ¡Mira esto! —Y ella se acercaba a la pequeña mesa de dibujo y le mostraba el boceto a medio terminar de las semillas de maíz Squanto. Buscaba una metáfora nuclear: un hombre blanco aprendiendo a plantar cosas que luego brotarían; el hombre blanco emocionado con la siembra —. Parece un sapo.

—Parece un *catcher* de los Boston Red Sox. —Rudy sonrió. ¿Sonreiría ella? Serio, pero en plan burlón, prosiguió—: La perspicacia y la generosidad siempre están en guerra. Debes decidir si quieres ser musa o artista. Una mujer no puede ser ambas cosas.

—No puedo creerte —dijo ella, contemplando el apartamento con mirada acusadora—. Esto no es vida. Es otra cosa. —Y aquel lugar poco iluminado le devolvió la mirada, herido, el eco de un viejo salón de belleza suspendiendo las matemáticas de otro.

—Olvídate de lo de Squanto —dijo compasivo—. Tengo una idea para ti. Llevo el día entero dándole vueltas: un libro infantil titulado *Demasiadas lesbianas*. —Empezó a gesticular—. Lesbianas en los arbustos, lesbianas en los árboles... «Encuentra a las lesbianas...»

—Voy a tomar un poco el aire —replicó ella, y cogió el abrigo y salió apresurada.

Ya era de noche, una noche gris como el zinc y fría, y los charcos de la calle eran un fino espejo. Pasó corriendo junto a los temblorosos Rosies que se apiñaban en la esquina y recorrió a toda prisa seis manzanas en zigzag para ver de nuevo el comedero de pájaros. Dicen que si visitas un lugar de noche, lo haces tuyo.

Cuando llegó, la casa estaba a oscuras, como aguantando la respiración para no hacer ruido y que nadie la descubriera. Acercó la cara a la verja, a las duras pestañas de hierro forjado, y suspiró, deseando otra existencia, la de una mujer que viviera en una casa como aquélla, con su encantador tejado abuhardillado, sus cuidadas habitaciones... Recelaba de su propia vida, como esos ingenieros aeronáuticos que no están muy dispuestos a volar en los aviones que diseñan porque temen morir víctimas de sus propios disparates.

El comedero de pájaros estaba allí, alto como un policía. No había pájaros.

—No deberías irte. Siempre acabas volviendo —musitaba Rudy. «El turista y su desesperación», dijo una vez. Era el título de una de sus obras. Una de un perro que gruñía y saltaba sobre un sofá.

Miró por la ventanita que había junto a la cama, un trozo de cielo y una estrella diminuta, un asterisco que la conducía por un instante hacia una explicación... La noche le regalaba una nota a pie de página. Rudy la abrazó, la besó. La cama era el único lugar donde a ella le parecía que él no imitaba a nadie. Después de quince años había presenciado todo tipo de imitaciones (amigos, padres, actores de cine), hasta que eso empezó a asustarla, como

si él fuera muchas personas a la vez, personas a las que ir cambiando, sin apurarse mucho, como se cambian los canales de la televisión, una mente enloquecida por el cable. Jimmy Stewart. Elvis Presley.

—¿Tus padres eran raros? —le preguntó ella una vez.

—¿Mis padres? Estás bromeando, ¿no? —respondió él—. De cuando en cuando memorizaban algo. —Dylan tocando la armónica. Como la vida misma; como la vida misma. James Cagney. También hacía una mezcla musical que él denominaba Smokey Robinson Caruso—. ¿No crees que tendríamos unos hijos preciosos? —En ese momento era Rudy, adormilado, retirándole el flequillo de los ojos.

—Serían nerviosos y dementes —murmuró ella.

—Estás obsesionada con la salud.

—Quizá también hiciesen imitaciones.

Rudy le besó el cuello, las orejas, el cuello otra vez. Ella estaba obligada a escupir todos los días en un recipiente que guardaba en el baño y llevarlo a la clínica con regularidad.

—Crees que ya no nos queremos —dijo él. Podía ser tierno. Aunque a veces era toscos, se colocaba sobre ella con una fuerza que nunca dejaba de sorprenderla, quería hacer el amor y la llenaba de besos empujándola contra la pared: «Vamos, vamos»; aunque sus cuadros eran cada vez más violentos, torbellinos de hombres calenturientos vestidos con traje y sodomizando animales: «Eso es lo que pienso de los yuppies, ¿vale?»; aunque cuando iban a un restaurante la machacaba con sus miradas de disgusto mientras ella, dolorosamente aburrida, contemplaba absorta su plato..., allí desnudo, observándolo abiertamente, podía ser un marido tierno—. Lo crees, pero no es cierto.

Conocía sus pequeñas mentiras desde hacía años; eran indoloras en su mayor parte, fruto de la vanidad y de las dudas, aunque a veces estaban alimentadas simplemente por el deseo de ocultarse de cosas cuya verdad requería un gran esfuerzo de imaginación. Conocía exactamente su modo de contar siempre las

mismas anécdotas de su vida, una y otra vez, cambiando algún detalle en cada ocasión, exagerando o contradiciéndose a veces con un propósito concreto —su autorretrato de Genio por Descubrir —, y otras aparentemente sin ninguno. En una ocasión le comentó que «a un palmo de la puerta hay un carro de la compra vacío atrancado contra la puerta», a lo que ella respondió: «Rudy, ¿cómo puede estar a un palmo de la puerta y atrancado contra ella al mismo tiempo?». «Está lleno de periódicos y latas, cosas así. No lo sé.»

Era incapaz de decir en qué momento empezó a zozobrar su amor, cuánto llevaba jadeando tristemente sobre su propia tumba de rabia y obligación. Habían pasado juntos un tercio de sus vidas... Un tercio, el tiempo que se dedica al sueño. Era el único hombre del mundo que decía encontrarla guapa. Y se había encariñado con ella, la había amado, incluso cuando tenía veinte años y la aterrorizaba el sexo, cuando no se atrevía ni a moverse, fuera por educación o por timidez. La había ayudado. Más tarde aprendió a desear ardientemente el corazón drogado del sexo, las drogas de su esencia: los besos y alborotos necesarios parecían sólo eso, necesarios para llegar a las drogas. Pero todo había sido con Rudy, siempre con él.

—Ahora estamos compinchados de verdad —proclamó ella exultante el día que se casaron por lo civil.

—No me gusta que estemos compinchados —dijo él, sin tan siquiera cogerla—. Preferiría que estuviésemos tatuados.

Los besos se convirtieron en desengaño; los alimentaba la tristeza, empujándolos hacia algún lugar. La ciudad se debatía y el mundo se apagó. Rudy pintaba sus Vírgenes haciendo pucheros, abría latas de cerveza y veía películas antiguas en la tele.

—Eres feliz hasta que dices que eres feliz. Y luego dejas de serlo. Bonnard. El gran pintor de la felicidad que de tanto expresarla acaba matándola.

Tal vez ella había creído que la vida le proporcionaría algo más duradero, más pleno que el amor sexual, pero no fue así, no exactamente. Por un momento se había sentido como una de las chicas de la esquina: un mundo de mallas y drogas... Drogas ansiadas a toda costa y conseguidas con excesiva rapidez.

—¿No crees que nuestro amor es muy especial? —le preguntó Rudy.

Pero ella no creía en el amor especial. A pesar de que todo el mundo era práctico, Mamie creía —como se anhela el viento en invierno— en un único tipo de amor, el que se encuentra en el arte: sólo allí se muere por su causa. Según Rudy, había leído demasiadas novelas, novelas victorianas en las que los niños hablan en subjuntivo. «Te lo tomas demasiado a pecho», le escribió en una ocasión en que ella se marchó a vivir a Boston, con una anciana tía y un bloc de dibujo.

—Yo nunca moriría por ti —le dijo ella en voz baja.

—Seguro que sí —dijo Rudy. Suspiró y volvió a acostarse—. ¿Quieres un vaso de agua? Bajo y te lo traigo.

A veces su matrimonio era como un santo guillotinado que seguía andando por la ciudad con la cabeza en las manos. A menudo se imaginaba el apartamento pasto de las llamas. ¿Qué se llevaría? ¿Qué pocas cosas se llevaría con ella para iniciar una nueva vida? La idea la animaba. «Te lo tomas demasiado a pecho.»

En el sueño de la casa, cruza la verja, pasa junto al comedero de pájaros y llama a la puerta. Se abre lentamente y entra, entra y sigue, hasta que es ella misma quien abre la puerta, desde el otro lado y preguntándose quién ha llamado.

—Muerte —repitió Rudy—. Muerte por holocausto nuclear. Todo el mundo tiene sueños de ese tipo. Excepto yo. Yo tengo pesadillas desconcertantes relacionadas con cortes de pelo horribles y con que estoy en una fiesta y no conozco a nadie.

Por la mañana, el sol entraba a raudales por la ventana situada junto a la cama. En invierno había más luz en el interior porque la nieve depositada sobre el alero reflejaba los rayos del sol, arrancando destellos granates de la alfombra y dibujando rayas en la cama. Un gato callejero al que habían dado cobijo y comida ganduleaba en el alféizar. Lo llamaban *Comilón* o *Bill de los Baskerville*, y Rudy, de vez en cuando, se mostraba cariñoso con él, lo levantaba muy alto para que husmeara sobre las estanterías y olisqueara el techo, cosa que le encantaba. Mamie esparcía alpiste sobre la nieve para atraer a las palomas y para que el gato se entretuviera observándolas desde la ventana cuando estaba dentro. Televisión para gatos. Sabía que Rudy odiaba las palomas, sus patas de lagarto y su cerebro de mosquito, su particular torpeza bovina. Admiraba a su amigo Marco, que había colocado estacas metálicas en el aparato de aire acondicionado para evitar que las palomas se posaran en él.

Normalmente Mamie era la primera en levantarse, la que preparaba el café, la que primero bajaba sigilosamente por aquellos peldaños improvisados claveteados en el tabique de madera, la que pululaba por la cocina, calentaba el agua, aclaraba las tazas, servía el café, hacía el zumo y lo subía todo a la cama. Desayunaban así, las sábanas estaban llenas de manchas.

Pero aquel día, como siempre que él temía que lo dejara, Rudy salió desnudo de las sábanas antes que ella, realizó un salto acrobático desde las alturas del dormitorio y aterrizó en el suelo con un ruido sordo. Mamie observaba su cuerpo: era larguirucho y tenía orejas grandes; la espalda, los brazos, las caderas. Nadie menciona jamás las caderas de los hombres, ese par de robustas sillas de montar. Se puso unos calzoncillos tipo bóxer. «Me gusta esta ropa interior —dijo—. Me siento como David Niven.»

Preparó el café con el agua que guardaban en un cubo de basura de plástico. La repartían así, semanalmente, como agua de seltz, y pagaban veinte dólares por ella. Lavaban los platos con agua del grifo y también se duchaban con ella aun a sabiendas de

que, según los médicos del gobierno, corrían el riesgo de sufrir erupciones cutáneas. Una vez que Mamie se duchó y se frotó enérgicamente con una vieja esponja vegetal, sin estar al corriente del aviso especial que acababan de emitir por radio, salió de la ducha con unas ampollas terribles en los brazos y los hombros: más tarde se enteró de que habían vertido productos químicos en el agua para impedir la propagación de virus procedentes de las pulgas de las ratas de cloaca. Se untó la piel con mayonesa, era lo único que tenían, y las ampollas reventaron revelando debajo una piel rosada como el jamón.

Exceptuando el placer que le proporcionaba que Rudy subiese el café —era como un regalo—, odiaba aquel lugar. Pero se puede convivir con el odio. Y así lo hacía. El odio era muy fuerte, tenía distintos aspectos; se retiraba para dejarte paso. Era pura aversión que enturbiaba, importunaba y se colocaba frente a tu persona, como un niño que quiere algo.

Rudy llegó con el café. Mamie rodó hacia el borde de la cama para cogerle la bandeja de flores de Pascua mientras él pasaba sobre ella para acostarse de nuevo. «El hombre del café», dijo ella, intentando resultar cariñosa, incluso cantarina. ¿Acaso no debía intentarlo? Colocó la bandeja entre ambos, cogió su taza y sorbió. Resultaba divertido: cada sorbo era una nueva representación de aquel lugar fétido, volvía a verlo con la mirada de un corazón con cafeína, incluso le parecía bonito. Debía de ser ese extraño cariño que se siente por un sitio odiado antes de abandonarlo. Y lo abandonaría. Otra vez. Convertiría las paredes, los lavacabezas y la suciedad de la trementina en un recuerdo, lo convertiría en el escenario de delitos leves y pensaría en él con un cariño falso, ligero.

Es posible tomarlo todo a la ligera y como una mentira y no volver a saber lo que fue verdad y se sintió con el corazón.

Apareció el gato y se acurrucó a su lado. Le acarició el pelaje de las orejas, cálido y suave, y le limpió los bigotes. El animal agachó la cabeza y cerró los ojos adormilado, satisfecho. Qué triste,

pensó, qué terrible, qué suerte ser un animal y confundir cuidados con amor.

Puso la mano en el brazo de Rudy. Él inclinó la cabeza para besarla, pero como era imposible hacerlo sin derramar el café, se incorporó de nuevo.

—¿Te sientes solo alguna vez? —le preguntó Mamie. Todos los instantes de una mañana suponían un enfrentamiento entre el pasado y el futuro para ver quién prevalecía. Apoyó la mejilla en el brazo de él.

—Mamie —dijo él en voz baja, y eso fue todo.

La mayoría de sus amigos habían muerto en el transcurso de los últimos cinco años.

*Los indios no estaban acostumbrados a las enfermedades que los ingleses llevaron al Nuevo Mundo. Muchos indios enfermaron. Y a veces morían como consecuencia de la varicela o de las paperas. Podía ocurrir que un orgulloso indio se levantara una mañana, se observara en el espejo que había adquirido a un comerciante inglés y viera su cara llena de manchas rojas. El orgulloso indio se enfadaba. Era posible que se lanzara contra un árbol para lisiarse. O que se tirara por un precipicio o se arrojara en una hoguera (dibujo).*

La agente de la inmobiliaria llevaba un pañuelo distinto: de punto de color turquesa, anudado con lazada larga; le envolvía el cuello a modo de collar.

—Una habitación —dijo rápidamente—. ¿Se contentaría con una habitación?

—No estoy segura —replicó Mamie. Se sentía deprimida y acosada cuando hablaba con alguien elegante y poderoso.

—Bueno, pues regrese cuando lo esté —dijo la agente sin levantarse de la silla y volviendo de nuevo a los archivos.

Mamie cogió el metro hasta Manhattan. Daría un paseo por las galerías del SoHo después de entregar un manuscrito en la McWilliams Company. Luego regresaría a casa pasando antes por la clínica. Llevaba el recipiente de cristal en el bolso.

En los lavabos de McWilliams se encontró con una secretaria llamada Goz con la que había hablado alguna vez. Goz estaba frente al espejo pintándose los ojos.

—Eh, ¿cómo estás? —dijo al ver a Mamie.

Mamie se quedó a su lado, se lavó la cara para quitarse de encima la suciedad del metro y hurgó en el bolso en busca de un cepillo.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien. —Goz suspiró. En la repisa del lavabo había dos muestras de perfume, rímel y varios tonos de sombra de ojos. Examinó su cara reflejada en el espejo y hundió las mejillas—. He tardado años en conseguir maquillarme los ojos así.

Mamie sonrió con simpatía.

—Mucha práctica, sí.

—No..., años de maquillaje. He dejado que las capas fueran acumulándose. —Mamie se inclinó para cepillarse el cabello cabeza abajo—. Hummm —dijo Goz algo irritada—. ¿Qué has hecho estos días?

—Otra cosa para niños. Es la primera vez que hago los dibujos y el texto. —Mamie se incorporó y echó la cabeza hacia atrás—. Hoy entrego un capítulo para Seth. —El pelo le cayó sobre la cara y la dejó en penumbra. Parecía una loca.

—Ah. Hummmm —dijo Goz. Observaba con interés el cabello de Mamie—. Me gusta el pelo bien peinado. No me parece bien que las mujeres vayan por ahí como si acabaran de acostarse con alguien.

Mamie le sonrió.

—¿Y tú? ¿Sales mucho, te diviertes?

—Sí —respondió Goz, un poco a la defensiva. Por aquel entonces todo el mundo se ponía a la defensiva con su vida—. Salgo. Salgo con un hombre. Y mis amigas salen con otros hombres. Y a veces salimos todos juntos. El problema es que todas

somos treinta años más jóvenes que esos tíos. Vamos a un restaurante, o a donde sea, y miro alrededor y veo que todos los hombres salen con mujeres treinta años menores que ellos.

—Banquetes de padre e hija —comentó Mamie, intentando hacer un chiste—. En nuestra iglesia había muchos de éhos.

Goz se quedó mirándola.

—Sí —dijo, guardando finalmente sus utensilios de maquillaje

—. ¿Sigues con ese chico que vive en un salón de belleza?

—Rudy. Mi marido.

—Lo que sea —dijo Goz, que a continuación entró en el retrete y cerró la puerta.

*Ninguno de los ingleses parecía enfermar. En los poblados indios todo eran murmuraciones. «Estamos muriendo —decían—. Y ellos no. ¿Cómo puede ser?»*

*Así que el jefe, débil y enfermo, se vistió con la ropa de los ingleses y fue a verlos (dibujo).*

—Esto es para Seth Billets —anunció Mamie, entregando a la recepcionista un sobre grande de papel marrón—. Dile que me llame si tiene alguna pregunta. Gracias.

Dio media vuelta y abandonó el edificio, utilizando la escalera en lugar del ascensor. No le gustaba reunirse con Seth. Era hostil y abstracto y se las apañaban muy bien por teléfono. «¿Mamie? Buen trabajo —solía decir—. Te devuelvo el manuscrito con mis sugerencias. Pero no las tengas en cuenta.» Y el manuscrito llegaba tres semanas después con comentarios al margen del tipo: «¡Oh, por favor!» y «¡No jodas!».

Compró un periódico y se encaminó hacia unas galerías que conocía en Grand Street. Se detuvo en una cafetería de Lafayette. Normalmente pedía un café y un té, y también un *brownie*, para remediar la tristeza con chocolate y cafeína y transformarla, de ese modo, en ansiedad.

—¿Quiere algo o no quiere nada? —le preguntó la camarera.

—¿Qué? —Asombrada, Mamie pidió una Slenderella.

—Buena elección —dijo la camarera, como si acabara de pasar un examen, y se marchó al trote hacia la cocina.

Mamie colocó el periódico en diagonal y lo abrió para leerlo; las páginas internacionales estaban estoicamente llenas de noticias sobre la guerra de la India, y las noticias locales mostraban los cuerpos de las mujeres que aparecían semanalmente en las aguas del Gowanus Canal. Mujeres desaparecidas, con contusiones. Golpeadas y ahogadas. Secretarias, estudiantes y alguna que otra Rosie.

Llegó la Slenderella acompañada por una ensalada de huevos y comió lentamente, disolviendo en la boca la humedad reconfortante de la yema. En la página de necrológicas aparecían muertos de todo tipo, hombres jóvenes, como en una guerra, y siempre al final las palabras: «Sus padres lo han sobrevivido».

Dejó el periódico en la mesa a modo de propina y pasó el resto de la mañana entrando y saliendo de galerías, contemplando obras que le parecían mucho peores que las de Rudy. ¿Por qué aquéllas y no las de su marido? Pintar cuadros era lo único que siempre había querido hacer, pero nadie lo ayudaba. Se le notaba la edad en la cara: las mejillas hundidas, la barba salpicada de blanco... De las orejas empezaban a despuntar pelos erizados. Solía acompañarlo a las inauguraciones de exposiciones para escuchar a la gente decir cosas increíbles como «¿Sintaxis? ¿No te gusta la sintaxis?» o «Ahora ya sabes por qué en la India la gente se muere de hambre... ¡Llevamos una hora esperando que nos traigan el *biryani*!». Ella comenzó a marcharse temprano, mientras él seguía deambulando por ahí, vestido con unos pantalones de cuero negro de segunda mano que le sentaban fatal, charlando con marchantes, famosos y gente de éxito. Ofrecía mostrar sus diapositivas. O se enfascaba en sus divagaciones sobre Arte del Desastre Teórico, argumentando que si puedes pintar atrocidades, puedes evitarlas. «Anticípate e imita —decía—. Es posible impedir y desalentar un holocausto privándolo de su originalidad; basta de libros, teatro y pintura, se puede cambiar la historia llegando el primero.»

Un marchante del East Village lo miró fijamente y dijo: «¿Sabe? Cuando una abeja de una colmena quiere comunicar algo, lo comunica mediante una danza. Pero si la abeja en cuestión no detiene la danza, las demás la pican hasta causarle la muerte», y acto seguido se volvió y se puso a hablar con otra persona.

Rudy siempre volvía a casa solo, cruzaba el puente lentamente, sin que se hubiera producido ningún cambio en su vida. Ella sabía que su corazón estaba hinchido por ese deseo de los que viven en un gueto de pasar de pobre a rico mediante un único y sencillo acto, ese anhelo que agota a los pobres... Algo que la ciudad necesitaba: un pobre exhausto. Peinaba los vertederos buscando ropa, libros de arte, trozos de madera con los que construir marcos y bastidores, y llegaba a casa a primeras horas de la mañana con una enorme planta seca recogida entre la basura, un macetero de madera cojo o un pequeño espejo biselado. Por la noche, sin piso alguno que pintar, se adentraba en la ciudad hasta llegar a la esquina de Broadway con Wall y tocaba la armónica a cambio de algunas monedas. Cánticos de marineros y Dylan. A veces algún que otro peatón ralentizaba el paso al oír *Shenandoah*; la tocaba de una forma tan lúgubre que incluso alguno de los que él denominaba «plagiarios de la vida», enfundado en su abrigo de cuero beis, «un tío de esos que tiene el agujero del culo en la manga», interrumpía la hora de la comida para permitir que una parte de sí mismo escuchara, en comunión, un recuerdo de los tiempos pasados. Pero la mayoría pasaba de largo, porque los vagabundos no gustaban, y tropezaban con la caja de zapatos que Rudy depositaba en la acera para recoger las limosnas. No tocaba mal. Y podía resultar tan atractivo como un actor. La locura..., algo en su mirada. De hecho, los locos sentían cierta atracción hacia él, se le acercaban como camaradas obligados a hacerlo, con gritos psicóticos, le daban la mano y lo abrazaban mientras tocaba.

Pero la gente con dinero no iba a dárselo a un tipo que tocaba la armónica. Un tipo con armónica debía de ser un borracho. Y qué decir de un tipo con armónica y una camiseta estampada con la

frase: «Reflexión de un alcohólico: Pienso, luego bebo». «A veces me olvido —decía Rudy, poco convencido—. A veces me olvido y me pongo esa camiseta.» La gente con dinero se gastaba seis dólares en una copa, pero nunca ochenta centavos para que un tipo con una camiseta como ésa se tomara una cerveza. Rudy volvía a casa con dinero suficiente para comprar un pincel nuevo, y con ese pincel nuevo pintaría un cuadro en el que aparecería un puñado de hombres de negocios sodomizando animales de granja. «Lo mejor de la pintura figurativa —le encantaba decir— es decidir cómo vestirán los personajes.»

Cuando él y su amigo Marco pintaban pisos conseguían dinero de verdad, libre de impuestos, y se obsequiaban con comida china. Su empresa de pintura de interiores se llamaba Nuestra Meta son las Paredes, y regalaban globos a modo de propaganda. Entonces sí que gustaban a los ricos... «Dónde está mi globo, chicos?», hasta que descubrían que les faltaba alguna botella o que había llamadas interurbanas desconocidas en la factura del teléfono. Así pues, pocas veces les daban referencias.

Y últimamente a Rudy le ocurría algo. De noche, más que antes incluso, la acosaba, la forzaba, y ella le tenía cada vez más miedo. «Te quiero —murmuraba—. Si supieras cuánto...» La agarraba por los hombros causándole dolor, se pegaba a su boca, le hacía daño. Cuando iban de galerías y museos se burlaba tranquilamente de todas sus opiniones. «No sabes nada de arte», decía, riendo y sacudiendo la cabeza, cuando a ella le gustaba algo que no fuera de Rembrandt, de alguien que él pudiera ver como un competidor, alguien de su misma edad, alguien que fuera una mujer.

Empezó a ir sola, como entonces; cruzaba zumbando las distintas salas de la galería hasta detenerse, largo tiempo, ante el cuadro que le gustaba, ante aquel que más la atraía. Le gustaban las escenas en las que aparecía el mar y algún barco, aunque no había muchas. Casi todo era lo que ella denominaba Arte de Etiquetas de Advertencia: «Como un hombre», decía una. «El amor acaba en odio», otra.

O iba al cine. Un chico con una placa en la cabeza se enamora de una chica que lo desprecia. La secuestra, le da de comer y luego la mata abriéndole la cabeza para ponerle también una placa. Acto seguido la sienta en una silla y pinta su desnudez con acuarelas.

Por la tarde regresaba a casa en metro y le daba la impresión de que todos los mendigos tenían la cara de Rudy, se volvían, la miraban de soslayo. Se acercarían a ella de repente, se sentarían a su lado y eructarían, sacarían la armónica y tocarían una vieja canción popular. O se sentarían lejos y simplemente la observarían. Y ella los miraría de reojo y todos los vagabundos del tren repararían en su mirada, tan persistente como el dolor.

Se bajó en la Cuarta Avenida y entregó el recipiente en la clínica.

—Le enviaremos los resultados por telecorreo —dijo un joven vestido con un traje plateado, un técnico que la miraba con recelo.

—De acuerdo —dijo ella.

Para consolarse entró en una tienda que había en la esquina y se probó ropa. Ella y Rudy lo hacían de vez en cuando, dos pobres se probaban ropa cara con el único propósito de ver qué aspecto tendrían si... Salían de los probadores, saludaban y hacían reverencias y exasperaban al vendedor. Devolvían las prendas a las perchas, regresaban a casa y hacían el amor. En una ocasión, antes de marcharse de la tienda, Rudy cogió un traje muy formal y vociferó: «¡Yo no voy a esos sitios!». Esa misma noche, inmerso en una pesadilla, cogió el hacha que guardaba debajo del colchón y la levantó hacia ella. «Despiértate», suplicó Mamie agarrándolo del brazo hasta que lo bajó; él la miraba sin verla, la confusión chocó contra el reconocimiento, una superficie rota para respirar.

—Ven aquí —dijo Rudy en cuanto ella llegó a casa.

Había preparado la cena, ensalada de frutas y espinacas y muslos de pavo, que estaban de oferta: un Caveman Special. Estaba algo bebido. Mamie observó que había estado trabajando en

un cuadro que representaba a un perro que gruñía y saltaba sobre una Virgen arrancándole los pantalones de tirolés... Mala señal. Junto al lienzo había cucarachas aplastadas en el suelo como pastelillos.

—Estoy cansada, Rudy —repuso.

—Vamos. —La putrefacción de su muela mala flotaba hacia ella como una nube. Se apartó de él—. Entonces quiero que después de cenar me acompañes a dar un paseo. Como mínimo. —Eructó.

—De acuerdo. —Se sentó a la mesa y él también. El televisor estaba encendido, emitían un reestreno de *El loco del pelo rojo*, la película favorita de Rudy.

—Vaya loco, ese Van Gogh —dijo con voz cansina—. Dispararse en el estómago... Cualquier persona en sus cabales se habría pegado un tiro en la cabeza.

—Naturalmente —replicó Mamie con la mirada fija en las hojas de espinacas; los trozos de naranja parecían peces de colores muertos. Masticó el muslo de pavo, que estaba picante y seco—. Delicioso, Rudy.

«Cualquier persona en sus cabales se habría pegado un tiro en la cabeza.» De postre había una barra de caramelo partida en dos.

Salieron. Atardecía; el sol no se ponía tan rápido como en enero, cuando descendía a la velocidad de una persiana, sino de forma algo más lenta, dejando tras sí una luz débil y vacilante. Un ojo morado que amarillea. Descendieron juntos la cuesta en dirección al sur de Brooklyn, el color anaranjado anunciaba que muy pronto sería noche cerrada. Parecía que hacían carreras, primero se adelantaba un poco uno y luego el otro. Pasaron junto a las viejas casas de ladrillo, la iglesia de Santo Tomás de Aquino, la estación de las líneas F y G, ese tren que se decía no iba a ninguna parte porque iba desde Brooklyn hasta Queens, sin pasar por Manhattan; siempre iba vacío.

Siguieron caminando por debajo del paso elevado. Un tren rugió desafiante por encima de sus cabezas. La iluminación de la calle era cada vez más tenue; las casas, cada vez más pequeñas,

rodeadas por vallas y apretadas entre sí, como los habitantes de un asilo, con la mirada fija en espera de la muerte. Las tiendas que pudiera haber estaban cerradas y oscuras. Un escuálido perro labrador negro olisqueaba las bolsas de basura, las empujaba con el hocico como si fueran cuerpos muertos a los que hay que dar la vuelta para descubrir el arma del crimen, el punzón del hielo clavado en la espalda. Rudy cogió a Mamie de la mano. Mamie podía sentirla: firme, escamosa, agrietada por la trementina, las uñas estriadas como conchas marinas, los pulgares oscurecidos por accidentes laborales, sangre coagulada en la parte inferior...

—Mírate las manos —dijo Mamie exponiéndolas a la luz de una farola. Quedaban todavía rastros de caramelo y él las retiró cohibido para esconderlas en los bolsillos del abrigo—. Deberías utilizar algún tipo de crema, Rudy. Un día de éstos se te caerán al suelo.

—Pues no me las cojas.

Estaban frente al Gowanus Canal. Su olor frío y amargo, lechoso por los productos químicos, les azotaba la cara.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella. Un hombre enfundado en un abrigo sin botones se acercaba desde el extremo opuesto del puente, cruzó al otro lado y siguió caminando—. Resulta un poco raro andar por aquí a estas horas, ¿verdad?

Se encontraban en el puente levadizo situado sobre el canal y se detuvieron. Era extraño, como una pequeña locura, estar allá arriba, mirando hacia abajo en la oscuridad, en un barrio peligroso, como si estuvieran enamorados y acostumbrados a ese tipo de aventuras. A veces parecía que ella y Rudy eran dos personas tratando de bailar el tango, sudando e intentándolo, incluso después de que la orquesta se hubiera hartado de tocar, mucho después de que todo el mundo se hubiera marchado a casa.

Rudy se apoyó en la barandilla del puente y otro tren rugió sobre sus cabezas, uno de la línea F, con su cuadrado de color frambuesa.

—Éste es el tren elevado más alto de la ciudad —dijo él, aunque el ruido ahogó su voz.

—Lo sé —murmuró Mamie una vez hubieron pasado los vagones. Algo ocurría cuando Rudy decidía dar paseos como aquél por Brooklyn.

—¿Qué te apuestas a que hay cadáveres en el río? Seguro que los periódicos aún no han informado de su existencia. ¿Qué te apuestas a que hay gángsteres, y prostitutas, y a que están los cuerpos de las mujeres que los hombres nunca aprendieron a amar?

—¿Qué estás diciendo, Rudy?

—Te apuesto lo que sea a que aquí hay más cadáveres — continuó, y por un instante Mamie observó en su cara esa ira que le resultaba tan familiar, aunque desapareció enseguida, como un pájaro, y en aquel momento su rostro no fue nada, una estación entre trenes, hasta que sus facciones dibujaron repentinamente su interior y se echó a llorar, escondiendo la cara en las mangas del abrigo, entre sus manos, duras y castigadas.

—¿Qué sucede, Rudy?

Se colocó detrás de él y lo abrazó, lo abrazó por la cintura y apoyó una mejilla en su espalda. Tiempo atrás él adoptaba aquella postura para consolarla, hubo épocas en las que él le frotaba la espalda y volvía a conectarla con algo: esas épocas en las que parecía que ella estaba flotando y vivía muy lejos de allí, y en las que él era como un médium que la reclamaba desde la muerte. «Aquí estamos, en la Cueva de los Frotadores de Espaldas», decía, cerniéndose sobre ella, tapados ambos con la colcha como en un diminuto y cálido refugio, mientras la infancia volvía a ella a través de sus manos. La vida era lo bastante larga como para seguir reprendiendo cosas, como para pensar, sentir y ser consciente de nuevo de las cosas que uno ya sabía.

Rudy tosió y no se giró.

—Quiero demostrar a mis padres que no soy un mierda. — Cuando tenía doce años su padre se ofreció a acompañarlo a casa de Andrew Wyeth. «Quieres ser artista, ¿no, hijo? Bueno, ¡pues he descubierto dónde vive!»

—Es un poco tarde para andar preocupándose por lo que nuestros padres piensan de nosotros —dijo ella. Rudy tenía a aferrarse a cosas que no venían a cuento... El cuento era demasiado espantoso. Rugió otro tren y de las aguas del canal se levantaron oleadas de acidez y azufre—. ¿Qué sucede? De verdad, Rudy. ¿De qué tienes miedo?

—De Los Tres Chiflados —contestó—. Pobreza, Oscuridad, Masturbación. Y otra tríada. Tedio. Anomia. Miseria. Dame una buena razón para continuar viviendo —gritó.

—Lo siento —replicó Mamie con un suspiro. Se apartó de él y sacudió una mota de polvo del abrigo de su marido—. Me has pillado en un mal día. —Buscó algún tipo de emoción en su perfil, una que hubiese encontrado vestido, pero no armas—. Me refiero a que hay que elegir entre la vida o nada, ¿no? No tienes que amarla, sólo tienes que... —No podía pensar en qué.

—Vivimos en un mundo horrible —dijo él, y se volvió para mirarla, melancólico y apenado. Ella percibía el aroma acre y animal que salía de sus axilas. A veces olía así, como un loco. Una vez Mamie se lo mencionó y él corrió de inmediato a perfumarse con sus polvos satinados para después del baño y se metió en la cama oliendo como ella. En otra ocasión, se equivocó de bote y se roció el cuerpo entero con Ajax.

—Feliz día de San Valentín.

—Ya —repuso ella, con miedo creciente reflejado en la voz—. ¿Podemos regresar?

*Se sentaría con ellos con gran dignidad y cortesía. «Debéis rezarle a ese dios vuestro que os mantiene sanos. Debéis rezarle para que nos permita vivir. O, si tenemos que morir, para que podamos reunirnos con él y también lo conozcamos.» Los ingleses se quedaron en silencio. «Ya veis —añadió el jefe—, rezamos a nuestro dios pero no nos escucha. Hemos hecho algo que lo ha ofendido.» Acto seguido el jefe se puso en pie, volvió a su casa, se quitó sus ropas inglesas y murió (dibujo).*

Goz estaba de nuevo en los lavabos de señoritas y sonrió ante la aparición de Mamie.

—¿Vas a preguntarme cómo va mi vida sentimental? —dijo, de pie ante el espejo y pasándose el hilo dental entre los dientes—. Siempre lo haces.

—De acuerdo —dijo Mamie—. ¿Cómo va tu vida sentimental?

Goz seguía arriba y abajo con el hilo, hasta que acabó con la tarea.

—No tengo vida sentimental. Tengo como una vida.

Mamie sonrió. Pensó en lo agradable que debía de ser hallarse pacíficamente libre del amor, del amor y de sus deseos implícitos, un marido y una mujer como dos colegas del ejército que se cuentan anécdotas y apuestan en los campeonatos nacionales de béisbol.

—Es puro, franco y amistoso. Café y nada de pasión. Deberías probarlo. —Entró en uno de los retretes y echó el pestillo—. Ya no hay nada seguro hoy en día —gritó desde el interior.

Mamie salió, fue a una tienda de discos y compró algunos. Ya nadie los compraba y podían adquirirse por setenta y cinco centavos. Compró únicamente discos que incluían la palabra *corazón* en el título: *El corazón vernáculo*, *Corazón agitado*, *Un corazón no es más que una bicicleta detrás de las costillas*. Luego tuvo que irse. Alejada del calor sofocante de la tienda, abrazó los discos contra el pecho y echó a andar, entre los aromas decadentes de los restaurantes de Chinatown y en dirección al puente de Brooklyn. Las aceras apestan y estaban húmedas y hacía calor, como si hubiera llegado la primavera. Todo el mundo había salido a pasear. De camino a casa, pararía en la clínica y dejaría el recipiente.

Pensó en el sueño que había tenido la noche anterior. En él se abría una puerta de su casa y de repente había más habitaciones, habitaciones cuya existencia desconocía, una casa entera más allá, y era suya. Allí vivían pájaros y todo era oscuro, pero bello, habitación tras habitación, con ventanas abiertas para los pájaros. De las paredes colgaban cuadros de punto de cruz que decían: «Muere aquí». La agente de la inmobiliaria seguía repitiendo: «En

esta época y a esta edad» y «Es un robo». Goz estaba allí, con su pelo rubio teñido de rojo y evidentes raíces oscuras. Tricolor, como una mazorca de caramelo. «Sólo las chicas», iba diciendo. Era el fin del mundo y se suponía que debían vivir allí juntas hasta que llegara el momento de morir, hasta que el cuerpo empezara a notar cosas extrañas, se resfriaran y perdieran el pelo, y en la televisión sólo salieran rayas. Recordaba algún tipo de movimiento... Un remolino alarmista, en las escaleras, pasillos, túneles oscuros ocultos detrás de los cuadros... Y entonces, en el sueño, todo se desenredaba hasta detenerse.

Al llegar al puente vio un gran alboroto algo más adelante. Dos helicópteros volaban en círculos y en medio de la acera se concentraba un pequeño grupo de gente. Detrás, por la derecha, llegaban un camión de bomberos y un coche de policía, con la sirena y las luces. Se acercó a la muchedumbre.

—¿Qué sucede? —le preguntó a un hombre.

—Mire —contestó, y señaló en dirección a otro hombre que estaba encaramado a la red y las vigas de hierro que se prolongaban más allá de la barandilla del puente. Llevaba las muñecas vendadas con algo de color negro y se agarraba con las manos a los cables de suspensión. Tenía la espalda arqueada y el cuerpo se balanceaba sobre las aguas, como atrapado en una red de paralelogramos de acero. La cabeza le colgaba como si lo hubieran crucificado y el viento le enmarañaba el cabello. Estaba oscuro, pero el perfil de aquel hombre le resultaba familiar.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Mamie.

—Esa mujer dice que es el chico que buscan por los asesinatos del Gowanus Canal. ¿Ve los barcos de la policía ahí abajo? —Dos lanchas pintadas de rojo y blanco surcaban las aguas y uno de los helicópteros permanecía inmóvil en el aire.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Mamie de nuevo, abriendose paso entre la multitud. Estaba sofocada. Una moto de la policía se detuvo en la acera detrás de ella. El policía acababa de desenfundar las

pistolas—. Lo conozco —repetía Mamie a la gente, dando codazos—. Lo conozco.

Sujetó el bolso y los discos con fuerza contra su cuerpo y continuó avanzando. El policía la seguía de cerca, así que dio empellones con más energía. Cuando llegó justo enfrente de donde estaba el hombre, dejó las cosas en el suelo, se encaramó a la barandilla y empezó a trepar hacia la parte superior del puente sintiendo el tacto del metal en la piel.

—¡Eh! —gritó alguien. Era el policía—. ¡Eh!

Mamie veía circular los coches bajo sus pies y el viento del océano le impedía abrir la boca. Trató de no mirar hacia abajo.

—¡Rudy! —gritó, un grito débil en medio de tanto ruido; su garganta era sólo media garganta—. ¡Soy yo!

La rodeaba el cielo, se dirigía hacia él, se acercaba. Las uñas arañaban el metal. Estaba acercándose, pronto se acercaría lo bastante para tocarlo, para hablar con él, para acariciarle la cara y decirle algo así como: «Vayamos a casa». Pero entonces, de repente, aún fuera de su alcance, Rudy se soltó de los cables y cayó, girando como las aspas de un molino, hasta desaparecer en el East River.

Mamie se quedó helada. Rudy. Dos personas chillaron. Se alzó un murmullo de la multitud, la gente se empujaba contra la barandilla. «No, esto no.»

—Disculpe, señora —gritó una voz—. ¿Dice que conocía a ese hombre?

Retrocedió lentamente de rodillas y bajó a la acera. Ni se daba cuenta de que le sangraban las heridas de las piernas. Alguien la tocaba, notaba manos que tiraban de ella sujetándola de los brazos. El bolso y los discos seguían donde los había dejado, sobre el cemento; se liberó, cogió sus cosas y echó a correr.

Cruzó corriendo el puente y continuó corriendo entre la humedad con olor a amoniaco del callejón, atravesó a toda prisa un viejo parque asolado, zigzagueó por las calles con nombres de frutas de los Heights —Cranberry, Pineapple—, sobre los adoquines

hexagonales del paseo, junto al agua, y luego giró a la izquierda hacia arriba, hasta toparse con un semáforo en rojo. No dejó de correr ni al encontrarse, sin saber cómo, en los jardines Carroll, en dirección al Gowanus Canal. «No, esto no.» Subió corriendo la colina de South Brooklyn durante veinte minutos, sin importarle el tráfico, los semáforos en rojo ni las sirenas, bajo el espantoso rugir de los helicópteros y de un avión que volaba bajo, hasta que llegó a la casa del comedero de pájaros y, una vez allí, sin poder apenas respirar, se desplomó sobre la base de cemento de la reja y se echó a llorar, con un llanto solitario y sordo.

Oscurecía. Dos Rosies pasaron junto a ella, sin hacerle caso aunque aminorando el paso, jadeantes. Decidieron sentarse también en el muro bajo de la verja, pero a cierta distancia. Mamie era consciente de que ya había entrado en la categoría de los enfermos, aunque todavía no la reconocían como tal.

—¿Estás bien? —oyó que le decía una de las Rosies a la otra, depositando su caja de flores en la acera.

—Estoy bien —respondió la amiga.

—Tienes peor aspecto.

—Quizá —suspiró—. La cuestión es que nunca sabes por qué estás en un determinado lugar. Te levantas, te mueves... Y sigues pensando que debe de haber algo distinto.

—Mira a ésa —dijo la amiga con un bufido observando a Mamie.

—¿Qué? —replicó la otra, y se quedaron calladas.

Pasó un camión de bomberos. Las sirenas chillaban desaforadamente. Mamie se incorporó al cabo de un rato, lenta como una persona con artrosis, cogió el bolso —el recipiente seguía dentro— y dejó los discos. Empezó a caminar y tropezó con un adoquín levantado. Y se percató de algo: la casa del comedero de pájaros no tenía cúpula. Ni comedero de pájaros. Sino un cartel en el que se leía RESTAURANTE y había una paloma dibujada.

Pasó junto a las Rosies y les entregó un dólar a cambio de un lirio.

—¡Caramba! —dijo la que se lo dio.

La luz de su vivienda estaba encendida y el candado colgaba abierto como un gancho. Se quedó quieta un instante, abrió la puerta empujándola con un pie y el pomo interior chocó contra la pared. No se oía nada y permaneció indecisa en el umbral, como un deseo, como algo suspendido en el aire que no puede entrar en una habitación. Luego, poco a poco, dio un paso adelante sin soltarse del marco de la puerta para mantener el equilibrio.

Estaba allí, con el pelo seco y vestido con otra ropa. Tenía los brazos levantados y sujetaba al gato como si fuera un mástil. Daba vueltas por la estancia lentamente, como si estuviera practicando un profundo ejercicio oriental o bailando, y el gato, mientras, investigaba las estanterías.

—Eres tú —dijo Mamie, helada junto a la puerta abierta.

La inundó la peste a calabaza que salía del baño. Un frío urinario la empujó por detrás, arrastrando consigo el ruido de los helicópteros. Él se volvió para mirarla y bajó al gato hasta la altura del pecho.

—Hola. —Mascaba un trozo de caramelo y tenía pegotes en los dientes. Señaló su mejilla, sonriendo—. Pastillas de azufaifa —dijo—. Juegan con la mente.

El televisor se oyó de pronto: había gente cantando a coro, como el himno de un refresco de cola. «Somos los Inmortales, somos...»

Rudy se volvió y levantó al gato de nuevo para acercarlo a las molduras doradas del techo.

—Esto les encanta a los gatos —dijo. Tenía los brazos largos e incansables. Al levantarlos, la camisa se soltó del pantalón dejando al desnudo la cálida piel de su cintura, que centelleaba como una sonrisa—. ¿Dónde has estado?

Sólo existía ese mundo, esa tierra saqueada, en manos de un ventrílocuo. Si había que buscar un lugar donde morir, ¿no sería ése?... Como una vieja lección sobre el hecho de conocer a tu especie y regresar a ella. Tenía miedo, y finalmente supo que los que tienen miedo buscan oportunidades para ser valientes en el amor. Se prendió la flor en la blusa. Vida o muerte. Algo o nada. «¿Quiere algo o no quiere nada?»

Se acercó a él con un corazón del que algún día debería desterrar el terror.

Allí. Pero no entonces.

## **AGRADECIMIENTOS**

La autora desea expresar su agradecimiento a la Corporación de Yaddo, la Graduate School de la Universidad de Wisconsin, el Wisconsin Arts Board, el National Endowment for the Arts y a la Fundación Rockefeller por hacer que lo lento vaya menos lento.

# **PÁJAROS DE AMÉRICA**

*Este libro es para mi hermana, para mis padres  
y para Benjamin*

*... no es nuevo que vivamos en un mundo  
donde la belleza es inexplicable  
y de repente se estropiee  
y tenga sus propias rutinas. Solemos estar lejos  
de casa, en una ciudad oscura, y nuestros pesares  
son difíciles de traducir a un lenguaje  
comprendible para los demás.*

CHARLIE SMITH,  
*The meaning of birds*

*¿Es u-ka-li?  
¿O con-qui-ri?, ¿es yug yug?  
¿Es cucú en realidad?  
Mucho menos si el canto de un pájaro  
quiere decir algo en particular,  
o nada de nada.*

AMY CLAMPITT,  
*Syrinx*

## DISPUESTA

¿Cómo puedo vivir la vida sin cometer un acto con tijeras gigantes?

JOYCE CAROL OATES,  
*An interior monologue*

En su última película la cámara se había entretenido en la cadera, la cadera desnuda, y aunque no era su cadera, adquirió reputación de estar bien dispuesta.

—Tienes buena figura —comentaron los encargados del estudio durante la comida en Chasen's.

Ella miró hacia otro lado.

—*Habeas corpus* —dijo sin sonreír.

—¿Cómo dices? —Una cadera que sabía latín. Dios mío.

—Nada —contestó. Le sonrieron y soltaron nombres de gente importante: Scorsese, Brando. Para ellos el trabajo era un juego, jugaban con el pelo engominado. A veces sentía que no fuera su cadera: tendría que haber sido su cadera. Una película ordinaria, una película con pornografía nauseabunda: sabía que éstas erotizaban a los no dispuestos; a los retocados y a los falsos. La doble. Sin darse cuenta, había participado. Que una cadera se interponga. Una cadera anónima, falsa y no dispuesta. Ella misma era tan auténtica como un maldito producto lácteo; a mano en todo momento, como un almuerzo.

Sin embargo se iba acercando a los cuarenta.

Comenzó a pasar largos ratos en los bares de zumos. Se sentaba tardes enteras en lugares como Orange-U-Sweet o I love Juicy. Bebía un zumo y de vez en cuando salía a fumarse un

cigarrillo. La habían tomado en serio (una vez) y ella lo sabía. Se habían discutido algunos proyectos: Nina, Porcia, Madre Coraje maquillada. Las manos le temblaban ya demasiado, incluso bebiendo zumo, sobre todo bebiendo zumo, un Vantage oscilando entre los dedos como un metrónomo. Recibía guiones en los que se suponía que diría frases que nunca diría y en que no llevaría ropa que sí llevaría. Comenzó a recibir llamadas obscenas y postales firmadas con un: «Así me gusta, muñeca». Su novio, un director con creciente mala reputación debido a sus caros fracasos, un hombre que dos veces a la semana fulminaba con la mirada al extraño y vistoso pez que ella tenía y le decía que buscara trabajo, se hizo católico y volvió con su esposa.

—Precisamente cuando comenzábamos a superar los problemas y los altibajos —repuso ella, y a continuación se echó a llorar.

—Lo sé —dijo él—, ya lo sé.

Y entonces se fue de Hollywood. Llamó a su agente y se disculpó. Volvió a su ciudad, a Chicago, y alquiló una habitación por una semana en el Days Inn; tomó Jerez y engordó un poco. Dejó que su vida se hiciera aburrida; aburrida, pero con galletas Hostess. Había momentos en que la falta de vitalidad era total, y entonces contemplaba su vida y se preguntaba: «¿Qué he hecho?» O todavía peor, cuando se sentía cansada y no podía acabar la frase: «¿Qué?». Su vida había tomado la forma de un error imperdonable. Llegó a la conclusión de que no le habían dado las herramientas adecuadas con las que construir una vida de verdad: eso era. Le habían dado un sobre de sopa y un cepillo de pelo, y le habían dicho: «Espabílate». Se había quedado allí durante años, pestañeando, confundida, cepillando la sopa con el cepillo.

A pesar de todo, era una actriz de cine menor que en su día había sido nominada para un premio importante. El correo le llegaba indirectamente: un aviso, una factura, una tarjeta de Acción de Gracias. Pero nunca una fiesta, una cena, una inauguración, un té helado. Uno de los problemas de los habitantes de Chicago,

recordó, era que nunca se encontraban solos al mismo tiempo. La tristeza les sorprendía en solitario, les dejaba en la estacada con espasmos, les hacía dar vueltas como globos deshinchándose y les mandaba hacia los rincones vacíos y acolchados, desconectados y solos.

Vio la televisión por cable y pidió un menú en una pizzería. Una vida de oscuridad y calma radical. Alquiló un piano y se puso a practicar escalas. Invirtió en Bolsa. Escribía sus sueños por la mañana para descubrir alguna pista y saber en qué invertir. Disney salió una vez en un sueño. El hospital de San Judas. Ganó algo de dinero. Se obsesionó. Las palabras *gallina de los huevos de oro* anidaron en su boca, como en la de un rumiante. Trataba de ser original, cosa no muy recomendable con las acciones, y comenzó a perder. Cuando un valor bajaba, compraba más acciones para recuperarse cuando subieran. Estaba confundida. Le cogió gusto a quedarse contemplando el lago Michigan a través de la ventana, la superficie gris y ondulada como una pizarra estropeada.

—¿Sidra, ¿qué haces ahí? —gritó su amigo Tommy por teléfono—. ¿Dónde estás? ¡Vives en un estado que limita con Dakota del Norte!

Era guionista y vivía en Santa Mónica; una vez, hacía ya mucho tiempo y bajo los efectos del éxtasis, se habían acostado juntos. Era gay, pero se habían gustado mucho.

—Quizá me case —dijo ella. Chicago no le desagradaba: pensaba en la ciudad como un cruce entre Londres y Queens, con una pizca de Cleveland.

—Vamos, por favor —gritó de nuevo—. ¿Qué haces ahí realmente?

—Escucho casetes de autoestima y de olas del mar —contestó. Sopló el auricular del teléfono.

—Se oye como cuando hay polvo en la aguja del tocadiscos —dijo—. Quizá tendrías que probar con la casete de los grillos. ¿Has oído la casete de los grillos?

—He ido a hacerme la permanente y me ha ido fatal —dijo—. Cuando estaba en la mitad, en la parte de los rulos, ha habido un apagón en el edificio de la peluquería. Unos hombres que taladraban la fachada se han cargado un cable.

—Qué horror —comentó. Sidra le oía tamborilear con los dedos. Se había erigido en autor imaginario de un libro imaginario de ensayos titulado *La opinión de un hombre* y cuando estaba aburrido o inspirado solía citarlo—. Una vez formé parte de un grupo de rock que se llamaba Permanente Fatal —añadió.

—No me digas —repuso riendo.

—¿Qué haces ahí? —preguntó de nuevo, en voz baja y preocupado.

Su habitación estaba en un ángulo y había espacio para un piano. Tenía forma de ele, como una vida que de repente girara para ser algo más. Había un sofá y dos tocadores, y nunca estaba tan ordenada como le habría gustado. Siempre colgaba el letrero de «No Molestar» cuando las camareras tenían que hacer la habitación, así que todo estaba un poco de cualquier manera. Bolas de pelos y polvo del tamaño de una cabeza pequeña se amontonaban en los rincones. La suciedad comenzaba a oscurecer las molduras y a empañar los espejos. El grifo del cuarto de baño goteaba y, demasiado cansada para llamar al fontanero, ató un cordel alrededor del extremo para llevar el agua silenciosamente hacia el desagüe y que de ese modo no la molestara. En la ventana, orientada al este, su única planta se había secado hasta convertirse en una rama crujiente y se cernía sobre la máquina de palomitas. En el alféizar, una calabaza a la que le había hecho una cara en Halloween se había podrido, deshecho, helado, y parecía una pelota de baloncesto deshinchada, que podría haber guardado por razones sentimentales: una pelota de un gran partido. El camarero del servicio de habitaciones que todas las mañanas le llevaba el

desayuno —dos huevos pasados por agua y un tazón de café— informó del estado de su habitación al encargado del hotel, tras lo cual recibió una advertencia por escrito por debajo de la puerta.

Los viernes iba a ver a sus padres a Elmhurst. Su padre, que tenía ya setenta años, todavía tenía problemas para mirarla a la cara. Diez años antes había ido a ver la primera película en que aparecía su hija, donde se quitaba la ropa y se tiraba a una piscina. Clasificaron la película para mayores de trece años; sin embargo, nunca más volvió a ver otra. Su madre veía todas sus películas y luego pensaba en los aspectos positivos que podía resaltar, aunque fueran de poca importancia. Se negaba a mentir: «Me gustó cómo dijiste la frase sobre irte de casa, con los ojos muy abiertos y las manos jugueteando con los botones del vestido —escribió—. Ese vestido rojo te quedaba que ni pintado. Tendrías que vestirte con colores más vivos.»

—Mi padre siempre se va a dormir la siesta cuando voy a verlos —contó a Tommy.

—¿La siesta?

—Le doy vergüenza. Cree que soy una hippie puta. Una puta hippie.

—Qué absurdo. Como dije en *La opinión de un hombre*, tú eres la persona más conservadora que conozco con respecto al sexo.

—Sí, bueno.

Su madre siempre la recibía con calidez y los ojos llorosos. Últimamente leía delgados libros en rústica de un hombre llamado Robert Valleys, quien, después de observar todo el sufrimiento existente en el mundo (guerra, hambre, ambición), había descubierto el remedio: los abrazos.

Abrazos, abrazos, abrazos, abrazos, abrazos.

Su madre le creía. La estrujó tan fuerte y durante tanto rato que Sidra, como un bebé o como una amante, se perdió en el olor y en el tacto de su madre: la piel seca, dulce; la pelusilla gris del cuello.

—Me alegro tanto de que hayas dejado ese dichosoantro de perdición... —dijo su madre con suavidad.

Pero a Sidra todavía la llamaban del antro. A veces, por la noche, el director la llamaba desde una cabina, deseoso tanto de ser perdonado como de dirigir una película.

—Pienso en todo lo que debes de estar pensando tú y me digo: «¡Dios mío!». Oye, ¿tú piensas lo que yo a veces creo que piensas?

—Por supuesto —contestó Sidra—. Claro que lo pienso.

—«¡Por supuesto!» «Por supuesto» es un término que no tiene cabida en esta conversación.

Cuando Tommy llamaba, a menudo sentía que la inundaba un placer tan repentino que se sorprendía.

—Vaya, qué bien que seas tú.

—¡No tienes ningún derecho a desertar del cine americano de este modo! —decía afectuosamente, y ella se echaba a reír con fuerza durante minutos, sin parar. Comenzaba a tener dos velocidades: el Coma y la Histeria. Dos comidas: el desayuno y las palomitas. Dos amigos: Charlotte Peveril y Tommy. Oía el tintineo del vaso de Tommy.

—Eres una persona con demasiado talento para vivir en un estado fronterizo con Dakota del Norte.

—Iowa.

—Dios santo, es peor de lo que creía. Apuesto a que allí lo dicen. Seguro que dicen «Dios santo».

—Vivo en la ciudad. Aquí no lo dicen.

—Estás en algún lugar cerca de Champaign-Urbana?

—No.

—Yo estuve allí una vez. Pensé, por el nombre, que sería un lugar diferente. Me decía: ¡Champanur... Bah, na!, ¡Champaña!, ¡Urbana! —suspiró—. Y resultó ser un sitio en pleno campo. Entré en un restaurante chino y pedí doble ración de glutamato.

—Yo vivo en Chicago. No es tan horrible.

—No es tan horrible. Pero si allí no se hace cine... Sidra, ¿qué pasa con tu talento de actriz?

—No tengo talento de actriz.

—¿Estás ahí?

—Sí, me has oído.

—No sé. Por un momento creí que te había dado de nuevo el mareo ese, lo del oído interno.

—Talento. Yo no tengo talento. Lo que pasa es que siempre estoy dispuesta. ¿Eso es talento? —De pequeña siempre contaba los chistes más obscenos. De mayor, podía partir un hueso y hablar con él. Era sencilla, transparente. Nada la detenía. ¿Por qué no había nada que la detuviera?—. Puedo estirar el cuello del jersey para enseñar una peca en el hombro. Cualquier persona a la que no le hayan prestado suficiente atención en el parvulario puede hacerlo. El talento es algo más.

—Escúchame bien, ¿quieres? Yo sólo soy guionista. Pero alguien te ha convencido de que has pasado de ser una actriz seria a una mujer objeto entrada en años. Es absurdo. Lo único que tienes que hacer es mover un poco tus contactos por aquí. Además, creo que para estar dispuesto a hacer las cosas se necesita valentía; ésta es la esencia misma del talento.

Sidra se miró las manos: las tenía cortadas y arrugadas a causa del mal tiempo, el mal jabón y la mala vida. Necesitaba oír la casete de los grillos.

—Pero no me voy a forzar a hacerlo —dijo—. Ya estoy dispuesta.

Por las noches comenzó a frecuentar los bares de blues. A veces llamaba a Charlotte Peveril, la única amiga que le quedaba del instituto.

—Siddy, ¿cómo estás? —En Chicago, Sidra sonaba a nombre paletó. Pero en Los Ángeles, la gente lo encontraba precioso y suponía que era inventado.

—Estoy bien. Vamos a emborracharnos y a oír música.

A veces simplemente iba sola.

—¿Te he visto en alguna película? —podía preguntarle un hombre en uno de los intermedios, lanzándole una mirada lasciva y brillante.

—Puede ser —solía decir, y entonces el hombre parecía súbitamente alarmado y se retiraba.

Una noche, un hombre guapo vestido con un poncho, un poncho malo («¿acaso existen los ponchos buenos?», preguntó Charlotte), se sentó junto a ella con dos vasos de cerveza.

—Tienes aspecto de salir en alguna película —dijo. Sidra asintió cansinamente—. Pero no voy al cine. Así que si realmente aparecieras en alguna, tampoco habría podido comerte con los ojos.

Ella paseó la vista desde el poncho al Jerez, y luego al poncho otra vez. Quizá había pasado algún tiempo en México o Perú.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Soy mecánico de coches. —La miró con atención—. Me llamo Walter. Walt. —Y empujó la segunda cerveza hacia ella—. Aquí la bebida es buena, siempre que no pidas combinados. Sobre todo: nunca pidas un combinado.

Sidra cogió la cerveza y tomó un sorbo. Había algo en él que le gustaba: percibía algo auténtico más allá de su apariencia. En Los Ángeles, más allá de las apariencias sólo encontrabas praliné o plástico. O cristal. La boca de Sidra tenía el contorno dibujado con Jerez. Los labios de Walt brillaban con la cerveza.

—¿Cuál es la última película que has visto? —preguntó Sidra.

—La última película que he visto... Vamos a ver. —Estaba pensando y ella intuyó que no era su fuerte. Miró con curiosidad los labios doblados hacia dentro, la cabeza ladeada: un individuo que no iba al cine, por fin. Sus ojos daban vueltas como las ruedecillas de una silla de oficinista, buscando—. ¿Sabes qué vi?

—No. ¿Qué? —La bebida le estaba subiendo.

—Una película de dibujos animados.

Dibujos animados. Sintió alivio. Por lo menos no era una de esas películas malas de arte y ensayo protagonizada por una chica de la que nadie sabe el nombre.

—Un hombre está dormido y sueña con un país precioso y diminuto lleno de gente diminuta. —Walt se echó hacia atrás en el asiento, miró a su alrededor, como si hubiera terminado.

—¿Y? —preguntó ella. A aquel individuo iba a tener que sacarle las cosas con sacacorchos.

—¿Y? —repitió él. Se inclinó hacia delante nuevamente—. Y un día los habitantes se dan cuenta de que sólo existen en el sueño del hombre. ¡Son gente de ensueño! Y que si el hombre se despierta, dejarán de existir.

Entonces deseó que no siguiera con aquello. Había cambiado algo de idea.

—Y entonces se reúnen todos en la ciudad y traman un plan —siguió. Quizá no faltara mucho para que el grupo volviera a tocar—: Entrarán de sopetón en el cuarto del hombre y se lo llevarán a una habitación acolchada y aislada de la ciudad (la ciudad de su propio sueño); allí lo tendrán vigilado para asegurarse de que siga durmiendo. Y eso es lo que hacen. Durante toda la eternidad se turnan para vigilarlo atentamente, pero con preocupación, porque tienen que conseguir que no despierte jamás. —Sonrió—. Me he olvidado de cómo se llamaba.

—Y nunca se despierta.

—No. —La miró sonriendo. A ella le gustó. Intuía que él lo intuía. Él tomó un sorbo de cerveza, echó un vistazo alrededor del bar y luego volvió a mirarla—. ¿No te parece que este país es magnífico? —preguntó.

Ella le dedicó una sonrisa, llena de deseo.

—¿Dónde vives? —preguntó—. ¿Y cómo se va hasta tu casa?

—He conocido a un hombre —contó a Tommy por teléfono—. Se llama Walter.

—Una relación forzada. Estás estrenada. Tienes el síndrome, seguro. Vas a forzar el romance. ¿A qué se dedica?

—A algo relacionado con los coches. —Suspiró—. Quiero acostarme con alguien. Cuando me acuesto con alguien me obsesiona menos por el correo.

—Quizá lo que te conviene es estar sola. Sin compañía, durante un tiempo.

—Como si tú hubieras estado solo alguna vez —comentó Sidra—. A ver, ¿has estado alguna vez solo?

—Sí que he estado solo.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Horas —dijo Tommy y suspiró—, por lo menos me parecieron horas.

—Muy bien —repuso—, pues entonces no me des lecciones sobre recursos internos.

—Está bien. Es que vendí los derechos de explotación de mi cuerpo hace años; pero no te creas, me dieron bastante dinero.

—A mí me dieron algo de dinero —dijo Sidra—, un poco.

Walter la inclinó sobre su coche aparcado. Tenía la boca ligeramente torcida, como el estampado de las telas de cachemir, y los labios, anélidos y generosos. La besó con firmeza. En ella había algo aturdido y como a la espera; Sidra descubrió que en las partes más sueltas de su corazón había pequeños fosos oscuros de aniquilación, y se abalanzó sobre ellos y cayó dentro. Fue a casa con él, se acostó con él. Le contó quién era. Una actriz poco importante que una vez fue nominada para un galardón importante. También le contó que vivía en el Days Inn. Él había estado una vez allí, en el piso de arriba, tomando una copa. A él no parecía sonarle su nombre.

—Nunca pensé que me acostaría con una actriz —comentó—. Supongo que es el sueño de todo hombre —rio con nerviosismo.

—Pues no te despiertes —repuso ella, y a continuación tiró de la colcha hasta la altura de la barbilla.

—O cambies de sueño —añadió él con seriedad—. Es que en la película que vi todo iba bien hasta que el hombre que está durmiendo comienza a soñar con otra cosa. No creo que lo haga a propósito ni nada de eso; simplemente le ocurre.

—No me habías dicho nada de esa parte.

—Es verdad —dijo—. Verás, el sujeto comienza a soñar con flamencos, y entonces los habitantes diminutos se transforman en flamencos y salen volando.

—¿De verdad? —dijo Sidra.

—Creo que eran flamencos. No soy muy experto en pájaros.

—¿Ah, no? —Trataba de tomarle el pelo, pero le salió mal, como un lagarto llevando un pequeño sombrero.

—Si quieras que te diga la verdad, no creo que haya visto ninguna película en que salgas tú.

—Entiendo —asintió por inercia, indiferente, sin prestarle más atención.

Él apoyó la cabeza sobre el brazo doblado, la nuca en la muñeca.

—Aunque puede ser que haya oído hablar de ti. —Su pecho subía y bajaba con la respiración.

En la radio sonaba Django Reinhardt. Sidra escuchaba atentamente.

—Son increíbles los sonidos que salen de las manos de este hombre —murmuró Sidra.

Walter trató de besarla, trató de volver a captar su atención. A él la música no le interesaba tanto como a ella, aunque a ratos trataba de mostrar interés.

—¿Increíbles, los sonidos? —dijo—. ¿Como éste? —Juntó las manos y las ahuecó para hacer ruidos aspirando el aire entre ellas.

—Sí —murmuró Sidra. Pero estaba en otra parte, dormida a causa del viento seco que soplaban por su llanura—. Así.

Pronto comenzó a darse cuenta de que no lo respetaba. Cualquier bicho viviente lo habría notado. Un pomo de puerta también lo habría advertido. Nunca se lo tomó suficientemente en serio. Ella se ponía a hablar de películas y de directores, luego lo miraba y comentaba: «Bueno, da igual». Ella formaba parte de otro mundo. Un mundo que ya no le gustaba.

Y ahora estaba en otro lugar. En otro mundo que tampoco le gustaba.

Pero estaba dispuesta; dispuesta a probarlo. De vez en cuando, aunque trataba de evitarlo, le hacía preguntas sobre los niños: si quería tener hijos, si quería llevar una vida familiar rodeado de amigos. ¿Qué le parecía todo aquello? Creía que si alguna vez tenía una vida con hijos, segadoras y podadoras sería mejor compartirla con alguien que no encontrara degradante o trivial hablar de esas cosas. ¿A él le gustaban los grandes jardines de césped abonado? ¿Qué tal un jardincito de rocalla? ¿Qué pensaba realmente de las ventanas de guillotina con mosquitera incorporada?

—Sí, están bien —comentaba él, y ella asentía maliciosamente y bebía algo más de la cuenta. A continuación trataba de no agotarse pensando en toda su vida. Trataba de vivir el día a día, como un alcohólico: beber, no beber, beber. Quizá debería tomar drogas.

—Siempre pensé que algún día tendría una niña y que le pondría el nombre de mi abuela —comentó Sidra con un suspiro, mirando el Jerez con nostalgia.

—¿Cómo se llamaba tu abuela?

—Abuelita. Se llamaba abuelita. —Walter se echó a reír con una especie de graznido. Sidra miró la boca de cachemir y añadió —: Gracias por reírte.

Walter estaba suscrito a *AutoWeek*. La hojeaba en la cama. También le gustaba leer los manuales de reparaciones de los coches nuevos, sobre todo de los Toyota. Sabía mucho de salpicaderos, conmutadores de luces y planchas laterales.

—Es evidente que no encajáis en absoluto —comentó Charlotte mientras tomaban tapas en un bar.

—Oye, espera un momento —repuso Sidra—. Me parece que tengo un gusto algo más sutil. —Lo que ocurre en estos bares es que no paras de atiborrarte de comida—. Lo de que no encajamos sólo es el principio. Por ahí es por donde siempre comienzo. Por no encajar en nada.

En teoría le hacía gracia la idea de parejas que no tuvieran nada que ver, donde hubiera trifulcas y enredos, como en una comedia de Shakespeare.

—No te puedo imaginar con alguien así. Es que no es nada especial. —Charlotte lo había visto sólo una vez, pero había oído hablar de él a una amiga suya. Se acostaba con todas, le había contado la chica. «Se mete en el gallinero», así lo había descrito, y luego había contado algunas anécdotas aburridas—. Sobre todo no dejes que te humille. No confundas la falta de sofisticación con la ternura —añadió.

—¿Tengo que andar esperando a alguien especial, mientras todas las chicas de esta ciudad espabilan y viven la vida?

—No lo sé, Sidra.

Era verdad. Los hombres podían estar con quien les diera la gana. Pero las mujeres tenían que salir con hombres que fueran mejores, más amables, más adinerados y listos, listos, listos; si no, la gente se sentía desorientada. Daba prestigio sexual.

—Soy del montón —dijo desesperada, y de algún modo detectó que Charlotte ya lo sabía: era un secreto salvajemente evidente, oscuro, profundo, y hacía que Sidra apareciera un poco patética, impropia, *inferior*, cuando llegabas al fondo de la cuestión.

Charlotte observó la cara de Sidra como los faros de un coche cuando deslumbran a un ciervo. «Las pistolas no matan a la gente —pensó Sidra animadamente—; los ciervos sí.»

—Quizá fuera eso lo que solíamos envidiarte tanto —dijo Charlotte con un atisbo de amargura—. Tenías tanto talento... Siempre te llevabas el papel principal en las obras de teatro. Eras el

sueño de lo que todas querían.

Sidra fisgoneó en la ración que tenía delante y comenzó a juguetear con la comida como si fuera un trozo de tierra. Para nostalgias la suya. Había hecho tan poca cosa en la vida... Su soledad la avergonzaba como si fuera un crimen.

—La envidia se parece mucho al odio, ¿verdad? —comentó Sidra.

Pero Charlotte no dijo nada. Lo más probable era que quisiera que Sidra cambiara de tema. Sidra se llenó la boca de queso feta y cebolla y miró hacia arriba.

—Bueno, todo lo que se me ocurre decir es que me alegra haber vuelto. —Y de los labios se le cayó un trozo de queso. Charlotte miró el trozo y sonrió.

—Entiendo lo que quieras decir —dijo. Abrió mucho la boca y dejó que toda la comida que tenía dentro cayera encima de la mesa.

Charlotte podía hacer cosas así de raras. Sidra lo había olvidado.

Walter había encontrado algunas de sus antiguas películas en el videoclub. Sidra tenía una llave. Una noche llegó a su casa y lo encontró dormido delante de *La ermitaña y el compañero de habitación*. Trataba sobre una mujer llamada Rose que no salía casi nunca, porque cuando lo hacía tenía miedo de las personas: le parecían criaturas extrañas, sin alma, sin alegría, que hablaban sin sintaxis. Rose no tardó en alejarse de la realidad. Walter había congelado la imagen en la parte cómica, cuando Rose llama a los celadores de un psiquiátrico para que vayan a buscarla y se la lleven, pero le dicen que no. Sidra se acostó junto a él y trató de dormir, pero comenzó a lloriquear. Él se movió.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada. Te has quedado dormido. Mirándome.

—Estaba cansado —dijo.

—Me lo imagino.

—Déjame besarte. Déjame buscarte el panel de control. — Tenía los ojos cerrados. Podía haber sido otra persona.

—¿Te gustó el principio de la película? —Esta necesidad era en Sidra algo nuevo. Alarmante. Le ponía los pelos de punta. ¿Cuándo había necesitado tanto?

—Está bien —dijo.

—Bueno, ¿qué hace ese individuo? ¿Es piloto de carreras? — preguntó Tommy.

—No, es mecánico.

—Bah, déjalo, como harías con unas clases de música.

—¿Clases de música? ¿Qué es esto? ¿*Símiles de la clase media*? ¿*La opinión de un hombre*? —preguntó con exasperación.

—Sidra, esto no puede ser. Necesitas salir con alguien que sea listo de verdad, para variar un poco.

—Ya he salido con listos. Salí con uno que tenía dos doctorados. Nos pasábamos todo el tiempo en la cama con la luz encendida, corrigiendo su currículu —dijo con un suspiro—. Tenía apuntadas todas las cosas que había hecho en su vida, por muy pequeñas que fueran, todas y cada una de las cosas, por muy minúsculas y diminutas que fueran. Oye, ¿alguna vez has visto un currículu?

Tommy también suspiró. Aquella historia ya se la sabía.

—Sí —dijo—. Yo pensaba que Patti LuPone era increíble.

—Además —añadió Sidra—: ¿quién te ha dicho que no es listo?

Los coches japoneses eran los más interesantes, aunque los estadounidenses cada vez los hacían más provocativos para estar a su altura. ¡*Estos nipones!*

—Hablemos de mi mundo —dijo ella.

—¿De qué mundo?

—Bueno, de algo que me interese a mí. De algo que tenga que ver conmigo.

—Muy bien. —Encendió la luz y graduó la intensidad para crear un ambiente romántico—. Tengo información confidencial sobre la Bolsa.

Ella estaba horrorizada, abatida, interesada.

Le dijo el nombre de una empresa en la cual había invertido uno de su trabajo. AutVis.

—¿Cuál es el problema?

—No lo sé. Pero uno en el trabajo dijo que compráramos esta semana. Van a anunciar algo importante. Si tuviera dinero compraría.

Sidra compró a la mañana siguiente sin falta. Mil acciones. Por la tarde, su valor había caído en picado un diez por ciento; a la mañana siguiente, un cincuenta por ciento. Vio la información en teletexto, pasando como una cinta por la parte inferior de la pantalla en el canal de noticias de televisión. Se había convertido en la mayor accionista. ¡Era la mayor accionista de una compañía moribunda! Muy pronto la llamarían, cansinamente, para preguntarle qué deseaba hacer con las carretillas elevadoras.

—Tus modales en la mesa son mejores que los míos —comentó Walter mientras comían en Palmer House.

—¿En qué diablos estabas pensando cuando me recomendaste las acciones esas? —preguntó mirándolo sombríamente—. ¿Cómo puede ser que seas tan idiota e irresponsable? —Ella vio entonces cómo sería su vida en común. Ella le gritaría; a continuación él chillaría. Él tendría un lío, y luego ella tendría un lío. Después irían desapareciendo, desapareciendo, y vivirían en eseirse marchando.

—Me equivoqué de nombre —dijo—. Lo siento.

—¿Qué?

—No era AutVis. Era AutDrive. Pensé que era vis por visión.

—Vis por visión —repitió ella.

—No soy muy bueno recordando nombres —confesó Walter—. Lo mío son los conceptos.

—Los conceptos —repitió ella nuevamente.

El concepto de rabia, el concepto de facturas; el concepto de amor estúpido, incapaz de volar.

Fuera caían ráfagas de agua procedentes del lago.

—Chicago —dijo Walter—. La ciudad del viento. ¿Es la ciudad del viento o no? —miró a Sidra con expectación, lo cual hizo que ella lo despreciara aún más.

—Ni siquiera sé por qué estamos juntos —comentó ella—. A ver, ¿por qué estamos juntos?

—No puedo contestar a esa pregunta por ti —repuso gritando y con una mirada dura. Dio dos pasos hacia atrás, alejándose de ella —. Tú eres quien tiene que responder a esa pregunta. —Le hizo señas a un taxi, subió al vehículo y desapareció por la calle.

Volvió al Days Inn andando y sola. Se puso a tocar escalas sin hacer ruido, pulsando las teclas por la parte interior. Los dedos delgados de nudillos marcados se levantaban y caían silenciosamente como los dientes de una caja de música o las patas de una araña. Cuando se cansó, encendió la televisión, cambió de canal varias veces y descubrió una vieja película en la que había actuado: una historia de amor y misterio con asesinato llamada *Toques finales*. Era la clase de actuación por la que se había dado a conocer, aunque fuera brevemente: había una intimidad con la audiencia, mitad artificial, mitad revelación; un cruce entre la timidez y la burla. Entonces no le había importado nada y ahora le ocurría algo parecido, sólo que entonces era un estilo, una manera de ser, y no un diagnóstico o una desaparición.

Podría tener un hijo, quizá.

Por la mañana fue a visitar a sus padres a Elmhurst. Habían envuelto la casa en plástico para el invierno (las ventanas, las puertas) de modo que parecía una obra de arte vanguardista.

—Así la factura de la calefacción no sube tanto —comentaron.

Se habían acostumbrado a discutir sobre Sidra delante de ella.

—Era una película, Don. Era una película sobre la aventura. La desnudez puede ser arte.

—¡No es lo que yo vi! ¡No es en absoluto lo que yo vi! —dijo su padre con la cara roja y luego abandonó la habitación. Había llegado la hora de la siesta.

—¿Cómo te va? —preguntó su madre con un tono que quería ser de preocupación pero que en realidad era el inicio de algo más. Había hecho té.

—Estoy bien, de verdad —dijo Sidra. Todo lo que contaba ahora sobre ella le sonaba a mentira. Si estaba mal, sonaba a mentira; si estaba bien, también lo parecía.

Su madre jugaba con una cuchara.

—Te tenía envidia —suspiró su madre—. ¡Siempre te tuve tanta envidia! ¡De mi propia hija! —Lo dijo gritando, primero suavemente y luego gritando. Era exactamente como la niñez de Sidra: precisamente cuando creía que la vida había vuelto nuevamente a la sencillez, su madre le daba una nueva porción de mundo que debía organizar.

—Tengo que irme —dijo Sidra. Acababa de llegar, pero quería irse. No quería ir a ver a sus padres nunca más. No quería mirar en sus vidas.

Volvió al Days Inn y llamó a Tommy. Ella y Tommy se comprendían. «Te entiendo», solía decirle. Había tenido una niñez llena de hermanas y había pasado largos ratos dibujando mujeres en bañador (¡a Miss Kenia de Nairobi!), para luego pedir a una de sus hermanas que eligiera a la más guapa. Si él no estaba de acuerdo, le preguntaba a otra hermana.

La línea telefónica no funcionaba bien, y de repente se sintió muy cansada.

—Cariño, ¿estás bien? —preguntó con un hilo de voz.

—Estoy bien.

—Me parece que estoy un poco sordo —dijo él.

—Me parece que soy un poco muda —contestó ella—. Te llamo mañana.

Y entonces llamó a Walter.

—Necesito verte —dijo.

—¿De verdad? —preguntó escéptico. Con una dulzura que parecía haber cogido del aire expertamente, como se caza a una mosca, añadió—: ¿No crees que este país es magnífico?

Dio gracias al cielo por estar de nuevo con él.

—No nos separemos nunca —susurró frotándole el estómago. Él tenía las inclinaciones físicas de un perro: le gustaba que le tocaran el estómago y las orejas, que lo saludaran efusivamente.

—Por mí, bien —dijo.

—Mañana... Vamos a cenar a algún sitio realmente caro. Invito yo.

—Bueno... —dijo Walter—. Mañana no me va bien.

—Ah.

—¿Y el domingo?

—¿Qué tiene de malo mañana?

—Es que tengo..., bueno, primero que tengo que trabajar y acabaré cansado.

—¿Y segundo?

—He quedado con una cuenta.

—Ah.

—No tiene mayor importancia. No es nada. No es una cita ni nada por el estilo.

—¿Quién es?

—Una mujer a la que le arreglé el coche. Tenía el tubo de escape suelto. Quiere que quedemos para hablar del asunto. Está interesada en saber más sobre el catalizador de gases. Ya sabes, las mujeres tienen miedo de que se aprovechen de ellas.

—¿De verdad?

—Sí, bueno, así que sería mejor el domingo.

—¿Es atractiva?

Walter arrugó la cara e hizo un ruido de poco entusiasmo.

—Eh... —dijo a continuación. Alzó la palma de la mano y comenzó a hacerla girar levemente hacia un lado y hacia el otro.

Antes de que él se fuera por la mañana, Sidra le dijo:

—No te acuestes con ella.

—Sidra —dijo él regañándola por su falta de confianza o porque trataba en vano de controlarlo, ella no estaba segura de cuál era la razón.

Aquella noche no volvió a su casa. Ella lo llamó una y otra vez; luego se bebió una caja de seis cervezas y se quedó dormida. Por la mañana, volvió a llamar. Finalmente, a las once en punto, contestó.

Ella colgó.

A las once y media sonó el teléfono.

—Hola —dijo alegremente. Estaba de buen humor.

—¿Se puede saber dónde has estado toda la noche? —preguntó Sidra. Eso era en lo que se había convertido. Se sintió más baja, más rechoncha y mal peinada.

Hubo un momento de silencio.

—¿Qué quieras decir? —preguntó él con cautela.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Más silencio.

—Mira, no te llamo por la mañana para que tengamos una conversación profunda.

—Bueno, si es así está claro que te has equivocado de número —repuso Sidra y colgó el teléfono bruscamente.

Se pasó el día temblorosa y triste. Se sentía como un cruce entre Ana Karenina y Amy Liverhaus, que en cuarto curso solía gritar desde los vestuarios: «Me doy cuenta de que nadie me valora». Fue a Marshall Field's a comprarse un maquillaje.

—Su color es mucho más el beige crema que el marfil —dijo la joven que atendía el mostrador de cosméticos. Pero Sidra se aferró al marfil.

—La gente siempre me dice lo mismo —dijo— y me fastidia mucho.

Más tarde, por la noche, lo llamó y estaba en casa.

—Tenemos que hablar —dijo ella.

—Quiero que me devuelvas la llave —repuso él.

—Oye, ¿qué te cuesta venir aquí para que podamos hablar?

Llegó con flores: rosas y lirios blancos. Tenían un aspecto mustio e irónico. Sidra las puso junto a la pared en un vaso vacío, sin agua.

—Muy bien, lo reconozco —dijo—: tuve una cita. Pero no quiere decir que me haya acostado con ella.

Advirtió, de repente, la promiscuidad que había en él. Era celo, una criatura, un inquilino mellizo.

—Te has acostado con ella, ya lo sé.

—¿Cómo puedes saberlo?

—¡Déjame en paz! ¿Crees que soy imbécil? —Lo fulminó con la mirada y trató de no llorar. Ella no lo había querido lo suficiente y él lo había notado. La verdad es que no lo había querido en absoluto.

¡Pero le gustaba muchísimo!

Así que, a pesar de todo, le parecía injusto. En su interior se abrió un hueso brillante y pálido, lo puso a contraluz y habló por él.

—Quiero saber sólo una cosa. —Hizo una pausa, sin buscar el efecto, aunque lo consiguió—. ¿Habéis practicado sexo oral?

Él la miró aturdido.

—Pero ¿qué pregunta es ésa? No tengo por qué contestar a esa clase de preguntas.

—No tienes por qué contestar a esa clase de preguntas. ¡Tú no tienes ningún derecho! —comenzó a gritar. Estaba deshidratada—. Tú eres quien lo ha hecho. Ahora quiero la verdad. Sólo quiero saberlo. ¡Sí o no!

Él tiró los guantes por la habitación.

—¡Sí o no! —dijo ella de nuevo.

Se dejó caer en el sofá y comenzó a dar puñetazos a un cojín mientras se tapaba los ojos con el otro brazo.

—Sí o no —repitió.

—Sí —contestó él.

Ella se sentó en el taburete del piano. Algo oscuro y coagulado se movía en su interior, subía desde los pies. Algo ligero y como un respiro huyó a través de la cabeza, su casa envuelta en plástico y quemada hasta convertirse en alquitrán. Oyó que él soltaba un gemido, y una esperanza huidiza en ella, rodeada pero aún viva, en el tejado, dijo que quizá él le pidiera perdón con la promesa de ser un hombre diferente. Lo podría encontrar atractivo como hombre diferente y suplicante. Aunque en cierto momento tendría que dejar de suplicarle y sería sólo normal. Y entonces ella lo encontraría otra vez desagradable.

Él se quedó en el sofá, no se acercó para consolarla ni para que lo consolase, y la oscuridad que había dentro de ella la limpió a fondo, la vació como un ácido o como un gas.

—No sé qué hacer —dijo ella, con algo paralizado en la voz. Se sentía estafada en todas las cosas sencillas, la calma radical de la oscuridad, de la rutina, de las pequeñeces de la dicha doméstica—. No quiero volver a Los Ángeles —dijo. Comenzó a acariciar las teclas del piano, hundió una y resultó que estaba rota. Hizo un ruido sordo y sin tono, brillante y burlón como un hueso abierto. Odiaba, odiaba su vida. Quizá siempre la había odiado.

Se irguió en el sofá. Parecía consternado y falso, la cara descompuesta. Tendría que practicar delante de un espejo, pensó ella. Él no sabía cómo se rompía con una actriz de cine. Era una regla de chicos: no rompas con una actriz de cine. No en Chicago. Si ella lo dejara, podría explicárselo mucho mejor a sí mismo, en el futuro, o a cualquiera que se lo preguntase. La voz de él se transformó en algo que quería parecer suplicante.

—Ya lo sé —fue lo que él contestó en un tono que se aproximaba a la esperanza, a la fe, y un poco a la caridad, o algo así—. Sé que es posible que no quieras.

»Por tu propio bien —decía—. Yo estaría dispuesto a...

Pero ella ya se estaba convirtiendo en otra cosa, en un pájaro, un flamenco, un halcón, un flamenco halcón, y volaba hacia arriba, lejos, hacia el cristal plastificado de la ventana, y luego volvía

describiendo círculos, mezquinamente, con los ojos entornados.

De repente él comenzó a llorar —al principio, fuerte, con muchos ayes, luego con cansancio, como si saliera de un sueño profundo, la cabeza enterrada en el poncho que había tirado sobre el brazo del sofá, el cuerpo hundiéndose en la felpa de los cojines, un rehén del impaciente reparto estelar de su sueño.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó.

Pero su sueño había cambiado y ella había desaparecido, desaparecido por la ventana, desaparecido, desaparecido.

## **QUE ES MÁS DE LO QUE PUEDO DECIR DE CIERTAS PERSONAS**

Era un miedo mayor que el que se tiene a la muerte, según las revistas. La muerte ocupaba el cuarto lugar. Después de la mutilación, que era el tercero, y el divorcio, el segundo. El número uno, el verdadero miedo al cual la muerte no se podía ni aproximar, era a hablar en público. Abby Mallon lo sabía muy bien, y por eso le gustaba el trabajo que tenía en la editorial Tests Académicos: tenía que trabajar con las palabras de manera privada. El discurso que pronunció fue en la parte trasera, sola, como unos zapatitos arreglados por un duende: la araña es a la telaraña lo que el tejedor es al vacío. Aquello era suyo. Estaba orgullosa.

También que el vacío es al dolor lo que el bosque es al banco.

Pero entonces, un día, el supervisor y el coordinador de distrito de la editorial la llamaron para que subiera. Era buena, dijeron, pero quizá fuera ya demasiado buena, demasiado creativa, sugirieron, y la ascendieron de la sala de redacción a los salones de actos de los institutos de Estados Unidos. Tendría que viajar y dar conferencias, explicar al personal docente de los institutos cómo preparar a los alumnos para los exámenes de acceso, encontrarse separadamente con los alumnos de primer año y de último año, y contestar a sus preguntas sin vacilaciones, con autoridad y gracia.

—Antes puede tomarse unas vacaciones —dijeron, y le tendieron un cheque.

—Gracias —contestó dudando. La vida le había obsequiado con el don de la soledad, y le había cogido el tranquillo, pero ahora no le podría dar ninguna utilidad profesional. Tendría que adquirir don de gentes.

—¿Indigentes? —repuso su madre por teléfono, desde Pittsburgh.

—Gentes —contestó Abby.

—Ah, eso —dijo su madre y lanzó una especie de estertor, a pesar de que era fuerte como un roble.

De todas las ideas descabelladas que tenía Abby en relación con la autoayuda (los vídeos de superación personal, los ejercicios de respiración, las clases de hipnotismo), la Piedra de Blarney, con su promiscuo trueque de elocuencia por amor (PICO DE ORO, ponía en las camisetas), era quizá la más extrema. Quizá. Después de todo, también estaba su boda con Bob, su novio durante muchos años, después de que su perro *Randolph* muriera de un fallo renal: la boda con Bob parecía el único modo de superar el dolor. Por supuesto, siempre había admirado la idea del matrimonio, el discurso público y cívico al respecto, la inocencia que se le volvía a conferir, y Bob era grande y acogedor. Pero no tenía mucho que decir. No era un hombre verbal. La rabia le daba sintaxis, pero no era suficiente. Muy pronto Abby lo había comenzado a tratar como a una especie de mascota, mientras ella silenciosamente buscaba distracciones de profundidad y trascendencia. Buscaba palabras. Buscaba caminos con palabras. Se esforzó mucho por ser amiga de un letrista de Nueva York (un soltero de ojos violeta, pelo rubio y más bien frío), al igual que casi todas las esposas de los médicos y marchantes de la ciudad. Acababa de llegar, no tenía coche y vestía la misma chaqueta ocre todos los días. «Agua, agua por todas partes, pero ni una gota para beber», dijo una vez el letrista soltero al escuchar con languidez los gorjeos femeninos dejados en su contestador. En su piso no había novelas ni estanterías. Había una silla y una televisión grande, el contestador, un diccionario de rimas que sacaba sin parar de la biblioteca y una mesa de centro. Las mujeres le llevaban comida, contactos profesionales, encargos de rimas publicitarias y subvenciones en efectivo. A cambio él les daba guijarros de la playa

o un arbusto bonito arrancado en el parque. Solía ponerse de pie detrás de la mesa de centro para recitar sus canciones, luego retrocedía y esperaba temeroso a que lo sedujeran. Ser atacado y devorado por la forma femenina era, según creía, algo similar a los aplausos. A veces, iba a buscar un laúd alquilado y decía:

—Acabo de componer una melodía para el poema de la Creación. Canta conmigo.

Y Abby se lo quedaba mirando y contestaba:

—Pero no sé la melodía. No la he oído todavía. Has dicho que te la acabas de inventar.

¡Las vejaciones que tenía que padecer un poeta! Él se quedaba paralizado detrás de la mesa de centro, y cuando Abby por fin daba un paso hacia delante, sólo para tocarlo, para tomarle el pulso, quizá, para enroscarle una goma invisible en un brazo y tomarle la presión, él se arrugaba y encogía.

—Por favor, no vayas a pensar que padezco una especie de Epstein-Barr emocional —dijo citando otras discusiones que había tenido con mujeres—. No soy indiferente ni desapasionado. Soy tranquilo. Soy romántico, pero soy tranquilo. Tengo apetitos, pero me los tomo con mucha calma.

Cuando volvió con su marido («Cariño, ¡has vuelto a casa!», exclamó Bob) estuvo sólo una semana. No habría podido durar más. Aquella mezcla de soledad, lujuria y costumbre que siempre había sentido con Bob, aquella mezcla que seguramente era amor, porque muy a menudo la sentía como tal, ¿y cómo podría no ser amor?, seguro que para la naturaleza era amor, seguro que la naturaleza, con sus huracanes y granizadas, lo consideraba más que suficiente. Bob le sonrió y no dijo nada. Y al día siguiente, ella reservó un billete de avión para Irlanda.

Abby no podía recordar exactamente de qué modo su madre pasó a formar parte del viaje. Tuvo que ver con el cambio de marchas y con que Abby no supiera manejarlo.

—En mis tiempos —dijo su madre— todo el mundo aprendía. Todos aprendíamos. Las mujeres sabían hacer cosas. Sabían guisar y coser. Ahora las mujeres no sabéis hacer nada.

Alquilar un coche con cambio de marchas manual costaba la mitad que uno automático.

—Si buscas un conductor —insinuó su madre—, todavía soy capaz de ver la carretera.

—De acuerdo.

—Y tu hermana Theda otra vez va a pasar el verano en el campamento de tu tía. —Theda tenía el síndrome de Down y la familia la adoraba. Cada vez que Abby iba a verlos, Theda exclamaba: «¡Mírala!», y se abalanzaba sobre ella para darle un fuerte abrazo—. Theda sigue tan encantadora como siempre, que es más de lo que puedo decir de ciertas personas.

—Probablemente sea verdad.

—Me encantaría conocer Irlanda mientras pueda. Tu padre, cuando aún vivía, nunca quiso ir. Soy irlandesa, ya sabes.

—Ya lo sé. En una dieciseisava parte.

—Así es. Por supuesto, tu padre era escocés, lo cual no tiene nada que ver.

—A mí me parece —dijo Abby con un suspiro— que el japonés sí que no tiene nada que ver.

—¿El japonés? —exclamó su madre riendo—. El japonés está más cerca.

Así fue como a mediados de junio aterizaron las dos en el aeropuerto de Dublín.

—Vamos a recorrer toda la isla, hasta la última aldea —dijo la señora Mallon en el aparcamiento, acelerando el motor del Ford Fiesta de alquiler—, porque somos unas yuppies así de locas.

Abby estaba mareada del viaje en avión; y sentarse en lo que debería ser el asiento del conductor, pero sin el volante, de repente le pareció un símbolo de algo.

Su madre salió del aparcamiento dando bandazos y se dirigió a la rotonda más cercana, cambiando de carril sólo dos veces.

—Pronto me acostumbraré —dijo. Se subió las gafas y Abby vio por primera vez que los ojos de su madre se habían vuelto lechosos con la edad. Conducía a trompicones y con el pie iba tanteando el suelo, para encontrar el embrague. Quizá la idea había sido un error.

—Continúa recto, mamá —dijo Abby mirando el mapa.

Fueron zigzagueando hacia el norte, atravesando Dublín y pasando de largo, pues pensaban detenerse en la capital al final, e ir primero a Drogheda, mientras Abby cogía la guía, luego el mapa y luego otra vez la guía, y la señora Mallon gritaba: «¿Qué?» o «¿A la izquierda?» o «No puede ser por aquí; déjame ver el chisme ese». El campo irlandés se abrió ante ellas: el aroma de hierba quemada que salía por las chimeneas, un mosaico de dehesas y muros de piedra que parecían de otro siglo, pequeños grupos de árboles, campos colindantes llenos de flores silvestres y excrementos de oveja, hierba cortada y vacas con etiquetas en las orejas. Quizá hubiera hadas y gnomos entre los árboles. Abby enseguida se dio cuenta de que para vivir en un sitio así de mágico sería necesario creer en la magia. Vivir allí la volvía a una supersticiosa y llena de secretos cálidos, poco práctica. Si una era realista y práctica tenía que marcharse; o darse a la bebida.

Avanzaban sin seguridad, pasando ante letreros que indicaban lugares que no se encontraban en el mapa. Se sentían perdidas, pero no desesperadas. Aquellos caminos viejos y estrechos con las rayas laterales blancas le recordaron a Abby las vacaciones de la familia cuando ella era pequeña, los viajes en coche por paisajes con vacas de Nueva Inglaterra o Virginia, aquellos días anteriores a la construcción de las autopistas interestatales, los vasos de plástico y la chusma deprimida por el asfalto, las patatas fritas. Irlanda era como un viaje a los Estados Unidos de antaño. Vivía en el pasado,

sin estropearse, como un cuento, un sueño o un arroyo. «Me siento niña otra vez —pensó Abby—. He vuelto.» Y precisamente cuando ya era una niña, tuvo ganas de ir al cuarto de baño.

—Tengo que ir al cuarto de baño —dijo. A su izquierda había un letrero que decía PELIGRO. CARRETERA EN OBRAS, y abajo alguien había garabateado «¿Qué carretera?».

La señora Mallon giró a la izquierda y pisó el freno con fuerza. Había ovejas de cara negra comiendo hierba cerca de la calzada.

—¿Aquí? —preguntó Abby.

—No quiero perder tiempo parando en otro sitio y teniendo que comprar algo. Ponte detrás de aquella pared.

—Gracias —dijo Abby buscando un pañuelo de papel en el bolsillo. Echaba de menos su casa. Echaba de menos su barrio. Salió y retrocedió un poco por la carretera. En uno de los viajes en familia, hacía treinta años, cierta vez que ella y Theda habían tenido una urgencia, su padre había parado el coche y les había dicho que fueran al cuarto de baño del bosque. Vagaron por el bosque buscando el cuarto de baño durante veinte minutos y cuando volvieron dijeron que no lo habían encontrado. Su padre las miró perplejo, primero risueño y luego enfadado, siguiendo su típico patrón de conducta.

Abby saltó con dificultad un muro de piedra y se escondió, agachada y mirando las ovejas con cautela. Estaba aturdida por el desfase horario, y al volver se dio cuenta de que se había dejado la guía encima de una piedra, y tuvo que volver a buscarla.

—Aquí está —dijo mientras subía al coche.

La señora Mallon puso la primera.

—Siempre pienso que si la gente fuese como los animales y cagara por todas partes, en vez de ponerse de acuerdo para hacerlo en el mismo lugar, no tendríamos contaminación.

—Genial, mamá —asintió Abby.

—¿Tú crees?

Pararon un momento en una mansión inglesa, para ver la naturaleza representada en molduras y alfombras, lana y madera cautivas y cuadriculadas, tierra robada, embalsamada y laqueada. Abby quería irse.

—Vámonos —susurró.

—¿Qué te pasa? —se quejó su madre.

Desde allí fueron a visitar una sepultura neolítica con forma de pasillo. El plano del lugar era como un nacimiento a la inversa, el estrecho pasillo de piedra daba a una habitación alta y redonda. Se quitaron las gafas de sol y observaron las cenefas celtas. «Más antiguas que las pirámides», anunciaba la guía, aunque no decía nada de su característica más importante, pensó Abby: la obvia metáfora maternal.

—¿Todavía estás demasiado nerviosa para cruzar la frontera de Irlanda del Norte? —preguntó la señora Mallon.

—Pues sí —dijo Abby mordiéndose la uña, arrancando el extremo como si fuera un pedúnculo.

—Vamos —dijo su madre—, anímate.

Y entonces cruzaron la frontera del norte, dejaron atrás a los soldados con chaleco antibalas que patrullaban por los barrios y las alambradas de Newry, jóvenes con armas automáticas, andando hacia atrás, manzana tras manzana, sus compañeros al otro lado de la calle, andando hacia delante, en guardia. Pasó un helicóptero.

—Da un poco de miedo —dijo Abby.

—Es todo cuento —dijo la señora Mallon alegremente.

—Un cuento de miedo.

—Sólo si te entra el miedo enseguida.

Lo cual se estaba convirtiendo en el tema del viaje. Abby se dio cuenta. Abby no era valiente y su madre sí. Y siempre había sido así.

—Te atemorizas fácilmente —comentó su madre—. Siempre has sido así. Cuando eras pequeña no entrabas ni loca en una casa si no te juraban que no había globos dentro.

—No me gustaban los globos.

—Y al venir tuviste miedo en el avión —añadió la madre.

—Sólo cuando la azafata nos dijo que no había café porque la cafetera eléctrica estaba estropeada —repuso Abby, que se había puesto a la defensiva—. ¿Acaso no te pareció alarmante? Y después de todo aquel golpeteo de puertas, no fueron capaces de cerrar uno de los portaequipajes de encima de los asientos. —Abby lo recordaba como algo amargo, distante, aunque había sucedido la víspera. El avión había despegado con sacudidas atroces, y cuando avanzaba con el estruendo de un viejo vagón de metro, por encima de Groenlandia, la azafata dijo por los altavoces que no había por qué preocuparse, sobre todo si se tenía en cuenta «lo pesado que es el aire en realidad».

Entonces su madre se creyó Tarzán.

—Quiero ir al puente colgante que vi en la guía —dijo.

En la página noventa y ocho de la guía había una foto de un puente hecho de cuerdas y tablones que colgaba a gran altura entre dos precipicios. En principio era para los pescadores, aunque también estaba permitido que lo cruzaran los turistas, pero se les avisaba de que tuvieran cuidado con el viento.

—¿Por qué quieres ir al puente colgante? —preguntó Abby.

—¿Por qué? —contestó su madre, que pareció atascarse, y se quedó callada.

Durante los dos días siguientes fueron hacia el este y hacia el norte, bordeando Belfast, a lo largo de la costa, pasando ante viejos molinos de viento, granjas de ovejas y acantilados altísimos que miraban hacia Escocia, una hilacha pálida en el horizonte. Hicieron noche en una minúscula pensión de paredes estucadas, con un tejado de paja que recordaba el flequillo de Cleopatra. Durmieron mal que bien, y por la mañana, sentadas en el comedor con un ventanal que daba a la calle, engulleron los cereales, el bacon y un budín blanquinegro como si estuvieran agotadas, comportándose como correspondía a los buenos huéspedes. «Sí, los problemas de

siempre», admitieron, ya que nunca se sabía con seguridad con quién se estaba hablando. No era como en los segregacionistas Estados Unidos, donde siempre se sabía. Abby asintió. Por la ventana se veía que soplaban brisas, pero no se oía el más leve susurro. Tan sólo podía ver que movía en silencio las ramas del pino vestido de sol, tan sólo un poco, como los objetos que cuelgan del retrovisor de un coche ajeno.

Pagó la cuenta con la Visa, trató de cargar las dos bolsas, y al final cogió sólo la suya.

—¡Adiós! ¡Gracias! —dijeron ella y su madre al patrón. Cuando subieron al coche, la señora Mallon comenzó a cantar «Tra-lará-lará». «Allá en Killarney, hace muchos años», gorjeaba. Tenía la voz ronca, vibrante, ligeramente grave, que surgía debajo de cada nota como un plato debajo de la taza.

Y continuaron viaje. Por la noche, el día siguiente parecía tener forma y un plan a seguir, pero cuando estaba encima, se podía desvanecer en el aire trágicamente.

Llegaron al letrero del puente colgante.

—Quiero hacerlo —dijo la señora Mallon y giró el volante bruscamente hacia la izquierda. Entraron entre crujidos en el aparcamiento de gravilla y estacionaron el vehículo; el puente estaba a menos de medio kilómetro a pie. A lo lejos, nubes oscuras se movían turbulentamente, como una hemorragia, y comenzaba a levantarse un poco de viento. Cayeron gotas en el parabrisas.

—Yo me quedo aquí —dijo Abby.

—¿En serio?

—Sí.

—Haz lo que quieras —dijo su madre indignada, y bajó del coche arrugando la frente; avanzó con esfuerzo hasta el sendero que conducía al puente y desapareció tras una curva.

Abby esperó, y entonces sintió la verdadera soledad de aquel viaje. Se dio cuenta de que echaba de menos a Bob y su confusión cálida y silenciosa; cómo se sentaba en la alfombra, delante de la chimenea, donde su perro, *Randolph*, solía tumbarse; se sentaba

allí, debajo de las cinco postales de Navidad que recibían y ponían en la repisa de la chimenea (cinco, contando la del repartidor de periódicos); se sentaba allí, cogiéndose los pies o enumerando la fruta que había en la macedonia, comentando qué gran variedad había en la vida, o preguntando qué ocurría (a su silencioso modo personal) mientras atizaba sin parar un leño humeante. Pensó, también, en el pobre *Randolph* en el veterinario, con su pelaje irregular y aquellos ojos suplicantes y moribundos. Y pensó en el letrista soltero de aspecto pálido, que una vez la había ido a ver, no había apretado el timbre lo bastante para que sonara y se había quedado esperando en el porche, con una flor violeta en la mano, hasta que por casualidad ella pasó por delante de la ventana y lo vio. (Ah, la poesía.) Cuando lo hizo pasar y él le dio la flor, y se sentó para denunciar el florecimiento y condenación de todas las cosas, para denunciar su propia inmortalidad inmerecida, que todas las cosas se precipitaban en el olvido, menos las palabras, que se acumulaban a lo largo del tiempo como las moléculas en el espacio, porque Dios era un acto (¡un acto!) de lenguaje, a ella no le pareció un argumento estúpido, bueno, por lo menos no muy estúpido.

El viento soplaban a rachas. Miró el reloj y comenzó a preocuparse por su madre. Encendió la radio para oír el pronóstico del tiempo; sin embargo, todas las emisoras parecían transmitir versiones nuevas y extrañas de canciones populares estadounidenses de los años setenta. De vez en cuando había un programa concurso de dos minutos: «¿Quién es el presidente de Francia? ¿Qué es el tomate, fruta u hortaliza?»; preguntas que el participante raramente acertaba, si es que alguna vez lo hacía, lo cual le daba vergüenza ajena. ¿Por qué lo hacían? Acertijos, concursos, programas de juegos. Abby sabía por la editorial Tests Académicos que un porcentaje sorprendente de quienes hacían los exámenes de acceso a la universidad nunca solicitaba el ingreso en ninguna. A la gente le encantaba hacer exámenes. ¿Acaso no era cierto? A la gente le gustaba ponerse a prueba.

Su madre golpeaba el cristal. Estaba mojada y se había llenado de barro. Abby levantó el seguro y abrió la puerta.

—¿Valía la pena? —preguntó Abby.

La madre subió: grande, empapada y resollando. Puso el motor en marcha sin mirar a su hija.

—Qué puente —dijo al fin.

Al día siguiente avanzaron a lo largo de la costa de Antrim, por pueblos donde ondeaban banderas británicas y sonaban himnos escoceses, hasta llegar a Derry, con las alambradas y las pintadas del IRA en las murallas: «John Major es un judío sionista». «Hola», les había dicho un agente británico cuando se detuvieron a mirar. Luego escaparon por tierra de bandoleros, y una vez más cruzaron la frontera hacia el sur, hacia la costa de Donegal, donde los pueblos de pescadores eran como un antiguo Cape Cod que nunca había existido. Mirando por el parabrisas hacia el horizonte, Abby comenzó a pensar que toda la belleza, la fealdad y la turbulencia que se encontraban desperdigadas por la naturaleza, podían encontrarse también en la gente, todo reunido y junto en un mismo lugar. No importaba el miedo o la belleza que podía generar la tierra (vientos, mares), una persona podía generar lo mismo, vivir con lo mismo, vivir con toda aquella mezcolanza de naturaleza arremolinándose en su interior, en cada fragmento. No había nada tan complejo en el mundo (ni una flor ni una piedra) como un simple «hola» de un ser humano.

De vez en cuando Abby y su madre rompían el silencio para hablar del trabajo de la señora Mallon, directora de una pequeña fábrica de internas. («He tenido que actualizar totalmente las pólizas de seguros. El seguro dental y todas las otras especialidades médicas nos quitaban la comida de la boca.») O para hacer preguntas sobre las señales de tráfico, o sobre los puntos negros que señalaban los

muertos en accidentes de tráfico. Pero, sobre todo, la madre quería hablar del matrimonio de Abby, un edificio que se tambaleaba, y de qué pensaba hacer.

—Mira, otro matrimonio en ruinas —le dio por decir cada vez que pasaban junto a un montón de piedras medievales.

—¿Cuándo piensas volver con Bob?

—Ya volví —dijo Abby—. Pero lo he vuelto a dejar.

—Las mujeres de vuestra generación siempre deseáis una relación distinta de la que tenéis —dijo la madre con un suspiro—. ¿A que sí?

—Quién sabe —contestó Abby. Comenzaba a no tener ganas de hablar con su madre, metidas en aquel espacio, como astronautas. Comenzaba a tener un alto e inflamado sentido del acontecimiento: una palabra sola sonaba y vibraba. El más ligero movimiento podía molestar, la respiración, el olor. Todo lo contrario que su hermana, Theda, que siempre había sido alegre y congeniaba con todo el mundo. Abby siempre había sido más sombría y habían dejado que se las arreglara sola; ella y su madre nunca habían tenido una relación muy estrecha. Cuando Abby era una niña, su madre siempre le había dado algo de repelús: el olor aceitoso del pelo, el ombligo como un gusano enroscado dentro de un agujero, las compresas en la papelera del cuarto de baño, horribles como una guerra, que luego los mapaches desparramaban por la acera cuando las sacaban de los cubos de la basura durante la noche. Una vez, en un restaurante, cuando era pequeña, Abby abrió de golpe la puerta de un cuarto de baño sin pestillo, y cuál no fue su sorpresa al encontrarse a su madre sentada allí, en una postura poco digna y con cara aturdida, mirándola con curiosidad desde la taza del váter como el cuco de un reloj.

Hay cosas de los demás que nunca deberíamos saber.

Más tarde, Abby pensó que quizá aquélla no era su madre.

Ahora, sin embargo, ella y su madre estaban juntas en un útero metálico y con volante, en el más pequeño de los coches, compartiendo las camas de matrimonio de las pensiones,

despertando con mal aliento, o dándose la espalda y la joroba, como si estuvieran enfadadas. *¡Tierra de ira!* La charla sobre el matrimonio de Abby y su posible deceso trotaba ante ellas por la carretera como un rebaño de ovejas, ovejas de insomnio, e hizo que Abby quisiera tener una pistola.

—Nunca me han importado las tonterías románticas convencionales —dijo la señora Mallon—. No era de ese estilo. Siempre he trabajado y he sido una persona práctica, me ponía delante y hacía lo que tenía que hacer. Si me gustaba un hombre, le pedía que saliéramos. Así fue como conocí a tu padre. Le invité a salir. Incluso le propuse que nos casáramos.

—Ya lo sé.

—Y luego estuve con él hasta el día que murió. Bueno, hasta tres días después. Era un buen hombre. —Hizo una pausa—. Que es más de lo que puedo decir de ciertas personas.

Abby no dijo nada.

—Bob es un buen hombre —añadió la señora Mallon.

—Yo no he dicho que no lo fuera.

Nuevamente se hizo el silencio entre ellas mientras el paisaje desplegaba un manto de verdes, las viejas carreteras desempolvando recuerdos, como si fuera una tierra en la que hubiera estado hacía muchos años, una mezcla de suerte y desgracia, como su propio pasado; parecía estancada en el tiempo, como una fantasía o un libro. Muy cerca, hacia arriba, se encontraban las montañas escarpadas, llenas de costras rocosas y verdes, como la cornamenta de un ciervo tratando de deshacerse de la pelusa. Pero la distancia llenaba los claros con musgo. ¿Acaso no era la verdad? Abby estaba sentada en silencio, bebía agua de Ballygowan de una botella de plástico y chupaba caramelos de menta. Quizá debiera encender la radio y escuchar uno de aquellos concursos con llamadas, o las noticias. Pero entonces su madre se apoderaría de la radio, jugaría un poco con el dial y pondría otra emisora. Su madre siempre buscaba música country, canciones que dijeran las palabras *mujer diabólica*. Le encantaban.

—Prométeme una sola cosa —dijo la señora Mallon.

—Qué —dijo Abby.

—Que lo intentarás con Bob.

¿A qué precio?, deseaba preguntar Abby gritando, pero ella y su madre eran ya mayores para eso.

La señora Mallon, pensativa, siguió con la especie de seudosabiduría con que se envolvía ahora que tenía sesenta años.

—Una vez que estás con un hombre, tienes que sentarte y quedarte junto a él. Por mucho miedo que pueda dar. Tienes que ser valiente y aprender a cosechar los frutos de la inercia. —Y aceleró para adelantar a un tractor en una curva.

GRAVILLA SUELTA, decía un cartel. CUIDADO, SOCAVÓN. Pero la madre de Abby conducía como si los letreros fueran palabrería de cóctel. Un rótulo mostraba seis puntos negros.

—Sí —dijo Abby sujetándose del salpicadero—. Papá era un ser inerte, aunque una vez cada tres años se levantaba de un salto y daba un puñetazo en la boca de alguien.

—Eso no es cierto.

—Es básicamente cierto.

En Killybegs siguieron las indicaciones para ir a Donegal.

—Vosotras, las mujeres de hoy en día, esperáis demasiado —dijo la señora Mallon.

—Si hoy es martes esto es Sligo —dijo Abby. Les había cogido el gusto a los chistes malos—. Una viejecita le dice a una amiga sorda: «Esta leche no está buena», ¿sabes qué le contesta la otra?

—¿Qué? —Pasaron junto a una familia de gitanos que había acampado al lado de una montaña de baterías de coche que esperaban vender.

—Y mañana Navidad. —Unas veces Abby soltaba una risa estridente y otras no. A veces simplemente se encogía de hombros. Esperaba ver la Piedra de Blarney. Por eso había ido a Irlanda, así que podía soportar todo lo demás.

Pararon en una librería para comprar un mapa mejor y preguntar, quizá, por el cuarto de baño. En el interior había cuatro clientes: dos sacerdotes leyendo libros de golf y una madre con su hijo, que era un renacuajo e iba de aquí para allá entre los estantes, detrás de su madre, repitiendo: «Mamá, por favor, librito, mamá. Librito». No había mapas mejores. No había cuarto de baño. «Lo siento», dijo el dependiente, y uno de los sacerdotes levantó la vista rápidamente. Abby y su madre fueron a la tienda de al lado a ver los blusones y los jerséis de lana, rebecas minúsculas que los niños irlandeses, los días de verano, con un calor abrasador de veintidós grados, llevaban en la playa encima del bañador. «Qué monos», dijo Abby, y las dos se pasearon por la tienda, tocando cosas. En la parte trasera, junto a los gorros de lana, la madre de Abby descubrió una marioneta colgada de un gancho del techo y comenzó a jugar con ella, moviéndole los brazos al compás de la música ambiental de la tienda, un concierto de Beethoven. Abby fue a pagar un blusón, preguntó por un cuarto de baño o un bar grande, y cuando volvió su madre todavía se encontraba allí, paralizada, dirigiendo el concierto con la marioneta. Tenía en la cara una alegría infantil, luminosa, que Abby había visto en contadas ocasiones. Cuando terminó el concierto, Abby le tendió una bolsa.

—Toma —dijo—, te he comprado un blusón.

La señora Mallon dejó la marioneta y su cara se ensombreció.

—Nunca tuve una niñez de verdad —dijo, cogiendo la bolsa y mirando el contenido desde cierta distancia—. Como era la mayor, fui siempre la confidente de mamá. Tenía que portarme como si fuera adulta y responsable, lo cual no casaba con mi naturaleza. —Abby la condujo hacia la puerta—. Y entonces, cuando realmente fui adulta, estaba Theda, que requería todo mi tiempo, y tu padre, por supuesto, con sus exigencias. Y luego viniste tú. Tú sí que me gustabas. A ti te podía dejar sola.

—Te he comprado un blusón —repitió Abby.

Fueron al cuarto de baño del pub O'Hara, compraron una botella de agua mineral y se la partieron, y a continuación fueron al cementerio de Drumcliff a ver a los Yeats muertos. Luego fueron a toda velocidad hasta Sligo para buscar una habitación, y al día siguiente se levantaron y partieron enseguida hacia Knock, para ver mujeres cojas, mujeres enfermas, mujeres que querían quedarse embarazadas («Por mediación del Espíritu Santo», dijo Abby) y frotaban el rosario contra las piedras del altar. Fueron hasta Clifden, cerca de Connemara, y luego hacia Galway y Limerick («Había una vez dos mujeres de América, una llamada Abby y otra llamada Erica...»). Cantaban, los juglares apresuraban a los demonios alrededor del Círculo de Kerry, con sus palmeras y sus hortensias rosas y azules, como el escenario de una opereta. «¡Las botaratas de Occidente!»,<sup>\*</sup> exclamó su madre. Cuando anochecía pararon a descansar cerca de Ballylickey, en una pensión que antes había sido un pabellón de caza y que se encontraba en una cañada cerca del Círculo. Cenaron tarde: una bebida caliente con alcohol y un pan de soda que los encargados llamaban Curranty Dick.

—Como si no lo supiera —dijo la señora Mallon, lo cual deprimió a Abby como un mueble ordinario en una habitación, por lo que se excusó y se fue arriba, a dormir.

Al día siguiente, después de pasar por Ballylickey, Bantry, Skibbereen y Cork, llegaron a Blarney. En el castillo, la cola que había para besar la piedra era larga, acalorada y amedrentadora. Avanzaba por la estrecha y asfixiante escalera de caracol de la torre izquierda del castillo, y la gente se apretujaba contra el muro oscuro para dejar pasar a los que habían agotado la paciencia y bajaban.

—Esto es ridículo —dijo Abby. Pero cuando ya estaba en lo alto de la escalera, su enfado se había convertido en nerviosismo. Se fijó en que, para besar la piedra, la gente tenía que tenderse boca arriba sobre un parapeto y luego alargar el cuello para posar los labios en la parte inferior de un muro de sostén en el que se apoyaba la piedra. Un hombre de aspecto extraño, con pinta de duende, se había puesto en cuclillas junto a la piedra, supuestamente para

ayudar a los visitantes a arquearse, pero parecía que no los sujetaba muy bien, había un destello de despreocupación y sadismo en sus ojos, y algunos cambiaban de idea y bajaban las escaleras para salir de allí, más temerosos e incoherentes que nunca.

—No creo que pueda —dijo Abby vacilando, tratando de ajustarse el impermeable oscuro.

—Claro que sí. Has hecho todo el camino hasta aquí. Por esto has venido. —Ahora que estaban en lo alto del castillo, la hilera parecía avanzar más rápidamente. Abby miró hacia atrás y a su alrededor, y el paisaje que se veía desde allí era verde y abundante, imponente, como una fotografía sumergida en colorantes.

—¡Siguiente! —exclamó el duende.

Delante de ella, una alemana luchaba por levantarse de donde el duende la había dejado. Se enjugó la boca, puso cara de asco y refunfuñó: «Hoguible, insopogtable».

El pánico se apoderó de Abby.

—¿Sabes qué? No pienso hacerlo —dijo de nuevo a su madre. Sólo había dos personas delante de ella. Una estaba ya tendiéndose de espaldas, asiéndose a los soportes de hierro y bajando las manos lentamente, arqueando el cuello y la cadera para alcanzar la piedra, dejando al descubierto la blancura de su garganta. Su mujer, que miraba desde arriba, le hizo una foto.

—Pero si has hecho todo el viaje para esto. No seas boba. —Su madre volvía a intimidarla, lo cual nunca había servido para infundirle valentía; de hecho, la despojaba de toda valentía. Aunque sí le producía resentimiento y ganas de ser impulsiva, cosas que podían parecer iguales.

—Siguiente —dijo el duende con tono desagradable. Odiaba a los turistas, era evidente. Era evidente que en parte deseaba que se cayeran de la cornisa y se estrellaran contra un montón de abrigos, extremidades y cheques de viaje.

—Vamos —dijo la señora Mallon.

—No puedo —gimió Abby. Su madre la empujaba ligeramente y el duende fruncía el entrecejo—. No puedo. Ve tú.

—No. Vamos. Piensa que es un test. —Su madre la miró ceñuda, con una mueca desquiciada por algo morboso—. Trabajas con test. Y en el colegio siempre los hacías bien.

—Para hacer test hay que estudiar.

—¡Estudiaste muchísimo!

—Sí, pero no lo que me hacía falta.

—Ay, Abby.

—No puedo —susurró Abby—. Simplemente, no creo que pueda. —Suspiró profundamente y avanzó—. Bueno, está bien. —Arrojó el sombrero y se tiró al suelo de piedra rápidamente, para acabar cuanto antes.

—Hacia atrás, hacia atrás —dijo de forma monótona el duende, como un jefe de estación.

Entonces notó que debajo de la espalda ya no había superficie alguna; de cintura para arriba estaba en el aire y sólo la sostenían sus propias manos, sujetas al soporte de hierro. Dobló la cabeza hacia atrás todo lo que pudo, pero no era suficiente.

—Más adentro —decía el duende.

Deslizó las manos hacia abajo, como si estuviera haciendo un ejercicio acrobático en unas paralelas infantiles. Sin embargo, todavía no veía la piedra, sólo el muro del castillo.

—Más adentro —dijo el duende.

Deslizó las manos todavía más, dobló la cabeza con la barbilla mirando al cielo, y sintió las cervicales oprimiéndosele contra la piel; esta vez pudo ver la piedra. Era aproximadamente del tamaño de un horno microondas y estaba cubierta de humedad, suciedad y marcas de pintalabios lila claro, rojo y albaricoque. Parecía muy poco higiénico para ser un acontecimiento público, asqueroso y húmedo, y en vez de dar un beso sonoro a la piedra, se lo sopló y exclamó: «Vale, ayúdeme a subir». Y el duende la ayudó a incorporarse.

Abby se puso de pie y se sacudió el impermeable, que se había cubierto de un barro blanquecino. «Puf», dijo. Pero lo había hecho. O algo parecido. Volvió a ponerse el sombrero y dio una libra de

propina al duende. No sabía cómo se sentía: no sentía nada; al final, estos desafíos que una se impone no cambian absolutamente nada. Todos eran una construcción de deseos, ataduras y distancia.

—Ahora me toca a mí —dijo la madre con una especie de reñente determinación, y tendió las gafas de sol a Abby. Cuando su madre se echó en el suelo con gran rigidez y comenzó a arrastrarse lentamente hacia la piedra, Abby se dio cuenta de algo que no había visto nunca: su madre estaba aterrorizada. Después de tanta intimidación y bravuconería, su madre lo estaba haciendo y lo hacía fatal, en medio del terror que había estallado en su cerebro. Mientras su madre trataba de arrastrarse hacia la piedra, Abby, que ya veía su cara desnuda, vio que aquella mujer feroz como una hoguera se había puesto nerviosa y melancólica: todo aquel alarde de grandeza había sido un truco. Sólo trataba de probar algo, trataba de desafiar y superar sus miedos en vano, en vez de aprender a vivir con ellos, y es que, maldita sea, vivías con ellos de todos modos.

—Mamá, ¿estás bien?

En la cara de la señora Mallon había una mueca, la boca abierta y al descubierto. El color de su pelo, antaño caoba, teñía ahora los dientes, que se habían vuelto como el óxido con tantos años de té y café.

—Más adentro, más adentro. —El duende tuvo que sujetarla más que a los otros visitantes.

—Dios mío, si no puedo ir más allá —exclamó la señora Mallon.

—Le falta muy poco.

—No la veo.

—¿La ve allí? —La soltó un poco y dejó que resbalara.

—Sí —dijo. Soltó un beso con ruido a saliva y a labios fruncidos. Pero luego, cuando quiso subir, pareció estancarse. Las piernas se retorcían, los zapatos se le salieron de los pies, la falda se le enrolló dejando al descubierto la parte superior de los pantis

marrones. Se había doblado de forma muy extraña, por las caderas, y era regordeta y no tenía fuerza en los músculos del estómago para incorporarse. Al parecer, el duende tenía dificultades.

—¿Alguien me puede echar una mano?

—Dios mío —dijo Abby, y ella y otro hombre se pusieron inmediatamente en cuclillas junto a la señora Mallon. Pesaba mucho y estaba rígida de miedo, y cuando por fin la incorporaron y consiguieron que se sentara, aunque enseguida se quiso levantar, estaba pálida y abatida.

Un vigilante que estaba cerca de la escalera se ofreció a acompañarla a bajar las escaleras.

—¿Te parece bien, mamá? —Y la señora Mallon simplemente asintió.

—Usted vaya delante —dijo el vigilante a Abby, con el acento cantarín del condado de Cork—, por si se cae. —Y Abby pasó delante, el impermeable repartiendo a diestro y siniestro la corriente que subía por la escalera mientras bajaba en espiral por aquella oscuridad de mazmorra, hasta llegar a la negrura de murciélagos del final.

En una plaza del centro, un predicador agitaba una biblia y vociferaba sobre «la brevedad de la vida», que era algo que se cogía con una mano y luego desaparecía, se escurría entre los dedos. «¡La palabra del Señor es rápida!», exclamó.

—Metámonos allí —dijo Abby, y llevó a su madre a un lugar llamado Brady's Public House para tomar una Guinness reconstituyente. ¿Estás bien? —no paraba de preguntar Abby.

Aún no tenían donde alojarse aquella noche, y aunque había luz hasta muy tarde y los hostales estaban abiertos hasta las diez, se imaginó a las dos pasando la noche en la calle, durmiendo bajo las estrellas, echando un trago de vez en cuando. ¡Estrellas del tamaño de Chicago! El rocío como un baño de trasgos bajo las estrellas. Lo recogerían de sus brazos con la lengua.

—Estoy bien —contestó evitando las preguntas de Abby—. ¡Qué piedra!

—Mamá —dijo Abby, frunciendo el entrecejo, pues estaba preguntándose unas cuantas cosas—. Cuando cruzaste el puente colgante, ¿no tuviste ningún problema?

—Bueno —explicó la señora Mallon con un suspiro—, me hice una idea general del puente —dijo con cierta irritación—. Pero es que soplaban ráfagas que lo movían un poco, y aunque había gente que se divertía con aquello, yo me puse de rodillas y volví gateando. Recordarás que lloviznaba.

—¿Regresaste a cuatro patas?

—Pues sí —admitió—. Había un belga muy amable que me ayudó. —Se sentía desenmascarada ante su hija, no había duda, y se abalanzó sobre la cerveza.

Abby trató de poner una nota de alegría y cambió de tema, y aquello le recordó a Theda, Theda viva en su voz, no sabía cómo, su laringe convertida repentinamente en un camping para los despreocupados y los lentes.

—¡Mira ella! Qué, ¿te sientes más elocuente y segura después de haber besado la piedra?

—La verdad es que no —dijo la señora Mallon encogiéndose de hombros.

Ahora que las dos la habían besado, o algo así, ¿tendrían más conciencia de sí mismas? ¿De qué terminarían hablando?

De cine, seguramente. Como siempre lo habían hecho en casa. Películas con paisajes, películas con canciones.

—¿Y tú, qué? —preguntó la señora Mallon.

—Bueno —dijo Abby—, en general me siento como si hubiéramos pillado anginas. Pero, pero... —En este punto se irguió y se inclinó hacia delante. Ni test, ni concursos radiofónicos, ni discursos infames, ni canciones con biografía y cerebralmente muertas, ni plegarias para chiflados, ni gritos, ni conversaciones

prolijas que con la bebida y mucho tiempo siempre revelan lo estúpidas y mezquinas que son incluso las mejores personas. Sólo esto—: Un brindis, es el momento de un brindis.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —Nadie había brindado por Abby y Bob en su sencilla boda, y ahora creía que era eso lo que había estropeado las cosas. Ni un solo brindis. Sólo hubo treinta invitados que, sencillamente, se comieron los canapés de jamón y volvieron a su casa. ¿Cómo podía ir bien un matrimonio así? No es que aquellas ceremonias fueran importantes en y por sí mismas: no eran nada; eran ceros. Pero eran ceros que cumplían una función: dejaban los nombres y las ecuaciones intactos. Y después de sufrirlas, se podía seguir adelante, conocer el poder vacío de su bendición, y no perder tiempo echándolas de menos.

En adelante creería en los brindis. Ya se estaba preparando uno en su cabeza, en una especie de filatelia dudosa.

Miró fijamente a su madre y respiró hondo. Quizá la madre nunca había manifestado afecto por Abby, la verdad es que no; pero le había dado el don de saber llevar bien la soledad, con sus terribles bandazos hacia el exterior y sus caídas suaves hacia la tranquilidad. Abby brindaría por ella por esa razón. En verdad era el mundo el que hacía de madre brutal, quien cuidaba y rechazaba, y la propia madre era sólo tu hermana mayor en ese mundo. Abby alzó el vaso.

—Que lo peor siempre quede atrás. Que el sol caliente tus brazos todos los días. —Y bajó la vista hacia la servilleta para buscar ayuda, pero sólo había un dibujo de una irlandesa pechugona con un trébol en cada pecho. Abby volvió a mirar hacia arriba. «¡La palabra del Señor es rápida!»—. Que tu coche arranque siempre... —Pero quizás el Señor también empezara con palabras altas, lentas; la hinchazón de barriga por una mentirijilla, el cuento distendido—. Que siempre tengas una blusa limpia —continuó con voz cada vez más aristocrática, pública y sonora—. Y un techo

firme, niños sanos y dinero abundante. Y que estés conmigo en mi corazón, madre, como estás ahora, en este lugar; por los siglos de los siglos, como una luz flameante.

En el pub había ruido.

El vacío es a la infancia lo que un viaje es a los labios.

—De acuerdo —dijo la señora Mallon, mirando la cerveza con concentración y con los ojos brillantes. Nunca la habían cortejado, ni una vez en toda su vida, y se había ruborizado, las orejas al rojo, levantó el vaso y bebió.

## DANZA EN ESTADOS UNIDOS

Lesuento que la danza comienza cuando un momento de dolor se mezcla con un momento de aburrimiento. Lesuento que es la extensión del cuerpo en la cual él mismo se da aire. Lesuento que es el triunfo del corazón, la victoria del discurso de los pies, el refinamiento de la embestida y el vuelo animal, la más pura metáfora de la tribu y del yo. Es la vida haciéndole una higa a la muerte.

Me invento todo este rollo. Pero entonces siento el voltaje perdido de mi carisma alquilado, oigo la autoridad mal modulada de mi voz, y yo también me lo creo. Estoy convencida. La compañía desmantelada, la disminución de los encargos de coreografía, mi cuerpo menos flexible, menos receptivo a mis órdenes, he venido aquí (a esta zona de Pensilvania de casas coloniales de estilo holandés) para dos semanas, como «Bailarina de Escuelas». Visito clases, en las universidades y en los colegios, propagando las sagradas escrituras de la Danza. La cabeza se me llena de mi propia cháchara. Todo lo que mi vida interior ha ido acumulando se está agotando rápidamente, me vacía la boca, mientras estoy delante del público, y respondo a las temibles y prohibidas preguntas *alemanas* sobre el arte y mis «bailes de puta» (el movimiento brusco de las caderas, las repentinias sacudidas hacia delante y la rotación sugerente de caderas delante de la chulería). Preguntan por qué todo lo que hago parece tan *femínico*.

—Me parece que la palabra es *feminístico* —corrijo. Me he hartado. He dado toda mi vida por unas cuantas piezas buenas, y ahora esto.

Cuando sólo me quedaba una noche, me fui volando al Quality Inn (POLLO CON SALSA Y GOFRE 3,95 \$, decía el letrero de la entrada. ¿Cómo no voy a entrar?). El karaoke de la sala de cócteles me da nuevas fuerzas, todas esas voces achispadas y desgañitadas que acaban de salir del cuarto de baño de caballeros y se apresuran a llegar a la parte delantera de la sala para cantar *Sexual healing* o *Alfie*. He aceptado la invitación de mi viejo amigo Cal de quedarme en su casa. Enseña Antropología en Burkwell, una de las muchas universidades que hay por aquí. Él y su esposa tienen una casa que antes había sido de una hermandad y que nunca se han molestado en arreglar. «Era la única forma de poder vivir en una casa así de grande —contó—. Además, sentimos una fascinación perversa por las ruinas.» Es *Fastnacht*, el Carnaval que precede a la Cuaresma, la noche en que la gente hace buñuelos y se los come en honor de Cristo. Estamos fuera, antes de la cena, paseando al perro de Cal, *Chappers*, en medio del frío.

—Es una casa increíble cuando la miras —digo—. Está destortalada de la manera más complicada posible. Como un Rauschenberg. Como esos magníficos tablones de anuncios destrozados por el viento que se ven en el desierto de California. —He tomado la determinación de ser agradable. La casa, a decir verdad, es impresionante: han comenzado a crecer ramas de arce entre los tablones del suelo del comedor, porque hay un árbol fuera que se está abriendo paso entre los cimientos de la casa. Ardillas grandes como pastores escoceses roen las paredes. La pintura se cae por todas partes, en escamas, ampollas y láminas; en el yeso agrietado que hay detrás están escritos los nombres de las mujeres que entre 1972 y 1974 pasaron aquí el fin de semana de la fiesta universitaria de la Fiebre de Primavera. En el techo de la cocina se puede leer «¡Sigma al poder!» y «Hazme una paja con cuchara».

Pero no he visto a Cal en doce años, no lo he visto desde que se fue a Bélgica con una beca Fulbright, así que tengo que ser agradable. Me parece que está diferente: más bajo, mayor, más

limpio, a pesar de la casa. En un arranque de franqueza me acaba de confesar que en aquellos años, debido a la amistad que nos unía, había exagerado su interés por la danza.

—No entendía nada —admitió—. Trataba de entender la historia. Miraba al tío de violeta que no se había movido durante un rato largo y pensaba: «¿Qué es lo que pretende?».

*Chappers* da tirones a la correa.

—Sí, la casa —suspira Cal—. Una vez vino un pintor a hacernos un presupuesto, pero aplazamos el asunto por los nombres de las pinturas: Mito, Véspero, Kakatucán. No quería en mi casa nada que se llamara Kakatucán.

—¿Qué es un Kakatucán?

—Creo que los cazan en Madagascar.

Doy un salto para seguirle la corriente, bromeando:

—O se los comen en Viena —digo.

—O los adoran en Los Ángeles —dice él.

Me río de lo que ha dicho, y a continuación vemos que *Chappers* oisquea las raíces de un roble.

—Aunque el mito y el véspero siempre son buenos —añado.

—Cruciales —dice—, pero no necesitamos pintar para eso.

El hijo de Cal, Eugene, tiene fibrosis quística. Toda la vida de Eugene es una competición con la investigación médica.

—No tengo nada contra las artes —dice Cal—. Tú estás aquí. El dinero para el arte te ha traído hasta aquí. Es maravilloso. Es maravilloso verte después de todos estos años. Es maravilloso que financien las artes. Es maravilloso. Tú eres maravillosa. Las artes son fantásticas y maravillosas. Pero en serio: propongo que demos todo el dinero, hasta el último jodido céntimo, a la ciencia.

Algo lo ahoga. Puede ser el optimismo de los incrementos, las pequeñas cantidades, los capítulos; pero no lo he visto en doce años y ha tenido que contarme toda la historia, desde el principio, y toda la historia es muy triste.

—Los dos teníamos el gen, pero no lo sabíamos —explica—. Así es como funciona. Las probabilidades son de uno de cada veinte multiplicado por uno de cada veinte, y luego después de eso, incluso sólo uno de cada cuatro. En total uno de cada mil seiscientos. ¡Bingo! Nos tendríamos que mudar a Las Vegas.

Cuando conocí a Cal, estábamos en Nueva York y acabábamos de salir de la facultad; estaba soltero y nervioso, y me dio la impresión de que era un hombre que no se casaría nunca ni tendría familia o, que si se casaba, sería con una mujer decorativa, poquita cosa. Hoy, doce años más tarde, su mujer de pelo plateado, Simone, no es nada de eso: es corpulenta, emprendedora y original, está muy unida a él en su dolor y en su valentía. Siempre se va enfadada de las reuniones de padres del colegio. Se pega lentejuelas en los zapatos. El inglés es su tercera lengua; una vez trabajó en las embajadas francesas en Bélgica y en Japón. «Echo de menos el caviar —es todo lo que dice al respecto—. Echo muchísimo de menos el caviar.» Ahora, en la flamenca Pensilvania, pinta óleos satíricos con gente bracilarga y sin manos. «Gente de aquí —explica con acento francés y riéndose tontamente—. Pero no puedo pintar manos.» Ella y Eugene han convertido en estudio uno de los cuartos en ruinas del piso de arriba.

—¿Cómo se toma Simone todo esto? —pregunto.

—Mejor que yo —dice—. Tenía una hermana que murió joven. Espera la infelicidad.

—Pero ¿no hay ninguna esperanza? —pregunto, pero las palabras se me atascan.

Cal me cuenta que Eugene se ha ido deteriorando, ha ido a peor, demasiado líquido en los pulmones. «Pegajosos —los llama—. Si tuviera tres años en vez de siete, habría más esperanza; los investigadores están haciendo algunos progresos, eso es verdad.»

—Es un chico muy majo —digo. Al otro lado de la calle hay viejas casas coloniales con velas encendidas en cada una de las ventanas; es una costumbre de la Pensilvania holandesa, o un vestigio de la Tormenta del Desierto, depende de a quién preguntes.

Cal se detiene, se vuelve hacia mí; el perro se acerca y lo acaricia con el hocico.

—No es sólo que Eugene sea estupendo —dice—. No es sólo la precocidad o que Eugene es el único hijo que tendrá en mi vida. Es también que es muy buena persona. Acepta las cosas. Tiene mucha capacidad para entenderlo todo.

No puedo imaginarme nada en mi vida que conlleve un sufrimiento así, la previsión de la pérdida de alguien. Cal se queda callado, el perro trotó delante de nosotros, y yo apoyo la mano con suavidad en la espalda de Cal, y vamos así por las calles desiertas y frías. Arriba, en el cielo, Venus y la afilada hoz del cuarto creciente, como una taza y un plato, como la nariz y la boca, han hecho la bandera turca en el cielo.

—Mira eso —digo a Cal mientras vamos tras el perro, la correa tensa como un palo.

—Vaya —dice Cal—. La bandera turca.

—¡Habéis vuelto, habéis vuelto! —grita Eugene desde el interior y se apresura hacia la puerta principal mientras nosotros subimos al porche con *Chappers*. Eugene ya en pijama, flaco y encorvado. Lleva gafas gruesas, de aumento, y sus ojos hinchados y acuosos parecen no perderse ningún detalle. Se desliza hacia la entrada, en calcetines, y se cae al suelo. Me sonríe, todo encanto, como un niño enamorado. Se ha pintado la cara con mercromina y espera que nos parezca divertido.

—¡Eugene, estás guapísimo! —digo.

—¡No! —dice—. Estoy gracioso.

—¿Dónde está tu madre? —pregunta Cal, soltando al perro.

—En la cocina. Papá, mamá dice que tienes que subir al desván y bajar una de las sartenes para la cena. —Se levanta y comienza a perseguir a *Chappers* para cogerlo y atraerlo hacia él.

—Tenemos un par de ollas arriba para las goteras —explica Cal quitándose el abrigo—. Pero al final acabamos necesitando los cacharros para cocinar y los vamos a buscar.

—¿Quieres que te ayude? —No sé si tendría que estar con Simone en la cocina, con Cal en el desván o con Eugene en el suelo.

—Oh, no. Quédate aquí con Eugene —dice.

—Sí. Quédate aquí conmigo. —Eugene se aparta rápidamente del perro y se sujet a mi pierna. El perro ladra alborotado.

—Puedes enseñarle tu video a Eugene —sugiere Cal mientras sale de la habitación.

—Enséñame la cinta de danza —dice con voz cantarina—. Enséñamela, enséñamela.

—¿Tenemos tiempo?

—Tenemos quince minutos —dice con gran autoridad.

Voy al piso de arriba y la saco de la bolsa, luego regreso donde está él. La meto en el video y nos encogemos los dos en el sofá. Se arrima a mí, con frío, con la casa llena de corrientes de aire, y le pongo el jersey largo alrededor como si fuera un chal. Trato de explicarle unas cuantas cosas, con un lenguaje de adultos, cómo se gestó aquella danza, cómo el movimiento, repetido, vence todas las resistencias y lleva a una especie de estratosfera: de un estado de obstinación al éxtasis; de los zapatos a los pájaros. La cinta se grabó a principios de semana. Es un trabajo con los chicos de cuarto curso. Cada uno de ellos tiene que inventarse un personaje y luego diseñar una máscara. Se inventan criaturas varias: la señorita Pava Ninja, el señor Cabeza de Radio de Bicicleta. El Muñeco de Nieve Diabólico. Mamá Dientes de Sable: «Medio-niña-medio-hombre-medio-gato». A continuación organicé a los niños en líneas compactas y dejé que, con la máscara puesta, improvisaran una danza con la canción *This Is It* de Kenny Loggins.

Contempla la cinta, absorto. El pelo castaño le cae a mechones sobre la cara y se lo chupa. «Ahí está Tommy Crowell», dice. Conoce a los de cuarto curso como si fueran la realeza. Cuando se

termina, me mira sonriente pero serio. Detrás de las gafas, su mirada es brillante y directa.

—El baile ha sido realmente precioso. —Parece un agente.

—¿De verdad te lo ha parecido?

—En serio —dice—. Es muy colorista y tiene muchos pasos divertidos e interesantes.

—¿Quieres ser mi agente? —pregunto.

—No sé —dice arrugando la cara, con alguna duda—: ¿el agente es el que conduce el coche?

—¡A comer! —llama Simone dos habitaciones más allá, desde la habitación de «Hazme una paja con cuchara».

—Ya vamos —grita Eugene y se baja del sofá de un salto y se arrastra hasta el comedor y cae de lado en su silla.

—¡Uf! —dice sin aliento—. Casi no llego.

—Siéntate aquí —dice Cal. Y pone una copa con pastillas en el sitio de Eugene.

Eugene hace una mueca, pero ya en la silla, se pone de rodillas, se inclina con un vaso de agua en la mano y comienza la ardua tarea de tomarse todas las pastillas.

Me siento en la silla enfrente de él y me pongo la servilleta en el regazo.

Simone ha preparado una sopa con huevos duros («es una receta de la región», comenta) y pato pekinés, fibroso y dulce. Cal no para de pasar la cesta del pan, nervioso, hablando de que el hombre moderno sólo existe desde hace cuarenta y cinco mil años y que seguramente el pan no ha cambiado mucho desde entonces.

—¿Cuarenta y cinco mil años? —dice Simone—, ¿tan poco? No puede ser. Es como si lleváramos todo ese tiempo casados.

Hay gente que habla con las manos; y gente que habla con los brazos; y gente que habla con los brazos por encima de la cabeza: es la gente que más me gusta; Simone es una de ellas.

—No, ésa es la cuestión —dice Cal masticando—. Cuarenta y cinco mil años. Pero antes, durante unos doscientos mil, se produjeron en el hombre primitivo multitud de cambios anatómicos, hasta llegar al hombre de hoy. Fue una época muy interesante. —Hace una pausa, le falta un poco el aire—. Ojalá hubiera podido estar allí.

—¡Ja! —exclama Simone.

—Piensa en las fiestas —digo.

—Claro —dice Simone—. Joe, ¿qué tal? Con esa cabeza que tienes eres todo un cabezota, y oye, ¿qué chifladura estás haciendo con el dedo gordo? Muy parecido a las fiestas de Soda Springs, en Idaho.

—Simone estuvo casada con uno de Soda Springs, Idaho —cuenta Cal.

—¡Bromeas! —digo.

—Bueno, fue muy breve —explica—. Era un hombre ridículo. Me deshice de él después de unos seis meses. Al parecer se largó y se mató. —Me sonríe maliciosamente.

—¿Quién se mató? —pregunta Eugene. Se había tomado todas las pastillas menos una.

—El primer marido de mamá —explica Cal.

—¿Por qué se mató? —Eugene tiene la mirada fija en el centro de la mesa, tratando de pensar en el asunto.

—Eugene, llevas viviendo con tu madre siete años, ¿y no sabes por qué alguien cercano a ella se querría matar? —Simone y Cal se miran a los ojos y ríen alegremente.

Eugene sonríe vagamente, con brevedad. Comprende que es una broma entre sus padres, pero no le gusta o no la entiende. Le molesta que hayan convertido su indagación en una carcajada superficial. ¡Él quiere información! Pero ahora, en cambio, se hunde en el pato, lo mira y lo pincha.

Simone pregunta sobre las visitas a las escuelas. ¿Qué me encuentro? ¿La gente es amable conmigo? ¿Cómo es mi vida en casa? ¿Estoy casada?

—No estoy casada —digo.

—Pero tú y Patrick todavía estáis juntos, ¿no? —pregunta Cal preocupado.

—Pues no. Rompimos.

—¿Habéis roto? —Cal deja el tenedor en el plato.

—Sí —digo con un suspiro.

—Vaya. Pensaba que nunca romperíais —dijo con estupefacción.

—¿De verdad? —Esto me da seguridad, en cierto modo. Por lo menos mi relación se veía bien desde fuera, por lo menos para alguien.

—Bueno, realmente no —admite Cal—. Lo cierto es que creía que ibais a romper mucho antes.

—Ah —digo.

—Entonces, ¿te podrías casar con ella? —dice el increíble Eugene a su padre, y todos nos echamos a reír con fuerza, vertemos más vino en las copas y escondemos la cara en ellas.

—Lo que hay que recordar de las historias de amor —dice Simone— es que son como tener mapaches en la chimenea.

—Oh, ahora el cuento del mapache, no —se queja Cal.

—¡Sí! ¡Los mapaches! —grita Eugene.

Corto el pato.

—A veces tenemos mapaches en la chimenea —explica Simone.

—Ah —digo sin la menor sorpresa.

—Y un día tratamos de ahuyentártelos con humo. Encendimos un fuego, aunque sabíamos que estaban ahí, porque esperábamos que el humo los hiciera salir disparados hacia arriba y que no volvieran nunca más. En cambio, se incendiaron y cayeron estrellándose en la sala, todos chamuscados y en llamas, corriendo desesperados por aquí, hasta que murieron. —Simone sorbió un poco de vino—. Las historias de amor son así —dice—. Todas son así.

Estoy confusa. Miro hacia arriba, a la luz: una lámpara vieja y dorada, como un pulpo. Lo único en que puedo pensar es en que Patrick dijo, cuando se fue, harto de mi egoísmo, que si me preocupaba por quedarme sola en la casa del lago, con las ardillas y las lámparas estilo burdel, que alquilara la casa, por ejemplo a una pareja de lesbianas, simpáticas como yo.

Pero Eugene, delante de mí, asiente con entusiasmo, parece encantado. Ya había oído la historia de los mapaches y le encanta. Una vez más, la han contado bien, con llamas y sangre.

Ahora hay ensalada, que picamos y por la cual nos peleamos como cuervos. Después nos quedamos mirando el cuenco con la fruta en el centro de la mesa y cogemos con desgana unos granos de uva del racimo. Damos pequeños sorbos al té caliente que Cal trae de la cocina. Damos sorbos hasta que está frío, y luego hasta que se acaba. Ya son las diez.

—¡La hora del baile! ¡La hora del baile! —dice Eugene cuando ya nos hemos terminado el té. Todas las noches, antes de irse a la cama, van todos a la sala y bailan hasta que Eugene se cansa y se queda dormido en el sofá. Entonces lo llevan al piso de arriba y lo acuestan. Viene hasta mi silla y me coge de la mano para conducirme a la sala.

—¿Qué música vamos a bailar? —pregunto.

—Tú eliges —me dice, y me lleva hasta la repisa donde tienen los discos compactos. Quizá haya algo de Stravinski. Quizá *Petrushka*, con su entusiasmada salutación del Carnaval.

—¿Vendrás a verme mañana cuando visites a los de cuarto? — pregunta mientras repaso los discos. Demasiada Joan Baez. Demasiado Mahler—. Estoy en el aula ciento cuatro —dice—. Cuando vayas a ver a los de cuarto puedes parar un momento en la puerta de la clase y saludarme. Estoy sentado entre la puerta y el tablón de anuncios.

—De acuerdo —digo, pensando que, con las prisas, me olvidaré y me encontraré en el avión de casa hojeando una revista insulsa de alguna compañía aérea antes de recordar que olvidé

hacerlo—. Mira —digo al encontrar un disco de Kenny Loggins. Tiene la canción que él ha oído hace un rato, en la cinta de vídeo—. Pongamos éste.

—Vale. ¡Mamá, papá, venid!

—De acuerdo, Eugene —dice Cal acercándose desde el comedor. Simone va detrás.

—Soy Mercurio, soy Neptuno y Plutón, muy lejos —dice Eugene corriendo por la sala, inventándose un baile.

—En el colegio están estudiando los planetas —dice Simone.

—Sí —comenta Eugene—, estamos haciendo los planetas.

—¿Y cuál es el planeta que te parece más interesante? —pregunto—. ¿Marte con los canales? ¿Saturno con los anillos?

Eugene se queda quieto y me mira pensativo, con solemnidad.

—Está claro, la Tierra —contesta.

—Pues sí, ésa es la respuesta correcta —comenta Cal riendo. «Es esto», canta Kenny Loggins, «es esto». Formamos una línea compacta y desfilamos pavoneándonos, deslizándonos con la música. Nos agachamos, vamos hacia atrás y luego, de repente, de nuevo hacia delante. Tratamos de crear el olor a sudor de la danza, mohoso, resinoso; el movimiento repetido y analítico. Cal y Simone están en ello. Se mueven y se cogen de los brazos. «Es esto», de repente, a media canción, Eugene se sienta en el sofá para descansar, mirando a los mayores. Como los mejores bailarines y como el mejor público, toma la determinación de no toser hasta el final.

—Ven aquí, cariño —digo yendo hacia él. No sólo pienso en mi propio cuerpo, ese cesto roto y sin encanto, ese merengue duro. No estoy pensando sólo en mí misma, Patrick, en la compañía de danza perdida, en mi cama vacía. Estoy pensando en lo espléndido que es el cuerpo cuando baila y en su desdén ostentoso. Así es como nos ofrecemos, entramos en el cielo, entramos en el lenguaje: hablamos con el movimiento, en el espacio. Así es como la vida ha

transcurrido por aquí hasta ahora; es todo lo que se ha podido hacer: este cuerpo, ese cuerpo, aquel cuerpo. Entonces, cielo, ¿qué opinas? ¿Qué mierda opinas?

—Ponte a mi lado —digo y Eugene lo hace, mirándome con su cara roja de guerrero. Bailamos sin movernos del sitio, subiendo y bajando las rodillas. Rodillas arriba y abajo. Nos hundimos, planeamos, nos deslizamos. Nos hundimos, planeamos, nos deslizamos. «Es esto, es esto.» Y entonces nos desmandamos y arrojamos nuestras extremidades al cielo.

## VIDA EN COMUNIDAD

Cuando Alos era pequeña, las había llamado mentirotacas, fábricas de fábulas, historiales de historias: y ahora trabajaba en una. Al principio había querido enseñar Literatura Inglesa, pero como no la admitieron en la facultad que deseaba, la de las teorías francófonas (¡el vocabulario de la franqueza!), se había decidido por la escuela de archivistas y bibliotecarios, donde a todo el mundo se le enseñaba a cuidar los libros, con ternura, como si fueran muñecas o platos de porcelana.

Había aprendido a leer muy pronto. Sus padres, procedentes de Târgu Mureş, Transilvania, y recién llegados a Vermont, estaban deseosos de que su hija aprendiera a hablar inglés, para que pudiera mezclarse con la comunidad de un modo que ellos presentían que probablemente no conseguirían nunca, así que todos los sábados la llevaban a la sección infantil de la biblioteca Rutland y dejaban que pasase largo rato con la bibliotecaria, que elegía libros para ella y algunas veces incluso le leía un par de páginas en voz alta, a pesar de que había un letrero que decía: NIÑOS GUARDAD SILENCIO POR FAVOR. Sin comas.

Alos pensaba que quería decir que sólo los chicos tenían que estar en silencio. Ella y la bibliotecaria podían hacer lo que quisieran.

Adoraba a la bibliotecaria.

Y cuando el rumano de Alos ya comenzaba a ceder y en su lugar florecía una voz inglesa rica, lenta, no muy diferente de la de la bibliotecaria, demasiado adulta para una niña pequeña, los otros niños de su calle la temieron todavía más. «¡Drácula!», gritaban. «¡Transilvana!», chillaban, y salían corriendo.

—A partir de ahora te llamarás de otra manera —le dijo su padre el primer día del primer año de colegio. Ya se había cambiado el apellido Todorescu por Resnick. La tienda de su padre se llamaba Pieles Resnick—. De ahora en adelante ya no serás Alos, sino que tendrás un bonito nombre estadounidense: Nell.

—Harás que te llamarán así —decía su madre—. Cuando la maestra te llamará Alos, tú dirás: «No, Nell». Repetirás conmigo: Nell.

—Nell —dijo Alos. Pero cuando llegó al colegio, la maestra, al notar que había algo ensoñador y un sentimiento de marginación en ella, dio una palmada y exclamó: «¡Alos, qué nombre tan bonito!». El corazón de Alos se llenó de gratitud y sorpresa, y abrazó a la maestra por las caderas, encantada y muda.

Desde aquel momento, sólo sus padres, con su acento rumano, la llamaron Nell, el yo estadounidense, alegre y secreto, que existía sólo para ellos.

—Nell, ¿qué tal son los chicos de la escuela?

—Nell, por favor, cuenta lo que hacen.

Años después, cuando murieron en un accidente de tráfico yendo de Farm a Market Road, y la Nell que nunca existió murió con ellos, Alos, jugando tontamente con las letras de su nombre en los sobres de las tarjetas de pésame, descubrió que Alos era Sola al revés. Era un cuerpo emparedado en el sótano de su ser, una ráfaga, una predicción de su sino, como una primavera antes de tiempo, podrida, y deseó el regreso de la Nell que nunca existió. Deseaba comenzar de nuevo y ser alguien que vive en el mundo inocentemente, no Alguien que vive escondida, detrás de los libros, con una voz aprendida cuidadosamente y un pasado triste.

A quien más echaba de menos era a su madre.

La biblioteca universitaria en la que trabajaba Alos era una de las más prestigiosas del Medio Oeste. Disponía de una gran colección de libros raros y del extranjero, y había tenido que cruzar en coche

varios estados para llegar hasta allí, entornando los ojos para ver a través de la tempera de insectos aplastados del parabrisas, buscando la cola oscura de un posible tornado, y cayendo enferma, dolorosamente, en Indiana, en los lavabos de las áreas de servicio de la I-80. Allí, el lavabo de señoritas tenía células fotoeléctricas en los váteres, las pilas, los secadores de manos, y ella los había activado todos, entrando y saliendo de los compartimentos de los váteres o apoyándose en las pilas. «¿Sólo está usted aquí? —preguntó la señora de la limpieza—. ¿Usted sola ha organizado este jaleo?» A los había sonreído, con sonrisa de perro; bajo aquella luz amarillenta, todo parecía trágico y ridículo e incapaz de detenerse. Lo llano del terreno le daba vértigo, sí, supuso que era eso. La tierra estaba azotada por el viento, no había olores. En Vermont se sentía acunada por las montañas. Pero allí y en aquel momento tendría que ser valiente.

Pero no recordaba cómo ser valiente. En aquel lugar, al parecer, no tenía ningún recuerdo. Nada los despertaba. Y de vez en cuando, cuando daba voz al fugitivo borde de un recuerdo, parecía que fuera algo inventado.

Conoció a Nick en la biblioteca, en mayo. Ocupaba temporalmente el mostrador de consultas, la habían apartado de su trabajo de siempre como supervisora de la catalogación de libros extranjeros para reemplazar a un compañero enfermo. Nick investigaba las estadísticas de las campañas municipales que se habían llevado a cabo en el estado.

—No había pisado una biblioteca desde los dieciocho —dijo. Tenía aspecto de tener por lo menos cuarenta años.

—Mire por aquí —dijo ella, indicándole dónde podía buscar. Luego escribió la firma de algunos libros con datos del estado, pero él seguía con la vista fija en ella—, o por aquí.

—Estoy haciendo campaña para obtener un escaño en la junta de gobierno del condado —dijo—. Las elecciones no son hasta otoño, pero trato de comenzar con alguna ventaja. —Su pelo era castaño cobrizo, con algunas hebras de plata. Había en sus ojos algo animado, como un estanque con vida—. Sólo quería comparar algunas cifras. ¿Te apetece tomar un café?

—Creo que no.

Pero volvió al día siguiente y la invitó otra vez.

En la cafetería que había cerca del campus hacía calor y había mucho ruido; estaba llena de estudiantes y Nick gritó para pedir dos cafés. Normalmente detestaba el café solo, su sabor a tabaco le daba dentera. Pero en el aire había esa clase de distorsión que doblega un poco; hace que tu habitual manera de ser se inquiete, que pasee sin rumbo fijo y combre, que se ponga borrosa, que sangre, vencida por la posibilidad. Se tomó el café rápidamente, con determinación y sentido de la aventura.

—Creo que tomaré otro —dijo, y se limpió la boca con una servilleta.

—Ahora te lo traigo —dijo Nick, y cuando volvió le contó algo más de la campaña que llevaba a cabo—. Es importante conseguir la aprobación de las asociaciones de vecinos —dijo. Regentaba un puesto de salchichas y de helado de yogur llamado Please Squeeze and Bratwurst. Había conocido a mucha gente trabajando allí.

—Me siento vivo y valioso llevando mi vida de esta manera —contó—. No me siento como si hubiera tirado la toalla.

—¿Tirado la toalla por qué?

—Me parece que no eres de aquí —dijo sonriendo. Se pasó los dedos por varios de los metales de su pelo—. Tirar la toalla, como por ejemplo hacer algo que en verdad no querías hacer y que te paguen demasiado por ello.

—Ah —dijo ella.

—Cuando era niño, mi padre me dijo: «A veces, hijo, en la vida te encontrarás con que tienes que hacer cosas que no quieras», y lo miré a los ojos y le dije: «Y una mierda». —Alos se echó a reír—. Lo que quiero decir es que seguramente siempre quisiste ser bibliotecaria, ¿no?

Ella miró todas las diagonales agrietadas de su cara y no supo si hablaba en serio o no.

—¿Yo? —dijo—. Primero hice un curso de adaptación pedagógica para dar clases de Inglés en la universidad —suspiró, cambió de codo para apoyar la barbilla en la otra mano—. Lo intenté. Leí a Derrida. Leí a Lacan. Leí *Leer a Lacan*. Leí *Leer «Leer a Lacan»*. Y entonces fue cuando solicité entrar en biblioteconomía.

—No sé quién es Lacan —dijo.

—Es, bueno..., ¿ves? Eso es lo que me gusta de las bibliotecas. Ni quién es ni por qué, sólo «dónde está».

—¿Y de dónde eres? —preguntó, su cara brevemente animada por haber cambiado de tema con tanta destreza. «De origen.» Al parecer había una manera de distinguir a los que no eran de la ciudad. Era una ciudad universitaria, atractiva y aburrida, y metía prisas a la gente de paso (estudiantes, gitanos, profesores invitados, cómicos) con una actividad no muy distinta de la del movimiento peristáltico.

—De Vermont —dijo ella.

—¡Vermont! —exclamó Nick, como si fuera algo exótico, lo cual la alegró por no haber dicho Transilvania. Se inclinó hacia ella y en tono confidencial añadió—: Tengo que decírtelo: poseo una silla de Muebles Ethan Allen.

—¿Ah, sí? —dijo ella sonriendo—. No se lo contaré a nadie.

—Aunque antes estuve en presidio y allí no tenía ni un palo.

—¿En serio? —preguntó. Se apoyó en el respaldo. ¿Estaría diciendo la verdad? De niña siempre había sido muy crédula, aunque siempre había aprendido más siendo así.

—Yo estudié aquí —dijo él—. En los años sesenta. Tiré una bomba en un almacén donde los militares guardaban material de investigación. Me cayeron doce años. —Paró y buscó los ojos de ella para ver cómo se lo estaba tomando, cómo se lo estaba tomando él. Luego recogió su mirada, como una joya que sólo hubiera querido enseñar, rápidamente—. Dentro no tenía que haber nadie; nos habíamos asegurado antes. Pero ese pobre imbécil llamado Lawrence Sperry, Larry Sperry... Dios mío, ¿te imaginas tener ese nombre?

—Claro —dijo Alos.

Nick la miró con suspicacia.

—Pues estaba ahí dentro, se había quedado trabajando hasta tarde. Perdió una pierna y un brazo en la explosión. Me encerraron en un penal federal, en Winford. Intento de asesinato.

El café espeso le cubría los labios. Él había estado mirándola todo el rato pero ahora apartó la vista.

—¿Te apetece un bollo? —preguntó Alos—. Voy a buscar un bollo. —Se puso de pie, pero él dio media vuelta y la miró con tal incredulidad que ella se sentó de nuevo de cualquier manera, con las dos piernas hacia el mismo lado. Se retorció hacia delante y se apoyó en la mesa—. Lo siento. ¿Es cierto todo lo que acabas de contar? ¿Es cierto que te ocurrió a ti?

—¿Qué? —Se quedó boquiabierto—. ¿Acaso piensas que me lo he inventado?

—Es sólo que..., bueno, trabajo rodeada de literatura.

—Literatura —repitió él.

Ella le tocó la mano; no sabía qué más hacer.

—¿Puedo hacerte la cena alguna noche? ¿Esta noche?

Había un fulgor en sus ojos, una mirada concentrada. Por un momento, el hombre pareció capaz de mirar en su interior, de conocerla de un modo que recuperaba el orden por el hecho de conocerla. Parecía no tener información, ni verdadera ni falsa, sólo una especie de fotografía, sin hechos pero verdadera.

—Sí, puedes.

Y así fue como él pasó la velada debajo de la lámpara barata de acero y vidrio de su comedor, con el mueble bar rojo y la lámpara Schlitz-Tiffany, y luego pasó la noche y no se fue.

Alos no había vivido nunca con un hombre. «Excepto con mi padre» y Nick observó en sus ojos una veta de perplejidad cuando ella lo dijo. Había salido con dos chicos en la universidad, aunque eran de los que preferían marcharse temprano, desayunar sin ella en lugares de cucharas grasiestas, sentarse a la barra junto a hombres corpulentos con impermeables azules, leer el periódico, pedir varias tazas de café.

Nunca había estado con nadie que se quedara. Nadie que trajera sus casetes, su silla Ethan Allen.

Nadie que tuviera problemas con el alquiler de su antigua vivienda.

—Trato de aunar todas estas cosas —dijo, cogiéndola a mitad de la tarde—. Mi vida, la campaña, este asunto contigo: trato de que todos mis pájaros aterricen en el mismo jardín. —Por la ventana se veía la luna de la tarde, como una pelota de golf atascada y picada de viruela. Ella miró hacia aquel huevo calcificado, la cara de la moneda, el triste barrio de la nada. Luego lo miró a él. Otra vez vio la laguna de vida en sus ojos, y en el resto de su cara una quietud vacilante, cálida.

—¿Te gusta hacerme el amor? —preguntó ella, de noche, durante una tormenta.

—Claro, ¿por qué me lo preguntas?

—¿Te satisfago?

—Sí. —Y se volvió hacia ella y la besó—. No necesito un gran espectáculo.

Ella se quedó callada durante un rato y luego preguntó:

—¿La gente da espectáculos?

La lluvia y el viento bajaban con fuerza por el canalón. Azotaban las ramas de los frágiles árboles del patio de al lado.

A ella le preocupaban la inexperiencia y la autoestima. En el cine, cuando comenzaba la sesión, él susurraba: «Mira, ahí sales tú. Twentieth Century-Fox, la zorra del siglo xx». Había una parte cómica que ocurría en una biblioteca: sacaban los cajones con las fichas de los libros y las tiraban salvajemente por los aires; le cubrió un sudor pálido y frío, y él se acercó a ella y atrajo su cabeza diciéndole: «No mires, no mires». Al final se quedaban sentados viendo los largos títulos de crédito (el jefe de operarios, el jefe de eléctricos, el ayudante del jefe de eléctricos...).

—Eso es lo que necesitamos —dijo él—: electricidad.

—Sí —dijo ella— y un buen montaje.

Otras veces la animaba a que fuese por la casa desnuda.

—Si lo tienes, hazlo. —Él sonreía, se detenía un momento, fingía confusión—. Si lo haces, lo tienes. Si lo ostentas, cógelo.

—Si lo tienes, quédatelo —añadió ella.

—Si lo dices, demuéstralolo. —Y la atrajo hacia sí como a una pareja de baile con zapatos blandos y la sonriente boca del amor.

Pero muy a menudo ella se quedaba despierta en la cama, preguntándose cosas. Faltaba algo. Había algo que a ella no le estaba ocurriendo, ¿o era a él? A lo largo del verano, las tormentas incendiaban el cielo, mientras ella estaba allí, tendida, escuchando el ruido de la lluvia de un tornado, que nunca llegaba, aunque los rayos resquebrajaban la noche y encendían los árboles como cosas que se recuerdan repentinamente, y luego los dejaba de nuevo indescifrables en la oscuridad.

—No sientes nada, ¿verdad? —dijo él finalmente—. ¿Qué te ocurre?

—No estoy segura —dijo ella crípticamente—. Las tormentas son muy fuertes en esta parte del mundo. —El viento de una tormenta soplaban por las mosquiteras y algunas veces hacía que la puerta del dormitorio se cerrara de un portazo—. No me gusta que las puertas se cierren con portazos —susurró—. Me hace pensar que alguien está loco.

A la biblioteca estaban llegando libros en rumano: Alos tenía que leerlos por encima para hacer un breve resumen para el catálogo. La deprimía que su rumano fuera tan deficiente, que casi ni siquiera existiese, como un simple pañuelo en el hueco de una escalera, y que todos los días llegara algún libro para reprochárselo.

Echaba muchísimo de menos a su madre.

A la hora de comer fue al puesto de Nick a tomarse un helado. Nick tenía aspecto cansado, desaliñado, el pelo como ruedas dentadas.

—¿Quieres Cereza Pereza o Bombardero Limonero? —preguntó. Eran nombres inventados por él, pero amenazaba con usarlos en serio algún día.

—¿Y de manzana? —decía ella.

Nick cortó una manzana y la puso en un plato de cartón. Sacó yogur de una máquina.

—Esta noche hay recaudación de fondos para la campaña de Teettlebaum.

—Ah —dijo. Ya había ido a esos actos de recaudación de fondos. Al principio le había gustado, visitaba rincones de la ciudad que de otro modo no habría visto nunca, Nick la guiaba por ellos, Nick conocía a todo el mundo, de modo que la vida le parecía llena de posibilidades, de sentido doméstico. Pero al final se dio cuenta de que aquellos actos estaban llenos de gente aburrida, que estrechaba la mano alegremente y hablaba sin cesar de cuando iba de acampada al oeste. En realidad no hablaban con su interlocutor. Hablaban hacia él. Le hablaban a él. Hablaban cerca, encima de él. Se creían cruciales para el bienestar de la comunidad. Pero rara vez pisaban una biblioteca. No leían libros.

—Por lo menos son *contribuyentes de la comunidad* —dijo Nick  
—. Por lo menos no le chupan la sangre a la comunidad.

—Lamen —dijo ella.

—¿Qué?

—Sorber y lamer. No chupar. —Él la miró de un modo dubitativo y preocupado—. Lo busqué un día en el diccionario —explicó ella.

—Pues lo que sea —dijo él, poniendo mala cara—. Al menos a ellos les importa. Al menos tratan de ofrecer algo.

—Preferiría vivir en Rusia.

—Volveré alrededor de las diez —contestó él.

—¿No quieres que vaya? —Lo cierto es que no le gustaba Ken Teettlebaum. Quizá Nick lo había adivinado. A pesar de tener el apoyo de los restos de la izquierda local, había algo fatuo y vano en Ken. Tendía a hacer breves ejercicios de piernas mientras se hablaba con él. A menudo sacaba una foto que le habían hecho en Woolworth y se la enseñaba a la gente. «Mirad esto —decía—, es de cuando llevaba el pelo largo, ¿no es increíble?» Y la gente miraba y veía a un guapo adolescente que sólo tenía un ligero parecido con el fofo Ken Teettlebaum del presente. «¿Verdad que me parezco a Eric Clapton?»

«Eric Clapton nunca se habría sentado en un fotomatón de unos grandes almacenes como una colegiala», había dicho Alos, con ese barboteo cáustico que a veces padecen los tímidos. Ken la había mirado entre risueño y herido, y después de aquello dejó de enseñar la foto cuando ella estaba presente.

—Si quieres, puedes venir. —Nick se puso de pie, se alisó el pelo y de nuevo pareció atractivo—. Nos veremos allí.

El acto de recaudación de fondos se celebraba en el salón del piso de arriba de un restaurante llamado Dutch. Pagó diez dólares, entró y comió un montón de coliflor cruda y humus antes de ver a Nick al fondo, en un rincón lejano, hablando con una mujer vestida con vaqueros y chaqueta marrón. Era la clase de mujer que haría que Nick se volviera en un restaurante. Tenía el pelo color caoba cortado a lo paje, con líneas muy rectas; una cara bonita, pero un peinado demasiado duro, demasiado separado y muy cuidado. En cambio Alos llevaba el pelo largo y revuelto, y se lo recogía de cualquier manera con una horquilla. Cuando se estiró para saludar a Nick con la mano, y él desvió los ojos sin reconocerla, y miró otra vez a la

pelirroja de pelo de paje, Alos se quedó con la mano levantada y luego se la llevó a la cabeza, para jugar con la horquilla. Nunca encajaría en aquel ambiente, pensó. Con gente de esa clase, no: la típica gente activista que atiende un mostrador alegremente. Prefería los que atendían los mostradores de la biblioteca, silenciosos y poetas; eran delicados y apegados a su territorio, intelectuales y físicamente enfermos. En el trabajo se sentaban e inventaban frases al estilo de Tom Swift: «Tengo que ir a la ferretería, dijo con voz férrea». «¿Te apetece un refresco?, dijo con cara burbujeante.»

Iban a pasar los fines de semana a la Clínica Mayo. «Un parque de atracciones para hipocondriacos», decía una bibliotecaria llamada Sara. «Una mezcla de Lourdes y grandes almacenes», dijo otro llamado George. Ésa era la gente que le gustaba, gente con la que realmente no se podía vivir.

Se volvió para ir a los lavabos de señoritas y se topó con Ken. Éste la saludó con un abrazo y luego le susurró al oído:

—Tú vives con Nick. Ayúdanos a pensar en un tema. Me hace falta otro tema.

—Ya te compraré uno en la tienda de temas —dijo ella, y se zafó mientras alguien se acercaba a Ken con una mano tendida y efusiva y un «Aquí tenemos al hombre del momento» falso y retumbante. En el cuarto de baño miró fijamente su reflejo: en un intento de ser extravertida, se había puesto una túnica con grandes tajadas de melón pintadas en la parte delantera. ¿En qué había estado pensando?

Se metió en uno de los váteres y cerró el pestillo. Leyó las pintadas de detrás de la puerta: «Anita quiere a David S.». O: «Jesús + Diane W.». Era bueno saber que incluso en un pueblo como ése la gente era capaz de quererse.

—¿Con quién hablabas? —preguntó ella más tarde, en casa.

—No sé. ¿A quién te refieres?

—A la del pelo de plastilina.

—Ah. ¿Erin? Sí que parece que se haga algo en el pelo. Creo que se lo tiñe con henna.

—Es como si clavara el pelo en la pared y ella se pusiera debajo.

—Es la presidenta de la Asociación de Vecinos de Bayre Corners. En septiembre necesitaremos mucho su apoyo.

Alos suspiró y apartó la vista.

—Así es el proceso democrático.

—Prefiero a los reyes —dijo ella.

El viernes siguiente, la noche de la fiesta del pescado frito para recaudar fondos en Labor Temple, fue la noche que Nick se acostó con Erin, de la Asociación de Vecinos de Bayre Corners. Llegó a casa a las siete de la mañana y se lo confesó a Alos, quien, al ver que Nick no llegaba a casa, se había tragado media caja de Dramamina para conciliar el sueño.

—Lo siento —dijo con las manos en la cabeza—, es algo muy de los sesenta.

—¿De los sesenta? —Estaba atontada y colocada por los somníferos.

—Te implicas mucho con una persona en un acto político y al final te encuentras con ella en la cama. Ella también es de esta onda. Y es que, no sé, es una persona que realmente se preocupa por su comunidad. Tiene una faceta expresiva, muy cercana. Y todo eso me embaucó. —Estaba sentado, inclinado sobre las rodillas, hablando a los zapatos. El ventilador eléctrico dirigía el aire hacia él y le movía el pelo con suavidad, como las algas en el agua.

—¿Algo de los sesenta? —repitió Alos—. Algo de los sesenta, pero ¿qué es esto? ¿Algo así como *Easy to be hard*? —Era la canción que mejor recordaba.

Pero algo se había desconectado en ella. Los huesos del pecho le dolían. Hasta la habitación parecía haber cambiado: brillaba más, era horrible. Todo había salido corriendo, había huido para transformarse en otra cosa. Le sudaban las axilas y sintió la cara caliente.

—Eres un asesino —dijo—. Al final, eso es lo que eres. Es lo que, finalmente, siempre, serás. —Comenzó a sollozar tan fuerte que Nick se levantó y cerró las ventanas. A continuación volvió a sentarse y la abrazó (¿quién más había allí para abrazarla?), y ella también lo abrazó.

Le compró un anillo con un granate bien grande, como una pastilla para la tos encajada en bronce. Lavó los platos diez veces seguidas. Ella sentía la necesidad de irse a la cama inmediatamente después de cenar y ponerse a dormir pesadamente, para escapar. Le había cogido miedo a salir (los restaurantes, las tiendas, la tensión en los hombros, el miedo apoderándose de su cara cuando estaba allí, como si la gente supiera que era extranjera e idiota) y durante quince días más él preparó la comida e hizo la compra. El coche de él siempre estaba aparcado en la calle, y el de ella estaba siempre en primer lugar, en la entrada del garaje, cerca, cortando el paso, como indicando quién pertenecía más a la comunidad, al mundo, y quién estaba más alejada de él, en una casa. Quizá en cama. Quizá dormida.

—Necesitas más vida a tu alrededor —dijo Nick acunándola, aunque ella estaba rígida. La cara de él era melancólica y estaba bronceada, las notas y el barniz de un violín—. Necesitas sentir más la vida a tu alrededor. —Fuera reinaba el clásico olor a podrido de cuando va a llover.

—¿Cómo te las has arreglado para ponerte moreno si ha llovido tanto? —preguntó.

—Es verano —contestó—, y trabajo a la intemperie, ¿recuerdas?

—No tienes ni la marca de la camiseta —dijo ella—. ¿Adónde vas?

Le había cogido miedo a la comunidad. Era su enemiga. Los demás, las demás.

Había aprendido, sin darse cuenta entonces, a seguir la mirada de Nick; había aprendido a aprender su lujuria, y cuando salía a la calle, por lo menos a trabajar, los deseos de él permanecían memorizados dentro de ella. Miraba a las mujeres atractivas que él miraría. Se volvía para inspeccionar la cara de todos los cortes a lo paje que veía por detrás para luego adelantarlas en el coche. Las miraba furtivamente o de modo directo, no importaba. Examinaba los ojos y la boca, y se preguntaba por el cuerpo. Se había convertido en él: deseaba a esas mujeres. Pero también era ella, y entonces las despreciaba. Las deseaba, pero también quería pegarles.

Un violador.

Se había convertido en un violador, yendo en coche hacia el trabajo.

Pero durante un tiempo, ése fue el único modo en que podía ser.

Comenzó a llevar su ropa (una camisa, unos calcetines) para mantenerlo cerca de ella, para tratar de entender por qué había hecho lo que había hecho. Y en esta identificación, en su papel con pantalones, como en una ópera, pensó que entendía lo que era hacer el amor con una mujer, abrir sus partes bajas, como una comida secreta, abrirse paso con violencia dentro de ella, con el cuerpo arqueado, pujando dentro de ella, como una marioneta, para verla después cuando se levanta y anda contigo, sin hacer caso del daño que sin duda le has hecho. ¿Cómo podrías no quererla, dando gracias a Dios? Era muy misteriosa y equilibrada, y un pensamiento no compartido animaba sus ojos; querrías ir tras ella para siempre.

Un hombre enamorado. Eso era un hombre enamorado. Muy diferente de una mujer.

Una mujer arreglaba la cocina. Una mujer daba y ocultaba, daba y ocultaba, como alguien con una cesta de mayo.

Pidió hora con un médico. Su seguro cubría la consulta si iba al hospital de la universidad, así que pidió hora allí.

—He pedido hora con un médico —dijo a Nick, pero tenía el grifo de la bañera abierto y no la oyó—. Para averiguar si me pasa algo malo.

Cuando salió, se acercó a ella, llevando sólo una toalla, la atrajo hacia su pecho y la inclinó hasta el suelo, allí mismo, en el pasillo, junto a la puerta del cuarto de baño. Algo se abatía, adelante y atrás, describiendo un arco por encima de ella. Socorro, socorro. Se quedó paralizada.

—¿Qué es eso? —Lo apartó.

—¿Qué? —Se puso de espaldas y miró. Algo revoloteaba por las escaleras, un pájaro—. Un murciélagos —dijo.

—Oh, Dios mío —exclamó Alos.

—El calor los hace salir de estas casas viejas de alquiler —dijo, y se levantó envolviéndose de nuevo en la toalla—. ¿Tienes una raqueta de tenis?

Ella le enseñó dónde estaba.

—He jugado al tenis solamente una vez —dijo ella—. ¿Te gustaría jugar al tenis algún día?

Pero él comenzó a acechar al murciélagos en la escalera oscura.

—Y ahora que no te dé la histeria —dijo él.

—Ya estoy histérica.

—No te pongas... ¡Toma! —gritó él y ella oyó el estampido de la raqueta contra la pared, y el blando golpe del murciélagos al caer al suelo.

—¿Tenías que matarlo? —De repente se sintió mareada.

—¿Y qué querías que hiciera?

—No sé. Que lo capturaras, que lo castigaras un poco. —Se sintió culpable, como si su propio odio hubiera causado su muerte —. ¿Qué clase de murciélago es? —Ella se puso de puntillas para mirar, para echarles un vistazo a la cara de mono, los dientes de gato, las alas pterodactilares, venosas como las hojas de remolacha —. ¿Qué clase de murciélago es? ¿Orejudo, de herradura, reina?

—A mí me parece hetero —dijo Nick, dando golpecitos con el puño en el brazo de Alas.

—Ya está bien.

—Eso digo yo, *virgo potens*... No sé, chica, puede que sea un murciélago del zodiaco.

—O un murciélago común. No es un vampiro, ¿verdad?

—Me parece que tendrás que ir a Sudamérica para ver vampiros —dijo él—. Ponte los zapatos de plataforma.

Se hundió en los escalones, se ajustó el albornoz. Palpó hasta encontrar el interruptor de la luz y lo accionó. El murciélago, ahora lo veía bien, era pequeño y de colores claros, con las alas plegadas como una tienda de campaña doblada, un ratón con mochila. Tenía una cara tierna, como un ciervo, aunque le salía un hilo de sangre de la cabeza. Le recordó a un gato que había visto un día de pequeña, al que le habían disparado un perdigón en el ojo.

—No puedo seguir mirándolo —dijo ella y volvió a bajar las escaleras.

Nick apareció media hora después, en la entrada. Ella estaba en la cama, con un libro en el regazo: una biografía de una feminista francesa que estaba leyendo para informarse sobre su peinado.

—Hoy he comido con Erin —dijo él.

Ella se quedó mirando la página. Redecillas. Turbantes y redecillas. Podías ir días y días con una redecilla.

—¿Por qué?

—Por muchas razones diferentes. Sobre todo, por Ken. Aún es presidenta de la Asociación de Vecinos, y él necesita su apoyo. Sólo quería que lo supieras. Oye, no me tienes que pedir tanto.

—No te pido tanto —dijo ella y volvió a ponerse roja—. Ni tan calvo. Todos los tantos y los calvos los tienes tú. —Cerró el libro—. No sé por qué tonteas con esa gente. No son más que un puñado de tenderos.

Él había tratado de ser agradable, pero entonces se le escapó una leve mueca.

—Sí, ya veo, señorita altruista. Tú, con un padre que se ganaba la vida con las pieles. ¡Pieles! —Dio dos pasos hacia ella, luego media vuelta y retrocedió—. ¡No puedo creer que esté viviendo con alguien que creció gracias a lo que otro ganó con animales maltratados!

Ella callaba. Aquellos arrebatos de quisquillosidad moral era algo que había visto con frecuencia en la gente de allí. No eran buenas personas, no eran amables. Siempre iban tonteando de aquí para allá y mentían a sus cónyuges. ¡Pero reciclaban los periódicos!

—No metas a mi padre en esto.

—Mira, he pasado años de mi vida trabajando por la paz y la libertad de expresión. Incluso he estado en la cárcel. ¡He vivido en una jaula! No necesito vivir en otra.

—¡Tú y tu libertad de expresión! ¡Tú, que eres incapaz de escucharme dos minutos seguidos!

—¿Escuchar qué?

—Escucharme cuando... —y aquí se mordió un poco el labio—, cuando te digo que esa gente por la que te preocupas tanto, la odiosa Erin o como se llame, es sólo gente pequeña, horrible, no es nada.

—Así que no leen suficientes libros —dijo despacio—. Y a quién mierda le importa.

Al día siguiente estuvo en una reunión con Ken en la Asociación de Jubilados. El presentador televisivo de *Doble o nada!* estaría allí, y Ken quería estrechar unas cuantas manos y reclutar voluntarios. El presentador de *Doble o nada!* iba a dar una charla.

—No lo entiendo —dijo Alos.

—Ya lo sé. —Suspiró, la laguna de la vida flotando en los ojos —. Pero, bueno, es el estilo estadounidense. —Cogió las llaves, y la cara que puso al mirarla rápidamente le dijo que no era lo suficientemente guapa.

—Detesto Estados Unidos —dijo ella.

A pesar de todo, la llamó a la biblioteca durante el descanso. Había estado sentada en la parte trasera con Sarah, imaginando frases a lo Tom Swift, con el cerebro listo para sangrar desde los oídos, cuando sonara el teléfono.

—Deberías ver esto —dijo él—. Un viejo excéntrico levanta la mano, le cedo la palabra, se levanta y lo primero que dice es: «Hace diez minutos largos que tengo la mano levantada y usted insiste en no hacerme caso. No me gusta que me pasen por alto. No puede olvidarse de un individuo como yo, sobre todo con la edad que tengo».

Ella se rio, tal como él quería.

«Este perrito caliente es asqueroso, dijo ella con franqueza.»

—Para llamar la atención de los médicos, Ken tiene un montón de firmas que dicen «Teettlebaum por la reforma para el control de las indemnizaciones».

—Parece un poema de Wallace Stevens —dijo ella.

—No sé qué es lo que esperaba. Pero no está bien el giro que han tomado las cosas en este asunto.

«Es una perra, dijo él con voz felina.»

Ella se quedó callada, decidió que dejaría que él llevara el peso de la conversación.

—¿Te das cuenta de que todo el equipo de fútbol de Ken acaba de escribir una carta al periódico *The Star* acusándole de escandaloso y estafador?

—Bueno —dijo ella—, ¿y qué esperabas de un grupo de hombres creciditos que aún juega sucio?

Se quedaron callados.

—Me importa lo nuestro —dijo él finalmente—; sólo quería que lo supieras.

—De acuerdo —dijo ella.

—Ya sé que no hago más que fastidiarte —dijo él—, pero es que tú eres una inspiración para mí, de verdad.

«Me gustan los perros esquimales, dijo ella enseñando los caninos.»

—Gracias por..., por decir eso —dijo ella.

—A veces desearía que te comprometieras más con la comunidad para ayudarnos en nuestra campaña. Que dieras más de ti, que conectaras un poco con algo.

En el hospital se incorporó en la camilla y se ajustó un poco la bata de papel que la cubría, los pies en los estribos. La doctora sacó un espéculo de plástico de un cajón.

—¿Tiene hoy algún problema en particular? —preguntó la doctora.

—Sólo quiero que me vea y que me diga si hay algo que no va bien —dijo Alos.

La doctora la observó atentamente.

—Fuera hay un grupo de estudiantes de Medicina. ¿Le importa que pasen?

—¿Cómo dice?

—Ya sabe que éste es el hospital de la universidad —explicó—. Esperamos que a nuestros pacientes no les importe colaborar con la educación de nuestros estudiantes y permitan su entrada durante la revisión. Es una manera de contribuir a que la comunidad médica crezca, si quiere. Pero usted es la que decide. Puede decir que no.

Alos se asió a la bata de papel. «Nunca ha habido un accidente, dijo con negligencia.»

—¿Cuántos son?

—Siete —respondió la doctora con una carcajada—, como los enanitos.

—Entran y ¿qué es lo que hacen?

La doctora se impacientaba y miró el reloj.

—Participan en la revisión, vienen para aprender.

Alos se volvió a hundir en la camilla. No creía que se pudiera ofrecer de ese modo.

«Sólo eres del montón, dijo él mezquinamente.»

—Muy bien —dijo—, de acuerdo.

«Inclínate, dijo él rígidamente.»

La doctora abrió la puerta y llamó a los estudiantes que se encontraban en el pasillo.

—Entren, por favor.

Eran jóvenes, más de la mitad eran hombres y se apostaron alrededor de la camilla de revisión formando una herradura, con aspecto ligeramente avergonzado. Sentían pena por ella, no había duda, del mismo modo que los estudiantes de Arte algunas veces sienten pena por la modelo que tiritaba y que están a punto de dibujar. La doctora puso un taburete entre los pies de Alos e introdujo el espéculo de plástico con un mango que se ensanchaba, rígido, incómodo, vergonzoso.

—Hoy vamos a realizar una inspección pelviana de rutina — anunció la doctora en voz alta, y a continuación se levantó de nuevo, fue hasta el cajón y repartió guantes de látex para todo el mundo.

Alos se quedó un poco ciega. Una luz blanca, que partía del centro, se expandía hacia los extremos negros de su visión. Una tras otra, las manos de los estudiantes entraron en ella o presionaron su abdomen con avidez, con inocencia, para aprender algo de ella, en ella.

Echaba mucho de menos a su madre.

—El siguiente —decía la doctora, y luego otra vez—. Muy bien, el siguiente.

Alos echaba mucho de menos a su madre.

Pero fue la cara de su padre la que de repente se apareció ante ella, su cara en el marco de la puerta de su habitación, cuando por la noche iba a verla antes de irse a dormir, con semblante perplejo, horrorizado al encontrarla bajo la colcha tocándose y jadeando, y susurró: «Nell, ¿estás bien?», y desapareció dando un portazo, para dejarla allí, finalmente, para siempre; para morir y dejarla allí, sintiendo sólo su pena y desgracia, con la cual conviviría como con un abrigo.

Había dedos de goma dentro de ella, moviéndose, retorciéndose, pero no como los otros. Se sentó bruscamente y el estudiante joven retiró la mano, la apartó.

—No lo hacía bien —dijo a la doctora. Señaló al estudiante—. ¡No lo hacía correctamente!

—Muy bien —dijo la doctora, mirando a Alos con preocupación y alarma—. Muy bien, pueden marcharse —dijo a los estudiantes.

La doctora tampoco le encontró nada.

—Está perfectamente normal —dijo. Aunque le sugirió a Alos que tomara vitamina B y que por las tardes escuchara música tranquilamente.

Alos recorrió el aparcamiento del hospital tambaleándose y al principio no encontró su coche. Cuando dio con él, se apretó mucho el cinturón de seguridad, como si ella fuera algo salvaje: un animal o una estrella.

Volvió a la biblioteca y se sentó al mostrador. Todo el mundo se había ido ya a casa. En el extremo del cuaderno anotó: «Sola como un libro, sola como un mostrador, sola como una biblioteca, sola como un pincel, sola como un catálogo, sola como un número, sola como un cuaderno».

Luego, también ella abandonó aquel lugar, se fue a casa y se hizo un té. Se sentía separada de su cuerpo, sentía que lo arrastraba escaleras arriba como una bolsa grande de asas, su vacuidad curtida como algo que se puede cortar en pedazos y regalar, o algo en lo que se pueden pegar cosas. Se tendió entre las

sábanas de la cama, sudando, quizá a causa del té. Se le cayó el mundo encima, gastado, descentrado hacia un lado. No había más nombres por los que vivir.

Habría que vivir más cerca. Había perdido su lugar, como en un libro.

Habría que vivir más cerca de donde están enterrados los padres.

Mientras esperaba a que volviera Nick, sintió que se mareaba, flotaba hacia el techo y miraba hacia abajo, a la bolsa de asas. Al día siguiente se haría la tarjeta de donante de órganos, una tarjeta de donante de ojos, tantas tarjetas como se pudiera hacer. Se las enseñaría todas a Nick. «¡Nick, mira las tarjetas!»

Y como él no volvió a casa, se quedó despierta a través de la larga noche, a través del ruido sordo pero amortiguado de un pájaro que se golpeaba contra la ventana, a través de los truenos que iban y venían como una voz, a través de la lluvia frankensteiniana de la tormenta. Por encima de la casa, en lugar de estrellas, sintió las cabezas brillantes de su madre y de su padre, buscándola, con ojos centelleantes desde el cielo.

«Oh, ahí estás —dijeron—, ahí estás.»

Pero luego desaparecieron de nuevo, y ella estaba tendida, esperando, con el puño en la columna vertebral, la gracia y la fatiga que vendrían, que seguro que venían, por haber dado tanto al mundo.

## **AGNES DE IOWA**

Su madre le había dado el nombre de Agnes, pues creía que una mujer guapa causaba todavía más efecto cuando tenía un nombre sin pretensiones. Su madre se llamaba Cyrena, y encima era hermosa, pero siempre había imaginado que su vida habría sido más interesante, que habría influido en el mundo de un modo más espectacular y deslumbrante, y no habría terminado en Cassell, Iowa, si le hubieran puesto Enid, Hagar o Maude. Y por ello le puso Agnes a su primera hija, y cuando fue evidente que Agnes no era atractiva, sino más bien fofa y con tendencia a que le saliera un sarpullido entre las cejas, el pelo aplastado y del color de la bilis, su madre se lo pensó mejor y le puso Linnea Elise a su segunda hija (que resultó una criatura encantadora y dormilona, con unos huesos fantásticos y unos labios blandos y tiernos, y un lunar correoso encima del labio que más adelante podría extirparse sin problemas, todo el mundo estaba seguro de ello).

La misma Agnes siempre había tenido problemas con su nombre. Durante un breve periodo, cuando tenía veintitantes, había tratado de hacerlo pasar por francés: le colocó el acento en la última sílaba y animaba a la gente a que la llamara «Añés». Fue cuando vivía en Nueva York y salía mucho con su primo, un pintor que solía llevarla a fiestas que se celebraban en naves transparentes, en casas junto a la playa o en mansiones a la orilla de los lagos de la parte norte del estado. Conoció a mucha gente rica, no muy brillante, a quien le parecía enigmático que su nombre se pronunciara así. Era el resto de su persona lo que no veían muy claro.

—Añés, ¿de dónde eres, cariño? —preguntó una mujer de pantalones negros y pelo congelado, con piel como el papel y melanómica de tanto sol—. De origen. —Miró la vestimenta de Agnes como si fuera efectivamente lo que era: un par de cosas azules compradas en unos grandes almacenes de Cedar Rapids.

—¿De dónde soy? —contestó Agnes con suavidad—. De Iowa.  
—Tenía la costumbre de no hablar mucho.

—¿De dónde? —dijo la mujer con desprecio, perpleja.

—De Iowa —repitió Agnes más alto.

La mujer de negro rozó la muñeca de Agnes y se inclinó hacia ella en tono confidencial. Movió la boca con preocupación y de modo exagerado, como un ejercicio de gimnasia facial.

—No, querida. Aquí decimos Ohio.

Aquello ocurrió en la década de confusión que había seguido a la universidad. Entonces vivía improvisadamente, trabajando en cualquier cosa, en restaurantes, oficinas, tomando una clase o dos, no pensando mucho a largo plazo, lidiando con la precariedad y con las gripes del metro, y economizando para hacerse la manicura de vez en cuando o para ir al teatro. Una vida así requería una autoestima muy exagerada. Suponía tener cantidades excesivas de esperanza y desesperación, y ponerlas una junto a otra al tuntún, como países terciermundistas del continente de las emociones. Sus días cada vez eran más confusos debido a las contradicciones. Cuando se iba a dar un paseo, por salud, se le encendían brasas en las mejillas y se le aposentaba el hollín en las láminas enrolladas de las orejas. Los zapatos se hacían indescriptibles. Sus blusas se oscurecían en la brisa y un chorro de humo de autobús podía entretenerte en su pelo durante horas. Finalmente, volvía su antigua asma y, con una tos de perro que no cesaba, desistía. «Me encuentro como si me quedaran cinco años de vida —contaba a la gente—, así que me vuelvo a Iowa para encontrarme como si tuviera cincuenta.»

Mientras hacía las maletas para irse, sabía que estaba diciendo adiós a algo importante, que no estaba del todo mal, en cierto modo, porque por lo menos quería decir que había dicho hola a algo en primer lugar, cosa que, según ella, la mayoría de la gente de Cassell, Iowa, no podía decir que había hecho.

Año y medio más tarde se casó con un hombre aniñado, doce años mayor que ella, un agente inmobiliario de Cassell llamado Joe, y se compraron una casa en una calle pequeña llamada Birch Court.

Ella daba clases nocturnas en una Escuela de Arte y trabajaba voluntariamente para la Comisión Municipal de Transportes. La vida era como un vaso de agua: medio vacío, medio lleno. Medio lleno. Medio lleno. Bueno: medio vacío. A lo largo de los años, ella y Joe trataron de tener un hijo, pero una noche, durante la cena, mirándose de un modo solitario por encima del redondo de ternera, se dieron cuenta con horror de que probablemente nunca lo tendrían. Sin embargo, después de seis años lo seguían intentando, estropeando lo que quedaba de romanticismo en su matrimonio.

—Cariño —solía susurrarle ella por la noche mientras él leía a la luz de la lámpara de la mesilla; ella había dejado el libro y se acurrucaba junto a él, y quería poner la bufanda roja sobre la pantalla de la lámpara, pero como sabía que le molestaría no lo hacía.

—¿Quieres hacer el amor? Es un buen momento del mes.

Y Joe se quejaba. O bostezaba. O ya estaba dormido. Una vez, después de un día largo y duro, dijo:

—Lo siento, Agnes, pero no estoy de humor.

—¿Acaso crees que yo estoy de humor? —Se comenzaba a exasperar—. Me apetece tan poco como a ti.

Y él la miró con cara de asco y dos semanas después tuvieron la triste visión sobre el redondo de ternera.

En la Escuela de Arte, antes Grange Hall, Agnes daba clases sobre Grandes Libros de la Historia, pero de modo informal, con galletas. Dejaba que los estudiantes llevaran poemas, obras de teatro e historias escritas por ellos; dejaba que usasen la clase para tener un rato de creatividad. Incluso hubo uno que un día llevó una escultura eléctrica con luces intermitentes.

Después de clase algunas veces se reunía con los estudiantes individualmente. Les sugería temas sobre los que escribir, lecturas o asuntos que podían tener en cuenta para los próximos proyectos. Sonreía y les preguntaba si las cosas les iban bien. Se interesaba por ellos.

—Tendrías que ser más estricta —dijo Willard Stauffbacher, el director del Departamento de Enseñanza. Era un músico bajo y calvo al que le gustaba pegar en la puerta fotos de gente famosa con quien se encontraba algún parecido. Cada tres lunes presidía la reunión departamental («me gusta el nombre», decía Agnes en broma, ya que ella estaba allí de parte mental)—. Que sea un curso nocturno no quiere decir que te puedas salir del programa —dijo Stauffbacher con tono de reproche—. Si es una estupidez, usa la palabra *estupidez*. Si lo que ocurre es que no tiene sentido, escribe «no tiene sentido» en la parte superior de cada una de las páginas. —Había enseñado un tiempo en una escuela primaria y también en una cárcel—. Me da la impresión de que aquí hago yo todo el trabajo difícil —añadió. Había pegado cerca de su oficina un letrero donde se leían las

#### NORMAS PARA LA SALA DE MÚSICA:

Me quedaré en mi asiento a no ser [sic] con permiso para levantarme.

Me sentaré bien.

Escucharé las instrucciones.

No molestaré a nadie.

No hablaré cuando el señor Stauffbacher esté hablando.

Seré educado con los demás.  
Cantaré lo mejor que sepa.

Una noche Agnes se quedó con Christa, la única estudiante negra de la clase. Le encantaba Christa: era lista y divertida, y a Agnes a veces le gustaba quedarse después de clase con ella para charlar. Esa noche Agnes quería convencer a Christa de que dejara de escribir sobre vampiros.

—¿Por qué no escribes acerca de aquello que me contaste una vez? —sugirió Agnes.

—¿Acerca de qué? —Christa la miró con escepticismo.

—De cuando eras niña, durante los disturbios de Chicago, cuando ibas con tu madre entre las barricadas de la policía.

—Pero, hombre, si eso lo viví. ¿Por qué querría escribir acerca de eso?

Agnes suspiró. Quizá Christa tuviera algo de razón.

—Es sólo que no te puedo ayudar con el tema ese de los vampiros —dijo Agnes—. Siguen siempre la misma fórmula, es un género de ficción.

—¿Acaso podrías ayudarme más con mi niñez?

—Bueno, con historias un poco más serias, sí.

Christa se levantó, estaba turbada. Cogió la historia de vampiros.

—Tú y tus libros de Alice Walker y Zora Hurston. Eso ya no me interesa. Esos libros los leí hace años.

—Christa, por favor, no te enfades. Por favor, no hables cuando el señor Stauffbacher esté hablando.

—Esto era lo que me querías decir, ¿no?

—No, de verdad —dijo Agnes—. Es sólo que..., ¿sabes qué me pasa? Que estoy harta de esos vampiros. Siempre andan vagando y son repetitivos hasta la saciedad.

—Si fueras negra, lo que estás diciendo tendría otra lectura. Pero lo cierto es que no lo eres —dijo Christa, y recogió su abrigo y se fue dando grandes zancadas. Aunque al cabo de diez segundos

asomó la cabeza y dijo—: Hasta la semana que viene.

—Tenemos que invitar a un escritor negro —dijo Agnes en la siguiente reunión departamental—. Nunca ha venido ninguno.

Miraron el presupuesto; ese año las conferencias se enfrentaban con «Formación en danza», un programa dirigido por una pelirroja llamada Evergreen.

—El ballet Joffrey siempre coge a bailarines buenos —dijo Evergreen a propósito de nada. Así como una aspiradora puede arrancar el hilo de una alfombra, tanto yoga le había sorbido el seso hasta dejárselo seco. Nadie le prestaba mucha atención.

—Quizá podríamos invitar a Harold Raferson, de Chicago —sugirió Agnes.

—Ya tenemos a alguien para el puesto de escritor invitado —dijo Stauffbacher con tímida coquetería—: un afrikáner de Johannesburgo.

—¿Qué? —preguntó Agnes. ¿Lo decía en serio? Incluso Evergreen lanzó la carcajada.

—W. S. Beyerbach. Lo trae la universidad. Pagamos quinientos dólares y lo tenemos aquí durante un día y medio.

—¿Quién? —preguntó Evergreen.

—¿Ya está decidido? —preguntó Agnes.

—Sí. —Stauffbacher miró a Agnes acusadoramente—. He trabajado mucho para organizar esto. He trabajado mucho.

—Pues trabaja menos —dijo Evergreen.

Cuando Agnes conoció a Joe, se enamoraron locamente. Se besaban en los restaurantes; se toqueteaban en el cine por debajo de los abrigos. En la pequeña casa de él hacían el amor en el porche, en el rellano de la escalera, contra la pared del pasillo, junto a la puerta del desván, invadidos por demasiado deseo para esperar a estar en una habitación de verdad.

Ahora luchaban conscientemente por crear ambiente, algo que no habían necesitado hasta entonces. Ella preparaba la habitación con cuidado. Ponía música tranquila y se concentraba. Encendía velas como si estuviera en una iglesia, rezando por los ausentes. Llevaba una bata finísima. Se preparaba un baño caliente y luego entraba en la habitación con sólo una toalla, una criatura salvaje y parecida a un pez, de calor húmedo y perfumado. En el cajón de la mesita de noche todavía guardaba las tarjetas que una vez un médico le dijo que guardara, todavía ponía una X en las casillas de los días que ella y Joe tenían relaciones sexuales. Pero no se las podía enseñar al médico; ahora no. A Agnes le dolía verlas. Ella y Joe eran peores que un tiro errado. Ella y Joe parecían idiotas. Ella y Joe parecían muertos.

La luz de las velas bailoteaba frenéticamente en el techo, como un espectáculo de marionetas. Mientras esperaba a que Joe saliera del baño, Agnes yacía de espaldas en la cama y pensaba en la semana, en las dichosas discusiones políticas que habían tenido y en cómo ella no era muy buena en política. Una vez, antes de que fuera elegido, había ido a un mitin de Bill Clinton, pero cuando se demoró y la multitud llevaba una hora esperando, cuando el calor comenzó a apretar y las abejas comenzaron a aterrizar en la cabeza de la gente, cuando a todo el mundo le dolían los pies y los niños pequeños empezaban a llorar, el organizador del mitin avanzó para anunciar que Clinton se había parado en un Dairy Queen de Des Moines y que ésa era la causa por la que llegaba tarde. «¡En un Dairy Queen!» Se había enfadado, se había vuelto resentida y apolítica en su propia sed, dulce y hambrienta, y se había unido a los que empezaban a corear: «Haznos un favor, dinos el sabor».

En los años de universidad había sido feminista: básicamente se afeitaba las piernas, «pero no con la frecuencia suficiente», le gustaba decir. Firmaba las recogidas de firmas para pedir guarderías y también para pedir más Planificación Familiar. Y aunque ella nunca había sido muy agresiva con los hombres, sentía

de modo muy certero que sabía cuál era la diferencia entre el feminismo y el Día de Sadie Hawkins,<sup>\*</sup> cosa que, según ella, algunas personas no diferenciaban.

—Agnes, ¿se nos ha acabado la pasta de dientes o esto es...?, ah, entiendo, de acuerdo.

Y una vez, en Nueva York, había organizado quijotescamente la cola del lavabo de señoritas en el teatro Brooks Atkinson. Puesto que la obra iba a comenzar de un momento a otro y la cola todavía era de veinte mujeres, consiguió que seis atravesaran el vestíbulo con ella hacia el lavabo de caballeros. «¿Ya se ha ido todo el mundo?», preguntó tímidamente, y dejó que dos hombres terminaran, lo que costó un rato, sobre todo porque otro hombre impaciente que quería entrar se coló. Más tarde, en el entreacto, vio cómo tendría que haberlo hecho: dos mujeres negras, mayores, grandes expertas en derechos civiles, se metieron con toda la confianza del mundo en el lavabo de caballeros y gritaron: «No os preocupéis por nosotras, vamos a entrar, no os preocupéis».

—¿Estás bien? —preguntó Joe, sonriendo. Ya estaba junto a ella. Su olor era agradable, a jabón y a dientes mentolados, como un niño.

—Creo que sí —contestó, y se volvió hacia él en la luz de burdel de la habitación. Él nunca había adquirido el aspecto de madurez anclado en el sufrimiento que bruñía la cara de tantos hombres. Su desgracia en la vida (una niñez de palizas, una madre moribunda) era como las arenas movedizas, y tenía que mantenerse completamente apartado de ellas. No se permitía ningún recuerdo infeliz en voz alta. Estaba apegado a la misma alegría amable que había ido afilando con éxito cuando era niño, la cual le hacía parecer como un necio incluso ante sí mismo. Quizá le perjudicaba un poco en su trabajo.

—Tu mente está vagando por ahí —dijo él, dejando que los ojos se le cerraran.

—Lo sé. —Ella bostezó, pegó las piernas a las suyas para que se le calentaran, y de este modo, con las velas ardiendo hasta llegar a la lata, se durmieron los dos.

Llegó la primavera, fría y húmeda. Los bulbos se resquebrajaban y brotaban, los periscopios verdes apareciendo de la nada, y el primero de abril la Escuela de Arte anunció una conferencia en broma a cargo de T S. Eliot, profesor invitado. Se titulaba «El mes más cruel». «¿No lo encuentras divertido?», preguntó Stauffbacher.

El 4 de abril habría una recepción en honor de W. S. Beyerbach. Después se ofrecería una cena, y luego Beyerbach visitaría la clase de Agnes sobre Grandes Libros de la Historia. Había elegido su segunda colección de sonetos, sobrios y elegantes, con política diáfana y susurrante. Al día siguiente, allí mismo, habría una lectura.

A Agnes no la habían invitado a la cena, y cuando preguntó por ello, con tono amable y desesperado, Stauffbacher se encogió de hombros, como si fuera algo que estuviera fuera de su alcance. Soy una poetisa con obra publicada, quería decir Agnes. Una vez le habían publicado un poema, en la revista *Gizzard*, ¡pero y qué!

—Edie Canterton hizo la lista —dijo Stauffbacher—. Yo no tengo nada que ver.

De todos modos, fue a la recepción, enfadada, y cuando se plantó junto al queso como un árbol partido en dos por un rayo, sentía que las galletas que comía iban formando una pasta mala en la boca y le dio miedo sonreír. Cuando por fin se presentó a W. S. Beyerbach, se atascó al decir su propio nombre: de hecho pronunció Añés.

—Añés —repitió Beyerbach con voz tranquila e inglesa.

«Condescendiente», pensó ella. Tenía el pelo rubio y blanco, como un caballo bayo, y los ojos eran azules y desdeñosos como caramelos de menta. Se dio cuenta de que era un hombre contenido; aunque alguien diría que más bien tímido, pero ella

decidió que era contenido: falto de generosidad. Pasivo-agresivo. Hacía que la gente a su alrededor se cortara y hablara nerviosamente. Se limitaba a asentir, la sonrisa en la cara sin fuerza, ligeramente farmacéutica. Todo en él era rígido y enroscado como el muelle de una puerta. «De vivir en ese país —pensó Agnes—. ¿Cómo era capaz de vivir en ese país?»

Stauffbacher trataba de hablar efusivamente del alcalde. Algo acerca de sus viejas ideas progresistas y el inminente centro de convenciones. Agnes pensó en sus reuniones con la Comisión de Transportes, en la ley del alcalde de correas para gatos, en el nuevo escuadrón de mujeres para poner multas en los parquímetros y en la policía en bicicleta, en un hombre del ayuntamiento con el que el alcalde se dio de tortas un día en un bar.

—Ahora, por supuesto, el alcalde es fascista —dijo Agnes en un tono que sonó extrañamente alto, brillante de rabia.

A su alrededor se hizo el silencio. Edie Canterton dejó de remover el ponche. Agnes miró a su alrededor:

—Ah, ¿es que no se puede usar esa palabra en esta sala?

La expresión de Beyerbach se tornó pálida. La cara de Agnes ardía de confusión.

Stauffbacher parecía dolido y luego afligido.

—¿Alguien quiere más queso? —preguntó, sosteniendo la bandeja plateada.

Después de que todos se marcharan a la cena, ella se fue sola al Dunk 'N Dine que había cruzando la calle. Pidió el California, un bocadillo de bacon, lechuga y tomate, y un café, y hojeó nuevamente el trabajo de Beyerbach: docenas de imágenes de cuerpos podridos, rotos, de los motines y las traiciones del cuerpo, de los cuidadores extraños del cuerpo y de las mascotas ilícitas. Al principio del libro había una dedicatoria: «Para DFB (1970-1989)». ¿Quién sería? Un activista político, tal vez. Quizá fuera la joven a la que a menudo hacía referencia en sus poemas, «Una mujer que

había tirado el vestido intempestivo de la esperanza», para luego buscarlo «en el arbusto que brotaba de la sangre». Quizá, si surgiera la oportunidad, Agnes se lo preguntaría. ¿Por qué no? Un libro era algo público y la dedicatoria formaba parte de él. Si le parecía una pregunta demasiado personal, mala suerte. Encontraría el momento adecuado, decidió. Pagó con un cheque restaurante, se puso la chaqueta y cruzó la calle hacia la Escuela de Arte, para encontrarse a Beyerbach en la puerta. Esperaría el momento y entonces aprovecharía la oportunidad.

Él ya estaba en la entrada cuando ella llegó. La saludó con una sonrisa tensa y un suave «Hola, Añés», un acento que hacía que su voz sonara ordinaria y pueblerina.

Ella le sonrió y luego le soltó:

—Tengo que hacerle una pregunta. —A sus propios oídos sonaba como Johnny Cash.

Beyerbach no dijo nada, sujetó la puerta para que pasara y luego la siguió hacia el interior del edificio.

Ella continuó hablando mientras subían lentamente las escaleras:

—¿Puedo preguntarle a quién dedica el libro?

Al final de las escaleras giraron hacia la izquierda y avanzaron por el largo pasillo. Ella notaba su férrea reserva, cómo se mordía los labios, su timidez sin duda alguna racionalizada y vestida de esnobismo, pero se necesitaba tanto esnobismo para sobrellevar toda esa timidez que no era posible que fuese un buen crítico de su país. Estaba enfadada con él. ¿Cómo puede vivir en ese país?, quería decirle de nuevo, sin embargo se acordó de cuando se lo habían preguntado a ella, un danés en el viaje de fin de carrera a Copenhague. Había sido durante la guerra del Vietnam, y el hombre la había mirado mezquinamente, con toda la razón. «Estados Unidos, ¿cómo puedes vivir en ese país?», había preguntado el hombre. Agnes se había encogido de hombros.

«Tengo la mayoría de mis cosas allí», había dicho, y fue entonces cuando sintió por primera vez el amor y la vergüenza oscura que venían del hogar como puro accidente, el lugar profundo y arbitrario que resultaba ser el tuyo.

—Está dedicado a mi hijo —dijo finalmente Beyerbach. Él no la miraba, sino que miraba hacia delante, al suelo del pasillo. Ahora los zapatos de Agnes hacían mucho ruido.

—Perdió un hijo —dijo ella.

—Sí —dijo él. Miró hacia otro lado, hacia la pared por delante de la cual pasaban, hacia el tablón de anuncios de Stauffbacher, la puerta del lavabo de caballeros, la puerta del lavabo de señoritas, una firmeza rota en él, y cuando se dio la vuelta, ella vio que tenía los ojos llenos de agua, la cara congestionada, enrojecida por una presión insoportable.

—Lo siento —dijo Agnes.

Entonces, de un lado a otro, las pisadas resonaban por el pasillo en dirección a la clase; todo el nerviosismo que sentía junto a aquel hombre callado y abrumado por el dolor adquiría ahora la apariencia de ansiedad, de amor. ¿Qué debía decir? Perder un hijo debe de ser algo insoportable. ¿No debería decir él algo de esto? Le tocaba a él decir algo.

Pero no lo hizo. Y cuando por fin llegaron a su clase, se volvió hacia él en la entrada y, sacando un paquete de su bolsa, dijo simplemente con tono seguro:

—Siempre comemos galletas en clase.

Entonces le sonrió con tal alivio que supo que por una vez había dicho lo indicado. Aquello la llenaba de afecto por él. Quizá, pensó, era por ahí por donde comenzaba el afecto: en una frase insólita, en un momento en que alguien inesperadamente y al fin ha dicho lo que había que decir. «Siempre comemos galletas en clase.»

Lo presentó con un poco de floritura y de biografía. Todos en sus puestos, los estudiantes atendían. Los chicos levantaban la mano y le preguntaban sobre el *apartheid*, sobre los barrios de chabolas y sobre su patria, y él contestaba de forma sucinta,

después de sorber con la nariz y de guardar largos silencios, sólo una vez calificó una pregunta como «un capricho que no se puede responder», tras lo cual la estudiante se quiso fundir y comenzó a rebuscar algo en su bolso, nada, quizá un pañuelo de papel. Beyerbach pareció no darse cuenta. Continuó, habló de la censura, de cómo una persona se debe esforzar para no hacer propio el programa de censura del gobierno, ya que eso es lo que le gustaría más al gobierno, que uno mismo se autocensurara, y de cómo él no estaba seguro de no haber sucumbido. Al final varios estudiantes se quedaron y le dieron la mano de un modo formal, extraño, y luego se fueron. Christa fue la última: ella también le dio la mano y comenzó a charlar amablemente. Tenían un conocido en común (Harold Raferson, de Chicago), y mientras Agnes pasaba la mano rápidamente por las mesas del aula para limpiar las migas de las galletas, trató de escuchar, pero no logró oír nada. Juntó las migas en un montoncito y se las echó en una mano.

—Adiós —dijo Christa como cantando.

—Adiós, Christa —dijo Agnes tirando las migas a la papelera.

Ahora estaba con Beyerbach en la clase vacía.

—Muchas gracias —dijo en voz baja—, seguro que les ha sido de provecho. Estoy segurísima.

Él no dijo nada, pero le sonrió amablemente.

Ella se apoyó en la otra pierna.

—¿Le gustaría ir a algún sitio a tomar algo? —preguntó. Estaba cerca de él, mirándolo a la cara. Era alto, antes no se dio cuenta. No era ancho de espaldas, pero tenía un porte juvenil, erguido. Ella le rozó levemente la manga. Llevaba un traje de pana y desprendía un suave olor a clavo. Era la primera vez en su vida que invitaba a un hombre a tomar algo.

Él no hizo ningún movimiento para apartarse, pero se inclinó un poco hacia ella. Pudo sentir su respiración seca, ver de cerca los rayos de colores de sus iris, grises y amarillos en el azul. Tenía unas cuantas pecas pequeñas junto al nacimiento del pelo. Sonrió y luego miró el reloj de la pared.

—Me encantaría, de verdad, pero tengo que volver al hotel para hacer una llamada a las diez y cuarto. —Parecía un poco decepcionado: «No mucho», pensó Agnes, «aunque un poco sí».

—Bueno —dijo ella. Apagó las luces y, en la oscuridad, él la ayudó con delicadeza a ponerse la chaqueta. Salieron de la sala y anduvieron juntos en silencio, por el pasillo, hacia la puerta principal. Afuera, en las escaleras, la noche era balsámica y con perfume de lluvia.

—¿Le parece bien que le acompañe al hotel? —preguntó ella  
— O...

—Ah, sí, gracias. Está aquí, a la vuelta de la esquina.

—Ah, perfecto. Es que tengo el coche aparcado por allí. Bueno, me imagino que nos veremos mañana por la tarde en la lectura.

—Sí, por supuesto, con mucho gusto —dijo él.

—El gusto es mío —dijo Agnes.

La lectura, en una gran sala de reuniones de la escuela, era de un libro de sonetos que ella ya había leído, pero era bonito volver a escuchar los poemas, con su voz murmurante de tenor afligido. Se sentó en última fila, el impermeable verde extendido en su asiento de cualquier manera, como una hoja. Se inclinó sobre el asiento que había frente a ella, la espalda como un tallo en ángulo, la barbilla sobre los puños, y escuchó así durante un rato. Hubo un momento en que cerró los ojos, pero la imagen de él ante ella, erguido como la aguja de una brújula, se quedó atrapada bajo sus párpados como una quemadura o una manchita o un mensaje de la mente.

Después, cuando se apartó del atril, Beyerbach la vio y la saludó con la mano, pero Stauffbacher, como un remolcador con un trabajo que hacer, lo cogió por el brazo y lo llevó hacia otro lugar, hacia la mesa de al lado con los vasos de plástico con Pepsi tibia. Los dos somos hombres, parecía decir el gesto. Los dos llevamos *bach* en el apellido. Agnes se puso el impermeable verde. Fue hacia

la mesa de la Pepsi y se quedó allí. Apuró la Pepsi tibia y dejó el vaso vacío encima de la mesa. Beyerbach finalmente se volvió hacia ella y sonrió con familiaridad. Ella le tendió la mano.

—Ha sido una velada preciosa —dijo—. Estoy muy contenta de haber tenido la oportunidad de conocerle. —Le cogió la palma, larga y fina, y la encerró entre sus dedos. Pudo sentirle los huesos.

—Gracias —dijo él. Miró su abrigo con preocupación—. ¿Ya se va?

—Me temo que me tengo que ir a casa —dijo ella mirando su abrigo. No estaba segura de si realmente tenía que irse o no. Pero ya se había puesto el abrigo y ahora parecería extraño si se lo quitaba.

—Oh —murmuró él, mirándola fijamente—. Bueno, te deseo lo mejor, Añés.

—¿Cómo dice? —se oía ruido cerca del atril.

—Que te deseo lo mejor —dijo, con algo replegándose en su expresión.

Stauffbacher apareció de repente junto a ella, frunciéndole el ceño a su abrigo verde, como si fuera algo incomprensible.

—Sí —dijo Agnes, retrocediendo y avanzando de nuevo para darle la mano a Beyerbach; era una mano preciosa, como un trozo de madera antiguo y caro—. Lo mismo le digo. —Y dio media vuelta y salió corriendo de la habitación.

Durante varias noches no pudo dormir bien. Ponía la cara directamente contra la almohada, luego la volvía para respirar un poco, luego se daba la vuelta y se ponía boca arriba, y abría los ojos, y se quedaba mirando el extremo más alejado del dormitorio por el ángulo desnudo de la puerta, hacia la luz minúscula del baño que iluminaba el vestíbulo, levemente, como si alguien acabara de estar allí.

Durante varios días pensó que quizá le habría dejado una nota a la secretaria, o que le enviaría una desde algún aeropuerto. Pensó que lo inadecuado de la despedida también le perseguiría a él y que mandaría una postal para arreglarlo un poco.

Pero no lo hizo. Tuvo el pensamiento pasajero de escribirle una carta con papel y sobre de la escuela, que por razones de presupuesto ya no eran material de la escuela, sino fotocopias del material de la escuela. Sabía que había partido hacia la Costa Oeste, que luego seguiría hacia Tokio, luego hacia Sídney y luego otra vez hacia Johannesburgo, y que si la enviaba entonces, quizá la recibiría cuando llegara. Podría volver a contarle lo interesante que había sido conocerlo. Podía adjuntar su poema de la revista *Gizzard*. Había leído en el periódico un artículo sobre el dolor que causa la muerte de un ser querido y, como si fuera su propia madre, podría enviárselo también.

Gracias a Dios, gracias a Dios, ella no era su madre.

La primavera se afianzó en Cassell con una racha de tormentas. Las flores perennes del mirto y del jacinto florecían por la ciudad en una especie de azul cívico, y el aire, que cada vez era más cálido, traía consigo una mosca o un mosquito ocasional. Las reuniones de la Comisión de Transportes eran deprimentes e interminables, muy a menudo se celebraban a la hora de la cena, y cuando Agnes llegaba a casa se las contaba a Joe, algunas veces echándose a llorar en los episodios del fotoradar o de la ampliación de las autopistas.

Cuando su madre llamaba, Agnes cogía el teléfono a toda velocidad. Cuando llamaba su hermana para hablar de su madre, cogía el teléfono todavía más rápido. Joe le frotaba las manos y le hablaba de garajes, del atractivo de los bordillos, de cañerías envueltas en asbesto.

En la escuela, enseñaba y se preocupaba, y seguía recibiendo las típicas notas de secretaría, escritas en los típicos trozos de papel; sólo que esta vez los trozos de papel eran recortes de los carteles que habían sobrado de la lectura de Beyerbach. Recibía una larga disquisición sobre la política y el procedimiento para matricularse en verano, y cuando le daba la vuelta allí estaba su cara: en la fotografía, triste y pomposa. Recibía un mensaje telefónico muy simple: «Ha llamado tu marido. Por favor, llámalo a la oficina», y en el reverso se encontraba la nariz partida de Beyerbach, un ojo como un caramelo de menta, una barbilla con aspecto de codo. Al final se terminaron, y los trozos de papel pasaron a ser de anuncios de concursos viejos, fechas límite para las becas, noticias sobre el concierto de Semana Santa.

Por la noche, ella y Joe hacían yoga con un programa de la televisión. Era parte del esfuerzo que hacían para no ser como sus padres, aunque el matrimonio, lo sabían, tenía ese peligro. El desencanto funcional, la dulce costumbre de tenerse el uno al otro, había comenzado a poner arrugas alrededor de su boca, arrugas que parecían signos de interrogación, como si todo lo que ella dijera ya lo hubiera dicho antes. A veces, la vieja *Madeline*, una gorda gata manchada y consentida que se beneficiaba de vivir con una pareja sin hijos durante los años fériles, iba y se dejaba caer junto a ellos, entre ellos. Estaba acostumbrada a que la mimaran y a beber del grifo, aunque a veces desaparecía y no la veían durante días, hasta que más tarde la encontraban en el patio, sucia y con el pelo apelmazado, mascando un ratón de campo o comiendo nieve vieja.

El fin de semana del Día de los Caídos, Agnes fue con Joe a Nueva York en avión, para mostrarle por primera vez la ciudad. «Un lugar —dijo— donde no ser blanco o haber nacido en otra parte no te convierte automáticamente en una leyenda.» Su enfado con Iowa había ido en aumento. La forma patética, siempre por terceros, en que se sabían los asuntos importantes y se hablaba del mundo, la

forma oblicua y cansada en que la historia se situaba en aquel lugar, si es que alguna vez lo hacía. Deseaba ser una ciudadana del mundo.

Patinaron en Central Park. Miraron los escaparates de Lord & Taylor. Fueron a Joffrey. Fueron a una peluquería de la calle Cincuenta y siete donde ella se tiñó el pelo de rojo. Se sentaron junto a las ventanas de las cafeterías y pidieron café y comieron pastel.

—Esto no ha cambiado nada —comentó a Joe—. Cuando vivía aquí, todo el mundo se reventaba trabajando por dinero. Lo hacían los ricos. Lo hacían los pobres. Aunque todos se esforzaban mucho por ser divertidos. Fueras donde fueses (una tienda, la manicura), siempre había alguien contando un chiste. Uno bueno, además. —Recordaba que aquella tendencia al humor era lo que hacía que cada día resultara soportable. Había sido un humor de tipo resuelto, una intensidad que reflejaba la intensidad de la ciudad, y parecía abrazar y aliviar la tristeza de las gentes que se habían acostumbrado las unas a las otras y que habían estropeado la tierra del modo que lo habían hecho—. Era como cerebros follando. Como si cada cerebro fuera un maníaco sexual. —Bajó la vista hacia la tarta—. La gente trabajaba a fondo la risa. La gente necesita reírse.

—Claro que sí —dijo Joe. Tomó un trago de café, los labios entreabiertos sobre la taza como una flor de carne. Tenía miedo de que se pusiera a llorar (otra vez había puesto aquella cara), y si lo hacía se sentiría culpable, perdido y apenado por ella, porque su vida ya no estuviera allí, sino en un sitio lejano, aburrido y con él. Dejó la taza en la mesa y trató de sonreír—. Seguro que sí. —Y miró por la ventana los taxis destortalados, los cubos de basura en forma de ostra y el aire tuberculoso, tres kilos de alas de pollo tiradas en el bordillo delante del restaurante donde se encontraban. Se volvió hacia ella y puso cara de payaso.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—Pongo cara de payaso.

—¿Qué quieres decir con que pones cara de payaso?

Alguien detrás de ella cantaba *I love New York* y por primera vez se dio cuenta de la irresolución extraña de aquella melodía.

—Pues eso, que pongo cara de payaso normal.

—Pues no parecía eso.

—¿Ah, no? ¿Y qué parecía?

—¿Quieres que te ponga yo la cara?

—Sí, pon tú la cara.

Miró a Joe. Todo plan de vida lleva con él la tristeza, la sombra sentimental, de no ser otra cosa, sino eso mismo: trató de poner la cara, visión de una vacuidad y una estupidez tan monstruosas que Joe lanzó una carcajada que pareció un aullido, como un perro, y ella hizo lo mismo, el aire explotándole en la nariz como un ronquido, la cabeza hacia delante, luego atrás, luego adelante nuevamente, y luego deshaciéndose en un ataque de tos.

—¿Estás bien? —preguntó Joe y ella asintió con la cabeza. Por educación, miró hacia otro lado, fuera, donde de repente había comenzado a llover. Al otro lado de la calle, dos personas se habían plantificado bajo la cornisa del escaparate de una tienda Gap, para no mojarse, esperando a que pasara el chaparrón, sus figuras oscuras cual espantapájaros contra las luces del escaparate. Cuando se volvió hacia su mujer (su mujer joven y triste) para mostrárselo, para enseñarle lo divertido que era un hombre sujeto con firmeza a la madurez, ella todavía permanecía ladeada en el asiento, de modo que su cara se ocultaba bajo el borde de la mesa y él sólo podía verle una curva, la confusa sombra del jersey fino de entretiempo y el tinte estridente del pelo, brillante y terrible.

## CHARADAS

Es propio de la Navidad que se reduzca a esto, a sus propios huesos pelados. A Therese la familia comienza a parecerle una compañía de actores: todos llegan, actúan para los demás, cogen algún vuelo matinal que los lleva lejos, a Logan o a O'Hare. Probablemente sea apropiado que una fiesta que es un juego haya aparecido y se haya introducido literalmente bajo el disfraz de una tradición festiva (que no lo es). Resumiendo, lo normal es que nadie en la familia de Therese exprese sentimientos muy genuinos; todo el mundo quiere, en cambio (¡aunque sea un juego!), hacer una buena representación.

El escenario es diferente cada año; sus envejecidos padres, en su agitada ancianidad, compran y venden casas, mudándose sin cesar de Maine hacia el sur. La agencia inmobiliaria es idea de la madre de Therese. Desde que se jubiló, el padre se ha dedicado más a los comederos para pájaros; está aprendiendo a construirlos. «¿Quién sabe por qué le dará luego? —suspira su madre—. Quizá comience a grabar figuras en la fachada.»

Este año están en Bethesda, Maryland, cerca de donde vive Andrew, el hermano de Therese. Andrew es ingeniero eléctrico y está casado con una detective privada a media jornada, preciosa y dulce, llamada Pam. Pam tiene el pelo rebelde y siempre sonríe. ¿A quién se le ocurriría sospechar que se dedica a reunir discretamente confidencias y datos para nuestros adversarios? Congela el jamón. Prepara gelatina con trozos de frutas con varios días de antelación. Ella y Andrew son padres de una niña de año y medio llamada Winnie, que ya sabe leer.

Lee los subtítulos de la televisión, pero lee.

Se han dividido en dos equipos, cuatro y cuatro, y han escrito nombres de gente famosa, canciones, películas, obras de teatro, libros famosos, en trozos del papel roto que envolvía los regalos unas horas antes. Faltan todavía unas cuantas horas para el vuelo de Therese y de su marido Ray, que ha de salir a las cuatro y media del Aeropuerto Nacional.

—Sí —dice Therese—, supongo que nos tendremos que perder la exposición de «Averell Harriman: un prohombre para la eternidad».

—No sé por qué no podíais coger un avión que saliera más tarde —dice Ann, la hermana de Therese, poniendo mala cara. Ann es la pequeña, tiene diez años menos que Therese, que es la mayor, pero últimamente la voz de Ann ha adquirido un tono de matrona regañona que sorprende a Therese—. A las cuatro y media —dice Ann frunciendo la boca y apoyando los pies en una silla que tiene al lado—. Es un poco ridículo. Os perderéis la comida. —Lleva zapatos puntiagudos y de aire victoriano. Son de ante verde, un cruce entre zapatos de cortesana y de Peter Pan.

Los equipos están hechos de tal modo que Therese, Ray y sus padres están en un equipo; Andrew, Pam, Ann y Tad, el novio de Ann, en el otro. Tad es esbelto, pelirrojo y representante comercial de Neutrogena. Él y Ann se acaban de prometer. Después de casi una década de búsqueda en el amor y en el trabajo, Ann va ahora a la Facultad de Derecho y planea la boda para el verano. Como Therese ha trabajado durante años como abogada de oficio y en la actualidad es jueza de distrito del condado, consecuencia de un nombramiento político afortunado, ha asumido que la decisión de Ann de ser abogada es una especie de afirmación de la fraternidad que las une, y en un futuro significará que ella y su hermana tendrán más cosas en común, que Ann le hará preguntas, observaciones, cosas que decir dignas de un forense. Aunque parece que no es así. Ann, en cambio, aparece estar preocupada porque tiene que contratar una orquesta, una empresa de banquetes y tiene que alquilar un salón en un restaurante.

—Uf —dice Therese con comprensión—, ¿no te dan ganas de fugarte? —Therese y Ray se habían casado en el juzgado, con los secretarios de testigos.

—Bueno... —dijo Ann encogiéndose de hombros—. Trato de encontrar la manera de que todo el mundo vaya de la iglesia al restaurante sin que se les arrugue el traje, para que no estropeen las fotos.

—¿De verdad? ¿Eso es lo que haces?

Los títulos están en dos cuencos grandes de ensalada, cada equipo se queda con el cuenco donde el otro equipo ha puesto sus títulos. Comienza el padre de Therese:

—Muy bien, atención todo el mundo. —Siempre ha sido agudo, competitivo, tenso; por lo general, los juegos han sacado lo mejor y lo peor de él. Aunque esos días parece nervioso y mayor. Hay una aflicción en sus ojos, algo triste y perdido que a veces les apuñala: el temor a una vida gastada en vano, o la incertidumbre sobre dónde dejó las llaves. Hace una señal para indicar que le ha tocado el nombre de una persona famosa. Nadie recuerda con qué gesto se indica, así que la familia ha inventado uno: una postura rápida y engreída, con los brazos en jarras y la barbilla levantada. Haciendo acopio de sentido teatral, el padre de Therese lo hace bien.

—¡Una persona famosa! —grita todo el mundo, aunque por supuesto hay alguien que grita «Un tonto» para hacerse el listo. Esta vez es la madre de Therese.

—¡Un tonto! —exclama—. ¡El tonto del pueblo!

Pero el padre de Therese sigue, indicando las sílabas, sin hacer caso de su esposa, golpeando con fuerza los dedos de la mano derecha en la otra manga. La persona famosa tiene dos nombres y apellido. Está haciendo el primer nombre, la primera sílaba. Saca un billete de dólar y lo señala.

—George Washington —grita Ray.

—¡George Washington Carver! —grita Therese. El padre de Therese dice que no con la cabeza, enfadado, dándole la vuelta al billete y señalándolo con violencia. Le molesta no controlar lo que se

dice.

—Billete —dice la madre de Therese.

—¡Bill! —dice Therese. Su padre comienza a decir que sí con la cabeza y la señala con el dedo psicóticamente. «Sí, sí, sí.» Acto seguido, hace un gesto como de alargar algo con las manos.

»Bill, Billy, William —dice Therese, y su padre la señala como un loco con el dedo—. William —dice ella—. William Kennedy Smith.

—Sí —grita su padre, aplaudiendo y echando la cabeza hacia atrás, como si rezara al techo.

—¿William Kennedy Smith? —Ann pone otra vez mala cara—. ¿Cómo has sacado todo el nombre sólo con William?

—Ha salido en las noticias. —Therese se encoge de hombros. No se explica el rencor de Ann. Quizá tenga algo que ver con los esfuerzos de Ann en la Facultad de Derecho, o con que Therese sea jueza de distrito, o con el diamante en el dedo de Ann, que es tan grande que a Therese le parece poco delicado llevarlo delante del diamante de su madre, que cuando se mira de cerca se ve que es falso. Esa mañana temprano, Ann le ha dicho a Therese que adoptaría el apellido de Tad.

—¿Te vas a llamar Tad? —preguntó Therese, pero a Ann no le hizo gracia. El sentido del humor de Ann nunca ha sido muy flexible, aunque disfruta con una buena broma.

Ann le explicó en privado el cambio de nombre:

—Porque creo que una familia es como un equipo, y todos los del equipo tienen que llevar el mismo nombre, como un color. Creo que un cónyuge tiene que ser un jugador de equipo.

Therese ya no sabía quién era Ann. Le gustaba más cuando tenía ocho años, con su plumier azul, y aquel modo raro de correr trotando que le venía de tener una pierna más de medio centímetro más larga que la otra. Ann era más atractiva de niña. Era difícil y curiosa. Era un encanto. O por lo menos eso es lo que le parecía a Therese, que pasaba la mayor parte del tiempo en el instituto o en la universidad, ligeramente deprimida y estudiando mucho, destrozando su ya mala vista, de modo que ahora llevaba unas

gafas tan gruesas que sus ojos parecían nadar de un modo turbio tras ellas. Aquella mañana, mientras escuchaba a Ann hablar de jugadores de equipo, Therese había sonreído y asentido, pero fue como si le soltaran un sermón, como si ella fuera una hippie díscola y desorientada. Quería coger a su hermana, abalanzarse sobre ella, abrazarla, hacerla callar. Trató de entender las palabras nupciales de Ann, preocupadas y lúgubres, pero en cambio se encontró recordando los porrazos que solía simular para Ann: era capaz de fingir que se caía de brúces para que Ann se riera.

La voz de Ann seguía sonando:

—Cuando te sientas durante mucho rato, el canesú se frunce...

Therese midió mentalmente el largo de su cuerpo y el espacio que había ante ella, y se preguntó si podría hacerlo. Claro que sí. Claro. Pero ¿lo haría? Y entonces, de repente, supo que lo haría. Dejó que la cadera se torciera y cayó hacia delante, con el brazo formando un ángulo, la boca pegando un grito. Había aprendido a hacer esto en la escuela de teatro cuando tenía quince años. No era guapa, y era una manera de captar la atención de los chicos. Aterrizó con un golpe seco.

—¿Todavía haces eso? —preguntó Ann con incredulidad e indignación—. ¿Eres jueza y todavía haces eso?

—Más o menos —dijo Therese desde el suelo. Palpó a su alrededor para buscar las gafas.

Ahora es Ann quien se pone de pie para dar pistas a los demás jugadores de su equipo. Mira el nombre del papel y pone un poco de mala cara.

—Necesito consultar una cosa —dice con una vaga repugnancia que quizás imagina que es sofisticada. Coge el papel y se lo pasa a Therese.

—¿Qué es esto? —pregunta Ann. En el papel, con letra de Ray, aparece escrita con faltas la palabra *Aracnofobia*.

—Es una película de arañas —dice Ray disculpándose—. ¿Está mal escrita?

—Me parece que sí, cariño —dice Therese inclinándose para ver el papel—. Has puesto una «a» donde debía ir una «o».

Ray es disléxico. Cuando el trabajo baja en los meses de invierno, en vez de quedarse en casa con un libro o ir a psicoterapia, se va en coche a ver primeras sesiones vespertinas de películas malas: «latazos», las llama él, u «hojalatazos», cuando se ríe de sí mismo. Ray escribe mal casi todo. ¿Es *comisaría* o *comisería*? ¿Es *aversión* o *adversión*? ¿*Tranvía* o *trenvía*? ¿*Teleférico* o *telesférico*? Su empresa de tejados tiene fama de ser un poco chapucera y de segunda categoría. A pesar de todo, Therese cree que es un individuo fantástico. Nunca se da aires de superioridad. Prepara infinidad de platos con pollo. Es ardiente y capaz, y asegura casi cada noche, de un modo marital, que Therese es la mujer más sexy que ha conocido. A Therese le gusta eso. Ella tiene, además, un lío con un joven subalterno de la fiscalía del distrito, pero es algo limitado, como quitarse los guantes, dar unas palmadas y volvérselos a poner. Es algo tranquilo y nadie se puede enterar. No es nada, aparte de que es sexo con un hombre que no es disléxico y de vez en cuando, por Dios, le hace falta.

Ann está escenificando *Aracnofobia*, la idea general, en vez de ir sílaba por sílaba. Mira fijamente a los ojos a su prometido, moviendo los dedos y luego dando un salto hacia atrás como si se asustara, pero Tad no lo capta, aunque parece un poco alarmado. Ann mueve hacia él las uñas con manicura navideña, con más furia. Una uña tiene pintado un Papá Noel pequeño. El pelo negro de Ann está cortado con líneas rígidas, caras, y la ropa larga que la cubre le cuelga de los hombros como si estuviera todavía en la percha. Tiene aspecto de pasar hambre, de rica y cabreada. Todo parece haberse forzado, un poco artificial, como los zapatos verdes, que quizás sean la causa de que su prometido grite: «¡Mujercitas!». Ann, sin embargo, se vuelve hacia Andrew, haciéndole señas, animándolo, como si quisiera castigar a Tad. La manera rara de trotar había

adquirido un sigilo quiropráctico. Therese se vuelve hacia su propio equipo, hacia su padre, que aún murmura algo sobre William Kennedy Smith.

—Una mujer no debería estar en un bar a las tres de la mañana, eso es todo.

—Papá, eso es ridículo —susurra Therese, sin querer interrumpir el juego—. Los bares están abiertos para todo el mundo. Ley de la no discriminación.

—No estoy hablando de las legalidades en frío —dijo en tono aleccionador. Nunca le han gustado los abogados y sus hijas lo confunden—. Estoy hablando de un código moral de toda la vida. — Su padre tiene esa sensibilidad victoriana que respeta más a las prostitutas que a las mujeres en general.

—¿Un código moral de toda la vida? —Therese lo mira con cariño—. Papá, tienes setenta y cinco años. Las cosas cambian.

—*¡Aracnofobia!* —grita Andrew, y él y Ann se apresuran a entrechocar las manos.

El padre de Therese hace un ruido rápido y leve como de escupir, luego cruza las piernas y mira hacia el otro lado. Therese mira a su madre y su madre le dedica una sonrisa conspiradora, por detrás de la espalda del padre de Therese, haciendo orejas de burro con los dedos, el gesto de cuando cree que es un zopenco.

—Muy bien, ahora olvidaos de William Kennedy Smith. Doll, tu turno —dice el padre de Therese a la madre. La madre de Therese se levanta lentamente, pero se inclina llena de alegría para coger un papel. Lo mira, va hasta el centro de la sala y guarda el papel en el bolsillo. Se pone de cara al otro equipo y hace la señal para indicar que se trata de una persona famosa.

—Mamá, te equivocas de equipo —dice Therese.

—Huy —suelta la madre y se da la vuelta. Repite la postura de persona famosa.

—Es una persona famosa —dice Ray animándola.

La madre de Therese asiente. Se para un momento para pensar. Luego comienza a dar vueltas, lanza los brazos hacia arriba, se desploma en el suelo, hacia delante, hacia atrás, y se da un golpe en la cabeza con el equipo de música.

—Marjorie, ¿qué haces? —pregunta el padre de Therese. La madre está tendida en el suelo, riendo.

—¿Estás bien? —pregunta Therese. Su madre asiente, todavía se ríe en voz baja.

—La caída —dice Ray—. Papá Noel bajando por la chimenea. Papá Noel.

La madre de Therese dice que no con la cabeza.

—Epilepsia —dice Therese.

—La explosión —dice su padre, y su madre asiente—. Explosión. Bomba. ¡Robert Oppenheimer!

—Eso es —dice su madre con un suspiro. Le cuesta un poco levantarse. Tiene setenta años y artritis en las rodillas.

—Mamá, ¿te ayudo? —pregunta Therese.

—Sí, mamá, ¿te ayudo? —pregunta Ann, que se ha levantado y va hacia el centro de la habitación, para ocuparse de la anciana.

—Estoy bien —dice la madre de Therese en un suspiro y suelta una risa baja y un poco falsa, y avanza tiesa hacia su asiento.

—Has estado estupenda, mamá —dice Therese.

—Bueno, gracias —responde su madre con una sonrisa de orgullo.

A continuación hay muchas vueltas, y cada vez que a la madre de Therese le toca algo como Dom DeLuise o Tom Jones vuelve a hacer el número de la bomba, los movimientos espasmódicos con más frenesí, cayendo y levantándose con rigidez y recibiendo calurosas ovaciones. Pam despierta a Winnie de la siesta y todo el mundo dice «Oh» y «Ah» al ver la tierna cara de la niña, todavía con expresión de sueño.

—¡Mírala! —dice con voz cariñosa tía Therese—. ¿Quieres ver cómo la abuela hace de bomba?

—Te toca a ti —dice Andrew con impaciencia.

—¿A mí? —pregunta Therese.

—Creo que sí —dice su padre.

Se levanta, hunde la mano en el cuenco, desdobra el trozo de papel de regalo: pone «Calle Jekylls».

—Tengo que consultar una cosa. Andrew, me parece que es tu letra.

—Dime —dice mientras se levanta y los dos se dirigen al vestíbulo.

—¿Es un programa de televisión? —susurra Therese—. No veo mucha televisión.

—No —dice Andrew con una vaga sonrisa.

—¿Qué es?

Se apoya en la otra pierna, sin querer decírselo. Quizá sea porque está casado con una detective. O tal vez, lo más seguro, porque él mismo trabaja con documentos altamente confidenciales del Ministerio de Defensa; acababa de ser ascendido de los documentos meramente confidenciales. Como ingeniero, consulta, examina, aprueba. Tiene los ojos contenidos, molestos.

—Es el nombre de la calle que está a dos manzanas. —En la boca se dibuja una curva a la defensiva y hosca.

—Pero no es el nombre de nada famoso.

—Es un lugar. Pensé que podríamos representar nombres de lugares.

—Pero no es ningún lugar famoso.

—¿Y qué?

—Pues que todos podríamos escribir el nombre de calles de nuestro barrio, de donde trabajamos, de una calle por la que pasamos una vez que fuimos a una tienda...

—Pero si fuiste tú quien dijo que podríamos representar lugares.

—¿Yo? Bueno, muy bien, ¿y qué señal dije que había que hacer para indicar el nombre de un lugar? No tenemos ningún signo para indicar lugares.

—No sé. Te lo inventas —dice.

Una rabia insolente lo envuelve ya por todas partes. ¿Le viene de la niñez? ¿Es porque se le cae el pelo? Antaño, ella y Andrew estuvieron más unidos. Pero ahora, igual que le pasa con Ann, ya no sabe quién es. Sólo tiene una teoría: un ingeniero electrónico formado hace años por los consejeros vocacionales de la escuela, pagados por el Pentágono para reclutar, formar y militarizar a todos los chicos con notas altas en matemáticas. «Del Instituto Tecnológico de Massachusetts a Desaparecido en Acción de Guerra», había comentado el propio Andrew una vez. «Un imbécil en la industria militar.» Pero ahora ya no encuentra en él ese lugar para la sátira. Por lo menos, el año pasado habían bromeado acerca de cómo los habían educado.

—Apenas recuerdo que papá nos leyera —había dicho ella.

—Claro que nos leía —dijo Andrew—. ¿No te acuerdas de cómo nos leía? ¿No te acuerdas de que nos leía en voz baja el *Wall Street Journal*?

Ahora repasa su cara endurecida para ver si encuentra una broma, un brillo, un poco de amor. Andrew y Ann parecen estar más próximos y Therese se siente nostálgica y se pregunta cómo y cuándo habrá ocurrido. Está un poco celosa. La única expresión que consigue de Andrew es el desdén. Es como un guardia urbano. Ella es la hippie a toda velocidad.

¿Acaso no sabes que soy jueza?, tiene ganas de preguntarle. Jueza producto de un nombramiento político afortunado, claro está. Una jueza con fama de dictar sentencias blandas, es verdad. Una jueza que tiene un lío, lo cual desluce ligeramente su reputación, está bien. Un toque fácil, blandengue, pero jueza al fin.

En cambio, dice:

—¿Te importa si elijo otro?

—Por mí, bien —dice él y bruscamente se va dando zancadas hacia la sala.

«Bueno», piensa Therese. Es su nuevo mantra. Normalmente la calma más que el *om*, aunque también lo prueba. *Om* es donde está el corazón. *Om* no está aquí. «Bueno. Bueno.» Cuando comenzó a

ejercer, para combatir su miedo escénico a la sala del tribunal, repetía para sí: «Todo el mundo me quiere. Todo el mundo me quiere». Y cuando no le funcionaba, lo cambiaba por: «¡Mata! ¡Mata! ¡Mata!».

—Vamos a hacer otro —anuncia Andrew, y Therese coge otro.

Un libro y una película. Abre las manos, para indicar que se trata de un libro. Mueve la mano en el aire como si diera vueltas a una manivela para indicar que es una película. Se pone una mano detrás de la oreja y señala un coche por la ventana.

—Se parece a *coche* —dice Ray. Su expresión es abierta y amable—. Derroche..., noche.

Therese indica por señas que sí, que es aquello.

—Noche —repite Ray.

—*Suave es la noche* —dice su madre.

—¡Sí! —dice Therese, y se inclina para dar un beso a su madre en la mejilla. Su madre sonríe con exuberancia, su cara parece a punto de estallar; le encanta el afecto, está hambrienta de él y da gracias al cielo por él. De joven fue una madre frustrada y mezquina, y se alegra cuando sus hijos se comportan como si no se acordaran.

Luego le toca a Andrew. Se pone de pie delante de su equipo, contemplando el papelito rojo que tiene en la mano. Cavila sobre él, cabecea y luego mira hacia atrás, hacia Therese.

—Debe de ser tuyo —dice con una sonrisa de suficiencia que quizá no tenga mala intención. ¿Existe algo así? Therese espera que sí.

—¿Tienes que consultarme algo? —Se levanta para mirar el papel; pone «Contar mentiras»—. Sí, es mío —dice.

—Ven aquí —dice, y los dos avanzan por el pasillo y van otra vez al recibidor. Therese se percata de las fotografías que han colgado sus padres. Fotografías de sus hijos, de bodas y de Winnie, aunque todas en las que sale Therese le parecen muy poco favorecedoras, fotos en las que hace gala de asimetría en la expresión, de nubosidad en aumento en los ojos, de pelo con rizos muy apretados. Irrumpe la vanidad: seguro que tienen mejores

fotos. Las de Andrew, Ann, Tad, Pam y Winnie son soleadas, todos posan, íntegros, guapos. Pero las de Therese parecen levemente trastornadas, como si sus padres estuvieran convencidos de que está loca.

—Pongámonos aquí, junto a mis fotos con aspecto de demente —dice Therese.

—Se las mandó Ann —dice Andrew.

—¿De verdad? —dice Therese.

—¿Tu pelo no era de otro color? —pregunta mirándole la cabeza con atención—. No recuerdo que haya sido de este color. ¿Qué es este color?

—¿Cómo? ¿Qué es lo que quieras decir?

—Mira —dice él, volviendo al juego—. Nunca he oído hablar de esto. —Y agita el papel como si fuera el envoltorio de un chicle.

—¿Ah, no? Es una canción. *Vamos a contar mentiras*.

—No.

—¿No? —insiste. Levanta la vista hacia él, románticamente, con vehemencia—. «Por el mar corren las liebres, por el monte las sardinas...»

—No —interrumpe Andrew enérgicamente.

—Bueno, bueno, no te preocupes. Los de tu equipo la reconocerán.

La santa ira vuelve a su cara.

—Si yo no la conozco, ¿qué te hace pensar que ellos la conocen? —Quizá se deba a su trabajo, al tecnosecretismo que hay en él. Él sabe; ellos no.

—Seguro que la conocen, te lo garantizo. —Se da la vuelta para marcharse.

—Vale, vale —dice Andrew. La rabia rosa y grisácea vuelve a estar en su piel. ¿En qué se ha convertido? No tiene la menor idea. Es estrictamente confidencial de un modo satisfactorio. Es información clasificada—. No pienso hacerlo. Me niego.

Therese lo mira fijamente. Es la reafirmación personal que no puede practicar en su trabajo. Quizá allí, donde ya no es una pieza más del engranaje, puede insistir en ciertas cosas. La Guerra Fría ya pasó, quiere decir. Pero lo que le sale es esto: Niños que se atacan entre sí, ahora que los dioses (¿o sólo eran guardianes?) han huido.

—Está bien —dice Therese—. Me inventaré otra.

—Vamos a hacer otra cosa —anuncia Andrew triunfante al volver a la sala. Agita el papelito—: ¿Alguno de vosotros ha oído hablar de una canción que dice no sé qué de contar mentiras?

—Sí —dice Pam, mirándolo de manera desconcertada. No hay duda de que le parece diferente durante las vacaciones.

—¿Ah, sí? —parece un poco cortado. Mira a Ann—: ¿Y tú?

A Ann le desagrada romper la solidaridad de grupo, pero dice en voz baja:

—Sí.

—Tad, ¿y tú? —pregunta.

Tad ha estado echando cabezaditas, la cabeza echada hacia atrás en el sofá, pero ahora se despereza bruscamente.

—¿Eh? Sí —dice.

—Tad no se encuentra muy bien —dice Ann.

Desesperado, Andrew se vuelve hacia el otro equipo:

—¿Y vosotros también la conocéis?

—Yo no la conozco —dice Ray. Es el único. No sabría distinguir una melodía de un musical de un chófer. En cierto modo, eso es lo que a Therese le gusta de él.

Andrew se vuelve a sentar, sin querer admitir la derrota.

—Ray no la conocía —dice.

A Therese no se le ocurre ninguna canción, así que escribe «Clarence Thomas»\* y le tiende el papel de nuevo a Andrew. Mientras reflexiona sobre sus opciones, la madre de Therese se levanta y vuelve con vasos de papel y una botella de zumo.

—¿A quién le apetece un poco de zumo? —dice y comienza a llenar los vasos. Ofrece los vasos a todo el mundo—. Tenemos los vasos de vidrio embalados, así que nos tendremos que apañar con lo que hay.

«Nos tendremos que apañar con lo que hay» es una de las expresiones favoritas de su madre, adquirida durante la Gran Depresión y hecha indeleble durante la guerra. Cuando eran pequeños, Therese y Andrew se solían mirar y decir: «Nos tendremos que empañar», pero cuando Therese echa una mirada hacia Andrew, no registra nada. Andrew se ha olvidado. Sólo piensa en el juego.

Ray bebe del vaso de cualquier manera y vierte unas gotas en la silla. Therese le tiende una servilleta y él seca con ella la tapicería, pero es Ann quien rápidamente va a la cocina y vuelve con un trapo mojado, frío, con el que limpia la silla con ademanes de censura.

—Oh, no te preocupes —dice su madre.

—Creo que ya lo tengo —dice Ann con solemnidad.

—Ahora me toca a mí —dice Andrew con impaciencia. Therese mira hacia Winnie, quien, tranquila y observadora en brazos de su madre, un Buda rosa e incontinente que reconoce todas las letras, parece la persona más cuerda de la sala.

Andrew hace un gesto exagerado con el brazo, como bebiendo el zumo.

—Alcohol —dice Tad.

—Vino —dice Pam.

—Tinto —dice Ann, que ha vuelto de la cocina y se sienta en el sofá.

Andrew sonríe y asiente. A continuación mueve una mano haciendo un gesto de más o menos.

—Clarete —dice Ann—. Clarence Thomas.

—Sí —dice Andrew dando una palmada de aplauso—. ¿Cuánto he tardado?

—Treinta segundos —dice Tad.

—Bueno, seguro que todo el mundo lo tenía en la punta de la lengua —dice la madre de Therese.

—Seguro —dice Therese.

—Fue interesante ver a aquellos negros de Yale —dice la madre de Therese—, todos sentados allí, en la sala de deliberaciones del Senado. Apuesto a que sus padres estaban orgullosos de ellos.

Ann no entró en Yale.

—Lo que no me gusta son esos negros a los que no les gustan los blancos —dice Ann—. Qué hostiles son. Lo veo cada dos por tres en la Facultad de Derecho. La mayoría de los estudiantes blancos están más dispuestos a ser cordiales e integrarse. En cambio, los negros están demasiado enfadados.

—Lo que son las cosas —dice Ray.

—Sí. Lo que son las cosas —dice Therese—. ¿Por qué tendrían que estar enfadados? ¿Sabes qué otra cosa me molesta? No me gustan todos esos mariquitas que se han vuelto machotes y adustos. Me entiendes, ¿no? Últimamente parecen ofendidos y lúgubres... ¿Dónde están los maricas rebosantes de vitalidad y de afectación que veíamos antaño? ¿Por qué las locas ya no son locas? Es todo tan confuso y molesto... No puedes saber quién es quién sin una maldito cartel. —Se pone de pie y mira a Ray. Es hora de irse. Ha perdido su temperamento judicial hace horas. Le da miedo representar otra de sus caídas, esta vez se rompería algo. Se ve a sí misma en camilla, camino del aeropuerto, y hacia casa, pronunciando las últimas palabras que tiene que decir a su familia, que siempre ha tenido que decir a su familia. Se parece a «implorar a Dios».

—¡Adiós!

—¡Adiós!

—¡Adiós!

—¡Adiós!

—¡Adiós!

—¡Adiós!

—¡Adiós!

Pero primero Ray tiene que representar el personaje que le ha tocado, que es Confucio.

—Muy bien, estoy listo —dice, y comienza a pasearse por la sala de estar aturdido y con ojos de loco, con un aspecto de lo más confundido, tentando las estanterías, poniéndose la mano en la frente. Y en ese momento Therese piensa qué guapo es, y qué bondadoso y qué fuerte, y que ella no quiere al resto del mundo ni la mitad de lo que lo quiere a él.

## ARRE, BORRIQUITO, VAMOS A BELÉN

Cuando murió el gato, el Día de los Veteranos de Guerra, guardaron las cenizas en una lata cutre con florecitas rosas que pusieron encima de la repisa de la chimenea; la casa estaba solitaria y Aileen comenzó a beber. Había perdido todas las ataduras con el mundo animal. Ahora existía en un sitio únicamente hecho por los hombres: el sofá no tenía pelos de gato, la alfombra seca y sin destrozar, el rincón de la cocina donde iba el plato de comida ya no estaba sucio de Friskies Gourmet ni había peligro de tropezar con él.

¡Oh, *Bert!*

Había sido un gato precioso.

Sus amigos interpretaron la duración e intensidad de su dolor como síntoma de un duelo aplazado: su sufrimiento era por algo más grande, más apropiado; era por la inminente muerte de sus padres; era por el hijo varón que ella y Jack nunca tuvieron (pero ¿no era una monada su hija Sofie, de tres años?); era por todo el asunto de Bosnia, Camboya, Somalia, Dinkins, Giuliani; y lo de la NAFTA.

«No, de verdad, es sólo por *Bert*», insistía Aileen. Era sólo por su gato bonito y tierno, su amigo durante diez años. Con él había estado más tiempo que con Jack o Sofie o la mitad de sus amigos, y era un bicho listo, divertido: grande, fiel y verbal como un perro.

—¿Qué quieres decir con lo de «verbal como un perro»? — preguntó Jack con el entrecejo fruncido.

—Te lo juro —dijo ella.

—Contrólate —dijo Jack, mirando el vaso de whisky. El coro que murmura en *Madama Butterfly* de Puccini, la *Rapsodia para contralto* de Brahms y el *Adagio para cuerdas* de Samuel Barber,

todo emitido en serie en el equipo de música. Lo apagó—. Tienes una hija, falta poco para las vacaciones. El condenado gato no habría vertido ni una lágrima por ti.

—No creo que sea verdad, en serio —dijo un poco alocadamente, quizá con demasiado fuego y whisky en la voz. A veces hablaba de ese modo, insistía en las cosas, se aventuraba, vivía peligrosamente. Ya había pasado (cuidadosa, obedientemente) por todas las etapas del dolor: ira, negación, regateo, Häagen-Dazs, cólera. De la ira a la cólera: ¿quién decía que no estaba progresando? Cerró la mano pero escondió el puño. Tenía dolores de cabeza, la mayoría punzantes, pero a veces el zigzag de la migraña se abría paso por su cráneo y se aposentaba en el ojo, como una corbata barata, disparatada.

—Lo siento —dijo Jack—. Quizá lo habría hecho. Actos benéficos. Tarjetas y cartas. ¿Quién sabe? Erais muy amigos, ya lo sé.

—Bebe —dijo ella, señalando su copa y sin hacerle caso—. Bebe un poco de impulso festivo. —Sorbió el licor ámbar y se le clavó en los labios agrietados.

—Es Dewar's —dijo Jack mirando la botella con disgusto.

—Bueno —dijo ella a la defensiva, sentándose erguida y abotonándose el jersey—. Supongo que no apruebas el Dewar's. Supongo que a ti te va más el Chivas.

—Es verdad —dijo Jack con indignación—. ¡Es verdad! Y mañana me levantaré y descubriré que Truman me ha quitado el puesto. —Se fue enfadado escaleras arriba, mientras ella oía el toc toc final de sus pasos y el portazo.

Pobre Jack: quizá se estuviera pasando con él. Sin ir más lejos, la primavera pasada había estado con lo del juanete: la cojera, la muleta y el zapato azul grande. Luego, en septiembre, habían tenido la cena de Mimi Andersen, en la que a Jack, el único que no fumaba, lo habían obligado a salir al porche mientras los demás se quedaban dentro a fumar. Y luego la versión monologada y doméstica de *Lisístrata*, a cargo de Aileen. Jack la había llamado

«No hay escoba, no hay besos». Pero había funcionado. O algo así. Durante unas dos semanas. Había, finalmente, un límite en lo que podía hacer una mujer en el escenario vasto y malvado.

—Estoy preocupado por ti —dijo Jack en la cama—. Te lo digo en serio, y no en sirio. —Hizo una mueca—. ¿Ves cómo te hablo? Esta habitación es de chiflados. —La repisa de la cabecera estaba tan repleta de novelas y de recuerdos tristes, que se parecía más al cubículo de una biblioteca que a un lecho conyugal.

—Tú estás bien. Yo estoy bien. Todo el mundo está bien —dijo Aileen. Trató de encontrar su mano debajo de la colcha, pero luego desistió.

—Estás en las nubes —dijo él—. ¿Dónde estás?

Los pájaros se habían envalentonado, lentamente iban ganando terreno en el patio, llenando las ramas, piando hambrientos por las mañanas desde los alféizares o los aleros. «¿Qué son esos chillidos?», preguntó Aileen. Se habían caído las hojas, pero a continuación arrendajos, cuervos y pinzones oscurecieron los árboles (alguno volando hacia el sur, otros quedándose, picoteando semillas del suelo duro). Las ardillas se mudaron también y husmeaban entre las manzanas maduras que caían del manzano en flor. Una comadreja se hizo una casita bajo el porche dando golpes y masticando. Los mapaches habían descubierto el pequeño jardín infantil de Sofie, y una mañana que Aileen miró hacia allí vio a dos columpiándose en los columpios. ¿No quería vida animal? ¡Pues ahí la tenía!

—Ésta no —dijo ella—. Nada de esto ocurriría si *Bert* todavía estuviera aquí. —*Bert* recorría el lugar. *Bert* tenía las cosas bajo control.

—¿Me estás hablando? —preguntó Jack.

—Supongo que no —dijo ella.

—¿Qué?

—Creo que hay que rociar este lugar con repelente.

—Quieres decir, ¿con matarratas?

—La ratita presumida, la ratita presumida —coreaba Sofie.

—No sé lo que digo.

En el grupo feminista de crítica cinematográfica todavía discutían *El hombre pantera*, una película hecha enteramente con *flashbacks*, desde el momento en que un hombre guapo salta de la cornisa de un edificio de viviendas. En vez de estar dividida en actos o capítulos, la película estaba dividida en pisos, en orden descendente. Al final, el guapo que recuerda cae de pie.

¡Oh, *Bert!*

Una de las mujeres del grupo de Aileen, Lila Conch, estaba irritada con la película.

—No soporto que cada vez que una mujer dice algo con sustancia, resulta que está medio desnuda.

—De hecho yo encontré que esas escenas eran las más verídicas —dijo Aileen con un suspiro—. Fueron las que más me gustaron.

El grupo se quedó mirándola fijamente.

—Aileen —dijo Lila cruzando de nuevo las piernas—. Vete a la cocina, querida, y prepara los bollos y el té.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Aileen.

—Pues sí.

El Día de Acción de Gracias llegó y se fue de modo mecánico. Aileen y Jack, con Sofie, fueron a comer a un restaurante y pidieron cosas diferentes, como si los tres fueran desconocidos empeñados en reivindicar sus gustos con mal genio. Luego volvieron a casa. Sólo Sofie, que había pedido calabacín relleno para niños, estaba contenta, sentada en el asiento trasero del coche y cantando una canción de Acción de Gracias que había aprendido en la guardería. «Un pavo no es un cerdo, so animal, / no dice “muerdo, muerdo”, / dice “gлагал, глагал”». El último día de fiesta de verdad había sido

Halloween, cuando *Bert* aún vivía y lo habían disfrazado de Jack. Luego habían disfrazado a Jack de *Bert*, a Aileen de Sofie y a Sofie de Aileen. «Ahora soy tu mamá», había dicho Sofie mientras Aileen le ataba a la cintura uno de sus delantales de cocina y le ponía pintalabios en la boca. Jack frotó sus bigotes de rotulador fosforecente en la cara de Aileen, que, ya con el pijama puesto, no dejó de reír. El único que no se lo pasaba muy bien era *Bert*, que lucía una de las corbatas de Jack, a la que daba zarpazos para quitársela. Cuando se dio por vencido, arrastró un rato la corbata jugando, tratando de no hacerle caso. Luego, contrariado y humillado, se dirigió con andares de pato hasta un rincón cerca del piano y se tendió, molesto. Al recordar esto, una semana después, al ver a *Bert* muriéndose en la clínica del veterinario, en una especie de tienda de campaña de oxígeno, con el corazón fallando y líquido en los pulmones (aunque las orejas todavía se le levantaban cuando Aileen iba a verlo, con el perfume de siempre, para que él reconociera su olor, y le ponía en la boca galletas para gatos, cuando nadie más lograba que comiese), Aileen se había sentido llena de pesar.

—Creo que tendrías que ver a alguien —dijo Jack.

—¿Hablamos de un psiquiatra o de una aventura?

—De una aventura, claro —dijo Jack frunciendo el ceño—.

¿Una aventura?

—No sé —dijo Aileen encogiéndose de hombros. El whisky que había bebido últimamente había hecho que se le hincharan las articulaciones, de modo que cuando levantaba los hombros se le quedaban más o menos en esa posición, rígidos, a la altura de las orejas.

Jack le frotó el antebrazo, como si la quisiera o bien estuviera limpiándole algo de la manga. ¿Cuál de las dos cosas sería?

—La vida es como un largo viaje por un vasto país —dijo él—. A veces hace buen tiempo. A veces hace mal tiempo. A veces es tan malo que el coche se sale de la carretera.

—Así es.

—Habla con alguien —dijo él—. El seguro cubrirá una parte.

—Está bien —dijo ella—. Está bien, pero dejémonos de metáforas.

Le recomendaron gente, hizo listas y pidió hora, hizo entrevistas.

—Vivo una situación de muerte-de-animal-de-compañía —dijo ella—. ¿Cuánto tardaría en hacerlo?

—¿Cómo dice?

—¿Cuánto tiempo tardará en hacerme superar la muerte de mi gato y cuánto me va a pedir?

Por turnos, cada uno de los psiquiatras con sus vestimentas ligeramente diferentes y sus plantas en macetas ligeramente diferentes, parecían horrorizados.

—Mire —decía Aileen—. Olvídense del Prozac. Olvídense del abandono de Freud de la teoría de la seducción. Olvídense de Jeffrey Mason (¿o es Jackie Mason?). Lo único que va a revolucionar esta profesión es hacer Presupuestos de Terapia.

—Me temo que no trabajamos así —le explicaban una y otra vez, hasta que al final, por fin, encontró a alguien que lo hacía.

—Mi especialidad es la Navidad —dijo el psicoterapeuta, un hombre llamado Sidney Poe, que llevaba un chaleco de lana con dibujo de rombos, una pajarita recién planchada, zapatos de cordones negros, relucientes y sin calcetines—. Oferta de Navidad: si en Navidad no se encuentra mejor, la última sesión es gratis.

—Me gusta cómo suena —dijo Aileen. Ya era primero de diciembre—. Me gusta mucho cómo suena.

—Bien —dijo él ofreciéndole una sonrisa que parecía deshonesta y poco sensata—. A ver, ¿de qué vamos a tratar, de un perro o un gato?

—De un gato.

—¡Vaya! —Escribió algo, dijo algo entre dientes, parecía consternado.

—Antes que nada, ¿puedo preguntarle algo? —preguntó Aileen.

—Adelante —dijo él.

—¿Hace ofertas de Navidad por el alto porcentaje de suicidios que hay en Navidad?

—El alto porcentaje de suicidios que hay en Navidad —repitió con tono condescendiente y divertido—. Es un mito, lo del alto porcentaje de suicidios en Navidad. Es el porcentaje de homicidios lo que sube. Homicidios vacacionales. Todo ese tiempo que la familia de repente tiene que pasar junta, y entonces pum, el ponche de huevo.

Iba a la consulta de Sidney Poe los jueves (los llamaba los «jueves de Adviento»). Se sentaba delante de él con una caja de pañuelos de papel de diseño en el regazo, rememorando las mejores cualidades de *Bert* y sus momentos dorados, su gran sentido del humor y sus juegos occurrentes.

—Trataba de hablar por teléfono cuando sonaba. Y una vez, cuando yo buscaba el gorro de lana de mi hija, dije en voz alta: «¿Dónde estará el gorrito?» y él entró corriendo en la habitación pensando que yo había dicho: «¿Dónde estará el gatito?»

Sólo una vez tuvo que darle una bofetada a Sidney para despertarle, fue suave. La mayoría de las veces sólo daba una palmada y le llamaba: «¡Sid!», y él se erguía bruscamente en su butaca de psiquiatra, mirándola con los ojos muy abiertos.

—En la Unidad de Cuidados Intensivos del hospital veterinario —continuó Aileen— vi un gato al que habían disparado en el lomo con un rifle de balines. Vi unos perros recuperándose de la cirugía. Vi un perro cobrador al que habían puesto una cadera ortopédica e iba por el vestíbulo arrastrando un carrito. Estaba muy contento de ver a su ama. Se arrastró en su dirección y ella se arrodilló y abrió los brazos para darle la bienvenida. Le cantó y lloró. Era la versión animal de *Porgy and Bess*. —Se detuvo un momento—. Me hizo preguntarme qué está ocurriendo en este país. Me hizo pensar que nos deberíamos preguntar: «¿Qué demonios está ocurriendo?».

—Bueno, ya es la hora —dijo Sidney.

A la semana siguiente, primero fue al centro comercial. Entraba y salía de tiendas con grandes guirnaldas doradas y villancicos empalagosos de hilo musical. En todas había libros de Navidad con gatitos, tarjetas de Navidad con gatos, papel de regalo de Navidad con gatos. Eran aburridos, bobos, caricaturescos, prescindibles, no tenían ni punto de comparación con *Bert*.

—Tenía grandes esperanzas con *Bert* —explicó más tarde a Sidney—. Le hicieron todos los tratamientos, le dieron todos los medicamentos, pero las medicinas dejaron sus pulmones fuera de combate. Cuando el médico propuso que lo durmiéramos para siempre, yo dije: «¿No hay nada más que podamos hacer?», y ¿sabe lo que dijo el médico? Dijo: «Sí, una autopsia». Después de los mil dólares dijo: «Sí, una autopsia».

—Oh —dijo Sid.

—Una pastectomía —dijo Aileen—, al pobre *Bert* lo que le extirparon fue la pasta.

Y a continuación comenzó a llorar, pensando en el aspecto funesto y enfermizo de la cara de *Bert* en la burbuja de oxígeno, el tubo vendado a su pata, la niebla húmeda de sus ojos. Ése no era el modo en que moría un animal, pero ella lo había sometido a un tratamiento médico completo, lo había apuntado a todo ese vudú metálico y fluorescente, sin saber qué más podía hacer.

—Hábleme de Sofie.

—Está bien, es estupenda. —Aileen suspiró. Sofie era adorable. Sofie era fenomenal. Excepto que llegaba de la guardería con algunas notas: «Hoy Sofie le ha hecho un gesto grosero con el dedo a la maestra, pero lo ha hecho con el dedo índice». O bien: «Hoy Sofie se ha dibujado un bigote en la cara». O bien: «Hoy Sofie ha dicho que la llamáramos Walter».

—Vaya.

—Nuestro último día de fiesta de verdad fue en Halloween. La llevé por el vecindario para que llamara a las puertas y amenazara con una pillería si no recibía un regalo, y estaba monísima. Sólo al

final de la tarde comenzó a entender de qué iba la cosa. Estaba tan excitada que llamaba al timbre y cuando alguien salía, abría bruscamente la bolsa y decía: «¡Mira, te traigo regalos!».

Aileen se quedaba esperando alejada del porche, en la acera, con su pijama grande de color rosa con pies. Dejaba que Sofie fuera la que hablara. «Yo soy mi mamá y mi mamá es yo», explicaba Sofie.

—Entiendo —decían los vecinos. Y entonces llamaban a Aileen y la saludaban con la mano—: ¡Hola, Aileen! ¿Qué tal estás?

—Nos tenemos que concentrar en la Navidad —dijo Sidney.

—Sí —dijo Aileen desesperada—. Sólo nos queda una semana más.

El jueves antes de Navidad, se sintió inundada por los recuerdos: el ratón de campo, las excursiones, las largas siestas juntos.

—Los mensajes escuetos para comunicar sus necesidades —dijo ella—. Tenía el miau de la comida, y yo lo seguía hasta su plato. Tenía el miau de cuando quería salir, y yo lo seguía hasta la puerta. Tenía el miau para que lo cepillaran, y yo iba con él hasta el cajón donde guardaba el cepillo. Y luego tenía el miau existencial, y yo lo seguía sin rumbo por la casa mientras él se paseaba por las habitaciones, sin saber exactamente qué o por qué.

—Ya entiendo por qué lo echa de menos —dijo Sidney con los ojos llorosos.

—¿Lo entiende?

—Claro que sí. Pero eso es todo lo que puedo hacer por usted.

—¿Se ha terminado la oferta de Navidad?

—Me temo que sí —dijo él, poniéndose de pie. Le tendió la mano para estrechar la suya—. Llámeme después de Navidad y cuénteme cómo se encuentra.

—Muy bien —dijo ella con tristeza—. Así lo haré.

Volvió a casa, se sirvió una copa y se quedó junto a la repisa de la chimenea. Cogió la lata con florecitas rosas y la agitó, con miedo a oír el estrépito amortiguado de los huesos, pero no oyó nada.

—¿Estás segura de que es él? —preguntó Jack—. Con los animales probablemente hagan incineraciones en masa. Una cucharada para los gatos, dos para los perros.

—Por favor —dijo ella. Al menos no había enterrado a *Bert* en el cementerio para animales de la zona, con sus lápidas intrincadas y sus inscripciones sensibleras: «Querido *Rexie*: dentro de poco estaremos juntos». O: «A la memoria de *Muffin*, que me enseñó a amar».

—Me quedé con el último árbol de Navidad que había —dijo Jack—. Estaba apoyado en la pared del cobertizo, con un tacón roto y un cigarrillo colgándole de la boca. Pensé traerlo a casa y darle sopa.

Por lo menos ella había buscado algo de mejor gusto que el cementerio, la ocasión apropiada para devolverlo al cielo o a la tierra, para bajarlo de la chimenea y sacarlo de casa de modo significativo, aunque aún tenía que encontrar el día apropiado. Había dejado que estuviera en la repisa de la chimenea y había llorado su pérdida profundamente, sólo hacía lo debido. No puedes fingir que no has perdido nada. Ha muerto un buen gato, hay que empezar por ahí, y no dejar que se te congele la sangre. Si tu corazón le da la espalda a esto, le dará la espalda a algo más importante, y así más y más hasta que tu corazón se haya apartado, esté inmóvil, tu imaginación repartida lejos del mundo y volviendo sólo a los malos mapas de ti misma, las charcas amargas de tu propio pulso, tus propios deseos absurdos, mezquinos, diminutos. ¡Para aquí! ¡Empieza aquí! Comienza por *Bert*.

¡Brindemos por *Bert*!

El día de Navidad, por la mañana temprano, despertó a Sofie y la vistió con su traje de esquimal. Había un poco de nieve en el suelo y el viento soplaban ráfagas polvorrientas por el patio.

—Vamos a decirle adiós a *Bert* —dijo Aileen.

—Oh, *Bert* —dijo Sofie, y comenzó a llorar.

—No, si él va a estar contento —dijo Aileen notando la lata rosa en el bolsillo de la chaqueta—. Él quiere salir. ¿Recuerdas que siempre quería salir? ¿Que se ponía delante de la puerta y hacía miau miau y entonces lo dejábamos salir?

—Miau, miau —dijo Sofie.

—Muy bien —dijo Aileen—. Pues eso es lo que vamos a hacer ahora.

—¿Estará con Papá Noel?

—¡Sí! Estará con Papá Noel.

Salieron hasta bajar las escaleras del porche. Aileen abrió la lata haciendo palanca. Dentro había una bolsa de plástico pequeña. La rasgó. Dentro estaba Bert: cenizas pétreas como la arena y las conchas de una playa. ¡Verano en diciembre! ¿Qué eran las Navidades sino una gigantesca metáfora mixta? ¿De qué trataban sino del misterio del amor entre las especies, del amor de Dios por el hombre? El amor ha buscado un abismo por el que saltar y ha aterrizado allí: el Espíritu Santo entre animales de establo, la mascota del maestro enviada para ser adorada y morir. Aileen y Sofie cogieron un puñado de *Bert* y corrieron por el jardín, dejando que el viento se apoderara de las cenizas y las esparciera. Los pájaros volaban entre los árboles. Las ardillas atemorizadas escapaban al patio de los vecinos. Al liberar a *Bert* quizá se convirtieran un poco en él: desterrando a los intrusos, custodiando las fronteras, para a continuación meterse dentro y jugar con los adornos, rasgar el papel de regalo, comerse el gran pájaro sin cabeza.

—¡Feliz Navidad, *Bert*! —exclamó Sofie. La lata ya estaba vacía.

—¡Sí! ¡Feliz Navidad, *Bert*! —dijo Aileen. Se guardó la lata en el bolsillo. Y luego ella y Sofie se metieron en casa a toda prisa, para entrar en calor.

Jack estaba en la cocina, junto al horno, todavía en pijama. Estaba sirviéndose zumo de naranja y había puesto unos bollos a calentar.

—Papá, ¡feliz Navidad, *Bert*! —Sofie abrió los corchetes de su traje de esquimal.

—Sí —dijo Jack, dándose la vuelta—. ¡Feliz Navidad, *Bert*! —Alargó a Sofie un vaso de zumo, luego a Aileen. Pero, antes de bebérselo, Aileen esperaba que dijera algo. Jack se aclaró la garganta y avanzó. Levantó el vaso. Su sonrisa amplia y socarrona decía: Ésta es una familia muy extraña. Pero exclamó: «Feliz Navidad a todo el mundo», y lo dejó así.

## UNA NOTA PRECIOSA

Es una noche fría. Hace un frío glacial dentro y fuera. Después de un truculento mes en los juzgados, el mejor amigo de Bill, Albert, vuelve a estar soltero y con la actitud característica de un comisario de exposición: ha invitado a los amigos a su piso subarrendado para celebrar la Nochevieja y ver las cintas de vídeo, nupciales y posnupciales, que Albert ha sacado de una repisa y ha mostrado con una alegría y asombro irónicos. En las tres bodas, la madre de Albert, ya mayor, se había encargado de grabar la ceremonia, y en el momento crucial de los votos, cada vez, Albert le da impíamente la espalda a la novia y mira directamente a la cámara de la madre y dice: «Sí, lo prometo». El trámite del divorcio, por el contrario, es mudo, a trompicones y muy mal iluminado («Un secretario de juzgado», dice Albert): hay sonrisas lánguidas, trajes de chaqueta, la ondulación de un bolígrafo.

Al final, los invitados de Albert aplauden. Bill se lleva los dedos a la boca y suelta un silbido agudo (no todos los hombres pueden hacerlo, el mismo Bill no lo aprendió hasta que entró en la universidad, aunque de eso hacía ya treinta años. Tres décadas de silbidos estridentes. La juventud no hay que desperdiciarla en los jóvenes).

—Se acabaron las bodas —anunció Albert—. Se acabaron los divorcios. Se acabó perder el tiempo. De ahora en adelante, lo único que pienso hacer es salir ahí fuera, encontrar a una mujer que no me guste mucho y ponerle un piso.

Bill, que se ha divorciado sólo una vez, esa noche ha ido con Debbie, una mujer demasiado joven para él: por lo menos eso es lo que sabe que comentan, aunque la próxima vez se lo dirán a la cara, y entonces Bill exclamará: «¿Cómo dices?». Quizá no lo diga

gritando. Quizá chille. Chille con un matiz de súplica. Y entonces se tirará al suelo y suplicará que lo apedreen rápido. Pero ahora, sin embargo, en ese momento, va a fingir que su corazón está más desarrollado y es más valiente de lo que es, y explicará a todos los que puedan preguntar cuánto más fácil sería aventurarse con su exmujer, que es de su edad, pero no, Bill no, el gran y valiente Bill, no: Bill se ha metido en algo complejo, espiritualmente birracial, políticamente peliagudo y, a decir verdad, físicamente exigente. La juventud no hay que desperdiciarla en los jóvenes.

«¿Quién diablos es aquélla?»

«¡Si tiene aspecto de tener catorce años!»

«¡Nos estás tomando el pelo!»

Bill había tenido que beber más de lo corriente. Había tenido que reconocer que él solo, sin nada de vino, no habría podido armarse del valor suficiente para aquel romance.

(—No quiero entrometerme, Bill, ni abrumarte con consideraciones feministas, pero responde, por favor, ¿estás saliendo con una tía de veinticinco años?

—Veinticuatro —contestó él—, ¡pero casi lo adivinas!

Sus amigas le habían gritado, o algo así: había sido más bien un cruce entre suspiros y risas nerviosas. «No seáis crueles», había tenido que decir Bill.

Albert había sido más amable, delicado, en el tono que en el contenido.

—Ciertas personas podrían ver la relación con esa chica como un mal uso de tu encanto —dijo lentamente.

—Pues me he esforzado mucho para tenerlo —dijo Bill—. Créeme, empecé desde cero. ¿No puedo hacer con él lo que quiera?

Albert advirtió el adelgazamiento de Bill, su bronceado ligero, las pecas como moras de sus brazos, la ropa estival que llevaba, pasada la primera quincena de septiembre, en las cavernosas y atestadas aulas de la Facultad de Derecho.

—Bueno, pues algunas personas lo interpretarán como que lo llevas mal. —Hizo una pausa, rodeó a Bill con el brazo y dijo—: Aunque, oye, creo que te ha dado un aspecto muy tenístico.

—¿A qué te refieres —dijo Bill metiéndose las manos en los bolsillos—, al asunto de la amabilidad de los desconocidos?

—¿De qué hablas? —preguntó Albert retirando el brazo, y luego su cara se ablandó como si se derritiera, como si estuviera preocupado—. Oh, pobre —dijo—, qué pena me das.

Bill ha protestado, ofuscado, y ha ido a esconderse. Pero está demasiado cansado para esconder un minuto más su asunto con Debbie. El cuerpo lleva encima muchas semanas de miedo escénico antes de, sencillamente, rendirse y subir al escenario. Y lo que es más, este semestre ya no tiene a Debbie en la clase de Derecho Constitucional. Ella ya no está, entre clase y clase, en casa, en su cama, con una película alquilada, diciendo cosas que por lo visto a él le hacen reír, cosas como: «Oye, encanto, ¿por qué esas babas de canto?» y «No se te ocurra pensar que hago esto para que me pongas buena nota. Hago esto para que me pongas la mejor nota del mundo». Debbie ya no le hace esos comentarios con actuación, y él los echa un poco de menos, todo ese esfuerzo y ese deseo. «Si sólo soy una inclinación pasajera, quiero aprobar inclinada», dijo una vez. También: «La Facultad de Derecho es la escuela de cine de los noventa».

Debbie ya no es su alumna en ningún sentido, así que por fin su aparición conjunta tan sólo carece de todo atractivo y provoca las miradas de todo el mundo, pero no es ilegal. Bill puede aparecer junto a ella en la cena. Puede vivir el presente, últimamente su tiempo favorito.

Pero allí, en aquella fiesta, debe recordar con quién está, gente para la cual la historia, el conocimiento adquirido, la acumulación de días y años, lo es todo. ¿O es simplemente la taquigrafía conveniente de su propia paranoia? Está Albert, con las cintas de vídeo; la vieja amiga de Albert, Brigitte, una estudiosa de Ciencias Políticas nacida en Berlín; Stanley Mix, que se ausenta en

semestres alternos para ir a Japón y estudiar los efectos zoológicos de la radiación en Hiroshima y Nagasaki; la esposa de Stanley, Roberta, propietaria de una agencia de viajes y calculadora obsesiva de los kilómetros que hace Stanley en sus frecuentes viajes (Bill a menudo ha admirado sus carteles: RETROCEDE A TIEMPO, VEN A ARGENTINA, dice uno que tiene en la puerta); Lina, una profesora invitada, serbia, guapa, que enseña Estudios Eslavos, y el marido de Lina, Jack, un médico texano que cinco años atrás, en Yugoslavia, había puesto tierra de Dallas en la sala de partos del hospital para que su hijo naciera «en tierra texana». («Aunque el niño tiene un aspecto muy *serrbio* —dice Lina de su hijo, haciendo vibrar las erres de forma encantadora—, pero no se lo digáis a Jack.»)

Lina.

Lina, Lina.

A Bill le gustaba un poco Lina.

—¿Estás con Debbie *porque* en algún *lugarr* de tu pasado hubo una chica guapa que te dejó? —preguntó Lina una vez por teléfono.

—Eh, ¿y si fuera porque todas las otras que conozco están casadas?

—¡Ja! —dijo ella—. Tú sólo crees que están casadas.

Lo cual le sonó a Bill como una versión adulta de Peter Pan, sin Mary Martin, sin las canciones, sólo un montón de deseos y de pensamientos bonitos, donde a continuación todos los participantes se tiran por la ventana.

¿Y nunca, nunca aterrizan?

El matrimonio, piensa Bill: es la escuela de cine de los noventa. A decir verdad, Bill tiene un poco de miedo al suicidio. Quitarse la vida, piensa, tiene demasiadas extravagancias que ofrecer: una ventaja real en la narrativa (aunque retrospectivamente), una ventaja filosófica desproporcionada (aunque, de nuevo, retrospectivamente), la última palabra, el último corte, el tiro de despedida. Y lo que es más importante, te lleva al infierno que hay

fuera de allí, da lo mismo donde estés, y él puede ver cómo algo así podría pasar en un momento de debilidad, pero brillante, uno del cual luego te arrepentirías mientras miras hacia abajo desde el cielo sin profundidad o, hacia arriba, a través de dos hormigueros de arena y de algún hierbajo.

Con todo, Lina es la persona en que se encuentra pensando y por quien pone atención al vestirse por la mañana, quitando todas las etiquetas de lavado en seco, emparejando los calcetines.

Albert los hace pasar al comedor y todos se reparten alrededor de la gran mesa de teca y contemplan las ensaladas preparadas con gran afán en cada uno de los platos, las cuales, con el trocito de queso, los cebollinos sobresaliendo, los pequeños bucles de papel, parecen sombreritos de fiesta.

—¿Nos las ponemos o nos las comemos? —pregunta Jack. En la boca tiene un chicle gris como un cerebro de rata.

—Admiro a los gays —dice Bill con voz de trueno—, tienen la valentía de querer a quien quieran a pesar de todos los prejuicios.

—Tranquilo —murmura Debbie dándole un leve codazo—. Sólo es ensalada.

Albert indica de manera general dónde se tienen que sentar, hombres y mujeres alternados, como los nombres de los huracanes, aunque de tal modo que todas las parejas quedan separadas y muy alejadas, qué menos en Nochevieja, tal como Bill sospecha que quiere Albert.

—No te sientes a su lado, muerde —dice Bill a Lina cuando ella se sienta al lado de Albert.

—Seis grados de separación —dice Debbie—. ¿Tú te crees esa historia de que todo el mundo está separado por sólo seis personas?

—Pues nosotros estamos separados por al menos seis personas, ¿verdad, cariño? —comenta Lina a su marido.

—Por lo menos.

—No, lo que quiero decir es por sólo seis —dice Debbie—, seis desconocidos. —Pero nadie la escucha.

—Ésta es una Nochevieja política —comenta Albert—. Estamos aquí para quejarnos del año nuevo, del viejo; en general para hacerle una petición a Papá Tiempo. Pero también para comer: en China es el año del Cerdo.

—Ah, uno de esos años del Cerdo —dice Stanley—, me encantan.

Bill le echa sal a la ensalada y luego mira hacia arriba disculpándose y dice:

—Le echo sal a todo, para que no salga corriendo.

Albert aparece con filetes de salmón y los reparte con la ayuda de Brigitte. Desde que a Albert no lo quisieron ascender para ocupar la plaza de profesor titular, sus artículos sobre Flannery O'Connor («Es realmente difícil encontrar un hombre bueno», «Todo lo que se eleva debe, en efecto, convergir» y «El sur totémico: son los violentos los que realmente lo aguantan») no han logrado conseguir el entusiasmo de los colegas, por lo que ha tomado la determinación de servir a los demás: repartiendo notas y comunicados internos, encargándose del ponche y las galletas en varias recepciones. Sin embargo, todavía no es muy ducho en ello, pero el esfuerzo comueve y entremece. Ahora todos están sentados con las manos en el regazo y se echan hacia atrás cuando les ponen el plato delante. Cuando Albert se sienta, comienzan a comer.

—¿Sabéis? —dice Jack masticando—, en Yugoslavia una persona va cuatro años a la escuela para ser camarero. Cuatro años en la escuela de camareros.

—Típico de los yugoslavos —añade Lina—. Tienen que ir cuatro años a la escuela para aprender a servir a alguien.

—Me imagino que lo hacen bien —dice Bill estúpidamente. Nadie le hace caso, por lo que da gracias al cielo. Su pescado huele más a pescado que el de los demás: está seguro. Quizá lo hayan

envenenado.

—¿Habéis oido lo del pobre estudiante japonés que se paró para preguntar una dirección y le dispararon porque pensaban que era un intruso? —habla Debbie, la querida Debbie, ¿cómo llegó a esto?

—Sí, ya lo sé, ¿no es horrible? —dice Brigitte.

—En verdad, un disparo así tiene mucho sentido —dice Bill—, cuando piensas en que los japoneses son especialmente conocidos por la delincuencia en las calles.

Lina se ríe y Bill toma un poco de pescado.

—Supongo que el hombre pensó que el estudiante iba a entrar a reprogramarle el ordenador —dice Jack y todo el mundo se ríe.

—Escuchad, ¿es racista? —pregunta Bill.

—¿Tú crees?

—Quizá.

—No lo creo.

—La verdad es que no.

—¿Qué quiere decir eso?

—¿A alguien le apetece más comida?

—Oye, Stanley, ¿cómo va la investigación?

¿Es una pregunta distraída o una pregunta mordaz? Bill no lo sabe. La última vez que estuvieron todos juntos se enzarzaron en una discusión terrible sobre la Segunda Guerra Mundial. La Segunda Guerra Mundial no suele ser necesariamente un buen tema de conversación, y entre los ocho se armó un auténtico lío. Stanley gritaba, Lina amenazaba con irse y Brigitte explotó durante los postres: «Yo era pequeña; yo estuve allí», dijo Brigitte a propósito de Berlín.

Lina, cuyos tres tíos, le había contado una vez a Bill, habían muerto a golpes de bayoneta, suspiró y dirigió la vista hacia el papel de pared: rayas anchas y pálidas como un pijama. Era imposible comer.

Brigitte miraba acusadoramente a todo el mundo, con la cara sudorosa como una manzana al horno. Le goteaban lágrimas de los ojos. «No tendrían que haber bombardeado de aquella manera. Así no. No tendrían que haber bombardeado tanto», y entonces comenzó a llorar, luego a ahogar los sollozos y al final a ahogarse simplemente.

Aquello había impactado a Bill. Durante años, Brigitte había sido el tema de los chistes privados y escépticos entre él y Albert. Se inventaban los títulos de sus libros sobre historia europea. *El Führer majareta* y *Hitler, ¡qué pastel!* Pero aquella noche las lágrimas de Brigitte eran muy amargas y copiosas; después de tantos años, aquello lo asustó y se obsesionó. ¿Qué pretendía llorando así en la cena? Nunca había vivido la guerra de aquel modo y, en verdad, de ningún otro.

—Bien —dice Stanley a Lina—. Estupendo, de verdad. Vuelvo el mes que viene. Hasta ahora, los datos acerca del tamaño pequeño de las cabezas es el más interesante y concluyente. —Y a continuación mastica el pescado—. Si me pagaran por palabras, sería un hombre rico. —Tiene la voz fina y suficiente de un participante del programa concurso de Texaco.

—A Jack aquí le pagan por palabras —dice Bill— y la palabra es «¿Siguiente?».

Quizá Bill podría, como quien no quiere la cosa, alejarse del tema de la devastación nuclear y encauzarlo hacia los planes nacionales de salud. ¿Sería una mejora? Recuerda que una vez le preguntó a Lina qué especialidad médica tenía Jack. «Oh, es cirujano ginecológico —dijo despectivamente—. Algo relacionado con cosas que caen en la vagina.» Le dio un escalofrío. «No me gusta pensar en ello.»

«Cosas que caen en la vagina.» La palabra *cosas* había hecho que Bill pensara, por alguna razón, en mesas y sillas o, incluso más seductoramente, en pianos y lámparas de araña, y ahora a Jack lo veía como un profesional de las mudanzas: La casa de mudanzas Van Line con un juego de OBSTE-GINE.

—Después de todo este tiempo, Bill todavía es escéptico con los médicos —dice Jack.

—Ya lo veo —dice Stanley.

—Una vez me extrajeron la amígdala sana —dice Bill.

—¿Encuentras alguna diferencia entre Hiroshima y Nagasaki? —persiste Lina.

—Es interesante que preguntes eso —dice Stanley, volviéndose hacia ella—. ¿Sabes?, en Hiroshima la bomba era de uranio y en Nagasaki de plutonio. Y de hecho encontramos consecuencias más dañinas con el uranio.

Lina da un grito ahogado y deja el tenedor. Se vuelve y mira con alarma a Stanley, como si estudiara el mal estado de salud de su cara, la metralla marrón verdosa de los quistes secos de acné, como lentejas enterradas en la piel.

—¿Utilizaron dos bombas diferentes? —pregunta ella.

—Eso es —dice Stanley.

—¿Quieres decir que ya desde el principio era sólo un experimento? ¿Lo planearon explícitamente, desde el principio, como un objeto de estudio? —Se le había subido la sangre a la cabeza.

Stanley se pone un poco a la defensiva. Él es, después de todo, uno de los estudiosos. Se mueve en la silla.

—Se han escrito libros muy buenos sobre el tema. Si no entiendes lo que ocurrió con Japón durante la Segunda Guerra Mundial, harías bien en leer un par de libros.

—Ah, entiendo. Entonces podríamos charlar mejor —dice Lina. Le da la espalda a Stanley y mira a Albert.

—Niños, niños —murmura Albert.

—La Segunda Guerra Mundial —dice Debbie—, ¿no fue la que iba a acabar con todas las guerras?

—No, ésa fue la Primera Guerra Mundial —dice Bill—. Con la Segunda Guerra Mundial ya no prometieron nada.

Stanley no quiere ceder. Se vuelve a Lina de nuevo.

—Tengo que decir que me sorprende ver a una serbia dándoselas de moralista en un asunto de política exterior —dice.

—Stanley, antes me caías bien, ¿te acuerdas de cuando eras un individuo agradable? Yo sí.

—Yo también —dice Bill—. Con esa sonrisa generosa y esos regalos que solía hacer.

Bill siente debilidad por rescatar a Lina. El año está siendo duro. La primavera anterior, la emisora de radio local la invitó a un programa de entrevistas y le hicieron preguntas sobre Bosnia. En un intento de explicar lo que ocurría en la antigua Yugoslavia, dijo: «Tenéis que pensar en lo que significaría para Europa tener un estado nacionalista islámico», y «Esos croatas fascistas», y «Es todo muy complicado». Al día siguiente los estudiantes boicotearon sus clases y un piquete fue hasta su despacho con pancartas que decían: EL GENOCIDIO NO ES «COMPLICADO» Y ARREPIÉNTETE, IMPERIALISTA. Lina había telefoneado a Bill a su despacho.

—Tú eres abogado. Me están acosando. ¿Estos estudiantes no están quebrantando ninguna ley? Seguro que están quebrantando alguna ley, Bill.

—Realmente no —dijo Bill—. Y créeme, no te gustaría vivir en un país en que sí lo estuvieran haciendo.

—¿No se puede tomar una medida de conflicto? ¿Qué es eso? Me gusta cómo suena.

—Eso se usa en alegatos o ante los juzgados. Eso no es lo que tú quieres.

—No, supongo que no. Sólo quiero que abandonen la acción. Además, quiero hacer huelga contra ellos. ¿No hay nada que puedas hacer?

—Tienen sus derechos.

—No entienden nada —dijo ella.

—¿Estás bien?

—No. Abollé el guardabarros del coche al aparcar, estaba muy alterada. Se cayó el faro y, a pesar de que lo llevé al mecánico, no lo han podido reparar.

—Me parece que esas cosas hay que conservarlas envueltas en hielo.

—Estos chicos, Dios mío, no tienen ninguna idea del mundo. Soy conocida por mi pacifismo y mi resistencia; fui yo quien el año pasado, en Belgrado, compró gasolina en botellas de Coca-Cola, escondió a un chico para que no lo reclutaran, y ayudó a organizar protestas, las emisiones de radio y los conciertos de rock. Yo y no ellos. Era yo quien estaba allí con la multitud, dando palmadas y gritando debajo de la ventana de Milošević: «No cuentes con nosotros. No cuentes con nosotros». —Hizo una pausa teatral—. Teníamos camisetas y carteles. No estuvo mal.

—¿«No cuentes con nosotros»? —dijo Bill—. No quiero parecer escéptico, pero como eslogan político suena, no sé, un poco... — Chato. Carecía incluso de la energía que tiene un mohín y de la determinación de «Maldita sea, no, no vamos a ir». Quizá alguna obscenidad habría sido mejor: «No cuentes con nosotros, hijo de puta». Habría sido mejor. Y las camisetas habrían quedado mejores, por supuesto.

—Pues tuvo mucho éxito —dijo Lina indignada.

—Pero ¿cómo mides el éxito exactamente? —preguntó Bill—. Lo que digo es que llevó su tiempo pero, perdóname, nosotros acabamos con la guerra de Vietnam.

—Oh, estáis obsesionados con vuestro Vietnam —dijo Lina.

La siguiente vez que Bill la vio fue para su cumpleaños y ella llevaba encima tres whiskies y medio. Ella se puso a elogiar a gritos la belleza del pastel, y luego cogió mucho aire y al expulsarlo acercó la cabeza a las velas y el pelo le ardió de forma espectacular.

«¿Qué mide el tiempo sino el tiempo mismo? ¿De qué puede dar constancia sino del mero depósito y registro de sí mismo en el interior de una cosa?»

Por la mesa corre un cuenco grande con guisantes y cebolla. Ya se han contado el repertorio de chistes de O. J. Simpson (el de toc, toc, ¿quién es?, y el de las gafas de sol). Han prohibido todos los demás, aunque a Bill ahora le preguntan su opinión sobre su búsqueda y captura. Desde que comenzó a vivir en tiempo presente, Bill ve la Constitución como algo afortunadamente cambiante. No cree que el comportamiento actual tenga necesariamente que ajustarse a la ley antigua. Personalmente piensa que, por ejemplo, habría desechado algunos privilegios de la Primera Enmienda (protestas por abortos, digamos, y todo el telemarketing, quizá un poco de pornografía, aunque no la chica de la página central del *Playboy*, Miss Abril 1965, ¡eso nunca!), a cambio de destruir el contenido de la Segunda Enmienda. Los Padres Fundadores eran, después de todo, revolucionarios. «En esto estarían conmigo», piensa. Estarían a favor de ir solucionando los problemas conforme suceden, reaccionando a los acontecimientos a medida que ocurren, como un gran y descabellado espectáculo de variedades.

—La Constitución no tiene nada de sagrado; sólo es otro contrato producto de la imaginación: es un palimpsesto que se puede escribir y reescribir una y otra vez. Y entonces, contenga lo que contenga, cuando te hacen a un lado, se convierte en ley de esa época. De ahora. —Bill cree en la libertad de expresión. Cree en la expresión de la libertad. No cree en gritar «Fuego» en un cine lleno de gente, pero sí cree en gritar «Ostras», y ya lo ha hecho dos veces: las dos en *Forrest Gump*. Soy un gran creyente en las Normas del Ahora. También en las promesas para Ahora, las Cosas que Hacer por Ahora, y el tan práctico «Por Ahora Es Suficiente».

—Qué moral tan excelsa —dice Brigitte fulminándolo con la mirada.

—Sí —añade Roberta, que ha estado callada toda la noche, seguramente calculando el precio de los billetes de avión de Stanley —. Qué atractivo.

—Hablo en teoría —dice Bill—. Creo en el sentido común. En la teoría. Sentido común teórico. —De repente se siente arrinconado e incomprendido. Le gustaría que no le pidieran constantemente que se pronunciara sobre asuntos legales de la vida real. Nunca ha tenido un caso real, a excepción de una vez, cuando acababa de terminar la carrera de Derecho. Había ejercido durante poco tiempo en el sótano de una vieja escuela de piedra caliza en St. Paul, y en la placa que había dentro del edificio decía: WILLIAM D. BELMONT, ABOGADO: PISO DE ABAJO. El único caso que llevó a los tribunales fue un atraco a mano armada, y le entró el pánico. Se vistió del mismo color beige que los alguaciles, una estrategia subliminal que creyó que le daría ventaja y que le haría parecer, por lo menos, tan parte de la «familia» del tribunal como el fiscal. Pero cuando terminó la tarde, tenía los nervios destrozados. Miraba con demasiada desesperación al jurado, el cual, cuando se retiró a deliberar y en el tiempo que tardó en pedir una pizza y devorarla, votó unánimemente declarar culpable a su cliente. Había mirado con ojos suplicantes aquellas caritas y había dicho: «Señoras y señores: que me coma los calzoncillos si mi cliente no es inocente».

Cuando abandonó el ejercicio del Derecho se había acostumbrado a aparecer por las fiestas de los despachos de los demás, lo cual no era buena señal en la vida.

Ahora, equipado con un título de más prestigio, como los otros invitados a la cena, Bill tiene pericia en el campo hipotético de lo académico y algunos conocimientos sobre presupuestos, cómo aparcar y el correo electrónico. No le importa el correo electrónico, más o menos se ha acostumbrado, su Telesketch vagamente indecente, aunque una vez se encontró perdido en internet, y antes de darse cuenta había escrito su nombre en un tablón de anuncios donde el único otro nombre que había era «El Semental». Sin embargo, la mayor parte de su vida profesional ha transcurrido segura y sin grandes percances. A pesar de que le molestan con las reuniones de profesores y con la palabra *texto* (cada vez que la oye le da la sensación de que debería abandonar, irse a otro lugar y

llevar una peluca empolvada), a Bill le intriga pertenecer al mundo académico, con su batiburrillo internacional y su vestimenta asexual, un lugar donde pensar y hablar como si uno hubiera vivido es siempre preferible a las alternativas. Un valor así reduce el arrepentimiento. Una vez lo llamó el director de la Facultad de Derecho y lo amonestó por saltarse demasiadas reuniones docentes.

—Te cuesta un aumento de sueldo de mil dólares al año —dijo el decano.

—¿De verdad? —repuso Bill—. Bueno si eso es todo, vale la pena cada céntimo que pierdo.

—Comed, comed —dice Albert. Trae las patatas asadas y el queso de postre. Las cosas se están desmadrando un poco. ¿Una cena es un paradigma de la sociedad o una pantomima viciosa de la familia? Ya son las diez y media. Brigitte se ha vuelto a levantar para ayudarle. Vuelven con nata, cebollinos, grapa y coñac. Debbie mira por encima de la mesa a Bill y le sonríe con calidez. Bill le devuelve la sonrisa: por lo menos cree hacerlo.

«Este tabú de la edad es para hacernos creer que la vida es larga y que nos mejora, que somos más sabios, mejores, más cultos cuanto más tiempo pasa. Es un mito inventado para que los jóvenes no sepan lo que realmente somos y así no nos puedan despreciar o matar. Los mantenemos ignorantes, sin preparación, y les hacemos creer que hay algo más en el futuro que arrepentimiento y decrepitud.»

Bill todavía escribe un ensayo en su cabeza, uno de sentido común teórico, aunque quizá sólo sea que está bebiendo demasiado y que no sea un ensayo, sino el simple metabolismo del azúcar. Pero eso es lo que sabe en ese momento, cuando la cena termina y la medianoche cae como un gong mudo: el abrazo de la vida es rápido y apresurado, y en todas partes por igual la gente está necesitada y es bienintencionada y está loca. «¿Por qué no admitir

los poderes históricos para dividir y destruir? ¿Por qué apegarnos a viejas historias con la creencia de que son más verdaderas que las nuevas? Viviendo en el pasado siempre sabes lo que vendrá a continuación, y eso te ahorra las sorpresas. Agota y deforma la mente. Tenemos suerte simplemente por estar vivos juntos; ¿por qué ponernos a diferenciar y a juzgar sobre quién está aquí entre nosotros? Gracias a Dios por lo menos hay alguien.»

—Creo en el tiempo presente —dice Bill ahora, a nadie en particular—. Creo en la amnistía. —Para. La gente lo mira pero no habla—. ¿O es sólo retórica caprichosa?

—No es tan caprichosa —dice Jack.

—Es caprichosa sin llegar a ser sensiblera —dice Albert amablemente, como buen anfitrión que es. Saca más grapa. Todo el mundo toma un poco en los vasos de cristal de la Gran Depresión que tiene Albert, de color ámbar, verde y azul.

—Lo que quiero decir... —comienza Bill, pero luego se detiene, no dice nada. Suena música folclórica chilena en el aparato de música, nostálgica y melancólica: «Tráeme todos tus amantes, para que también te pueda amar», canta una mujer en español.

—¿Qué quiere decir? —pregunta Bill, pero a esas alturas ya no habla en voz alta. No sabría decirlo. Se sienta de nuevo y escucha la canción, traduciendo el castellano triste. «Todos los cantautores, incluso en la canción más insignificante, parecen tener un sufrimiento monumental, clarificado y dignificado por la melodía», piensa Bill. Por otra parte, su propia tristeza salpica su vida de un modo discreto, amorfo, liquidador. Modesto, es como algunas veces le gusta verlo. Ya nadie es modesto. Todo el mundo exalta sus decepciones. Libran batallas ceremoniosas por todo, piden recetas y devuelven los regalos: todas las cosas infelices que la vida les ha dado, de un modo extraño y estúpido, sin pensar, sin molestarse siquiera en conocerlas un poco o preguntar por ahí. Lo devuelven todo para cambiarlo por otra cosa.

Como ha hecho él, ¿o no?

«Los jóvenes fueron enviados a la tierra para divertir a los viejos. ¿Por qué no dejarse divertir?»

Debbie se acerca y se sienta junto a él.

—Pareces quejicoso y rezonglón —dice en voz baja. Bill se limita a asentir. ¿Qué puede decir? Añade—: Quejicoso y rezonglón, ¿verdad que parece el nombre de un bufete?

—De un cuento de Andersen —dice Bill y asiente de nuevo—. Quizá el que contrató el Patito Feo para demandar a sus padres.

—O el que buscó la Sirenita para darle por saco al príncipe —dice Debbie, un tanto mordazmente en opinión de Bill, ¿quién sabe? Su voz aniñada, de puro terror quizá, últimamente se ha adornado con gestos soñadores y atrevidos. Probablemente Bill sólo la haya hecho envejecer más de lo que corresponde a su edad.

Jack se ha puesto de pie y se dirige al recibidor. Lina le sigue.

—Lina, ¿te vas? —pregunta Bill con demasiado sentimiento en la voz. Ve que Debbie, que ha bajado la mirada, lo ha notado.

—Sí, es que en casa tenemos una tradición especial, y no nos podemos quedar hasta medianoche. —Lina se encoge de hombros un poco indiferente, luego coge la bufanda de lana roja y se envuelve el cuello con un nudo suelto. Jack le ayuda a ponerse el abrigo, por detrás, y ella desliza los brazos por el forro de satén.

«Es sexo —piensa Bill—. Hacen el amor cuando tocan las campanadas de las doce.»

—¿Una tradición? —pregunta Stanley.

—Eh, sí —dice Lina con desdén—. Un poco de reflexión para el año que se avecina, eso es todo. Espero que estéis felices en Año Nuevo.

Lina solía equivocarse con los verbos *ser* y *estar*, pensó Bill, extrañamente encantado. ¿Y por qué se dice «ser feliz» y en cambio «estar bien»? No tendría que ser así. Por lógica...

—Se acuestan con las doce campanadas —dice Albert después de que se hayan ido.

—¡Lo sabía! —grita Bill.

—¿Se acuestan con las campanadas? —pregunta Roberta.

—Yo personalmente me reservo para el cumpleaños de Lincoln —dice Bill.

—Al parecer es una tradición de Año Nuevo local —dice Albert.

—He vivido aquí veinte años y nunca había oído hablar de ella —dice Stanley.

—Yo tampoco —dice Roberta.

—Ni yo —dice Brigitte.

—Bueno, pues todos tendríamos que hacer algo así de absorbente —dice Debbie.

La cabeza de Bill se vuelve para mirarla. La parte de arriba del vestido de terciopelo está nevada con pelusilla de la servilleta. Tiene la cara roja de beber. ¿Qué quiere decir? No quiere decir nada.

—¡Los guisantes! —grita Albert, y se va corriendo a la cocina y trae un cazo de hierro con una pasta caliente de guisantes y seis cucharas.

—Ésta es la tradición que conozco yo —dice Stanley y coge una de las cucharas y la mete en la pasta.

Albert se mueve por la habitación con el cazo.

—No puedes comértelos hasta que suenen las doce campanadas —dice Albert—. Si los guisantes son la primera comida del 1 de enero, tendrás buena suerte durante todo el año.

—Nos quedan cinco minutos. —Brigitte mira el reloj y toma una cuchara.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Stanley. Sujeta la cuchara con puré de guisantes como si fuera una piruleta, y se le empieza a caer la pasta.

—Podemos reflexionar sobre nuestro fructífero trabajo y nuestros grandes logros —suspira Albert—. Aunque, claro está, cuando piensas en Gandhi o Pasteur o en alguien como Martin Luther King, hijo, muerto a los treinta y nueve, seguro que te preguntas qué has hecho con tu vida.

—Hemos hecho algunas cosas —dice Bill.

—¿Sí?, ¿como qué? —pregunta Albert.

—Nosotros hemos... —Y aquí Bill se detiene un momento—. Hemos disfrutado de comidas excelentes. Hemos... comprado camisas bonitas. Nos han ajustado bastante el precio del coche nuevo al dar el viejo... Creo que ahora mismo me voy a suicidar.

—Me apunto —dice Albert—. Los cuchillos están en el cajón junto al fregadero.

—¿Y la aspiradora?

—La aspiradora está en el armario de atrás.

—¿La aspiradora? —grita Roberta. Pero nadie explica por qué ni va a ningún sitio. Todos se sientan y ya está.

—¡Preparad los guisantes! —grita Stanley de repente. Todos se levantan y se colocan formando una herradura alrededor de la chimenea con un fuego vivo de leña de abedul, aunque con más humo de la cuenta. Levantan las cucharas llenas y dirigen la mirada hacia el reloj de encima de la repisa de la chimenea con el antiguo minutero abalanzándose hacia la media noche.

—Feliz Año Nuevo —dice Albert finalmente, después de un poco de silencio, y levanta la cuchara como saludo.

—Amén —dice Stanley.

—Amén —dice Roberta.

—Amén —dicen Debbie y Brigitte.

—Eso mismo —dice Bill, con la boca llena, pero haciendo un gesto con la cuchara.

A continuación todos se abrazan con rapidez.

—¡Te pillé! —dice Bill con cada abrazo. Y comienzan a ir en busca de los abrigos.

—Siempre pareces más interesado por otras mujeres que por mí —dice Debbie al llegar a casa de Bill después de conducir en silencio —. El mes pasado fue Lina. Y el otro fue..., fue Lina otra vez. —Se detiene un momento—. Siento ser tan egoísta y patética.

Se pone a llorar y, mientras lo hace, algo se raja y se abre en ella, y Bill le ve el corazón al desnudo. Es un buen corazón. Ha tenido padres amables y buenos amigos, sólo ha vivido en tiempo de paz y ha sido cariñoso con los animales. Lo mira.

—Mira, yo soy romántica y apasionada —prosigue—. Creo que sólo hace falta estar enamorada. El amor lo puede todo. —Bill asiente con simpatía, desde una gran distancia—. Pero no quiero entrar en una de esas historias pobres, unidireccionales, en las que todo el rato hay que ir poniendo parches; por mucho que me importes.

—¿Qué ha pasado con el amor que lo puede todo de hace cuatro segundos?

Debbie se queda en silencio y luego contesta:

—Ahora soy mayor —dice.

—Los jóvenes crecéis muy rápido.

Entonces se hace un largo silencio, el segundo en lo que va de Año Nuevo. Al final, Debbie dice:

—Pero ¿no sabes que Lina tiene un lío con Albert? ¿No ves que están enamorados?

Algo en Bill se cae, encaja y hace un diáfano y pequeño nudo.

—No, no lo he visto. —Tiene la sensación enfermiza que ha tenido en otras ocasiones, al matar una mosca y encontrar sangre en ella.

—Tú mismo habías insinuado que quizá fueran amantes.

—¿Yo? No puede ser, ¿de verdad? ¿Eso hice?

—Pero, Bill, ¿no te has enterado? Si lo sabe toda la universidad.

De hecho, había oído rumores; incluso una vez había dicho «Eso espero» y en otra ocasión «Dios bendiga la dichosa unión». Pero no lo decía en serio ni lo creía. Eran habladurías con poca gracia, sin imaginación, eran poco probables. Pero ¿no era la realidad así de cutre e inestable? ¿No era el destino así de poco imaginativo? Piensa en los dedos cruzados que encontraron en perfecto estado y que habían sobrevivido entre los restos de un

accidente de avión por aquella zona. Ese destino era contrario y denso, como una secretaria estúpida, que no entiende todo el asunto de la *Gestalt* y el deseo del deseo. Él prefiere un destino más profundo, más inteligente e incluso más tardío, como el de la chica que conoció en la Facultad de Derecho y a la que, años atrás, violaron, dispararon y dieron por muerta; pero ella se arrastró durante diez horas hasta salir del bosque y llegar a la autopista, y había parado un coche con una bala del calibre veintidós en la cabeza. Entonces fue cuando supiste que la vida estaba inventando algo para ti, que la narrativa era para disculparse. Entonces fue cuando supiste que Dios había levantado la vista del ganchillo, que quizá incluso se había levantado de su puta mecedora de mimbre y por fin había ido tambaleándose hasta la ventana para mirar.

Debbie observa a Bill, preocupada y comprensiva.

—No eres feliz con esta relación, ¿verdad? —dice ella.

¡Aquellos términos! ¡Aquella manera de hablar! Bill no es bueno para eso; ella es mucho mejor que él; probablemente ella es mejor que él en todo: por lo menos, no ha usado la palabra *texto*.

—No se te ocurra usar la palabra *texto* —advierte él.

Debbie se queda callada un momento y añade:

—Lo que pasa es que no eres feliz con tu vida.

—Supongo que no. —«No cuentes con nosotros. No cuentes con nosotros, capullo.»

—No cuesta tanto ser un poco feliz, ¿sabes? Lo puedes aguantar. Es como un libro abierto. Es básicamente como el sueldo cuando le has descontado los impuestos.

De repente, la tristeza lo devora. ¡Los guisantes! ¿Por qué no resultan? Debbie tiene la cara tensa y parpadea. Se le ha ido todo el maquillaje, los ojos limpios y redondos como bombillas.

—Siempre has sido muy duro calificando —dice—. ¿Qué fue de las calificaciones graduales?

—No sé. ¿Qué pasa con eso?

Con los párpados cerrados, cae silenciosamente sobre las rodillas de él, el pelo como un remolino dorado en la cabeza. Siente la presión de sus pechos como agua contra su pierna.

¿Cómo puede valorar su vida con tanta dureza y sin ningún agradecimiento, cuando está allí con ella, cuando ella se porta tan bien con él, y tienen otro año por delante, como un bufé libre, barato y abundante? ¿Cómo puede ser tan estricto y mezquino?

—He cambiado de opinión —dice—. Soy feliz, voy a explotar de felicidad.

—No lo eres —dice ella, pero vuelve la cara hacia arriba y ríe con esperanza, como algo breve, floral, buscando calor.

—Sí que lo soy —insiste él, pero aparta la mirada para pensar, para pensar en cualquier cosa, para pensar en su exmujer («Tráeme a todos tus antiguos amantes para que yo también te pueda amar»), que todavía vive en St. Paul con la hija de ambos, que dentro de cinco años tendrá la edad de Debbie. Cree que era feliz por entonces, durante mucho tiempo, durante un rato. «Estamos a esta distancia de divorciarnos», había dicho su mujer al final, con resentimiento. Y si ella hubiera abierto los brazos podrían haber encontrado una forma de volver, la agudeza de ella, intermitente y parpadeante como un faro para él. Pero no había sido así: había juntado el índice y el pulgar, como quien coge un pellizco de sal. Con todo, antes de que él se fuera, el matrimonio una ruina crepitante pero modesta, sólo dos líos y una docena de palabras cortantes entre ellos, los dos habían regresado de las pequeñas humillaciones que habían soportado en el trabajo, por separado y en solitario, y de algún modo las habían convertido en deseo. Al final de todo, habían paseado juntos en la fría luz invernal que algunas veces reivindicaban los últimos días de agosto, el aire fresco, las hojas ya dejándose caer en el viento y escabulléndose por la acera, el barrio decorado con crisantemos ocres, hasta los hierbajos más resistentes en flor nupcial, la hortensia florecida, verde y embriagada con su propio jugo. ¿Quién no trataría de ser feliz?

Y al igual que había ocurrido durante aquellos paseos, ahora recuerda que de pequeño, en Duluth, había imaginado un monstruo, un demonio que le perseguía desde el colegio hasta casa. Fue un invierno en concreto, ya había pasado la Navidad, la nieve estaba sucia y crujía, su padre estaba en el extranjero, y su hermana pequeña, Lily, que había salido del pulmón de acero del hospital, yacía en la cama muriéndose de polio, en el piso superior de la casa. Los padres siempre habían disfrutado más con la hija que con el serio hijo mayor. Posiblemente creían que lo hacían con discreción, aunque también lo hacían de modo imprudente y quizás con culpa. Quizá fuera una sorpresa incluso para ellos. Pero Bill, al estudiar sus miradas y sus palabras, lo había discernido aunque nunca había sabido qué contestar a aquello. ¿Cómo podía hacerse más agradable? Cuando su padre estaba fuera, escribía cartas largas y aburridas sin faltas de ortografía. «Querido papá, ¿cómo estás? Estoy bien.» Pero nunca las enviaba. Las guardaba, las ataba con un cordel y cuando su padre volvía a casa, le daba el paquete. Su padre decía: «Gracias», se metía las cartas en el abrigo y no las volvía a mencionar. En cambio, todos los días, durante un año, su padre iba al piso de arriba a llorar por Lily.

Una vez, cuando ella todavía era bonita y estaba bien, Bill se pasó un día repitiendo lo que decía Lily, hasta que ella se puso a llorar atormentada y su madre lo golpeó fuerte en el ojo.

A Lily la adoraban. Ellos la adoraban. ¿Quién podía culparlos? ¡Niña adorable! ¡Adoración adorable! Pero Bill no era capaz de tener nada así, ni una parte, para él. Lo observaba todo por entre una atmósfera, a través de un mar verde y festoneado —«Querido papá, ¿cómo estás? Yo bien, gracias a Dios»—, como si fuera un planeta que a veces se viera entre los destellos o una isla tropical pintada en tonos naranjas y cálidos, como las fotos de los libros.

Pero en el fondo de su íntima niñez de enero sabía que había colores que eran de verdad: la luz del final de la tarde era azulada y oscura, la tundra magullada de los montones de nieve atemorizantes, plateados y fríos. Al principio, el hombre monstruo

descomunal, el hombre demonio, rojo y gigante, con una sola ala creciéndole en la espalda, avanzaba lentamente y comenzaba a perseguir a Bill. Cada vez lo perseguía más rápido, subía y bajaba cada una de las pequeñas colinas que había hasta su casa, proyectando sombras largas que ocasionalmente, durante poco tiempo, caían sobre ellos como una red. Mientras las campanas de la iglesia tocaban su himno de las cuatro en punto, el hombre monstruo volaba como si trotara con pasos largos y poco seguros con las piernas temblorosas, saltaba y resbalaba sobre el hielo hacia los talones de Bill. Bill dobló la esquina. El demonio saltó por encima de un cubo de sal que había en la carretera. Bill cortó por un atajo. El demonio lo siguió. Y el terror de todo aquello (mientras Bill llegaba corriendo al porche delantero, se metía en la casa oscura y sin llave, y cerraba de un portazo, hundiéndose en ella, resbalando hacia el suelo, hasta el felpudo, por fin a salvo entre un revoltijo de botas y zapatos, pero todavía jadeando los largos y afortunados jadeos de su gran escapada por los pelos) le parecía emocionante en un mundo que ya había renunciado, con tal habilidad para la indiferencia, a todos sus encantos.

## SI ES LO QUE TE APETECE, VALE

Mack se ha mudado tantas veces de casa que cada vez que le dan un nuevo número de teléfono le parece que ya lo ha tenido antes.

—Te juro que ya tenía este número —dice aparcando el coche y señalando la guía de teléfonos: 923-7368.

La cadencia inherente a un número de teléfono siempre lo sorprende del mismo modo personal, como algo familiar pero perdido, algo de capital importancia aunque insignificante, como un acto de amor con una mujer con la que solía salir.

—Llama y ya está —dice Quilty.

Están en la Nacional 55, en el primer McDonald's de las afueras de Chicago. Están de vacaciones, un viaje por carretera, algo del estilo de «coger cuatro cosas, meterlas en el coche y largarse». Quilty ha estado cantando canciones de películas durante toda la tarde, tiene una fijación con *To Sir with love*, y ahora Mack y él parecen destinados a volverse locos mutuamente: Mack adelantando autobuses demasiado rápido, mientras busca con torpeza más chicles (enseguida les chupa el azúcar, pastilla tras pastilla), y Quilty encorvado sobre la guantera, con la cara morada y tensa de emoción al oír «Aquellos días escolares de cuentos y uñas mordidas se han ido ya».

—A estas alturas sería un genio —ha dicho Quilty tres veces en lo que va de viaje—, si hubiera memorizado a Shakespeare y no a Lulú.

—Sí —dice Mack. El mismo Mack sería ahora un genio si al nacer hubiera sido una persona completamente diferente. Pero ¿qué le vas a hacer? En una ocasión leyó en una revista que los

genios sólo nacen de mujeres de más de treinta años; su madre tenía veintinueve. ¡Maldita sea, joder! ¡Qué cerca había estado!

—Reservemos una habitación en algún hotel y démonos un baño con aceite —dice Quilty—. Y no regatees. Siempre pierdes el tiempo comiéndole la olla al tío para que te haga una rebaja.

—¿Y eso está tan mal?

Quilty hace una mueca.

—No me gusta lo que se come con la olla.

—La gallina.

Quilty suspira.

—La polla... De verdad, en serio, no se trata de ninguna competición. —Quilty se vuelve para acariciar a *Guapo*, su perro lazillo, un labrador de color chocolate al que muy a menudo dejan jadeando en el asiento trasero mientras ellos se van a tomar un café —. Buen perro, buen perro, sí. —Un «baño con aceite» es la idea que tiene Quilty de cómo acabar un buen día y también uno malo—. Mañana iremos en dirección sur, siguiendo el Misisipi, luego hacia Nueva Orleans y luego, al volver, pasaremos por los patos del hotel Peabody, al final. ¿Te parece?

—Si es lo que te apetece, vale —dice Mack.

Se habían conocido hacía dos años en la Sociedad de Abstemios de Tapston, Indiana. Como era nuevo en la ciudad y hacía poco se había despedido de un trabajo estúpido y apresurado que consistía en pintar torres de alto voltaje en el sur del estado, y de repente tenía necesidad de un abogado, Mack llamó a Quilty al día siguiente:

—Me pregunto si podríamos llegar a un acuerdo —había dicho Mack—. Un exbebedor con otro exbebedor.

—Quizá —dijo Quilty. Podía ser ciego y alcohólico rehabilitado, pero con la ayuda de su secretaria, Martha, ejercía la abogacía de manera profesional y no daba sus servicios a cambio de nada. Sin embargo, cuando el trueque era bueno, le gustaba. Hacía que la

vida fuese más fácil para un hombre ciego. Él era, después de todo, una persona práctica. Más allá de todas sus excentricidades, poseía una veta de pragmatismo tan aguda y profunda que los demás la confundían con la cordura.

—Me he metido en un lío —explicó Mack. Le contó a Quilty lo difícil que era ser pintor de casas, y encima nuevo en la ciudad, y que algunas amas de casa maniáticas nunca estaban satisfechas con lo que era verdadero trabajo profesional, y que, bueno, habían presentado una denuncia contra él—. Me acusan de pintar mal una casa, señor Stein. Pero lo único que tengo para pagarle es más pintura. ¿Tiene usted paredes que necesiten una mano de pintura?

—¿La pintura es a la vez la acusación y los honorarios? —exclamó riendo Quilty. Le encantaba soltar una buena carcajada, atraía a *Guapo* a su lado—. Es como decirme que le buscan a usted por falsificación y que puede pagarme en metálico.

—Lo siento —dijo Mack.

—No se preocupe —dijo Quilty.

Llevó el caso de Mack, le sacó del apuro lo mejor que pudo —«el mayor arte del mundo», explicó Quilty en la comparecencia ante el juez, «no puede existir sin borrones»— y entonces Mack le pintó la casa de color espliego, muy compensatorio. ¿O era, como había sugerido un vecino, en algunos lugares en que la pintura había quedado desigual, color espuela de caballero? A la hora de cenar, Quilty volvía de su despacho, que estaba en la misma calle que su casa, y se detenía en el camino del jardín, *Guapo* pegado a los talones, Mack encima de ellos, en la escalera, tarareando una quejumbrosa canción de amor de los Apalaches o una versión jazzística de *Taps*. ¿Por qué *Taps*? «Es el pueblo en que vivimos —diría más tarde Mack—. Y es el ruido que hace tu bastón.»

*El día se ha acabado, el sol se ha ocultado.*

—¿Cómo va por ahí arriba, Mack? —preguntó Quilty. Tenía el pelo oscuro, largo e hirsuto como el esparto, y a menudo se lo recogía mientras hablaba—. Los vecinos me han dicho que todos los arbustos están azules.

—No se puede impedir que gotee un poco —dijo Mack con infelicidad. Nunca utilizaba lonas, como hacían los demás pintores. No las tenía siquiera.

—Bueno, a mí no me ofende —dijo Quilty dándose golpecitos significativos en las gafas de sol.

Sin embargo, después, mientras pintaba el cobertizo de al lado, Mack oyó a Quilty dentro, hablando por teléfono con un amigo, lanzando sonoras carcajadas: «Oye, ¿sabes qué me han contado? Que tengo arbustos azules». O: «Estoy tiñendo los arbustos de azul: los nuevos ricos, al tanto, siempre estarán contigo».

Cuando la casa estuvo casi terminada, y las hojas del roble comenzaron a acumularse en el suelo en montones color dorado y rubí, como el color de las peras, y la tarde se instalaba enseguida y desaparecía en lo que era el principio de una noche de invierno, largo, solvente, Mack comenzó a quedarse más rato y a alargarse, a tomar café y té, a comer, luego más té y más café. Le gustaba ver a Quilty moverse con gran destreza por la cocina, sin aceptar la ayuda de Mack, preparando cosas sencillas: pasta, guisantes, ensaladas, pan con mantequilla. A Mack le gustaba hablar con él de las reuniones de la Sociedad de Abstemios, intercambiar historias acerca de esos pocos e increíbles borrachos como cubas que se sentaban en sus recuerdos como canciones preciosas y de los que simplemente se habían hecho polvo la vida. Observaba la cara de Quilty mientras le salpicaban y le tensaban la fatiga o el cariño. Quilty había nacido ciego y nunca había adquirido el aspecto y el camuflaje de los videntes; su cara seguía relajada, desentrenada, un lienzo en blanco, transparente como una flatulencia de bebé, claro hasta el fondo. En una cara tan desprotegida y tan poco a la defensiva y a la ofensiva uno veía su propio yo inocente, y a veces retrocedía.

Pero Mack descubrió que no se podía ir, no del todo. La verdad es que no. Ayudaba a Quilty con su pelo largo, cepillándoselo hacia atrás y recogiéndoselo con una cinta de piel. Le llevaba a Quilty regalos de las tiendas de segunda mano del centro. Un libro de

geografía en braille. Un jersey con una mancha de café en el brazo: ¿se había pasado de mezquino? Posavasos de corcho para las interminables tazas de té de Quilty.

«Estoy en deuda contigo, querido», había dicho Quilty cada vez, hablando, como hacía a veces, como un maldito enamorado victoriano y tocando la manga de Mack. «Eres el hombre más amable que he tenido en mi casa.»

Y quizá porque a Quilty lo que se le daba mejor era el tacto y las palabras, o quizá porque Mack había tenido una vida de perros que le había destrozado todos los sentimientos, o quizá porque la Tierra se había inclinado hacia la sombra y el frío y todo el maldito futuro parecía metido en esa tinta oscura, una noche, en la sala de estar, después de un beso que sólo a Mack cogió por sorpresa, e incluso entonces sólo un poco, Mack y Quilty se hicieron amantes.

Con todo, había momentos en que esto desconcertaba a Mack por completo. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Qué puñetazo flojo en la boca lo había enviado como en un remolino hasta ese lugar?

La incertidumbre contribuye a la timidez, y la timidez, dice siempre Quilty, es lo que hace que el mundo esté unido. Mejor dicho, es lo que hacía que el mundo estuviera unido, lo salvaba de volverse loco con el caos. Sí, pero ahora..., es otra historia.

—¿Otra historia? A mí no me gustan las historias —dijo Mack  
—. Me gustan la comida, las llaves de los coches. —Se detuvo un momento—. Me gustan las galletas saladas.

—Muy bieeen —dijo Quilty, recorriendo el perfil de su hombro y luego el de Mack.

—Haces esto continuamente, ¿verdad? —preguntó Mack.

—¿El qué? ¿Promoción en el departamento de pintores?

—Llevarte a la cama a un grandullón heterosexual que parece tonto.

—Nunca lo hago. Nunca. —Ladeó la cabeza—. No lo había hecho nunca. —Con las yemas de los dedos planas y en forma de almendra jugaba con el brazo de Mack como si fuera un teclado—. Nunca en la vida. Tú eres mi gran experimento sexual.

—Pero es que tú también eres mi gran experimento sexual — insistió Mack. Antes de Quilty, nunca se habría imaginado en la cama con un hombre flaco y desnudo con gafas de sol—. ¿Y cómo puede ser?

—Ser no, seres, cariño.

—Pero alguno tendrá que hacerse cargo. ¿Cómo vamos a sobrevivir los dos a una gran aventura experimental? Alguien debería pilotar el barco.

—Al diablo con el barco. Estaremos bien. Los dos estamos juntos en esta historia. Es suerte. Es la voluntad de Dios. Es sincronización. Arte adivinatorio involuntario. El destino. Camelot. «¡Annie, cariño, coge el puto fusil!», como dice la canción —gritaba Quilty.

—Mi esposa se llama Annie —dijo Mack.

—Ya lo sé, ya lo sé, por eso lo he dicho —dijo Quilty tratando de no suspirar—. Piénsalo de esta manera: los ciegos guiando a los heterosexuales. Puede funcionar. No es imposible.

Por las mañanas, el teléfono sonaba mucho y a veces a Mack le molestaba. ¿Dónde estaban las galletas saladas y las llaves de los coches cuando las necesitabas realmente? Se dio cuenta de que Quilty sabía la distancia exacta que había entre su brazo y el teléfono, y lo cogía con un movimiento rápido. ¿Estás *sans* o *avec*? , solían preguntar los amigos de Quilty. Hablaban a voz en cuello y de forma muy teatral (como si hablaran con una persona sorda) y Mack siempre lo oía todo.

—*Avec* —decía él.

—Oooh —exclamaban—. ¿Y cómo se encuentra hoy el señor *Avec*?

—Tendrías que traerte tus cosas aquí —dijo Quilty una noche, por fin.

—¿Es eso lo que quieres? —Mack, sin darse cuenta, acabó tratándolo con una deferencia desconocida. Nunca había dormido con un hombre, probablemente eso era lo que ocurría, aunque años antes, una de aquellas noches en que Annie se ponía mucho

maquillaje y se vestía de cuero, su género le pareció indeterminado. Aquello se le había antojado a Mack extrañamente atractivo, suficiente; la situación no lo requería, así que quiso acercarse más, para aprenderlo, para hacerse necesario, llevárselo, hacerlo morir. Habían sido unas noches extrañas y atrevidas, con una crudeza que venía más de antiguas y profundas heridas que de la monotonía conyugal. Pero últimamente todo le parecía ilegible, aunque pensaba que leer no era natural y no había que imponérselo a la gente. Por lo general, la gente no eran mapas de carreteras. La gente no eran ni jeroglíficos ni libros. No eran historias. Una persona era una colección de accidentes. Una persona era un montón infinito de rocas con cosas creciendo por debajo. En general, cuando echabas de menos el amor, cogías a una mujer y la poseías con cautela y sin muchas esperanzas, hasta que al final te soltabas, dormías, te despertabas y ella te eludía una vez más. Luego volvías a comenzar desde cero. O no.

Sin embargo, nada en Quilty parecía escurridizo.

—¿Acaso es lo que quiero? Claro que es lo que quiero. ¿Es que no soy un manifiesto andante del deseo? —preguntó Quilty—. En braille, por supuesto, pero lo soy. Compruébalo. Múdate. Tómame.

—De acuerdo —dijo Mack.

Mack había tenido un niño con Annie, su hijo Lou, y poco antes del final Mack había tratado de encontrar las palabras adecuadas que decir a Annie, para salvar las cosas. Decía mucho «está bien». No sabía cómo criar a un hijo, a un hijo sin dientes, sin trampa ni cartón, aunque sabía que tenía que protegerlo del mundo; no podía entregarlo y dejar que el mundo hiciera lo que le diera la gana con él. «Hay algo que con el tiempo crece entre la gente», dijo una vez, en un intento de conservar la unión general, de conservar a Lou. Si perdía a Lou, creía que su vida se iría a pique totalmente. «Algo que crece, te guste o no.»

—Caca —dijo Annie.

—¿Qué?

—¡Caca! —gritó—. ¡Eso es lo que crece entre la gente, caca!

Cerró de un portazo y se fue a beber con los amigos. El bar al que todos iban, el Teem's Pub, enseguida se llenó de humo y se puso aburrido. Uno, quizá fuese Bob Bacon, propuso que fueran a Visions and Sights, un tugurio de *striptease* próximo a la autopista. Pero Mack ya echaba de menos a su mujer.

—¿Por qué tengo que ir a un sitio así cuando tengo una esposa preciosa en casa? —dijo Mack a sus amigos.

—Bueno, pues vayamos a tu casa —dijo Bob.

—Está bien, está bien.

Y cuando llegaron, Annie ya se había ido. Había hecho las maletas muy rápido, había cogido a Lou y se había ido corriendo.

Ya han pasado dos años y medio desde que Annie lo dejó, y he aquí a Mack y Quilty de viaje: tienen previsto pasar por Chicago y San Luis, y luego ir en dirección sur bordeando el Misisipi. Piensan alojarse en pensiones, recorrer los lugares históricos, como los matrimonios. Han decidido hacer este viaje en octubre, en parte porque Mack se está recuperando de una intervención quirúrgica sin importancia. Le han extirpado un pequeño quiste benigno de «un lugar íntimo».

—¿Del cuarto de baño? —preguntó Quilty al día siguiente. Acercó la mano para palpar los puntos de hilo negro y suspiró—. ¿Qué es lo menos sexy que podemos hacer durante dos semanas?

—Irnos de viaje —propuso Mack.

Quilty emitió un sonido de satisfacción. Buscó la cara interior de la muñeca de Mack, donde las venas eran cuerdas tirantes, y las acarició con los pulgares.

—Los hombres casados son siempre los mejores —dijo—: son agradecidos y machos.

—Déjame en paz —dijo Mack.

Al día siguiente compraron botellas de agua mineral y paquetes de galletas saladas y dejaron atrás la ciudad, la autopista y se encontraron con el cementerio Parque de la Resurrección a un lado y con el cementerio Parque de los Recuerdos del Atardecer al otro, una ruta que los taxistas llamaban Carretera Calavera. Recién llegado a Tapston, Mack condujo un taxi durante una semana y pronto se familiarizó con el trazado de la ciudad. «Estoy en la Carretera Calavera —solía decir por el micrófono de la radio—. Estoy en la Carretera Calavera.» Pero él detestaba aquella maldita frase y detestaba esperar en el aeropuerto, las propinas miserables y las maletas pesadas. Y el nombre de los lugares de Tapston (un bloque de pisos llamado Mansión Vistabella, barrios sin árboles llamados Valle del Árbol, cementerios disfrazados de Parque de la Resurrección, Parque de los Recuerdos del Atardecer) le daba grima. ¡Parque de la Resurrección! Dios mío. La maldita gente de Indiana manipulaba las palabras hasta el cansancio.

Pero cruzar la Carretera Calavera en el coche de Quilty animó a los dos. Una vez más podían escapar de todos los infortunios de la ciudad y de sus inquietantes lugares de descanso.

—Id con Dios, viejos fiambres —dijo Mack.

—Adiós, clientes míos —gritó Quilty cuando pasaron por delante de la cárcel—. ¡Adiós, adiós! —A continuación se hundió en el asiento completamente feliz, mientras Mack aceleraba hacia la autopista, en medio de un paisaje de granjas, silos plateados, brillantes como naves espaciales, el aire con olor a césped y a cerdo.

—Me gustaría reservar una habitación doble, si es posible —grita Mack entre el ruido del tráfico de la autopista interestatal. Mira y ve a Quilty saliendo del coche (deja a Guapo dentro), tanteando el camino y dando golpecitos con el bastón, camino de la entrada del McDonald's.

—Sí, una habitación doble —dice Mack. Mira por encima del hombro para vigilar a Quilty—. ¿American Express? Sí. —Rebusca en la billetera de Quilty, lee el número en voz alta. Se vuelve otra

vez y ve a Quilty pidiendo un refresco pero sin encontrar la billetera que había dado a Mack para llamar por teléfono. Mack ve que Quilty se pone el bastón debajo del brazo y se palpa todos los bolsillos sin encontrar más que una servilleta roja de las Cavernas de Howe.

—¿Quieres el número de la tarjeta? Tres, uno, uno, dos...

Quilty se vuelve para irse, sin el refresco, y se dirige hacia la puerta. Pero elige la puerta que no corresponde. Comienza a dar vueltas por la sala de juegos, y Mack ve que golpea el suelo con el bastón, entre hamburguesas de plástico y patatas fritas que oscilan de noche, iluminadas para los niños. De la sala de juegos sólo se puede salir pasando por el restaurante, pero Quilty no lo sabe y primero da golpecitos, pero luego aporrea con el bastón el bosque de obstáculos chillones.

—... ocho, uno, cero, cero, seis —repite el conserje del hotel al teléfono.

Cuando Mack llega hasta él, Quilty ya se ha desplomado sobre una pechuga de pollo de cerámica.

—Buenas noches, Louise, pensaba que me habías abandonado —dice Quilty—. Te juro que de ahora en adelante haré lo que tú quieras. He divisado el abismo y, por Dios, está lleno de grandes y traicioneros muebles de terraza.

—Tenemos una habitación —dice Mack.

—Estupendo, ¿podríamos comprarnos un refresco?

Mack deja que Quilty se coja del codo y le dirige de nuevo hacia dentro, donde piden unas Pepsi y una sola tartaleta de manzana del tamaño de una funda de monóculo para compartir en el coche, como niños.

—Que tengan un buen día —dice el chico del mostrador.

—Gracias por el consejo —dice Quilty.

Se han llevado el Trivial Pursuit y, por las noches, a Quilty le gusta jugar. Aunque Mack accede (si es lo que te apetece, vale), cree que es una tontería de juego. Si no sabes la respuesta, te sientes

estúpido. Pero si sabes la respuesta, te sientes igual de estúpido. Más estúpido. ¿Qué haces con información estúpida en el cerebro? Mack preferiría tenderse en la habitación a mirar el techo, pensando en Chicago, pensando en el día.

—Dime cuatro capitales de Estados Unidos que lleven el nombre de un presidente —dice soñoliento, leyendo una tarjeta. Preferiría descifrar las pinturas que ha visto por la tarde y que casi ha entendido. El tono Halloween de los Lautrec. Los Puvis de Chavannes de textura terrosa; los delicados Vuillard y Bonnard, pintados con los dedos, llenos de cómodas y de luz que entra por las ventanas. Mack había oído la voz zumbante de los auriculares de Quilty, pero él no había cogido auriculares. ¡Que se lo describan a un ciego! Mack tenía sus propios ojos. Pero al final, abrumado por la incapacidad del pobre Quilty de ver o tocar los cuadros, había conducido a Quilty al piso de abajo, a las esculturas, y cuando no miraba nadie, ponía la mano de Quilty sobre la figura de mármol de una mujer desnuda. «Ah», había dicho Quilty al tocar la nariz y los labios, y luego se quedó callado y se volvió respetuoso al tocar los hombros, los pechos y las caderas, y cuando pasó por los muslos y las rodillas hasta llegar a los pies, Quilty rio con ganas. ¡Los pies! Aquello sí lo conocía. Aquello sí le gustaba.

Después habían ido a un club a ver una obrita cómica titulada *Kuwait hasta el anochecer*.

—Lincoln, Jackson, Madison, Jefferson —dice Quilty—. ¿Crees que tendremos guerra? —Parece impacientarse con el juego—. Tú estuviste en el ejército. ¿Crees que esto es como aquello? ¿Que es el duelo al atardecer de George Bush?

—No —dice Mack. Había estado en el ejército sólo en tiempos de paz. Lo destinaron a Texas, luego a Alemania. Estaba con Annie, fueron buenos tiempos. Lloraba sólo un poco. Bebía sólo un poco. Más tarde estuvo en la reserva, pero en la reserva nunca te llaman, todo el mundo lo sabía. Hasta ahora—. Lo más seguro es que sea una exhibición comercial de armas.

—Pues entonces continuarán con el asunto —dice Quilty—. ¿O no? Si es una exhibición, las cosas tendrán que enseñarse.

Mack coge otra tarjeta.

—En la canción *El viento se llama Madalena*, ¿cómo llaman a la lluvia?

—Es Magdalena, no Madalena —dice Quilty.

—¿Es Magdalena? —pregunta Mack—. ¿De verdad?

—Pues sí —dice Quilty. Hay algo malvado y despectivo que irrumpre en la cara de Quilty con este juego—. Te toca a ti. —Le tiende la mano bruscamente—. Ahora dame la tarjeta para que no hagas trampas.

Mack le da la tarjeta.

—Magdalena —dice Mack. Tiene la canción en la punta de la lengua, la recuerda de algún lugar, quizás la había cantado Annie—. Llaman al viento Magdalena. Llaman a la lluvia... Muy bien. Parece que ya me viene... —Se presiona las sienes con los dedos, entornando los ojos y pensando—. Llaman al viento Magdalena. Llaman a la lluvia... Ya está. No me lo digas. Llaman a la lluvia... ¡Marilena!

—¿Marilena? —Quilty se troncha de risa.

—Bueno, está bien —dice Mack exasperado—. Torrencial. Llaman a la lluvia, lluvia torrencial. —Coge agresivamente un zumo del minibar. Piensa que la próxima vez mirará rápidamente el reverso de la tarjeta.

—¿No quieres saber la respuesta correcta?

—No.

—Bien, pues continuaré con la siguiente tarjeta. —Coge una y finge leerla—. Aquí dice: «Cariño, ¿hay vida en Marte?». Sí o no.

Mack ha vuelto a sus pensamientos sobre los cuadros.

—Yo digo que no —dice ausente.

—Mmm —dice Quilty dejando la tarjeta—. Creo que la respuesta es sí. Míralo de este modo: están seguros de que hay cristales de hielo. Y donde hay hielo, hay agua. Y donde hay agua, hay propiedades en la costa. ¡Y donde hay propiedades en la costa,

hay judíos! —Da una palmada y se tira hacia atrás, sobre el edredón acrílico que hace de cubrecama—. ¿Dónde estás? —pregunta al final, moviendo los brazos en el aire.

—Estoy aquí —dice Mack—. Aquí mismo. —Pero no se mueve.

—¿Estás aquí? Bueno, está bien. Por lo menos no estás en la casa marciana de mi prima Esther con su marido atroz, Howard. Aunque a veces me preguntó cómo estarán. ¿Cómo estarán? Nunca vienen de visita. Los asusto mucho. —Se detiene un momento—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Bueno.

—¿Qué aspecto tengo?

Mack vacila.

—Ojos castaños, cejas castañas y pelo castaño.

—¿Y ya está?

—Está bien: dientes castaños también.

—¿De verdad?

—Lo siento —dice Mack—. Estoy un poco cansado.

Hannibal es como todas las ciudades con río que últimamente han querido arreglarse transformando las mansiones de la orilla en tiendas de anticuarios y hotelitos. A Mack le entristece. Hay todavía grandeza abatida en esas casas, que irradian, como si se encogieran de hombros, una economía apagada de turismo chismoso y servicios sanitarios. Un vuelo de cien años y la rehabilitación llega allí como la lluvia. ¡Lluvia torrencial! Las pocas barcas que aún suben por el río a esa distancia parecen extrañas y ridículas. Pero Quilty quiere oír todo lo que dicen los carteles: el restaurante Mark Twain, el motel Tom 'n Huck; estas cosas le divierten. Hacen la visita guiada por las casas de Sam Clemens, por la oficina del señor Clemens, por la pequeña prisión. Suben a un tren minúsculo que Quilty llama «Tu, tu, Twain», que da una vuelta por la zona y hace que el lugar parezca todavía más fantasmal e inverosímil. Quilty palpa los tablones anchos de la valla blanqueada.

—Esto es pintura moderna —dice Quilty.

—Látex —dice Mack.

—Oooh, sigue excitándome, cariño.

—¿Quieres hacer el favor de parar?

—Bueno, está bien.

—Bonito perro —dice una mujer culona con un vestido violeta en el restaurante Tom Sawyer. El local se encuentra cerca del aparcamiento y de una versión ridícula de la valla legendaria; en cestas de plástico rojas sirven patatas fritas y bocadillos de lechuga, tomate y bacon envueltos en tieso papel parafinado. Quilty ha pedido su vaso de leche de siempre.

—Gracias —dice Quilty a la mujer, que entonces deja de acariciar a *Guapo* para encaminarse al coche que tiene en el aparcamiento.

Quilty de repente parece molesto.

—Él se lleva todos los cumplidos y yo tengo que dar las gracias.

—¿Quieres un cumplido? —pregunta Mack indignado—. Está bien, tú también eres bonito.

—¿Lo soy? Bueno, cómo voy a saberlo si la gente no para de hacerle cumplidos a mi perro.

—No puedo creer que estés celoso de tu maldito perro. Ten —dice Mack—, me niego a hablar con alguien que tenga un bigote de leche. —Le tiende una servilleta a Quilty, rozándole la mejilla con el extremo doblado.

Quilty la coge y se limpia la boca.

—Justo cuando hacíamos tan bien lo de aburrirnos juntos —dice.

Se acerca y le da una palmada a Mack en el brazo. Luego se levanta y le acaricia la cabeza con brusquedad. El pelo de Mack es fino y está peinado hacia atrás, y Quilty le da un golpecito por detrás.

—Au —dice Mack.

—Siempre me olvido de que tu pelo es muy irlandés y muy sensible —dice—. Tenemos que conseguirte un pelo judío bien grueso.

—Estupendo —dice Mack.

Está cansándose de esto, cansándose de ellos. Ya han hecho estos viajes muchas veces. Han visitado la tumba de Mamá Oca en Boston. Han visitado el campo de batalla de Saratoga. Han visitado Arlington. «¡Demasiados cementerios! —dice Mack—. Es la maldita Carretera Calavera, está en todas partes.» Visitaron el monumento a Lincoln («Me imagino que es como el gran mármol de Oz —dijo Quilty—. Abraham Oz. Un nombre mucho mejor. ¿No crees?»). Como estaba al lado, visitaron el monumento a los caídos en Vietnam, aunque, mentalmente anestesiado por aquel inventario de sangre sin sangre, Mack prefería el monumento alternativo, la estatua de un individuo erigida por los veteranos, algo que quería ser menos artístico y más humano.

—Es sobre los tíos, no sólo sobre los nombres de los tíos —dijo—. Allí murió gente, no una lista de nombres.

Pero Quilty, que se había pasado una hora recordando a los amigos que habían muerto en el 68 y en el 70, había suspirado de un modo vagamente indignado, condescendiente.

—No entiendes nada —dijo—. Sí que murió una lista. Una lista increíble y desgarradora.

—Lo siento, pero no soy tan intelectual —dijo Mack.

—Estás celoso porque yo estaba sintiendo cosas por otros hombres.

—Sí, estoy celoso. Estoy celoso de no estar ahí arriba. Estoy celoso porque, estúpido de mí, esperé a que terminara la guerra para enrolarme.

—Yo casi fui —dijo Quilty con un suspiro—. Pero me declararon inútil. Además, adivina por qué. ¡Pies planos!

Los dos se echaron a reír sin fuerzas, con carcajadas sonoras y agotadas, como dos lunáticos tensos, al lado del muro, hasta que alguien de uniforme les indicó que se marcharan: había otra gente

que trataba de rezar.

Con intención de ir a algún lugar sin cementerios, fueron a toda prisa hacia Key West, tomaron abundante sopa de mariscos y visitaron la casa de Audubon, que no era en realidad la casa de Audubon, sino un lugar donde Audubon se había alojado una vez o algo así, y había disparado a los pájaros que entonces pintaba.

—¿Les disparó? —Mack insistía en preguntar—. ¿Disparó a los malditos pájaros?

—Es repugnante —dijo Quilty en voz alta—. Pobres pájaros. En adelante daré todo mi dinero a la sociedad Autobahn. Que los Mercedes sean rápidos, rápidos, rápidos.

Para impedir que Mack bebiera de desesperación, poco después encontraron una reunión de Alcohólicos Anónimos en la que hicieron amigos y se confesaron, aunque no exactamente por este orden. Al día siguiente, orientados por sus nuevos amigos, pasearon por la casa de Hemingway con boas de plumas, «Para provocar a Papá».

—Antes de escribir sobre sus personajes —dijo Quilty, fingiendo leer la guía en voz alta—, Hemingway les disparaba. Se consideraba un método creativo poco usual, aunque no desconocido del todo. Pero ni siquiera en los círculos literarios se ha discutido extensamente.

A la mañana siguiente, a petición de un hombre mayor y encantador llamado Chuck, fueron a una misa en recuerdo de las víctimas del sida. Se sentaron a su lado y le cogieron la mano. Leyeron poemas de Walt Whitman. Tocaron piezas tan exquisitas con el violonchelo que la gente caía de rodillas, vencida por la belleza del dolor. Después de la bendición, todo el mundo fue solemnemente hasta los coches y se dirigió al camposanto. Por mucho que Mack y Quilty quisieran eludir los cementerios, siempre estaban allí otra vez. Los campos de fiambres tienen su propia e insistente fascinación, como las rocas para los marineros o los marineros para los otros marineros.

—Todo esto es muy emotivo —susurró Mack en medio de una oración. En el cementerio, Mack se situó con su amigo más lejos de los dolientes y afligidos de lo que imaginaba Quilty—. Pensaba que eran nuestras vacaciones. Cuando termine el servicio nos vamos a la playa a comer magdalenas.

Y fue eso lo que hicieron, y dejaron correr a *Guapo* playa arriba y playa abajo, persiguiendo gaviotas mientras ellos estaban tendidos en una toalla, con ráfagas de brisa marina azotándoles la cara.

En ese momento, en ese viaje, Mack se encuentra en un aprieto. Quiere alejarse del ladrillo blanco y desconchado que es Hannibal, de los árboles y las vallas blancas, de los coches del lugar, todos estacionados en el aparcamiento del restaurante de un tal Tony. Quiere llegar a San Luis, a Memphis, a Nueva Orleans, y luego volver. Quiere terminar con lo del turismo, con esa vida móvil en que se embarcan tan a menudo, como viejecitas estrenando zapatos nuevos y resistentes. Quiere que le quiten los puntos.

—Espero que no me queden cicatrices —dice.

—¿Cicatrices? —dice Quilty con ese grito burlón que a veces suelta—. No puedo creer que esté con alguien preocupado por tener una polla bonita.

—Ahí va tu pregunta. ¿Qué autora estadounidense fue encarcelada por sus obras?

—Una mujer, ajá. ¿Lillian Hellman? No lo creo. Thornton Wilder...

—Mae West —suelta Mack.

—No hagas eso, todavía no había contestado.

—¿Qué importa?

—¡A mí me importa!

Sólo queda una semana.

—En San Luis —Quilty finge otra vez, el viejo número: leer la guía mientras toman la carretera llena de baches hasta la cima del arco— hay una famosa puerta, o «arco», construida por la empresa

McDonald. Dios santo, Estados Unidos, ponte de rodillas.

—Lo estoy, lo estoy.

—Parece que es cierto. Oí a alguien hablar de ello en el piso de abajo. Esta cosa la construyó una empresa llamada McDonald. Un maravilloso arco de piedra gris. La puerta que conduce al Oeste. Al atardecer, muy grisáceo. Muy arco.

—Sí que estás enterado. —Piedra gris nuevamente. No hay manera de alejarse.

—Descrióbeme la vista —dice Quilty cuando llegan a la cima.

—Adecuada —dice Mack mirando por la ventanilla.

—Te dije que me la describieras, no que me dieras tu opinión.

—Del Medio Oeste. Aérea. Verde y marrón.

—No creo que los ciegos tengan que salir con sordomudos hasta que se haya escrito el manual de instrucciones —comenta Quilty con un suspiro.

Mack comienza a tener hambre.

—¿Tienes hambre?

—Es demasiado estresante —añade Quilty—. No, no tengo hambre.

Cometen el error de ir al acuario en vez de ir a cenar temprano, lo que hace que Mack vea deliciosa cada una de las criaturas marinas. Quilty sigue la visita con un grupo dirigido por una guía muy mona, con aspecto de profesora de colegio, llamada Judy, pero Mack se aventura solo. Se siente como un perro suelto entre colegiales: ¡ahí están sus amigos! El elegante nautilo, la anguila eléctrica, la raya venenosa de capa ondeante y sonrisa idiota, chillando en silencio al cristal: ¿o está comiendo?

¿Cómo se sabe cuándo algo se alimenta o chilla? ¿Y por qué Mack no lo sabe distinguir?

Es la hora mala del día, la hora mala de la vida, para estar cerca de criaturas marinas. Chillar o comer. Acompañado de pan o frito. Hay una canción que la tía de Mack solía cantarle de pequeño: «En la tierra soy un hombre, en el mar soy una foquita». Y ahora piensa en ello, en la canción acerca del ser mitad hombre mitad foca

o pájaro, ¿qué era? Era una criatura que volvía a recoger a su hijo, el hijo de una mujer de tierra. Pero el nuevo marido de la mujer es cazador: un buen tiro y lo mata cuando trata de escapar al mar con el hijo. Quizá, al final, fuera lo mejor. Aunque la canción era triste. Amor robado, amor perdido, destino de anfibio: todos los trámites de la vida de Mack. En el mar soy suave como la seda. «Mi vida es rica y afortunada», se solía decir cuando pintaba las torres de alto voltaje en Kentucky y el campo magnético de las escaleras le erizaba los pelos de los brazos. «¡Afortunado y Rico!» Sonaban a nombres de perro o de dos parientes sosos. ¡Tío Afortunado! ¡Tío Rico!

«En la tierra soy un hombre —piensa—. Pero aquí, en el mar, ¿qué hago? ¿Chillo o como?»

Quilty se acerca a él por detrás, con *Guapo*.

—Vamos a cenar —dice.

—Gracias —dice Mack.

Después de la cena, se tienden en la cama del motel y se besan. «Ah, cariño, sí», murmura Quilty; los «cariño» y los «cariño mío» como compresas agradables en medio del calor, y a continuación ya no hay más palabras. Mack se acerca y la barriga fría se le calienta. Su corazón late contra el de Quilty, como un globo de agua moviendo el líquido de un lado a otro. «Hay algo reconfortante en abrazar a alguien de tu tamaño —piensa Mack—. Hay algo excitante, incluso: poner la barbilla encima de los hombros del otro, los pies tocándose, las cabezas apretadas y las orejas pegadas.» Además, le gusta (le encanta) la boca de Quilty en él. Una boca de hombre generosa. Siempre hay algo en Quilty un poco desesperado y diligente, colgando de sus labios grandes y buscadores y de sus ojos salvajes y sin sombras, como las criaturas del acuario, cautivas pero libres en su jaula. Con los dos besándose así («exculpación, especificidad, rúbrica») las palabras son moneda extranjera. Sólo está el puñetazo suave en la boca, comiendo y chillando ambos, que llena de luz las orejas de Mack. «Así —piensa

—, así es como ve un hombre ciego. Así es como anda un pez. Así es como las rocas cantan. No hay nada como el beso fuerte de un hombre: lo siento por las mujeres de Kentucky.»

Toman el desayuno en un lugar llamado Mama's que anuncia «Panecillos por los aires».

—¿Qué son? —pregunta Quilty. Resulta que son panecillos normales y corrientes que los camareros tiran a la clientela. El panecillo le da a Mack en mitad del pecho, y del susto sigue con las manos allí, sujetándolo con fuerza.

—No se preocupe —dice el camarero a Quilty—. A usted, un ciego, no le vamos a tirar ninguno, pero quizá le tiremos alguno al perro.

—Madre mía —dice Quilty—, vámonos de aquí.

Cuando salen, Mack se detiene junto a la puerta para leer un cartel sobre niños desaparecidos. No mira a las niñas. Mira a los niños: Graham, ocho años; Eric, cinco años. Así que ese aspecto tienen los de cinco, piensa Mack. Lou cumplirá cinco la próxima semana.

Mack toma las lentes carreteras en dirección sur. Él y Quilty son como pájaros, recuperando el verano que les abandonó hace seis semanas en el norte.

—Seguro que en Tapston ya van todos con polainas de plástico —dice Mack—. Seguro que ya quitan hielo de los neumáticos.

Quilty detesta el invierno, Mack lo sabe. El aire helado hace que las cosas se conviertan en intocables y no se puedan oler. Cuando el tiempo se vuelve más cálido, el mundo regresa. «El sol huele a fuego», dice Quilty, y sonríe. Cuando dejas atrás el felpudo desteñido de los viejos campos de trigo, la tierra se pone más verde. Se cosecha algodón en el norte, hasta Misuri, los campos

extendiéndose como un rollo de encaje; Mack y Quilty se detienen una vez en el arcén, bajan para coger una flor, pelar el capullo húmedo y sentir el algodón secarse poco a poco.

—Mira lo que te pierdes por ser yanqui —dice Mack.

—Lo único que hago es perder —dice Quilty.

Se encuentran con una caravana de jeeps y vehículos blindados de color beis, en dirección al sur, en busca de un barco que sin duda los llevará de un golfo a otro.

—La leche —dice Mack, y da un silbido.

—Qué.

—Hay unos doscientos vehículos del ejército delante de nosotros, recién pintados de beis desierto.

—No puedo soportarlo —dice Quilty—. Va a haber una guerra.

—Habría jurado que no. Habría jurado que sólo iba a ser un espectáculo televisivo.

—Apuesto a que hay una guerra. —Van hasta Cooter con los jeeps, luego toman el camino de Heloise para ver el río. Todavía es la misma mangosta marrón, carente de una belleza que Mack no sabría nombrar. El río le parece un perro grande con pulgas, que no se da cuenta de lo roñoso que está y continúa tras el coche mientras uno sigue empuñando el volante.

Bajan del coche para estirar las piernas. Mack enciende un cigarrillo pensando en los jeeps y en el desierto saudí.

—Así que aquí está. Marrón y más marrón. Supongo que esto es todo lo que hay que esperar de un río.

—Eres tan... Peggy Lee —dice Quilty—. ¿Qué tal un poco de Jerome Kern? No planta patatas. No planta algodón. Lo único que hace es seguir. —Mack conoce la canción, pero no se molesta ni en mirar a Quilty—. Huele el barro y la humedad —añade Quilty, respirando profundamente.

—Ya lo hago. Una humedad estupenda —dice Mack. Se encuentra agotado. También está harto de intentarlo, cansado de vivir y con miedo a morir. Si Quilty quiere una comedia musical, aquí la tiene: comedia musical. Mack hace durar el cigarrillo. La perspectiva de la guerra se ha apoderado de su cerebro. Se engrana con un viejo terror que persiste en su interior. Como antiguo soldado aún cree en los ejércitos. Pero cree en los ejércitos descansando, los ejércitos relajándose, los ejércitos comprando en la tienda del cuartel, los ejércitos cenando en la cantina. Pero ¿ejércitos como equipos de fútbol americano televisivos? El principio rápido de un final rápido.

—He oído decir que en el otro bando ni siquiera tienen calcetines —dice Quilty cuando vuelven al coche, pensando en la guerra—. O más bien, tienen algunos calcetines, pero no todos están emparejados.

—Seguramente los militares llevan años esperando esto. Algo en lo que destacar. Por fin.

—Gracias a Dios que ya no estás en la reserva. Están llamando a filas a toda la reserva. —Quilty le mete la mano por debajo de la camisa y le frota la espalda—. Durante todo el mes ha estado viniendo gente joven a mi despacho para redactar el testamento.

Mack estuvo en la reserva sólo un año porque lo echaron por embriaguez de uno de los refugios.

—Estar en la reserva consistía en una gran excursión con acampada —dice Mack.

—Bueno, ahora es una excursión con acampada que ha salido mal. Una excursión con aspiraciones. Una excursión calurosa y grande. Kampo con K. Esos chicos viniendo a hacer testamento: tendrías que haber oído el miedo que les vibraba en la voz.

Mack conduce lentamente, con la cabeza en otra parte por la preocupación.

—¿Qué tal por ahí atrás, miss Daisy? —pregunta Quilty a Guapo por encima del hombro. Fuera de Memphis, en la parte de Arkansas, paran en un Denny's junto a un almacén de mesas de

cocina, y sueltan a *Guapo* para que corra otra vez.

«Mesas de cocina —piensa Mack—. Eso es justamente lo que necesita este mundo: un almacén de mesas de cocina.»

—Una vez quise escribir un libro —dice Quilty, sentado cómodamente en su asiento, comiendo una tortilla.

—¿Ah, sí?

—Sí. Me salían unos párrafos tan largos que ocupaban páginas y páginas. Y unas frases igual de interminables: de dos o tres páginas de largo. Tenía que reducirlo todo un poco, me dijeron.

—¿Y las palabras? —Sonríe Mack—. ¿También eran palabras mayores?

—Palabras larguísimas. Y encima comencé con una letra que cogí de un cartel publicitario. —Hace una pausa—. Es una broma.

—Ya me he dado cuenta.

—Sin embargo, había un libro. Lo iba a titular *Ligar con el sofá: guía de la vida para ciegos*.

Mack está callado. En esos viajes siempre se habla demasiado.

—Pararemos en Memphis al volver —dice Quilty irritado—. Ahora vayamos directos a Nueva Orleans.

—Si es lo que te apetece, vale.

Mack no sentía gran cariño por Memphis. Allí, de pequeño, una vez le persiguió una abeja por una calle larga y estrecha que tenía una hilera de coches aparcados a un lado. Se metió en una cabina telefónica, pero la abeja lo esperó y, al cabo de veinte minutos, cuando Mack salió, la abeja le picó de todas maneras. No era verdad lo que se decía de las abejas. No estaban tan ocupadas en sus labores. Tenían tiempo. Podían esperar. Era un mito eso de que las abejas son muy laboriosas.

—Cuando volvamos por este camino —añade Quilty—, podemos tomarnos un poco de tiempo para llegar al hotel Peabody cuando los patos estén fuera. Quiero hacer la cosa esa de los patos.

—Claro —dice Mack—. La cosa de los patos es la cosa. —Cuando salen del Denny's, Mack se aleja un poco de Quilty para mirar otro cartel de niños desaparecidos. Un niño llamado Seth, de

cinco años. El mundo (uno no puede ir lo bastante rápido o lejos para huir de él) se dirigía hacia él con cara de cabreo.

—¿Qué estás mirando?

—Nada —dice Mack, y luego añade ausente—: Un niño.

—¿De verdad? —pregunta Quilty.

Mack avanza rápidamente por los pueblos pequeños del delta: Eudora, Eupora, Tallula; los más pobres con nombres como Hollywood, Banks, Rich. En todos, una iglesia baptista se encoge junto a una tienda de artículos de pesca o un bar llamado Tina: Cócteles con Clase. Los hierbajos son tan altos como la gente, y el algodón se planta en suelos cada vez más arenosos, junto a casuchas o coches quemados, una fábrica de aceite de linaza sobresale por encima de los campos, la hamburguesa más cercana en Hardee's, a seis kilómetros y medio de distancia. A veces los campos de algodón parecen nieve. Mack se fija en los carteles rotos: CARNES A LA ANTIGUA, CARNE DE VERDADERA CARNE. Los dos son inocentes y viejos, esa mezcla peculiar, como un bebé que parece una abuela o una abuela que parece una niña. Él y Quilty comen y cenan en lugares que sirven bombas de puré y pepinillos rebozados; a Mack le recuerda a la cocina de su tía. El aire se espesa y se va volviendo más cálido. Los brontosaurios Sinclair y los carteles de Coca-Cola pasados de moda asoman detrás de las señales de stop, en las gasolineras, y a continuación, cerca de Baton Rouge, hay anticuarios que venden el mismo tipo de carteles viejos de Coca-Cola.

—Reciclan —dice Mack.

—Todo el mundo recicla —dice Quilty.

—Alguien me dijo una vez —Mack está pensando en Annie—, que todos estamos hechos de estrellas, que cada átomo de nuestro cuerpo fue en algún momento un átomo de una estrella.

—¿Y tú te lo crees? —se ríe Quilty sonoramente.

—Que te jodan.

—Lo que quiero decir es que entonces, en el intervalo, seguramente habremos sido también un poco de queso en la merienda de una residencia universitaria. ¡Nuestra relación ancestral con las estrellas! —dice Quilty, ahora lejos, argumentando ante un juez—. Es el equivalente biológico de las habladurías.

Hacen noche en una mansión de antes de la guerra civil, en una cama con dosel. Se sientan debajo del dosel y juegan al Trivial.

Una vez más, Mack lee en voz alta sus preguntas:

—¿A quién se refería George Bush cuando nos recordaba que «Hemos tenido algunos triunfos, cometido algunos errores y tenido alguna relación sexual»?

Mack lo mira fijamente. La cama con dosel tiene aspecto psicótico. Por la ventana ve un cartel, al otro lado de la calle, que dice: SE ALQUILA HABITACIÓN SIN PAREDES NI TECHO. Junto al rótulo, una mujer blanca y corpulenta golpea a un perro negro y pequeño con una bolsa de la compra. ¿Qué es lo que va mal en el país? Da la vuelta a la tarjeta y mira:

—Ronald Reagan —dice. Se ha acostumbrado a hacer trampas así.

—¿Ésa es tu respuesta? —pregunta Quilty.

—Sí.

—Bueno, seguramente tienes razón —dice Quilty, que a menudo sabe la respuesta antes de que Mack se la lea. Mack se pone otra vez a mirar la cama, el dosel como el tocado que lleva la duquesa en *Alicia en el país de las maravillas*. Su tía a veces le leía ese libro, y siempre le causó inquietud y confusión.

En la mesita de noche hay bolsitas de olor de albaricoque y melocotón, el olor dulce y enfermizo de la sala de un hospital oncológico. Todo lo de la habitación le recuerda ahora a su tía.

—¿Qué antiguo bateador de los Piratas de Pittsburgh fue el único jugador que entró en el Salón de la Fama del Béisbol en 1988? —lee Mack. Le toca a Quilty.

—¿He aterrizado en las malditas preguntas de deportes?

—Sí. ¿Qué contestas?

—Linda Ronstadt. Estaba en *Los piratas de Penzance*. Sé que fue a Pittsburgh. Sólo que no estoy seguro de eso del Salón de la Fama. —Mack está callado—. ¿Lo he dicho bien?

—No.

—Bueno, no solías hacer esto: conseguir que aterrizara en las preguntas de deportes. Ahora te estás poniendo difícil.

—Sí —dice Mack.

A la mañana siguiente van al museo de la Coca-Cola, de los que el Sur parece estar lleno.

—Cualquiera diría que la Coca-Cola es un tesoro nacional — dice Mack.

—¿Y no lo es?

Cada estado por separado (Georgia, Misisipi o cualquier otro) compite por atribuirse toda clase de primicias: se sirvió aquí por primera vez, se embotelló allí por primera vez (primera sed, primer sorbo); es una gran batalla empresarial entre los bandos. Hay un lugar extraño para refugiarse de aquello cruzando otro cementerio, éste en Vicksburg, y eso es lo que hacen, pero con rapidez, haciendo que el viaje continúe de modo que no puedan sentir (como podrían haber sentido en Tapston) la pérdida irreparable de cada una de las tardes, la oscuridad invasora, cada día improvisado quedando, por fin, atrás. (Sólo para comenzar de nuevo, por la mañana, agobiantemente idéntico, una ficha en un juego de fichas o un chiste en un libro de chistes.)

—Parece que todo esto lo tienen organizado por estados —dice Mack mirando las tierras de Vicksburg, las zonas onduladas y verdes, con salpicaduras que parecen aspirinas. Vuelve a mirar el plano del parque, que ha abierto sobre el volante. Allí está: otra vez en la Carretera Calavera.

—Bueno, vamos a la parte de Indiana y bendigamos a sus muertos.

—Muy bien —dice Mack, y cuando se encuentra con una única piedra pequeña en la que dice «Indiana» (de ningún modo en la sección correspondiente) reduce la velocidad y dice—: Aquí está la sección de Indiana.

Todo para que Quilty baje la ventanilla y grite:

—¡Benditos sean los muertos de Indiana!

Hay amabilidades que se pueden tener más fácilmente con un ciego que con videntes.

*Guapo ladra* y Mack lo suelta con un grito rebelde que no viene al caso.

—¿De qué lado estás? —le riñe Quilty, subiendo la ventanilla—. Salgamos de aquí, hace mucho calor.

Se alejan un poco del parque y se detienen ante el Museo de la Guerra Civil, que habían visto anunciado el día anterior.

—¿Es de cincuenta? —le susurra Quilty tendiéndole bruscamente un billete mientras se acercan a la taquilla de la entrada.

—No, de veinte.

—Encuéntrame uno de cincuenta. ¿Éste es de cincuenta?

—Sí, es de cincuenta.

Quilty le pasa el billete de cincuenta dólares al cajero.

—Perdone —dice en voz alta—. ¿Tiene cambio de un magnífico general estadounidense?

—Sí, me parece que sí —dice el cajero riéndose un poco, y acto seguido coge el billete y levanta el cajón de la caja registradora —. A vosotros, los yanquis, siempre os ha encantado hacer eso.

Dentro, el lugar es oscuro y frío; hay una hilera de vitrinas y maniquíes de uniforme. Hay fotografías de soldados y enfermeras y «El Presidente y la Sra. Jefferson». Como casi todo está detrás de un cristal y no puede tocarse, Quilty se aburre.

—«La ciudad de Vicksburg —lee Mack en voz alta—, obligada a entregarse a Grant el 4 de julio, no quiso volver a celebrar el Día de la Independencia hasta 1971.»

—Cuando ya no le importaba a nadie —añade Quilty—. Me gusta que haya un sitio con un elevado sentido del rencor (que ellos, cómo no, llaman «un agudo conocimiento de la historia») —carraspea—. Pero sigamos adelante, a Nueva Orleans. También me gusta que haya un sitio en que les importe un carajo.

En un restaurante con vistas al río, comen todavía más bombas de puré y bagres. Guapo, sin correa, corre por la orilla, de aquí para allá, como una criatura enloquecida.

Al anochecer siguen en dirección al sur, hacia la Natchez Trace, por Port Gibson: «DEMASIADO BONITO PARA QUEMARSE» ULYSSES S. GRANT, dice el cartel de BIENVENIDA. Quilty está dormitando. Oscurece y la carretera no es ancha, pero Mack adelanta a todos los coches lentos: un viejo autobús VW (los inviernos del norte los han eliminado en Tapston), una camioneta roja cargada con paja, un Plymouth Duster lleno de sordos cantando con un fantástico baile de manos. La luz está encendida dentro del Duster, y Mack los adelanta y se mantiene al lado, observándolos. Todos hablan a la vez, los dedos volando, cortando, estirando el aire, enroscándose, señalando, tocando. Es impresionante y precioso. Si Quilty no fuera ciego, seguro que le gustaría ser sordo.

En Nueva Orleans hay toda clase de ostras Rockefeller. Las hay con espinacas picadas cortadas a lo largo en grandes trozos, como algas, con una costra de bacon por encima, como un parche.

Luego están las que llevan *mousse* de espinacas de un color verde lima muy vivo, que se sirve dentro de la concha, como las algas. Hay unas con hojas de espinacas que cuelgan lánguidamente del borde, como calcetines. Está la variedad con queso. Y la variedad sin. Y otras incluso con tofu.

—¿Qué les habrá ocurrido a las almejas casino? —pregunta Mack—. Las solía tomar en Kentucky. Estaban buenísimas.

—¿Marisco de un lugar que no tiene salida al mar? Nunca ha sido una buena idea, querido —dice Quilty—. Me quedo con Nawlins. Una ciudad que ya no es conocida por sus prostitutas pasa rápidamente a ser conocida por su excelente comida. Piensa en ello. Está París. Está esto. Una ciudad normalmente conocida por sus prostitutas (Las Vegas, Ámsterdam, Washington) rara vez es una ciudad con buena comida.

—Tendrías que escribir un libro de viajes. —¿Mack es sarcástico? Ni él mismo lo sabe.

—Eso era lo que quería ser *Ligar con el sofá*. Una especie de libro de viajes de salón. Para ciegos.

—Yo pensaba que *Ligar con el sofá* quería ser una novela.

—Antes de ser una novela iba a ser un libro de viajes.

Dejan atrás la verja de hierro del pequeño hostal, con barrotes semejantes a tallos de maíz, para dar un paseo por el barrio. Llegan enseguida al muelle y, sin nada más que hacer, suben a bordo de un deslumbrante barco movido por una rueda de palas para hacer un crucero por las Plantaciones del Río. Quilty tropieza con un tablón de la rampa que sobresale un poco.

—¿Sabes?, encuentro que esta ciudad no es ni grande ni fácil —dice. Pensaba que en este crucero iba a haber cerveza, sol y un pequeño grupo de jazz, pero también hace escala en Chalmette, el escenario de la batalla de Nueva Orleans, para que la gente pueda bajar y dar un paseo por el cementerio.

Mack lleva a Quilty a un asiento al sol, y luego se sienta a su lado. Guapo levanta la cabeza y huele el aire pantanoso.

—Ya está bien de cementerios —dice Mack, y Quilty enseguida le da la razón.

Aunque Mack también se pregunta si, cuando lleguen allí, serán capaces de resistirse. Parece que para ellos es difícil, delante de toda aquella almenada geometría de piedra y hueso, no ir corriendo a decir hola. Ninguno de los dos está preparado para la vida; no

había duda de que se trata de eso. Al encontrarse raros, sin casa, malditos y cansados, se han vuelto muy íntimos. Ya no tienen ninguna clase de principios.

—De todos modos, aquí todas las tumbas están construidas sobre pilotes —dice Mack—. Por el nivel del mar y todo eso.

Suena la sirena y la rueda de palas comienza a girar. Mack echa la cabeza hacia atrás para apoyarla en el respaldo y mira el cielo veteado de nubes fibrosas, el azul de pájaro con rayas blancas inconcretas. A la derecha, las nubes están más perfiladas y parecen un plato Wedgwood sobre fondo azul. ¡Un puto y elegante plato hondo, bajo el que todos han quedado atrapados y obligados a nadar el resto de su vida! «Míralo de este modo —solía decirle la gente a Mack—. Podría ser peor: un adhesivo en el parachoques con un pez naranja o una marca de fábrica.» Y no se equivocaban, pero no se trataba de eso.

Se queda dormido, y cuando el barco vuelve al muelle, diez mil anestesistas han invadido la ciudad. Hay autobuses y aglomeraciones.

—Huy, huy, ten cuidado. Un congreso de médicos —dice Mack a Quilty—. Mira por dónde andas. —En un quiosco turquesa, junto al muelle, descubre más carteles de niños desaparecidos. Casi espera verse a sí mismo y a Quilty anunciados allí, dos niños más, perdidos en Estados Unidos. En cambio, hay un niño de nueve años llamado Charlie que rompe el corazón. Hay otro de tres llamado Kyle. Está además el niño del Denny's, al norte: Seth, de cinco años.

—¿Son monos? —pregunta Quilty.

—¿Quiénes? —dice Mack.

—Todos esos médicos jóvenes —dice Quilty—. ¿Son guapos?

—¡Y yo qué sé! —dice Mack.

—Ah, no me vengas con ésas —dice Quilty—. Olvidas, querido, con quién estás hablando. Puedo palpar cómo miras a tu alrededor.

Durante un rato Mack no dice nada. Hasta que conduce a Quilty a un bar para tomar un café con achicoria y un bollo, del que da unas migas a *Guapo*. La gente que hay en la mesa de al lado, en

una especie de concurso morboso y teatral, lee en voz alta las notas necrológicas del *TimesPicayune*.

—Esta ciudad está majareta —dice Mack. Al volver al hotel, en la habitación de al lado, alguien toca *Barras y estrellas* con un mirlitón.

Al día siguiente aceleran la marcha por la olivácea leche incandescente de la ciénaga, árboles quemados, sin hojas, sobresaliendo como cruces.

—Vas demasiado rápido —dice Quilty—. ¡Conduces igual que el maldito Sean Penn!

Mack, sin seguir ningún camino en particular, se dirige hacia las marismas: somorgujos, totíes, flamencos con alas de sorbete vuelan bajo por encima de los juncos emplumados. Todo es bonito, de un modo inhóspito. Hay ganado suelto, masticando hierbas como cuerdas entre las torres de perforación.

—¿En qué dirección vamos?

De repente gira hacia el norte, hacia Memphis.

—Hacia el norte, a Memphis.

En lo único en que puede pensar ahora es en volver.

—¿En qué piensas?

—En nada.

—¿Qué miras?

—Nada. El paisaje.

—¿Hay tíos buenos?

—Sí. Acabo de ver una vaca estupenda —dice Mack—. Y una comadreja que no estaba nada mal.

Cuando finalmente cogen habitación en el hotel Peabody, ya es entrada la tarde. La habitación tiene el aire un poco viciado y está iluminada de un modo extraño, dorado. Mack se deja caer en la cama.

Quilty, que comienza a sudar, se quita la chaqueta y la tira al suelo.

—Oye, ¿qué te ocurre? —pregunta Quilty.

—¿Qué quieres decir con qué me ocurre? ¡Qué te ocurre a ti!

—Estás muy distraído y raro.

—Estamos de viaje. Voy mirándolo todo. Estoy cansado. Perdona si parezco distante.

—Vas mirándolo todo. ¡Qué bonito! ¿Y yo, qué? ¡Hola, estoy aquí!

Mack suspira. Cuando se pone a la ofensiva de ese modo, Quilty tiende a moverse en cinco direcciones lamentables a la vez. Tiene un breve ataque de nervios y grita desde cada uno de los rincones hechos pedazos de su ser; entonces, a continuación, recobra la calma y pide perdón. Todo es ya un poco conocido. Mack cierra los ojos para alejarse de él. Comienza a flotar y, tratando de no pensar en Lou, piensa un momento en Annie, aunque el torrente de sangre repentino de una erección le tira de los puntos y le despierta de sopetón. Se sienta. Se quita los zapatos y los calcetines y se mira los dedos en conserva: babosas en una caja.

Quilty está sentado en el suelo con las piernas cruzadas, intentando hacer ejercicios respiratorios. Trata de conseguir que el *chi* fluya por los meridianos, o algo así.

—¿Crees que no me doy cuenta de que te sientes atraído por la mitad de la gente que ves? —está diciendo Quilty—. ¿Crees que me chupo el dedo o qué? ¿Es que no sabes que me doy cuenta de cómo vuelves la cabeza y miras por todas partes?

—¿Qué?

—Eres el colmo.

—¿Que soy el colmo? ¡Tú sí que eres el colmo! Estás de un nervioso y de un posesivo... —dice Mack.

—Tengo un sentido del territorio muy inflamado —dice Quilty. Ha desistido de los ejercicios—. Como todos los ciegos. No quiero que tu pulgar de hacer autostop asome por encima del límite de la propiedad. ¡Es un puñetazo en el ojo y una traición a la comunidad!

—¿Qué comunidad? ¿De qué estás hablando?

—Todos los videntes sois iguales. ¿Creéis que somos Mister Magoo? ¿Te crees que no me doy la misma cuenta de las cosas que un individuo que pinta torres de agua y tiene quistes en la polla?

Mack niega con la cabeza. Se endereza y comienza a ponerse los zapatos.

—Te van los malabares, ¿verdad?

—¿Los malabares? —dice Quilty con un alarido—. ¿Los malabares? ¿Qué tienes contra los demás asiáticos?

Mack está desconcertado. Quilty tiene la cabeza ladeada, de ese modo hiperalerta que indica que no se le escapará nada de lo que pase en la habitación.

—Es hacer malabares, ¿no? —dice Mack—. ¿Se dice así? ¿Cómo es?

—Juegos malabares —dice Quilty lentamente, para el jurado.

El pecho de Mack se tensa alrededor de un espacio vacío. Siente su asquerosa suerte volviendo a él como una maldición.

—Ni siquiera te caigo bien, ¿verdad?

—Sí, me caes bien: ¿es eso lo que en realidad estás preguntando?

—No estoy seguro —dice Mack. Pasea la vista por la habitación del hotel. Ni aquélla ni ninguna otra habitación donde esté Quilty será nunca su casa.

—Déjame que te cuente una historia —dice Quilty.

—No me gustan las historias —dice Mack.

A Mack le parece que le ha costado mucho estar allí. En su mente (un recuerdo o un presagio, aunque no los distingue) se ve volviendo, no a Tapston, sino a Kentucky o a Illinois, al lugar donde vive Anne, sea cual fuere, y secuestrando al niño que tiene su misma sangre, a quien quiere y es suyo, y yendo a toda velocidad hacia un coche, metiéndolo dentro y huyendo. De alguna manera sería lo que corresponde. Otros hombres lo han hecho.

La historia de Quilty es como sigue: «Una vez, cuando hacía muy poco que ejercía de abogado, llegó una mujer al despacho. Su caso era un divorcio de lo más sencillo que ella hacía complicado con su codicia y tozudez, por lo que le cobré una minuta muy elevada. Cuando la recibí, me llamó y se puso a gritarme cosas, enfadadísima. Le dije: "Mire, puede pagarme a plazos. Cien dólares

al mes. ¿Qué le parece?". Era razonable. Hacía poco que ejercía y luchaba con uñas y dientes. Pese a todo, no quiso pagar ni un centavo. Tuve que pedir un préstamo para pagar a mi secretaria, y aquello se me quedó grabado en la memoria. Al cabo de cinco años me llamó el médico de aquella misma mujer. "Tiene cáncer de huesos", dijo el médico, y como yo era uno de los pocos judíos alemanes de la ciudad, podría tener el mismo grupo sanguíneo para hacer un trasplante de médula. Me invitó a reflexionar. ¿Dejaría que por lo menos me hicieran un análisis de sangre? Contesté: "Ni hablar", y colgué. El médico volvió a llamar. Me suplicó, pero le volví a colgar. Un mes más tarde murió la mujer».

—¿Qué tratas de decir? —pregunta Mack. La voz de Quilty se oye como a lo lejos.

—Ésa, ésa es mi verdad —dice—. ¿No lo ves?

—Sí que lo veo, joder. ¡Yo soy aquí el que pone la vista! ¡Yo y Guapo!

Quilty se queda callado durante un rato y luego dice:

—No le perdonó nada a nadie. De eso se trata.

—¿Sabes qué? Todo este asunto es una verdadera estupidez —dice Mack, pero su voz es tenue e insegura, y termina de ponerse los zapatos, pero sin calcetines, y luego coge el abrigo.

En la planta baja el reloj dice que son las cinco menos cuarto y se está reuniendo una multitud para ver a los patos. Han desenrollado una alfombra roja desde el ascensor hasta la fuente, y eso hace que los patos se exciten, deseosos de que comience el ritual de las tardes. El aleteo de alas cortadas. Mack se pone en una mesa del fondo y pide un whisky doble con hielo. Lo bebe rápido (le congela y le quema de esa manera tan estupenda y conocida: ha pasado mucho tiempo). Pide otro. El pianista que hay al otro lado del salón toca *La calle de los sueños*: «El amor se ríe de un rey, / los reyes no significan nada», canta el hombre, y a Mack le parece la canción más bonita del mundo. Hombres de todas partes están a punto de morir por razones que desconocen y que, de saberlas, no

serían de su agrado: pero he aquí una canción por la que hacerlo, de modo que la vida, con sus espasmos locos, podría esta vez no derrumbarse tanto.

Los patos beben y se sumergen en la fuente.

Probablemente Mack ya esté borracho como una cuba.

Cerca de la puerta que da a Union Avenue hay una mimo haciendo malabarismos con botellas de Coca-Cola. La gente que espera para ver los patos se ha puesto a su alrededor a mirar. Incluso con su maquillaje blanco es atractiva. Su pelo rojo es brillante como una amapola y debajo de las mallas negras se adivinan unas piernas tensas como el arco de un arquero.

Juegos malabares, piensa Mack. Juegos malabares. Le duele la cabeza, pero la garganta y los pulmones los tiene calientes y claros.

De repente, con el rabillo del ojo, advierte a Quilty y a *Guapo*, avanzando lentamente y con inseguridad, rodeando al gentío. Su expresión es solitaria y angustiada, incluso la de *Guapo*. Mack vuelve a mirar la fuente. *Guapo* lo verá enseguida, pero Mack no piensa moverse hasta entonces, ya que necesita la ceremonia del esfuerzo de Quilty. Sabe que Quilty ideará algún regalo conciliatorio. Se acercará, tocará a Mack y susurrará: «Vuelve, no te enfades, ya sabes que esto nos pasa a los dos».

Pero por ahora Mack se limitará a contemplar los patos, verá que los llama el cuidador, un negro viejo y uniformado que sopla un pito plateado y empuña una vara larga con la que indica a los patos que salgan del agua y que se pongan en la alfombra formando una hilera. «No han tenido nada que decir sobre esto —piensa Mack—; los patos no han hecho nada para merecer esto, pero ahí están, los lirios de Dios, todo el año en un hotel gigante, alguien que cuida de ellos durante el resto de su vida.» Todas las otras aves del mundo (los halcones con sarna y con el estómago vacío, las gallinas sin ninguna autoridad, los estúpidos cloqueos) tendrán una vida difícil y desdichada, aleteando hacia el norte, hacia el sur, aquí, allá, en busca de un lugar de descanso. Pero éstas no. ¡Estos patos ricos y con suerte, no!, agraciados con alfombras y escaleras, yendo de

arriba abajo, del techo al estanque y a la casita, siempre dirigidos, guiados, siempre aplaudidos cuando van hacia las puertas doradas del ascensor, semejante a una boca del cielo, y a pesar de que en realidad no es una boca del cielo, es quizá portavoz de todo lo que hay.

Mack suspira. ¿Por qué siempre le toma la medida a su propio sufrimiento estúpido? ¿Por qué siempre tiene que mirar alrededor y comparar el suyo con el de los demás?

Porque Dios quiere que la gente lo haga.

¿Incluso si te comparas con los patos?

Sobre todo si te comparas con los patos.

Se le encoge la cabeza con el odio que es amor sin ningún sitio al que ir. Lo va a hacer: volverá y cogerá a Lou, aunque lo maten por ello. Un millón de soldados se preparan para morir por menos. Encontrará a Annie; quizá no resulte tan difícil. Y al principio, se lo pedirá amablemente. Pero luego hará lo que debe hacer un padre: un niño es del padre. Los hijos quieren a sus padres más que a nada en el mundo. Mack lo leyó una vez en una revista.

Sin embargo, cuanto más imagina que encuentra a Lou, más intensa es la sospecha de que todo ese cometido desquiciado, en efecto, lo matará. Ve, otra vez como en una visión (de lo que debe prever o de lo que no puede prever, ¿quién sabe con las visiones?), su muerte y el sufrimiento de su hijo. Ve la herida en su espalda, los ojos pasando de gelatinas gris pescado a los signos más y menos de un cadáver de tebeo. Ve a Lou con rasguños y arrastrándose hacia una casa, el cielo estrellado del sudario brillante y burlón de Mack.

Pero lo va a hacer de todas maneras, ¿o qué es él? Suciedad del estanque que envidia a los patos.

Todo está bien. Descanso seguro. Dios está cerca.

Mientras las aves avanzan por la alfombra roja, graznando y chillando nerviosamente, una bandada de contentas Miss Estados Unidos, Mack ve que se detienen un momento y miran hacia arriba, hacia la explosión de flases procedentes de las cámaras de fotos de los turistas, la explosión hollywoodiense a lo largo de la alfombra del pasillo. Las aves hacen un poco de zigzag, se paran, luego prosiguen de nuevo y parecen no muy seguras de por qué alguien querrá sacarles fotos, encender el flas, querer estar allí, por qué todo aquello tiene que estar ocurriendo, aunque, por Dios, y algunas veces seguro que no por Dios, ha ocurrido todos los días.

Quilty, en un extremo del gentío, levanta los dedos y hace el signo de la paz a todas las personas con las que se cruza y dice: «Paz». Se acerca a Mack.

—Paz —dice.

—La gente ya no dice eso —dice Mack.

—Bueno, pues tendría que decirlo —dice Quilty. Las ventanas de su nariz han comenzado a dilatarse, como si estuviera a punto de sollozar. Se hunde en el suelo y se coge al pie de Mack. Los gestos de arrepentimiento de Quilty son como cometas: infrecuentes y brillantes, pero con una estela de basura espacial—. ¡No más guerras! —grita Quilty—. ¡No más destrucción!

Por el momento es sólo Quilty quien está destruido. La gente mira.

—Les estás robando el número a los patos —dice Mack.

Quilty comienza a levantarse asiéndose de los pantalones de Mack.

—Ten piedad —dice.

Éste es el ritual de pruebas de Quilty: cada vez que siente que ha llegado el momento, se invita a sí mismo a hacer una audición para una escena de amor. No tiene guion; no tiene un sentido del escenario solvente, sólo la cara maquillada teatralmente de su corazón y una necesidad despiadada de aplausos.

—Está bien, está bien —dice Mack, y mientras el ascensor se cierra con las doce aves dentro y el entrenador haciendo reverencias, toda la gente del salón del hotel aplaude.

—Gracias —murmura Quilty—. Sois demasiado amables, demasiado amables.

## LA AGENCIA INMOBILIARIA

*Y sin embargo, esas baratijas, naturalmente, son atractivas...*

## «Brilla y suéltate el pelo»

Debía de ser que ella iba a morir en primavera, pensó Ruth. Entonces sentía una desolación inexplicable y mucho lodo en el corazón; sentía la burla de la estación, toda esa humedad verde rojiza en la garganta como una mordaza. ¿De qué otro modo se puede explicar una sensación así? Casi podía estallar: ¿Se podía estallar de desdicha? Lo que sentía era demasiado extraño, demasiado en contra, demasiado aislado para ser una mera emoción. Tenía que ser una premonición, una premonición que finalmente se retirara después de mucho sacudirse y agitarse, aburrida, con el esfuerzo doloroso sin objeto que constituía la vida. Y ni más ni menos que en primavera: una premonición de la muerte. Un ensayo. Una llamada de la secretaria para recordar una cita.



¡Ja! ¡Ja!

Sujetándose con fuerza a su pequeña parcela marital, había visto a sus amantes que avanzaban flotando como bailarinas o vilanos de diente de león, repentinamente fugaces, como si fueran chicas de calendario a las que arranca mes a mes el mismo viento arrancacalendarios que hacía que el tiempo se acelerase en las películas antiguas. ¡Hola! ¡Adiós! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¿Qué le importaban ya a Ruth? Aquellas mujeres eran agua pasada, habían desaparecido. La clave del matrimonio, concluyó, era no tomárselo como algo demasiado personal.

—Tú das por sentado que son agua pasada y que han desaparecido —dijo su amiga Carla, que, en la sala de estar de Ruth, estaba trabajando tanto con la niña que llevaba dentro como con la parte interna de los muslos, deshaciéndose de la niña pero en contacto con la parte interior de los muslos. Ruth no la podía mantener en posición vertical. A veces Carla la iba a visitar y hacía sus ejercicios en medio de la alfombra afgana de Ruth. A Carla le gustaba decir cosas sin pensar y añadir: «¡Ay!, ¿eso he dicho?». Y a veces: «¿Sabes qué? La vida es breve. Regordeta también, así que

hay que hacerlo lo mejor posible. Nada de cinturas estilo Imperio». Se tendió boca arriba e hizo ejercicios respiratorios, y animó a Ruth a hacer lo mismo.

—No puedo. Me quedaría dormida —dijo Ruth, aunque sospechaba que en realidad no lo haría.

—Si te quedas dormida, estupendo —dijo Carla encogiéndose de hombros—. Es una cabezadita de belleza. Si casi te quedas dormida pero no te duermes, es meditación.

—¿Eso es la meditación?

—Eso es la meditación.

Dos años antes, mientras Ruth hacía la quimioterapia (el oncólogo de Chicago le había dado un cincuenta por ciento de posibilidades de durar cinco años más; ¡qué mezquindad no mentir y decirle que las posibilidades eran de sesenta contra cuarenta!), Carla le había llevado una lasaña, que aguantó encogiéndose y reencarnando varias semanas en el frigorífico de Ruth. «Procura no pensar en las víctimas de un accidente de carretera cuando la calientes», dijo Carla. También le llevó jabones de salvia y de romero, que parecían trozos gruesos de mantequilla con ramitas dentro. Le llevó un libro para que leyera, una colección de cuentos titulada *Confía en mí*, y había tachado, en la sobrecubierta, el nombre del autor y había escrito el suyo: Carla McGraw. Carla era una amiga. ¿Quién tenía muchos amigos en la actualidad?

—Claro que lo doy por sentado —dijo Ruth—; tengo que hacerlo.

El último lío de Terence, hacía dos primaveras, había acabado de mala manera. Le había dicho a Ruth que tendría una reunión que duraría hasta tarde, hasta las diez aproximadamente, pero el caso es que había llegado a casa a las siete y media, apagado y despeinado. «Han anulado la reunión», dijo y se fue derecho al piso superior, y ella lo oyó sollozar en el lavabo. Lloró durante casi una hora, y mientras lo oía, a ella el corazón se le llenaba de pena y de un amor profundo y maternal. En todos los entierros de amor, el amor se daba tanta maña en hacer llorar su desaparición que

reaparecía. Asomaba por el ataúd. Y si no reaparecía, enviaba a algún pariente de sorprendente parecido, un gemelo delgado y encantador al que nos llevábamos a casa, para engordarlo y acunararlo, acariciarlo y reprenderlo.

Oh, qué tormento más generoso era la vida. Pero ella ya no investigaba las actividades de Terence. Nada de abrir con vapor la correspondencia bancaria, nada de coger «por error» el teléfono supletorio. Como le había dicho una vez el médico que le diagnosticó el cáncer, ahora totalmente en remisión: «El único medio de saberlo absolutamente todo es practicar una autopsia».

Informe nupcial. Ruth dejaría que su matrimonio siguiera viviendo. Nada de eutanasia ni de autopsia. ¡Lo dejaría vivir! ¡Ja, ja! Se conformaría, como debe conformarse toda persona, con saberlo todo: la ignorancia como misterio, el misterio como fe; la fe como comida; la comida como sexo; el sexo como amor; el amor como odio; el odio como trascendencia. ¿Qué era aquello, religión o matemáticas?

¿O sólo la primavera?

Había ciertas cosas que la ayudaban: el Winston ocasional (convencida como estaba Ruth, a pesar de su único pulmón, de las ampollas en el labio, de la cicatriz entre las costillas, de que al final se arrepentiría más de los cigarrillos que no había fumado que de los que había fumado; además, no tosía tanto como antes, y la tos, desde luego, no era tan intensa como para tener un desprendimiento de retina), las macetas de lobelias («Perdone, tengo que irme —había dicho más de una vez a un dependiente locuaz—. Acabo de comprar unas lobelias y las tengo en el coche, con el calor que hace») y una búsqueda larga y panorámica de casa nueva.

—Un cambio de casa..., sí. Un cambio de casa estará bien. Manchamos el nido, en muchos sentidos —había dicho su marido con una sintaxis tortuosa y un arrastrado acento de Luisiana que,

entre otras cosas, antaño había hecho que ella saltara de deseo y que ahora la sacaba de sus casillas—. Piénsalo, cariño —había añadido después de la reconciliación, el primer perdón y la primera visita de reconocimiento de los agentes inmobiliarios, cuando los sentimientos de ella estaban más allá de la rabia, en el sarcasmo y el carcinoma—. Probablemente tendríamos que olvidarnos de esta casa. Depende de lo que quieras hacer, o..., claro, claro. Si piensas en otra casa, estoy prácticamente seguro de que me parecerá bien. Sin embargo, lo querremos discutir; o cualquier otra cosa en la que pudieras pensar. Aunque parezca un poco presuntuoso por mi parte, me doy cuenta, pero oye, no sería la primera vez, ¿verdad que no? Es que estaba pensando que si tú prefirieras...

—¡Terence! —Ruth dio dos palmadas con brusquedad—. ¡Habla más rápido! ¡No me queda mucho tiempo de vida! — Llevaban casados veintitrés años. Encontraba que el matrimonio en general era un buen acuerdo, excepto que nadie lo vivía como un asunto general, sino de un modo concretísimo—. Y por favor — añadió—, que no te engañen los eufemismos de los de la inmobiliaria. Esto nunca ha sido un hogar, cariño; esto es una casa.

De este modo (una boda de plazas de aparcamiento con problemas emocionales, un encaje de propiedad e irritación hecho jirones) habían logrado seguir casados. ¡No era un hombre tan malo! Sólo un pueblerino guapo que, sin creer en la suerte, la había tenido imperfecta pero continuadamente, como las galletas saladas de la bandeja del aperitivo. Había esperado que ganara dinero (¿acaso estaba tan mal?) y algo había ganado con un concesionario de coches usados y con acciones de programas informáticos. Con sus comienzos dulces y apremiantes, y un final agradecido de manos cogidas, lo peor del matrimonio estaba en el centro: era siempre un lío, una ruina, un campo intransitable. Pero encontraba que no era una tierra del todo yerma. En su propio matrimonio había una estación recurrente y encantadora, una habitación diminuta y sin nombre, que le convenía y la consolaba. Se recostaba entre los brazos de Terence y él se quedaba callado, y su silencio la

regeneraba. Había música. Había paz. Eso era todo. No había palabras. Pero, invariablemente, aquel minúsculo lugar (como cualquier temporada, luna o escenario de teatro, como un pastel en un escaparate giratorio), al girar, se perdía de vista y de alcance, y las peleas se reanudaban y ella tenía que esperar mucho tiempo hasta que el pastel aparecía de nuevo.

Claro está que su hija común, Mitzy, adoraba a Terence, su fuego afortunado y caliente. En Ruth, en cambio, Mitzy parecía percibir solamente el frío espíritu de una mujer que va tirando. Pero ¿qué debía hacer una persona en la posición de Ruth, como no fuera reconstruirse, de abajo hacia arriba, como un iceberg? ¡Ruth quería saberlo! Y así, en las disoluciones extrañas y cálidas que le daban en aquellas noches de mayo antes de dormirse, una descomposición puntillista del cuerpo, de su ser y hasta de la habitación, una fractura amable en burbujas y encaje negro, Ruth comenzó, otra vez, a prever su propia muerte.

Al principio, mirar otras casas los domingos por la tarde (pasearse por los suelos y las alfombras de otra gente, abrir los armarios para ver los zapatos de otra gente) la hacía estremecerse de miedo. Las fotos horteras en el piano del alfarero. El profesor universitario sin tiradores en las puertas. El dentista con treinta compartimentos para treinta pares de zapatillas deportivas. El papel de las paredes cayéndose como corteza de abedul. Una colección de suelos manchados, rayados y molduras mal alineadas. Las alfombras de poliéster. Las revistas cutres en la mesita de centro. ¡Y aquellos tentempiés económicos! La gente ya no tiene librerías, pero sí muebles bar casi del mismo tamaño. ¿Qué haría la gente ahora con un libro? Ponerlo en el cajón de los posavasos. Ruth se interesaba, con poco sentido práctico, por los ángulos defectuosos del rellano de la escalera o por el contenido de una habitación: las lámparas de cerámica en forma de piña, la foto de la boda de los perros. ¿Es que la ciudad era tan aburrida que ahora eso era lo que la divertía?

¿Qué le parecía tan intrigante de todas las posesiones de estas casas ahora abiertas al público? ¿Que se aireaba el panteón familiar? ¿Echar un vistazo a la tumba? Ruth contrató a un agente inmobiliario. Entrar en una casa, buscar sus rincones, examinar las manchas de los techos y la podredumbre del tejado la estimulaban. Le sorprendía que una casa siempre tuviera algún problema, y al cabo de un tiempo su sorpresa se convirtió en una especie de placer; era agradable que siempre hubiera algún problema. De ese modo parecía que la casa era más natural.

Pero enseguida se echó atrás. «Nunca compraría una casa con una revista así en la mesita de centro», dijo una vez. Una especie de temor se apoderó de ella.

—No me gusta el neogeorgiano —dijo antes de que a la agente de la inmobiliaria, Kit, le hubiera dado tiempo de parar el motor, y la obligó a salir reculando del camino del garaje—. Lo siento —añadió—, pero es que cuando la miro la vista se me desorganiza y el corazón se me vacía de golpe.

—Me importa tu opinión, Ruth —dijo Kit, que tenía mucho miedo de perder clientes y se esforzaba por ocultar que tenía menos paciencia que un mosquito—. Nuestro lema es «El cliente nos importa» y es verdad; nos importa muchísimo. Nos importa tu opinión. Nos importan tus sentimientos y tus deseos. Queremos que te sientas feliz. Así que aquí estamos, paseando en coche. Yendo hacia una casa, y luego pasando de largo. ¿Quieres una casa o prefieres que vayamos al cine?

—Crees que no soy una persona realista.

—Oh, yo me tomo el realismo como lo que es. El realismo se sobrevalora. He dicho en serio lo de ir al cine.

—¿De verdad?

—¡Sí!

Y Ruth fue al cine con la agente inmobiliaria. Fueron a la primera sesión de tarde de la pretemporada de *Forrest Gump*, que le produjo hastío lacrimógeno, dolor y aburrimiento desgastador de huesos.

—Qué final profesional para el pobre Tom Hanks. Ya lo verás —susurró Ruth a la agente, los papeles de los caramelos flotando allí abajo, en la oscuridad, hacia sus zapatos—. Gracias a Dios que compramos caramelos. ¿Qué haríamos sin estos caramelos?

Al final, cuando ni siquiera había pasado un mes, en el descapotable blanco de Kit, con la capota bajada, el viento azotando el pelo de todo el mundo de modo antiestético, Ruth y Terence dieron una última vuelta por los barrios residenciales en los maizales de las afueras de la ciudad y encontraron una casa. Era la originaria, antigua y cuadrada casa de campo que se encontraba en medio de la parcelación de 1979. Habían construido un estanque artificial en el antiguo campo contiguo a las zonas laterales de césped de la casa. En el patio de delante había un pozo de los deseos lleno de flores silvestres.

—Es ésta —dijo Terence señalando la casa.

—¿Ah, sí? —dijo Ruth. Trató de verla con mentalidad abierta: el porche y la buhardilla inclinados, como un cuadro cubista, la chimenea desmoronándose por un costado, las tejas planas de cedro recargadas y leprosas de pintura verde vieja—. Si uno de los dos le da un beso, ¿se va a convertir en una casa? —Las casas de un piso y de dos, blancas y alicaídas, que flanqueaban el camino por lo menos poseían una geometría que entendía.

—Necesita muchas reformas —admitió Kit.

—Sí —dijo Ruth. Hasta al letrero de EN VENTA le estaba saliendo una mata de dientes de león en la base—. A diferencia de los bombones, las casas son predecibles: siempre sabes que te estás pudriendo y descomponiendo y que tienes una dura y larga hipoteca. Cómelos o devuélvelos a la caja; eso no lo puedes hacer con un juicio o con una ordenanza.

—No sé de qué estás hablando —dijo Terence. Llevó a Ruth aparte—. Es ésta —dijo siseando—. Ésta es la casa de nuestros sueños.

—¿La casa de nuestros sueños? —Todos los sueños que había tenido últimamente eran acerca de la muerte: su chifladura borrosa, su movimiento a través de un sueño suave y oscuro hacia un final brillante, duro.

—Me sorprende que no lo veas —dijo Terence visiblemente frustrado.

Echó nuevamente una mirada a las cornisas, al porche picassiano, al tejado manchado de musgo y hollín. Miró las ocas y la caca de oca, los cigarrillos aplastados y húmedos que había desparramados en el bordillo de piedra del estanque.

—Bueno, quizá —dijo ella—. Quizá sí. Creo que comienzo a verlo. ¿Me puedes decir otra vez de quién es?

—De un canadiense. La tenía alquilada. Es un barrio bonito. Está cerca de un pequeño jardín botánico y del zoo.

—¿El zoo?

Ruth pensó en ello. Iban a tener que contratar a un montón de gente, por supuesto. Sería como llevar una empresa, mandando a todo el mundo, haciéndose cargo de los préstamos y los pagos, hasta que esa cosa tomara forma. Suspiró. En su familia no existía espíritu empresarial. No era algo innato en ella. Descendía de una larga saga de profesores y pastores: empleados. Gente desesperada. Gente con fe pero sin esperanza. No había ningún negocio, por pequeño que fuera, con éxito en ningún rincón de sus genes.

—Comienzo a verlo más claro —dijo ella.

En el otro extremo de la ciudad, donde vivían otras personas, un hombre llamado Noel y una mujer llamada Nitchka se encontraban en un piso, en la cocina, discutiendo sobre música.

—Así que no te sabes ni una. ¿Ni siquiera una sola canción? —dijo la mujer.

—Me parece que no —contestó Noel. ¿Por qué era un problema para ella? Para él no lo era. Y qué que no se supiera ninguna canción. Siempre había estado dispuesto a que ella supiera más que él; no le molestaba hasta que le molestó a ella.

—Noel, ¿entonces qué clase de educación has recibido?

Sabía que ella creía que él había sufrido privaciones y que tendría que estar enfadado por ello. (¡Claro que lo estaba! ¡Sí que estaba enfadado por ello!)

—¿Tus padres nunca te cantaban canciones? —preguntó—. ¿No te sabes ni una sola canción de memoria? Canta una canción. La que sea.

—¿Como cuál?

—Si tuvieras una pistola apuntándote a la cabeza, ¿qué canción cantarías?

—¡No lo sé! —gritó, y tiró una silla por la cocina. Llevaban dos meses sin tener relaciones sexuales.

—Pero ¿no te sabes ni el nombre de una canción?

Por las noches, todas las noches, se acostaban con sus revistas y el Tylenol, y a continuación, a menudo con las luces todavía encendidas, eran transportados rápidamente, cada uno por separado, hacia su propio mundo de los sueños: el de él lleno de árboles arremolinados y máquinas voladoras de anticuario y ramos de helechos. No tenía ni idea de por qué.

—Sé el nombre de una canción —dijo.

—¿Qué canción?

—*Abre la puerta, Richard.*

—¿Qué canción es ésa?

Era una canción que cantaba la madre de su amigo Richard, cuando él y Richard tenían doce años y se encerraban en el cuarto de baño, hojeando revistas: *Tetas*, *Culos Prietos* y *Señoritas Increíbles*. Pero era una canción real, que aún existía, aunque nunca más podrías encontrar esas revistas. Noel la miró.

—¿Ves? ¡Sé una canción que tú no sabes! —exclamó.

—¿Es una canción que tiene un significado espiritual para ti?

—Pues sí, la verdad es que sí. —Cogió una goma de la encimera, la tensó entre los dedos y la soltó. Salió disparada contra la barbilla de ella—. Lo siento, ha sido un accidente —dijo.

—¡Hay algo dentro de ti que no funciona! —gritó Nitchka y se largó del piso a dar una vuelta.

Noel hizo oscilar la silla hasta apoyar el respaldo en la nevera. Podía ver su reflejo en la ventana de encima del fregadero. Era oscuro y translúcido, y fuera una telaraña vieja y rota, sujetada del alero, se balanceaba ante su cara, como una cuerda. Tenía aspecto de estar loco y enfermo; pero con carisma. «Si tuvieras una pistola apuntándote a la cabeza —le dijo a su reflejo—, ¿qué canción cantarías?»

Ruth se preguntó si en realidad le hacía tanta falta un proyecto de esa envergadura. Una distracción. Una resurrección. Una tarea. Su hija, Mitzy, creció y se fue: ¿la historia del nido vacío la sumía en tal crisis que consagraría el resto de sus días a ese deleite de empleado de funeraria? ¿Acaso no tener a Mitzy y sus luchas amueblándoles la vida era algo tan horriblemente silencioso como el eco de nada-nada? ¿Tan mal estaba dejar de tener el temperamento artístico frustrado de una hija sangrando a diario en la alfombra de sus cerebros? Mitzy, la querida Mitzy, era bailarina. Todas esas clases de ballet y de claqué de cuando era pequeña: ¡se suponía que no se las iba a tomar en serio! Estaban pensadas como una ironía de clase media y un visillo decorativo: se suponía que luego no te hacías bailarina. Pero Mitzy lo había hecho. A pesar de ser siempre la más gorda de la compañía, de nunca formar parte de ninguna y de ser rechazada por todas las compañías importantes, un día un director joven vio lo hermoso y sentido que era su baile. «¡Qué bien baila la chica gorda!», y la hizo pasar delante del cuerpo de bailarines, la colocó en medio del escenario y la hizo una estrella. Ahora viajaba por todo el mundo y era la niña mimada de los críticos. «¡Y eso que tiene la talla cuarenta y ocho! —cacareó un

crítico—. ¡Es un milagro verla!» Se había convertido en el triunfo de los pies sobre el peso, del espíritu sobre la materia, de la materia sobre qué importa la materia, una figura inmortal, un ángel gordo y grande, y tenía «muchos, muchos admiradores homosexuales», como había dicho Terence. Como resultado, rara vez aparecía por casa. A veces Ruth recibía una postal, pero Ruth odiaba las postales: tan descuidadas y baratas, sobre todo las de ese nuevo ángel de la danza escribiéndole a su propia madre enferma. Pero así eran las cosas con los hijos.

En una ocasión, aproximadamente hacía un año y medio, Mitzy había vuelto a casa, pero sólo dos semanas, durante la quimioterapia de Ruth. Mitzy estaba, como siempre, en estado de crisis. «Claro que les gusta mi trabajo», se quejaba mientras Ruth se ajustaba aquella primera peluca acrílica que le producía picazón, la que solía asustar a la gente. «Pero ¿les gusto yo?» Mitzy era hija única, así que era natural que su primer asalto del combate de rivalidad entre hermanos fuera con su propio trabajo. Cuando Ruth se lo insinuaba, Mitzy le dirigía una mirada fulminante acompañada por un bufido, y a continuación, con una ceja levantada y una mueca de mirada dolida, comenzaba a monopolizar el teléfono con sus planes de viajes y mudanzas. «Mamá, parece que lo llevas fenomenalmente bien», decía mirándola por encima del hombro mientras tomaba notas deprisa. Luego se fue.

Al principio, Terence, incluso más que ella, parecía animado con la posibilidad de una nueva propiedad inmobiliaria. La más simple de las discusiones (sobre las jambas de las puertas o sobre los canalones) hacía que la sangre le circulara por la cara y por el cuello como una lámpara de lava. El muestrario de tejas de madera para el tejado (cuadrados rugosos, veteados color sepia, rosa y gris) le encendía los ojos como el amor. Llevó a casa catálogos de pomos y

llamó a uno o dos yeseros. Al cabo de un tiempo, sin embargo, ella lo vio cansado del asunto y en retirada, incluso evitaba hablar del tema: otra aventura que pasó.

—Dios mío, Terence. Ahora no me dejes en la estacada. ¡Igual que con los patines de línea! —El otoño anterior había pasado por un periodo de patines de línea.

—Es que estoy muy ocupado —dijo.

Y antes de que Ruth se diera cuenta, todo el proyecto de la casa (la compra y las obras) había recaído sobre ella.

Primero Ruth tenía que tratar de vender la casa en que vivía. Decidió intentar lo que llamaban «pap». PAP: «de particular a particular». Puso anuncios en los periódicos, compró un cartel para el jardín delantero, y plantó alegrías violetas y rosas en los arriates para los incultos en cuestiones de horticultura, aquellos que no saben nada sobre flores de temporada. ¡Qué jardín más precioso! ¡Qué plantas más fuertes! Fue un poco más lejos y describió las molduras y las luces como «originales de la casa». Pasó un hombre a mirar y husmear. Se puso a toquetear una de las persianas rotas de las ventanas.

—¿*Originales de la casa*, eh? —dijo el hombre.

—Muy bien, ahora mismo se larga de aquí —dijo ella.

Con los siguientes posibles compradores renunció a su labia de vendedora y optó por la franqueza. «Reconozco que el baño está mohoso. Y mire este recibidor pequeño y ridículo. ¡Por eso nos mudamos! Odiamos esta casa.» Muy pronto volvió a contratar a la agente inmobiliaria de *Forrest Gump*, que abrió las ventanas de la casa de par en par, puso música de Vivaldi y horneó pan de plátano, con lo que vendió la casa en dos horas.

La noche siguiente al cierre de las operaciones de las dos casas, en las que habían permanecido callados como unos sordomudos a los que han timado (el canadiense misterioso, otra vez ausente, había

mandado en su representación tan sólo a una agente de traje de chaqueta violeta llamada Flo), Ruth y Terence se encontraban en la casa nueva y vacía, y cenaban comida china para llevar directamente de las cajas de cartón. Sus muebles estaban guardados en un camión que estaba aparcado ante un supermercado, en el lado este de la ciudad, y se los llevarían al día siguiente. Por ahora estaban delante de la ventana desnuda de la fachada, en el nuevo comedor grande y con eco. En el suelo, una pequeña vela encendida proyectaba sus sombras en el techo, lúgubres y gordas. El viento golpeaba los cristales, y la caldera del sótano soltaba pequeñas explosiones que daban miedo. Los radiadores silbaban y olían a gato, y quemaban el polvo cuando se calentaban y hacían vibrar las telarañas del techo que estaban por encima de ellos. Toda la estructura de la casa crujía haciendo un ruido sordo. Había ruido de ratones dentro de las paredes. El sonido de pasos (o algo parecido a los pasos) golpeaban bajito en el ático, dos pisos por encima de ellos.

—Hemos comprado una casa encantada —dijo Ruth. La boca de Terence estaba llena de rollo de primavera caliente—. ¡Un fantasma! —añadió—. «No pasa nada por un poco más de proteínas. No pasa nada por un plus de aminoácidos.» —Era lo que su padre siempre le decía cuando encontraba un gusano verde y pequeño en el cuenco de arándanos.

—La casa se está asentando —dijo Terence.

—Ha tenido ciento diez años para asentarse; podría pensarse que a estas alturas ya lo ha hecho.

—El asentamiento no se detiene nunca —dijo Terence.

—Lo sabríamos —dijo Ruth.

Él la miró y a continuación se enterró en la caja de *lo mein*.

Un ruido como de alguien escarbando les llegó desde el porche de delante. Terence masticó, tragó y luego avanzó hasta el interruptor para dar la luz, pero no se encendió.

—¿Nos avisaban de esto en el informe? —gritó él.

—Lo más seguro es que sea sólo la bombilla.

—Flo dijo que habían puesto todas las bombillas nuevas. —Abrió la puerta de entrada—. La luz está rota, y nos tendrían que haber informado. —Con una mano sujetaba una linterna y con la otra desenroscaba la bombilla de la entrada. Detrás del aplique brillaban tres pares de ojos enmascarados. Había heces oscuras de mapache apiladas en el estrecho espacio que había entre el techo y el tejado.

—¿Qué diablos es esto? —gritó Terence retrocediendo.

—¡Esta casa está infestada! —dijo Ruth. Dejó la comida—. ¿Cómo habrán subido hasta allí esas criaturas? —Sintió una punzada en su único pulmón—. ¿Cómo las cosas llegan a donde llegan? Eso es lo que quiero saber. —Había sido una fumadora muy moderada, no entraba en la categoría de alto riesgo, pero ahora cualquier pellizco, pinchazo, tic o tac que sentía en las costillas, cualquier problema del mundo material, hacía que quisiera encender un cigarrillo y dar unas caladas.

—Dios mío, qué peste.

—¿El tasador no tendría que haber visto esto?

—¡Los tasadores! Está claro que son unos inútiles. Lo que este lugar necesitaba era una resonancia magnética.

—Oh, Dios, es lo peor que podía haber pasado.

«Cada casa es una tumba», pensó Ruth. Todo ese alboroto y preparación que lo único que hace es robarte la vida. Lo cual hace que mudarse de casa sea una resurrección (o un éxodo de demonios necrófagos, depende del punto de vista), y hace que mudarse a una casa (*¡otra casa!*) sea el más oscuro de los deseos y locuras. En el mejor de los casos era una inquietud que llega a convertirse falsamente en tranquilidad. Pero la inevitable podredumbre y destrucción, de la cual el alma al final tiene que huir (*¿para vivir en el cielo o para dispersarse entre los árboles?*), haría necesariamente a una persona estúpida de infelicidad.

¡Bueno!

Cuando llegaron los muebles y los pusieron casi exactamente como estaban en la otra casa, Ruth llamó a mucha gente, para medir, revisar, coger, transportar, limpiar, pulverizar y llevar muestras, y para hacer presupuestos y ofertas; y a veces incluso aparecían, aunque cuando tenían el depósito, desaparecían. Comenzaban a contestar las máquinas en vez de los humanos y algunas veces los teléfonos respondían diciendo que estaban desconectados. «Lo sentimos. El número al que usted ha llamado...»

Las ventanas de la casa nueva eran muy grandes (polvorientas pero brillantes por su tamaño), y como la tienda de persianas aún no había llevado las persianas, todo el vecindario (elegantes gerentes de buena posición) podía curiosear en el dormitorio de Ruth y Terence. Durante un largo y desconcertante día, a Ruth le dio por saludar agitando la mano, y sólo a veces la gente le contestaba el saludo. Normalmente sólo entornaban los ojos y miraban. Al día siguiente Ruth colgó sábanas con cinta adhesiva en las ventanas, pero invariablemente se caían después de diez minutos. Cuando se bañaba, tenía que salir gateando del baño hacia el pasillo, llegar a la habitación y alcanzar el armario para vestirse. O a veces simplemente se quedaba tendida en el suelo del baño y forcejeaba con la ropa para ponérsela. Era todo realmente difícil.

En el nuevo jardín trasero, cuervos del tamaño de una maleta graznaban y se agitaban en las ramas del peral. Las hormigas (como piezas brillantes de un juguete infantil) se aglomeraban en las escaleras del porche. Ruth hizo aún más llamadas telefónicas, y finalmente un hombre, con la nariz manchada y bulbosa y una camioneta blanca y limpia con una cucaracha pintada, fue y roció a las hormigas con veneno.

—Parece un extintor de incendios, eso que usa —dijo Ruth mirando.

—Oh, no, señora. Es mucho más potente. —Resollaba. Tenía la nariz nudosa como los pepinillos en vinagre. Miró debajo del porche y luego de nuevo a Ruth—. Hay un montón de hormigas moribundas ahí abajo —dijo.

—¿No podría hacer algo con los cuervos? —preguntó Ruth.

—Yo no, pero puede conseguir una pistola y matarlos usted misma —dijo—. No es legal, pero si su casa estuviera unos cien metros más hacia allí lo sería. Si estuviera cien metros hacia allí, podría cazar veinte cuervos al día. Pero como está donde está, dentro de los límites de la ciudad, tendrá que hacerlo de noche, con un silenciador. Cácelos de día con unas redes y maíz, y luego, cuando se ponga el sol, llévelos detrás del garaje y mátelos para acabar con su sufrimiento.

—¿Con redes? —preguntó Ruth.

Llamó a mucha gente. Recopiló más presupuestos y consejos. Un sujeto llamado Noel de una tienda de plantas le recomendó que se olvidara de los cuervos y se dedicara a las ardillas. Tenía que plantar los tulipanes a más profundidad y con un montón de pimentón picante, para que las ardillas no los desenterraran.

—¡Mire cuántas ardillas! —dijo señalando el tejado del garaje y los arriates de flores llenos de hierbajos—. ¿Qué le parece si aquí, junto al porche, pone plantas de esas que cubren rápidamente el terreno, azucenas junto al pozo y girasoles en la parte lateral de la casa?

—Déjeme que lo piense —dijo Ruth—. Me gustaría conservar algunas de esas violetas —dijo señalando las hojas de aspecto agradable que había entre los lirios.

—No son violetas, son malas hierbas. Es una hierba muy común, aunque pequeña.

—Siempre he creído que eran violetas.

—Pues no.

—Hay cosas que realmente pueden tomar la delantera en un lugar, ¿verdad? Este planeta no es más que una gran competición por crecer en la que caen cabezas y hay divisiones. Lo que quiero

decir es que se parecen a las violetas, ¿verdad que sí? Me refiero a las hojas.

—A mí no me lo parece. Lo cierto es que no —dijo Noel encogiéndose de hombros.

¿Cómo podía distinguir bien? Estaba la filipéndula y la filipéndula falsa: se había olvidado de cuál era cuál.

—¿Cuál decía que era la filipéndula?

Noel señaló al seto con flores de ramo de novia, que estaba floreciendo felizmente de izquierda a derecha, de la parte soleada a la de sombra, y que en dos semanas se combaría y se pondría marrón en la misma dirección.

—Ah, el matrimonio —dijo ella en voz alta.

—¿Cómo dice? —dijo Noel.

—¿Está casado? —preguntó.

—No, estoy intentando que me funcione con una chica, pero no, no estoy casado —dijo con una leve sonrisa cansada.

—Probablemente sea mejor —dijo Ruth.

—¿Y qué va a hacer con este huerto? —preguntó nervioso.

—Sólo es un montón de césped con un ruibarbo —dijo Ruth—. Me gustaría arrancar todo esto y plantar rosas, a no ser que crea que da mala suerte reemplazar la comida por las flores. La Vanidad antes que el Señor, o algo así.

—Lo que a usted le parezca —dijo él.

Aquella noche lo volvió a llamar. Él en persona, ninguna máquina, contestó al teléfono.

—He estado pensando en los girasoles —dijo ella.

—¿Quién es? —preguntó él.

—Ruth. Ruth Aikins.

—Ah, es usted, Ruth, ¡hola, Ruth!

—Hola —dijo ella con tono preocupado.

Parecía como si él hubiera estado bebiendo.

—Bueno, ¿qué decía de los girasoles? —preguntó—. Me gustaría plantar esos girasoles cuanto antes, ¿sabe? Éste es el motivo: mi novia vuelve a hablar otra vez de dejarme y me acaban

de diagnosticar un linfoma. Así que me gustaría ver florecer algunos girasoles a finales de agosto.

—Oh, Dios mío. ¡La vida apesta! —exclamó Ruth.

—Sí. Bueno, pues me gustaría ver girasoles. Al final del verano, me gustaría tener algo que esperar con ilusión.

—¿Qué clase de novia habla de dejar a su pretendiente en un momento como éste?

—No lo sé.

—Bueno, pues mándala a paseo. Por otra parte, ¿sabes lo que tendrías que hacer? Te preparas una buena taza de té, te sientas y le escribes una carta. Vas a necesitar que alguien cuide de ti durante todo esto. No dejes que ella tenga la última palabra. Hazle entender las implicaciones de su conducta y la responsabilidad que tiene contigo. Sé lo que me digo.

Ruth estaba a punto de explayarse más, cuando Noel se aclaró la garganta con vehemencia y dijo:

—No creo que sea muy buena idea que se ponga en plan personal y me dé consejos. Quiero decir, mire, Ruth, se llama así, ¿no? Ve, ni siquiera sé su nombre, Ruth. Conozco un montón de Ruths. Podría ser cualquiera de ellas, maldita sea. Ruth no sé qué, Ruth no sé cuánto, Ruth quién sabe. De hecho, lo del linfoma me lo acabo de inventar, porque pensé que era otra Ruth totalmente diferente. —Tras lo cual colgó.

Puso jaulas para las ardillas, las ardillas que roían los bulbos de los jacintos y hacían que sus superficies lisas tuvieran carreras como las medias, las ardillas que devoraban totalmente el azafrán de primavera. Desde el porche de atrás miraba atentamente cómo las ardillas se revolcaban en la jaula durante una hora, tirándose contra los barrotes de la jaula y frotándose las mataduras de la cabeza, hasta que al final le dieron pena y las llevó una por una a una cantera un poco alejada y las soltó. La cantera era un sitio que Terence le había recomendado como «un lugar de reclusión

precioso, un paraíso de roedores, una ladera de robles encima de un arroyo». Cuánta poesía: probablemente se habrá acostado ahí con alguien alguna vez. En realidad, el lugar consistía en un pequeño barranco de grava un poco deprimente, con un hilo de agua marrón atravesándolo en el fondo, un diminuto grupo de robles que crecían como arbustos tripulando la pendiente cercana. Era la clase de lugar donde la mafia de las ardillas se habría deshecho de los cadáveres de ardillas muertas. Levantó la trampilla y vio que cada uno de los animales salía disparado hacia la ladera. ¿Sabrían lo que estaban haciendo? ¿Se reunirían con las amigas o hasta la última encontraría la forma de regresar a las paredes huecas de su casa y montarían otra vez el tenderete?

Los murciélagos (¡murciélagos!) llegaron la semana siguiente, una tarde, durante una tormenta oscura y ruidosa, como una película de terror. Volaban arriba y abajo por el hueco de la escalera, luego se colgaban cabeza abajo de la moldura del comedor con aspecto de marco de cuadro, donde defecaban con discreción y dejaban montoncitos de guano negro y reluciente empastando la pared.

Ruth llamó a su marido al despacho, pero sólo pudo hablar con el buzón de voz, así que luego llamó a Carla, que fue corriendo hasta allí con una raqueta de tenis, una red cazamariposas y una escoba, todo con un lazo atado en el mango.

—Son regalos de la fiesta de inauguración de mi casa —dijo ella.

—¡Bajan otra vez en picado!, ¡cuidado!, ¡que vienen!

—Déjame a mí con estos hijos de puta —dijo Carla.

Desde el suelo, en posición fetal, Ruth la miraba.

—¿Qué he hecho yo para tener una amiga así de buena?

Carla se detuvo. Enrojeció al emocionarse, las mejillas sonrosadas.

—¿De verdad?

Un murciélagos le cayó en picado sobre el pelo. El cuento de viejas (que los murciélagos se quedan atrapados en el pelo) a Ruth le parecía más verdadero que el cuento de jóvenes (que los murciélagos se queden atrapados en el pelo es un cuento de viejas). Los murciélagos poseen curiosidad y arrogancia. Son pequeños científicos sociales. Se acercan al pelo para investigar, medir y entrevistar. Y cuando algo se acerca (una polilla a la llama, una mujer a una casa, una mujer a una tumba, una mujer enferma a una tumba abierta de par en par, recién hecha, como una cama) hay posibilidades de que se caiga y quede atrapado.

—Tienes que llenar el hueco de los aleros con lana de acero —dijo Carla.

—Oye. Yo no tengo la verdad —dijo Ruth.

Enterraron los murciélagos reventados en recipientes de carne picada, en el patio lateral: al final todo acabó picado.

Pensando en los cuervos, Ruth comenzó a ir con Carla al campo de tiro. Las ocas, dijo Carla, no eran demasiado problema. A las ocas se las podía ahuyentar simplemente agitando los huevos de sus nidos. Carla era práctica. Tenía el corazón con forma de hacha. Llevó una canoa y fueron remando con Carla hasta las aneas, donde buscaron los nidos de las ocas, y cogió todos los huevos y los agitó con furia.

—Si sólo coges los huevos y los tiras —explicó Carla— la dichosa oca pondrá otro. Pero de este modo, matas el polluelo, y la oca nunca lo sabe. Se sienta ahí, empollando el dichoso ponche de huevo, hasta que llega el invierno, y la oca se marcha, con el corazón destrozado, y nunca más vuelve. A los cuervos, sin embargo, tienes que volarles los sesos y ya está.

Ya en el campo de tiro, pagaron veinte dólares a un hombre con una caja metálica verde por una hora de prácticas. Fueron a buscar varias latas de Coca-Cola Light, que compraron en una máquina expendedora que había cerca de los servicios, y las pusieron a sus

pies, junto a los tobillos, justo detrás de ellas. Cada una tenía una pistola, Ruth de la Primera Guerra Mundial y Carla de la Segunda, que habían comprado en una tienda de armas antiguas.

—Todo el mundo dispara a los pájaros con una escopeta. Seamos especiales.

—Para mí nunca ha sido una gran ambición —dijo Ruth.

Eran las únicas que estaban en el campo de tiro, y se pusieron a cincuenta metros de tres sacos marrones de paja con círculos redondos pintados. Dispararon a los círculos, ¡uno, dos, tres!, luego se dieron la vuelta, se agacharon, dejaron las pistolas en el suelo y se tomaron la Coca-Cola a sorbos. El ruido era increíble, se propagaba por los campos que había a su alrededor, resonaba en las pequeñas colinas y volvía por el cielo, burlón y en tono de represalia.

—¡Dios mío! —exclamó Ruth. Le costaba manejar la pistola y hacer puntería—. Me parece que no se me da muy bien —dijo. Había esperado que la pistola fuera ligera y natural: una extensión sin costuras de su yo rabioso y asilvestrado. Pero en cambio era pesada y enorme y tan artificialmente ruidosa que pensó que nunca más querría disparar con algo así.

Pero lo hizo. Tan sólo dos veces vio torcerse el saco de paja. En la mayoría de los casos parecía estar apuntando demasiado arriba, a los árboles que había detrás de las dianas, quizá dando a las ardillas, quizá las mismas ardillas que había atrapado en la jaula «ten-compasión», ahora liberadas y muertas a tiros con la pistola «ten-una-casa».

—Esto es demasiado —dijo Ruth—. Yo no tengo ni idea de cómo se hace esto. Es demasiado complicado y mezquino.

—Te has olvidado de los malditos cuervos —dijo Carla—. No los olvides.

—Tienes razón —dijo Ruth, y cogió otra vez la pistola—. Cuervos. —Y luego bajó la pistola—. Pero ¿no los iba a matar después de cogerlos con las redes?

—Puede que sí —dijo Carla—. Puede que no.

Cuando por fin lo dejó Nitchka, primero ella vio su programa favorito de televisión, después apagó el televisor, cargó con el reproductor de discos compactos y el aparato de vídeo, se detuvo y se apoyó teatralmente en el recibidor.

—¿Sabes?, no tienes ni la más remota idea de en qué consiste la experiencia humana —dijo ella.

—Otra vez con la misma canción y el mismo baile —dijo él—. ¿Te lo vas a llevar de viaje?

Ella dejó las cosas en el rellano para poder dar un fuerte portazo y abandonarlo; abandonarlo, se imaginaba él, por un tío bueno que habría conocido en el trabajo. Plantado por un Cachas. Era el título de su vida. En el cielo, sólo para fastidiarla, sería el nombre de su maldito conjunto de música.

Aquella semana bebió mucho, y el viernes, el jefe, McCarthy, telefoneó a Noel para decirle que estaba despedido.

—¿Crees que se puede llevar una tienda de jardinería de este modo? —dijo.

—Si tuvieras una pistola apuntándote a la cabeza —dijo Noel—, ¿qué canción cantarías?

—Busca ayuda —dijo McCarthy—, eso es todo lo que tengo que decirte. —Y a continuación se oyó el tono de línea.

Noel comenzó a cobrar el paro; iba a la oficina poco antes de que cerraran. Comenzó a dormir durante el día y a quedarse despierto por la noche hasta tarde. Se le invirtieron los horarios. Salía a medianoche a pasear; tenía insomnio y se sentía humillado por los ronquidos sombríos del vecindario. La furia lo cercó y se instaló en él, como un solo de saxofón. Comenzó a pasear por otros barrios de la ciudad. Las aceras aparecían y desaparecían. La luna brillaba a un lado y al otro. Una vez se llevó un rollo de cinta aislante y un pasamontañas. Otra se llevó un rollo de cinta aislante, un pasamontañas y una pistola que un padrastro le había dado a los veinte años. Si pones cinta adhesiva en una ventana, se puede romper silenciosamente: los cristales se quedan pegados a la cinta y puedes quitarlos con facilidad.

—No voy a haceros daño —dijo. Encendió la luz del dormitorio. Precintó la boca de la mujer y luego la del hombre. Les hizo levantarse de la cama y ponerse junto al tocador—. Me voy a llevar la televisión y el vídeo. Pero antes quiero que me cantéis una canción, cualquier canción. Soy amante de la música y quiero que me cantéis una canción, la que sea. De memoria. Tú primero —dijo al hombre. Le apretó la pistola contra la cabeza—. Una canción. —Le quitó con cuidado la cinta aislante de la boca.

—¿Una canción cualquiera? —repitió el hombre. Trató de mirar por los agujeros superiores del pasamontañas de Noel, pero éste se volvió bruscamente y se puso a mirar el cristal gris oliva de la televisión.

—Sí, la canción que sea.

—Bueno —comenzó el hombre—. «Cumbres nevadas de las montañas, prados verdes del llano...» —Tenía una voz segura y profunda. Noel se volvió y observó al hombre con atención. Parecía sabérsela de memoria. ¿Cómo se la había aprendido de memoria? —. ¿Quiere que siga? —preguntó el hombre después de parar «de forma demasiado orgullosa para un hombre que tiene una pistola apuntándole», pensó Noel.

—No, ya está bien —dijo Noel irritado—. Ahora tú —dijo a la mujer. Le quitó la cinta adhesiva de la boca. Tenía el labio superior húmedo y rojo, en carne viva, por la cinta. Le echó una mirada a la cinta y vio el fulgor hirsuto de los pelillos del bigote. Comenzó a cantar inmediatamente, con nerviosismo.

—«Tú eres mi estrella de la suerte, / soy afortunada donde tú estés, / dos ojos que...»

—¿Qué canción es ésa?

—«Brillan y me iluminan...» —La mujer no le hizo caso y continuó. Comenzó a balancearse un poco, a mover las manos hacia arriba y hacia abajo. Se aclaró la garganta y moduló unos gorgoritos agudos, alegres y ligeros, aunque tenía la cara tensa de

miedo, como la cera caliente—. «Tú eres mi estrella de la suerte, como un faro que me guía.» —Aquí agitó las manos y se las puso en el corazón.

—Muy bien, ya es suficiente. Me voy a llevar el vídeo.

—Estaba a punto de terminar —dijo la mujer.

En la casa siguiente en la que entró le cantaron un villancico, además de *La vie en rose*. En la tercera casa, a la semana siguiente, le cantaron una canción de cuna, un trozo de una canción de colegio, y *Memory*, del musical *Cats*. Comenzó a apuntar los títulos y las letras. En casa, cuando revisaba las notas, se dio cuenta de que estaba creando un nuevo tipo de cancionero. Pese a todo, se le escapaba el meollo de las canciones. Cuando al día siguiente leía las letras, con un equipo de vídeo bueno y casi nuevo a sus pies, nunca podía recordar la melodía. Y sin la melodía, la letra parecía ridícula y de locos.

Para evadirse del caos de la casa, Ruth se acostumbró a ir a las primeras sesiones vespertinas. Películas de estreno o de reestreno, le daba igual. Los cines eran la auténtica agencia inmobiliaria: te metías, mirabas a tu alrededor y casi siempre comprabas. La conmovió especialmente una película que vio sobre una viuda preciosa que se enamoraba de un alienígena espacial que había adoptado forma humana, ¡la forma del marido muerto! Al final, sin embargo, el hombre debía volver a su lugar de origen, y una nave espacial enorme e increíble lo iba a buscar y aterrizaba en un campo cerca de donde estaban. A Ruth le pareció tan triste y real como la vida misma: alguien toma la forma del gran amor de tu vida, sólo para luego mostrarse como un alienígena que tiene que subirse a una nave espacial para volver a su planeta. Ciertamente, aquello había sido la verdad con Terence. Terence se había subido a una nave espacial y se había ido hacía tiempo. Aunque en la vida real,

por supuesto, raras veces ves la nave. Normalmente lo que hay es sólo un montón de borracheras, balbuceos y alguna que otra cabezadita en la sala de estar.

A veces, cuando volvía de ver una película, pasaba por la antigua casa. La habían vendido a una pareja joven poco memorable, y ahora, cuando pasaba con el coche por delante y la observaba como un pervertido, comenzó a querer recuperarla. Era una casa buena. Aquella pareja no se la merecía. Qué ignorantes eran: mira que arrancar todos esos arbustos como si fueran hierbajos.

Aunque quizá fueran hierbajos. Ya no sabía lo que era la buena vida y lo que era la mala; lo que era materia deseable y lo que era la antimateria; lo que era la cosa en sí y lo que era la muerte de la cosa: una imitaba a la otra, y a ella le molestaba el esfuerzo de tener que distinguirlas.

Por lo que, de nuevo, ¿cuál era la filipéndula falsa y cuál era la verdadera?

La casa era suya, si no hubiera sido por ese maldito pan de plátano, todavía sería suya.

La podían arrestar si pasaba lenta y sigilosamente por delante de la casa de ese modo. No lo sabía. Pero cada vez que pasaba por delante, la casa parecía verla y gritar: «¡Eres tú! ¡Hola, hola! ¡Has vuelto!», así que trató de no hacerlo muy a menudo. Aceleraría un poco, la saludaría agitando las manos y pasaría de largo.

En casa resultó que no podía cazar los cuervos con red, aunque su viejo hábitat, los antiguos maizales que constituían el barrio, seguía atrayéndolos como una patria ancestral o la buena época que se recuerda bebiendo ginebra. Se mantenían inmóviles en el aire, encima del jardín, perseguían a los gatos y comían directamente en el nido polluelos que sólo tenían un día de existencia, aún mojados y piando. ¿Cómo iba a atrapar a semejantes demonios? No podía. Tendió las redes en las ramas de los árboles para atraparlos, pero el

viento siempre las hacía caer o las enrollaba, o los pliegos de un periódico viejo que volaba por ahí se quedaban atrapados en el interior, empapelando las redes con las páginas de opinión y los anuncios. Del huerto, convertido ahora en arriate, llegaba el olor persistente y bulboso de las cebolletas todavía no dominadas por la barrera de malas hierbas. Y también los ruibarbos seguían creciendo tozudamente, por mucho que los arrancara, aunque cada nuevo tallo que crecía era más blanco y débil que el anterior.

En general, comenzó a no encontrarse bien. Aunque nunca fue un templo, su cuerpo pasó de ser un hogar a ser una casa, a ser una cabina de teléfonos, a ser una corneta. Nada le daba un cobijo adecuado. Ya no se sentía en absoluto alojada dentro de él. Cuando iba a dar un paseo o estaba en el jardín tirando las redes sobre los robles, los vecinos pasaban de largo con brío. Los sanos, los que se encontraban bien, eran incapaces de recordar que se habían sentido de otra manera, no se lo podían ni imaginar. Estaban en sus cuerpos con elegancia. No sólo estaban fuera del ámbito de la compasión; estaban fuera del ámbito de la simple imaginación. En cambio, los enfermos sólo podían pensar en estar de otra manera. Sus corazones y cada uno de sus pensamientos estaban con esas personas sanas que querían ser y a las que odiaban un poco. Pero los enfermos eran enfermos. No mandaban. Habían perdido su lugar en la cima de la cadena alimenticia. Los que se encuentran bien son los que tienen la sartén por el mango, razón que explicaba que el mundo fuera un sitio tan salvaje. Desde el porche de su casa oía los anuncios por megafonía del zoo. Estaban abriendo; estaban cerrando; que alguien aparte el coche. También oía al elefante, la trompeta triste como de blues, y al tigre de Bengala rugiendo su congoja. Toda esa infelicidad animal. El zoo era un lugar atroz, y un lugar atroz cerca del cual vivir. El ocelote cansino, el oso polar verde de hongos, la cebra demente y hambrienta comiéndose la valla, los niños llevados allí para hostigar a los animales con vasos de papel y su propio lugar limpio en el mundo, el buitre sollozando debajo del entrecejo fruncido.

Ruth comenzó a quedarse en casa y a tomar té. Sentía como si le apretara algo, dolor y vértigo, pero ¿era algo nuevo? Parecía que su cuerpo, tan misterioso y apartado de ella, sólo pudiera crear enfermedad. A pesar de que una vez, claro está, creó a Mitzy. ¿Cómo lo había hecho? Mitzy era la única cosa buena que su cuerpo había sido capaz de producir. Era como el cambio suculento de una compra, un montón de monedas. ¿Cómo lo había hecho su cuerpo? ¿Cómo se las apaña un cuerpo para hacerlo? La vida habita la vida. Los pájaros habitan los árboles. Los huesos dan huesos. La sangre se junta y hace sangre nueva.

Un milagro industrial.

Una tarde en particular, demasiado fresca para ser primavera, cuando Ruth estaba sentada en casa bebiendo un té tan caliente que le desellejaba la lengua, oyó algo. Arriba se oían esos pasos en el ático que se había acostumbrado a ignorar. Pero ahora alguien llamaba a la puerta: fuerte, con ritmo, con urgencia. Se oían voces fuera.

—¿Sí? —preguntó Ruth, acercándose a la entrada y luego abriendo la puerta.

Delante de ella había una chica, de unos catorce o quince años.

—Hemos oido decir que aquí hay una fiesta —dijo la chica. Tenía el pelo teñido con brea y llevaba un aro plateado en el labio superior. Los ojos tenían un aspecto dócil y perdido—. Arianna y yo hemos oido en State Street que hay una fiesta en esta casa.

—Pues no —dijo Ruth—. Aquí no hay ninguna fiesta. —Y cerró la puerta con firmeza.

Pero miró por la ventana, y Ruth vio cómo se iban juntando más adolescentes delante de la casa. Se acumulaban en el césped como las moscas de la fruta en la fruta. Algunos se sentaron en las escalinatas de la entrada. Algunos llegaban en ciclomotores ruidosos. Algunos salían de camionetas inundadas de más niños

como ellos. De un coche salió en tropel un cargamento de niños y avanzaron hasta las escalinatas de la entrada y, sin tocar al timbre, abrieron la puerta, que no estaba cerrada con llave, y entraron.

Ruth dejó la taza de té en la estantería y avanzó hacia la puerta.

—¡Oídme! —dijo enfrentándose a los chicos que estaban en el recibidor.

Los chicos se detuvieron y se la quedaron mirando.

—¿Qué queréis? —preguntó Ruth.

—Venimos a ver a un chico que vive aquí.

—Yo vivo aquí.

—Un chico que vive aquí nos ha invitado a una fiesta.

—Aquí no vive ningún chico. Y aquí no hay ninguna fiesta.

—¿No vive un chico aquí?

—Pues no.

De repente se oyó una voz detrás de Ruth. Una voz más de propietario, una voz desde más adentro de la casa de lo que Ruth nunca había estado.

—Sí, aquí vive un chico —dijo la voz.

Ruth se volvió y vio en medio de la sala de estar un joven de quince años vestido de negro de pies a cabeza, con la cabeza afeitada a trozos y las cejas con aros dorados y cobrizos. En la oreja izquierda tenía tres ganchos de bronce.

—¿Tú quién eres? —preguntó Ruth. El corazón le comenzó a palpititar y a aletear, como algo que hubiera sido atropellado por un coche en un descuido.

—Soy Tod.

—¿Tod?

—La gente me llama Ed.

—¿Ed?

—Vivo aquí.

—No, no es verdad. ¡No es verdad! ¿Qué quieres decir con que vives aquí?

—He estado viviendo en el ático.

—¿En serio? —Ruth sintió que le manaba el sudor por las aletas de la nariz—. ¿Tú eres el fantasma? ¿Eres tú quien paseaba por arriba?

—Sí, era él —dijo uno de los niños junto a la puerta.

—Pero no entiendo. —Ruth alcanzó una caja de pañuelos de papel que estaba en la mesita del correo y sacó uno para enjugarse la cara.

—Hace meses que hui de mi casa. Tengo una llave del anterior propietario de esta casa, que era amigo mío. Así que de vez en cuando me quedo a dormir arriba, en tu ático. Allí arriba no se está mal.

—¿Has estado qué? ¿Has estado viviendo aquí, entrando y saliendo? ¿Tus padres no saben dónde estás? —preguntó Ruth.

—Mira, siento lo de la fiesta —dijo Tod—. No quería que por esto se me fueran las cosas de las manos. Sólo invité a unos cuantos. Creía que os ibais a ir. Se suponía que la fiesta iba a ser pequeña. No pretendía montar una gran fiesta.

—No —dijo Ruth—, parece que no lo entiendes. Fiesta grande, fiesta pequeña: no tendrías que hacer ninguna fiesta aquí. Ni siquiera tendrías que estar en esta casa, y todavía menos invitar a otros chicos para que estén aquí contigo.

—Pero es que tenía la llave. Creía, no sé. Creía que no pasaba nada.

—Dame la llave. Ahora mismo. Dame la llave.

Le tendió la llave con una sonrisa.

—No sé si esto te va a gustar. Mira —dijo el chico. Ruth se dio la vuelta y todos los chicos que estaban junto a la puerta enseñaron sendas llaves idénticas—. He hecho duplicados.

—¡Fuera de aquí! —chilló Ruth—. ¡Fuera de aquí ahora mismo! ¡Todos! No sólo cambiaré la cerradura sino que si se os ocurre pisar este barrio de nuevo, haré que la policía os persiga con tanta rapidez que no sabréis qué es lo que os ha golpeado.

—Pero, tía, necesitamos un sitio donde beber —dijo uno de los chicos que se iban.

—Id al maldito parque.

—Está plagado de polis —se quejó una chica.

—Pues entonces id a las vías del tren, como hacíamos nosotros —gritó—. No os quiero ver por aquí. —Estaba asustada por el veneno burgués y la indignación que había en su voz. Después de todo, ella había sido hippie. Había entrado por muchas ventanas y había predicado los males de la propiedad privada desde una manta roja de orlón en la esquina de una calle de Chicago.

La vida: qué historieta más absurda ha sido siempre.

—Lo siento —dijo Tod. Le tocó el brazo y, con una cartera de colegial de tela balanceándose en el hombro, se dirigió hacia la puerta con los demás.

—No te quiero volver a ver por aquí —dijo—, Ed.

Las ocas, los cuervos, las ardillas, los mapaches, los murciélagos, las hormigas, los niños: Ruth iba ahora al campo de tiro con Carla siempre que podía. Se ponía con los pies separados, las dos manos empuñando la pistola, y disparaba. Se concentraba, trataba de reunir los trocitos de fuerza que había dentro de ella, migas para hacer un pan. La vida le había dado demasiadas cosas a las que hacer frente. ¿No sería que Dios la había confundido con otra persona? «Busca un Trabajo —gritó silenciosamente a Dios—. Busca un Trabajo de verdad. Nunca he sido tu verdadera y leal sierva.» Entonces apretaba el gatillo. Cuando le cuentas a Dios un chiste absurdo y no obtienes respuesta, ¿es que el chiste es demasiado absurdo o no lo suficiente? Entornó los ojos. Sobre todo, quería echar una ojeada, pero el pavor le cerraba los ojos por completo. Disparó otra vez. ¿Por qué no se sentía más animada con todo aquello, como lo estaba Carla? Ruth respiró profundamente antes de disparar, fijándose en la asimetría amazónica de su respiración, aunque en el fondo de su corazón sabía que era tímida como una ardillita. Una ardillita con armas de fuego, pero ardillita al fin.

—Quizá debería tener una aventura —dijo Carla, quien a continuación disparó la pistola al saco de heno—. Lo he estado pensando: quizá a ti también te convendría.

Ahora Ruth disparaba con su pistola, de la cual surgió un intenso ruido de tormenta que le llenó los oídos. ¿Una aventura? La idea de quitarse la ropa y estar con alguien que no fuera médico especialista le parecía simplemente ridícula. Sin sentido y aterradora. ¿Por qué lo haría la gente?

—Las aventuras son para los jóvenes —dijo Ruth—: es como tomar drogas o saltar de precipicios. ¿Por qué querrías saltar de un precipicio?

—Oh —dijo Carla—. Es obvio que no has visto algunos de los precipicios que he visto yo.

Ruth suspiró. Quizá si conociera a un hombre en la ciudad que fuera simpático y atractivo, ella..., ¿qué? ¿Qué haría? Se encontraba opuesta a todo lo sexy. Se sentía ocupada, dirigiendo a todo el mundo, sedienta, loca; todas las cosas, si las examinas a fondo, eran lo contrario de sexy. Si conociera a un hombre en la ciudad, haría..., haría dieta por él. Pero no la dieta de Jenny Craig. Había oído de alguien que había muerto con la de Jenny Craig. Si tenía que seguir una dieta con nombre de mujer, seguiría la dieta Betty Crocker, la autora del libro de cocina casera, su propia cara en la cubierta del libro al lado de la de Betty, en aquel cucharón rojo y gordo. Sí, si conociera a un hombre en la ciudad, quizás dejaría que la emoción de conocerlo se apoderara del bulbo de su cerebro y energizara sus días. Siempre y cuando sólo fuera el bulbo; siempre y cuando los pétalos se los dejara tranquilos. Ella necesitaba todos los pétalos.

Pero no conocía a ningún hombre en la ciudad. ¿Por qué no conocía a ninguno?

A mediados de junio, la casa que eligió era una antigua casa de campo que se encontraba en mitad de un barrio residencial. Estaba claro que la estaban reformando (había escaleras y lonas en el jardín) y con esa presentación descuidada, parecía un blanco fácil. «¡Amantes de la música! —pensó—. Les gustan las reformas.» Además, en las casas viejas siempre había una ventana trasera combada y con forma de trapecio, que habían lijado una y otra vez, y el marco se podía quitar como se quita una tapa. Cuando él atendía la tienda de jardinería, había trabajado en muchas casas como aquélla. A lo mejor incluso había estado allí, hacía uno o dos meses: no estaba seguro. Las cosas por la noche se veían diferentes, y esa noche la luna no estaba tan brillante como la última vez, menos que llena, como la cara bajo un sombrero ladeado y bajo, como una cabeza a la cual le han arrancado la cabellera.

Noel miró a la pareja. Habían comenzado a cantar *Chattanooga Choo Choo*. Últimamente, para ahorrar tiempo, para que los cantantes se inspiraran y para divertirse él, Noel pedía dúos.

—Esperad un momento —interrumpió—. Quiero apuntar esto. Acabo de comenzar a escribir estas cosas. —Y como un idiota, los dejó allí y se fue a la habitación contigua a buscar bolígrafo y papel.

—Tienes una voz agradable —dijo la mujer cuando volvió. Ella estaba delante de la mesita de noche. Él alisaba un trozo de papel arrugado contra el pecho—. Una voz agradable cuando hablas. Debes de cantar bien, también.

—Qué va, tengo una voz horrible —dijo. Se palpó el bolsillo de la camisa para buscar el bolígrafo—. Siempre me decían que me callara cuando los demás niños cantaban. En primaria el profesor de música siempre me pedía que sólo moviera los labios. «Noche de paz, noche de amor —decía—. Articula esto y ya está.»

—No, no. Tienes una voz agradable. El timbre es agradable. Lo puedo oír. —Dio un pasito hacia el lado. El hombre, el marido, no se movió del sitio. Llevaba una camiseta roja grande y no llevaba

calzoncillos. Le colgaba el pene por debajo del dobladillo de la camiseta, como un boniato alargado. Ah, el matrimonio. La mujer, metiéndose las manos en los bolsillos de la bata, dio otro pasito—. Es dulce, pero con fuerza.

Noel creyó oír fuera a gente llamando a un perro con palmadas. «Bravo», decía el amo del perro, o eso parecía. «Bravo.»

—Bueno, gracias —dijo Noel, bajando la mirada.

—Seguro que tu madre te lo decía —dijo ella, pero él decidió no contestar a aquello.

Se volvió para escribir la letra de *Chattanooga Choo Choo*, con el principio de la melodía al borde de su cabeza y («perdonadme, chicos») algo explotó en la habitación. De repente, creyó sentir el corazón nervioso de la civilización en él, lo sentía por fin, oh, Nitchka, de qué trataba la experiencia humana en este planeta: su centro duro y ardiente, una tosqueda rápida en su fuerza; sintió que lo atrapaba, una sorpresa, como una aguja en el cerebro. Lo bañaron un violeta oscuro y luego uno claro. Todo se quedó en silencio. La música, ahora se daba cuenta, te llevaba gradualmente hacia el silencio. Sigues el hilo de una canción hasta una especie de sueño repentino. El papel blanco saltó en un destello cegador, caliente y agudo. El borde del tocador atrapó su pómulo con un tajo profundo, y parecía que ya no estaba de pie. Los zapatos resbalaron por la alfombra. Sus manos se levantaron y a continuación volvieron a bajar, luego subieron a la altura de los tiradores del tocador, luego se lanzaron al aire y cayeron al suelo. Su frente, cercando y luego devorando su visión, finalmente se posó húmeda y fría sobre su manga.

El calor le escurría de la cabeza, como una piedra.

Un coche patrulla aparcó fuera en silencio, con las luces apagadas. Se escuchaba a lo lejos el ruido de las ocas del estanque.

No hubo eco después de la explosión. No era como en el campo de tiro. Sólo un clic y un chasquido vibrante que había salido volando delante de ella hacia el pasamontañas, y luego el dormitorio tronó y se quedó en silencio sin devolver nada.

—Dios santo —dijo Terence con la respiración entrecortada—. Supongo que esto es lo que siempre has deseado: un hombre muerto en el suelo del dormitorio.

—¿A qué viene esto? ¿Cómo puedes decir algo tan cruel? —¿Su voz no tendría que haber sido temblorosa? Sin embargo, sonaba plana y seca—. Olvídate de ser un hombre decente, Terence. A ti te cogerían en un *casting*. ¿Serías capaz de interpretar a un hombre decente en una película?

—¿Tenías que ser tan buena tiradora? —preguntó Terence. Echó a andar.

—He estado practicando —contestó.

Algo inmunológico se apoderó de ella brevemente, como el vino. Durante un momento, se sintió recuperada y segura: más segura de lo que había estado en años. ¿Cómo se atrevía nadie a meterse en su dormitorio? ¿Cuánto tenía que aguantar? Pero entonces todo la abandonó, malvadamente, y de nuevo volvió a sentir sólo abandono y enfermedad. Le dio la espalda a Terence y comenzó a llorar.

—Oh, Señor, déjame morir —dijo al fin—. Estoy tan cansada.

Aunque apenas podía ver, se arrodilló junto al hombre enmascarado y estrechó sus manos largas y extrañas con las suyas, que eran pequeñas. Aún no estaban frías, no más frías que las suyas. Le pareció que comenzaba a irse con él, los dos elevándose juntos, translúcidos como medusas, avanzando por el aire, flotando en un cielo nocturno de canto y libertad, volando hasta llegar a una nave espacial brillante, brillante (una dentadura ardiendo en la oscuridad), y, absorbidos por la luz mayor, los llevaban a bordo para ir a casa. «Y qué diantra era todo aquello?»,

oía decir a los dos alegremente de sus vidas, como si sus vidas ahora fueran algo extraño, ruidoso y distante, como efectivamente lo eran.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo alguien.

—¿A ti que te parece? —dijo otra persona.

Ella tocó el pasamontañas negro de punto. Tenía bolitas de lana gris, como el encaje de sus premoniciones, pero estaba torcido, desalineado en los ojos (el blanco suave color pavo de un pómulo donde debería estar el ojo) y empapado de agua y granate. Podía quitárselo para ver quién era, pero no se atrevía. Trató de enderezar el tejido, trató de encontrar los ojos, luego lo tiró con fuerza hacia abajo y se apartó, y se limpió las manos en la bata. Sin mirar, dio unos golpecitos en el brazo del hombre muerto. Luego se dio la vuelta y salió de la habitación. Bajó las escaleras y huyó de la casa. Ahora los sollozos le venían de un modo ahogado y reseco, y el pelo le caía en la boca. Le dolía el pecho y todos los huesos se llenaban de un pulso intenso. Estaba enferma. Lo sabía. Al correr descalza por el césped, sintió caos en el estómago: sus intestinos ya no se enrollaban limpia y ordenadamente como un corno francés, sino que se apilaban descuidadamente uno encima de otro, como las partes de una aspiradora en la caja. El cáncer, destructor como era, había iniciado su regreso. Sintió su veneno, el alcance y la garra tentacular, como un títere siente una mano.

—Mitzy, mi niña —dijo en la oscuridad—. Cariño, ven a casa.

Aunque hacía mucho tiempo quisiera haber muerto, huido, acabar con todo, el cuerpo (¡Dios mío, cómo era el cuerpo!) se tomaba su tiempo. Tenía sus deseos y nostalgias. No podías convertirte, sin más, en luz y escurrirte por la ventana. No podías irte así como así. En la propia carne que parte pero que es tozuda, había sólo la despedida lenta, sentimental y larga. «¿Señor? Una toalla, ¿tiene una toalla?» El cuerpo, recogiendo la tristeza, perseguía el alma, iba detrás cojeando. El cuerpo era como un perro tierno y tonto trotando cojo hacia la reja, mientras tratas de emprender el camino lentamente y avanzas por el sendero del jardín

hasta la calle. «Llévame, llévame a mí también», ladraba el perro. «No os vayáis, no os vayáis», decía, corriendo a lo largo de la reja, casi siguiendo el ritmo pero no del todo, su reflejo un amuleto que va encogiéndose en los espejos del coche mientras dejas atrás lentamente la madreselva, el pinar, el límite de propiedad, cada parcela de tierra, derecho hacia la carretera que te traga, desapareciendo y desapareciendo. Hasta que por fin fue verdad: habías desaparecido.

## **GENTE ASÍ ES LA ÚNICA QUE HAY POR AQUÍ: FARFULLAR CANÓNICO EN ONCOLOGÍA PEDIÁTRICA**

Un principio, un final: parece no haber nada. Todo el asunto es como una nube que simplemente baja y en cuyo interior abunda la lluvia. Un principio: la Madre encuentra un coágulo de sangre en el pañal del Bebé. Pero ¿qué historia es ésta? ¿Quién puso esto aquí? Es grande y brillante, y tiene una vena de color caqui rota. Durante el fin de semana el Bebé tenía aspecto de encontrarse mal, apático, ausente y arcilloso. Pero hoy tiene buen aspecto: así pues ¿qué es esta cosa vistosa que contrasta con el blanco del pañal, como un corazón minúsculo de ratón envuelto en nieve? Quizá pertenezca a otra persona. Quizá sea algo menstrual, algo que es de la Madre o de la Canguro; algo que el Bebé ha encontrado en la papelera y por sus propias razones de bebé demente lo ha guardado aquí. ¡Los bebés están locos! ¿Qué le vas a hacer? En su mente, la Madre lo aparta de su cuerpecito y se lo pega a otra persona. Así. ¿Acaso eso no tiene más sentido?

Sin embargo, llama a la consulta del hospital infantil. «Sangre en el pañal», dice, y con voz alarmada y perpleja, la mujer al otro lado de la línea dice: «Venga enseguida».

¡Qué servicio más encantadoramente instantáneo! Di sólo «sangre». Di sólo «pañal». ¡Y mira lo que consigues!

En la consulta, el pediatra, la enfermera, el jefe de residentes..., todos parecen menos alarmados y perplejos que simplemente perplejos. Al principio, de manera estúpida, la Madre se calma con eso. Pero pronto, además de mirar detenidamente y decir «Mmmm», el pediatra, la enfermera, el jefe de residentes están

frunciendo la boca, azulada y prieta: flores matutinas conscientes del mediodía. Cruzan los brazos sobre el pecho enfundado en bata blanca, los descruzan y toman notas rápidamente. Ordenan una ecografía. De la vejiga y los riñones.

—Aquí tiene la petición. Vaya al piso de abajo; doble a la izquierda.

En Radiología, el Bebé en la camilla, inquieto, desnudo, apoyado en su Madre que le sujetá las piernas y la cintura para que no se mueva, y el frío estetoscopio del Radiólogo se mueve por la espalda del Bebé. El Bebé lloriquea, levanta la vista para mirar a la Madre. «Vámonos de aquí —suplican sus ojos—. Cógeme en brazos.» El Radiólogo para, congela uno de los muchos remolinos de gris oceánico y hace «clic» repetidamente, un solo momento dentro del mapa del tiempo largo y tenebroso que es el interior del Bebé.

—¿Encuentran algo? —pregunta la Madre.

El año anterior, a su tío Larry le habían extirpado un riñón por algo que resultó ser benigno. ¡Estas máquinas de la imagen! Son como perros o detectores de metales: lo encuentran todo, pero no saben qué han encontrado. Y ahí es donde entra el Cirujano. Son como los amos de los perros. «Dame eso —dicen al perro—. ¿Qué diablos es eso?»

—El Cirujano hablará con usted —dice el Radiólogo.

—¿Encuentran algo?

—El Cirujano hablará con usted —dice de nuevo el Radiólogo—. Parece que hay algo, pero el Cirujano hablará de ello con usted.

—Una vez mi tío tuvo algo en el riñón —dice la Madre—. Así que se lo extirparon y resultó que la cosa era benigna.

El Radiólogo sonríe con una sonrisa de oreja a oreja que no presagia nada bueno.

—Siempre es así —dice—. No sabes exactamente qué es hasta que está en el cubo.

—En el cubo —repite la Madre.

La sonrisa del Radiólogo cada vez es más terroríficamente generosa: ¿acaso es posible?

—Es jerga de médicos —dice.

—Qué gracioso —dice la Madre—. Es una manera de hablar muy graciosa. —Remolinos de bilis y sangre, mostaza y granate en un cubo, los colores de la bandera africana o de un bufé de ensaladas exuberante: «en el cubo». Se lo imagina perfectamente.

—El Cirujano vendrá a verla enseguida —dice de nuevo. Alborota el pelo rizado del Bebé—. Qué niño más mono —dice.

—Vamos a ver —dice el Cirujano en una de las salas del consultorio. Ha entrado, luego ha salido y luego ha vuelto a entrar. Tiene facciones duras y fruncidas, huesos angulosos y un bronceado de jugar al tenis en las Bermudas. Cruza las piernas de algodón azul. Lleva zuecos.

La Madre sabe que su cara es una gran bola de masa blanca de preocupación. Aún lleva puesto el anorak largo y oscuro y tiene en brazos al Bebé, que le ha puesto la capucha, porque siempre le divierte hacerlo. Aunque en ciertas mañanas de viento le gustaría pensar que tiene un aspecto vagamente romántico, como una «Mujer del teniente francés de la Pradera», en los momentos más cuerdos sabe que no es verdad. En absoluto. Sabe que tiene un aspecto ridículo: como uno de esos animales hechos de globos retorcidos. Se baja la capucha y desliza un brazo fuera de la manga. El Bebé quiere levantarse y jugar con el interruptor de la luz. No para de moverse, se agita y lo señala.

—Últimamente le ha dado por las luces —explica la Madre.

—Está bien —dice el Cirujano, asintiendo con la cabeza hacia el interruptor—. Déjale jugar.

La Madre avanza hasta ponerse junto al interruptor, y el Bebé comienza a encender y a apagar las luces, las enciende y las apaga.

—Lo que tenemos aquí es un tumor de Wilms —dice el Cirujano de repente hundido en la oscuridad. Dice «tumor» como si fuera la cosa más normal del mundo.

—¿Wilms? —repite la Madre. La habitación se ha incendiado rápidamente otra vez con la luz, luego se borra la luz y queda la oscuridad. Entre ellos tres se produce un largo silencio, como si fuera de repente plena noche—. ¿Se escribe con ge o con doble uve? —dice finalmente la Madre. Es escritora y maestra. Saber cómo se escribe puede ser importante, quizá incluso en un momento como ése, aunque ella nunca había estado en un momento como ése, así que hay barbarismos que podría decir sin saberlo.

Las luces se han encendido: el mundo está apagado y desprotegido.

—Con doble uve —dice el Cirujano—. Creo. —Las luces se apagan de nuevo, pero el Cirujano sigue hablando en la oscuridad —. Un tumor maligno en el riñón izquierdo.

Espere un momento. No siga. El Bebé es sólo un bebé, alimentado de compota de manzana orgánica y leche de soja —¡un principito!— y estaba muy cerca de ella durante la ecografía. ¿Cómo puede tener esa cosa terrible? Debe de haber sido el riñón de ella. Un riñón de la década de los cincuenta. Un riñón DDT. La Madre se aclara la garganta.

—¿No es posible que haya salido mi riñón en la ecografía? Es que nunca he oído hablar de un bebé con un tumor y, francamente, yo estaba muy cerca de él. —Ella haría que la sangre fuera suya, que el tumor fuera suyo; todo sería un error absurdo y traicionero.

—No, eso no es posible —dice el Cirujano. Las luces vuelven a encenderse.

—¿Ah, no? —dice la Madre. Espérate hasta que «esté en el cubo», piensa ella. No estés tan seguro. «¿Tenemos que esperar a que esté en el cubo para descubrir que han cometido un error?»

—Comenzaremos con una nefrectomía total —dice el Cirujano, e inmediatamente vuelve a estar envuelto en la oscuridad. Su voz no viene de ningún lugar y viene de todos los lugares a la vez—. Y seguiremos con la quimioterapia. Estos tumores normalmente reaccionan muy bien a la quimioterapia.

—Nunca he oído decir que a los bebés se les dé quimioterapia —dice la Madre. «Bebé y Quimio», piensa: ni siquiera tendrían que aparecer juntos en la misma frase, ni mucho menos en la misma vida. En su otra vida, la vida de antes de ese día, ella había sido partidaria de la medicina alternativa. ¿Quimioterapia? Ni pensarla. Ahora, de repente, la medicina alternativa parecía la tía solterona chiflada al lado del Gran Papá Agradable del Tratamiento Convencional. Con qué rapidez la vieja chica se desploma para ceder el paso a otra que la deja allí, sin más. ¿Quimio? ¡Por supuesto que quimio! Sin lugar a dudas, quimio. ¡Claro que sí! ¡Quimio!

El Bebé vuelve a dar un golpecito al interruptor para encenderlo y reaparecen las paredes, grandes trozos de luz cuadriculados con pequeñas acuarelas enmarcadas del lago del lugar. La Madre ha comenzado a llorar: todo en la vida la ha conducido hasta aquí, a este momento. Después de esto, ya no hay más vida. Hay otra cosa, algo que te hace tropezar y es inhóspito, algo mecánico, algo para los robots, pero no es la vida. La vida se la han llevado y la han roto, rápidamente, como un palo. La habitación vuelve a oscurecerse, de modo que la Madre puede llorar con más libertad. ¿Cómo puede el cuerpo de un bebé ser robado tan rápidamente? ¿Cuánto puede aguantar un niño confiado y caído del cielo? ¿Por qué no le han ahorrado este destino inconcebible?

Quizá, piensa, está siendo castigada: demasiadas canguros demasiado pronto. (¡Ven con Mamá! ¡Ven con Mamá-Canguro! ¡Pero era broma!) Quizá su vida mostrara demasiado abiertamente lo difícil que ha sido para ella el disfraz de la responsabilidad, con peluca y todo. Habían tomado nota de todos sus sentimientos antimaternales: la esperanza precipitada de que la siesta durara

más; los deseos ocasionales de besarlo en la boca apasionadamente (¡darse el lote con su bebé!); las quejas continuas acerca del vocabulario de la maternidad, de cómo lograba degradar al que lo utilizaba («¿Es un guauguau? ¡Si, babo, tírale la tata!»). Por otra parte, en tres ocasiones había usado los biberones del bebé como floreros. Y en otras dos dejó que los oídos del Bebé se llenaran de cera. El mes pasado, varios días, a la hora del aperitivo, había puesto un cuenco con Cheerios en el suelo para que se los comiera, como un perro. Le dejó jugar con la aspiradora pequeña. Sólo una vez, antes del parto, dijo: «¿Salud? Yo sólo quiero que el niño sea rico». Era una broma, por el amor de Dios. Después de que naciera anunció que su vida se había convertido en una secuencia diaria de tareas monótonas que te destruyen el cerebro, las mismas una y otra vez, como una novela de Camus. ¡Otra broma! ¡Estas bromas te van a matar! Había contado muy a menudo, y con mucho placer, el cuento de cómo el Bebé había dicho «Hola» a la trona, había saludado agitando la mano a las olas del lago, había gritado «Rico, rico, rico» con lo que parecía ser acento ruso, y se había señalado el ojo y había dicho «Ajo». Y todo ese lenguaje infantil disparatado, ¿no era para morirse de risa? «Balbuceo», lo llamaban los expertos en lenguaje. Contaba largas historias sobre él, y se daba cuenta de que eran totalmente inventadas. Las adornaba; las aderezaba con más información; las exageraba. ¡Era muy cómico! A sus amigos les hablaba de sus hábitos alimenticios (zanahorias, sí; atún, no). Mencionaba, demasiado, su divertidísima risa tonta. ¿Tenía que ser tan aburrida? ¿No tenía consideración por los demás, por las exigencias intelectuales y de cortesía de la sociedad humana? ¿Ni siquiera trataría de ser más interesante? Era un crimen contra la mente humana ni siquiera intentarlo.

Ahora a su Bebé, por todas esas razones (falta de gratitud maternal, juicio maternal, proporción maternal), se lo iban a llevar.

La habitación arde nuevamente con fluorescencia. La Madre rebusca por su anorak y saca un pañuelo de papel. Es viejo y fino, como una flor aplastada que guardamos de un baile; se frota los

ojos y la nariz.

—El Bebé no sufrirá tanto como usted —dice el Cirujano.

¿Y quién lo va a contradecir? El Bebé no, que con su voz eslava de Betty Boop sólo puede decir mamá, papá, agua, ajo, adiós, fuera, mimi-mimi, rico-rico, edu-edu y coche. (¿Quién es Edu? No tienen ni idea.) Esto no bastará para expresar su sufrimiento mortal. ¿Quién puede decir lo que hacen los bebés con su agonía y su horror? Ellos no. (El balbuceo infantil, ¿no era para morirse de risa?) Ponen todo el horror en un lugar que nadie puede ver. Son como una raza diferente, una especie diferente: parecen no experimentar el dolor como lo hacemos nosotros. Sí, eso es: no tienen el sistema nervioso tan completamente formado, y simplemente «no experimentan el dolor del modo en que lo hacemos nosotros». Una melodía para tararear sin parar en la guerra.

—Usted lo superará —dice el Cirujano.

—¿Cómo? —pregunta la madre—. ¿Cómo se supera?

—Resígñese y siga adelante —dice el Cirujano. Coge el archivador. Es un trabajador manual hábil. El delicado asunto de las emociones no es de su agrado. Los bebés. ¡Los bebés! ¿Qué se puede decir sobre los bebés para consolar a los padres?—. Voy a llamar al oncólogo de guardia para avisarle —dice y se va de la habitación.

—Ven aquí, cariño —dice la Madre al Bebé, que ha ido bamboleándose hasta un envoltorio de chicle que hay en el suelo—, tenemos que ponerte la chaqueta. —Lo coge en brazos y él se acerca otra vez al interruptor de la luz. Luz, oscuridad. No está: ¿dónde está el niñito? ¿Dónde se fue?

En casa, deja un mensaje («¡Es urgente! ¡Llámame!») para el Marido en el buzón de voz. Luego se lleva al Bebé al piso de arriba para que duerma la siesta y lo mece en el balancín. El Bebé dice adiós con la mano a los ositos, luego mira hacia la ventana y dice:

«Adiós, afuera». Últimamente tiene la costumbre de despedirse de todo, y ahora parece como si sintiera una partida inminente, y rompe el corazón oírlo. Adiós. Ella le canta en voz baja y monótonamente, como un electrodoméstico pequeño, que es como a él le gusta. Está adormilado, amodorrado, como dejándose llevar por el sueño. Durante el último año ha crecido mucho, ya casi no cabe en su regazo; sus extremidades cuelgan como en una *pietà*. La cabeza rueda levemente hacia la parte interna del codo de la Madre. Siente cómo se adormece, la boca redonda y abierta como la más dulce de las amapolas. Todas las canciones de cuna del mundo, todas las melodías enhebradas con melancolía maternal, ahora se convertían para ella (abandonada como lo puede estar una madre por hombres trabajadores y niños de pañales) en canciones de dolor muy, muy intenso. Sentada allí, arqueada y meciéndose, la Madre siente la totalidad de su amor como preocupación y sufrimiento. Una alquimia rápida e irrevocable: ya no hay ni un solo trozo de despreocupación dejado a la felicidad. «Si te vas —se lamenta en voz baja en el cuello de él con olor a jabón y en el espiral ranunculáceo de su oreja —, nos vamos contigo. No somos nada sin ti. Sin ti, somos un montón de rocas. Somos grava y moho. Sin ti somos como dos muñones, sin nada ya en nuestros corazones. Adonde sea que te lleve esto, te seguiremos. Estaremos allí. No tengas miedo. Nosotros vamos contigo. Eso es.»

—Toma nota —dice el Marido, después de llegar directo a casa desde el trabajo, a media tarde, después de oír las noticias y de decir todas las palabras en voz alta: cirugía, metástasis, diálisis, trasplante; y después de desmoronarse en una silla y ponerse a llorar—. Toma nota. Vamos a necesitar el dinero.

—Dios mío —llora la Madre. En su interior, de repente, todo comienza a encogerse y reducirse, como si los huesos se le hicieran más finos. Quizá sea la preparación del soldado, pero tiene el tufo de la muerte y la derrota. Es como un ataque al corazón, un fracaso

de la voluntad y del coraje, un fracaso del poder: un fracaso de todo. La cara, cuando se la ve de pasada en un espejo, está fría y abotargada de la impresión; los ojos, escarlatas y encogidos. Ya ha comenzado a ponerse gafas de sol dentro de casa, como una viuda de famoso. ¿De dónde le van a venir las fuerzas? ¿De alguna filosofía? ¿De alguna filosofía gélida y pequeña? No es ni inquebrantable ni realista, y tiene problemas con los conceptos básicos, como el que dice que los acontecimientos avanzan en una sola dirección y no saltan, ni se dan la vuelta ni vuelven atrás.

El Marido comienza demasiadas frases con «Y si». Trata de reconstruirlo todo como si fueran los restos de un accidente de tren. Trata de llevar el tren a la ciudad.

—Seguiremos todos los pasos y ya está, pasaremos por todas las etapas. Iremos donde tengamos que ir. Buscaremos; encontraremos; pagaremos lo que tengamos que pagar. ¿Y si no podemos pagar?

—Parece como si estuvieras comprando.

—No puedo creer que esto le esté pasando a nuestro niño —dice, y comienza otra vez a llorar—. ¿Por qué no nos ha pasado a uno de nosotros? Es tan injusto. Hace sólo una semana, el médico me dijo que estaba estupendamente de salud: la próstata de un veinteañero, el corazón de un niño de diez años, el cerebro de un insecto, o de lo que sea que dijera. Pero qué pesadilla es ésta.

¿Qué se puede decir? Te das la vuelta ligeramente y ahí está: la muerte de tu hijo. Es parte símbolo, parte diablo, son ángulos muertos del retrovisor, hasta que, si tienes mala suerte, es asunto exclusivamente tuyo. A continuación hay un pequeño y terrible país que te secuestra; te sujet a en su interior, como una casa a una bodega: tus mejores fronteras son sus fronteras. ¿Hay ventanas? ¿A veces no hay ventanas?

La Madre no es compradora. Odia comprar y en general es bastante mala, aunque le gusta bastante regatear. No puede pasearse de manera significativa por el enfado, la negación, la pena profunda y la aceptación. Se va directa al regateo y se queda allí. ¿Cuánto es?, le pregunta al techo, a una construcción improvisada de santidad que desesperadamente, aunque no muy creativamente, se ha montado en la cabeza y a la que reza; escéptica, antes nunca dada a la oración, ahora debe cosechar de lo que no ha sembrado; debe construir desde cero un altar de adoración y ruegos. Trata de imaginarse abstracciones nobles, nada demasiado antropomórfico, solamente una Moralidad Elevada, aunque esta Elevación en concreto se parezca un poco al encargado de Marshall Field's, los grandes almacenes, chupando un caramelito de menta, que así sea. Amén. Sólo dime lo que quieras, pide la Madre. ¿Y cómo lo quieres? ¿Más obras de caridad? Ahora mismo doy mil millones ¿Pensamientos caritativos? Más difícil, ¡por supuesto! Yo haré las comidas, cariño; yo pagaré el alquiler. Dímelo y ya está. ¿Cómo dices? Bueno, si no es a ti, ¿con quién hablo? ¿Hola? ¿Con quién tengo que hablar por aquí? ¿Con los de arriba? ¿Con un superior? ¿Que me espere? Puedo esperar. Tengo todo el día. Tengo todo el maldito día.

Ahora el Marido está junto a ella tendido en la cama.

—El pobre angelito podría sobrevivir a todo esto para matarse en un accidente de coche a los diecisiete años —dice.

La esposa, regateando, lo considera.

—Nos llevamos el accidente de coche —dice.

—¿Qué?

—¡Hagamos un Trato! ¡Dieciséis! ¡Es toda una vida! ¡Nos llevamos el accidente de coche! ¡Nos llevamos el accidente de coche delante de donde está Carol Merrill!

Ahora aparece de nuevo el encargado de Marshall Field's. «Quitar las sorpresas es quitarle la vida a la vida», dice.

Suena el teléfono. El Marido se levanta y sale de la habitación.

—Pero yo no quiero esas sorpresas —dice la Madre—. ¡Toma! ¡Aquí tienes las sorpresas!

«Conocer el relato con antelación es convertirte en una máquina —continúa el encargado—. Lo que hace humanos a los humanos es precisamente no conocer el futuro. Por eso hacen las cosas funestas y divertidas que hacen: ¿quién sabe cómo acabará todo? Allí está la única esperanza de redención, descubrimiento y, seamos fracos ¡diversión, diversión, diversión! Habría cosas que la gente se llevaría. Y no sólo toallas del hotel. Habría grandes amores ilícitos, alegría duradera, accidentes con maquinaria agrícola que pondrían en entredicho la fe. Pero no tienes que saber para ver lo que las historias de los esfuerzos de tu vida te deparan. El misterio lo es todo.»

La Madre, aunque tímida, ha aprendido a enfrentarse.

—Éstas son las estupideces falsas y aleatorias que enseñan en la escuela de comercio? Nos gustaría que hubiera menos sorpresas, menos esfuerzos y misterios, gracias. De párvulos a octavo, ¿no podemos quedarnos con el trozo de párvulos a octavo? —En ese momento le parece la frase más musical, más preciosa, más afortunada que ha oído. Su mera cadencia. Su mero pensamiento.

El encargado continúa probando cosas.

«Quiero decir, todo el concepto de “la historia” de la causa y el efecto, toda idea de que la gente tiene la clave para saber cómo funciona el mundo es puro colonialismo metafísico risible perpetrado sobre el país salvaje del tiempo.»

¿Tenían una pistola? La Madre comienza a rebuscar en los cajones.

El Marido vuelve a la habitación y la observa.

—¡Ja! ¡Qué Gran Confusión es el Rompecabezas de toda la Vida! —dice él de la política de los encargados de Marshall Field's. Acaba de terminar las llamadas a la compañía de seguros y al hospital. La operación es el viernes—. Todo esto es una idea de filosofía capitalista y sucia.

—Quizá sólo sea un hecho del relato y en verdad no se pueda politizar —dice la Madre—. Ahora estamos los dos solos.

—¿De qué lado estás?

—Estoy del lado del Bebé.

—¿Tomas notas de esto?

—No.

—¿No?

—No, no puedo. ¡De esto no! Escribo ficción. Esto no es ficción.

—Pues escribe no ficción. Escribe un artículo. Gana dos dólares la palabra.

—Pero entonces tiene que ser algo verídico y lleno de información. No estoy capacitada. No soy tan experta. Además, tengo un oportuno principio personal que dice que los artistas no deben abandonar su arte. Uno nunca debe darle la espalda a una imaginación fértil. Incluso todo el asunto de la memoria me molesta.

—Bueno, pues invéntate cosas y finge que son reales.

—No soy tan insegura.

—Me estás poniendo nervioso.

—Cariño, amor mío, no soy tan buena. No puedo hacerlo. Yo puedo..., ¿qué puedo describir? Puedo describir un diálogo telefónico casi divertido. Puedo hacer descripciones sucintas del tiempo. Puedo describir excursiones excéntricas con el animal de la familia. A veces puedo hacer esas cosas. Cariño, sólo escribo lo que puedo. Escribo las ironías prudentes de la fantasía. Escribo las ideas pantanosas sobre las cuales está construida la vida privada. Pero ¿esto? ¿Nuestro niño con cáncer? Lo siento. Me tenía que bajar dos paradas antes. Esto es la ironía en su estilo más chabacano y descuidado. Es un Bosco a todo color con sangre y gráficos. Es una pesadilla de porquería narrativa. Esto no se puede proyectar. Esto no se puede ni siquiera anotar para preparar un proyecto...

—Vamos a necesitar el dinero.

—Por no decir nada de los límites morales de una recompensa pecuniaria en una situación así...

—¿Qué pasa si se le contagia al otro riñón? ¿Qué pasa si hay que hacerle un trasplante? ¿Dónde están ahí los límites morales? ¿Qué vamos a hacer? ¿Nos ponemos a vender pasteles en la calle?

—Podemos vender la casa. Odio esta casa. Me vuelve loca.

—Y viviremos..., ¿dónde, si se puede saber?

—En el sitio ese que se llama Ronald McDonald. He oído decir que está bien. Es lo mínimo que pueden hacer los del McDonald's.

—Tienes un sentido de la justicia muy entusiasta.

—Eso trato. ¿Qué puedo decir? —Se detiene un momento—. ¿Todo esto ocurre de verdad? Todo el rato pienso que pronto pasará (por lo visto, la esperanza de vida de una nube es sólo de doce horas) y luego me doy cuenta de que ha ocurrido algo que no terminará nunca.

El Marido hunde la cara entre las manos.

—Pobre Bebé nuestro. ¿Cómo le ha ocurrido esto a él? —Dirige la vista hacia la estantería que hace las veces de mesita de noche y se queda con la mirada fija—. ¿Y crees que al menos alguno de los libros de bebés sirve de algo? Coge el Leach, el Spock, el *Qué se puede esperar...* ¿En qué página o índice de uno de estos libros dice «quimioterapia» o «catéter Hickman» o «sarcoma renal»? ¿Dónde dice «carcinogénesis»? ¿Sabes con qué están obsesionados estos libros? Con coger una cuchara de mierda.

—Comienza a estrellar los libros de la mesilla de noche contra la pared de enfrente.

—Eh —dice la Madre tratando de calmarlo—. Eh, eh, eh. —Pero en comparación con su rugido lleno de furia, las palabras de ella son las del coro de acompañamiento («a Shondel, a Pip, una cancioncilla du-du»). Libros, y luego más libros siguen volando.

Toma Notas.

¿«Capa caída» se escribe junto o separado? La prosa de los estudiantes le había destruido la ortografía.

Se escribe junto. «Capacaída». Separado: «Capa caída». ¿Cuál de las dos? El nombre de una *drag queen*.

Toma Notas. Al final, sufres solo. Pero al principio sufres con mucha otra gente. Cuando tu hijo tiene cáncer, instantáneamente te sientes como si te echaran a otro planeta: al de los niños pequeños calvos. Oncología Pediátrica. Onco Pediátrica. Te lavas las manos durante treinta segundos con jabón antibacteriano antes de que se te permita entrar por las puertas de vaivén. Te pones fundas de papel en los zapatos. Bajas la voz. Se ha diseñado y decorado todo un lugar para tu pesadilla. Aquí es donde transcurrirá tu pesadilla. Tenemos una habitación lista para ti. Tenemos cunas. Tenemos neveras. «Casi todos los niños son varones —dice una de las enfermeras—. Nadie sabe por qué. Se ha documentado, pero mucha gente de allí fuera aún no lo comprende.» Todos los niños son de lugares con nombres melodiosos (Janesville y Appleton), pequeñas ciudades de interior con vertederos gigantes, residuos líquidos agrícolas, fábricas de papel, la tumba de Joe McCarthy («Sólo esto es ya un yacimiento de gran toxicidad —piensa la Madre —. Se tendría que examinar la tierra»).

Todos los niños pequeños calvos parecen hermanos. Pasean arriba y abajo por el único pasillo con el suero intravenoso. Los que están más animados, porque por un día se encuentran bien, conducen el suero por la barra mientras que sus madres alegres y grandes les silban por las salas. ¡Fiuuuu!

La Madre no se siente ni grande ni alegre. Por dentro se siente mordaz, sarcástica, esquelética y fumadora compulsiva en una salida de emergencias de algún lugar. Por debajo de ella están las suaves ondulaciones del Medio Oeste, con todas las aspiraciones por ser..., ¿por ser, qué? Por ser Long Island. ¡Qué éxito ha tenido! Un centro comercial tras otro. Aguas pálidas, patatas envenenadas. La Madre se arrastra profundamente, suelta nubes de humo sobre

los campos de maíz desfigurados. Cuando un bebé tiene cáncer, incluso parece hasta estúpido haber dejado de fumar. Cuando un bebé tiene cáncer, piensas, ¿de quién nos estamos burlando? Pongámonos todos a encender cigarrillos. Cuando un bebé tiene cáncer, piensas, ¿a quién se le habrá ocurrido la idea? ¿Qué desenfreno celestial dio lugar a esto? Ponme una copa para que me pueda negar a brindar.

La Madre no sabe cómo ser una de esas madres, con el pelo rubio, los pantalones de chándal y las zapatillas de deporte, decididamente agradables. No cree que pueda ser nada por el estilo. No se siente ni remotamente como ellas. Conoce, por ejemplo, demasiada gente de Greenwich Village. Pide ostras y tiramisú por correo electrónico a una tienda del SoHo. Es buena amiga de cuatro homosexuales de verdad. Su marido le pide que Tome Notas.

Esas mujeres, ¿de dónde sacarán los pantalones de chándal? Lo va a descubrir.

Quizá comenzará con la ropa y trabajará a partir de ahí.

Vivirá de acuerdo con los lugares comunes. Hay que vivir el día a día. Hay que ser positivo. «¡Hay que irse a hacer puñetas!» Desearía que hubiera más cosas interesantes que fueran útiles y ciertas, pero ahora parece que sólo las cosas aburridas son útiles y ciertas. «Vive el día a día.» «Y al menos nos queda la salud.» Qué ordinario. Qué obvio. Vive el día a día. ¿Te hace falta cerebro para eso?

Mientras que el Cirujano es de buena planta, majestuoso y lacónico (han acertado al suponer que juega a dobles), en el Oncólogo hay algo de científico loco con exceso de cafeína. Habla rápido. Conoce muchos estudios y cifras. Se le da bien llegar a conclusiones a partir de cifras. ¡Estupendo! A alguien se le tienen que dar bien las cifras.

—Es un tumor rápido pero débil —explica—. Es típico que haga metástasis en el pulmón. —Les recita de un tirón cifras, cuadros de tiempos, estadísticas de riesgos. Rápido pero débil: la Madre trata de imaginarse esa combinación de características, trata de pensar en ello una y otra vez, y sólo le viene a la cabeza Claudia Osk en cuarto curso, que enrojecía y casi se ponía a llorar cuando en clase la hacían salir a la pizarra, pero que en gimnasia adelantaba a todo el mundo en la carrera de 500 metros, desde la salida de incendios hasta la verja. De pronto, la Madre piensa en el tumor como en Claudia Osk. Van a coger a Claudia Osk, van a hacer que lo sienta. ¡Muy bien! Claudia Osk debe morir. Aunque nunca se había mencionado, ahora parece claro que Claudia Osk tendría que haber muerto hacía tiempo. De todos modos, ¿quién era? Qué creída: nunca dejaba que nadie le ganara la carrera. Bueno, eh, eh, eh, ¡ahora no mires, Claudia!

—¿Estás escuchando? —dice el Marido dándole con el codo.

—El riesgo de que esto ocurra, incluso en un solo riñón, es de uno entre quince mil. Ahora bien, teniendo en cuenta todos los demás factores, el riesgo del segundo riñón es de uno entre ocho.

—Uno entre ocho —dice el Marido—. No está mal. Siempre y cuando no sea uno entre quince mil.

La Madre observa los árboles y los peces de la ceneta de Salvemos el Planeta que va por todo el borde del techo. Salvemos el Planeta. ¡Sí! Pero las ventanas de este mismísimo edificio no se abren y los gases de motor diésel se están colando por el sistema de ventilación, cerca del cual se encuentra, aparcado fuera, un camión de transportes. El aire es nauseabundo y está viciado.

—En serio —dice el Oncólogo—, de todos los cánceres que podría tener, éste es probablemente el mejor.

—Ganamos —dice la Madre.

—Ya sé que *mejor* no es la palabra indicada. Mirad, probablemente no os venga mal descansar un poco. A ver cómo va la cirugía y la histología. Luego, la semana siguiente,

comenzaremos con la quimioterapia. Una quimioterapia suave y cortita: vincristina y...

—¿Vincristina? —interrumpe la Madre—. ¿Vino de Cristo?

—Los nombres son extraños, ya lo sé. Lo otro que usamos es actinomicina-D, a veces también lo llaman «dactinomicina». La gente pone la D al principio.

—La gente pone la D al principio —repite la Madre.

—Pues sí —dice el Oncólogo—. No sé por qué, se hace y ya está.

—Cristo no sobrevivió a su vino —dice el Marido.

—Pues claro que sí —dice el Oncólogo, y asiente con la cabeza en dirección al Bebé, que ha encontrado un armario lleno de hilos y vendajes y lo está tirando todo por el suelo—. Bueno, os veré mañana después de la operación. —Y el Oncólogo se va.

—O más bien Cristo era su vino —dice el Marido entre dientes. Todo lo que sabe del Nuevo Testamento lo ha sacado de la banda sonora de *Godspell*—. Su sangre era el vino. Qué gran idea de bebida.

—Una pequeña quimioterapia. ¿No te gusta? —dice la Madre—. *Eine kleine* «dactinomicina». Me gustaría ver a Mozart escribiendo eso por un buen fajo de billetes.

—Ven aquí, cariño —dice el Marido al Bebé, que ahora se ha quitado los dos zapatos.

—Ya es bastante desagradable cuando se refieren a la ciencia médica como a una ciencia inexacta —dice la Madre—. Pero cuando comienzan a hablar de ella como de un «arte» me pongo muy nerviosa.

—Sí, si quisiéramos arte, doctor, nos iríamos a un museo. —El Marido coge al Bebé—. Tú eres una artista —dice a la Madre, con una mácula de acusación en la voz—. Probablemente piensen que encuentras la creatividad tranquilizadora.

—Sólo la encuentro inevitable —dice la Madre con un suspiro—. Vamos a buscar algo de comer.

Y a continuación cogen el ascensor hacia la cafetería, donde hay una silla alta, y donde, sin darse cuenta, todos comen manzanas con la etiqueta del precio pegada.

Como la operación no es hasta el día siguiente, al Bebé le gusta el hospital. Le encantan los pasillos largos por donde puede correr. Le gusta todo lo que tenga ruedas. ¡Los carritos de flores en el vestíbulo! («Por favor, aparte a su hijo de las flores», dice el vendedor. «Le compraremos todo el carrito —dice la madre bruscamente, y añade—: Niños de verdad en un hospital de niños, increíble, ¿no le parece?») Al Bebé le gustan los demás niños pequeños. ¡Cuántos sitios donde ir! ¡Gente que ver! ¡Salas por las que pasearse! Está Cuidados Intensivos. Está el Servicio de Traumatología. El Bebé ríe y dice adiós agitando la mano. ¡Qué pequeña personalidad con cáncer! Ciudadanos vendados sonríen y le devuelven el saludo. En Onco Pediátrica están los niños pequeños calvos con los que jugar. Joey, Eric, Tim, Mort y Tod (¡Mort! ¡Tod!). Está Ned, de cuatro años, sujetando su pelota de goma un poco desinflada, que tiene una enigmática nariz enroscada. El Bebé quiere jugar con ella.

—Es mía. Déjala —dice Ned—. Dile al Bebé que la deje.

—Cariño, tienes que compartir —dice la Madre desde una silla a poca distancia.

De repente, viene de la sala Tiny Tim la madre de Ned, grande y rubia y con pantalones de chándal.

—¡Para! ¡Para ahora mismo! —grita acercándose a toda prisa al Bebé y a Ned, y aparta al Bebé—. ¡No toques eso! —grita furiosa al Bebé, que es sólo un Bebé y se echa a llorar porque nunca le habían gritado de esa manera.

La madre de Ned fulmina con la mirada a toda la gente.

—¡Esto saca líquido del hígado de Ned! —Le da unas palmaditas a la cosa de goma y comienza a llorar un poco.

—Oh, Dios mío —dice la Madre. Consuela al Bebé, que también está llorando. Ella y Ned, las únicas dos personas con los ojos secos, se miran—. Lo siento —dice a Ned y luego a su madre—. Qué estúpida soy, pensaba que estaban peleándose por un juguete.

—Es verdad que parece un juguete —asiente Ned. Sonríe. Es un ángel. Todos los niños pequeños son ángeles. Angelitos calvos, tiernos, totales, y ahora Dios trata de quedárselos para él. ¿Quiénes son ellas, simples mujeres mortales, ante esto, esa cosa inescrutable, sobrecogedora y poderosa que es la voluntad de Dios? Son las madres, eso es lo que son. ¡No te lo puedes quedar!, gritan todos los días. ¡Viejo verde! ¡Fuera de aquí! ¡Quítale las manos de encima!

—De verdad que lo siento —dice la Madre nuevamente—. No lo sabía.

La madre de Ned sonríe de manera vaga.

—Claro que no lo sabías —responde y se vuelve a la sala Tiny Tim.

La sala Tiny Tim es un rincón con asientos que está al final del pasillo de Onco Pediátrica. Hay dos sofás pequeños, una mesa, una mecedora, una televisión y un aparato de vídeo. Hay varias cintas de vídeo: *Speed*, *Dune*, *La guerra de las galaxias*. En una de las paredes de la sala hay una placa dorada en la que está grabado el nombre del cantante Tiny Tim: en una ocasión a su hijo lo trajeron en ese hospital, por lo que cinco años atrás donó dinero para esa sala. Es una sala estrecha y pequeña, la cual, uno sospecha, habría sido mayor si el hijo de Tiny Tim en efecto hubiera sobrevivido. En cambio, murió aquí, en este hospital, y ahora tienen esta sala minúscula que es en parte gratitud, en parte generosidad, en parte «que te jodan».

Rebuscando entre las cintas de vídeo, la Madre se pregunta qué clase de ciencia ficción podría competir con la ciencia ficción del cáncer: un tumor con sus células musculares y óseas diferenciadas, un montón de nada salvaje y su deseo loco y ambicioso de ser algo: algo dentro de ti, en vez de tú, otro organismo, pero con arquitectura de monstruo, sabotaje de demonio y caos. Por ejemplo la leucemia, un tumor que toma diabólicamente forma de líquido, que viaja de incógnito por la sangre. George Lucas, ¡dirige eso!

Sentada con otros padres en la sala Tiny Tim, la noche antes de la operación, después de haber puesto a dormir al Bebé en la cuna alta de acero, dos habitaciones más allá, la Madre comienza a oír las historias: leucemia en párvulos, sarcomas en el campeonato infantil de béisbol, neuroblastomas descubiertos durante la acampada de verano. «Eric resbaló en la tercera base, pero el rasguño nunca se le curó.» Los padres se dan palmaditas en el antebrazo y hablan de otros hospitales infantiles como si se tratara de lugares donde ir de vacaciones. «¿El invierno pasado estuvisteis en Saint Jude? Nosotros también. ¿Qué os pareció? El personal era un encanto.» Se han dejado trabajos, se han hecho trizas matrimonios, se han saqueado cuentas bancarias; al parecer los padres han soportado lo insoportable. No hablan de la posibilidad de un coma causado por la quimioterapia sino del número de ellos. «Tuvo el primer coma el julio pasado —dice la madre de Ned—. Estábamos muertos de miedo, pero salimos adelante.»

Lo que hace la gente por allí es salir adelante. Hay una especie de valentía en sus vidas que en absoluto es valentía. Es algo automático, inquebrantable, una mezcla de hombre y máquina, una obligación incuestionable y absorbente que se encuentra con la enfermedad, movimiento a movimiento, en un ajedrez gigante en que cada vez que uno mueve, el otro también lo hace: un asalto sin fin de algo que se parece a boxear con un adversario imaginario, aunque entre el amor y la muerte, ¿qué es lo imaginario? «Todo el mundo nos admira por nuestra valentía —dice un hombre—, no tienen idea de lo que están diciendo.»

«Podría salir de aquí —piensa la Madre—. Podría coger un autobús e irme, y nunca volver. Cambiar de nombre. Como el asunto de la protección de testigos.»

—La valentía requiere opciones —añade el hombre.

Eso sería mejor para el Bebé.

—Hay opciones —dice una mujer con una cinta de ante en el pelo—. Podrías tirar la toalla. Podrías irte a pique.

—No, no puedes. Nadie lo hace. Nunca lo he visto —dice el hombre—. Bueno, nadie se va a pique del todo.

A continuación la sala se queda en silencio. Encima del aparato de vídeo alguien ha pegado el mensaje de una galleta de la suerte. «Optimismo es lo que permite a una tetera cantar cuando está con el agua al cuello», pone. Debajo, alguien ha pegado un recorte de prensa de un horóscopo de verano. «¡Viva el cáncer!», dice. ¿Quién pegaría eso? El hermano de doce años de alguien. Uno de los padres (el padre de Joey) se levanta, los arranca y los arruga dentro del puño. A las revistas les han robado algunas páginas.

—Tiny Tim se olvidó del mueble bar —dice la Madre aclarándose la garganta.

Ned, que todavía está despierto, sale de su habitación y avanza por el pasillo, que tiene luz tenue a partir de las nueve. Se pone junto a la silla de la Madre y le pregunta:

—¿De dónde eres? ¿Qué le pasa a tu Bebé?

En la habitación minúscula que les han asignado, la Madre duerme a ratos, con los pantalones de chándal, y de vez en cuando se incorpora para ver cómo se encuentra el Bebé. Para eso sirven los pantalones de chándal: para incorporarse. En caso de incendio. En caso de lo que sea. En caso de que la diferencia entre el día y la noche comience a disolverse, y no haya ninguna diferencia, así que ¿por qué fingir? En el catre que hay junto al suyo, el Marido, que ha tomado una pastilla para dormir, ronca sonoramente con los brazos doblados por detrás de la cabeza, como en la papiroflexia. ¿Cómo

podría haberse quedado en casa uno de los dos, con la trona vacía y la cuna vacía? De vez en cuando el Bebé se despierta y grita, y ella se levanta enseguida, se acerca, le frota la espalda y le arregla las sábanas. El reloj del tocador metálico dice que son las tres y cinco. Luego las cinco menos veinte. Y luego es realmente de mañana, el comienzo de aquel día, el día de la nefrectomía. ¿Se va a alegrar cuando haya pasado o a duras penas estará viva, o las dos cosas? Todos los días de esta semana han llegado enormes, vacíos y desconocidos, como una nave espacial, y éste está especialmente iluminado con un gris brillante.

—Le tendrá que poner esto —dice John, uno de los enfermeros, muy temprano, y le pasa a la Madre una prenda de tela delgada y verdusca, estampada con rosas y ositos de peluche. La golpea una ola de náusea; esta bata, piensa, muy pronto estará salpicada de..., ¿de qué?

El Bebé está despierto pero adormilado. Le quita el pijama.

—No te olvides, *bubeleh* —susurra desvistiéndolo y vistiéndolo —, estaremos contigo en todo momento, en todos los pasos. Cuando pienses que estás durmiendo y flotando lejos de todo el mundo, Mamá seguirá estando allí. —Si no se ha ido huyendo en un autobús—. Mamá cuidará de ti. Y Papá también. —Espera que el Bebé no detecte su miedo y sus dudas, que le debe ocultar, como una cojera. Tiene hambre, pues no lo han dejado comer, y ya no le divierte el sitio nuevo, sino que está preocupado por las privaciones. «Oh, mi bebé», piensa ella. Y la habitación comienza a flotar un poco. El Marido entra para relevarla.

—Descansa un poco —le dice—. Voy a pasear con él cinco minutos.

Ella sale de la habitación, pero no sabe a dónde ir. En el pasillo se le acerca una especie de asistenta social, una persona encargada de la atención al cliente, que les dio una cinta de vídeo sobre la anestesia para que la vieran: cómo los padres acompañan al niño a la sala de operaciones, y cómo se administra la anestesia, suave, amablemente.

—¿Has visto la cinta de vídeo?

—Sí —dice la Madre.

—¿Te ha servido de ayuda?

—No lo sé —dice la Madre.

—¿Tienes alguna pregunta? —pregunta la mujer de la cinta de vídeo—. ¿Tienes alguna pregunta? —pregunta a alguien que acaba de aterrizar en aquel lugar espantoso y extraño, y a la Madre le parece una cortesía sorprendente y absurda. La propia especificidad de una pregunta desmentiría la extrañeza sobrecogedora de todo lo que hay a su alrededor.

—No, ahora no —dice la Madre—. Ahora me parece que lo que voy a hacer es ir al baño.

Cuando vuelve a la habitación del Bebé, están todos: el cirujano, el anestesista, las enfermeras, la asistenta social. Con los gorros azules y las batas parecen un ramo de nomeolvides, y es que olvidarlos, ¿quién podría? El Bebé con su batita de ositos parece tener frío y estar asustado. Tiende los brazos, y la Madre lo coge de los brazos del Padre y le frota la espalda para hacerlo entrar en calor.

—Bueno, es la hora —dice el Cirujano forzando una sonrisa.

—¿Vamos? —dice el Anestesista.

Lo que sigue es un todo borroso de obediencia y luces brillantes. Bajan en ascensor a una gran sala de cemento, la antesala, la sala contigua al quirófano, los bastidores del quirófano, las paredes están revestidas de estanterías largas llenas de ropa azul para el quirófano.

—Los niños le suelen coger miedo al color azul —dice una de las enfermeras. Por supuesto. ¡Por supuesto!—. Bueno, ¿quién de ustedes quiere entrar en el quirófano para la anestesia?

—Yo —dice la Madre.

—¿Estás segura? —pregunta el Marido.

—Sí. —Besa el pelo del Bebé.

«Ricitos», la gente lo llama así por allí, y parece a la vez grosero y simpático. Las mujeres miran con admiración sus pestañas largas y exclaman: «¡Siempre los chicos! ¡Siempre los chicos!».

Dos ayudantes del cirujano le ponen a la Madre una bata azul y un gorro de algodón azul.

—Por aquí —dice otra enfermera, y la Madre la sigue—. Ahora ponga al Bebé en la mesa.

En la cinta de vídeo, la madre sujeta al niño y los gases entran con suavidad por la nariz hasta que se queda dormido. Ahora, fuera de la visión de la cámara o de la asistenta social, el Anestesista está impaciente por acabar con aquello de una vez para siempre y procura que se escape mucho gas por la habitación. El riesgo de su profesión es el contacto con el gas y el daño en el sistema nervioso, y le ha comenzado a preocupar. No hay duda de que se lo comenta preocupado a su esposa todas las noches. Ahora abre el gas y rápidamente sujeta la mascarilla a la boca y las mejillas del niño.

El Bebé está sorprendido. La Madre está sorprendida. El Bebé comienza a chillar y enrojecer debajo del plástico, pero no se le puede oír. Sacude brazos y piernas.

—Dígale que no pasa nada —dice la enfermera a la Madre.

¿No pasa nada?

—No pasa nada —repite la Madre, cogiéndole la mano, pero sabe que él se da cuenta de que sí pasa algo, porque él ve que ella no sólo sigue llevando el ridículo gorro de papel sino que sus palabras son mecánicas y se las traga, y se muerde los labios para que no le tiemblen. Presa del pánico, el niño quiere sentarse. No puede respirar; alarga los brazos. «Adiós, afuera.» Y luego, con bastante rapidez, se le cierran los ojos; se distiende y no es que haya caído en el sueño sino al lado del sueño, en un tipo de sueño de secuestro, extraño, ahora con el terror escondido en algún lugar muy dentro de él.

—¿Cómo ha ido? —pregunta la asistenta social, que espera en la sala de cemento de fuera. La Madre está histérica. Una enfermera la hace salir.

—¡No ha sido como en la película! —Llora—. No ha sido como en la película.

—¿La película? ¿Se refiere a la cinta de vídeo? —pregunta la asistenta social.

—¡No era como se veía! ¡Ha sido brutal e imperdonable!

—Vaya, qué terrible —dice, ahora su papel ya no es de desinformadora, sino de portera, y toca el brazo de la Madre, pero la Madre se suelta y va a buscar al Marido.

Lo encuentra en la gran sala de espera del quirófano, a donde lo han llevado y donde hay chocolate caliente gratis en unos vasos pequeños de plástico. La sala es de color frambuesa y hay guirnaldas rojas de celofán adornando las puertas. Se ha olvidado por completo de que ya no falta nada para Navidad. Un pianista en un rincón está tocando *Noche de paz* y no sólo no parece festiva, sino que es terrorífica, como la música de *El exorcista*.

Hay un reloj gigante en la pared del otro lado. Es una especie de ojo de buey que da al quirófano, un modo de calcular la terrible experiencia del Bebé: cuarenta y cinco minutos para el implante de Hickman; dos horas y media para la nefrectomía. Y luego, después de aquello, tres meses de quimioterapia. La revista que tiene en las rodillas está abierta en un anuncio de un perfume de tono rubí.

—Aún no has tomado notas —dice el Marido.

—Pues no.

—¿Sabes?, en cierto modo, ésta es la clase de cosas sobre las que siempre has escrito.

—Eres un caso. ¿Sabes qué? Esto es la vida. Esto no es «la clase de cosas».

—Pero es que esto es la ficción: la vida invivible, la habitación extraña pegada a la casa, la luna de más que da vueltas alrededor de la tierra sin que la ciencia sepa de qué se trata.

—Eso te lo dije yo.

—Es que te estoy citando.

—¿Cuánto tiempo habrá pasado? —Mira el reloj pensando en el Bebé.

—No mucho. Demasiado. Al final, quizá dé lo mismo.

—¿Qué crees que le ocurre a él en este mismo momento?

¿Una infección? ¿El bisturí ha resbalado?

—No lo sé, pero ¿sabes qué? Necesito estirar las piernas. Tengo que andar un poco. —El Marido se levanta, pasea por la sala, luego vuelve y se sienta.

Las sinapsis entre los minutos son innavegables. Una hora es espesa como pasta de caramelo. La Madre se encuentra agotada; es una sarta de latas vacías sujetas con un alambre, algo que una cabra olisquearía y mascaría, algo que de vez en cuando tomaría vida con un golpe de electricidad. Ella oye que dicen sus nombres por megafonía.

—¿Sí? ¿Sí? —Ella se levanta enseguida. Las palabras se escapan volando ante ella, una exhalación de pájaros. Ha parado la música del piano. El pianista se ha ido. Ella y el Marido se acercan al mostrador principal, donde un hombre los mira y les sonríe. Tiene ante él una lista fotocopiada de los nombres de los pacientes.

—Éste es nuestro niño —dice la Madre al ver el nombre del Bebé en la lista y lo señala—. ¿Hay algo apuntado? ¿Todo va bien?

—Sí —dice el hombre—. Vuestro hijo está bien. Acaban de terminar con el catéter y ahora van a comenzar con el riñón.

—¡Pero si hace dos horas que están ahí! Oh, Dios mío, ¿ha ocurrido algo malo? ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha fallado?

—¿Ha ocurrido algo malo? —El Marido se tira del cuello de la camisa.

—No, no es eso. Es simplemente que han tardado más de lo que suponían. Me han dicho que todo va bien. Querían que lo supieran.

—Gracias —dice el Marido. Se dan la vuelta y van hasta donde estaban sentados.

—No lo voy a soportar. —La Madre suspira y se hunde en una silla de piel sintética con forma de algo parecido a un guante de béisbol—. Pero antes de irme voy a llevarme la mitad del hospital por delante conmigo.

—¿Quieres café? —pregunta el Marido.

—No lo sé. No, me parece que no. No. ¿Y tú? —pregunta la Madre.

—No, creo que yo tampoco —dice.

—¿Quieres un trozo de naranja?

—Ah, bueno, por qué no, te cojo un trozo de la tuya. —Saca una naranja de la bolsa y se sienta allí a pelar la cáscara difícil, la pulpa se rompe debajo de los dedos, el jugo chorrea por las manos y le escuecen los padrastrós. Ella y el Marido mastican y tragan, discretamente escupen las pepitas en un pañuelo de papel y leen las fotocopias de la última investigación médica que le pidieron al residente. Leen, subrayan, suspiran y cierran los ojos, y al cabo de un rato, se termina la operación. Una enfermera de Onco Pediátrica se acerca a ellos para decírselo.

—Vuestro hijo está ahora mismo recuperándose. Se encuentra bien. Lo podréis ver dentro de unos quince minutos.

¿Cómo puede describirse? ¿Cómo algo de esto puede describirse? El viaje y el relato del viaje son siempre dos cosas diferentes. El narrador es el que se ha quedado en casa, pero luego, después, aprieta su boca sobre la boca del viajero, para hacer que la boca funcione, para que la boca hable, hable, hable. Uno no puede ir a un lugar y hablar de él; uno no puede ver y decir a la vez, la verdad es que no. Uno puede ir, y a la vuelta hacer muchos gestos con las

manos e indicaciones con los brazos. La boca, funcionando a la velocidad de la luz, con las instrucciones de los ojos, se ha quedado necesariamente quieta; tan rápido, tantas cosas que contar, que se queda abierta y muda como una campana sin badajo. ¡Toda esa vida indecible! Ahí es cuando entra el narrador. El narrador entra con sus besos, imitaciones y orden. El narrador viene y hace una canción falsa, lenta, de la devastación ansiosa de la boca.

Es un horror y un milagro verlo. Está acostado en la cuna de su habitación, entubado, puesto como un niño en una cruz, los brazos tiesos dentro de cartones para que no se pueda arrancar los tubos. Está el catéter de la vejiga, la sonda nasogástrica, y el Hickman, que está conectado a la yugular por debajo de la piel y luego sale por la pared del pecho; está tapado con un plástico largo. Tiene el abdomen cubierto por un gran vendaje. Aturdido, con un gotero de morfina, aún es capaz de mirarla cuando, haciendo maniobras entre todos los tubos de vinilo, ella se inclina para cogerlo, y cuando lo hace, él se echa a llorar, pero en silencio, sin moverse ni hacer ruido. Nunca había visto llorar a un bebé sin moverse ni hacer ruido. Es el lloro de una persona mayor: silencioso, ya sin opinión, hecho pedazos. En alguien tan diminuto es espantoso y antinatural. Quiere tomar al Bebé en brazos y correr: lejos de allí, lejos de allí. Quiere coger una pistola a toda prisa: «Conque cartones, ¿eh? Todo este asunto es de cartón». ¡No se os ocurra tocarlo!, quiere gritar al Cirujano y a las enfermeras de las inyecciones. ¡Ya basta! ¡Ya basta! Si pudiera se subiría a la cuna y se tendería junto a él. Pero debido a toda aquella cañería intrincada, debe inclinarse y abrazarlo, cantarle canciones, canciones de peligro y fuga. «Te vamos a sacar de este lugar, aunque sea lo último que hagamos. Te vamos a sacar de este lugar... Hay una vida mejor para ti y para mí.»

Muy 1967. Por entonces tenía once años y era impresionable.

El Bebé la mira suplicándole, los brazos extendidos con gesto de rendición. ¿Adónde? ¿Dónde hay que ir? ¡Llévame! ¡Llévame!

Aquella noche, después de la operación, la Madre y el Marido flotan juntos en el catre. Una lámpara fluorescente está encendida junto a la cuna en la oscuridad. El Bebé tiene una respiración regular, pero débil a causa de los calmantes. La morfina, las primeras dosis que lo inundan, al parecer hacen que se sienta como si se estuviera cayendo hacia atrás (o eso es lo que le han dicho a la Madre), y que se sobresalte, que se sujete a la cama una y otra vez, como si lo estuvieran tirando de un árbol. «¿Está bien? ¿No hay nada que se pueda hacer?» Las enfermeras entran cada hora, son diferentes: los turnos de noche parecen ser extrañamente cortos y frecuentes. Si el Bebé se agita o está inquieto, las enfermeras le dan más morfina por el catéter Hickman y luego se van a atender a los demás pacientes. La Madre se levanta con la luz tenue para ver que esté bien. Hay un gorgoteo en el tubo de plástico transparente que sale de la boca. En el tubo se van juntando unas cosas pardas. ¿Qué ocurre? La Madre llama a la enfermera. ¿Es Renée, Sarah o Darcy? Lo ha olvidado.

—¿Qué, qué pasa? —murmura el Marido, despertándose.

—Ocurre algo —dice la Madre—. Parece como si hubiera sangre en la sonda nasogástrica.

—¿Qué? —dice el Marido y se levanta de la cama. Él también va con los pantalones del chándal.

La enfermera, Valerie, abre la maciza puerta de la habitación y entra sin hacer ruido.

—¿Ocurre algo?

—Esto no está bien. El tubo le está succionando sangre del estómago. Parece como si le hubiera perforado el estómago y que ahora estuviera sangrando por dentro. ¡Mira!

Valerie es una santa, pero su voz es la santa voz de hospital normal, de una calma exasperante y farmacéutica que dice: todo es normal aquí. La muerte es normal. El dolor es normal. Nada es anormal. Así que no hay nada por lo que inquietarse.

—Bueno. Vamos a ver. —Sujeta el tubo de plástico y trata de ver su interior—. Mmm —dice—, voy a llamar al médico de guardia.

Como es un hospital universitario y de investigación, todos los médicos de plantilla duermen en su casa en camastros estilo convento. Aquella noche ocurre lo que al parecer ocurre todos los fines de semana por la noche, el médico de guardia es un estudiante de Medicina. Parece tener quince años. La autoridad que trata de transmitir no la puede personificar ni remotamente. No está ni siquiera en el mismo edificio que ella. Le da la mano a todo el mundo, luego se acaricia la barbilla, un gesto que sacó con toda certeza de una obra de teatro a la que lo llevaron sus padres en una ocasión. ¡Como si hubiera una barba de verdad en la barbilla! ¡Como si fuera incluso posible que creciera una barba en aquella barbilla! *¡Sinfonía de la vida! ¡Bésame, Kate! ¡Descalzos en el parque!* Trata de convencer, si no de impresionar.

—Estamos en apuros —susurra la Madre al Marido. Está cansada, cansada de la gente joven escarbando en busca de títulos —. Aquí tenemos al doctor Bésame Kate.

El Marido la mira sin comprender, una mezcla de desorientación y de divorcio.

El estudiante de Medicina coge el tubo con las manos.

—Yo no veo nada —dice.

¡Cateado!

—¿Ah, no? —La Madre se abre paso, coge el tubo transparente con las dos manos—. Esto —dice—. Aquí y aquí. —El semestre pasado le había dicho a uno de sus estudiantes: «Si no comprendes por qué este trabajo es mejor que aquél, quiero que salgas al pasillo y te quedes allí hasta que lo entiendas». ¿Es importante hablar en voz baja? El Bebé sigue dormido. Está medicado y soñando, muy lejos.

—Mmm —dice el estudiante de Medicina—. Quizá se haya producido una irritación sin importancia en el estómago.

—¿Una irritación sin importancia? —La Madre está furiosa—. Esto es sangre. Son coágulos y grumos. ¡Esta insensatez le está succionando la vida! ¡La vida! —Se echa a llorar.

Paran la succión y llevan antiácidos, que se administran al Bebé por el tubo. Luego vuelven a poner la sonda en funcionamiento. Esta vez con intensidad de succión baja.

—¿Dónde estaba antes? —pregunta el Marido.

—En «alta» —dice Valerie—. Eran las órdenes del médico, aunque no sé por qué. No sé por qué estos médicos hacen muchas de las cosas que hacen.

—Quizá sea que... no son tan listos como parece —sugiere la Madre. Siente alivio y furia a la vez: hay una sensación de oración y litigio en el aire. Aunque, en lo esencial, da gracias al cielo, ¿o no? Piensa que sí. Y aún, y aún: mira todas las cosas que tienes que hacer para proteger a un niño, un hospital es simplemente una intensificación de la cruel carrera de obstáculos que es la vida.

El Cirujano los va a ver el sábado por la mañana. Entra y señala con la cabeza al Bebé, que está despierto pero como en una pecera a causa de la morfina, los ojos uvas negras que no ven.

—Parece que el pequeño está bien —anuncia el Cirujano. Echa un vistazo por debajo del vendaje—. Los puntos están bien. El Bebé tiene el abdomen cruzado por puntos, como una pelota de béisbol —. Y el otro riñón, cuando ayer lo vimos cara a cara, parecía estar bien. Trataremos de bajarle un poco la morfina y veremos cómo se encuentra el lunes. —Se aclara la garganta—. Y ahora me gustaría hablar con la Madre, a solas.

—¿Conmigo? —El corazón de la Madre se sobresalta.

—Sí —dice moviéndose y dándose la vuelta.

Se levanta, sale al pasillo vacío con él y cierra la puerta tras ella. ¿De qué se tratará? Oye que el Bebé se inquieta un poco en la cuna. Su cerebro se llena de dolor y de alarma. Le sale una voz como de susurro ronco.

—¿Hay algo que...?

—Hay una cosa en particular que necesito de usted —dice el Cirujano, volviéndose y quedándose allí, muy serio.

—¿Sí? —El corazón le late a toda velocidad. No se siente con capacidad de recuperación para otra mala noticia.

—Tengo que pedirle un favor.

—Claro —dice, tratando con mucho esfuerzo de reunir las fuerzas y la valentía para la ocasión, sea lo que sea; se le ha hecho un nudo en la garganta.

Del interior de la bata blanca el Cirujano saca un libro delgado y se lo tiende bruscamente.

—¿Me firma un autógrafo en su novela?

La Madre mira hacia abajo y ve que, en efecto, es un ejemplar de una novela que ha escrito, una acerca de unas niñas adolescentes.

Mira hacia arriba. Una sonrisa grande y animada atraviesa la cara del médico.

—La leí el verano pasado —dice—. Y todavía me acuerdo de trozos. ¡Esas chicas se metían en unos líos!

«De todos los momentos surrealistas de los últimos días, éste —piensa— debe de ser el mayor.»

—Muy bien —dice, y el Cirujano alegremente le tiende un bolígrafo.

—Puede escribir «Para el doctor...». Oh, no hace falta que le diga qué escribir.

La Madre se sienta en un banco y agita el bolígrafo para que salga tinta. Un suspiro de alivio la limpia por encima y por dentro. Oh, el placer de un suspiro de alivio, como el mejor de los momentos del amor; ¿alguien ha cantado alabanzas adecuadas a los suspiros de alivio? Abre el libro por la portadilla. Respira hondo. De todos modos, ¿qué hace él leyendo novelas para adolescentes? ¿Y por qué no compró la edición de tapa dura? Escribe una sincera dedicatoria de agradecimiento y luego le devuelve el libro.

—¿Se pondrá bien?

—¿El chico? El chico se pondrá bien —dice, y rígidamente le da unos golpecitos en el hombro—. Cuídese. Es sábado. Beba un poco de vino.

Durante el fin de semana, mientras el Bebé duerme, la Madre y el Marido se sientan juntos en la sala de Tiny Tim. El Marido está inquieto y hace viajes a la cafetería y al quiosco, llevando cosas a todo el mundo. Durante su ausencia, los demás padres obsequian a la Madre con nuevos capítulos de las historias largas. Cáncer infantil e historias de quimioterapia: las amputaciones de los niños, el envenenamiento de la sangre, dientes descascarillándose como una pizarra, los retrasos de aprendizaje y las deficiencias causados por la quimioterapia que quema los jóvenes cerebros que aún tienen que crecer. Pero añaden colofones extrañamente optimistas (finales tan rígidos y nudosos como un cordel de carpintero, crujientes y vacíos como una lechuga, reticulados como una malla), ah, las palabras. «Después de todo el asunto con el profesor particular, ahora va mejor, y tiene incisivos nuevos gracias al marido de la prima de mi esposa, que estudió Odontología en dos años y medio, aunque no te lo creas. Esperamos que todo siga bien. Tomamos las cosas como vienen. La vida es dura.»

«La vida es un gran problema», asiente la Madre. Una parte de ella agradece las historias e invita a que se las cuenten todas. En los últimos e interminables días de esa pesadilla, una parte de ella se ha hecho adicta al desastre y a las historias de guerra. Sólo tiene oídos para la tristeza y las angustias de los demás. Son las únicas situaciones que se pueden dar la mano con la suya; todo lo demás rebota contra su coraza brillante de resentimiento e incomprendición. Nada más entra en su cerebro. De esto, sin duda, está hecho el mundo filisteo, ¿o habría que decir que se ha reclutado allí? Juntos, los padres se apiñan durante todo el día en la sala Tiny Tim: no tienen necesidad de ver Oprah. No les llega ni a la suela del zapato. Oprah no tiene nada para ellos. Charlan de cosas prácticas, luego se quedan callados y ven *Dune* o *La guerra de las galaxias*, donde hay robots relucientes a los que la Madre ya no ve como a robots, sino como a seres humanos a los que les han ocurrido cosas espantosas.

Algunos amigos los van a ver con animalitos de peluche y tarjetas tiernas de «Ponte bien» para el Bebé que dormita, aunque la habitación hace mucho que dejó de tener espacio para más animalitos de peluche. La Madre prepara, una vez más, un plato de galletas Mint Milano y vasos de plástico para el café de los invitados. Todas sus amistades chifladas se dan una vuelta por allí, las dos del Prozac, la que está obsesionada por la relación entre *pene* y *quitapenas*, la que hace poco se ha hecho mechas verdes. «Tus amigos ponen el *de en fin de siècle*», dice el Marido. Oída por otros o grabada, toda conversación conyugal suena como si alguien estuviera bromeando, aunque normalmente nadie lo hace.

Adora a sus amistades, sobre todo las adora por estar allí, ya que hay veces en que todas se pelean y no se hablan durante semanas. ¿Es esto la amistad? Aquí y ahora tiene que ser y es, y es, ella jura que lo es. Por ejemplo, nunca le ofrecen conferencias espirituales improvisadas sobre la muerte (que es parte de la vida, su flujo y reflujo natural, que todos debemos aceptarlo) o discursos parecidos que hagan que quiera arrancarles los ojos. Como los amigos de verdad, no adoptan una postura fuerte o elegante coreografiada de forma flexible desde una perspectiva más amplia. Llegan allí y farfullan un «Dios mío» y menean la cabeza. Además, son la única gente que no sólo le ríe sus chistes idiotas, sino que a su vez le cuenta chistes estúpidos. «¿De qué asombroso cruce salió el oso hormiguero?» La enfermedad de un niño es una gran tensión mental. Saben cómo reír de modo aflautado, desesperado: nada que ver con la gente que es más amiga de su Marido y que parece que sólo hacen más profundas sus miradas afigidas, asintiendo con la cabeza con Lástima. ¡Qué alienantes y extrañas son las Expresiones de Lástima de la gente! Cuando alguien se ríe, ella piensa: «¡Muy bien! Hurra: un colega». En la salud y en la farándula.

Las enfermeras van y vienen; sus voces alegres sobresaltan y tranquilizan. Otros padres de Oncología Pediátrica asoman la cabeza para ver cómo está el Bebé y para dar ánimos.

Pelo Verde se rasca la cabeza.

—Aquí todo el mundo es muy amable. ¿Hay alguien en este lugar que no muestre un optimismo sutil de guion? ¿O lo único que hay por aquí es gente así?

—Es la Medicina Media Moderna que se encuentra con la Familia Media Moderna —dice el Marido—. En el Medio Oeste Moderno.

Alguien ha llevado *lo mein* en cajas de cartón, y todos van a comérselo fuera, junto a los ascensores.

A los padres se les permite el uso de la Línea Gratuita.

—Deberíais tener otro hijo —dice otro amigo al teléfono, un amigo de fuera de la ciudad—. Un heredero y uno de más. Eso fue lo que hicimos nosotros. Tuvimos otro hijo para asegurarnos de que no nos suicidaríamos si perdíamos al primero.

—¿De verdad?

—Lo digo en serio.

—¿Un suicidio formal? ¿No era más fácil ponerte como una cuba y sumergirte en el estupor durante toda la vida e irte muriendo poco a poco?

—No. Incluso tenía pensado cómo lo iba a hacer. Durante un tiempo, hasta que llegó el segundo, lo tenía todo planeado.

—¿Qué planeaste?

—No te lo puedo explicar con mucho detalle porque... ¡Hola, pequeños!, los niños acaban de entrar en la habitación. Pero te voy a deletrear la idea general: S, O, G, A.

El domingo por la tarde, la Madre va y se hunde en el sofá de la sala Tiny Tim junto a Frank, el padre de Joey. Es un hombre bajo y fornido con una expresión sin voltaje y sin energía que todos los padres antes o después acaban por tener. Se ha afeitado la cabeza en solidaridad con su hijo. Su hijito ha estado luchando contra el cáncer durante cinco años. Ahora lo tiene en el hígado, y los rumores que corren por el pasillo dicen que a Joey le quedan tres

semanas de vida. Sabe que la madre de Joey, Heather, dejó a Frank hace unos años, cuando ya llevaban dos con el cáncer, y se ha vuelto a casar y tiene una hija que se llama Brittany. La Madre ve a Heather por allí, de vez en cuando, con su nueva vida: la niña encantadora y el actual marido, joven y con mucho pelo, que nunca se obsesionará de forma tan enervante por la enfermedad de Joey como lo hacía Frank, su anterior marido. Heather aparece para ver a Joey, hola y adiós, pero ella no es el gran apoyo de Joey. Frank, sí.

Frank está lleno de anécdotas: sobre los médicos, sobre la comida, sobre las enfermeras, sobre Joey. Joey, que aguanta bien los efectos de las medicinas, a veces deja la habitación y va a ver la tele en albornoz. Tiene ictericia y está calvo, y a pesar de que tiene nueve años, no parece tener más de seis. Frank ha consagrado los últimos cuatro años y medio a salvar la vida de Joey. Cuando le diagnosticaron el cáncer, los médicos le dieron a Joey un veinte por ciento de posibilidades de vivir más de seis meses. Pero ya han pasado casi cinco años y Joey sigue allí. Todo se debe a Frank, que, muy al principio, dejó su trabajo de vicepresidente en una asesoría para poder dedicarse totalmente a su hijo. Está orgulloso de todo lo que ha dejado y de lo que ha hecho, pero está cansado. Una parte de él piensa de verdad que dentro de poco se terminará todo, que esto es el final. Lo dice sin lágrimas en los ojos. No le quedan más lágrimas.

—Probablemente has pasado por mucho más que nadie de este pasillo —dice la Madre.

—La de historias que podría contarte —dice él. Hay un olor agrio entre los dos, y ella se da cuenta de que hace días que ninguno de los dos se ha duchado.

—Cuéntame una. Cuéntame la peor. —Ella sabe que odia a su exmujer y que a su marido lo odia todavía más.

—¿La peor? Son todas las peores. Tengo una: una mañana salí a desayunar con un amigo (fue el único momento que he dejado solo a Joey; todo lo que lo he dejado han sido dos horas) y cuando

volví, la sonda nasogástrica estaba llena de sangre. Tenían la succión demasiado alta y el tubo le estaba absorbiendo los intestinos hacia fuera.

—Oh, Dios. Eso fue lo que nos pasó justamente a nosotros — dice la Madre.

—¿De verdad?

—El viernes por la noche.

—Me tomas el pelo. ¿Han dejado que ocurriera de nuevo? Mira que les eché una buena bronca.

—Me parece que no tenemos tanta buena suerte. La peor de tus historias nos ocurrió la segunda noche de estar aquí.

—Aunque no es un mal lugar.

—¿Ah, no?

—No, los he visto peores. He llevado a Joey a todas partes.

—Parece muy fuerte. —A decir verdad, a esas alturas Joey parecía un zombi y a ella le daba miedo.

—Joey es un maldito genio. Un genio biológico. Le habían dado seis meses, recuerda.

La Madre asiente.

—Seis meses no es mucho —dice Frank—. Seis meses no es nada. Tenía cuatro años y medio.

Todas las palabras son como golpes. Se siente invadida por un sentimiento de afecto y duelo por aquel hombre. Aparta la mirada, hacia la ventana, y va más allá del aparcamiento del hospital, hacia el cielo negro marmóreo y la pestaña eléctrica de la luna.

—Y ahora tiene nueve años. Eres su héroe.

—Y él es el mío —dice Frank, aunque la fatiga en la voz parece abrumarlo—. Siempre lo será. Perdona —dijo—. Tengo que ir a ver cómo está. No ha estado respirando muy bien. Perdona.

—Buenas y malas noticias —dice el Oncólogo el lunes. Ha llamado a la puerta, entrado en la habitación y ahora está allí. Las camas no están hechas. Una papelera está a rebosar de vasos de café—.

Tenemos el informe del patólogo. Las malas noticias son que el riñón extirpado tiene ciertas lesiones llamadas «restos», que se suelen asociar con un riesgo alto de enfermedad en el otro riñón. Las buenas noticias son que el tumor está en la primera fase, con una estructura celular regular, y por debajo de los quinientos gramos, lo cual os da derecho a acceder a un experimento a nivel nacional en que no se utiliza la quimioterapia sino que se controla al niño con ultrasonidos. No es muy arriesgado, ya que al paciente se le controla muy de cerca, pero aquí tenéis la información sobre el tema. Hay que firmar unos impresos, si decidís hacerlo. Leed todo esto y luego lo podemos discutir. Os tenéis que decidir en cuatro días.

—¿Lesiones? ¿Restos? Se secan y se esparcen como los M&Ms por el suelo. Lo único que ha oído es la parte de que no hay quimioterapia. Otro signo de alivio se eleva en ella y se vierte. En una vida donde sólo existe lo soportable y lo insoportable, un sentimiento de alivio es un éxtasis.

—¿Nada de quimioterapia? —dice el Marido—. ¿Usted lo recomienda?

El Oncólogo se encoge de hombros. ¡Qué gestos más informales que se permiten estos médicos!

—Conozco la quimioterapia. Me gusta la quimioterapia —dice el Oncólogo—. Pero lo tenéis que decidir vosotros. Depende de lo que os parezca.

—Pero ¿no cree —dice el Marido inclinándose hacia delante— que ahora que tenemos el asunto bajo control tendríamos que seguir? No tendríamos que pisar el tumor con fuerza, golpearlo y machacarlo hasta la muerte con la quimioterapia?

La Madre le pega un manotazo fuerte con rabia.

—Cariño, deliras —susurra pero le sale como un silbido—. ¡Éste es nuestro golpe de suerte! —Y luego añade con delicadeza—. No queremos que el Bebé haga quimioterapia.

—¿Qué opina usted? —pregunta el Marido volviéndose hacia el Oncólogo.

—Podría ser —dice encogiéndose de hombros—. Podría ser que éste fuera vuestro golpe de suerte. Pero no lo vais a saber con seguridad hasta dentro de cinco años.

El Marido se vuelve hacia la Madre.

—De acuerdo —dice—, de acuerdo.

El Bebé cada vez está más contento y más fuerte. Comienza a moverse, a sentarse y a comer. El miércoles por la mañana ya se pueden ir todos e irse sin quimioterapia. El Oncólogo parece un poco nervioso.

—¿Está nervioso por esto? —pregunta la Madre.

—Pues claro que estoy nervioso. —Pero se encoge de hombros y no parece tan nervioso—. Nos veremos dentro de seis semanas para los ultrasonidos —dice, agita la mano para despedirse y luego se va, mirándose los grandes zapatos negros.

El Bebé sonríe, todavía anda un poco inseguro, el sol se abre paso entre las nubes, un coro de ángeles canta a grito pelado. Llegan las enfermeras. Sacan el Hickman del cuello y del pecho del Bebé. Lo frotan con una loción antibiótica. La madre hace las bolsas. El Bebé sorbe de un botellín de zumo y no llora.

—¿No le hacen la quimioterapia? —pregunta una de las enfermeras—. ¿Ni siquiera un poquito de quimioterapia?

—Vamos a esperar a ver qué pasa —dice la Madre.

Los otros padres los miran con envidia pero preocupados. Nunca han visto a un niño salir de allí con el pelo y los glóbulos blancos intactos.

—¿Estaréis bien? —pregunta la madre de Ned.

—La preocupación nos va a matar —dice el Marido.

—Pero si todo lo que hay que hacer es preocuparse —lo reprende la Madre—, todos los días durante cien años, será fácil. No será nada. Me cargo con toda la preocupación del mundo si eso me protege contra la cosa.

—Es verdad —dice la madre de Ned—. En comparación con todo lo demás, en comparación con todo lo que ocurre en la realidad, la preocupación no es nada.

El Marido agita la cabeza.

—Soy tan principiante —protesta.

—Los dos lo hacéis estupendamente —dice la otra madre—. Vuestro bebé tiene suerte y os deseo lo mejor.

—Gracias —dice el Marido moviendo la cabeza afectuosamente

—. Eres estupenda.

Otra madre, la madre de Eric, se acerca hasta ellos.

—Todo esto es muy duro —dice con la cabeza ladeada—. Pero por el camino hay mucha belleza colateral.

¿Belleza colateral? ¿Quién tiene derecho a algo así? Hay un niño enfermo. ¡Nadie tiene derecho a ninguna belleza colateral!

—Gracias —dice el Marido.

El padre de Joey, Frank, se acerca y les da a cada uno un abrazo.

—Es un viaje —dice. Acaricia al Bebé en la barbilla—. Suerte, hombrecito.

—Sí. Muchísimas gracias —dice la Madre—. Esperemos que a Joey le vaya bien. —Sabe que Joey ha pasado una noche dura, terrible.

—Me tengo que ir —dice Frank encogiéndose de hombros y retrocediendo—. ¡Adiós!

—Adiós —dice ella y luego él desaparece. Se muerde el labio por dentro con los ojos un poco llorosos y se agacha para coger la bolsa de los pañales, que ahora está repleta de animalitos; hay globos de helio atados a la cremallera. Poniéndose aquello al hombro, la Madre siente que acaba de ganar un premio. Todos los padres han desaparecido por el pasillo en la otra dirección. El Marido se acerca. Con un brazo coge al niño; con el otro le acaricia la espalda. Se da cuenta de que comienza a tener ganas de llorar.

—¿Verdad que son muy buenas personas? ¿No te sientes mejor cuando los oyes hablar de sus vidas? —pregunta.

¿Por qué hace eso de etiquetar todo el rato? ¿Por qué incluso la sociedad de los que sufren lo tranquiliza? Cuando se trata de la muerte y morir, quizá alguno de la familia tendría que ser un poco más esnob.

—Toda esta gente buena con sus historias llenas de valentía — continúa mientras se encaminan hacia los ascensores, diciendo adiós con la mano al personal de enfermería mientras avanzan, hasta el Bebé se despide con timidez. ¡Adiós! ¡Adiós!—. ¿No te consuela pensar que estamos todos en el mismo barco, que todos estamos en esto juntos?

«Pero ¿quién diablos querría estar en este barco?», piensa la Madre. Este barco es un barco de pesadilla. Mira a dónde va: a una habitación blanca y plateada, donde, justo antes de que tu vista, tu oído y tu tacto desaparezcan por completo, tienes que ver a tu hijo morir.

¡La soga! ¡Traed la soga!

—Vamos a tomar nuestro propio rumbo —dice la Madre—, y no en este barco.

¡Mujer al agua! Coge de nuevo al Bebé de los brazos del Marido, pone la mano hueca sobre la mejilla del Bebé, le besa la frente y luego, rápidamente, su boca de flor. El corazón del Bebé (lo oye perfectamente) late lleno de vida.

—Durante todo lo que me quede de vida —dice la Madre, apretando el botón del ascensor (hacia arriba o hacia abajo, todo el mundo al final tiene que irse por allí)— no quiero ver nunca más a esa gente.

He aquí las notas.

¿Y el dinero?

## **UNA MADRE ESTUPENDA**

Aunque había estado rodeada de niños durante toda su vida, al llegar a los treinta y cinco parecía ponerse nerviosa cuando cogía a un bebé: le subía una punzada de miedo escénico desde el estómago. «Adrienne, ¿puedes cogerme al bebé? ¿Verdad que no te importa?» Esas palabras siempre provenían de una mujer de su edad con aspecto amable y suplicante (una antigua amiga; perdía a las amigas a fuerza de que le pidieran favores y no pararan de hablar), y Adrienne se obligaba a respirar hondo. Coger a un bebé ya no era algo natural (ella ya no era natural) sino un test de feminidad y de habilidades terrenales. La observaban. La gente la miraba para ver cómo se desenvolvía. Había entrado en una década puritana, en un momento demográfico (o lo que fuera) en que el mejor cumplido que te podían dirigir era: «Serías una madre estupenda». El silbido de admiración de los noventa.

Así que cuando, el Día del Trabajo, en la cena de los Pearson, Sally Pearson le había pasado al bebé, Adrienne le había hecho las carantoñas que le habría hecho a un animalito, había balanceado al niño con cuidado, había chasqueado la lengua y le había susurrado cariñosamente: «Hola, cielito, hola, mi niñito guapo», había tendido la mano para ahuyentar una mosca y, entre el olor a hierba seca y el crepitante graseante de la parrilla, había perdido el equilibrio cuando un banco, con las espigas pudriendose en las juntas, se tambaleó y comenzó a hacer que perdiera el equilibrio (el banco, el banco que se tambaleaba, estaba haciéndole perder el equilibrio). Y cuando cayó hacia atrás y se dislocó la columna (en la rapidez calmosa del mundo que daba vueltas, ella vio las nubes arcillosas, algunas caras heladas, una estrella solitaria como el morro de un avión), y cuando la cabeza del bebé golpeó

contra el muro de piedra del jardín nuevo de los Spearson con distintos niveles y el cerebro comenzó a sangrarle fatalmente, Adrienne se fue a casa, después de pasar por el hospital y hacer los informes para la policía, y no salió del ático en que vivía durante siete meses; y había miedos, miedos muy profundos de que Adrienne no saliera nunca más. Los tenía Martin Porter (el hombre con el que había estado saliendo), y casi todo el mundo, incluida Sally Spearson, que la llamó llorosa para decirle que la perdonaba.

Martin Porter, cuando la iba a ver, le llevaba queso de finas hierbas o una ración de cuscús instantáneo; era su único amigo. Estaba divorciado y trabajaba en investigación económica, aunque más bien parecía un leñador escocés: pelo canoso, barba moteada con unos cuantos pelos pelirrojos, la camisa preferida de franela verde y dorada. Se preparaba para hacer un viaje al extranjero.

—Nos podríamos casar —sugirió. De ese modo, decía él, Adrienne lo podría acompañar al norte de Italia, a una villa en los Alpes preparada para acoger a eruditos y encuentros académicos. Podría ser su cónyuge. A los cónyuges les facilitaban un estudio donde trabajar. Algunos estudios tenían piano. En algunos había escritorios o tornos de alfarero.

—Puedes hacer lo que quieras. —Estaba terminando el segundo borrador de un estudio sobre el impacto del imperialismo del Primer Mundo sobre los sistemas monetarios del Tercer Mundo —. Podrías pintar. O no. Podrías no pintar.

Ella lo miró de cerca, ávidamente, luego apartó la mirada. Todavía se sentía patosa y grande, un asesino cachas en una jaula que necesita la comida de la cárcel aunque sea poco abundante.

—Tú me quieres, a que sí —dijo ella. Se había pasado la mayor parte de los siete meses durmiendo con unas mallas, con un ventilador eléctrico echándole aire, la oreja izquierda reteniendo viento, metiéndose en su cabeza, como el mar triste en una caracola. No se sentía comunicativa, sino condenada—. ¿O es sólo

que te doy pena? —Dio un manotazo a un pequeño enjambre de mosquitos que había salido de repente de una lata de Coca-Cola abandonada.

—No siento pena por ti.

—¿Ah, no?

—Te siento. He llegado a quererte con el tiempo. Los dos somos adultos. Uno llega a hacer cosas con el tiempo. —Era un hombre práctico. Solía referirse a la fiesta anual del departamento como «*Dejarte Ver Para Cobrar*».

—Martin, no creo que podamos casarnos.

—Claro que podemos casarnos. —Se desabotonó los puños como si fuera a remangarse la camisa.

—No lo entiendes —dice—. Para mí ya no es posible tener una vida normal. Me he apartado de todos los caminos normales y ahora vivo en los arbustos. Ahora soy una mujer de arbustos. No creo que pueda tener las cosas normales. El matrimonio es algo normal. Hace falta el cortejo normal, la proposición de matrimonio normal. —No sabía qué más pensar. El agua le ardía en los ojos. Hizo un ademán de desdén con una mano, que pasó por su campo de visión como algo criminal y enorme.

—Cortejo normal, proposición de matrimonio normal —dijo Martin. Se quitó la camisa, los pantalones y los zapatos. Se tendió en la cama sólo con los calcetines y los calzoncillos y apretó su cuerpo cuan largo era contra el de ella—. Me voy a casar contigo, te guste o no. —Le tomó la cara entre las manos y miró la boca con ansia—. Voy a casarme contigo hasta que vomites.

En Malpensa los esperaba un chófer que hablaba muy poco inglés pero que sostenía un cartel en el que decía VILLA HIRSCHBORN, y cuando Adrienne y Martin se acercaron hasta él, asintió con la cabeza y dijo: «*Hola, buongiorno. ¿Signor Porter?*». El viaje hasta la casa duró dos horas, subían y bajaban cuestas por campos y pueblecitos, y hasta que el chófer aparcó en una montaña

escarpada, que él llamó «*La Madre Vertiginoso*», y la verja de hierro de la casa se abrió automáticamente y luego se cerró tras ellos, hasta que terminaron de recorrer el camino serpenteante que pasaba por delante de los espectaculares jardines, los viñedos soleados y las terrazas de las estucadas edificaciones contiguas, a Adrienne no se le ocurrió que la invitación que le habían hecho a Martin era todo un honor. Había ganado aquello y tenía que vivir allí durante un mes.

—¿Te parece una luna de miel? —preguntó ella.

—¿Una qué? Ah, una luna de miel. Sí. —Se volvió y le dio unas palmaditas en el muslo, con indiferencia.

Estaba con el desfase horario. Eso era. Se alisó la falda, que estaba arrugada y húmeda.

—Sí. Me imagino a los dos envejeciendo juntos —dijo ella, apretándole la mano—. En las próximas semanas, de hecho. —Si ella se volvía a casar alguna vez, lo haría bien: la ceremonia incómoda, los parientes que daban vergüenza ajena, los regalos voluminosos y nada buenos para el medio ambiente. Ella y Martin simplemente habían ido al ayuntamiento, y luego habían pedido a amigos y familiares que no les enviaran regalos sino que donaran dinero a Greenpeace. Sin embargo, ahora, mientras pasaban lentamente por delante de los leones de piedra de nariz aplastada junto a la entrada de la casa, con un arriate perfecto de nomeolvides y tejos y una puerta de cristal brillante, a Adrienne se le cortó la respiración. «Las ballenas —pensó con rapidez—. Las ballenas se han quedado con mi cristalería.»

La habitación del piso de arriba, «Principessa», a la cual los condujo un distinguido mayordomo bilingüe llamado Carlo, era elegante y enorme: un piano, una cama grande, tocadores con estarcidos de guirnaldas de frutas. Las habitaciones se hacían dos veces al día, dijo Carlo. Había barquillos, toallas, agua mineral y caramelos de menta. La cena se servía a las ocho; el desayuno,

hasta las nueve. Después de que Carlo les hiciera una reverencia y se fuera, Martin se quitó los zapatos con la punta de los pies y se hundió en el diván tapizado y antiguo.

—He oído decir que estos cuadros del Quattrocento son falsos sólo por motivos de impuestos —susurró—, ya me entiendes.

—¿En serio? —dijo Adrienne. Se sentía como uno de aquellos obreros tomando el Palacio de Invierno. Sentía que su voz retumbaba—. ¿Sabes?, a Mussolini le echaron el guante por aquí. Piénsalo.

—¿Qué quieres decir? —Martin parecía desconcertado.

—Que fue por aquí donde lo atraparon. No sé. Estaba leyendo un librito sobre eso. Déjame en paz. —Se desplomó en la cama. Martin ya se estaba cambiando. Él estaba mejor cuando sólo salían, con el queso de finas hierbas. Ella dejó que la cara se le hundiera en la almohada, con la boca abierta colgando, como la de un perro, y luego se durmió hasta las seis y soñó que tenía a un bebé en los brazos pero luego se convertía en una pila de platos, con los que tenía que hacer juegos malabares, tirándolos por el aire.

Un ruido fuerte la despertó, una maleta que se había caído. Tenían que vestirse para la cena, y Martin sacaba con brusquedad las cosas de la maleta, quejándose mientras buscaba una chaqueta y una corbata. Adrienne se levantó, se bañó y se puso unos pantis, y como hacía meses que no se los ponía, se le enroscaron en la pierna como las rayas del poste giratorio de las barberías.

—Andas como si te hubieras roto un ligamento —dijo Martin mientras cerraba con llave la habitación para irse.

Adrienne estiró la parte de las rodillas de los pantis pero no lograba ponerlas bien.

—Dime que te gusta la falda, Martin, o si no voy a tener que volverme a la habitación y no voy a salir nunca más.

—Me gusta tu falda, es fantástica. Tú eres fantástica. Yo soy fantástico —dijo, como en una conjugación. La cogió del brazo y bajaron cojeando la escalera curva (¿Era teatral? Sí, ¡era teatral!) hasta el comedor, donde Carlo los condujo hasta sus puestos en la mesa.

—La disposición de los asientos cambia todas las noches —dijo Carlo con un acento italiano cortado—, para ayudar a la polinización cruzada de las ideas.

—¿Cómo dice? —dijo Adrienne.

Había unas treinta y cinco personas, todas cuarentonas o cincuentonas, con la extraña expresión ambigua de alegría y hastío de los académicos: Martin la había descrito una vez como «un cruce entre flirteo y topetazo». El puesto de Adrienne se encontraba en el otro extremo de la sala, entre un historiador que escribía un libro sobre un monje llamado Joaquín de Fiore y un musicólogo que había consagrado su vida a la búsqueda del «andante serio». Todos estaban sentados en sillas de madera muy barrocas, los respaldos tallados con cabezas a modo de gárgolas que asomaban por encima de cada uno de los hombros del comensal, como una advertencia.

—De Fiore —dijo Adrienne sin saber qué decir, apartando la vista del carpaccio y dirigiéndola al hombre—. ¿No quiere decir «de flor»? —Hacía poco se había enterado de que *desastre* quería decir «mala estrella», y estaba buscando una oportunidad para meter cuchara y soltarlo en algún momento de la conversación.

—¿Es usted cónyuge? —dijo el hombre del monje mirándola.

—Sí —dijo ella. Bajó los ojos y luego volvió a mirarlo—. Pero mi marido también lo es.

—No será guionista de cine, ¿verdad?

—No —dijo ella—. Soy pintora. Bueno, más bien grabadora. En verdad, soy más bien..., ahora mismo estoy en transición.

Él asintió y volvió a hundirse en su comida.

—Tengo miedo de que acaben por dejar entrar guionistas de cine.

Había ensalada de espinacas y ossobuco de plato principal. Se volvió hacia el musicólogo.

—¿Encuentra usted normalmente poco serios los andantes? — Miró enseguida por encima de las demás cabezas para saludar a Martin con un ademán falso e infantil.

—Es el uso de la séptima menor —dijo el musicólogo entre dientes—. Fraudulenta y saturada.

—Si la comida no fuera tan buena, me iría ahora mismo —dijo Adrienne a Martin. Estaban tendidos en la cama, en la pista de patinaje alfombrada que tenían por habitación. Podrían pasar semanas, ella lo sabía, antes de que tuvieran relaciones sexuales en ese lugar—. Tan fraudulenta y saturada —dijo con voz aguda y nasal, al estilo de la voz que Martin había oído sólo una vez, en una reunión de departamento presidida por un rencoroso jefe de departamento interino que hacía imitaciones de los colegas que no estaban en la sala—. ¿Se puede usar la palabra *saturada* así?

—En cuanto te instales en el estudio, te encontrarás mejor — dijo Martin, que se comenzaba a apagar y buscaba a tientas bajo la colcha la mano de ella para cogérsela.

—Quiero el divorcio —susurró Adrienne.

—No pienso dártelo —dijo, atrayendo la mano de ella hacia el pecho y colocándola allí, como una medalla, como un collar de sueño, y luego comenzó a roncar suavemente, como el más silencioso de los radiadores.

Les dieron bolsas con la comida y les desearon que trabajaran bien. El estudio de Martin era un moderno cubo de cristal en medio de uno de los jardines. El de Adrienne era una cabaña de piedra que olía a humedad y se encontraba a veinte minutos cuesta arriba, en un cerro, sobre un cabo boscoso al que se llegaba por un sendero de tierra donde tomaban el sol unas lagartijas que se movían como flechas. Abrió la puerta con la llave que le habían dado, entró e

inmediatamente se sentó y se comió todo lo que había en la bolsa de la comida (rápido, compulsivamente, aunque sólo fueran las nueve y media de la mañana): dos manzanas, un poco de queso y un bocadillo de mermelada. «Pan con mermelada», dijo en voz alta, sujetando el bocadillo, examinándolo bajo la luz.

Dejó el cuaderno de dibujo en la mesa de trabajo y comenzó una mañana llena de matanzas de arañas y de dibujos de sus cuerpos aplastados y trágicos. Las arañas tenían forma de estrella, eran peludas y se escabullían como cangrejos. Eran estrellas caídas. Malas estrellas. Eran un intento de animales terrestres en el cielo. A menudo tenía que pisarlas dos veces: eran grandes y corrían rápido. Si las pisaba una vez, por lo general hacía que corrieran más rápido.

Estaba haciendo el trabajo descuidado del universo, obsesionada con la muerte y paseándose por ahí como un poli. Su fondo personal de compasión por los seres vivos se iba a agotar en la conversación durante la cena en la villa. No tenía compasión de sobras, sólo un lápiz y un zapato.

—¿*Art trouvé*? —dijo Martin secándose con la toalla después de ducharse, mientras se arreglaban para el aperitivo de la tarde.

—Arañas *trouvées* —dijo ella—. Un plato aborigen muy delicado. —Martin soltó una carcajada que la asustó. Ella lo miró y luego se miró los zapatos. Él la necesitaba. Tendría que ir al pueblo para encontrar unas sandalias italianas sexis que dejaran al descubierto los dedos. Tendría que llevárselo a bailar. Tendrían que cogerse y conducirse mutuamente de nuevo hacia el amor o si no allí se volverían locos. Se volverían sarcásticos, maliciosos y violentos. Uno de los dos pondría la zancadilla y el otro tropezaría. Estas cosas.

En la cena se sentó junto a un medievalista que acababa de terminar su sexto libro sobre los *Cuentos de Canterbury*.

—El sexto —repitió Adrienne.

—Hay mucho que decir —dijo el medievalista a la defensiva.

—Seguro que sí —dijo ella.

—Leo con detenimiento, con gran concentración.

—Me alegro por usted.

—Claro que usted debe de pensar que tendría que escribir un libro sobre Cat Stevens —dijo mirándola de hito en hito. Ella asintió con neutralidad—. Ya veo.

De postre, Carlo sirvió una tarta de chocolate blanco, y ella decidió pasar la mayor parte de la hora de los postres y la sobremesa hablando de la tarta. Los postres así nacen, no se hacen, diría. Ya estaba practicando, ensayando para la sobremesa.

—Qué curioso —dijo al médico sueco que tenía a su izquierda —: hasta hoy mis sentimientos por el chocolate blanco eran ¿por qué?, ¿qué sentido tiene? Podrías comer cera y sería lo mismo. — Tenía un codo encima de la mesa, la mano levantada cerca de la cara; miró con nerviosismo más allá del médico y sonrió a Martin, que se encontraba en el otro extremo de la larga mesa. Agitó los dedos en el aire como si fueran patas de bichos.

—Sí, claro —dijo el médico frunciendo el entrecejo—. Usted debe de ser..., bueno, ¿es usted una de las cónyuges?

Por las mañanas comenzó a reunirse con otras cónyuges (les iban a dar unas camisetas de tirantes con algo estampado) en la sala de música para hacer ejercicio. De ese modo podía evitar oír palabras como *heideggeriano* e *ideológico* durante el desayuno; le parecía que por la mañana era demasiado temprano para oír esas palabras. Las mujeres apartaron los sofás de damasco e hicieron un espacio en la alfombra donde todas pudieran hacer ejercicios suaves de caderas y muslos, dirigidas por la esposa del médico sueco. Arriba, abajo; arriba, abajo.

—Supongo que esto te relaja —dijo la mujer de pelo blanco que había junto a ella.

—El bourbon relaja —dijo Adrienne—. Esto te destroza.

—El bourbon te destroza —dijo una cabeza pelirroja de Brasil.

—Tienes que ir a ver a esa mujer del pueblo —susurró la mujer de pelo blanco. Llevaba una camiseta de la marca deportiva Spalding.

—¿A quién?

—Sí, ¿a quién? —preguntó la rubia.

La mujer de pelo blanco se detuvo y tendió a las dos una tarjeta que sacó del bolsillo del pantalón corto.

—Es una masajista estadounidense. Dos de nosotras hemos comenzado a ir. Acepta liras o dólares, no importa. Tenéis que llamar con un par de días de antelación.

—Gracias —dijo Adrienne y se metió la tarjeta bajo el elástico, y reanudó los ejercicios moviendo la pierna arriba y abajo, como la barrera de un puesto de peaje.

Para cenar había *tacchino alla scala*.

—Me pregunto cómo se hará esto —dijo Adrienne en voz alta.

—Querida —dijo el historiador francés sentado a su izquierda —. Nunca hay que preguntar, sólo preguntarse. —Luego siguió menospreciando el intelectualismo orgánico, los tropos aletargados, las contingencias genealógicas.

—Sí —dijo Adrienne—, platos como éste tienen una especie de realidad omnihistórica. Por lo menos eso es lo que me parece a mí.

—Se volvió rápidamente.

A su derecha estaba sentada una antropóloga cultural que acababa de volver de China, donde había estudiado el infanticidio.

—Sí —dijo Adrienne—, el infanticidio.

—Allí se disponen a hacer algo espantoso. Es todo el futuro, también nuestro futuro, y algo terrible les va a ocurrir. Uno se da cuenta enseguida.

—Qué atroz —dijo Adrienne. No conseguía seguir con el trabajo mecánico de comer, con el cuchillo y el tenedor, arriba y abajo. Dejó el tenedor y el cuchillo cruzados descansado en el plato.

—Una mujer tiene que pedir un permiso para tener un hijo. Todo son sobornos y racionamientos. Fuimos a hacer excusiones a la montaña, y no vimos ni un solo pájaro, ni un solo animal. A lo largo de los años se lo han ido comiendo todo.

Adrienne sintió un leve peso dentro del brazo que desaparecía y volvía, desaparecía y volvía, como la historia de algo, como la historia de todas las cosas.

—¿De dónde eres? —preguntó Adrienne. No podía distinguir su acento.

—De Múnich, la tierra del *Oktoberfest*. —Se hundió en su comida de un modo exasperado, luego se volvió hacia Adrienne para sonreírle con cierta formalidad—. Me crie viendo a todos esos adultos vestidos de fieltro verde vomitando por la calle.

Adrienne le devolvió la sonrisa. Ahora era así como aprendía del mundo, con frases durante las comidas; destilaciones de otra gente en medio de su propio y vago dolor. Esto, para ella, era el conocimiento: cambiarse de posición para escuchar, vaciarse los brazos; las vivencias de la otra gente recorriendo las habitaciones desnudas de su cerebro, buscando un lugar donde sentarse.

—¿Yo? —decía demasiado a menudo—, sólo soy una estudiante que no terminó la carrera en la Universidad de Sue Bennet.

—¿Y dónde está eso? —preguntaba la gente educadamente asintiendo con la cabeza.

A la mañana siguiente, en la habitación, se sentó junto al teléfono con la mirada perdida. Martin se había ido al estudio; su libro iba estupendamente bien, decía, cosa que hizo que a Adrienne le entrara un sentimiento de abandono y de malestar (por ser infeliz y no apoyarlo), lo cual le hizo pensar que no era siquiera una de las cónyuges. ¿Quién era? Lo contrario a una madre. Lo contrario a una cónyuge.

Era la Mujer Araña.

Levantó el teléfono, marcó para hablar con el exterior y llamó al teléfono de la masajista de la tarjeta.

—*Pronto!* —dijo la voz al otro lado de la línea.

—Sí, hola. *Per favore, lei parla la mia lingua?*

—Ah, sí —dijo la voz—. Soy de Minnesota.

—¡No me diga! —dijo Adrienne. Se tendió y buscó el techo para hablar—. Una vez me inscribí a un boletín informativo que se publicaba en Minnesota.

—Sí —dijo la voz con un poco de impaciencia—. En Minnesota hay un montón de boletines sobre casas encantadas.

—Una vez viví en una casa encantada —dijo Adrienne—, en la época de la universidad. Yo y cinco estudiantes más.

La masajista se aclaró la garganta confidencialmente:

—Sí, una vez me llamaron para exorcizar los demonios de una casa encantada. Pero ¿qué puedo hacer por usted?

—¿De verdad que la llamaron?

—¿Me llamaron? Ah, sí, la casa, sí. Cuando llegué, vi que lo único que le hacía falta a ese lugar era una buena limpieza. Así que me puse a limpiar. Lavé los platos y quité el polvo.

—Sí —dijo Adrienne—. La casa donde estábamos también la embrujaron así.

Se hizo un silencio extraño durante el cual Adrienne, que sentía algo tenso y húmedo en la habitación, comenzó a juguetear con la bolsa de la comida que estaba sobre la cama, abriendo los bocadillos nerviosamente, pensando que si se volvía, el auricular sujeto en el cuello, vería al niño detrás de ella, un poco mayor ahora, un bebé de más de un año, avanzando hacia ella de modo fantasmal de la mano de sus propios padres muertos, la escena de un Nacimiento corrompida por el error y el sueño.

—¿Y ahora en qué la puedo ayudar? —preguntó de nuevo la masajista con firmeza.

«¿Ayudar?», se preguntaba Adrienne de modo abstracto, y recordó que en ciertos países, en vez del ratoncito Pérez, tenían cosas tales como arañas de los dientes. La araña de los dientes

podía robarte los hijos, mezclarlos, darte un niño que no era el tuyo, que estaba cambiado.

—Quiero pedirle hora para el jueves. Si puede. Por favor.

Para cenar había *vongole in umido*, una carne gomosa, cocida al vapor con vino, que daba pie a comentarios comparativos sobre la anatomía de los moluscos y los crustáceos. Adrienne suspiraba y masticaba. Durante el aperitivo, había habido una larga discusión sobre péptidos y experimentos con conejos.

—Ahora bien, las langostas, como sabéis, tienen lo que se llama *hemipene* —dijo el hombre que había a su lado. Era biólogo marino, epidemiólogo o antropólogo. Lo había olvidado.

—Hemipene. —Adrienne recorrió visualmente la sala con un poco de desesperación.

—Sí. —Sonrió—. No es un término que nadie querría oír en una situación íntima, por supuesto.

—No —dijo Adrienne devolviéndole la sonrisa. Se quedó callada un momento y luego dijo—: ¿Es usted uno de los cónyuges?

Alguien asió al hombre del brazo por su derecha y a continuación se volvió en aquella dirección para decir: pues sí, conocía en efecto al profesor tal y tal..., ¿y el año pasado no estaba en Bruselas presentando un artículo en una conferencia de hermenéutica?

Llegaron las *castagne al porto* y el café. La mujer que estaba a la izquierda de Adrienne se volvió por fin y dejó la taza en el platillo con un agudo tintineo.

—¿Sabes?, el chef tiene el sida —dijo la mujer.

Adrienne se quedó un poco paralizada en la silla.

—No, no lo sabía.

¿Quién era esa mujer?

—¿Qué te hace sentir esto?

—¿Cómo dice?

—¿Qué te hace sentir esto? —anunció con lentitud como un maestro de alfabetización.

—No estoy muy segura —dijo Adrienne frunciendo el ceño a las castañas—. Ciertamente, me preocupo por nosotros, por que nos quedemos sin él.

—Muy interesante —dijo la mujer sonriendo, y llevó la mano debajo de la mesa para buscar el bolso y dijo—: Lo cierto es que el chef no tiene sida, por lo menos que yo sepa. Es que estoy haciendo una encuesta para comprobar la reacción de la gente ante el sida, la homosexualidad y las ideas generales del contagio. Soy socióloga. Es parte de mi investigación. Acabo de llegar esta tarde. Me llamo Marie-Claire.

Adrienne se volvió hacia el hombre del hemipene.

—¿Cree que la gente de por aquí es mezquina? —preguntó ella.

—Claro que sí —dijo sonriéndole de modo paternal. Se hizo un silencio largo con un poco de masticación—. Pero el lugar es precioso, como de postal.

—Sí, bueno —dijo Adrienne—. Nunca envío esa clase de postales. Donde sea que esté, siempre envío esas con bromas de gatos.

—Pues te vamos a buscar algunas bromas de gatos —dijo posando un momento su mano en el hombro de ella. Echó un vistazo a la habitación como desconcertado y luego se miró el reloj.

Había establecido aquel vínculo en un estado de emergencia, como un polluelo. Pero quizá ese matrimonio fuera tranquilizador. Quizá fuera como un agradable baño de agua caliente. Un agradable baño de agua caliente en una bañera que sale volando por un tejado.

Por la noche, Martin y ella casi parecían marido y mujer, el pecho de uno contra la espalda del otro en una especie de amor desmemoriado (un cielo quieto y frío por el que podría explotar una

palabra o una caricia como una luna, luego desaparecer, sin que nadie la recordase). Ella movió los brazos para rodearlo y lo sintió muy grande, enorme, que le llenaba los brazos.

La mujer de pelo blanco que le había dado la tarjeta de la masajista se llamaba Kate Spalding, y era la esposa del hombre del monje, y después del desayuno le preguntó a Adrienne si quería ir a correr. Se encontraron junto a los leones, Kate una vez más con una camiseta Spalding, y se dirigieron por la gravilla hacia los jardines.

—Esto es precioso, como una postal, ¿verdad? —dijo Kate. Al otro lado del lago, las montañas parecían presidir sobre las minucias de los pueblos de terracota enclavados más abajo. Era mayo y los Alpes estaban perdiendo su sombrero de nieve, las enfermeras se estaban soltando el pelo. El aire era tibio. Podía pasar cualquier cosa.

—¿Tú crees que la gente de aquí tiene relaciones sexuales?

—¿Quieres decir relaciones esporádicas? ¿Entre los invitados?

—¿Relaciones esporádicas? —Adrienne se sentía enfadada—.

No, no digo relaciones esporádicas. Hablo de sexo de Sears & Roebuck, azarosamente profundo, difícil. Hablo del sexo matrimonial.

Kate soltó una risa aguda, parecida a un ladrido, que por alguna razón hirió los sentimientos de Adrienne.

—No creo en el sexo esporádico —dijo Adrienne y se subió los calcetines—. Creo en el matrimonio esporádico.

—A mí no me mires: me casé con mi marido porque estaba profundamente enamorada de él.

—Sí, bueno —dijo Adrienne—. Me casé con mi marido porque pensé que era una excelente manera de conocer tíos.

Kate ahora se reía de verdad. Su pelo blanco era como de abuelita, pero tenía la cara joven y bronceada, y sus dientes brillaban con generosidad, mojados, los incisivos cremosos y curvados como anacardos.

—Lo he intentado todo, pero es que simplemente no funciona —añadió Adrienne, corriendo sin moverse de lugar.

Kate se acercó y le hizo un masaje a Adrienne en el cuello. Tenía la piel arrugada y como de papel.

—Todavía no has ido a ver a Ilke de Minnesota, ¿verdad?

Adrienne fingió que sufría alguna perturbación.

—Es que parezco tan tensa, tan perdida, tan... —Y dejó que los brazos se le abrieran como en un espasmo—. Iré mañana.

«Era un niño precioso, ¿verdad?» En la cama, Martin la tenía cogida hasta que se volvió, le asió la mano y se quedó dormido. Por lo menos había eso: un marido durmiendo junto a su esposa, un marido agradable durmiendo cerca. Aquello quería decir algo para ella. Comprendía que a través de los años el matrimonio acumularía fuerza, su comodidad animal sancionada socialmente, su vida nocturna, una danza del amor soñadora. Estaba tendida despierta y recordaba cuando su padre, al final, estaba tan enfermo y senil que su madre ya no podía dormir en la misma cama que él (el desorden, el olor) y lo tuvieron que trasladar, con pañales y hediondo, a la habitación contigua de los invitados. Su madre había llorado al darle esa despedida a un marido. Por perderlo al final de ese modo, haciéndolo desaparecer y dejándolo de lado como un muerto, para nunca más dormir con él: había llorado como un bebé. Su muerte real no le afectó de ese modo. Durante el funeral no se dejó vencer por la pena y no lloró e invitó a todo el mundo a su casa a tomar un té elegante y silencioso. Cuando pasaron dos años y a ella le diagnosticaron cáncer, le había vuelto un poco el sentido del humor. «El asesino silencioso —decía con un guiño—. El *Asesino Silencioso*.» Parecía que se deleitaba repitiéndolo, aunque nadie sabía qué responder, y muy al final, se asía a los dobladillos de las enfermeras y les preguntaba: «¿Por qué no viene nadie a visitarme?». La gente no vive tan cerca, explicaba Adrienne. Nadie vive tan cerca de nadie.

—¿No os parece interesante esta sopa? —dijo Adrienne a nadie en particular después de dejar la cuchara en la mesa. *Zup-pa mari-tata!* Sopa de matrimonio. Concluyó que quizá fuese como el matrimonio: una buena idea que, como todas las ideas, viven en la tierra con torpeza.

—No es poetisa, espero —dijo el geólogo inglés que estaba a su lado—. El mes pasado tuvimos a una poetisa y las cosas se pusieron un poco mal para los que estábamos por aquí.

—Ah, sí. —Después de la sopa había arroz negro.

—Sí. Se refería todo el rato a los insectos como «erratas de Dios» y luego una noche nos hizo quedar a todos después de cenar para leernos algunos de sus poemas, que parecían consistir en una repetición incesante del verso: «El kiwi peludo de sus pelotas».

—El kiwi peludo —repitió Adrienne, buscando la frase musical de un andante sincero. Antaño había escrito un poema. Lo había titulado «Noche asquerosa en la niebla» e iba de un largo paseo que hizo una vez durante una noche asquerosa.

El geólogo sonrió ligeramente al *risotto*, esperando que Adrienne dijera algo más, pero ahora ella estaba mirando en dirección a Martin, que estaba en la otra mesa. Estaba junto a la socióloga con la que ella se había sentado la noche anterior, y mientras Adrienne lo observaba, vio que la mirada de Martin iba, de un modo enfermizo, de la socióloga a su plato y del plato a la socióloga. «¿El cocinero?», dijo en voz alta, y a continuación dejó caer el tenedor y apartó la silla de la mesa.

La socióloga frunció la frente. «Estás suspendido», dijo.

—Mañana voy a ver a una masajista. —Martin estaba boca arriba en la cama y Adrienne estaba a horcajadas sobre su cadera, normalmente una de sus posturas favoritas para conversar. En el aparato de música sonaba una de las cintas de Mandy Patinkin que se había traído.

—La masajista. Sí, algo he oído.

—¿Ah, sí?

—Pues sí. Hablaron de ella ayer durante la cena.

—¿Quién? —Ya se sentía posesiva, sola.

—Oh, una de ellas —dijo Martin, sonriendo y agitando la mano como quitándole importancia.

—De ellas —dijo Adrienne fríamente—. Te refieres a una de las cónyuges, ¿verdad? ¿Por qué aquí todos los cónyuges son mujeres? ¿Por qué las mujeres académicas no tienen cónyuges?

—Creo que algunas sí lo tienen. Sólo que no están aquí.

—¿Dónde están?

—¿No te puedes apartar? Te estás sentando en mi ingle.

—Está bien —dijo, y se bajó.

A la mañana siguiente pasó por delante de los pinos cónicos que había en la ladera hecha terrazas (tan parecido al terreno de un palacio, el palacio de una princesa malhumorada llamada Sophia o Giovanna) y anduvo diez minutos cuesta abajo por un camino serpenteante hasta la verja cerrada que daba al pueblo. Aquella noche había llovido y los caracoles, dorados y malvas, decoraban las piedras del camino, a veces en el mismísimo centro, lo que hacía que Adrienne de vez en cuando se torciera el tobillo. «Un paso de baile», pensó. Moderno y con la rodilla doblada. Muy Martha Graham. «No nos mates. Ya te mataremos nosotros.» Al final de las últimas escaleras que iban a parar a la verja, apretó el timbre que la abría electrónicamente, y luego se apresuró a cruzarla para salir a tiempo. FALTAN TREINTA SEGUNDOS, decía en un cartel. *TRENTA SECONDI USCIRE. PRESTO!* Se necesitaba una llave para volver del pueblo, y ella la apretó como si fuera un amuleto.

Tenía que seguir la via San Carlo hasta el Corso Magenta, pasar por delante de una heladería y de una panadería con coronas de pan trenzado y bollos cortados con forma de pájaro. Se apretó contra los edificios para dejar pasar los coches. Miró la tarjeta. La

masajista estaba encima de una farmacia, le habían dicho, y ya la veía, un letrero pequeño en el que decía MASSAGGIO DELLA VITA. Empujó la puerta de la calle y subió.

Arriba, por una puerta abierta, accedió a una habitación forrada de libros: libros de vegetarianismo, libros de curación, libros de zumos. Una cacatúa, blanca, con un lunar rojo como el de una esposa hindú, se había colgado de la parte superior de un cuadro. El cuadro era del lago Como o del Garda, aunque cuando se entornaban los ojos, también podía ser una calavera, un obstáculo en el centro, como un arrecife.

—Adrienne —dijo una mujer sonriente que llevaba un vestido morado de campesina. Tenía una gran melena con mechas y una cara feliz y ancha que contenía muchos tonos de rosa. Avanzó hacia delante y estrechó la mano de Adrienne—. Yo soy Ilke.

—Sí —dijo Adrienne.

La cacatúa de repente echó a volar desde su posición privilegiada y se posó en el hombro de Ilke. Picoteó su gran melena y luego miró a Adrienne acusadoramente.

Los ojos de Ilke se movían rápidamente entre los de Adrienne, una lectura rápida, un escaneo de radar. Luego miró el reloj.

—Puedes pasar a la habitación de atrás y enseguida estoy contigo. Puedes quitarte toda la ropa, también las joyas, el reloj y los anillos. Pero siquieres, te puedes quedar en ropa interior. Lo que prefieras.

—¿Qué hace la mayoría de la gente? —Adrienne tragó con dificultad y de manera sospechosa.

—Unos hacen una cosa; los otros, la otra —dijo Ilke sonriendo.

—Muy bien —dijo Adrienne y cogió su libro de bolsillo. Miró la cacatúa—. Es que no me gustaría que la barca volcara por mi culpa.

Avanzó con cautela hacia la habitación de atrás que Ilke le había indicado y se abrió paso a través de una pesada cortina. Consistía en una alcoba espaciosa, sin ventanas y oscura, con una pequeña luz azulada que venía del rincón. En el centro había una camilla con una sábana de franela recién arrugada. Había unos

altavoces instalados debajo de la camilla y de ellos salía una música coral inquietante, ooohs y aaahs sin palabras en tonos menores, con un canto susurrante de fondo que le sonaba a Adrienne como «Jesús es mejor, Jesús es mejor», aunque quizá fuera «Queso sin olor». Del techo colgaba un móvil de estrellas blancas, lunas en cuarto creciente y palomas. En las paredes azules había más nubes y copos de nieve. Era una habitación de niño, una habitación de bebé, todo trataba a toda costa de ser inofensivo y tierno.

Adrienne se quitó toda la ropa, los pendientes, el reloj, los anillos. Ya se había acostumbrado al anillo que Martin le había dado, así que le entristecía y le estimulaba quitárselo, una rápida mirada al paisaje del adulterio. El otro anillo que llevaba era un cuarzo ahumado, que un hombre que le leyó las líneas de la mano en Milwaukee (vestido como un profesor de gimnasia, que había instalado una mesita para las cartas en un restaurante alemán) le había dicho que comprara y llevara en el dedo índice derecho para tener poder.

—¿Qué clase de poder? —había preguntado.

—El de verdad —dijo—. El que tienes aquí —dijo, moviendo la mano alrededor de su mano izquierda y señalando al delgado anillo de plata con una turquesa que llevaba— no es nada.

—Me gusta que te vista un individuo que lee las manos —dijo más tarde a Martin en el coche, al volver. Esto fue antes del incidente de la barbacoa de los Pearson, y las cosas por entonces no parecían imposibles: quería que Martin se enamorara de ella—. Un sujeto que se parece a Mike Ditka, pero que elige las joyas por ti.

—Un individuo que te dice que eres sensible y que muy pronto recibirás dinero de alguien que lleva gafas. ¿De dónde habrá sacado esa historia?

—Tú no crees que sea sensible.

—Me refiero al asunto del dinero y las gafas —dijo—. Y la historia siniestra esa de que cree que estás en las últimas, pero que vas a salir de ésta y vas a vivir para ver como el mundo atraviesa un cambio físico radical.

—Eso sí que era siniestro —asintió.

Había mucho silencio mientras miraban los carriles de la autopista iluminados por la noche, las luciérnagas chocando contra el parabrisas y espachurrándose, todas oro fosforescente, como si el coche estuviera volando por las estrellas.

—Debe de ser duro para alguien como tú salir con alguien como yo —dijo ella.

—¿Por qué dices eso? —había preguntado.

Se subió a la camilla, despojada de todo adorno y del poder del adorno, y se deslizó entre las sábanas de franela. Por un momento se sintió petrificada y asustada, desnuda en una habitación extraña, más desnuda incluso que en la consulta de un médico, donde no te quitas las joyas, como una odalisca. Pero era algo nuevo hacer eso, dirigir el cuerpo a eso, el cuerpo con su obediencia perruna, el deseo perruno de agradar. Se tendió allí a la espera, observando las lunas del móvil girando lentamente, media revolución, mientras por los altavoces de debajo de la camilla llegaba un sonido nuevo, una versión de la canción de cuna de Brahms sintetizada, electrónica. Una niña. Iba a volver a ser una niña. Quizá fuera el bebé de los Spearson. Era un bebé precioso.

Ilke entró en silencio, y apareció tan de repente por detrás de la cabeza de Adrienne, que le dio un buen susto.

—Ven hacia mí —susurró Ilke—. Ven hacia mí. —Adrienne avanzó hasta que sintió la coronilla rozando la barriga de Ilke. La cacatúa entró volando y se posó en una silla cercana.

»¿Estás tensa? —dijo. Presionó con los dos pulgares en el centro de la frente de Adrienne. Las manos de Ilke eran pequeñas, fuertes, huesudas. Garras forradas de piel. Cuanto más apretaba, mejor le parecía a Adrienne, todos sus pensamientos difíciles desanudándose y viajando hacia fuera, a los pulgares de Ilke.

»Respira hondo —dijo Ilke—. No se puede respirar hondo sin relajarte.

Adrienne hundía y sacaba el estómago.

—Vienes de la Villa Hirschborn, ¿verdad? —La voz de Ilke era una risa de complicidad.

—Ehuh.

—Me lo imaginaba —dijo Ilke—. La gente está muy tensa por ahí. Rígidos como tablas. —Las manos de Ilke bajaron por la frente de Adrienne, por las cejas, hasta las mejillas, que apretó repetidamente, en pequeños círculos, como si rompiera los capilares más débiles. Cogió la cabeza de Adrienne y la estiró. Hubo un crujido apagado. Luego presionó con los nudillos el cuello de Adrienne—. ¿Sabes por qué?

Adrienne gruñó.

—Porque se han educado en exceso y ya no pueden hablar con sus propias madres. Eso los enloquece un poco. Literalmente han perdido la lengua materna. Y entonces vienen a mí. Soy su madre y no necesitan hablar.

—Por supuesto te pagan.

—Por supuesto.

Adrienne, de repente, se sintió sumida en una larga caída: de placer, de entrega, de muerte vidriosa, un pedazo de calor puesto en libertad en una habitación. Ilke frotó los lóbulos de Adrienne, masajeó con los nudillos el cuero cabelludo como una peluquera, tiró de la cabeza, los dedos y los brazos como si fueran objetos atascados. Adrienne se convertiría en niña, se uniría a todos los niños, en el cielo, donde vivían.

Ilke comenzó a masajear los brazos de Adrienne con aceite de sándalo, apretándolos, frotándolos, planchándolos; parecía, en un vistazo rápido, una de las lavanderas de Degas. Adrienne volvió a cerrar los ojos y escuchó la música, que había pasado de las canciones de cuna sintéticas a los sonidos de contrapunto de una flauta y de una tormenta. Con esas manos sobre ella se sintió un poco perdonada y comenzó a pensar en el perdón en general, cuánto de ella se requería en la vida: perdonar a todo el mundo, a ti,

a la gente que has querido, y esperar que ellos te perdonen. ¿De dónde se suponía que venía todo ese perdón? ¿Dónde estaba todo ese suministro incombustible?

—¿Dónde estás? —susurró Ilke—. Estás en algún lugar muy lejos.

Adrienne no estaba segura. ¿Dónde estaba? En su propia cabeza, como en un sueño. En los fuelles de sus pulmones. ¿Qué era? Quizá un niño. Quizá un cadáver. Quizá un helecho en el bosque durante la tormenta; un pájaro cantor. Las sábanas ya no la cubrían. Ahora las manos estaban por todas partes. Quizá estuviera debajo de la mesa con la música o en un rincón mohoso de su cadera. Sintió cómo Ilke la frotaba con aceite de cintura para arriba, entre los pechos, perfilando las costillas y describiendo círculos por el abdomen.

—Aquí tienes algo atascado —dijo Ilke—. Algo que no funciona. —Luego la volvió a cubrir con la sábana—. ¿Tienes frío? —preguntó, y como Adrienne no respondía, Ilke cogió otra manta, misteriosamente caliente, y la tendió sobre ella—. Ya está —dijo Ilke.

Colocó la manta de modo que sólo quedaron expuestos los pies de Adrienne. Untó con aceite las plantas de los pies, los dedos; algo salió de Adrienne, como una aceituna. Se sintió como si fuera a llorar. Se sintió como el niño Jesús. El Jesús adulto. «El pobre siempre estará con nosotros.» El Jesús muerto. Queso sin olor. Queso sin olor.

En la mesa de la habitación de fuera, Ilke quería dinero. Treinta y cinco mil liras.

—Te lo puedo dejar por treinta mil liras si quieres venir con regularidad. ¿Te gustaría venir con regularidad? —preguntó Ilke.

Adrienne rebuscaba en su billetera. Se sentó en el balancín de mimbre que había junto a la mesa.

—Sí —dijo—. Por supuesto.

Ilke se había puesto las gafas de leer y ahora abría la agenda para ver si estaba muy ocupada las semanas siguientes. Pasó una página, retrocedió. Miró a Adrienne por encima de las gafas.

—¿Con qué frecuencia te gustaría venir?

—Todos los días —dijo Adrienne.

—¿Todos los días?

El grito de Ilke preocupó a Adrienne.

—¿Día sí y día no? —Adrienne la miró a hurtadillas con expectación. Quizá el masaje la había embrujado, la había destrozado. Quizá se había enamorado.

—Pues día sí, día no —repitió Ilke mirando la agenda y encogiéndose de hombros. Lentamente, como una manera de seguir con la conversación mientras comprobaba su agenda—. ¿Qué tal a las dos en punto?

—¿Lunes, miércoles y viernes?

—Ocasionalmente podemos quedar en sábado.

—Muy bien. De acuerdo.

Adrienne dejó el dinero sobre la mesa y se levantó. Ilke la acompañó a la puerta y le tendió la mano de modo formal. Su cara había cambiado del rosa de antes a un naranja extraño y brillante.

—Gracias —dijo Adrienne. Estrechó la mano de Ilke, pero luego se inclinó hacia delante y la besó en la mejilla; la besaba para hacer desaparecer el negocio—. Adiós —dijo.

Avanzó con cautela escaleras abajo; todavía no había vuelto completamente a su cuerpo. Tenía que ir despacio. Se sentía como si acabara de ver a Dios, pero también como si acabara de ver a una prostituta. Ya en el exterior, anduvo hasta la villa, pero primero se detuvo en la heladería para tomarse una tarrina pequeña de helado de avellana. Era suave, tostado, mantecoso, como un licor exquisito, y pensó en lo diferente que era del helado de Estados Unidos, que parecía ya, en su mayor parte, agredido por niños armados con galletas.

—Bien, Martin, ha sido un placer conocerte —dijo Adrienne sonriendo. Tendió una mano para estrecharle la suya y con la otra le dio palmaditas en el hombro—. Has sido muy comprensivo. Espero que no te lo tomes a pecho.

—Acabas de volver del masaje —dijo un poco atontado—, ¿cómo te ha ido?

—Como dirías tú, «relajante». Como diría yo..., bueno, no diría nada.

Martin la condujo a la cama.

—Dame un beso y cuéntame —dijo.

—Te doy un beso y ya está —dijo ella besándolo.

—Me conformo con eso —dijo él.

Pero entonces ella se detuvo y se metió en el baño para ducharse antes de cenar.

Para cenar había *zuppa alla paesana* y a continuación *salsiccia alla griglia con spinacci*. Por primera vez desde que llegaron estaba sentada cerca de Martin, que se encontraba a su izquierda en diagonal. Él estaba junto a otro economista y hablaba acaloradamente con él acerca de un libro sobre la división del trabajo y política económica.

—¡Pero Wilkander sacó esa teoría de Boyer! —Martin dejó que la cuchara cayera violentamente en la *zuppa* antes de que llegara el camarero y le retirara el cuenco.

—Digamos —dijo el otro hombre con calma— que era una especie de homenaje.

—Si eso es «homenaje» —dijo Martin jugueteando con el tenedor—, me gustaría rendirle un pequeño «homenaje» al Chase Manhattan Bank.

—Pienso que todo el mundo veía que no estaba suficientemente bien desarrollada y que alguien lo iba a hacer.

—Claro. Y el hermano mellizo de uno es simplemente una explicación del texto.

—¿Por qué no? —Sonrió el otro economista. Estaba calmado, probablemente fuera un especialista en economía de la oferta.

«Pobre Martin», pensó Adrienne. Pobre Martin keynesiano, pobre Martin marxista, sudoroso y rojo. «¿A la izquierda de Lenin? —había exclamado indignado ante un ingeniero agrónomo—. ¿A la izquierda de Lenin? ¡A la izquierda de las Lennon Sisters, dirás!» Pobre Martin, criado-ateo-en-Ohio, impío. «En Navidad —le contó una vez— íbamos a la Tienda de la Ciencia a adorar los mecheros Bunsen.»

Simplemente tendría que encontrar la blusa adecuada, el perfume adecuado, recibirla en el sofá con un hombro al descubierto y con un arrullo: «Hola, Hombre mío», llevarlo junto al lago cerca de la capilla de la Sfondrata y hacer que se acostase con ella. Contratar a alguien. Se volvió hacia el erudito que tenía a su lado, que acababa de llegar aquella mañana.

—¿Qué tal el vuelo? —preguntó. Ya no se avergonzaba por sus comentarios intrascendentes a la hora de la cena.

—*Vuelo* es la palabra —dijo—, necesitaba volar lejos de mi piso, las facturas, el coche renqueante. Venir a un lugar en el que me cuiden.

—Supongo que éste es el lugar —dijo—. Aunque no le arreglarán el coche. Al parecer no quieren oír hablar del asunto.

—He venido con una beca Guggenheim —dijo.

—¡Qué bien! —Pensó en el museo de Nueva York, y en los pendientes que se había comprado en la tienda del museo y que no había estrenado porque siempre le parecía que estaban rotos, aunque ése era el aspecto que se suponía que debían tener.

—Pero no se me ocurrió pedir a la fundación el dinero suficiente. No me di cuenta de cuánto se podía pedir. No pedí la misma cantidad que los demás, así que recibí bastante menos.

—Así que en vez de recibir una Guggenheim normal te dieron una Guggenheim pequeña —dijo Adrienne con comprensión.

—Sí —dijo él.

—Una Guggenheimita —dijo ella.

—Eso mismo —dijo él sonriendo con una mueca de preocupación.

—Así que ahora tienes que vivir en Villa Guggenheimita.

Dejó de mover una salchicha con el tenedor y dijo:

—Sí, he oído decir que aquí se dicen cosas muy occurrentes. —Ella quiso torcer la boca igual que él—. Lo siento —añadió el hombre—. Es una broma.

—Es el desfase de horarios —dijo ella.

—Sí.

—El desfase de horaritos. —Le sonrió—. Hablamos como los niños. Nos encanta. —Se detuvo un momento—. La semana pasada no estábamos así. Has llegado un poco tarde.

«Era un niño precioso.» En la oscuridad había como latidos, como unos tam tam y un agudo flautín por encima. No podía mirar porque cuando miraba se scandalizaba: las manos de otra mujer por todo su cuerpo. Lo que hacía era mantener los ojos cerrados y concentrarse en la entrega y en su apacible invalidez. A veces se concentraba en estar donde estaban las manos de Ilke: en los pies, en la parte baja de la columna.

—Tus padres ya no viven, ¿no? —dijo Ilke en la oscuridad.

—No.

—¿Murieron jóvenes?

—A la mitad. Murieron a la mitad. Yo fui hija de último momento, menopáusica.

—¿Quieres saber lo que siento en ti?

—De acuerdo.

—Siento una ternura grande y profunda. Pero también siento que te han deshonrado.

—¿Deshonrado? —Qué japonés. A Adrienne le gustó cómo sonaba.

—Sí, tienes un miedo metido muy adentro. Aquí. —Las manos de Ilke estaban debajo de las costillas de Adrienne.

Adrienne respiró profundamente, hacia dentro y hacia fuera.

—Maté a un niño —susurró.

—Sí, todos hemos matado a un niño: hay una criatura en todos nosotros. Por eso la gente viene a verme, para volver a unirse con él.

—No, yo maté a uno de verdad.

Ilke se quedó muy callada y luego dijo:

—Ahora puedes ponerte de lado. Ponte esta almohada debajo de la cabeza, y esta otra entre las rodillas.

Adrienne se dio la vuelta con torpeza para ponerse de lado. Por último, Ilke dijo:

—Este país, el Papa, la Iglesia hacen que las mujeres sean asesinas. No debes dejar que te hagan eso. Acércate un poco hacia mí. Así es.

No es así, pensó Adrienne, en esta disolución temporal, viendo la muerte y el nacimiento, viendo el principio y luego el final, cómo eran del mismo negro silencioso, la misma nada después: la vida de todas las personas aparecía en el mundo como una película en una habitación. Primero oscuridad, luego luz, luego otra vez oscuridad. Pero estaba todo organizado de modo que en algún lugar siempre había luz.

No es así. «No es así —pensó—. Pero gracias.»

Cuando aquella tarde se marchó en busca de azúcar en alguna de las tiendas, avanzaba con lentitud, cegada por un ángulo de la luz de la tarde, pero también con el convencimiento de que había visto a Martin avanzar hacia ella por la calle estrecha, acercándose como el leñador con andares bruscos que a veces parecía ser. Su mirada entornada, sin embargo, no pudo captar la de él, y de repente giró hacia la izquierda y se metió por una calle. Cuando llegó a la esquina, él había desaparecido. «Qué extraño», pensó. Se había sentido cerca de algo, de él, y de repente no. Tomó el camino ascendente, en dirección a la villa, y fue al estudio de Martin y llamó a la puerta, pero no estaba allí.

—Hueles bien —dijo a Martin dándole la bienvenida. Había pasado un rato y ella acababa de volver a la habitación, y lo encontró allí—. ¿Te acabas de bañar?

—Hace un rato —dijo él.

Se acurrucó contra él, con coquetería.

—¿No una ducha? ¿Un baño? ¿Has puesto sales de baño en el agua?

—Me he dado un baño muy masculino —dijo Martin.

—¿Qué perfume tienen? —dijo tras olerlo de nuevo.

—Un perfume varonil —dijo—. De roca, me di un baño con sales con perfume de roca.

—¿Te has dado un baño de burbujas? —Ella inclinó la cabeza hacia un lado.

—Sí —dijo él sonriendo—, pero, eh, yo me he hecho las burbujas.

—¿Tú solito? —dijo ella apretándole el bíceps.

—Sí, he golpeado el agua con el puño.

Ella fue hacia el aparato de música y puso una cinta. Miró a Martin, que de repente parecía infeliz.

—Esta música te molesta, ¿verdad?

Martin se retorció.

—Es sólo que... ¿por qué no puede cantar ni una sola canción entera?

—Porque —dijo pensando en ello— es el rey de las mezclas.

—¿No has traído nada más?

—No.

Volvió a donde estaba Martin y se sentó junto a él, en silencio, oliendo su perfume, como si fuera algo raro.

Para cenar había *vitello alla salvia*, guisantes pequeños y pasta hecha con caviar.

—Hay que atajar el problema antes de que sea demasiado tarde —suspiró Adrienne—. Una helada temprana.

Un hombre gordo y mayor, que llegaba tarde, corrió la silla y la puso encima de su pie, y luego se sentó. Ella dio un grito.

—Oh, vaya, lo siento —dijo el hombre, levantándose todo lo que podía.

—No se preocupe. De verdad, no se preocupe.

Pero a la mañana siguiente, durante los ejercicios, Adrienne se observó el pie atentamente mientras levantaba la pierna. El dedo gordo estaba hinchado y azul, y la uña estaba suelta y había tomado un ángulo raro y desquiciado.

—Vas a perder la uña del dedo gordo —dijo Kate.

—Estupendo —dijo Adrienne.

—A mí me ocurrió en una ocasión, durante mi primer matrimonio. Mi marido me tiró un diccionario en el pie. Una de esas cosas subconscientes. La furia en un libro muy grande.

—¿Has estado casada antes?

—Oh, sí —suspiró—. Tuve uno de esos matrimonios de ensayo, ya sabes, en que tú eres feminista y entrenas al individuo, y entonces luego otra feminista viene y se lleva al sujeto.

—No sé —dijo Adrienne frunciendo el entrecejo—. Creo que hay algo que no acaba de funcionar si las palabras «feminista» y «se lleva al individuo» están en la misma frase.

—Sí, bueno...

—¿Estabas disgustada?

—Pues claro. Pero luego he hecho de todo. Había insistido en la separación de bienes, en ser independiente económicamente. Trabajaba. Me encargaba de los niños. Pagaba la casa; cocinaba; limpiaba. Me encontré gritando: «¿Esto es feminismo? ¡Pues gracias, Gloria y Betty!».

—Pero ahora estás con otra persona.

—Enseñado, con sistema de autolimpieza. Con las pilas incluidas.

—Alguien lo entrenó y tú te lo quedaste.

—Pues sí —dijo Kate sonriendo—. ¿Qué?, ¿estoy loca?

—¿Qué le pasó al dedo?

—La uña se cayó. Y la que me creció era ondulada y oscura y asustaba a los niños.

—Oh —dijo Adrienne.

—¿Por qué alguien publicaría seis libros sobre Chaucer? —Adrienne observaba cómo Martin se vestía. Ella también fumaba un cigarrillo. Una de las cosas raras de la villa era que todos los fumadores habían dejado de fumar, y que los no fumadores habían comenzado a fumar. La gente se ponía en contacto con su otro yo. Abundaban los cigarrillos regalados. Aparecían cartones junto a las puertas de las habitaciones.

—Tienes que entender las publicaciones académicas —dijo Martin—. Nadie lee esos libros. Simplemente, todo el mundo se pone de acuerdo en publicar lo de los otros. Es una gran estupidez en círculo. Es un acuerdo rentable y gigante. Cuando te paras a pensar en ello, probablemente viola la ley de Sherman.

—¿Una gran orgía de palmaditas en la espalda en círculo? —preguntó insegura. El cigarrillo la mareaba.

—Sí —dijo Martin mientras se volvía a hacer el nudo de la corbata.

—Pero ¿seis libros de Chaucer? ¿Por qué no, por ejemplo, un libro sobre Cat Stevens?

—A mí no me mires, yo estoy dentro del círculo.

—Pues entonces te voy a cantar —dijo ella con un suspiro—. Música ambiental. —Se inventó una melodía romántica que sonaba a asiática, y bailó por la habitación con el cigarrillo como si flotase y las extremidades fueran alas—. Éste es el baile de la esperanza.

Y llegó la hora de ir a cenar.

Al parecer la cacatúa se había acostumbrado a Adrienne; silbaba dos veces y luego volaba a la habitación de atrás, se posaba con rapidez en el marco del cuadro y esperaba con ella a Ilke. Adrienne

cerró los ojos y respiró profundamente, se subió la sábana de franela hasta debajo de los brazos, apretándosela, como un *sarong*.

La cara de Ilke apareció en la oscuridad, en lo alto, como si fuera una madre que va a echar un vistazo e inspecciona la cuna.

—¿Cómo estás?

Adrienne abrió los ojos y vio que Ilke llevaba una camiseta en la que decía *DI UNA ORACIÓN. MIMA UNA PIEDRA*.

«Di una oración.»

—Bien —dijo Adrienne—. Me siento de puta madre.

«Mima una piedra.»

Ilke recorrió con los dedos el pelo de Adrienne, tarareando en voz muy baja.

—¿Qué música es la de hoy? —preguntó Adrienne. Al igual que Martin, ella también se había hartado de las cintas de Mandy Patinkin, toda esa exuberancia sin límite.

—Grillos y uapitíes —susurró Ilke.

—Grillos y uapitíes.

—Grillos y uapitíes y una arpita.

Ilke comenzó a moverse alrededor de la mesa, tirando de las extremidades de Adrienne y apretándole los tendones con fuerza.

—Hoy hago masaje con coreografía —dijo Ilke—. Por eso me he puesto este vestido.

Adrienne no se había dado cuenta del vestido. En cambio, con la luz, que ahora era débil (a excepción de las nubes iluminadas de las paredes), se sintió hundiéndose en los lagos de la muerte, muy dentro de los huesos, los pozos oscuros de soledad, fracaso, culpa.

—Ahora puedes darte la vuelta —oyó decir a Ilke.

Y forcejeó un poco entre las sábanas para conseguirlo, hasta que Ilke la ayudó, como si fuera una enfermera y Adrienne una persona vieja y enferma. Una víctima de una embolia, eso era lo que era. Se había convertido en una víctima de una embolia. Luego posó la cara en las planchas recubiertas con toallas que sobresalían de la camilla («la cuna», la llamaba Ilke), Adrienne comenzó a llorar en silencio, el masaje profundo en el cuerpo la fundía en una

ecuación de tristeza animal, cuero de zapato y salmuera. Comenzó a entender por qué la gente querría vivir en esas zonas oscuras del averno, un fundirse provocado por el sueño, la bebida o esto. Al alma le parecía más verdadero y más familiar que el destello lleno de trajín y complicación que era la vida corriente. Los brazos de Ilke se inclinaron hacia ella, sus pechos rozaron suavemente la cabeza de Adrienne, que ahora se sentía conectada al resto de ella sólo por filamentos e hilos. El cuerpo de repente parecía un tumor en el cerebro, un mero medio de transporte, un vagón; el carruaje de la mente ahora desmontado, las piezas puestas sobre esa mesa.

—Tienes los trapecios agarrotados —dijo Ilke, masajeando los hombros de Adrienne—. La parte más agarrotada está aquí —añadió apretando fuerte y magullándole un poco el hombro y luego disminuyendo la presión—. Suéltate —dijo—. Suéltalo todo.

—Me podría morir —dijo Adrienne. De repente la música sonó más alta y no pudo oír lo que contestó Ilke, aunque había sonado un poco como «Los cambios son buenos». Aunque quizá haya sido «Los escarnios no son buenos». Ilke tiró de los dedos de los pies de Adrienne y tiró incluso del dedo herido, con la uña suelta y la piel de debajo como agujereada, y luego dejó a Adrienne, allí, en la oscuridad, en la música, aunque Adrienne sintió que era ella más bien la que se iba, como una persona que se está muriendo, como un tren que parte. Sintió la furia soltándose de la espalda, flotando sin rumbo a su alrededor, la furia que no sabía contra qué o quién enfurecerse, aunque seguía enfureciéndose. Se despertó cuando Ilke la sacudió con suavidad.

—Adrienne, despiértate, dentro de poco tengo a otra persona.

—Me debo de haber quedado dormida —dijo Adrienne—. Lo siento.

Se levantó lentamente, se vistió y salió a la otra habitación. La cacatúa salió disparada con ella, rozándole la cabeza.

—Me siento como si me acabaran de bombardear —dijo, cogiéndose la cabeza.

Ilke frunció el entrecejo.

—El pájaro, quiero decir por el pájaro. Ahí adentro —señaló la habitación del masaje— ha sido increíble. —Rebuscó en el monedero para pagar. Ilke había trasladado la silla de mimbre al otro lado de la habitación, de modo que ya no había ningún lugar donde sentarse o entretenerte—. ¿Quieres liras o dólares? —preguntó y se sorprendió un poco cuando Ilke contestó con bastante firmeza: «Prefiero liras».

Ilke se aburría con ella. Eso era. Adrienne había tenido una experiencia religiosa, pero Ilke... Ilke sólo era educada. Adrienne le tendió el dinero e Ilke se lo quitó de las manos, luego abrió la puerta de la entrada y se inclinó para darle a Adrienne el beso con el que te echan a patadas, y cerró la puerta.

Adrienne se encontraba en la niebla, las piernas como de lana, los ojos desacostumbrados a la luz. Fuerá, delante de la farmacia, si no tenía cuidado, la iba a atropellar un coche. ¿Cómo era capaz Ilke de enviar a la gente a la calle llena de agitación, así como así, cuando estás todo suelto y aturdido? Adrienne sentía el cuerpo pastoso, enlodado. Era bueno, suponía. Descomposición. Avanzaba con lentitud, con cuidado, el paso a lo Martha Graham, a lo largo de la acera estrecha entre las calzadas y las tiendas. Y cuando rodeó la esquina para dirigirse hacia el ascendente sendero de Villa Hirschborn, vio a Martin, su marido, doblando la esquina y siguiendo su camino.

—¡Hola! —dijo ella, de repente encantada de encontrárselo así, lejos de lo que ella ahora llamaba «el cuartel»—. ¿Vas a la farmacia? —preguntó.

—Eh, sí —dijo Martin. Se inclinó para besarle la mejilla.

—¿Quieres compañía?

Parecía un poco perplejo, como si necesitara estar solo. Quizá fuese a comprar condones.

—Oh, da igual —dijo alegremente—. Ya te veré luego, en el cuartel, antes de la cena.

—Muy bien —dijo y le cogió la mano, dio dos pasos hacia atrás, y se la soltó, suavemente, en el aire.

Se alejó de allí en dirección a un pequeño parque, il Giardino Leonardo, que se encontraba pasada la estación de los *vaporetti*. Cerca de un rododendro especialmente exuberante había una mujer baja y de piel oscura con un pañuelo turquesa brillante atado al cuello. Había puesto una mesa con un letrero que decía: CHIROMANTE: TAROT E FACCIA. Adrienne se sentó frente a ella, en la silla vacía.

—Americana —dijo.

—Leo la cara, las manos o las cartas —dijo la mujer del fular azul.

Adrienne se miró las manos. No quería que le leyera la cara. Ya vivía con eso. Sucedía en la villa en todo momento, la gente tratando de leerte la cara, congelándose el cerebro con miradas pétreas y comentarios maliciosos de oscuridad, de modo que no podías leer sus caras mientras ellos estaban ocupados leyendo la tuya. Todo eso la hacía sentirse asquerosa como una cabeza solitaria en un cartel de algún lugar.

—Las cartas son lo mejor —dijo la mujer—. Diez mil liras.

—De acuerdo —dijo Adrienne. Aún se miraba la red de sus manos abiertas, tenía allí mismo el lecho seco del río de la vida.

—Las cartas.

La mujer amontonó las cartas y repartió la mitad por la mesa formando una especie de cruz gamada. Luego, sin mirarlas, se inclinó hacia delante con descaro y le dijo a Adrienne:

—¿Está insatisfecha sexualmente?

—¿Es eso lo que dicen las cartas?

—De un modo general. Tienes que coger toda la baraja e interpretar.

—¿Qué dice esta carta? —preguntó Adrienne señalando una en la que había unos cadáveres desnudos asomando por unos ataúdes.

—Ninguna carta dice nada. Es la sensación general que te dan.

—Rápidamente repartió el resto de la baraja por encima de las otras cartas—. Estás buscando una guía, una especie de guía, porque el

hombre con quien estás no te hace feliz, ¿tengo razón?

—Quizá —dijo Adrienne que ya metía la mano en el monedero para pagarle las diez mil liras y así poderse ir.

—Tengo razón —dijo la mujer cogiendo el dinero y pasándole una pequeña tarjeta de visita con lamparones—. Pásate mañana. Ven a mi tienda. Tengo unos polvos.

Adrienne salió del parque dando un paseo, pasó por delante de un grupo de turistas que bajaban de un autobús y luego fue en dirección a la Villa Hirschborn: franqueó la reja, que abrió con la llave, y luego subió la larga escalera de piedra hasta la cima del promontorio. En vez de ir hacia la villa, avanzó por los bosques hacia el estudio, hacia el manojo de arañas muertas que había memorizado en su dolor. Decidió tomar otro camino, no el que iba hacia el estudio, sino el que conducía un poco más arriba de la colina, que era más empinado, hacia un prado que coronaba la cima, con una pequeña ruina romana en un extremo: quedaba todavía una esquina de la fortaleza original. Pero cuando estaba en medio del prado le sucedió algo imprevisto (un viento templado y agradable o el calor de la caminata cuesta arriba), y se quitó toda la ropa, se tendió sobre la hierba y se quedó mirando el cielo oscuro. A ambos lados, los radios de las ramas de los árboles se cruzaban hacia las alturas en una especie de cesta de gato. Justamente por encima de ella pasó la mancha pequeña y plateada de un avión, el morro metálico seguido de su chorro blanco, como la punta de un termómetro. Había cien personas dentro de esa cabeza de alfiler, pensó Adrienne. ¿O acaso fuese en verdad la cabeza de un alfiler? ¿Cómo saber cuándo las cosas eran verdaderamente pequeñas o se veían así por la distancia? Las ramas de los árboles parecían invadir el espacio interior y dar vueltas ligeramente hacia la izquierda, ligeramente hacia la derecha, como algo mecánico. Le entró el sopor y vio al precioso niño de los Pearson haciendo ruiditos con un sombrero de payaso; vio a Martin nadando con furia en una piscina; vio las cuentas desparramadas de su propia fertilidad, todos los óvulos que tenía dentro de ella saltando hacia

fuera como el contenido de una caja de tapioca que tiras por un precipicio. Le parecía que todo lo que había necesitado saber en la vida lo había sabido en un momento o en otro, pero nunca había sabido todas esas cosas a la vez, al mismo tiempo, en un único momento. Estaban esparcidas por todos lados y ella tenía que alejarse de una y olvidarla para conseguir la siguiente. Pasó una sombra a través de ella, dentro de ella, y sintió que se batía en retirada hacia aquel lugar de sus huesos donde se encontraba la muerte y le diste la bienvenida como a un conocido en una habitación; le dijiste hola y entonces estuvisteis listos para lo que fuera a suceder a continuación (que podría ser una guía, la guía que te habrían enviado, la guía que te dirige otra vez hacia tu vida).

Alguien la agitaba suavemente. Se despertó un poco para ver la cara etérea y pálida de una extraña mujer mayor que la estudiaba como si Adrienne fuera algo raro en el fondo de una taza de té. La mujer iba vestida enteramente de blanco, bermudas blancas, chaqueta de punto blanca, un pañuelo blanco alrededor de la cabeza. La guía.

—¿Es usted... la guía? —susurró Adrienne.

—Sí, querida —dijo la mujer con un ligero acento inglés que sonaba a Glinda, de *El Mago de Oz*.

—¿Ah, sí? —preguntó Adrienne.

—Sí —dijo la mujer—. Y he traído a mi grupo aquí arriba para que contemplen la vieja fortaleza, pero es que estaba un poco preocupada porque usted se molestase con todo el mundo, paseando por aquí mientras está, bueno..., ¿se encuentra bien?

Adrienne ahora estaba un poco más despierta y se sentó y divisó al fondo del prado el grupo de turistas que había visto antes abajo, en la ciudad, bajando del autobús.

—Sí, gracias —murmuró Adrienne. Se echó de nuevo para pensar en aquello, escondida entre las paredes de hierba, como un niño que espera engañar a los hechos. «Dios mío», dijo finalmente, y tanteó a su izquierda para encontrar la ropa y apretársela, presa de pánico, contra la barriga. Respiró profundamente, luego se puso

la ropa tendida en el suelo lo más plana posible, para que fuera difícil verla, una serpiente que se vuelve a meter en su piel, un cambio, quizá, de corazón de reptil. Luego se levantó, se subió la cremallera de los pantalones, se abrochó la hebilla del cinturón y dijo adiós con la mano, irguiéndose y pasando valientemente por delante del autobús y los turistas, que aunque trataban de no mirarla, la miraban.

A aquellas alturas todo el mundo en la villa hacía, en privado, imitaciones de todo el mundo.

—Martin, tienes que decir a quién parodias antes de ponerte a imitar a alguien —dijo Adrienne mientras se vestía para la cena—. No te sabría decir.

—¡Yuppies de cubitos de caldo de carne! —despotricaba Martin contra el techo—. ¡Leyendas en su propia mente! ¡Rumores en su propia habitación!

—A ti, te estás imitando a ti. —Enderezó el cuello y trató de parecer una esposa.

De cena había *cioppino*, *insalata mista* y *pesce con pignoli*; un trozo de pescado delgado como una hoja. De todas partes de la sala iban flotando hacia ella trocitos de diálogos: alambradas retóricas indignadas y arcanas. «Como especialista en estética, no puede ser que no te interese lo sublime.» O: «Vaya, eso es lo más superficial que he oído en mi vida». O: «Por el amor de Dios, haz el favor de explicarle la Revuelta de los Campesinos», pero nadie hablaba directamente con ella. No tenía tema, ésa era la verdad, ninguno que a ella le gustara, a excepción, quizá, de las películas y los actores. Martin estaba en una mesa alejada, dándole la espalda, escuchando al hombre de Joaquín de Fiore. En momentos así, pensaba, quizá fuera buena idea llevar un polichinela.

Se dio en la falda con los dedos.

Finalmente, una de las personas que estaban sentadas junto a ella se volvió y se presentó. Tenía la cara sembrada de pelos cortos de barba y parecía mirar hacia abajo, como si espiara el movimiento de su propia boca. Cuando ella le preguntó qué tal lo estaba pasando, escuchó una historia más bien breve del Imperio otomano. Ella asentía y sonreía y, al final, él se frotó la barba oscura, la miró con compasión y le dijo:

—No somos buenos anuncios para esta vida, ¿verdad?

—Por aquí hay muchas broncas —admitió ella. Él parecía un poco herido, así que añadió—: Pero me gusta que eso ocurra, de verdad.

Cuando después de la cena fue a dar un paseo nocturno con Martin, trató de entablar una conversación con él acerca de los famosos y los actores.

—Todavía sigo pensando que el marido de Carolina de Mónaco fue asesinado —dijo.

Martin estaba callado.

—Pobre familia —dijo Adrienne—. Cuánta tragedia han tenido que soportar.

—Sí —dijo Martin en tono de burla y le lanzó una mirada furiosa—. Esa pobre familia. No paro de pensar: ¿qué puedo hacer por ella?, ¿qué puedo hacer? Y pienso una y otra vez, pero no puedo hacer nada. —Comenzó a apretar el paso, delante de ella, en dirección a la villa. Adrienne echó a correr para alcanzarlo. Se sentía desquiciada. El matrimonio, pensó, es toda una institución.

Cerca de la plaza principal, al pie de una farola, la mujer había colocado de nuevo la mesa con el cartel de CHIROMANTE: TAROT E FACCIA. Cuando vio a Adrienne, le gritó:

—Dígame su cumpleaños, *signora*, y el cumpleaños de su marido, y les echaré las cartas para decirles si son compatibles. O...

—Se detuvo para observar a Martin con escepticismo mientras pasaba a toda prisa—. O también se lo puedo decir ahora mismo.

—¿Has ido a ver a esa mujer? —preguntó Martin, disminuyendo el paso. Adrienne lo cogió del brazo y lo alejó de allí.

—Me hacía falta un cambio de escenario.

—Bueno —dijo deteniéndose, más calmado después de hacer un poco de ejercicio y más comprensivo—, nadie te puede echar la culpa.

Adrienne lo cogió de la mano y sintió un amor de gratitud, marital: sola, en Italia, de noche, en mayo. ¿Había algún amor que no fuera en el fondo un amor de gratitud? La luna se reflejaba en el lago como un pez eléctrico, como un banco de hielo.

—¿Qué haces? —preguntó Adrienne a Ilke a la mañana siguiente. Las lámparas estaban especialmente tenues, aunque había un foco dirigido sobre un retrato de la madre de Ilke que había al final de una mesa, por el mes, en honor del Día de la Madre. La madre tenía aspecto fantasmagórico, como un sacrificio. ¿Y si Ilke fuera verdaderamente una bruja? ¿Y si mezclaba los fluidos y los pelos y las uñas para hacer una ofrenda en memoria de su madre?

—Te estoy esponjando el aura —dijo—. Hoy está muy oscura, quemada hasta un borde impreciso. —Manipulaba los dedos de los pies de Adrienne, y Adrienne de repente tuvo una visión de una película de terror, con Ilke con jarras llenas de jugo de dedos de pies que ha reunido en un armario para Satán, quien, se descubriría luego, era la madre de Ilke. Quizá, Ilke de repente se apoyara para morder el hombro de Adrienne, para beber su sangre. ¿Cómo podría controlar Adrienne esos pensamientos? Sintió que su aura se esponjaba como el pelaje de un gato dando alardos. Se imaginó a sí misma, por primera vez, no volviendo nunca más. «Adiós. Vete con Dios.» Sería un asunto breve, una nadería; una charla en el porche durante una fiesta.

Afortunadamente había otras cosas que mantenían a Adrienne ocupada.

Había comenzado a pintar las arañas con pistola y los resultados eran interesantes. Ya se veía, cuando volviera a casa, contándole a un marchante que el trabajo representaba la telaraña de la soledad; una vibración en la periferia resuena hacia dentro (experimental, ensordecadora) y la araña deja el centro a toda prisa para devorar el gong y al gongueador. Se fue. Se imaginó al marchante pidiéndole su teléfono y escribiéndolo en un papel demasiado suelto.

Y estaba el sonsonete ocasional de sobremesa, académicos y cónyuges reunidos alrededor del piano en varios estados de embriaguez y olvido.

—Bueno, puede que la aprendieras así, Harold, pero no es así.

Y estaba también la Fiesta del Espárrago, a la que por recomendación de Carlo decidieron asistir ella y Kate Spalding, con una de sus camisetas («muy bien, adelante con las camisetas, Kate»). Cogieron un hidroplano para cruzar el lago y subieron por una carretera muy empinada hasta una plaza con una iglesia. La carretera era larga y agotadora, y Adrienne comenzó a llamarla «El paseo del espárrago muerto».

—Quizá no se celebre ninguna fiesta —sugirió respirando con dificultad, pero Kate seguía andando delante de ella.

—¡Que parezca que tenemos alas como los pájaros! —dijo Kate, a quien le gustaba mucho el ejercicio.

Adrienne suspiró. Hasta el mismísimo año anterior había creído que la gente decía «Que parezca que tenemos salas como pájaros». Ahora, a poca distancia de los árboles, oía el piar de algunos pájaros con las competitivas campanas de dos iglesias, y más tarde una única campanada fuera de tono, de la media hora. Cuando ella y Kate llegaron por fin a la Fiesta del Espárrago, resultó que era sólo una pequeña ceremonia donde unas personas ofrecían precios muy altos por manojos de espárragos que describían como *belli, belli*, y lo que se recaudaba era para la iglesia local.

—Yo antes plantaba espárragos —dijo Kate en el camino de bajada. Esta vez habían tomado otro sendero, y el lago junto con sus pueblecitos ocres se desplegaba ante ellas, pacífico y lejano. Por todo el camino las flores silvestres crecían en una paleta de pasteles, como jabones.

—Nunca logré que los espárragos crecieran —dijo Adrienne. De pequeña, su comida favorita había sido «espárragos con salsa rosa»—. Pero una vez me creció una zanahoria, aunque era tan pequeña que lo único que hice fue ponerla en un álbum de recortes.

—¿Todavía sigues yendo a ver a Ilke?

—Por lo menos esta semana. ¿Y tú?

—Está muy ocupada. No me ha podido dar hora. ¿Sabes?, todos los académicos la van a ver con regularidad.

—¿De verdad?

—Oh, sí —dice Kate sabiendo de qué habla—. Están rígidos como monedas.

—¿Rígidos como monedas?

Al volver a la villa, Adrienne esperó a Martin, y cuando él llegó, oliendo a sándalo, todas las pequeñas muertes de sus huesos le dijeron esto: estaba viendo a la masajista.

Olió la dulce parábola de su cuello y dio un paso hacia atrás.

—Quiero saber cuánto tiempo hace que vas a hacerte masajes. No me mientas —dijo lentamente, la voz dura como un pincho. La ansiedad hizo que la cara se le encogiera: la boca se le derrumbó, los ojos se le pusieron redondos y brillantes, atemorizados.

—¿Qué te hace pensar que he ido? —comenzó a decir—. Bueno, sólo he ido una o dos veces.

Dio un salto y se apartó de él, y comenzó a pasear furiosa por la habitación, tocando los muebles, sin mirarlo.

—¿Cómo has podido? —preguntó—. ¡Ya sabes lo que ha significado para mí ir allí! ¿Cómo has podido ocultármelo? —Cogió un libro del tocador, *Sistemas de relaciones industriales*, y lo volvió a

dejar con un golpe—. ¿Cómo has podido entrometerte en esta experiencia? ¿Cómo puedes ser tan furtivo y mentiroso?

—Lo siento mucho —dijo.

—Bueno, sí, yo también —dijo Adrienne—. Y cuando volvamos a casa, quiero el divorcio. —Ahora lo podía ver, el piso vacío, la berenjena a la parmesana estropeada, todos los Halloween abriendo ella la puerta, una divorciada borrachina que espanta a los niños con el exceso de entusiasmo por sus disfraces—. ¡Me siento tan deshonrada, joder...!

Nada a su alrededor parecía mantenerse fijo; nada se aguantaba.

Martin estaba callado y ella estaba callada, y entonces él comenzó a hablar, en tono suplicante, ahí estaba la súplica de nuevo, haciendo un ruido sordo en la orilla de su vida, como un camión.

—Los dos estamos muy solos —dijo—. Pero yo sólo he estado esperándote. Eso es todo lo que he hecho en los últimos ocho meses. He hecho todo lo posible para que las cosas no te molestaran, para que te tomaras tu tiempo, para que comieras algo, para comprarles a los malditos Spearson un banco nuevo para el jardín, para traerte a un lugar donde podría pasar de todo, donde incluso me podrías dejar, pero donde por lo menos volverías a la vida, por fin.

—¿Lo has hecho?

—¿Hacer, qué?

—¿Les has comprado a los Spearson un banco nuevo para el jardín?

—Pues sí.

Pensó en ello.

—¿Y no se lo tomaron como algo hostil?

—Oh..., creo que..., sí, probablemente pensaron que fue una crueldad.

Y Adrienne, cuanto más pensaba en ello, en los pobres y desconsolados Spearson, y en Martin y en todas las maneras en que había tratado de demostrarle que estaba con ella, significara eso lo que significara, en cómo tanto la esperanza como la vergüenza hacían que él hiciera las cosas lo mejor posible, más tonta y sin recursos se sentía ella. Su furia torpe salió volando a lo lejos como un pato. Se sintió como se había sentido cuando sus padres, fríos y furibundos, por fin se habían vuelto viejos y habían enfermado, huesudos y combados, protegidos por las dolencias al igual que el encanto protege a un niño, o debería, debería proteger a un niño, y la habían dejado con su furia (vestigios de su furia de niñez) inapropiada e intacta. A sus padres les daría un abrazo de despedida, a los sacos vaciados y amables que eran, y pensaría: «Dónde os habéis ido?».

El tiempo, pensó Adrienne. Qué asunto.

Martin de repente había comenzado a llorar. Se sentó en la cama y se hizo un ovillo, la cara suave y peluda en las grandes manos duras, y la cabeza cayéndole sobre los cuadros vistosos de la camisa. Se mareó y se volvió hacia la ventana. Se había despejado la niebla, y con la luz de la tarde el cielo y el lago poseían un azul singular, como un Monet.

—Nunca te había visto llorar —dijo.

—Bueno, pues lloro —dijo—. Puedo llorar incluso con la página de deportes si no se sabe qué equipo va a ganar. Mírame, Adrienne. Nunca me miras de verdad.

Pero ella sólo podía seguir mirando por la ventana mientras tocaba con los dedos los postigos y el marco. Se sentía muy lejos, como si hubiera vuelto a casa, andando por el barrio a la hora de la cena: cuando los gatos sonaban como niños y los niños sonaban como pájaros, y los padres volvían a casa del trabajo, los niños en sus brazos masticando el lenguaje, el aire dando forma a las gargantas floreadas y convirtiéndolas en un parque de canto. Por las ventanas entraba un olor a comida recién hecha.

—Ahora estamos el uno con el otro —decía Martin—. Y quiere decir, de una manera o de otra, que tenemos que tratar de formar una vida juntos.

Fuera, encima de la torre de la capilla de la Sfondrata, donde había aclarado la niebla, le pareció ver una estrella sola, como el morro distante de un avión. Había gente en las nubes arcillosas. Se volvió y por un momento pareció que todos estaban en los ojos de Martin, todos los muertos absolutorios que residían en su cara, el ángel del niño muerto brillando como una criatura en llamas, y fue hacia él, para protegerlo y rodearlo, en busca del mejor truco del corazón, «oh, corazón tremendo».

—Por favor, perdóname —dijo ella.

—Claro —susurró él—. Es lo único que se puede hacer. Claro.

## **AGRADECIMIENTOS**

Quiero agradecer de todo corazón la oportuna generosidad de la Fundación Ingram Merrill, del Comité de Investigaciones de Doctorado de la Universidad de Wisconsin y de la Comisión de Asuntos Culturales del condado de Dane. También quiero dar las gracias, como siempre, a Melanie Jackson y a Victoria Wilson por su paciencia y cualidades sin límites. Quisiera expresar mi gratitud también a varios directores literarios que vieron con anterioridad algunos cuentos: Pat Towers, George Plimpton, Mike Levitas, Barbara Jones, Bill Buford y Alice Quinn.

**GRACIAS POR LA COMPAÑÍA**

*Para Deborah R y Deborah T*

Seguiré aquí... dejando que mi corteza crezca en torno a la alambrada como una sonrisa.

CAROLINE SQUIRE,  
«An Apple Tree Spouts Philosophy  
in an Office Car Park»

*En el sueño de la ruptura  
nos peleábamos por quedarnos  
con el perro.  
Ventisca. Dime tú  
qué significa ese nombre. Era un cruce  
entre algo grande y suave  
y un perro salchicha. ¿Esto tiene que referirse  
a los genitales masculinos y femeninos?... ¿Y si  
yo fuera el perro, como en  
mi yo infantil, inconsolable por ser  
totalmente preverbal? [...] Ventisca,  
sé un perro valiente, esto es  
todo material; te despertarás  
en un mundo distinto,  
volverás a comer, crecerás y serás poeta.  
La vida es muy rara, termine como termine,  
siempre llena de sueños.*

LOUISE GLÜCK, «Vita Nova»

No seas huraño. Todo lo que cae al suelo es mío.

AMY GERSTLER,  
«Interview with a Dog»

## MUDA

Ira llevaba seis meses divorciado y aún no podía quitarse el anillo de bodas. El dedo se le había hinchado a su alrededor como una masa: una combinación de deseo frustrado, remordimiento sin límites y ambición mal dirigida, decía a sus amigos. «Tendrán que amputarme el dedo.» El anillo (supuestamente de oro, aunque ahora todo lo que había recibido de Marilyn estaba en duda, quién sabía) encinchaba la camisa de grasa de su dedo, que había crecido a su alrededor como una parra jodidamente feliz. «A lo mejor tendría que cortarme la mano entera. Y mandársela», le dijo por teléfono a su amigo Mike, con quien trabajaba en la Sociedad Histórica del Estado. «Entenderá la referencia.» Ira quemó ceremoniosamente el esmoquin de color gris paloma que había llevado el día de su boda: lo colgó de un palo alto en el jardín trasero, como si fuera un espantapájaros, y le prendió fuego con un mechero Bic. «Se quemó muy deprisa», le dijo a modo de disculpa al jefe de bomberos, después de que el arbusto se incendiara también y antes de que lo llevaran a pasar la noche en la comisaría local. «Muy deprisa. A lo mejor, no sé, había residuos del líquido de la limpieza.»

—Ya te quitarás el anillo cuando estés preparado —dijo Mike. El trabajo de Mike, que consistía en aprobar proyectos de conservación histórica, le dejaba tiempo para hacer muchos cursos de padres permisivos y leer todos los libros sobre padres permisivos —. Te voy a explicar qué debes hacer con la depresión. No te digo que te olvides de ti mismo a base de hacer obras de caridad. No te voy a decir que adquieras un poco de perspectiva viendo el informativo nacional cada noche ni observando a quienes están peor que tú, gente que, digamos, va a volar en pedazos por culpa de una

bomba. Voy a decir una cosa: deja de beber, deja de fumar. Elimina el café, el azúcar, los productos lácteos. Hazlo tres días, y luego empieza otra vez. Bum. Te lo garantizo, serás muy feliz.

—Me temo —dijo Ira en voz baja— que lo único que me haría feliz ahora es cortar los cables de los frenos del coche de Marilyn.

—Primavera —dijo impotente Mike, aunque sólo era el final del invierno—. Es lo que te deja más colgado.

—Deberías escribir canciones. Pero no demasiado a menudo. —Ira se miró las manos. Una vez se había quitado el anillo para darse un baño caliente, pero la visión de su dedo expuesto, desnudo como el de un niño, lo aterrorizó y volvió a colocarse el anillo.

Al otro lado del teléfono Ira oía que Mike suspiraba y buscaba. Puertas de armario que se cerraban ruidosamente. El frigorífico que se abría y que «aspiraba» al cerrarse. Ira sabía que Mike y Kate habían tenido problemas —como solía decirse—, pero su matrimonio aguantaba. «Me divorciaría —le había confesado Mike una vez a Ira—, pero Kate me mataría.»

—Oye —dijo Mike entonces—, ¿por qué no vienes a nuestra casa el domingo para una cena de Cuaresma? Vamos a tener invitados y ¿quién sabe?

—¿Quién sabe? —preguntó Ira.

—Sí. ¿Quién sabe?

—¿Qué es una cena de Cuaresma?

—Nos lo hemos inventado. No queríamos hacer un Mardi Gras. Demasiado irrespetuoso, con la situación internacional.

—Entonces, hacéis Cuaresma. No tengo claro lo de la Cuaresma. Es decir, sé lo que significa la Cuaresma para los que profesamos el judaísmo. Pero normalmente no conmemoramos esas transacciones con comida. Normalmente sólo hay un montón de suspiros.

—Es como una cena del Príncipe de la Paz antes de Semana Santa —dijo Mike lentamente.

No había predadores naturales en aquella comunidad pequeña, distraída y tolerante, y por tanto abundaban las criaturas y las creaciones extrañas.

—¿El Príncipe de la Paz? ¿No el de Mineápolis?

—Se supone que hay que dejar cosas en Cuaresma. El año pasado abandonamos nuestra fe y nuestra razón, este año vamos a abandonar nuestra voz democrática, nuestra esperanza. —Ira ya conocía a la mayoría de los amigos *goyishe* de Mike. El propio Mike era discreto, tolerante, extremadamente modesto. Se describía como «católico étnico», y en una ocasión se quejó abatido de no haber sido lo bastante guapo como para que un sacerdote abusara de él. «Se limitaban a darme la mano muy deprisa», dijo. Los amigos de Mike, sin embargo, solían ser protestantes tensos e intelectualmente serios que conducían coches nuevos de tonos metálicos y de quienes se podía esperar que en cinco minutos de conversación superficial emplearan al menos dos veces la expresión «estrictamente en el marco de».

—Kate va a invitar a una amiga divorciada —dijo Mike—. No intento buscarte pareja. Odio eso. Sólo te digo que vengas. Come algo. Es el principio de Semana Santa y, bueno: nos vendría bien que hubiera un judío. —Mike soltó una risotada sincera.

—Sí. Recrearé todo el asunto para vosotros —dijo Ira. Miró su anular hinchado otra vez—. Sí, señor. Iré y os enseñaré cómo se hace.

La nueva casa de Ira, aunque estaba en lo que el agente inmobiliario había descrito como «un barrio encantador, peatonal», limitado por calles que llevaban los nombres de presidentes y con calles denominadas por moscas de pesca (calles Tricópteros, Hedrickson, Oreja de Liebre), estaba llena de desagües lentos, hornillos que goteaban, tuberías atascadas y un polvo excelente para garabatear palabrotas: «Marilyn se la come a los marineros». Había puesto cinta adhesiva en el interior de las ventanas por donde

entraba más corriente, como indicaba el Departamento de Seguridad; el aire frío inflaba el plástico hacia dentro como las velas de un barco. En los días de viento era impresionante.

—Parece que toda la casa vaya a echarse a volar —dijo Mike, mirando a su alrededor.

—La verdad es que no —dijo Ira—. Pero *está* girando. Es muy interesante.

El jardín ya tenía barro por las lluvias de marzo y en los lechos de flores verdeaban diminutos brotes de estramonio y grama. En junio, las armas químicas del terrorismo dirigido contra la zona centro demostrarían su efectividad para eliminar las malas hierbas del jardín. «¡Éste es el tipo de guerra que me gusta!», le dijo Ira a un vecino en voz alta. La casa de Mike y Kate, por otro lado, con sus líneas perfectas y su acogedora meticulosidad, que apestaba, suponía, a deducciones fiscales por conservación histórica, le parecía un sueño imposible, algo recortado de un artículo de revista sobre recuerdos infantiles convocados en el lecho de muerte. Algo que veía la Pequeña Cerillera al otro lado de la ventana. Fuera, los aleros eran cuadrados perfectos. Los azafranes parecían campanas y las violetas siberianas parecían caramelos esparcidos por el césped. Dentro, el olor a comida caliente casi lo hizo llorar y pasó rápido junto a Kate con el abrigo todavía puesto para abrazar a Mike y besarlo en las dos mejillas. «¡Hay que besar a todos los hombres guapos!», exclamó Ira.

Después de quitarse el abrigo y de vagar hasta el comedor, brindó con el champán que había traído. Había ocho invitados, a la mayoría de los cuales conocía hasta cierto punto, pero en realidad era suficiente. Era suficiente para todos. Aun así, levantaron los vasos con él. «¡Por la Cuaresma! —gritó Ira—. ¡Por el fin de los tiempos!» Y, temeroso de que aquello fuera demasiado lúgubre, añadió: «¡Y por la futura Resurrección! ¡Ojalá esta vez sea un poco más cerca de casa! ¡Jesucristo!». Pronto volvió a la cocina y, como le parecía que era lo que se requería de él, chilló al ver el cerdo. Luego empezó a ir de acá para allá de nuevo, disculpándose por la

Crucifixión: «En realidad no queríamos hacerlo —murmuró—, en realidad no, lo de matar. Nos dejamos llevar un poco. Ya sabéis que la primavera puede ser un poco descontrolada, pero, creedme, todos lo sentimos mucho mucho». La amiga divorciada de Kate se llamaba Zora y era pediatra. Aunque nadie más lo hacía, ella aullaba de risa y, cuando su cara no estallaba en una carcajada ni su mandíbula se abría y cerraba como unas tijeras (en un movimiento que Ira reconoció como histeria posdivorcio: «¿Cuánto tiempo llevas divorciada?», le preguntó más tarde; «Once años», contestó ella), Ira veía que era muy hermosa: pelo negro y corto; ojos de un tono avellana rojizo y claro, como té de naranja pekoe; una nariz aquilina y fuerte, probablemente roncaba; pestañas gruesas que sobresalían forjadas y negras como las puntas de un tridente de chimenea. Su cuerpo era a un tiempo rechoncho y delgado, con una piel arrugada y no arrugada, lo típico cuando estás a punto de doblar la esquina de los cincuenta. La vejez y la juventud —cantó en silencio—, la juventud y la vejez, cantan sus canciones a la vez. Ira estaba trabajando en un modesto volumen de ripios, con el título provisional de *Las mujeres son de Venus; los hombres son del Pene*. Eso o *Padre de familia: el musical*.

Como todas las personas que conocía, sólo podía distinguir la vacuidad del encanto de la gente si éste se dirigía a alguien que no era él. Cuando iba dirigido a él, la persona parecía absolutamente agradable. Y así la risa de Zora, en conjunción con su belleza, lo sentenció un poco, hizo que se sintiera más agradecido de lo que resultaba razonable.

Inmediatamente, le mandó una postal donde unos recién casados arrastraban latas de carne vacías atadas al parachoques del coche. Escribió: «Querida Zora: Me encantó conocerte en casa de Mike». Y luego apuntó su número de teléfono. Fue sencillo. En el cortejo tenía una historia de errores, que comenzó a los dieciséis años con su primera novia, a quien compró en la tienda local la cosa más guay

que había visto en su vida: una mano de madera hermosamente tallada y con el dedo corazón levantado. Él mismo la había codiciado trémulamente durante un año. ¿Cómo podía no gustarle a ella? El desprecio que su novia mostró por ese regalo, y luego por él, lo dejó perplejo y se sintió traicionado. Con Marilyn adoptó otra estrategia y se hizo el difícil, lo que convirtió su relación en un eterno Día de Sadie Hawkins, y por tanto el subsiguiente matrimonio con Sadie fue algo inevitablemente condenado al fracaso, una humillante e interminable cita que se pagaba a escote.

Pero le parecía que esto, la postal de las latas y la nota, contenía la mezcla adecuada de ligereza y resolución. Sospechaba que era importante acertar con la combinación elusiva —el término medio geométrico entre acosador y Rip van Winkle— en el mundo de las citas de la mediana edad, aunque ¿qué sabía él de ese mundo? Había pasado tanto tiempo que todo parecía una especie de civilización lejana, ¡un planeta de los mimos!: pecios humanos encanecidos con abrasados paisajes interiores que imitaban a los jóvenes y retomaban el asunto donde lo habían dejado décadas atrás, si recordaban qué demonios era. Ira había sido un hombre casado durante quince años, un padre durante ocho (pobre Bekka, ahora rudamente transportada entre casas de una manera veloz, ritual, que recordaba un intercambio de rehenes), y luego castigado por un pequeño y ocioso coqueteo de nada, nada, nada con una compañera de trabajo, castigado con el romance real de su mujer y sus falsos viajes de negocios (convenciones de Montessori que nunca existieron) y finalmente una demanda de divorcio enviada desde un hotel. Cuando observaba cómo otros las atravesaban, admiraba las crisis de la mediana edad, el atrevimiento, la desvergüenza y la osadía existencial que había en ellas, pero después de ver a su esposa, una respetable profesora de guardería, producir y protagonizar una hecha y derecha, le parecía que quienes sufrían esas crisis no sólo eran indulgentes consigo mismos sino

avariciosos y dementes, y les deseaba a todos extrañas muertes no naturales con diversos aparatos que se encuentran fácilmente en los garajes.

Recibió una postal de Zora como respuesta. Era de la habitación de Van Gogh en Arlés. Bajo la esfera del sello del correo local su caligrafía era grande pero cuidadosa, con alguna floritura en las ces y las es. Decía: «Me encantó conocerte en casa de Mike». ¿No era exactamente eso, palabra por palabra, lo que había escrito él? No había un *también*, ni un énfasis en *te*, sólo las mismas palabras exactas devueltas a él como en un lunático ping-pong postal. O era estúpida o estaba loca o él estaba siendo ya demasiado duro con ella. No ser duro con la gente —«Les ladrás», decía Marilyn— era algo en lo que intentaba trabajar. Imaginar el hermoso rostro de Zora ayudó a sus tenues afectos. Había escrito su número de teléfono y había firmado con una Z de espadachín: como en la película del Zorro. Eso era mono, supuso. Intuyó. Tenía que echarse un rato.

El fin de semana le tocaba cuidar a Bekka. Estaba en el salón, viendo Cartoon Network. Le gustaban el *Correcaminos* y *La Liga de la Justicia*. A veces Ira observaba su rostro fascinado, los dibujos animados que destellaban en la cremosa pantalla de su piel, sus ojos calmados y abiertos, brillantes por las formas reflejadas presas como hologramas en canicas. Se sentía fuera de lugar como padre, pero en general intentaba hacerlo lo mejor posible: afecto, prudencia, fiabilidad y no pedir pizza todas las noches, aunque en esa ocasión había vuelto a ceder. La semana anterior Bekka le había dicho: «Cuando mamá y tú estabais casados siempre había puré de patata para cenar. Ahora estáis divorciados y siempre hay espaguetis».

—¿Qué te gusta más? —preguntó.

—¡Ninguno de los dos! —gritó, resumiendo su desagrado por todo—. Los odio.

Esa noche había pedido media pizza de queso y media con guindillas y jalapeños. Los dos se sentaron juntos delante de *La Liga de la Justicia*, con bandejas, y comieron trozos de sus raciones respectivas. Héroes de pecho amplio y cintura estrecha vestidos con colores brillantes combatían a sus enemigos con recta confianza y, por supuesto, pistolas láser. Al final Bekka se volvió hacia él:

—Mamá dice que si su novio Daniel viene a vivir a casa puedo tener un perro. Un perro y un conejito.

—¿Y un conejito? —dijo Ira.

Cuando la familia aún estaba unida, intacta, la Bekka de cuatro años, recién llegada a los números y al paso del tiempo, exclamaba triunfalmente a sus amigos: «¡Mamá y papá dicen que puedo tener un perro! ¡Cuando cumpla dieciocho años!». No habían hablado de conejos. Pero quizás se debía a la proximidad de la Semana Santa. Sabía que a Bekka le encantaban los animales. Una vez, en una ensueño a la hora del baño, había nombrado a sus cinco personas favoritas, cuatro de las cuales eran perros. La quinta era su bicicleta azul.

—Un perro y un conejito —repitió Bekka, e Ira tuvo que reprimir imágenes del perro con la cabeza ensangrentada del conejo en la boca.

—Entonces, ¿qué te parece? —preguntó cautelosamente, porque quería saber su opinión sobre la cuestión de Daniel.

Bekka se encogió de hombros y masticó.

—Lo que tú digas —dijo, su nueva expresión para «De nada», «Hola», «Adiós» y «Sólo tengo ocho años»—. No quiero que todas sus cosas estén en casa. Su coche no deja salir al nuestro en el camino de entrada.

—Vaya —dijo Ira, su nueva palabra para «Debo permanecer tan neutral como sea posible» y «Tu madre es una puta».

—No quiero tener un padrastro —dijo Bekka.

—A lo mejor podría vivir en los astros —dijo Ira, y Bekka sonrió con suficiencia, con la boca llena de mozzarella.

—Además —dijo Bekka—, Larry me cae mejor. Es más fuerte.

—¿Quién es Larry? —dijo Ira, en vez de «vaya».

—Es otro tío —respondió Bekka. A veces se refería a su madre como «tía». «Es una tía, claro», decía Ira.

—Vaya —dijo Ira—. Vaya, vaya.

Llamó a Zora cuatro días después, para no parecer desalentadoramente impaciente. Recurrió a su interpretación más segura. «Hola, ¿Zora? Soy Ira», dijo, y luego esperó —quizá de manera narcisista, pero ¿qué más podía decir?— su respuesta.

—¿Ira?

—Sí. Ira Milkins.

—Lo siento —dijo—. No sé quién eres.

Ira agarró con fuerza el teléfono y se miró, y de pronto no encontró nada. Como si hubiera desaparecido de cuello para abajo.

—Nos conocimos el domingo pasado en casa de Mike y Kate.

—Su voz temblaba. Si alguna vez conseguía salir con ella, tendría que tomarse una de esas drogas que usan los violadores y quedarse inconsciente en su sofá.

—¿Ira? Ohhhhhh. Ira. Sí. El judío.

—Sí, el judío. Ése era yo. —¿Debería colgar? No le parecía que pudiera seguir. Pero debía seguir. Ahí tenías a un hombre de teatro.

—Fue una cena agradable —dijo ella.

—Sí.

—Normalmente me salto la Cuaresma.

—Yo también —dijo Ira—. Es más fácil. ¿Quién quiere ese lío?

—Pero a veces se me olvida la tranquilidad y confraternización que puede dar una comida con amigos, sobre todo en un momento como éste.

Ira tuvo que pensar en su forma de decir «confraternización». Sonaba new age y amish al mismo tiempo.

—Pero Mike y Kate dirigen ese tipo de hogar. Todo es calor y bondad.

Ira pensó en eso. ¿Qué otro tipo de hogar se podía dirigir, si te molestabas en hacerlo? Duro, frío y mezquino: así había sido el suyo con Marilyn, al final. Era como esos monos del experimento y sus madres de alambre. ¿Qué sabían los bebés mono? La madre de alambre era lo único que tenían, y debían aferrarse a ella, como le había pasado a él, aunque sólo fuera un perchero. *Mamá*. Era mucho más fácil tatuarte la palabra en la mano. Estabas acostumbrado al dolor. Estabas marcado. De niño, para un proyecto de clase de ciencias, había intentado reproducir el experimento de Konrad Lorenz con patitos. Pero se había hecho un lío con las luces de incubación y había cocido los patos dentro del huevo: el sótano apestaba tanto que su madre le gritó durante días. Era una lección científica de algún tipo —los límites emocionales de la madre trabajadora *Homo sapiens* judía—, pero era ciencia blanda, menos impresionante.

—¿Qué tipo de hogar diriges tú? —preguntó.

—¿Hogar? Ah, quiero conseguir uno de éhos. En este momento, de hecho, te hablo desde una tienda de campaña militar.

Ah, era graciosa. Quizá pudieran reír y reír hasta el atardecer.

—Me encantan las tiendas de campaña militares —dijo. ¿Qué era exactamente una tienda de campaña militar? Se le había olvidado.

—Vivo con un hijo adolescente, así que no tengo ni idea del hogar que llevo. En cuanto tienes un adolescente, todo cambia.

Hubo un silencio. No podía imaginarse a Bekka como adolescente. O, más bien, podía, en cierto modo, porque a menudo actuaba como si lo fuera, llena de ira hacia los incompetentes camareros que la vida había contratado para que le trajeran su comanda.

—Bueno, ¿te gustaría quedar para tomar una copa? —preguntó Zora por fin, como si lo hubiera preguntado muchas veces, con un tono que mezclaba el cansancio y la alegría, el seudoprofesionalismo de alguien en la posición tediosamente familiar y oficial de estar sin pareja y saliendo con gente.

—Sí —dijo Ira—. Ésa es exactamente la razón por la que he llamado.

—No puedes imaginar la monotonía cotidiana de la pediatría —dijo Zora, que no había probado el vino—. Infección de oído, infección de oído, infección de oído. Guau. Aquí hay algo excitante: diabetes juvenil. Día tras día tienes que mirar a los padres a los ojos y repetir la misma frase excitante: «Hay muchos virus por ahí». Pensé en hacer oncología pediátrica, porque cuando pregunté a otros médicos por qué se habían metido en algo que parecía tan deprimente, decían: «Porque los niños no se deprimen». Me parecía interesante. Y esperanzador. Pero cuando pregunté a médicos de esa especialidad por qué se jubilaban pronto, decían que estaban hartos de ver morir a niños. ¡Los niños no se deprimen, sólo se mueren! Ésas eran mis opciones cuando estudié Medicina. Antes de licenciarme elegí muchas asignaturas de arte e hice escultura, que todavía practico un poco, ¡para que los jugos creativos sigan fluyendo! Pero lo que de verdad me gustaría hacer ahora es escribir libros infantiles. Miro algunos de los libros que hay en la sala de espera y me entran ganas de tirarlos al acuario. Pienso: «Yo podría hacerlo mejor». Empecé uno sobre un erizo.

—¿Qué es un erizo exactamente? —Ira miraba el vaso lleno de Zora y el suyo vacío—. Los confundo con las marmotas y las tuzas.

—Son... Bueno, lo que importa es que todos llevan ropitas de lunares, chalecos y sombreros y cosas —dijo irritada.

—Supongo —dijo él, algo asustado. ¿Qué le pasaba? No le gustaban los momentos tensos en restaurantes. Hacían que su mente vagara estratégicamente hacia ideas como «¿Por qué esto se llama servilleta en vez de pañoleta?» o «Seguro que a Dios le encanta la mantequilla». Intentó concentrarse en los aspectos visuales, en lo que llevaba Zora, una blusa de seda de color calabaza que dudó en elogiar por temor a que ella lo tomara por gay. Marilyn amenazó con cancelar su boda porque él había

elogiado con entusiasmo el tejido de su vestido y luego seleccionó de forma demasiado prolongada y perfeccionista su esmoquin, sin encontrar el tono correcto de «tórtola», un color sobre el que había leído en una revista de bodas. «¿Eres homosexual? —preguntó—. Tienes que decírmelo ahora. No voy a cometer el mismo error que mi hermana.»

Quizá la irritabilidad de Zora sólo fuese frustración creativa. Ira comprendía. Aunque trabajaba en la Oficina de Recursos Humanos de la Sociedad Histórica, le gustaba ayudar en las exposiciones de la sociedad, haciendo carteles y dioramas, y una vez incluso una marioneta para un pequeño espectáculo que la asociación había dedicado al primer gobernador. ¡Era una suerte tener un trabajo que significaba algo! Comprendía esas ambiciones artísticas pequeñas, diáfanas, que asaltaban a la gente y podían parecer colapsos nerviosos.

—¿Qué pasa en el cuento del erizo? —preguntó Ira, y luego se puso a terminar la comida, una berenjena con parmesano que ahora querría no haber pedido. Deseaba el pedazo de bistec de Zora. Quizá tenía anemia. O quizás sólo era un deseo del sabor a sangre y metal en la boca. Zora, lo sabía, estaba comprometida con la carne. Mientras que los coches de todo el mundo se dedicaban a oponerse a la posibilidad de la guerra o a apoyar a las tropas convocadas, en su Honda, Zora tenía una pegatina que decía: LA CARNE ROJA NO ES MALA PARA TI. LA CARNE CUBIERTA DE PELUSA, VERDOSA Y AZUL ES MALA PARA TI.

—¿El cuento del erizo? —empezó Zora—. El erizo se va a dar un paseo, porque está triste..., está basado en un cuento que le contaba a mi hijo. El erizo sale a dar un paseo y llega a una extraña casa amarilla donde hay un cartel que dice: BIENVENIDO, ERIZO: ÉSTA PODRÍA SER TU NUEVA CASA, y, como estaba triste, la idea de un nuevo hogar le atrae. Entra y dentro hay una familia de cocodrilos. Bueno, te ahorraré el resto, pero puedes pillar la idea general.

—No veo claro lo de la familia de cocodrilos.

Se quedó callada un momento, masticando el hermoso rubí de su bistec.

—Todas las familias son una familia de cocodrilos.

—Cocodrilos. Bueno... Sin duda es una forma de verlo. —Ira se miró el reloj.

—Sí. Volviendo al libro. Me da una salida. Quiero decir: mi trabajo no está tan mal. Algunos de los niños son monos. Pero otros son insopportables, por supuesto, otros están trastornados, otros sólo son unos consentidos y se portan mal. Es difícil saber qué hacer. No nos dejan pegarles.

—¿No puedes pegarles? —Ahora veía que ella había progresado un poco con su vino.

—Soy de Kentucky —dijo ella.

—Ah. —Él bebió del vaso de agua, para ganar tiempo.

Ella masticó reflexivamente. El merlot empezaba a bosquejar una línea irregular, costrosa, en la piel muerta sobre su labio superior.

—Es como Irlanda pero con más caballos y pistolas.

—No habrá muchos judíos. —No tenía idea de por qué decía la mitad de las cosas que decía. Quizá en esa ocasión se debía a que en otro tiempo había sido un historiador dedicado a investigar el pasado de las comunidades, escarbando en los archivos en busca de genealogías y las iconografías de varios grupos étnicos, sin darse cuenta de que generalmente otros historiadores consideraban esa actividad una forma sentimental de historia, que no iluminaba nada; y aunque no iluminar nada no le parecía una mala idea, cuando pudo se decidió por el trabajo en recursos humanos.

—No demasiados —dijo ella—. Conocí a una familia armenia cuando vivía allí. Por lo menos creo que eran armenios.

Cuando llegó la cuenta, ella la ignoró, como si fuera una mosca que había aterrizado y pronto volvería a marcharse. Así que eso era el feminismo. Ira sacó su tarjeta de crédito de empleado estatal y la camarera llegó y se la llevó. Existían, le habían dicho, cuatro frases de siete palabras que por lo general señalaban el final de una

relación. Una era «Creo que deberíamos ver a otras personas». (Que siempre significaba otra frase de siete palabras: «Ya me estoy acostando con otra persona».) La segunda frase de siete palabras era, supuestamente: «A lo mejor puedes dejar la propina». La tercera era: «¿Ya has vuelto a olvidarte la cartera?». La cuarta, la más letal de las frases letales, era: «¡Ay, yo también he olvidado la cartera!».

No imaginaba que volverían a verse. Pero cuando la dejó en su casa y la acompañó hacia la puerta, Zora cogió de pronto su cara con las dos manos, y su boca se convirtió en una criatura húmeda que exploraba la de Ira. Le abrió la chaqueta, empujó su cuerpo hacia dentro, contra el de él, y la seda de color calabaza de su blusa se deslizó sobre la camisa de Ira. Sus labios se alejaron con una aspiración. «Te llamaré», dijo, sonriendo. Sus ojos parecían enloquecidos por algo, como si hubiera tomado ginebra, aunque sólo había bebido vino.

—Vale —murmuró él, bajando los peldaños, en la oscuridad, mientras el motor del coche seguía encendido y sus luces brillaban en la calle.

Estaba en el salón de Zora la semana siguiente. Era beige y blanco con tonos de arándano. En las paredes colgaban fotos de su hijo en marcos negros. Bruno, de todas las edades, también ahora. Había fotos de Bruno prono en el suelo. Había fotos de Bruno y Zora juntos, él se escondía en los pliegues de su falda y ella bajaba su pelo largo hacia su rostro, cubriéndolo completamente. Ahí estaba otra vez, inclinado entre sus rodillas, desnudo como un chelo. Había fotos de él en el baño, aunque en algunas estaba claramente al principio de la pubertad. En el rincón había unas doce esculturas de madera de chicos desnudos que había tallado ella misma. «Una de las aficiones de las que te hablé», le dijo. Eran cosas asombrosas. Había hecho agujeros en sus penes con un taladro y una broca para que pudiera pasar el agua por si alguna vez quería venderlas como

fuentes de jardín. «Son niños con alas. El hermoso adolescente que se aleja volando. Viene de la mitología. Se me ha olvidado cómo los llaman. Me encantan sus culitos.» Él asintió, estudiando las nalgas prietas, esculpidas, los falos con caño y aspecto de champiñón, las largas espaldas y extremidades. Sí: ése era el tipo de mujer que se había perdido por estar casado durante todos esos años. ¿En qué pensaba para estar casado tanto tiempo?

Se sentó y le pidió vino.

—¿Sabes?, soy un poco cobarde en las cuestiones románticas —dijo a manera de disculpa—. No tengo la confianza que tenía. No creo que pueda quitarme la ropa delante de otra persona. Ni siquiera en el gimnasio, para ser sincero. Me cambio en los cubículos de los retretes. Después del divorcio y todo.

—Ah, sí, el divorcio hace eso —dijo, tranquilizadora. Le sirvió vino—. Es como un truco. Es como alguien que pone una alfombra sobre una trampilla y te dice: «Ven aquí». Y vas. Y pumba. —Sacó una pipa de hachís, la encendió y se la pasó.

—Nunca había visto fumar a una pediatra.

—¿En serio? —dijo ella, con algo de dificultad, todavía sin recobrar la respiración.

Los pezones de sus pechos eran largos, cilíndricos y rígidos, y parecía como si dos pequeños desatascadores de fregaderas hubieran pasado por el cuarto y se hubieran quedado atrapados allí por la succión. Su boca se abrió hambrienta para besarlos.

—A lo mejor te quieres quitar los zapatos —susurró ella.

—Oh, no —dijo él.

Había sexo en el que te mirabas a los ojos y te decían cosas hermosas, y luego lo que Ira llamaba sexo yuju: donde la otra persona parecía raptada, como si no estuviera del todo allí y su placer fuera misterioso y loco y sólo accidentalmente relacionado

contigo. «Yuju...» era lo que decía su abuela antes de entrar en una casa donde conocía a alguien, pero no lo bastante como para saber si de verdad estaba en ella.

—¿Dónde estás? —dijo Ira en la oscuridad.

Decidió que en un caso como aquél podía sentir una distancia casta y santificadoras. No era él quien estaba teniendo relaciones sexuales. El condón tenía relaciones y él sólo intentaba detenerlo. Las velas de Zora en la mesilla de noche se habían calentado y formaban charcos claros en sus latas. Parpadeaban humeantes. Intentaba no pensar en que antes de que las hubiera encendido y hubiera retirado la cubierta de la cama se había dado cuenta de que las velas ya se habían fundido hasta el tamaño de botones, con las mechas ennegrecidas en una brasa. No era bueno pensar en el uso previo de las velas del dormitorio de una mujer que te acababa de bajar la bragueta. Además, estaba demasiado agradecido por la existencia de esas velas, y especialmente con esos pequeños niños prodigo del salón. Quizá el pelo blanquecino de su pecho no pareciera tan blanco. Para eso estaban hechas las velas: para la versión triste, sexualmente tímida, baja de forma, de mediana edad de sí mismo. ¿Cómo no había entendido eso en su matrimonio? Zora parecía no tener edad, como una ninfa con su pelo corto, aunque cuando le quitó las gafas a Ira se convirtió en una niebla de formas tenues y cambiantes, y podría haber sido Dick Cheney, Lon Chaney, Lee Marvin o La Masa Devoradora, sólo que ella olía bien y, salvo por la ocasional zona áspera, tenía la piel satinada de una niña.

Zora dejó escapar un suspiro largo y cansado.

—¿Adónde has ido? —preguntó de nuevo, ansiosamente.

—Estaba aquí, tonto —dijo ella, y le pellizcó la cadera. Levantó y bajó una de sus largas piernas fuera de la cubierta—. ¿Has llegado?

—¿Perdona?

—¿Has llegado?

—¿Llegado? —Alguien le había hecho una vez la misma pregunta, cuando se había detenido en la pista de aterrizaje para atarse un zapato después de desembarcar de un avión.

—¿Has tenido un orgasmo? Con algunos hombres no siempre está claro.

—Sí, gracias. Quiero decir, ha sido, para mí, muy claro.

—Todavía llevas el anillo de casado —dijo ella.

—Está atascado. No sé por qué.

—Déjame verlo —dijo ella, y le tiró del dedo, pero la piel suelta en torno a su nudillo se amontonó y lo atascó, haciéndole daño en la mano.

—Ay —dijo él al fin.

—A lo mejor luego, con jabón —dijo ella. Se tendió y volvió a balancear las piernas en el aire.

—¿Te gusta bailar? —preguntó.

—A veces —dijo ella.

—Seguro que eres una bailarina maravillosa —dijo Ira.

—No —dijo—. Pero siempre se me ocurren cosas que hacer.

—Es una buena cualidad.

—¿Tú crees? —preguntó ella, y se acercó a él y empezó a hacerle cosquillas.

—Creo que no tengo cosquillas —dijo él.

—Oh. —Se detuvo.

—O sea, probablemente un poco —añadió—, pero no muchas.

—Me gustaría que conocieras a mi hijo —dijo Zora.

—¿Está aquí?

—Está debajo de la cama. ¿Bruny? —Ay, las graciosas eran graciosas.

—¿Cómo se llama?

—Bruno. Yo lo llamo Bruny. Esta semana está con su padre.

Las extensas familias del divorcio. Ira intentó no sentirse celoso. Era muy posible que no fuera lo bastante maduro como para salir con una mujer divorciada.

—Háblame de su padre.

—¿Su padre? Su padre también es pediatra, pero le gusta mucho el baile tradicional inglés. Donde al final conoció a otra. Qué mala potra.

Ira apuntaría eso en su cuaderno: «Otra, qué mala potra».

—Creo que nadie debería bailar otra cosa que un baile convencional —dijo Ira—. No es normal. En mi opinión.

—Bueno, se fue hace mucho. Dijo que había cometido un terrible error al casarse. Dijo que la intimidad estaba fuera de su alcance. Sé que eso es verdad con respecto a algunas personas, pero nunca había oído que nadie lo dijera en voz alta sobre sí mismo.

—¡Lo sé! —dijo Ira—. ¡Ni Hitler dijo eso! Es decir, no quiero comparar a tu ex con Hitler como líder. Sólo como hombre.

Zora le acarició el brazo.

—¿Estás listo para conocer a Bruno? Mi novio anterior le caía fatal. Por eso rompimos.

—¿De verdad? —Eso silenció a Ira un momento—. Si yo dejara a mi hija decidir esos asuntos, estaría saliendo con un beagle.

—Yo creo que los niños son lo primero. —Ahora su voz tenía un filo acerado.

—Oh, sí, sí, yo también —dijo rápidamente. De pronto se sintió paralizado y frío.

Ella metió la mano en el cajón de la mesilla, sacó un frasco y mordió una pastilla.

—Anda, toma media —dijo—. Si no, no vamos a dormir nada. A veces ronco. Probablemente tú también.

—Qué bonito —dijo Ira afectuosamente—. Tomar estas pastillas juntos.

Se tambaleaba durante sus días, cansado e inseguro. En la oficina extraviaba archivos. A veces derribaba cosas por accidente: un vaso de agua o el manual de derechos laborales. Las noticias de la guerra inminente también se cobraban un peaje. Por la noche, en la

cama, los momentos antes de dormir eran una especie de encuentro poderoso con la muerte. ¿Qué le había pasado al mundo? Marzo todavía no parecía primavera, sobre todo con el plástico pegado con cinta adhesiva en las ventanas. Cuando intentaba mirar el exterior, los árboles parecían pegados en la suciedad cerosa de un cielo todavía invernal. Le habría gustado que ese mes tuviera un nombre menos bélico. ¿Por qué Marte? ¿Y un dios más veloz, como Mercurio? Eso podría funcionar.

Se llevó dos gatos de la protectora de animales para que Bekka también pudiera jugar con mascotas vivas en su casa. Fue a la tienda con Bekka y compraron arena y comida para gatos.

—¡Provisiones! —exclamó Ira.

—Si la guerra llega hasta aquí, podemos comer la comida para gatos —sugirió Bekka.

—Comida para gatos, de eso nada. Podemos comernos a los gatos —dijo Ira.

—Eso es asqueroso, papá.

Ira se encogió de hombros.

—¡Mira, ésa es una de las cosas de ti que no le gustaban a mamá! —añadió.

—¿De verdad? ¿Te lo ha dicho?

—Más o menos.

—A mamá le gusto. Lo que pasa es que está muy ocupada.

—Lo que tú digas.

Volvió a los gatos.

—¿Cómo deberíamos llamarlos? —La comida siempre debe tener un nombre.

—No sé —Bekka estudió los gatos.

Ira detestaba los valiosos nombres literarios que la gente daba a las mascotas: personajes de ópera y Proust. Cuando conoció a Marilyn, tenía un gato llamado *Portia*, pero Ira insistió en llamarlo *Colmillo*.

—Creo que deberíamos llamarlos *Bola de Nieve y Copo de Nieve* —dijo Bekka, que miraba con ojos vidriosos los dos dorados gatos de rayas.

—No parecen una bola de nieve o un copo de nieve —dijo Ira, intentando que no se notara su decepción. A veces Bekka le parecía totalmente banal. Tenía episodios de un convencionalismo inexplicable y vacuo—. ¿Qué te parece *Explorador*? —Siempre había querido llamar a un gato *Explorador*—. ¿Qué tal *Explorador*? —En la protectora de animales alguien encargado de las chapas identificativas los había llamado «*Jake*» y «*Falso Jake*», pero las comillas en torno a los nombres eran una invitación para cambiarlos.

—*Bola de Fuego y Copo de Fuego* —intentó Bekka.

Ira la miró, esperaba, suplicante y persuasivamente.

—¿En serio? *Bola de Fuego y Copo de Fuego* no parecen nombres de gatos tuyos.

La cara de Bekka se contrajo llorosa.

—¡Tú no me conoces! ¡Sólo vivo contigo parte del tiempo! ¡El resto del tiempo vivo con mamá, y ella tampoco me conoce! ¡La única persona que me conoce soy yo!

—Vale, vale —dijo Ira. Los ojos lo miraban con recelo. En tiempos de guerra no discutas con una bola de fuego o un copo de fuego. Nunca discutas con la comida—. *Bola de Fuego y Copo de Fuego*. —¿Qué eran? Dos personas de mediana edad en una cita.

—¿Por qué no vienes a cenar? —Zora lo llamó por teléfono una tarde—. Voy a hacer espaguetis a la primavera, el plato favorito de Bruny; pásate y lo conoces. A no ser que tengas a Bekka esta noche.

—No, no la tengo —dijo Ira con tristeza—. ¿Qué son los espaguetis a la primavera?

—Son lo mismo que los espaguetis normales, sólo que se sirven tibios. A temperatura ambiente. Con un poco de albahaca fresca.

—¿Qué llevo?

—Igual puedes traer un poco de aperitivo y un postre —dijo ella—. Y a lo mejor una ensalada, algo de pan si tienes una panadería cerca y una botella de vino. También una silla extra, si tienes una. Necesitaremos una silla extra.

—Vale —dijo él.

Iba un poco cargado cuando llegó ante la puerta. Ella salió, él pensó que para ayudarle, pero lo rodeó con los brazos y lo besó. «Tengo que besarte aquí en la puerta. A Bruny no le gusta ver esas cosas.» Besó a Ira de una forma dulce, gomosa, en la boca. Luego volvió a entrar, sonriendo, aguantando la puerta para que pasara él. Oh, las hermosas sonrisas de los locos. Pronto, estaba seguro, habría un estudio que mostraría que los enfermos mentales eran en realidad más atractivos que otra gente. ¡Las citas lo demostraban! El papel de aluminio sobre su ensalada se deslizaba y los *brownies* que había hecho para el postre seguían calientes y probablemente estaban calentando y marchitando la lechuga por debajo de la ensaladera. Intentó una zancada familiar y de propietario por el salón, aunque no se sentía ninguna de las dos cosas, luego lo dejó todo en la mesa de la cocina.

—Gracias —dijo Zora, y le puso la mano al final de la espalda. Se sentía profundamente atraído hacia ella. No había nada que pudiera hacer al respecto.

—Huele bien —dijo él—. Hueles bien. —Una mezcla de ajo, cítricos y talco revestidos de nuez moscada—. Tengo que ir al coche a buscar el aperitivo y la silla —dijo, y se fue rápidamente. Cuando volvió, le entregó el aperitivo: un plato de olivas sobre un lecho de hierbas (no sabía nada de comida; en el trabajo alguien le había dicho que nunca se equivocaría con las olivas: «Fíjate: “L-e-c-h-o”. ¿Lo pillas?»), y luego puso la silla junto a la pequeña mesa para dos de Zora (nunca había visto una mesa de comedor hecha para menos de cuatro personas), Zora lo miró intensamente y susurró: «¿Estás listo para conocer a Bruny?».

Listo. No sabía exactamente qué significaba eso. Parecía que ella lo había invertido todo, que debería preguntarle a Bruno, o Bruny o Brune si estaba listo para conocerlo a él.

—Listo —dijo.

Una flauta titubeante sonaba al otro lado tras una puerta cerrada al final del pasillo. «¿Bruny?», llamó Zora. La música se detuvo. De pronto respondió una voz que ladraba, que aullaba: «¿Qué?».

—Ven a conocer a Ira, por favor.

Hubo un silencio. Hubo la nada. Nadie se movió durante mucho rato. Ira sonrió educadamente. «Oh, déjalo tocar», dijo.

—Ahora vuelvo —dijo Zora, y recorrió el pasillo hasta la puerta de Bruno, llamó, entró y la cerró.

Ira se quedó allí un rato, luego cogió el sacacorchos, abrió la botella de vino y empezó a beber. Al cabo de varios minutos Zora regresó a la cocina, suspirando. «Bruny está de mal humor.» De pronto se cerró una puerta y unos pasos ruidosos, fatigados, trajeron a Bruno, el chico mismo, a la cocina. Estaba descalzo y llevaba una camiseta y un pantalón de deporte, el vello ya le oscurecía las piernas. Sus cejas formaban una viril uve negra sobre el puente de su nariz. No era alto, pero ya era musculoso, con hombros anchos y extremidades gruesas, y cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó en la pared con cansada beligerancia.

—Bruny, éste es Ira —dijo Zora.

Ira dejó su copa de vino y alargó la mano. Bruno descruzó los brazos pero no le dio la mano. En cambio, sacó la barbilla y frunció el ceño. Ira volvió a coger la copa.

—Me alegra de conocerte. Tu madre me ha contado un montón de cosas estupendas sobre ti. —Intentó recordar una.

Bruno miró el cuenco con el aperitivo.

—¿Qué es ese pringue en las olivas? —En realidad no era una pregunta, así que nadie la respondió. Bruno se volvió hacia su madre—. ¿Puedo volver a mi cuarto?

—Sí, cariño —dijo Zora. Miró a Ira—. Está ensayando para el concurso de instrumentos de viento de madera del sábado que viene. Se lo toma muy en serio.

Cuando Bruno se marchó hacia su habitación, Ira se acercó a besar a Zora, pero ella se alejó un poco. «Bruno podría oírnos», susurró.

—Vamos a un restaurante. Tú y yo. Mi ensalada no es buena.

—No podemos dejar a Bruno solo. Tiene dieciséis años.

«Yo trabajaba en una fábrica de acero cuando tenía dieciséis años», decidió no decir Ira. En vez de eso dijo:

—¿No tiene amigos?

—Ahora va con varios grupos sociales —dijo Zora, a la defensiva—. Le cuesta encontrar a otros chicos que sean tan serios intelectualmente como él.

—Le alquilaremos una peli —dijo Ira—. Perdona, una película. Una película extranjera, ya que es tan serio. Un documental. ¡Le alquilaremos un documental extranjero!

—No tenemos vídeo.

—¿No tenéis vídeo? —En ese momento Ira encontró los cubiertos y ayudó a poner la mesa. Cuando se sentaron para comer y se echaron más vino en las copas, Bruno salió de pronto y se les unió, sin decir nada. Los espaguetis a la primavera estaban metidos en una gran fuente de cristal con queso rallado. «Justo como te gustan, Brune», dijo Zora.

—Entonces, Bruno, ¿qué curso haces?

Bruno lanzó una mirada desdeñosa.

—Décimo —dijo.

—Entonces, aún te falta para la universidad —dijo Ira, pensando en voz alta por accidente.

—Supongo —dijo Bruno; luego se dedicó a los espaguetis a la primavera.

—Entonces, ¿qué asignaturas has elegido, además de música?

—preguntó Ira, después de un largo momento incómodo.

—No hago música —dijo con la boca llena—. Estoy en la Banda del Estado de Instrumentos de Viento-Madera.

—¡La Banda del Estado! ¡Qué interesante! ¿Tienes clase de, por ejemplo, Historia de Estados Unidos?

—Están estudiando otra vez la selva amazónica —dijo Zora—. Llevan con eso desde preescolar.

Ira bebió con melancólico entusiasmo su vino —había pasado una parte de su vida demasiado grande vagando en el desierto de su propia baba, oh, los ataques que había lanzado a la hora de comer contra su propia y frágil conciencia— y se le derramó un poco en la camisa.

—Vaya, hombre, mira.

Frotó la mancha de vino con la servilleta y miró a Bruno, con una sonrisa zalamera.

—Algún día te podría pasar a ti —dijo Ira, parpadeando en la dirección de Bruno.

—Eso nunca me pasaría a mí —murmuró Bruno.

Ira siguió limpiándose la camisa. Empezó a pensar en su libro. «Aunque sea el amado de tu madre, no soy rival, enemigo ni cobarde.» Le encantaban las rimas. «¡Azar! ¡Vulgar! ¡Pulgar!» Eran armoniosas y alegres frente a la mierda total.

Bruno empezó a dar suaves patadas a su madre por debajo de la mesa. Zora comenzó a devolverle los golpes lúdicamente, y pronto estaban peleándose: su energético juego de pies les hacía deslizarse de las sillas un poco, mientras Ira fingía no darse cuenta y tocaba la ensalada con el borde del tenedor, demasiado asustado como para levantar mucho la vista. Al cabo de unos minutos —cuando el juego de pies se había detenido e Ira había exclamado: «¡Una cena estupenda, Zora!»— todos se pusieron en pie y limpiaron la mesa, llevaron los platos a la cocina y los dejaron en una pila desordenada en el fregadero. Ira empezó a echar agua tibia con poco entusiasmo sobre ellos, y Zora y Bruno, a cierta distancia detrás de él, comenzaron a empujarse, embistiendo suavemente contra sus respectivos costados. Ira miró por encima del hombro y

vio que Zora daba un paso atrás y asumía la posición inicial de un luchador, y Bruno saltaba hacia ella, la cargaba sobre el hombro y la llevaba hacia el salón donde, Ira lo vio, la tiró, entre risas, sobre el sofá.

—¿Debía unirse Ira? ¿Debía marcharse?

—Todavía te puedo ganar, Brune, cuando estamos en la cama —dijo Zora.

—Sí, es verdad —dijo Bruno.

Quizá era hora de marcharse. La próxima vez Ira traería un vídeo para Bruno y se llevaría a Zora a comer fuera.

—Bueno, ¡qué tarde se ha hecho! Encantado de conocerte, Bruno —dijo, estrechando la mano grande y floja del chico. Zora estaba sin aliento. Acompañó a Ira hasta el coche, lo ayudó a llevar su silla y la ensaladera—. Ha sido una cena maravillosa —dijo Ira—. Y tú eres una mujer maravillosa. Y tu hijo parece muy inteligente y los dos sois adorables cuando estáis juntos.

Zora resplandeció, aparentemente muda de felicidad. Si Ira hubiera sabido decir esas imaginativas fruslerías durante su matrimonio, seguro que Marilyn nunca lo habría dejado.

Le dio a Zora un beso rápido en la mejilla —el calor de su lucha había acentuado su hermoso olor a nuez moscada— y después volvió a besarla en el cuello, cerca del oído. Solo en el coche de regreso a casa pensó en todos los vínculos eróticos profundamente erróneos que se creaban en tiempos de guerra, en los locos romances que la especie cocinaba rápidamente para escapar a la muerte. Encendió la radio: las noticias de Oriente Próximo eran tan surrealistas y desoladoras que cuando oyó las toneladas de bombas que estaba previsto arrojar sobre Bagdad sintió que su mandíbula se caía de sorpresa. Aparcó el coche, encendió la luz del interior y miró en el espejo retrovisor el aspecto que tenía su cara en ese momento concreto. Había notado que su cara hacía eso en otra ocasión —cuando recibió los papeles del divorcio de Marilyn: ahí sí que tenías commoción y pavor; hasta decapitación—, pero en realidad nunca se había visto. Entonces. Ahora lo sabía. No era

bueno: estupefacto, pálido y no muy inteligente. No era lo mismo que el autoconocimiento, pero la vida no era tan larga ni tan edificante, y a veces había que arreglárselas con esos arbitrarios fragmentos de información.

Arrancó de nuevo, lentamente; fuera había empezado a llover, y en una intersección brillantemente iluminada entre dos gasolineras, un Quik Trip y un KFC, media docena de jóvenes metidos en impermeables amarillos con capucha sostenían carteles que decían: «Pita por la paz». Ira tocó el claxon, primero golpeando con la mano, luego apoyando todo el brazo encima. Otros coches empezaron a hacer lo mismo y pronto nadie iba a ningún sitio, ¡una congregación de tórtolas!, que pitaban como gansos en un coro salvaje de futilidad, mientras los limpiaparabrisas despejaban sus espacios con forma de abanico en el cristal salpicado de la noche. El semáforo cambió de color dos veces antes de que algún coche fuera a algún sitio. Con toda su estupidez, solipsismo y pintoresco dolor cívico, fue algo parecido a un momento hermoso.

Pese a sus dificultades para leer y a los nombres carentes de ingenio que daba a los gatos, Ira sabía que Bekka era extremadamente inteligente. Lo sabía por el tiempo que pasaba tirada por la casa, aburrida y suspirando, diciendo: «Papá, ¿cuándo se terminará la niñez?». ¡Eso era un signo de genialidad! Como otras cosas. Su completa insensibilidad a la voz masculina adulta, por ejemplo. Su escrutinio de toda la comida. Con interés y dudas, estudiaba los carteles contra la guerra que se esparcían por el vecindario. LA GUERRA NO ES EL CAMINO DE LA PAZ, leyó lentamente en voz alta. Luego añadió: «Bueno, bah».

LA GUERRA NO ES LA RESPUESTA, leyó en otro. «Pues eso no tiene sentido —le dijo a Ira—. La guerra es la respuesta —dijo—. Es la respuesta a la pregunta: ¿qué va a hacer George Bush de un momento a otro?»

Cuando Bekka se quedaba en casa de Ira, se levantaba por la mañana y le contaba sus sueños. «Esta noche he soñado que caminaba con dos amigos y nos encontrábamos con un lobo. Pero yo hacía un trato con el lobo. Le decía: "No me comas. Estos dos tienen más carne". Y el lobo decía: "Vale", y nos dábamos la mano y me escapaba.»

O: «Esta noche he tenido un sueño muy raro donde era un hada pequeña y mala».

Estaba en contacto con su torbellino interior y con su capacidad de supervivencia. ¿Podía eso ser algo menos que brillantez emocional?

Una mañana dijo: «He tenido un sueño que daba mucho miedo. Había un tornado con una cara dentro. Y yo me casaba con él. —Ira sonrió—. Te puede parecer muy divertido, papá, pero daba mucho miedo».

Una vez miró a escondidas su diario del colegio y encontró este poema.

*El tiempo en movimiento.*

*El tiempo quieto.*

*¿Cuál es la diferencia?*

*El tiempo quieto es la diferencia.*

Ira no tenía ni idea de lo que significaba, pero sabía que era genial. Le había puesto de segundo nombre Clío, como la musa de la historia, de modo que estaba claro que sabría muy bien que el tiempo quieto era la diferencia, fuera lo que fuera lo que significara eso. A él mismo le parecía observar la historia desde el más oscuro de los lugares remotos, una tierra de cerveza y golf, con un horizonte de un apacible color gris pescado, el cielo de un plata suicidio y las ventanas con plástico pegado con cinta adhesiva: tenía la impresión de ver la vida desde un contenedor de plástico, como una comida sobrante asomada a la grasienda niebla del mundo. «El tiempo en movimiento. El tiempo quieto.»

El bombardeo de verdad empezó el primer día de primavera. «Ya está —dijo Ira al contestador automático de Mike—. Ha empezado.»

Zora lo llamó y le preguntó si le apetecía ir al cine.

—Claro —dijo Ira—. Me encantaría.

—Bueno, estábamos pensando en la película de Arnold Schwarzenegger, pero a Bruno también le gustaría ver la de Mel Gibson. —«Estábamos.» Ahora salía con una persona que hacía décimo curso. No había hecho algo así ni cuando él mismo hacía décimo. Bueno, ahora vería lo que se había perdido.

Lo recogieron a las seis cuarenta y, como Bruno no hizo ningún ademán de cederle el asiento del copiloto, Ira se sentó en la parte trasera del Honda de Zora, sus largas piernas unidas en diagonal como una señora que montara al estilo amazona. Zora conducía con cuidado, en vez de como una arpía enloquecida, que era lo que por alguna razón él había esperado. El resultado fue que llegaron demasiado tarde para la película de Mel Gibson y tuvieron que conformarse con la de Arnold Schwarzenegger. Ira le dio dinero al taquillero y dijo: «Tres, por favor», y los tres entraron sin pronunciar palabra, con sus billetes informatizados en la mano.

—Entonces, ¿te gusta Arnold Schwarzenegger? —le dijo Ira a Bruno cuando avanzaban por uno de los pasillos con alfombra roja.

—La verdad es que no —murmuró Bruno.

Bruno se sentó entre Zora e Ira, y los tres se pasaron un pequeño contenedor de palomitas. Ira se levantó dos veces para rellenarlo en el vestíbulo, una especie de alivio para él con respecto a Arnold, cuya forma de decir las frases era menos tosca de lo que había sido, pero no lo bastante menos tosca. Después, en el camino hacia el aparcamiento, Bruno y Zora recrearon las escenas violentas de la película, chocando los hombros y la espalda con fuerza y alegría. Cuando llegaron al coche, Ira fue relegado de nuevo al asiento trasero.

—¿Vamos a cenar? —propuso a la parte delantera.

Tanto Zora como Bruno estaban en silencio.

—¿Vamos? —intentó de nuevo, alegremente.

—¿Te apetece, Bruno? —preguntó Zora—. ¿Tienes hambre?

—No sé —dijo Bruno, mirando melancólicamente por la ventanilla.

—¿Te ha gustado la peli? —preguntó Ira.

Bruno se encogió de hombros.

—No sé.

Fueron a un grill y pidieron costillas y pollo.

—Pago yo —dijo Ira, aunque Zora no se había ofrecido. Les ahorraría la incomodidad.

—Ah, vale —dijo ella.

Luego, Zora dejó a Ira en la acera, donde Ira se quedó un momento, despidiéndose con la mano, delante de su casa. Bruno movió el dorso de la mano hacia él, sin mirar. Zora saludó vigorosamente, sacó la mano por la ventanilla abierta por encima del coche. Los observó alejarse al final de la manzana y desaparecer doblando la esquina. Entró y se preparó una copa de zumo de arándanos y ron. Puso el informativo de la tele y vio el bombardeo. Bombardeo nocturno, de manera que en realidad no se veía.

Unas mañanas después era la primera de un nuevo mes, el mes de su cumpleaños. La ilusión que producía que el tiempo volara, lo sabía, consistía en convencer a la gente de que la vida incluía más de lo que de verdad podía incluir. En realidad, el tiempo que volaba podía hacer que la vida humana pareciera una victoria sobre el propio tiempo. El tiempo volaba tan deprisa que en algunos sentidos no llegaba a producir un impacto. Las vidas de la gente caían entre sus poderes punzantes como insectos entre gotas de lluvia. «¡Engañamos al poder del tiempo con nuestra propia brevedad!», le dijo a Bekka en voz alta, confiando en que lo entendería, pero ella siguió acariciando a los gatos. La casa ya había empezado a llenarse del olor a miel acre de la meada de gatos, aunque ni a él ni a Bekka parecía importarles. ¡Primavera! Un mes más y sería mayo,

el mes que menos le gustaba. ¿Por qué no había un mes que se llamara *sayo*? ¿O *rayo*? Bueno, quizá *rayo* no. Zora lo telefoneó pronto, con un tono duro.

—No sé. Creo que es mejor que rompamos —dijo.

—¿Tú crees?

—Sí. Me parece que no vamos a ninguna parte. Las cosas no avanzan de ninguna manera que yo pueda entender. Y creo que no debemos hacernos perder el tiempo el uno al otro.

—¿En serio?

—A lo mejor para alguien está muy bien, pero una cena, una película y luego sexo no es la idea que yo tengo de una relación.

—A lo mejor, si eliminamos la película.

—Somos adultos...

—Ciento. Quiero decir: ¿lo somos?

—... ¿Y qué sentido tiene, si hay obstáculos claros, o no hay una idea visible de hacia dónde vamos, de continuación? Resulta difícil mantener la fe. Hace muy poco que salimos, lo sé, pero ya no puedo imaginarnos como pareja.

—Lamento oírte decir eso. —Se había sentado en la cocina. Notaba que intentaba no llorar.

—Vamos a pasar página —dijo ella con suave firmeza.

—¿De verdad? ¿Eso es lo que te parece, sinceramente? ¡Me siento fatal!

—¡Inocente! —gritó ella por el teléfono.

El corazón le saltó a la garganta, luego se hundió hasta su colon, a continuación retrocedió hasta las cercanías de la superficie de su caja torácica, donde lo agarraba su mano derecha. ¿Había un desfibrilador cerca que pudiera ponerse en el pecho?

—¿Perdona? —preguntó débilmente.

—¡Inocente! —dijo ella otra vez, riendo—. ¡Es el 1 de abril!

—Supongo —dijo él, buscando aire—, supongo que éste es el tipo de broma que mejora cuanto más piensas en ella.

Era la primera vez que se relacionaba con enfermos mentales, pero ahora estaba más convencido que nunca de que debían existir leyes internacionales que evitaran que fuesen demasiado atractivos.

—¿Qué te parece Zora? —preguntó Mike cuando tomaban una cerveza, después del trabajo, después de rumiar sobre la declaración de la renta de Dick Cheney que acababa de publicar el periódico. ¿Por qué no había una revolución? ¿Todo el mundo estaba demasiado distraído por el tenis, el sexo y los bulbos de iris? En primavera al marxismo le faltaba arrancada. Ira había contratado a alguien para que pintara su casa, así que ahora tenía dos carteles en el jardín delantero: LA GUERRA NO ES LA RESPUESTA, en azul, y al otro lado, en amarillo y negro: PINTURA JENKINS ES LA RESPUESTA.

—Oh, Zora es genial. —Ira se detuvo—. Genial. Genial. De hecho, ¿conoces a alguna otra soltera?

—¿En serio?

—Bueno, es que quizás no esté del todo bien de la cabeza.

Ira pensó en el momento, durante la cena, en que le había dicho: «Cuando más me gusta tu boca es cuando haces esa mueca rara en mitad del sexo», y luego contorsionó la cara de una manera tan repulsiva que Ira pensó que le había dado una embolia. Después, por la noche, le dijo: «Mira esto», y cogió su paraguas plegable, puso el mango en la entrepierna de sus pantalones, luego apretó el botón, que lo lanzó como un cohete, desplegado, como una erección de dibujos animados. Ira no sabía quién o qué era, aunque quería dejarle espacio, darle sitio, concederle el beneficio de la duda: todos esos clichés paradójicos de la supuesta generosidad, la mayoría de los cuales había negado a su esposa. Intentó no pensar que la única felicidad a la que podía haber estado destinado ya se había producido, había sido con Bekka y Marilyn, cuando los tres estaban juntos. Una excursión, un paseo en bicicleta: intentó no pensar que su insensato sueño de una familia apenas había enseñado su buena cara el tiempo suficiente como para sostenerlo durante una comida. Torturarse con la idea de la felicidad familiar sin tener una familia de verdad, decidió, sería una circunstancia

bastante nueva en la historia social. Probablemente la gente no era así cien años antes. Imaginó una exhibición pública. Imaginó las marionetas.

—La cordura es conjetal —dijo Mike. Su frente se frunció reflexivamente—. Zora es muy atractiva, ¿no te parece?

Ira pensó en su piel hermosa, resbaladiza, en el pelo oscuro, dulce, el cuerpo flexible de sílfide, la risa loca, histérica. Una vez, aunque sólo brevemente, había insistido en que Man Ray y Ray Charles eran hermanos.

—Es atractiva —dijo Ira—. Pero lo dices como si fuera algo bueno.

—En este momento —dijo Mike—, me parece que cualquier cosa que no sea matar a la gente es algo bueno.

—Quizá se trata de eso —dijo Ira.

—Oh, ya veo. Ahora entramos en la parte inmadura y fácil de la primavera.

—Está pirada, como dicen los críos.

Mike parecía confuso.

—¿Eso es como chiflada?

—Es como chiflada, pero no como los chiflados de Waco. Al menos no creo. Al menos no por ahora. Me gustaría dejar de verla, pero parece que no puedo. Especialmente con todo lo que está ocurriendo en el mundo. No puedo vivir sin algo de intimidad, compañía, como quieras llamarlo, para afrontar esta locura global.

—No deberías usar a la gente como escudos humanos. —Mike se detuvo—. O, no sé, igual sí.

—No puedo dejar escapar la esperanza, la ilusión de que salga algo de esta historia, lo siento. El divorcio es un trauma, créeme, lo sé. ¡Su dolor es un secreto nacional! Pero eso no es todo. No puedo renunciar al amor. No puedo vivir sin amor en mi vida. Dame la mano —dijo Ira. Sus ojos empezaban a llenarse de lágrimas.

Una vez, de niño, se perdió, y cuando su madre lo encontró, a cuatro manzanas de casa, le preguntó si se había asustado. «La verdad es que no —dijo, sorbiéndose la nariz orgulloso—. Pero los

ojos se me han llenado de lágrimas de repente.»

—¿Perdona? —preguntó Mike.

—No puedo creer que te haya pedido que me des la mano —dijo Ira, pero Mike ya se la había cogido.

El hachís era bueno. Las pastillas para dormir eran buenas. Caminaba lentamente por los pasillos del trabajo en lo que era una combinación de energía serena y una siesta. Cuando se acercaba su cumpleaños fue al médico para su chequeo trianual y, tras mencionar una lista breve de síntomas nebulosos, recibió desdeñosos diagnósticos de «vértigo benigno», «seudogota» y quizá «aura de migraña», nombres, no cabía ninguna duda, de bandas de rock. «Tienes el pulso de un crío, y también la mente de un crío», le dijo el médico, un viejo amigo del golf.

La salud, decidió Ira, era teórica. El Domingo de Ramos —todas esas festividades *goyim* preimpresas en el calendario— era su cumpleaños, y cuando Zora llamó, soltó esa información. «¿En serio —dijo—. ¡Qué viejo! ¿Te sientes infrafollado? Iré a tu casa el sábado y te leeré la mano. Ya sabes a lo que me refiero.» ¿No era mona? Maldita sea, era mona. Llegó con Bruno, con un pastel de chocolate detrás. «Feliz cumpleaños», dijo. «Bruno me ayudó a hacer el glaseado», dijo.

—¿De verdad? —le dijo Ira a Bruno, palmeándole en la espalda en un abrazo fraternal que el chico intentó evitar y rechazar.

Pidieron comida china y hablaron del instituto, de cursos de colocación avanzada, de orientadores y de James Galway (irlandés con gracia o desgraciado peñazo, ¿quién podía decidirlo?). Zora trajo el pastel. No había velas, así que Ira encendió una cerilla, la clavó en el glaseado y la apagó. Su deseo fue una petición vaga y general de buena salud para Bekka. Sólo ella. No había puesto a nadie más en el maldito deseo. Ni el pueblo iraquí ni los soldados ni Mike, que le había dado la mano, ni Zora. Esa intensidad localizada era mala para el planeta.

—¿Nos sentamos encima de Bruno? —Zora se rio y apoyó su dulce trasero en Bruno, que ahora estaba repanchingado en el sofá de Ira, descansando—. ¡Venga! —llamó a Ira—. Vamos a sentarnos encima de Bruno. —Se sentó en la cadera del chico, mientras Bruno protestaba con risas y gruñidos.

En ese momento Ira avanzaba hacia el armario de las bebidas. Creía que había algo de bourbon dentro. No necesitaría hielo.

—¿Te apetece un poco de bourbon? —preguntó a Zora, que ahora estaba luchando con Bruno y levantó la mirada hacia Ira y no dijo nada. Bruno también lo miró sin decir nada.

Ira siguió echando. Zora se incorporó y caminó hasta él. En ese momento estaba bebiendo bourbon y comiendo pastel. Tenía un páncreas como una roca.

—Probablemente deberíamos irnos —dijo Zora—. Mañana hay clase.

—Ah, vale —dijo Ira, tragando—. Quiero decir, me gustaría que no tuvierais que iros.

—Clase. ¿Y qué voy a hacer? Me voy a llevar el resto del pastel a casa para la comida de Bruny de mañana. Es su favorito.

Ira se llenó de rabia y tristeza. El pastel era el único regalo que le había hecho Zora. Cerró los ojos y llevó su cara hacia la de ella.

—Ahora no —susurró ella—. Le sienta mal.

—Ah, vale —dijo Ira, tragando—. Os acompañó al coche. —Y allí le dio un abrazo rápido. Ella rodeó el coche y se sentó en el asiento del conductor. Él volvió a la acera y dio un golpecito en la ventana del asiento del copiloto para despedirse de Bruno. Pero el chico no se dio la vuelta. Levantó la mano y le mostró el dorso a Ira.

—¡Adiós! Gracias por celebrar mi cumpleaños conmigo —dijo Ira. Donde el afecto se caía de culo, la educación podía dar un paso al frente.

Pero luego el calor y la tristeza volvían a llenar su rostro. Las luces del Honda de Zora se encendieron, después el motor, luego todo el vehículo voló calle abajo.

En el colegio arrullador y aturullado de Bekka, donde Marilyn había insistido en enviarla años antes, los alumnos y los profesores evitaban tercamente hablar de la guerra. En la clase de Bekka hacían calceta con los dedos mientras hablaban de hipotéticas inversiones en el mercado de valores. A la clase le iba especialmente bien con acciones preferentes en Kraft, GE y GM; observar cómo sus inversiones se movían un poco cada mañana en el índice Dow Jones también ayudaba a sus pequeñas bufandas. Era una cosa del hemisferio derecho e izquierdo del cerebro. Por eso, Ira desembolsaba más de nueve mil dólares al año. No es que le importara mucho. Siempre y cuando Bekka estuviera en un lugar a salvo de la guerra —las alertas iban de naranja a rojo y luego naranja; sin información, sólo cinta adhesiva y colores chillones, desquiciantes—, convertirla en una corredora de bolsa aficionada al punto le parecía bien. «¡Explota el sistema, tío!», decía él en la universidad. Sin embargo, ya no podía ver la tele. La empaquetó, junto con el vídeo, y se los llevó a Zora.

—Aquí está —dijo—. Esto es para Bruno.

—Eres muy amable —dijo ella, y lo besó cerca de la oreja y luego en la oreja. Era posible que estuviese locamente enamorado.

—La tele está rota —dijo Ira cuando Bekka fue el fin de semana y preguntó por ella—. Está en la tienda.

—Lo que tú digas —dijo Bekka, estirando el hilo de la bufanda por el suelo para que los gatos pudieran jugar.

La siguiente vez que recogió a Zora para salir, ella le dijo:

—Entra. Bruno está viendo una película en tu vídeo.

—¿Le gusta? ¿Le saludo?

Zora se encogió de hombros.

—Si quieras...

Entró en la casa, pero la tele no estaba en el salón. Estaba en el dormitorio de Zora, donde, tumbado semidesnudo sobre la cama de Zora, como él mismo había estado unas noches atrás, se

encontraba Bruno. Estaba viendo *La flauta mágica* de Bergman.

—Hola, Bruno —dijo. El chico no respondió, paralizado, quizá sin oírle.

Zora entró y puso un vaso de agua fría contra la parte de atrás del muslo de Bruno.

—¡Ay! —gritó Bruno.

—Aquí está tu agua —dijo Zora, subiendo los dedos por una de las piernas de su hijo.

Bruno cogió el vaso y lo dejó en el suelo. Los cantos en la misma pantalla de televisión que hacía muy poco había transmitido a Ira el fiero bombardeo de Bagdad parecían atléticos y absurdos, quizá una especie de broma. Pero Bruno permanecía cautivado. «Bueno, disfruta del espectáculo», dijo Ira, que no esperaba que le diera las gracias por el televisor, aunque en aquel momento saber que eso no iba a suceder hizo que se sintiera un poco alicaído.

Al volver, Ira se fijó en las esculturas del rincón del salón. Zora había añadido dos nuevas. Eran más abstractas, y estaban hechas de viejas flautas y otros instrumentos de viento, pero eran reconociblemente chicos, priápicos con flautines. «Una flauta habría sido demasiado grande», explicó Zora, poco después de que Ira dijera: «Así que... ¡has estado trabajando!».

En el restaurante, el aparato de música tenía a Nancy Wilson, *For All We Know*. Las paredes, como el amor, eran trampantojos: paredes pintadas como ventanas con vistas, aunque sólo un tonto no vería que eran paredes. El menú, como el amor, estaba lleno de cosas delicadas y horripilantes: mejillas, lenguas, timos. La vela, como el amor, parpadeaba: en las tapas de latón del azucarero y del salero y del pimentero. Intentó captar la mirada de Zora, que parecía recorrer la estancia. «Es muy agradable estar aquí contigo», dijo. Ella se volvió y le brindó una sonrisa, lo reparó con ella. Era una mujer amable y encantadora. Algo en su interior volvía obstinadamente a eso. Ahí había dos adultos en un mundo loco, que tenían la suerte de haberse encontrado aunque sólo fuera

temporalmente. Pero ahora las lágrimas surcaban la cara de Zora. Su boca, que las recogía en las comisuras de los labios, retrocedía hasta convertirse en un pellizco.

—Oh, no, ¿qué pasa? —Fue a cogerle la mano, pero Zora la apartó para ocultar los ojos tras ella.

—Echo de menos a Bruny —dijo.

Él notó que su corazón se enfriaba, a su pesar. Oh, vaya. El día siguiente era el Domingo de Pascua. Todos se levantarían de entre los muertos.

—¿Crees que no está bien?

—Es... No sé. Probablemente me pasa por dejar los antidepresivos.

—¿Has tomado antidepresivos? —preguntó compasivamente.

—Sí, tomaba.

—¿Los tomabas el día que nos conocimos? —Quizá se había metido en una historia a lo *Flores para Algernon*.

—Sí. Los empecé a tomar hace dos años, cuando tuve mi llamado «colapso nervioso». —Y ahí puso dos dedos en el aire, para dibujar unas comillas, pero todos sus dedos se extendieron involuntariamente y sus manos arañaron el aire.

Ira no sabía qué decir.

—¿Quieres que te lleve a casa?

—No, no, no. Oh, igual sí. Lo siento. Sólo es que me parece que paso muy poco tiempo con él. Está creciendo muy deprisa. Me gustaría retroceder en el tiempo. —Se sonó la nariz.

—Sé lo que quieras decir.

—Una vez oí a unos amigos hablar de un viaje por el Pacífico. Una mañana se fueron de Australia y llegaron a California la tarde del día anterior. Y pensé que me gustaría hacer eso: cruzar la línea del cambio de fecha internacional una y otra vez y llegar hasta cuando Bruno era un niño pequeño.

—Sí —dijo Ira—. Me gustaría volver al momento en que firmé mi acuerdo de divorcio. Me gustaría hacer algunos cambios.

—Tendrías que llevar un bolígrafo —dijo ella, extrañamente.

La estudió para memorizar su cara.

—Nunca viajaría en el tiempo sin un bolígrafo —dijo él.

Ella hizo una pausa.

—Pareces preocupado —le dijo—. No deberías hacer eso con la frente. Te envejece. —Luego empezó a sollozar.

Buscó su abrigo, la llevó a casa y la acompañó hasta la puerta. Por encima de la casa, la moneda martilleada de la luna desprendía su brillo nebuloso.

—Es un momento difícil en el mundo —dijo Ira—. Es difícil para todos. Entra y ponte una buena copa. La gente no bebe como bebía antes. Eso es lo que ha empezado esta guerra de Irak: es una guerra de abstemios. La gente tiene que darse a la bebida y bajarse del burro y... —La besó en la frente—. Mañana te llamo —dijo, aunque no iba a hacerlo.

Ella le apretó el brazo y dijo: «Que duermas bien».

Cuando volvía hacia el camino de entrada pudo ver a través de la ventana principal de su dormitorio: el televisor disparaba su fuego de colores y Bruno estaba tendido en un estupor sin camiseta. Ira vio que Zora entraba, se sentaba, se acurrucaba junto a Bruno, lo rodeaba con el brazo y apoyaba la cabeza en su hombro.

Ira se alejó bruscamente, por la calle. ¿Era su problema? ¿Era demasiado chapado a la antigua? Siempre había pensado que era un hombre moderno. ¡Por ejemplo, sabía detenerse y preguntar una dirección! ¡Y lo hacía mucho! Por supuesto, después, a veces miraba al tipo y decía: «¿Quién demonios te ha contado esa chorrada?».

Tenía sus limitaciones.

No había ido a un solo séder esa Semana Santa, de lo que se alegraba. Parecía un mal momento para asistir a una ceremonia que diera gracias por la matanza de jóvenes en Oriente Próximo. Lo había hecho el año anterior. En cambio fue al bar más cercano, un tugurio húmedo y ruidoso llamado Sparky's, donde solía ir después

de que Marilyn lo dejara. Cuando estaba casado nunca bebía, pero tras el divorcio iba hasta por la mañana a tomar cerveza, tostadas y beicon frito. Todas sus miserias triviales y sus nimias alegrías lo llevaban a Sparky's. La media docena de veces que se había encontrado con Marilyn en una tienda —¡esta ciudad es un pueblo! — se había sentido como un perro que viera a su dueño. Ahí estaba la persona que mejor conocía en la vida, estrujando un aguacate y fingiendo que no lo veía. «¡Oh, estoy aquí, oh, estoy aquí!» Pero en Sparky's, lo sabía, estaba a salvo de esos encuentros inesperados, y después de cada encuentro inesperado había ido allí. Podía sentarse solo y gemirle a Sparky. Algunas personas consultaban a Marco Aurelio en busca de filosofía sobre el dolor existencial. Ira consultaba a Sparky. El propio Sparky no tenía mucho que decir sobre el dolor existencial. Principalmente se inclinaba sobre la barra, secando un vaso empañado con un trapo raído, y decía: «¡Elige la vida!», luego soltaba una carcajada.

—Bourbon solo —dijo Ira, y cogió el taburete más cercano al televisor para que las noticias de la guerra estuvieran lo más lejos posible. O eso esperaba. Dejó que el elixir brusco y mantequilloso del bourbon caldeara su boca, luego tragó su calor limpio y dulce. Lo hizo una y otra vez, pidió una bebida tras otra, hasta ponerse como una cuba. En ese momento levantó la vista y vio que había otras personas en el bar, cada una sobre un taburete de vinilo y cromo, haciendo lo mismo—. Felices Pascuas —les dijo Ira, levantando el vaso con la mano izquierda, la que todavía tenía atascado el anillo de boda—. ¡Los muertos se levantarán! ¡Los muertos se han levantado! ¡Se mitigarán los daños! El Mesías ha vuelto entre nosotros, apretando la carne: vaya siesta, ¿eh? ¡Ojalá se levanten todos los muertos! En realidad, no ha muerto nadie. Bueno, Dios dejó de prestar atención un segundo para ver unas reposiciones de *Yo quiero a Lucy*, pero ya ha vuelto. No se ha perdido nada. Todo está en su sitio. ¡Él protege a Israel, no se relaja ni se duerme!

—Que alguien le dé una bofetada a ese tipo —dijo al fondo un hombre con una camiseta azul.

## EL ENEBRO

La noche en que Robin Ross estaba agonizando en el hospital, yo esperaba a que me recogiera un hombre —un hombre con el que ella había salido, meses antes de que él empezara a salir conmigo — y él llegaba tarde y yo me preguntaba si era prudente ir juntos a verla. Quizá debería ir sola. Su compañero de trabajo, ZJ, había llamado esa mañana y había dicho: «Las cosas van mal. Cuando se vaya del hospital, no volverá a casa».

—Iré a verla esta noche —dije. Yo pensaba que era una persona de palabra y que al decir algo haría que ocurriera. Quizá fuera una cosa menos parecida a la integridad y más cercana a la magia.

—Es una buena idea —dijo ZJ. Dirigía el Departamento de Teatro y había decidido tomar el mando, como un marido, puesto que Robin le había pedido que lo hiciera; su tristeza sobre su destino ya había disminuido. En los ochenta había perdido un novio por culpa del sida, y ahora todas las decisiones legales y médicas de los últimos meses, decía, le resultaban tediosamente familiares.

Pero luego me vi esperando, y pronto eran las siete treinta y luego las ocho e imaginé que Robin estaría cansada y dormida en la cama metálica del hospital y tendría más energía por la mañana. Cuando el hombre al que esperaba llegó, le dije:

—¿Sabes?, es muy tarde. Quizá debería visitar a Robin por la mañana, cuando tenga más energía y esté más despierta. El tumor le presiona el cráneo, pobre, y la deja grogui.

—Lo que te parezca mejor —contestó el hombre. Cuando le dije lo que había dicho ZJ, que cuando Robin se fuera del hospital no iba a volver a casa, el hombre parecía perplejo—. ¿Adónde va a ir?

No había salido con Robin mucho tiempo, sólo unas semanas, y nunca la había entendido. «Su garaje era una pocilga —me había dicho una vez—. ¡No podía creer la de mierda que había ahí dentro.» Y yo asentí amablemente, sintiendo que lo había conquistado: mi garaje no estaba muy bien, pero qué importaba. Había triunfado sobre otros gracias a un encanto incognoscible. Ahora me daba cuenta de que mucha gente desconcertaba a ese tipo, y que sería la siguiente en resultar incomprendible y falta de atractivo. Así era como parecía funcionar el mundo de las citas para las mujeres de mediana edad en aquella ciudad universitaria: un hombre disponible o así hacía la ronda de todas en un año. «Puedo compartir. Compartir se me da bien», decía Robin, riendo. «Bueno, a mí no —dije—; no se me da nada bien.»

—Es tarde —dije otra vez al hombre, y preparé dos gin rickeys y encendí unas velas.

Todas las mujeres que conocía allí bebían. Todos los días. Al rechazar las vidas de nuestras madres, nos descubríamos buscando voltios perdidos de amor materno en los lugares donde nunca se podían encontrar: ginebra, hombres, universidad, nuestras propias madres y nosotras mismas. Era la única de mis amigas —todas profesoras universitarias trasplantadas, todas soldados del arte destinadas en una base lejana (o eso imaginábamos)— a la que todavía no le había sucedido algo terrible.

A la mañana siguiente me vestí de colores alegres. Naranja y dorado. No había nada útil que llevarle a Robin, pero hice un ramo de crisantemos, lo metí en una taza de plástico y lo envolví con papel de cocina. Me dirigía hacia la puerta principal cuando sonó el teléfono.

—Salgo ahora para ver a Robin —dije.

—No te molestes.

—Oh, no —dije. La vista me abandonó un segundo.

—Ha muerto esta noche. A las dos de la madrugada más o menos.

Me hundí en una silla, se me cayó la taza de plástico de los crisantemos y se rompieron dos tallos.

—Dios mío —dijo.

—Lo sé —dijo él.

—Iba a ir a verla anoche pero se hizo tarde y pensé que sería mejor ir por la mañana, cuando estuviera más descansada. —Intenté no gimotear.

—No te preocupes por eso —dijo.

—Me siento fatal. —Lloré, como si eso fuera lo importante.

—No estaba bien. Es una bendición.

El paso del diagnóstico al declive había sido vertiginoso, lo sabía. Estaba dando clases, luego la nueva quimio no iba bien y se quedaba en el exterior de la sala de urgencias, en el cemento, por miedo a los gérmenes de otras personas. Después la metieron en el hospital de verdad, que estaba lleno de los gérmenes de otras personas. Había pasado allí casi una semana y yo no había ido a verla.

—Es increíble.

—Lo sé.

—¿Cómo estás tú? —pregunté.

—No puedo ni ir allí.

—Por favor, llámame si hay algo que pueda hacer —dije, vacía

—. Avísame de cuándo es el funeral.

—Claro —dijo.

Subí las escaleras y con toda mi ropa alegre volví a meterme en la cama. Todavía olía un poco al hombre. Me tapé la cabeza con la sábana y me quedé allí, cada músculo de mi cuerpo estaba tenso. No podía moverme.

Pero debí de quedarme dormida, y un buen rato, porque cuando oí el timbre y aparté la sábana de mi rostro, ya estaba oscuro, aunque el sol se ponía a las cuatro, así que mirando por la ventana era difícil calcular qué hora era. Encendí las luces conforme avanzaba —dormitorio, pasillo, escaleras— hacia el timbre que sonaba. Encendí la luz del porche y abrí la puerta.

Ahí estaban Isabel y Pat.

—Tenemos la ginebra y tenemos el rickey —dijeron, levantando sus bolsas—. Venga. Vamos a ver a Robin.

—Pensaba que Robin había muerto —dije.

Pat hizo un gesto.

—Sí, bueno —dijo.

—El hospital era horrible —dijo Isabel. No llevaba su brazo protésico. Salvo en piezas coreografiadas por otras personas, casi nunca lo llevaba—. Pero está en casa y nos está esperando.

—¿Cómo es posible?

—Ya conoces a las mujeres y sus casas —dijo Pat—. Les cuesta separarse. —Pat había tenido dos años antes un accidente cardiovascular masivo, que había borrado su vivaz personalidad y su memoria a corto plazo, pero de vez en cuando su cerebro herido, en recuperación, buscaba desesperadamente, aterrizaba en un interruptor y lo golpeaba, y ella despertaba a un hermoso desenfreno maníaco, similar a la antigua Pat, diciendo: «Tengo la sensación de llevar años dormida», y se quedaba así durante días, insomne y balbuciente, recordando y pintando sus cuadros, hasta que volvía a hundirse en la pasividad y el silencio. Estaba de baja por invalidez y una estudiante que vivía con ella a tiempo completo la cuidaba.

—Quizá bebemos demasiada ginebra —dije.

Durante un momento sólo hubo silencio.

—¿Te refieres al accidente? —dijo Isabel con un tono acusador. Un accidente de coche le había cortado el brazo. Un cirujano y su equipo de residentes se lo habían vuelto a coser, pero el brazo sangraba continuamente por los injertos de piel y era doloroso —en el primer baile ante el público, un solo ejecutado con muchos giros y balanceos desde una cuerda, había arrojado manchas de sangre al suelo del escenario—, y al cabo de un año, y de un breve e ineficaz consumo de codeína, había vuelto al mismo cirujano y le había pedido que se lo quitara: todo el brazo, se había terminado, lo había intentado.

—No, no —dijo—. No me refiero a nada.

—Entonces venga, ¡vamos, vamos! —dijo Pat. Parecía que le había dado al interruptor.

—Robin está esperando.

—¿Qué llevo?

—¿Llevar? —Pat e Isabel se echaron a reír—. Estás de broma, ¿no? —dijo Pat.

—Está de broma —dijo Isabel. Palpó la manga de mi jersey naranja, que todavía llevaba puesto—. Eh. Este color te queda bien. ¿Dónde lo compraste?

—Se me ha olvidado.

—Sí, ¡a mí también! —dijo Pat, y ella e Isabel se entregaron a otro arrebato de hilaridad.

Me puse los zapatos, cogí una chaqueta y me fui con ellas.

Isabel condujo, con un solo brazo, hasta la casa de Robin. Cuando llegamos la casa estaba totalmente oscura, pero las luces de la calle mostraban una vez más la hechicera extrañeza del lugar. Como escribía obras de teatro basadas en cuentos de hadas, Robin había plantado en el jardín, un tanto caprichosamente, los árboles y arbustos más nombrados en los cuentos: manzana, enebro, avellano y rosales. Desgraciadamente, nuestra latitud no era la mejor para cultivar a estos últimos. Aun apuntalados y atados, tenían dificultades, larguiruchos y abruptos; en esa época del año, cuando estaban sin hojas y encorvados, no se podía decir con seguridad que estuvieran vivos. La primavera lo diría.

¿Por qué prestaría atención un hombre a su garaje, cuando la podía juzgar por esa locura de jardín? Olvídaloo: ningún jurado condenaría eso.

Aunque ¿por qué prestaría atención un hombre a cualquier cosa que no fuera ella?

Aparcamos en la entrada, donde todavía estaba el coche de Robin; sin duda el garaje seguía cerrado: incluso en la oscuridad se veían las cajas amontonadas contra la única ventana del garaje que daba a la calle.

—La llave está debajo de la alfombrilla —dijo Isabel, aunque yo no lo sabía y me pregunté cómo ella sí. Pat encontró la llave, abrió la puerta y entramos—. No encendáis las luces —añadió Isabel.

—Lo sé —susurró Pat, aunque yo no lo sabía.

—¿Por qué no podemos encender las luces? —pregunté, también con un susurro. La puerta se cerró detrás de nosotras y nos quedamos en la casa silenciosa, totalmente oscura.

—La policía —dijo Pat.

—No, la policía no —dijo Isabel.

—Entonces, ¿qué?

—Da igual. Espera un momento y tus ojos se acostumbrarán.

—Nos quedamos ahí escuchando nuestra respiración. No nos movimos, para no tropezar con nada.

Y luego en el lado opuesto de la habitación parpadeó una pequeña luz desde algún lugar al extremo del pasillo; no podíamos ver el final del corredor, pero de allí salió Robin, que tenía el mismo aspecto de siempre, aunque llevaba una bufanda de algodón blanco enroscada y cosida alrededor del cuello. Contra el blanco, sus dientes tenían un brillo ocre fluorescente, pero por lo demás parecía majestuosa y apreciativa, y nos sonrió a todas, yo incluida, aunque a mí de forma más dubitativa, me pareció. Luego se llevó los dedos a los labios y negó con la cabeza, así que no hablamos. Caminó hacia nosotras.

—Has venido —fueron sus primeras palabras en voz baja, dirigidas a mí—. Te eché un poco de menos en el hospital. —Su sonrisa se había vuelto claramente tensa y crítica.

—Lo siento mucho —dije.

—Está bien, ya te contarán —dijo, señalando a Is y a Pat—. Era un poco locura.

—Era una locura total —dijo Pat.

—¿El resultado? —susurró Robin—. Nada de abrazos. Todo es un poco precario, entre el post mórtem y los tubos entrando y saliendo toda la semana. Esta bufanda es lo único que me sujetan la cabeza.

Aunque estaba pálida, su postura era perfecta, su pelo de color rojo oscuro había regresado, sus brazos largos y delgados estaban cruzados sobre su pecho. Iba vestida como siempre: con vaqueros negros y un jersey azul. Básicamente tenía la frialdad señorial que sólo entonces descubrí que siempre había asociado con los muertos. Sacamos sillas y nos sentamos.

—¿Hacemos unos gin rickeys? —preguntó Isabel, moviéndose hacia las bolsas del alcohol y el zumo de lima.

—Queríamos venir y regalarte algo cada una —dijo Pat.

—¿De verdad? —dije. Yo no había llevado nada. Les había preguntado qué debía traer y se habían echado a reír.

Robin me miró.

—Siempre un poco al margen, ¿eh? —Sonrió con rigidez.

Pat buscaba en su bolso de mano de cáñamo. «Es un cuadrito que he hecho para ti», dijo entregando cautelosamente un pequeño óleo sin enmarcar. No podía ver qué salía en el cuadro. Robin lo observó mucho rato y luego levantó la mirada hacia Pat y dijo: «Muchas gracias». Dejó un momento el cuadro en su regazo y vi que no era más que un lienzo en blanco.

Miré anhelante la bolsa de papel con la ginebra.

—¡Y yo tengo un baile nuevo para ti! —le susurró Isabel, excitada, a Robin.

—¿En serio? —dije.

Robin se volvió hacia mí otra vez.

—Siempre la última en enterarte, ¿eh? —dijo, y luego se contorsionó, como si le doliera hablar. Apretó el cuadro de Pat contra su vientre.

Isabel se puso en pie y apartó la silla. «Esta pieza está dedicada a Robin Ross», anunció. Y luego, al cabo de un momento de tranquilidad, empezó a moverse, recitando versos mientras lo

hacía: «No amontones en la tierra / las rosas que tanto amaba; / ¿por qué aturdirla con rosas / que no puede ver ni oler?». Había más, y, mientras recitaba, volaba y se balanceaba sobre una pierna, levantó su único brazo y pensó: «¿Qué poema es éste?». Parecía de mala educación hablar de la muerte a los muertos, y miré la cara de Robin, para ver cómo se lo tomaba, pero permaneció impasible. Al final, dejó el cuadro otra vez en su regazo y aplaudió. Yo estaba a punto de aplaudir cuando unas luces de coche que llegaban del camino de entrada trazaron repentinamente un arco por la habitación.

—¡Es la poli! ¡Agachaos! —dijo Isabel, y todas nos tiramos al suelo.

—Están vigilando la casa —susurró Robin, tendida boca arriba en la alfombra. Apretaba el cuadro de Pat contra su pecho—. Supongo que ha habido una llamada de un vecino o algo. Quedaos quietas un momento y se irán. —El coche patrulla estuvo en el camino de entrada un minuto, quizá para apuntar el número de matrícula del coche de Isabel, y luego se fue.

—Ya está. Podemos levantarnos —dijo Robin.

—Buf. Ha estado cerca —dijo Pat.

Regresamos a nuestras sillas y luego hubo un largo silencio, como en una boda cuáquera, que llegó a entender que se dirigía a mí.

—Bueno, supongo que es mi turno —dije—. Ha sido un mes horrible. Primero las elecciones y ahora esto. Tú. —Señalé a Robin y ella asintió levemente, luego agarró la bufanda y volvió a atar el nudo—. Y no tengo mi violín o mi piano aquí —dije. Isabel y Pat me miraban sin esperanza—. Así que... Supongo que me limitaré a cantar. —Me levanté y me aclaré la garganta. Sabía que si cantabas *The Star-Spangled Banner* de forma muy lenta y triste, no sólo cambiaba el tono del himno sino la puntuación, y se convertía en una protesta y una pregunta. Lo canté despacio, no sin darle un poco de acento—; oh, di, ¿esa bandera tachonada de estrellas

sigue ondeando sobre la tierra de los libres y el hogar de los valientes? —Luego me senté. Las tres aplaudieron. Isabel se golpeaba el muslo con una mano.

—Muy bonito —me dijo Robin—. Nunca cantas lo suficiente —añadió, con ambigüedad. Me dirigió una sonrisa trabajosa y breve—. Ahora tengo que irme —dijo, y se puso en pie, dejó el cuadro de Pat detrás en la silla y caminó hacia el pasillo iluminado, a continuación oímos cómo se apagaba el interruptor. La casa entera volvió a sumergirse en la oscuridad.

—Bueno, me alegro de que lo hayamos hecho —dije cuando volvíamos a casa.

Estaba sentada sola en el asiento trasero, tomando a hurtadillas parte de la ginebra (¿para qué molestarte con el rickey?) y mirando por la ventanilla. Miré hacia delante y me di cuenta de que conducía Pat. Pat no había conducido en años. Una camioneta con una pegatina que decía HILLARY NO, NI DE COÑA nos adelantó rugiendo, y miramos su mensaje como si estuviéramos ante una esvástica. ¿En qué mundo vivíamos?

—Paleto —farfulló Isabel al conductor.

—Es una trampa, ¿no? —dije.

—¿Qué? —dijo Pat.

—¡Este lugar! —exclamó Isabel—. ¡Nuestro trabajo! ¡Nuestras casas! ¡La universidad!

—¡Todo es una trampa! —dije yo.

Pero en realidad no lo creíamos. En algún lugar en nuestro interior éramos huérfanas felices: nuestras vidas funcionaban, hacíamos lo que queríamos, a veces hacíamos lo que amábamos.

—Ha estado bien ver a Robin —continué desde el asiento trasero—. Ha estado muy bien.

—Es verdad —dijo Isabel.

Pat no dijo nada. Estaba saliendo de su fase maníaca y la conducción requería todo su esfuerzo.

—En general ha sido una buena noche —dijo.

—Una buena noche —repitió Isabel asintiendo.

—Buenas noches —dijo Robin la última vez que la había visto sana, de pie en el umbral de su casa. Me invitó y pasamos un rato juntas, comiendo su revuelto veraniego, cosas solitarias y cálidas entre las dos, cuando me preguntó sobre el hombre al que estaba viendo, el que había salido con ella brevemente.

—Bueno, no sé —dijo, un poco triste. En ese momento seguía sentada en la mesa y me descubrí frotando las vetas de la madera con un dedo—. Parece que también está viendo a otra persona... Daphne Kern... ¿La conoces? Es una de esas esteticistas barra marchantes de arte. —Todos los restaurantes, cafeterías y peluquerías de la ciudad parecían haberse puesto de repente a colgar, mostrar y vender arte. Eso hacía digno, o artístico, el negocio de servir. ¿Me creía yo mejor, más interesante, con mi piano, mi violín y mis canciones?

—Conozco a Daphne. Me dio clases de yoga, cuando se dedicaba a eso.

—¿De verdad? —No pude controlarme—. ¿Y que la hace tan atractiva? —Mi voz no conseguía alejarse de un gimoteo—. ¿Es simpática?

—Es guapa, es simpática, es intuitiva —dijo Robin, señalando con naturalidad las cualidades—. La verdad es que tiene talento como profesora de yoga. Es muy física. Incluso cuando habla usa mucho el cuerpo. ¿Quieres que te sea sincera? Probablemente, lo que pasa es que es muy buena en la cama.

Con eso mi corazón enfermó y se hundió por mi lado izquierdo hasta mi zapato. Mi apetito, también, se encogió hasta alcanzar el tamaño de un pequeño guijarro y se quedó en pétreas reservas en el lugar en el que había estado mi corazón y al que mi corazón volvería en algún momento, pero no a tiempo para el postre.

—He hecho un pastel de merengue de limón —dijo Robin, que se levantó y se llevó los platos. Siempre estaba haciendo pasteles. Habría escrito más obras de teatro si hubiera hecho menos pasteles —. Más merengue que limón, me temo.

—Oh, gracias, estoy llena —dije, mirando la comida de mi plato.

—Lo siento —dijo Robin, con un dejo de preocupación en su voz—. ¿No debería haber dicho eso de Daphne?

—Oh, no —dije—. Está bien. No pasa nada. —Pero de pronto pensé que era hora de irme y, después de una única taza de té, me puse de pie, y sólo retiré algunos de los platos con ella. Busqué mi bolso y me fui hacia la puerta.

Se quedó en el umbral, sosteniendo el intacto pastel de merengue.

—Esa falda, por cierto, es estupenda —dijo en la noche de junio

—. El naranja te queda bien. Naranja y dorado.

—Gracias —dije.

Luego, sin avisar, levantó de pronto el pastel y lo aplastó contra su cara. Cuando retiró la bandeja, el merengue colgaba de su piel como nieve bajo la brisa. La espuma le cubría las pestañas y las cejas, y con su pelo rojo pareció un momento una reina Isabel demente.

—Pero ¿qué coño...? —dije, negando con la cabeza. Necesitaba amigos nuevos; iría a más congresos y conocería a más gente.

—Siempre he querido hacer esto —dijo Robin. La máscara de merengue en su rostro era más bien inquietante, para nada de payaso, y la boca que hablaba a través de la espuma blanca parecía una criatura distinta, una marioneta o un pez—. Siempre he querido hacerlo, y ahora lo he hecho.

—Eh —dije—. No hay negocio como el negocio del espectáculo. —Buscaba las llaves del coche en mi bolso.

Mientras su pelo largo volaba sobre su cabeza y trozos de merengue caían en el porche, hizo una reverencia profunda y dramática.

—Todo —añadió, desde detrás de su máscara—, todo, todo, bueno, casi todo —tragó un pequeño pedazo de pastel que había caído de la comisura de su labio—, es atractivo.

—¡Bravo! —dije, sonriendo. Había encontrado mis llaves—. Me voy.

—Por supuesto —dijo, haciendo un gesto con una mano sin pastel—. Adelante.

Para Nietzchka Keene (1952-2004)

## PÉRDIDAS DE PAPEL

Aunque Kit y Rafe se habían conocido en el movimiento pacifista, manifestándose, organizando, haciendo carteles contra la energía nuclear, ahora querían matarse. También se habían vuelto un poco partidarios de la energía nuclear. Casados durante dos decenios de valiosísima vida, parecía que en ese momento ella y Rafe sólo eran compañeros de furia y desagrado, y que su viejo amor lujurioso había mutado en ira. Era su vergüenza y su fin que el odio, como el amor, no pudiera vivir del aire. Y así, en aquella empresa, su nuevo exitoso proyecto en común, eran cómplices y sinérgicos. Eran nutrientes, homeopáticos y facilitadores. Engendraban y criaban su odio juntos, cardiovascular, espiritual, orgánicamente. En tandem, como un sistema, como un conjunto de baile de malos sentimientos, habían colocado su odio en el centro del escenario y habían puesto una luz para destacarlo. «¡Haz lo que sabes, cariño! ¿Quién es el mejor? ¿Quién es el hombre?»

—¿Partidaria de las armas nucleares? ¿Tú? ¿De verdad? —le preguntaban a Kit sus amigas, a quienes se seguía quejando de forma indiscreta.

—Bueno, no —contestaba Kit suspirando—. Pero en cierto modo.

—Creo que necesitas hablar con alguien.

Eso hería los sentimientos de Kit, porque pensaba que estaba hablando con ellas.

—Estoy preocupada por los niños —dijo Kit.

Rafe había cambiado. Su sonrisa era sólo un bostezo despreocupado, ¿o es que su sonrisa era así de despreocupada? ¿Cómo era la letra de la canción? No lo sabía. Pero, estaba claro, había cambiado. En Beersboro las cosas se decían con neutralidad,

así. Se decía: «El tío ha cambiado». Rafe había empezado a hacer maquetas de cohetes en el sótano. Se había vuelto un poco distinto. Era un personaje. Los descarados podrían insinuar: «Se ha metido en cosas raras». Los cohetes eran piezas altas, plásticas, fálicas, a las que Rafe pegaba cuidadosamente calcomanías militares autentificadoras. ¿Qué había sido del apuesto hippy con el que se había casado? Estaba quisquilloso y lejano, vacío y furioso. Una inexpresividad había penetrado en sus ojos verdeazulados. Permanecían abiertos y brillantes pero sin función, como joyas de bisutería. Se preguntaba si era un colapso nervioso, el artículo genuino. Pero duró meses, y ella empezó a sospechar, en cambio, un tumor cerebral. De vez en cuando él maullaba y mugía ante su muda alienación y la pantomima de odio se desplomaba momentáneamente. «Eh, guapa», llamaba desde las escaleras, después de no haberla mirado en dos meses. Era como estar atrapada en la nieve con el tío loco de alguien: ¿el matrimonio debía ser así? No estaba segura.

Pocas veces lo veía cuando se levantaba por la mañana e iba a la oficina. Y, cuando volvía del trabajo, desaparecía por la escalera del sótano. Cada noche, en el ansioso crepúsculo conyugal que ahora era su única vida juntos, después de que los niños se fueran a la cama, la casa estaba llena de humo. Cuando le llamaba la atención sobre eso nunca respondía. Parecía haberse convertido en una especie de extraterrestre. Por supuesto, más tarde entendería que todo esto significaba que tenía una relación con otra mujer, pero en la época, para proteger su vanidad y su cordura, sólo admitía dos hipótesis: tumor cerebral o extraterrestre.

—Todos los maridos son extraterrestres —dijo su amiga Jan.

—Que Dios me ayude, no tenía ni idea —dijo Kit. Empezó a extender mantequilla de cacahuete en una galleta salada y se la comió rápidamente.

—De hecho —dijo Jan—, mi hermana y yo los llamamos OVNIS.

Eran las iniciales de algo. Kit detestaba preguntar.

—Organismos Viriles Ingratos —dijo Jan.

Kit pensó un momento.

—¿Y la ene? —preguntó—. Has dicho «OVNIS».

Hubo un breve silencio.

—Notablemente Ingratos —añadió Jan rápidamente—. Sé que no tiene mucho sentido.

—Está muy desconectado. Ha perdido el juicio.

—No en el planeta en el que vive. En su planeta es un auténtico Salomón. «Traedme al maldito bebé.»

—¿Crees que se puede rehabilitar y perdonar a la gente?

—¡Claro! Mira a Ollie North.

—Bueno, perdió las elecciones para el Senado. No fue lo bastante rehabilitado y perdonado.

—Pero se llevó algunos votos —insistió Jan.

—Sí, ¿y ahora qué hace?

—Ahora ha vuelto para promocionar una línea de pijamas ignífugos. ¡Es una forma de ganarse la vida! —Jan se detuvo—. ¿Luchas?

—¿Por qué?

—Por que los cohetes vuelvan a su casa.

Kit suspiró.

—Sí, esa artesanía militar tóxica que envenena el espacio en que vivimos. ¿Lucho contra eso? No lucho, sólo, bueno, vale: hago algunas preguntas de cuando en cuando. Pregunto: «¿Qué demonios estás haciendo?». Pregunto: «¿Estás intentando asfixiar a toda tu familia?». Pregunto: «¿Me has oído?». Luego pregunto: «¿Me has oido?». Después pregunto: «¿Estás sordo?». También pregunto: «¿Qué crees que es un matrimonio? Tengo curiosidad por saberlo» y también: «¿Ésta es tu idea de un lugar bien ventilado?». Un interrogatorio sencillo, en realidad. No creo en las peleas. Creo en dar una oportunidad a la paz. También creo en las hemorragias internas. —Hizo una pausa para poner el teléfono en una posición

más cómoda contra su cara—. También me interesan —dijo Kit— esas balas de plástico que se disuelven y no pueden detectar los forenses. ¿Has oído hablar de eso?

—No.

—Bueno, a lo mejor estoy equivocada al respecto. Probablemente estoy equivocada. Ahí es donde tiene que entrar el Misterioso Accidente Automovilístico.

En el cromado del frigorífico vio el reflejo de su rostro, en parte una Shelley Winters morena, en parte una patata, las arrugas y accidentes dibujados con trazo fino bajo los ojos un interludio musical entre la hinchazón. En todas las películas de Shelley Winters que había visto, Shelley Winters era la que moría. La mantequilla de cacahuete estaba pegada alta y seca en las encías de Kit. En la encimera, una gran sandía vieja había empezado a hundirse y separarse por la mitad, a lo largo de la curva de las semillas, como la sonrisa de un tiburón, y arrancó un trozo, frotó su punta fresca contra el interior de la boca. Había pasado un año desde la última vez que Rafe la había besado. En cierto modo le importaba y en cierto modo no. Una mujer tiene que elegir su infelicidad particular con cuidado. Era la única felicidad de la vida: elegir la mejor infelicidad. Un movimiento imprudente, Dios santo, y podías echarlo todo a perder.

La citación la pilló por sorpresa. Llegó en el correo, dirigida a ella, y ahí estaba, pegada a los papeles del divorcio. Había sido debidamente notificada. La zorra había recibido los papeles. Como una persona, un matrimonio era irreconocible en la muerte, aunque lo enterrasen con un traje excelente. Sobre los papeles había una carta de Rafe que sugería el aniversario de su boda en primavera como fecha final del divorcio. «¿Por qué no completar la simetría?», escribió, lo que ni siquiera iba con él, aunque su eficacia sin corazón era adecuada para eso, su nueva vida como extraterrestre, y encajaba de forma general con los principios de la cultura extraterrestre. Los papeles designaban a Kit y a Rafe por sus nombres legales, Katherine y Raphael, como si quienes se

divorciaran fuesen sus versiones más formales —¡sus partidas de nacimiento se iban a divorciar!— en vez de ellos. Rafe seguía viviendo en casa y no le había dicho aún que había comprado una nueva. «Cariño —dijo ella, temblando—, hoy ha llegado en el correo una carta muy interesante.»

La ira tenía sus propósitos medicinales, pero no estaba preparada para sostenerla y, cuando desaparecía, la soledad la tragaba, y el dolor ardía en el centro con una ira furiosa. Entró en dos funerales de ancianos que apenas conocía y lloró en el banco trasero de la iglesia como una amante secreta de los fallecidos. Se sentía atontada y enferma y no quería volver a ver a Rafe —o, mejor, Raphael—, pero les había prometido a los niños esas vacaciones caribeñas, qué podían hacer. Al final todas las clases de teatro del instituto habían servido para eso: actuar. Había hecho de reina en *Cuento de invierno* y de una niña cambiada en la cuna en *¡Ámame ahora!*, escrita por uno de los profesores de inglés más inquietantes de su instituto. En las dos obras había aprendido que el tiempo era esencialmente una cosa cómica: sólo los límites que se le ponían lo conducían a la tragedia, o al menos a la desgracia. Romeo y Julieta, Tristán e Isolda: ¡si hubieran tenido más tiempo! El matrimonio dejó de ser cómico cuando se detuvo repentinamente: el momento en el que se convirtió en divorcio, que el tiempo nunca perturbaba, y cuya diversión era por tanto interminable.

Aun así, Rafe hizo acopio de treinta segundos de elocución para convencerla de que no fuese con ellos a esas vacaciones.

—No creo que debas ir —anunció.

—Voy a ir —dijo ella.

—Les daremos falsas esperanzas a los niños.

—La esperanza nunca es falsa. O siempre es falsa. Lo que sea.

Sólo es esperanza —dijo—. No hay nada malo en ello.

—Creo que no debes ir. —El divorcio, lo veía, sería como el matrimonio: un abuso de poder, como en quién sería el perro y quién sería el dueño del perro.

¿A qué barbie querría darle su billete? (Sólo lo descubriría más tarde. «Como feminista no debes culpar a la otra mujer», le dijo una vecina. «Como feminista te pido que no me hables», contestó Kit.)

Y meses después, en el juzgado, donde descubriría que el condado era dueño de su matrimonio y que el condado lo iba a recuperar como una franquicia de pollo frito que ella hubiera llevado a la ruina, prohibiéndole que adquiriese otra franquicia durante los seis meses siguientes, con el añadido de que quizás le conviniera mantenerse alejada de la cocina de gallináceas durante mucho más tiempo, cuando por fin tuviera que declarar ante el entogado y robótico juez y un estenógrafo que guiñaba el ojo cuyos guiños parecían diseñados para evitar el llanto de las esposas, habría de pronunciar el matrimonio «irremediablemente roto». ¿Qué poeta de segunda fila se había apoderado de las leyes del divorcio? Encontraría las palabras pegadas en su garganta, falsas en su convicción. ¿Acaso no se podía arreglar todo? ¿Esta época de productos desechables no era también tiempo de fantásticos adhesivos? ¿Por qué «irremediablemente roto», como el ala de un pájaro cantor? ¿Por qué no: «le parece que esta persona con la que estaba casada, y que se encuentra sentada a su lado en esta sala, es un completo imbécil»? Eso sería suficiente, y sería más preciso. El término «irremediablemente roto» te enviaba a una eternidad de preguntas. Mientras que el otro no.

Sin embargo, no habían firmado los papeles. Y además quedaba el asunto de su anillo de boda, que estaba tachonado con pequeñas esmeraldas falsas y que le gustaba mucho y esperaba seguir llevando porque no parecía el típico anillo de casada. Él se había quitado su anillo —que parecía el típico anillo de casado— un año antes porque decía que le «molestaba». Entonces había pensado que quería decir que le rozaba. A menudo se quitaba la ropa espontáneamente: cuando se conocieron era una especie de nudista. Estaba bien salir con un nudista: ganabas tiempo. Pero no

estaba bien intentar seguir casada con uno. Pronto iría a castas citas geriátricas con otra gente cuya ropa, como la suya, permanecería pegada al cuerpo.

—¿Y si no me puedo quitar el anillo? —preguntó Kit en el avión hacia La Caribe. Había ganado algo de peso en sus veinte años de matrimonio pero en realidad no tanto. ¡Cuando se casó era prácticamente una niña!

—Mándame la factura cuando te lo corten —respondió. ¡Oh, la chispa de sus ojos había desaparecido!

—¿De qué vas? —dijo ella.

Por supuesto, culpaba a los padres de Rafe, que de algún modo y hacía mucho, accidentalmente o a propósito, lo habían criado como a un extraterrestre, con valores de extraterrestre, ideas de extraterrestre y el carácter hueco y cambiante, la deliberada inocencia y los secretos sociópatas de un extraterrestre.

—¿De qué vas tú? —gruñó él.

Ésa era su costumbre, su costumbre de extraterrestre, limitarse a repetir lo que le acababa de decir. Tenía que ver, sin duda, con su sistema nervioso central, un procesador de información de silicio que encontraba sin cesar nuevas combinaciones lingüísticas, las cuales luego debía absorber y archivar. La repetición le proporcionaba tiempo y contribuía al proceso de almacenaje.

Más que las niñas, que eran simplemente pequeñas, le preocupaba Sam, el sensible alumno de cuarto, que ahora estaba sentado al otro lado del pasillo del avión, mirando melancólicamente las nubes por la ventanilla. Pronto, gracias a las maquinaciones de las leyes extremadamente progresistas del divorcio —¡un niño necesita a su padre!—, ya no podría verlo cada día; se convertiría en un chico que ya no veía a su madre cada día, y se escabulliría y flotaría lejos y fuera como un papel que se lleva el viento. Con el tiempo se endurecería: la miraría por encima de las gafas, a la manera de un *maître* que sospecha la llegada de chusma. Pero en aquel viaje, su último viaje como una familia de verdad, evitó soltar prenda bastante bien. Todos dormían en la misma habitación, en

camas separadas, y vieron a otras familias que gritaban y reñían, de modo que, en comparación, la suya —una familia a punto de romperse para siempre— no tenía tan mala pinta. Kit no se dejó engañar por la brisa marina del Ecuador, y por tanto no se coció en exceso bajo el sol colonial; comunicó a los administradores del centro turístico su indignación moral ante los guardias armados que evitaban que los niños del lugar se colaran por la valla hacia esa playa blanca, blanquísimá; y se frotaba una especie de resina en la frente para congelarla y suavizar las arrugas: para aparecer más joven ante su marido en fuga, aunque no la había mirado ni una sola vez. Tampoco es que tuviera muy buen aspecto: su maleta se había perdido y tenía que llevar ropa comprada en la tienda de regalos, con las palabras LA CARIBE engalanando todas y cada una de las prendas.

En la playa la gente leía libros sobre los genocidios de Ruanda y Yugoslavia. Eso debía de añadir seriedad a un viaje que carecía de ella. No había que fijarse en los oscuros chicos de la isla que estaban al otro lado de los guardias y del alambre de espino, tirando piedras. Cuando un crucero fondeaba temporalmente en la bahía y luego se marchaba, se unía a otros turistas de la playa para gritar: «No dejéis que la puerta os dé en el culo», como si ellos fueran distintos y no turistas que intentaban consolarse con jerarquías turísticas, para mantener a los chicos que tiraban piedras lejos de sus pensamientos.

Había formas de hacer que las cosas desaparecieran temporalmente. Se podía desaparecer en el movimiento y la repetición. A Sam solamente le gustaba el trampolín; nada más. Había excursiones a lomos de delfines, pero Sam percibía su crueldad.

—Tienen un idioma propio —dijo—. No deberíamos montarlos.  
—Parecen felices —dijo Kit.

Sam la miró con una seriedad que venía de unos caramelos más allá.

—Parecen felices para que no los maten.

—¿Tú crees?

—Si los delfines tuvieran buen sabor —dijo—, ni siquiera sabríamos que tienen un idioma. —Que la inteligencia de una cosa debilita el apetito que sientes por ella.

La apetecibilidad oscurecía la mente de lo apetecible así como del apetente. La apetecibilidad acababa en decapitación. Que solamente pudieras entender algo si no lo deseabas. ¿Cómo sabía él ya esas cosas? Normalmente las chicas se daban cuenta antes. Pero no las suyas. Sus hijas, Beth y Dale, eran duras más allá de la comprensión de Kit: prácticas, autocomplacientes, independientes gemelas de cinco años, un sistema en sí mismas. Tenían su propio mundo secreto de palabras de Montessori en clave, joyería de plástico y arrebatos de hilaridad que sobre todo producía la palabra *monja* repetida seis veces a toda prisa. Vestían unas chispeantes alas de hada dondequiera que fuesen, incluso por encima de las cazadoras, y llevaban varitas. «Ahora soy un hermano mayor», había dicho repetidamente y con inseguro orgullo a todo el mundo Sam el día en que habían nacido las niñas, y después no había dicho otra palabra sobre el asunto. A veces, en silencio, Kit llamaba por accidente a Beth y Dale Death y Bail,\* cuando enterraban sus Barbies en arena y luego las sacaban otra vez con alegría. Cualquier persona que estuviera cerca, tendida en una toalla, leyendo sobre holocaustos, se volvía y sonreía. En esa estupenda y lejana residencia en el mar, las contradicciones de la vida eran grotescas e imposibles de inventar. Fue a la oficina central y pidió un masaje con piedras calientes.

—¿Prefiere un hombre o una mujer? —preguntó la recepcionista.

—¿Perdón? —preguntó Kit, atorada. Después de tantos años de matrimonio, ¿cuál quería? ¿Qué sabía de los hombres... o de las mujeres? «Los hombres no existen», decía su amiga Jan, hasta

hacía poco. «Todos los hombres son diferentes. Lo único que tienen en común es, bueno, la capacidad de producir una violencia aterradora.»

—Un hombre o una mujer... ¿para el masaje? —preguntó Kit, en busca de tiempo. Pensó en el lento apareamiento de los caracoles, todo un día, porque al ser hermafroditas todo debía de resultar muy confuso: para cuando decidían quién iba a ser la chica y quién iba a ser el chico llegaba alguien con un poco de pasta de ajo y se los llevaba—. Oh, da igual —dijo, y entonces supo que le tocaría un hombre. Que intentó no mirar pero que podía oler con todos sus aromas humeantes (tabaco, incienso, cannabis), exhalando y arremolinándose a su alrededor. Era un enjuto viejo fumeta estadounidense muy cascado, su nombre dickensiano era Daniel Handler y no hablaba. Puso piedras calientes en su espalda y las dejó en una línea que subía por su columna vertebral: ¿pensaba que su piel embadurnada era demasiado íntima y valiosa como para que la tocaran personas como él? ¿Estás loca? La alegría salvaje que latía en su rostro flotaba sobre el suelo, a través de la parte agujereada de la camilla destinada a la cabeza, y con su tacto sus ojos se llenaron de lágrimas agridulces, que le bajaron por la nariz, que, se dio cuenta en ese momento, Dios había posicionado perfectamente como una pequeña tubería para el llanto. Creció una mancha en la moqueta de la triste cabaña de los masajes que estaba debajo de ella. Él dejó las piedras calientes sobre su cuerpo hasta que se enfriaron. A medida que cada una se enfriaba, Kit ya ni siquiera podía sentir si estaba sobre su espalda, y más tarde su traslado era el descubrimiento de que había estado allí todo ese rato: qué extraño era olvidarlo y sentirla sólo entonces, al final; aunque no era igual que la rana en la olla cuya agua se calienta lentamente y hierva, le pareció que tenía sentido, como solía ocurrir con las metáforas termales. Luego él retiró todas las piedras y apretó los bordes duros con fuerza en su espalda, entre los huesos, de una manera que parecía cruel —quizá una ira amarga por su propia vida— pero que, probablemente, carecía por completo de

mala intención. «Ha estado muy bien», dijo al final cuando vio que retiraba todas las piedras. Las había calentado en una olla de cocción lenta llena de agua, lo vio entonces, y desenchufó el aparato con aire fatigado.

—¿Dónde has conseguido esas piedras? —preguntó. Eran suaves y de un gris oscuro: negras cuando estaban húmedas.

—Son piedras de río —dijo—. Las coleccióno desde hace años en Colorado. —Las metió en una caja metálica de aparejos de pesca.

—¿Vives en Colorado?

—Antes sí —dijo, y eso fue todo.

Kit se vistió. «Algún día tú, como yo, habrás hecho suficiente trabajo de laboratorio —había dicho Jan—. Pronto tú, como yo, en tu próxima vida, como yo, los querrás viejos y ricos, en su lecho de muerte, de verdad, y sin recuperaciones repentinias en cuidados paliativos.»

—Eres una mujer de acero y hielo —había dicho Kit.

—En absoluto —había dicho Jan—. Sólo soy una voz al teléfono, tomando un poco de té.

En la última noche de las vacaciones, la maleta de Kit llegó como una broma. Ni siquiera la abrió. Colocaron el cartelito para el pomo de la puerta que decía DESPERTADNOS PARA VER LAS TORTUGAS MARINAS. El cartel del pomo de la puerta tenía una petición preimpresa de una llamada a las 3 h, para ir a la playa y ver cómo salían del cascarón las pequeñas tortugas marinas y cómo corrían hacia el océano, bajo la protección de la noche, a fin de evitar a los predadores. Pero, aunque Sam había puesto el cartel cuidadosamente y antes de la hora límite de medianoche, no los despertó nadie. Y cuando se levantaron y fueron hacia la playa ya eran las diez de la mañana. Extrañamente, las tortugas marinas seguían allí. Habían salido del cascarón durante la noche y el personal del hotel las había metido en una jaula de mimbre para enseñárselas a los turistas que habían

sido demasiado vagos o sordos para levantarse por la noche. «¡Eh, venid a ver!», dijo el hombre con acento español que normalmente alquilaba el equipo de buceo. Sam, Beth, Dale y Kit corrieron. (Rafe se quedó atrás para tomar un café y leer el periódico.) Los bebés reptantes empezaban a calentarse al sol tibio; la dorada vitela veneciana de sus piececitos unidos ya se teñía de un marrón deshidratado. «Voy a tener que soltarlos —dijo el hombre—. Sois los últimos en ver a estos pequeños *bebés*.»<sup>\*</sup> Llevó las tortugas al borde del agua y las soltó, horas demasiado tarde, para que fueran al mar. Y un rabihorcado descendió y, una tras otra, las arrancó de las olas plateadas y se las comió para desayunar.

Kit se hundió en una silla grande junto a Rafe. Se estaba poniendo moreno, lo veía, para la lujuria de otra persona.

—Creo que necesito una copa —dijo.

Los niños nadaban.

—No esperes que te invite a una copa —dijo.

¿Acaso se lo había pedido? ¿Le dedicaba el insulto más horrible que se le ocurriera? ¿Se ponía de pie, se daba la vuelta y le daba un bofetón delante de varios transeúntes? ¿Quién te ha dicho eso?

Se alegró de marcharse de La Caribe. Allí había empezado a odiar el mundo. En los aeropuertos y los aviones hacia casa, ni siquiera intentó actuar con naturalidad: la naturalidad era un crimen. Habló a sus hijos con calma, siguiendo un guion, con diálogo y acotaciones de completa neutralidad. Al llegar a casa, en Beersboro, sacó los condones y las velas, su pequeña bolsa de amor, sin usar, y tiró todo a la basura. ¿En qué había estado pensando? Luego, cuando aprendió a contar esta historia de otro modo, como una historia, construyó una escena sexual climática de venganza sentimental, que contendría el centro inviolable de su amor, la dulce seguridad animal de una noche tras otra, el tierno corazón del matrimonio que seguía latiendo. Pero de momento sería como sus indestructibles

hijas, e incluso su hijo, quien conforme envejecía con estoicismo y seguía adelante con indiferencia apenas recordaría —¿o más bien imaginaría?— que ella y Rafe hubieran estado juntos alguna vez.

## ENEMIGOS

Bake McKurty no era un extraño a las mezclas parasitarias del arte y el comercio, la literatura y los ricos. «¡Fondos de inversión y haikus!», había exclamado a su mujer, Suzy, y, sin embargo, esas mezclas nunca parecían perder su capacidad repentina y poderosa de horrorizar. Los chanchullos que se hacían por dinero se encontraban con los chanchullos que se hacían por la virtud, y todo el mundo se lavaba las manos con respecto a los demás. Era algo bastante común, aunque ¿había suficiente jabón para limpiar la grasa? «Para eso está el limón», decía Suzy, señalando el detalle del martini que no debía estar bebiendo. Aun así, de vez en cuando, al levantar la vista entre el cóctel de cangrejo y el sorbete rociado de polvo de polen de hinojo que purificaba el paladar, se sintió conmocionado por todo el asunto.

—Es una simbiosis —dijo Suzy cuando se vestían para marcharse—. Piensa en ello como el camarón que acicala y ayuda al pez de roca. O ese pájaro que quita los bichos de la piel del rinoceronte.

—Entonces nosotros somos el pez lazarillo —dijo él.

—¡Sí!

—Somos los picabueyes.

—Bueno, no iba a decir eso —dijo ella.

—Muchas cosas de este mundo tienen que ver con bichos —dijo Bake.

—Comida —dijo ella—. Muchas cosas tienen que ver con acicalarse y comer. ¿Vas a ponerte eso?

—¿Qué tiene de malo?

—Quítate el... ¿Qué te has puesto...?

—Son unos tirantes.

—Son rojos.

—Vale, vale. Pero ya sabes, yo nunca te lo haría.

—Soy el pez que ve —dijo. Se alisó el pelo, que hacía poco se había convertido en un extraño pompón de plata y maíz.

—¿Y yo soy el chico ciego?

—Bueno, tampoco iba a decir eso.

—Te queda bien. Sea lo que sea que llevas. ¿Ves? ¡Yo te digo cosas agradables!

—Es un pareo. —Se lo subió un poco.

Él se quitó los tirantes.

—Bueno, mira. Igual los necesitas.

Se alojaban en un Bed and Breakfast de Georgetown para ahorrar un poco de dinero, un chalé cuya pareja de propietarios dejaba galletas calientes ante la puerta de todo el mundo por la noche para compensar por su ruidoso hijo, que a las 6 h estaba ladrandos órdenes y ordenando a su madre que cogiera una cosa u otra. Al cabo de un día de turismo —todos esos museos pagados de antemano con sus impuestos; como si fueran unos filántropos que iban a investigar qué aspecto tenía su propio dinero—, Suzy y Bake ya estaban cansados. Pararon un taxi y recitaron la dirección del acto al taxista, que asintió ominosamente: «Ah, sí».

No había que preocuparse por el buen gusto, en esa gala incluso el habitual revestimiento de decoro había sido lanzado a los vientos del negocio: el acto destinado a recaudar fondos para la *Lunar Lines Literary Journal* —*3LJ*, como la conocían sus lectores y colaboradores; «la revista», como la llamaba su equipo, como si no existiera ninguna otra— se celebraba en un banco. O al menos en un antiguo banco, una entidad que se había hundido hacia poco y que ahora vendía *orecchiette* con tinta de calamar bajo sus techos abovedados, martinis y vino garnacha en las antiguas cajas. La madera y el mármol se habían conservado y abrillantado, se habían apartado las barreras de cristal. A la luz de la tarde el lugar era

dorado. ¡Era divino! ¿Qué más daba que se hubieran abandonado las sutiles fronteras entre oportunidad y transacción? ¿Qué más daba que éste fuera un mausoleo de avaricia donde ahora todos bailaban? Él y Suzy habían sido invitados. Siempre se podía usar la voz pasiva para oscurecer la culpa.

La invitación, sin embargo, a ese acto de recaudación de fondos en D. C. se le antojaba a Bake un poco de chiripa, ya que *Un hombre en una moneda, un hombre a caballo*, la biografía poco vendida que Bake había escrito sobre George Washington (en un año en el que todo el mundo estaba obsesionado con Lincoln, ni siquiera el eficientemente fusionado Día de los Presidentes había ayudado a las ventas de su libro), no parecía situarlo en ninguna de las categorías de invitados. Pero *Lunar Lines*, que tenía la redacción en Washington, había publicado un fragmento, a modo de homenaje a la ciudad. Y así Bake recibió dos invitaciones para cenar. Tendría que mezclarse y seducir a los otros invitados: los ricos, los patrocinadores de la revista, que pagaban quinientos dólares por cubierto. ¿Podía conseguirlo? ¿Podía ser el bufón de la corte, el payaso local, el escritor de cuota en la mesa? «Por supuesto», mintió.

¿Por qué había ido? Aunque llevaba el nombre del hombre a quien había dedicado años de afectuosa reflexión e investigación, nunca le había gustado esa ciudad. Una ostentosa localidad fabril construida sobre un pantano: un enorme y pomposo departamento de vehículos a motor, plagado de burocracia y dirigido por gladiadores. Corruptos de alto nivel, con la cabeza llena de eslóganes estúpidos y recuerdos falsificados. «¡Sí! ¿Cómo estás? Hacía tiempo.» Ni siquiera: «Hacía mucho tiempo» porque, ¿quién sabe?, a lo mejor no. Era preferible decir, neutralmente, «Hacía tiempo», y nadie podía discutir.

Se aferró a Suzy. «Al menos el vino es bueno», dijo. En realidad no se estaban mezclando, sino que era algo más parecido a oscilación rígida, una deriva y un balanceo. La acústica hacía que fuera imposible hablar con normalidad y se descubrieron gritándose

inanidades y luego quedando en silencio. El ruido era ensordecedor como un mar, y la estruendosa calidez de los demás parecía ahogar toda posibilidad de felicidad para ellos.

—Pronto tendremos que buscar nuestra mesa —gritó él, mirando la amplia sala llena de cien círculos vestidos de blanco que parpadeaban a la luz de las velas. En el centro de las mesas había pequeños jarrones con ramitos de brezo que se podían incender fácilmente. También había pequeños tarjeteros cromados que declaraban los números de las mesas—. ¿Qué número somos?

Suzy sacó la tarjeta de lo que había llamado jocosamente «mi querido bolsito», después volvió a meterla dentro.

—Setenta y nueve —dijo—. Espero que esté cerca del servicio.

—Espero que esté cerca de la salida.

—¡Vamos a buscarla ahora!

—¡Vamos a gritar «fuego»!

—¡Vamos a fingir un ataque al corazón!

—¿Tienes maría?

—Vinimos en avión. ¿Te acuerdas? No se me ocurriría llevar marihuana en un avión.

—Estamos perdiendo nuestro sentido de la aventura. En todo.

—¡Esto es una aventura!

—Ya ves, eso es lo que quiero decir.

Después de que sonara una pequeña campana todo el mundo iba a sentarse, no sólo los que ya estaban en sillas de ruedas. Bake dejó que Suzy fuera delante mientras se abrían paso, con las bebidas en la mano, entre las docenas de mesas que había entre ellos y el número 79. Fueron los primeros en llegar, y cuando miró las tarjetas y vio que alguien había colocado a Suzy lejos de él, cambió rápidamente la disposición de los sitios y la puso a su lado, a su izquierda. «No he venido tan lejos para no sentarme a tu lado», dijo, y ella sonrió lánguidamente, apretándole la mano. Ese tipo de gestos era necesario, porque no habían tenido relaciones sexuales

en seis meses. «Tengo sesenta años y tomo antidepresivos —dijo Bake la ocasión en que Suzy (¿por qué sólo una vez?) se quejó—. Tengo suerte de que no se me haya caído el pene.»

Permanecieron sentados en sus sillas, esperando a que se llenara su mesa: pronto apareció una joven pareja de inversores de Wall Street que todavía no se habían quedado sin trabajo. Luego una escultora y su hijo. Después un asistente editorial de *3LJ*. Finalmente, para ocupar el asiento a su derecha, una asiática joven y brusca con sonoros tacones. Alargó la mano para saludarlo. Tenía las uñas largas y pintadas de blanco. Quizá fueran falsas: Suzy lo sabría, aunque ahora Suzy hablaba con la escultora que estaba a su lado.

—Soy Linda Santo —dijo la mujer de su derecha, sonriendo. Su pelo era negro, brillante y lo bastante largo como para que, con un movimiento de la cabeza, pudiera balancearlo por detrás del hombro, y lo bastante corto como para que cayera rápidamente hacia delante otra vez. Llevaba un vestido de satén azul marino y una sarta de perlas. Colocó en el respaldo de la silla el chal rojo que le envolvía los hombros. Sintió una leve excitación. Siempre le habían atraído las mujeres asiáticas, aunque sabía que no debía comentárselo a Suzy, ni en realidad a nadie.

—Soy Baker McKurt —dijo él, estrechando su mano.

—¿Baker? —repitió ella.

—Normalmente me llaman Bake. —Le guiñó el ojo por accidente. Había que ser muy estable para guiñar un ojo a una persona y no espantarla.

—¿Bake? —Parecía un poco horrorizada, si es que era posible horrorizarse sólo un poco.

Estaba un tanto asustada, y él empujó la silla hacia fuera para mostrar que era inofensivo. En cuanto todos estuvieron sentados llegaron los aperitivos. Tomates rellenos de aguacates y aguacates rellenos de tomates. Era un chiste, con un aire navideño, aunque faltaba mucho, mucho, para la Navidad.

—Entonces, ¿dónde están los escritores? —preguntó Linda Santo mientras miraba por encima de los dos hombros. El pelo brillante voló—. Me dijeron que habría escritores.

—¿No eres escritora?

—No, soy una malvada lobista —dijo, con una sonrisa leve—.  
¿Eres escritor?

—En cierto modo, supongo —dijo.

—¿De verdad? —Se iluminó—. ¿Qué podrías haber escrito?

—¿Qué podría haber escrito? ¿O qué he escrito en realidad?

—Cualquiera de las dos.

Se aclaró la garganta.

—He escrito varias biografías. Boy George. King George. Y ahora George Washington. Ésa es la más reciente. Realmente un hombre fascinante, con una habilidad tremenda para los asuntos inmobiliarios. Y molesto por que no lo hubieran ascendido cuando sirvió en el ejército británico. ¡Las cosas por las que empieza una guerra! Y no soy como otros de sus biógrafos. No descarto que fuera gay.

—Eres biógrafo de Georges —dijo, asintiendo y sin conmoverse. Estaba claro que esperaba a Don DeLillo.

Eso lo irritó. Se hundió en una ira demente.

—En realidad, he ganado el Premio Nobel.

—¿De verdad?

—¡Sí! Pero, bueno, lo gané en un año en que los medios no estaban prestando mucha atención. Así que más o menos se perdió con ese jaleo. Gané... justo después del 11-S. A la sombra del 11-S. De hecho gané justo cuando el ataque a la segunda torre.

Ella frunció el ceño.

—¿El Premio Nobel de Literatura?

—Oh, ¿de literatura? No, no, no: no el de literatura. —Ahora su pene estaba blando como un melocotón que se encogía en sus pantalones.

Suzy se inclinó hacia la izquierda y habló sobre el plato de Bake, hacia Linda. «¿Te está molestando? Si te molesta, avísame. Soy Suzy.» Sacó la mano del regazo y las dos mujeres se la estrecharon sobre el aguacate de Bake. Vio que las uñas de Linda eran falsas. O, si no eran falsas, algo. Parecían garras.

—Ésta es Linda —dijo Bake—. Es una malvada lobista.

—¿De veras? —dijo Suzy, bonachona, pero la escultora no tardó en tocarle el brazo y tuvo que volverse para que le presentara al hijo.

—¿Es duro ser lobista?

—Es interesante —dijo ella—. Es un trabajo duro pero interesante.

—Ésos son los mejores.

—¿De dónde eres?

—De Chicago.

—Ah, ¿de verdad? —dijo, como si él hubiera mencionado su estrecha conexión con Al Capone. Cualquier persona a quien le mencionara Chicago sacaba el tema de Capone. O Capone o los Cubs.

—Entonces, ¿conoces al candidato demócrata a la presidencia?

—¿Brocko? ¡Me encanta! Ahora es lo más. También es escritor. Me pregunto si está aquí. —Ahora Baker, como si la imitara, se volvió y miró por encima de sus hombros.

—Probablemente estará con sus amigos terroristas —dijo Linda.

—¿Tiene amigos terroristas? —El propio Bake tenía un amigo terrorista. A la gente del Medio Oeste le encantaban sus amigos terroristas, por lo general estupendos y aburridos ciudadanos que todavía se alimentaban del mito construido por los pecados de una juventud remota. Nunca habían matado a nadie, al menos a propósito. Envejecían y engordaban con normalidad. Se habían reintegrado. Habían cumplido sus condenas. Y, bueno, si no, a causa del indignante privilegio de clase que les permitía seguir

adelante como si nada hubiera ocurrido, bueno, criaban a sus hijos y obtenían posgrados y compensaban a la sociedad de otras maneras. Suponía. En realidad no sabía mucho de Chicago. En realidad era de Michigan, pero cuando iba a algún sitio siempre salía del aeropuerto O'Hare.

—Sí. El que intentó volar varios edificios federales en esta ciudad.

—¿Cuando Brocko era un crío? ¿El de los sesenta? Pero si a Brocko ni siquiera le gustan los sesenta. Le parecen tan... de los sesenta. Los sesenta le quitaron a su madre en una loca aventura.

—Los sesenta lo crearon, amigo mío.

Bake la miró más de cerca. Ahora veía que no era asiática. Sencillamente se había hecho alguna especie de cirugía plástica: la piel estaba estirada y se recogía de forma extraña en torno a los ojos. Una operación chapucera en los ojos. Un mal estiramiento facial. Un *peeling* químico. Lo que fuera. Suzy lo sabría.

—Bueno, era un crío.

—Eso dice.

—¿Hay alguna polémica sobre su edad?

—¿Dónde está su partida de nacimiento?

—No tengo ni idea —dijo Bake—. No tengo ni idea de dónde está la mía.

—Te voy a decir mi verdadero problema: los que fundaron este país y los que lo mantienen unido son personas que trabajaron muy duro para llegar donde están.

Bake se encogió de hombros y meneó la cabeza. No era el momento oportuno para hablar de oportunidades. Sería desafortunado hablar de fortuna. ¿Podía hablar de gente que tenía cosas que no merecía, en una sala llena de gente de esa clase? Ella continuó:

—Y si no entiendes eso, amigo mío, entonces no podemos continuar esta conversación.

La forma súbita en que toda la posibilidad de comunicación estaba en juego lo asombró.

—Veo que has investigado la fundación de este país. —  
Buscaría un terreno común.

—He visto *John Adams* en la HBO. Todos los episodios.

—¿No era asombroso el tipo que hacía de George Washington? Me distraía mucho que Jefferson se pareciera tanto a Martin Amis. Me pregunto si Martin estará por aquí. —Volvió a mirar por encima de los hombros. Necesitaba que Martin Amis se acercase y lo ayudara.

Linda lo miró con fiereza.

—Era una gran miniserie y un gran recordatorio de los principios fundamentales de nuestro país.

—¿Sabías que George Washington tenía miedo de que lo enterrasen vivo?

—No lo sabía.

—El tipo prácticamente no tenía miedo de nada, salvo a eso.  
¿Sabías que liberó a sus esclavos?

—Hmmm.

Ella estaba comiendo; él no. Eso no actuaría en su favor. Sin embargo, siguió:

—Hablando de gente que ha trabajado duro en este país. Y sí, para no discutir tu tesis demasiado, no todos esos esclavos salieron adelante.

—Tu colega Barama, amigo mío, ni siquiera estaría compitiendo si no fuera negro.

Ahora todo el apetito lo abandonó por completo. La comida en su plato, dondequiera que estuviera, manchas de gris topo, grumos naranjas, se volvió abstracta como un cuadro. Su presión sanguínea subió; notaba el pulso en la sien.

—¿Sabes?, ¡nunca lo había pensado, pero tienes razón! ¡Ser negro es la forma más rápida y fácil de llegar a la Casa Blanca!

Ella no dijo nada, así que añadió:

—A menos, claro, que vayas en taxi, y entonces, bueno, puedes retrasarte un poco.

Masticando, Linda lo miró, con un destello en los ojos. Tragó.

—Bueno, supuestamente ya hemos tenido un presidente negro.

—¿Ah, sí?

—¡Sí! ¡Lo dijo un escritor que ha ganado el Premio Nobel!

—Eh. Te diré una cosa de primera mano: no creas todo lo que te diga un ganador del Premio Nobel. No creo que un presidente negro llegue a ser presidente cuando su amante que canta en un club nocturno da ruedas de prensa durante la campaña. Eso sería..., eso sería un presidente blanco. Por favor, pásame la sal.

El salero apareció a su lado. Echó un poco de sal en torno a su plato y lo miró.

Linda ofreció una sonrisa severa y forzada, mientras intentaba cortar algo con su cuchillo. ¿Era carne? ¿Era pollo? Era un consuelo pensar que, por una vez, los ricos habían tenido que pagar un ojo de la cara por el pollo mientras que el suyo era gratis. Pero no era suficiente consuelo.

—Si crees que yo, como mujer, no sé un par de cosas sobre la discriminación, estás lamentablemente equivocado.

—Eh, tampoco es tan fácil ser un hombre —dijo Blake—. Tienes que gastar un montón de pasta en porno y, créeme, es dinero que nunca recuperas.

Luego se retiró, se volvió hacia su izquierda, en dirección a Suzy, y se inclinó hacia ella.

—Ayúdame —le susurró al oído.

—¿Estás seduciendo a los patrocinadores?

—Me da miedo que salga volando algún objeto.

—Tienes que seducir a los patrocinadores.

—Lo sé, lo sé. Lo estaba intentando. Pero es una de los que llaman Barama a Brocko todo el rato. —Ya había violado la mayoría de las reglas de conversación para las cenas de Suzy: nada de política, nada de religión, nada de consejos bursátiles. «Y, a menos que veas asomar la cabeza, nunca le mires la barriga a una mujer y le preguntes si está embarazada.» Había aprendido todo eso a base de errores.

Pero, en un año como aquél, no había forma de mantenerse apartado de ciertos temas.

—Vuelve —dijo Suzy. La escultora estaba dándole golpecitos otra vez en el brazo.

Lo intentó una vez más con Linda Santo la malvada lobista.

—Así es como yo lo veo, y creo que sabrás valorarlo. Sería estupendo tener por fin en la Casa Blanca un presidente cuyo apellido acabe en vocal.

—¿Nunca hemos tenido un presidente cuyo apellido termine en vocal?

—Bueno, no cuento a Coolidge.

—¿De qué parte de Chicago eres?

—De las afueras.

—¿Dónde en las afueras?

—Michigan.

—¿Michigan no está muy lejos de Chicago?

—¡Sí! —Notaba el aire frío en la piel entre los calcetines y los pantalones. Cuando miró sus manos parecían haberse congelado en forma de garra.

—La gente habla de la dulzura sólida del corazón del país, pero tengo que decir una cosa: Chicago parece una ciudad que está demasiado orgullosa de su actividad criminal. —Sonrió con seriedad.

—No creo que eso sea cierto. —¿O lo era? Intentaba darle una oportunidad. ¿Y si tenía razón?—. A lo mejor tenemos una vena incumplida de anhelo mítico. O quizás no vivimos con tanto miedo como la gente de otros lugares —dijo. Ahora sólo estaba especulando.

—Espera, amigo mío, hay algunas personas diabólicas observando la Torre Sears mientras hablamos.

Ahora él se quedó en silencio.

—Y si estás allí cuando suceda, y espero que no estés, pero si estás, si estás, si estás comiendo en lo alto o en una reunión más abajo o haciendo lo que sea que hagas, cambiarás. Porque yo he

estado allí. Sé cómo es que te ataque los terroristas. Estaba en el Pentágono cuando estrellaron ese avión y te diré una cosa: me quemé viva pero no morí. Me quemé viva. Ardí por dentro. Por eso sé más que nunca qué importa en este país, amigo mío.

Ahora vio que las uñas eran en realidad de plástico, que en realidad la mano era una garra de plástico, que la cara que le había parecido intrigantemente exótica había sido marcada por el fuego y sólo parcialmente reparada. Veía cómo estaba revestida de una valiente e intensa fealdad. El pelo era hermoso, pero ahora suponía que probablemente era una peluca. La piedad fluía por su interior: nunca se había sentido más apenado por nadie. ¿Cómo podía haber sufrido tanto una persona? ¿Cómo podía alguien haber estado tan cerca de la muerte, de forma tan injusta, tan dolorosa y heroica, y cómo era posible que aun así él quisiera estrangularla?

—¿Eras una lobista del Pentágono? —fue todo lo que consiguió decir.

—¿Algún *faux pas*? —preguntó Suzy en el taxi de regreso al Bed and Breakfast, donde unas galletas calientes los esperarían junto a la puerta, y unas tiras para evitar los ronquidos, sobre la mesilla de noche.

—Muchos *faux* —dijo Bake. Lo pronunció *foux*. *Beaucoup verboten faux*. Pronunciar mi nombre era como ponerme de pie y mear en una copa de vino.

—¿Qué? Vamos, por favor.

—Me temo que he hablado de política. No he podido controlarme.

—Brocko va a ganar. A sus hijas les gustará la ciudad. Todo irá bien. Quédate tranquilo —dijo ella mientras el taxi aceleraba hacia Georgetown, y las aceras aparecían anaranjadas y enrojecidas por las primeras hojas caídas.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Le daba miedo decir más.

No sabía cuánto tiempo les quedaría a Suzy y a él, y un final de veloces citas geriátricas —todo el mundo sordo y con aspecto idéntico: «¿Qué? No te oigo. ¿Qué? ¿Otra vez tú? ¿No acabamos de vernos?»—, que transcurría por completo entre bancarrota y guerra, podría ser el auténtico círculo del infierno destinado para ellos.

—No me dejes nunca —le dijo él.

—¿Por qué razón en el mundo haría eso?

Hizo una pausa.

—Es una petición no sólo para el mundo, sino para después de eso.

—De acuerdo —dijo ella, y apretó su muslo carnoso. Al menos en el pasado a él le gustaba pensar que era carnoso.

—Me temo que pronto descubrirás alguna forma totalmente obvia de percibirme como mucho menos que adecuado.

—Eres adecuado —dijo ella.

—Soy bastante adecuado.

Mantuvo la mano sobre su pierna, y sobre la de Suzy él puso la suya, la que llevaba el anillo que le había dado en su boda, idéntico al de ella. Envió todo su amor al extremo de las yemas de los dedos, y mientras su mano apretaba la de Suzy observó la firme y deliberada actividad hidráulica de sus nudillos y articulaciones. Pero ella ya había apartado la cabeza y miraba por la ventanilla, tranquilamente, el resto del camino, mostrándole únicamente su hermoso cabello, que era dorado y brillante a la luz de las farolas que pasaban, como si fuera algo que no estaba en absoluto unido a ella.

## ALAS

Si descubriera que no podía manejarlo, todavía quedaría tiempo suficiente.

HENRY JAMES, *Las alas de la paloma*

Los rugidos de sus estómagos se entrelazaban y eran imposibles de atribuir.

«¿Has sido tú o he sido yo?», preguntaba ella en la cama, y Dench respondía: «No estoy seguro». Se quedaban allí por las mañanas y sus piernas se movían en ángulos hacia el otro, de forma no muy distinta a los olmos que veía por la ventana, con ramas altas que acariciaba la brisa de finales de marzo, conversando de árbol a árbol del tiempo emocionante. Soñaba con que comía platos llenos de carne y sus dientes rechinaban en la noche —sin duda una señal de la primavera—, de forma que el interior de sus mejillas terminaba ensangrentado y mascado, una glándula salival se había hinchado hasta alcanzar el tamaño de una uva pasa.

¿No debían estar de pie y danzando? El sol de la mañana atravesaba el techo en una franja blanca de pintura. Ella y Dench eran demasiado jóvenes y demasiado viejos para esa vida íntima, de mañanas tardías y confinamiento en la cama, pero sus huidizas carreras —el grupo, los dos CD, los boletines informativos (transformados en correos electrónicos y luego convertidos en basura electrónica abandonada) sobre cómo simplificar tu vida («¡arruínate!»), conducir, ir de gira, racanear, buscar en parques cebolletas y dientes de león, recargar tarjetas de crédito, hacer fotos de ropa y venderla en eBay («¡Despierta! —le decía ella en medio

de la noche, incorporada en la cama—, ¡despierta y escucha mis ideas!»)— los habían llevado hasta allí, a un subarrendamiento de seis meses donde se admitían mascotas. Todavía en la treintena, pero por poco, habían comprado algo de tiempo. ¿Qué más daba que sus inversiones en esos días fueran en peniques, corchos de vino y hojas de sellos autoadhesivos con la palabra *Libertad*? Subirían de valor, a diferencia de todo lo demás. Debajo de su cama había una caja de zapatos con el menguante dinero de su último bolo, donde sólo les habían dado una cuarta parte de la entrada. Siempre podía volver a cortarse la melena, casi asiática, como había hecho dos años antes, y venderla por mil dólares.

Ahora, como hacía a menudo cuando reflexionaba sobre las decisiones equivocadas, a veces pensaba en el momento en que había puesto por primera vez los ojos en Dench, aquel viernes remoto en que se le había acercado en una prueba de sonido vespertina en una localidad u otra, sus ondulantes trenzas no exentas de productos, una muestra de organización y premeditación que decoraba algo más caótico. Aunque era invierno llevaba gafas de sol de espejo y una delgada cazadora de cuero con el cuello vuelto hacia arriba: gilipollas al ciento cincuenta por cien. Quizá fuera su estrategia para mejorar la opinión que la gente tenía de él inmediatamente, para tomar un impulso hacia arriba y hacerlo navegar, y, cuando desaparecían las gafas y la cazadora y empezaba a tocar una canción que él no había escrito, estaba en su salsa. Se lanzó sobre una rodilla y acometió velozmente un martilleante solo de bajo. En la batería apretaba la baqueta contra el platillo y trazaba un círculo, lo que producía una alta nota celestial, como un dedo que girase por el borde de un vaso de vino. Golpeaba la pandereta contra su cabeza y contra la caja, hacia delante y hacia atrás. Cuando se acercó al piano, ella lo detuvo.

—El piano no —dijo en voz baja—. El piano es mío.

—Vale —dijo—. Sólo quiero enseñarte todo lo que puedo hacer.

—Y cogió una guitarra acústica.

¿Sería imposible no amarlo? ¿No intervendría la prudencia?

Más tarde, ante el resto de la banda, cuyo escepticismo hacia Dench tenía un dejo de educada consternación, dijo: «No entiendo por qué la frase “como una orquesta que está afinando” se considera una crítica. Me encanta una orquesta cuando está afinando. Especialmente entonces».

Desde el primer momento, sin embargo, no entendía cómo se podía haber ganado la vida Dench. Sabía dos canciones de Ryan Adams y tocaba la guitarra bastante bien. Pero nunca lo había hecho de forma profesional. Tampoco había hecho profesionalmente ninguna otra cosa que ella pudiera discernir. Al principio argumentaba que estaba esperando a que le entrase dinero, y ella no estaba segura, cuando él sonreía, de que fuera una broma. «¿De quién? ¿De tu madre?», y él se limitaba a sonreír. Lo que le hacía pensar: «Sí, claro, de su madre».

Pero no. Su madre había muerto cuando él era adolescente. Su padre había desaparecido años antes y a partir de entonces Dench vivió muchos trasladados con sus hermanas: de Ohio a Indiana y California y vuelta. Primero con su madre, luego con una tía. Al parecer, en su vida había muchas entradas y salidas de la universidad y muchos años que no se explicaban. Había habido una experiencia truncada con el Peace Corps. En Suazilandia. «Estaba esperando en la parada de autobús, leyendo un libro, y las mujeres fingían que lo querían para leerlo pero en realidad sólo querían unas páginas para usarlas como papel higiénico. O los tíos que trabajaban conmigo. Metían las manos en los váteres en cuanto los bajábamos de los camiones: querían tener las palmas de las manos azules y perfumadas. Tenía que irme de allí, no entendía el compromiso que había asumido y entonces mi tío consiguió que un congresista moviera algunos hilos.» ¿Cómo pagaba Dench sus facturas?

«Es un gran truco de magia», decía. Le gustaba colocarse antes de cenar y nunca parecía faltarle un porro en la cartera o en un cajón. Se comía el pollo —las alas y los muslos, las pechugas y las patas— hasta dejar los huesos púrpura.

Y así, aunque no podía distinguir un aguacate de un lino (tenía de los dos), y aunque nunca había encontrado luces para el crecimiento de las plantas, o una licencia enmarcada del estado de Michigan para producir marihuana medicinal, KC empezó a temer que se ganara la vida vendiendo maría. Parecía que ése era el asunto sobre el que meditaba y que no contaba. Cuanto más lo veía, más profunda era la sospecha. Luego, cuando algo prendió fuego entre ellos y el amor se afianzó en el interior de KC, cuando se despertó a su lado con nudos húmedos que nunca había tenido en la parte trasera de su cabellera, en una habitación llena de las velas de la noche anterior y de olor a hierba, su piel junto a la de ella como un sedoso calicó de frescura y calor, y conforme los dos necesitaban comer más y un poco más juntos, empezó a parecerle bien que vendiera drogas. Si lo hacía. ¿Qué demonios? Al menos estaba eso. Al menos hacía algo. Sus sonrisas soñolientas y el destello ocasional de un billete —de euros o de cien dólares— en su bolsillo parecían confirmarlo, pero luego su intermitente carencia absoluta de dinero perpetuaba el misterio, como ocurría con sus cheques, que decían D. ENCHER, y ella empezó a temer que después de todo no vendiera drogas. Cuando le preguntó directamente, él se limitó a contestar: «¡Qué graciosa eres!». Y después de pagar demasiadas de sus copas y comidas, puesto que había dicho que andaba tieso aquella semana y luego la semana posterior, empezó a desear, un poco tímidamente, que vendiese drogas. Empezó a esperar que así fuera. En una ocasión llegó a rezar por que lo hiciera. Y pronto estaba a punto de mendigar. «Sólo un poquito de skunk. Un poquito de hierbabuena quitapenas. Un poquito de corteza de cereza, un poquito de maruja de la bruja, un poquito de maría para empezar el día.»

En vez de eso se unió a su grupo.

Se llamaba Villa y al final no había salido bien; pagaban las giras con préstamos para pequeñas empresas; público al que no le gustaban las canciones de KC (eran demasiado de cantautora, con rimas, ¡calorías y galerías!, de las que estaba tontamente orgullosa

[*finados y casados!*]), entre las que había una tonada de la que no quería separarse, porque había estado bien posicionada para ser un éxito indie, una canción sobre un cocinero de Nueva Jersey llamado Jim Barber de quien había estado enamorada.

*Soy tu hinojo sin cortar,  
soy tu queso sin cortar,  
sólo quiero saber cuándo  
podré tu filo notar.*

No era consciente de lo espantosa que era. Sus letras no eran astutas, modernas, ni misteriosas o duras, sino las esperanzas recatadas y sencillas de un ratón. Había pasado una década ladrando al árbol equivocado... ¡como un ratón! El público abucheaba: los chicos con sus gafas de montura roja, las chicas con sus ladeados vestidos breves. Eran especialmente despreciadas sus versiones hip-hop de Billy Joel y Neil Young (una vez le pidieron que se fuera a cantar al río y ella pensó que se referían a la canción *Down by the River*. Contaba esa triste broma una y otra vez). En las giras del grupo se levantaba llorando en el borde de una cama u otra, sin saber dónde estaba ni lo que debía hacer aquel día y una o dos veces ignorando incluso con quién estaba, ya que todos sus esfuerzos parecían independientes de ella, un traje en el que meterse. Las lágrimas, le habían contado, estaban diseñadas para eliminar toxinas, y corrían por su cara, enfangaban su cuello y se reunían en los recesos de sus clavículas; debía tener cuidado de no tenderse boca arriba y dejarlas entrar en sus oídos, ya que eso podía hacer que las toxinas entrasen de nuevo y todo volviera a empezar. Por supuesto, el rumor de las toxinas resultó no ser cierto. Las lágrimas eran bastante puras. Y así su razón de ser, le pareció más tarde, cuando pensaba en ello, era identificar al débil, de modo que el mundo pudiera asegurar su futuro fuerte golpeando a los débiles hasta la muerte.

—¿Somos espantosos? —le preguntó Dench.

—Es porque no tenemos un nombre como Carroza Fúnebre para Bebés o Cara de Perro.

—¿Por qué no nos llamamos así?

—Porque tenemos criterio.

—¿Eso es todo? —preguntó ella.

—¡Sí! Y no sólo *Body and Soul* como bis, aunque eso lo hacemos bien. Quiero decir que mantenemos cierta integridad.

—¿Integridad? ¿En serio? —Después de demasiados aperitivos robados en minibares, las latas de Pringles cuidadosamente vaciadas y la tapa de aluminio sellada otra vez, el envase recolocado como nuevo en lo alto de la bandeja de madera, las toallas del hotel empaquetadas junto al equipo en la camioneta de alquiler cuyo parachoques trasero llevaba una gran pegatina del rostro de Donald Rumsfeld, bajo el que se leía ¿LA JETA DE ESTE CARACULO HACE QUE MI COCHE PAREZCA GRANDE?, después de todo eso se descubría pensando continuamente: «¡Ojalá Dench vendiera drogas!». En días calurosos de verano buscaba un supermercado de lujo y no sólo comía las muestras gratis de sus diminutas copas blancas, sino que se quedaba ante la sección de frutas y verduras, esperaba a que aparecieran los humidificadores y ponía los brazos bajo el agua, aliviada. Se duchaba con las lechugas.

Ella y Dench no habían desarrollado su talento lo suficiente ni éste les había preocupado de manera apropiada, o eso les dijo un representante.

Dench se ofendió. «Te olvidas de la perplejidad, del perfil de los premios. Muchas veces buscan a gente como nosotros. ¡Podemos ganar algo!», exclamó, con Pringles en los dientes.

La gardenia de la garganta de KC, la flor que era la voz con que cantaba —habría que ralentizar meticulosamente el descolorido proceso de marchitamiento a lo largo de los años— ya había iniciado su rápida degeneración en sencillo azafrán primero, y luego en una hierba esmirriada. Había recibido algo perfecto —¡juventud! — y había hecho cosas imperfectas con ello. La luna brillaba entera y luego parcial en el cielo, viviendo su vida sin ella. A veces sólo

buscaba toscamente una melodía, como alguien que da patadas a una lata a lo largo de un camino. No había cercado la voz con la que hablaba, no la había domesticado y atendido para que la voz de cantar pudiera volar. La voz con la que hablaba y la voz con la que cantaba eran la misma, una montaña rusa de varios registros, el timbre de Myrna Loy-Billie Burke de la abuela eduardiana que la había criado, una mujer que había estudiado en un conservatorio pero nunca había tenido una carrera como cantante y prácticamente cantaba todas las frases que pronunciaba: «¿Katherine? Es hora de cenar» recorría toda la escala. Sólo sus últimas palabras —«cásate bien»— fueron monótonas, el zumbido de la desazón, una advertencia práctica: salvaban la vida pero ofrecían un atisbo de un búnker pequeño y oscuro en una guerra todavía no declarada. «Cásate bien» fueron palabras pronunciadas después de rogar a KC que obtuviera un certificado de docencia. «Dar clase hace que gente interesante se vuelva aburrida, eso está claro —dijo—. Pero también hace que la gente aburrida se vuelva interesante. Así que hay un lado bueno. Siempre hay un lado bueno si lo buscas.»

La pobre madre de Dench no pudo dejarle a él —ni a sus hermanas— un centavo, aunque siempre había hecho lo que ella decía, incluso el año en que vivieron en moteles y él llevaba un camisón idéntico a sus hermanas para que fuera más fácil confundirlos con un solo hijo, a fin de evitar un coste extra por la habitación si entraba la limpiadora. Su joven madre había muerto con tubos de respiración unidos a su cartera —dijo él—, chupándolo todo. Dench hacía un gran sonido cómico de aspiración cuando contaba esa parte. La desaparición de su padre, que había ocurrido mucho antes, la había devastado y perseguido: una noche que habían salido a cenar su padre anunció que tenía que ver a un hombre por algo relacionado con un caballo; se excusó, fue al servicio de caballeros y saltó por la ventana para no volver nunca. Dench también hacía un sonido de aspiración para esa parte de la historia.

—No puedo decidir si es cobardía o una extraña forma de coraje —dijo Dench.

—No es ninguna de las dos —contestó KC—. No tiene nada que ver con ninguna de esas dos cosas.

Los hijos sin madre siempre se encontraban. Lo había oído una vez. Tenían la tristeza que no era tristeza pero que otros interpretaban como tal. Tenían la tristeza que gustaba de compañía y que era compañía. Sólo a veces sentían los hechos de sus vidas sin madres. Tenían sintonías incubadas en una tradición espiritual. No se acariciaban los dorados rincones de la memoria. El mundo era su orfanato.

Pero cuando empezaron a vivir juntos, Dench dudó.

—¿Qué pasa con mis pertenencias? —preguntó.

—No es que tengas un perro que no va a llevarse bien con el mío —dijo ella.

—Tengo plantas.

—Pero las plantas no son un perro.

—Oh, ya veo: ¡eres una de esas personas que piensa que los animales son mejores, más importantes que las plantas!

Lo estudió, miró sus ojos grandes por la protesta, las drogas o la locura. Había demasiadas cosas para elegir.

—¿Lo dices en serio? —preguntó.

—No lo sé —dijo, y se dio la vuelta para desempaquetar sus cosas.

Ahora ella se levantaba y sacaba al perro para su paseo diario. Llevaba un viejo vestido de verano como camisón, pero por la mañana podía hacer de vestido, si te echabas una chaqueta por encima y te ponías zapatos. De esa forma arriesgada, lo sabía, podía instalarse la locura.

La vivienda subarrendada en la que vivían ella y Dench era agradable, un chollo, una casa de campo de tejado plano, hecha de piedra y secoya, con un aparcamiento techado, en un barrio que no

se encontraba lejos del hospital y por tanto estaba lleno de cirujanos, radiólogos y sus familias. El hospital estaba en construcción y las grúas cortaban el cielo. Excavadoras y retroexcavadoras de amplias mandíbulas operaban bajo las luces por la noche. Una vez, mientras paseaba al perro, había observado cómo la cabeza dentuda de una excavadora era liberada y caía al suelo: el cuello acéfalo se inclinó y empezó a moverla, como si intentase descubrir si seguía viva. Por supuesto, había un operario, pero después de eso era difícil pensar en una criatura de ese tipo como en una máquina. Cuando se derribaba un muro y sus callados secretos se dispersaban, las líneas entre las cosas parecían disponibles para quien las quisiera.

La persona dueña de la casa no tenía relación con el hospital. Era un empresario llamado Ian que había ganado un dineral en los noventa con algún tipo de software para empresas y que durante largas temporadas vivía fuera del estado —en Ibiza, Zijuatanejo y Portland— para evitar el frío. La casa estaba amueblada salvo, extrañamente, por una cama, que compraron. El primer día encontraron comida en el frigorífico que no tenía moho sino polvo. «No sé —dijo Dench—. Mira los armarios. Éste debe de ser el que usaba Ian. Con perchas tan fuertes, igual no necesitamos una cama. Podemos colgarnos por la noche, como murciélagos.»

Con Dench sabía, tácitamente, que ella era la que tenía que llevarlos hasta el lugar al que estuvieran yendo. Debía ser la señora GPS que, cuando parabas a echar gasolina, te decía: «Vuelve a la autopista». Intentó ser esa voz con Dench: testaruda, imperturbable, atenta al mapa y sin decir lo que la señora del GPS de verdad quería decir, que no era «Recalculando», sino «¿En qué demonios estás pensando?».

—Puede que se vea mal desde el espacio exterior, que es desde donde lo ve el GPS —decía Dench, cuando proponía alternativas de cualquier tipo, grande o pequeño—, pero en tierra hay cierta lógica. Confía en mí esta vez. Para ti, todas las demás.

No había aceras en esa parte arbolada de la ciudad. La savia de los árboles desnudos apenas empezaba a moverse después de lo que parecía un invierno infernal. Los sumideros junto a la carretera que pronto calentarían y acogerían mala hierba y guisantes sólo eran barro salpicado de gravilla, y el perro de KC, *Cat*, olisqueaba al avanzar, notaba cómo se fundía el invierno, cómo el suelo desprendía su olor fértil a lombrices despiertas. Por encima el cielo de perla sucia de marzo colgaba bajo como el ala de un sombrero. Las casas estaban junto a los marjales y los sicomoros, y de vez en cuando, mientras caminaba por las carreteras, pasaba un coche y ella tiraba de la correa de *Cat* para mantenerlo cerca. Las calles, todas con nombres de universidades del Este —Dartmouth Drive, Wellesley Way, Sweet Briar Road: ¿dónde estaba su alma máter, SUNY New Paltz Street?— brillaban con los colores planos y lustrosos de tortugas de caja que habían llegado a primavera cruzando demasiado despacio y ahora estaban pegadas al macadán, delgadas y relucientes como anuncios de revista.

CUIDADOS PALIATIVOS: NUNCA ES DEMASIADO PRONTO PARA LLAMAR, decía un cartel junto a una cafetería en lo que constituía el centro comercial de la localidad. Junto a ella una señal de tráfico decía: ATENCIÓN: FIN DE LA VÍA. El surrealismo no podía inventarse. Era la auténtica electricidad de lo real. La mayor parte del tramo lo ocupaba una librería cerrada, cuyas cristaleras estaban opacas por el polvo. Faltaba la D del cartel, así que ahora decía: BORERS, los que aburren. En bancarrota, sinceridad: pronto la cadena estaría enviando todo el almacén a las letrinas de Suazilandia.

*Cat* era un buen perro, medio corgi y medio labrador, y si KC llevaba las gafas de sol en la cafetería podía pasar por un perro lazurillo, y ella por una ciega, y así no tenía que atarlo a la señal de aparcamiento de delante.

En la cafetería sonaba Tom Waits, y estaba elegantemente equipada con protectores punteados para los vasos —para evitar las quemaduras—, crema de verdad, palitos de canela, azucareros. KC se puso a la cola. «Me encanta esta canción»: el hombre que estaba

delante de ella se volvió para decírselo. Llevaba a un niño pequeño en brazos y era uno de esos nuevos padres modernos tan viejos que parecía haber secuestrado a su propio hijo.

Ya no sabía qué pensar sobre Tom Waits: su voz se había vuelto tan industrial...

—No sé. Creo que no hace falta llevar lentes de seguridad y un casco para escuchar música —dijo ella. La canción no estaba mal y no tenía unas opiniones tan contundentes, sólo estaba apenada por sus propios temas irrisorios, pero el hombre cambió de cara y se alejó mientras el niño la miraba tristemente por encima del hombro de su padre.

Pidió un Venti Latte, y mientras esperaba leyó el pliegue más alto del periódico más alto en la pila que había debajo de los CD envueltos en plástico junto a la caja registradora. Cuando terminó, giró discretamente el papel y leyó el pliegue de abajo. Se había acostumbrado a esa forma cotidiana y fragmentada de leer las noticias de la primera página —no tenían conexión de internet— e incluso suspiraba por ella divertida. ¡Utiliza tu ingenio! Eso aconsejaba su viejo boletín informativo. Aquel modo de llevar a Dench su café matinal (ella bebía su mitad mientras regresaba, quemándose la lengua un poco) y de pasear al perro era menos ingenioso que sencillamente necesario. A veces echaba de menos las grasiertas cucharas del pasado, que todavía podían encontrarse cuando el grupo iba de gira y cuando una sola camarera llevaba la caja registradora, la barra, todas las mesas, y te llamaba «cariño» —hasta que preguntabas si tenían leche de soja y en ese momento desaparecían todos los términos afectuosos.

Regresó por Princeton Place, una calle que normalmente no pisaba pero que discurría paralela a la suya. Tomar caminos distintos fortalecía la mente, decía el periódico. En esta calle había una enorme casa de ladrillo blanco que había visto y le había impresionado no sólo por su elegancia y su tamaño, sino también por el mágico mar azul de scilla que se extendía por el terreno pendiente y boscoso. Una vez vio dos ciervos allí, con largos rabos

que ondulaban como colas de caballo y meneaban como colas de perro. Y una vez había visto a uno de esos ciervos de cerca, al borde de la calzada, en Dartmouth. Un coche había chocado con él con tanta fuerza que lo había decapitado, y su cuello yacía abierto como un montón de cables cortados.

*Cat* olisqueó entre las zanjas y un poco por las entradas de las casas, cuyas grietas estaban a menudo llenas de trébol.

Miró las alas de la casa de ladrillo blanco, que estaba totalmente aislada o no se calentaba en absoluto, porque todavía había nieve sin fundir en los tejados. De pronto apareció un anciano junto al buzón. «Hola», dijo. La asustó, y su intento de gregarismo contradecía su rostro, que tenía una expresión devastada, como la de un Jesús de pelo escaso y blanco en la cruz, con los ojos muy abiertos y preocupado; su boca rodeada de finas arrugas era el monedero ajustable de los ancianos y rubios.

—Voy a coger el periódico —dijo—. Bonito perro.

—Eh, *Catsy*, ven para acá. —Intentó tirar de la correa pero el muelle automático se había roto y la correa no se enrollaba.

La cara del hombre se iluminó. Había empezado a sacar el periódico de su envoltorio de plástico pero se detuvo.

—¿Cómo se llama el perro? ¿*Cathy*? —No hacía un gesto de desaprobación cuando no oía lo que decías, como acostumbraban hacer los sordos. Pero tenía el reconocible y ceroso olor a meado de los viejos. Era de un sudor que ya no podía ser líquido y se acumulaba como aire escamoso sobre la piel.

—*Cat*. Es en parte nombre familiar y en parte, bueno, una broma. —No iba a entrar en todas las Katherines de la familia o en el altar de imanes de frigorífico dedicado a Los Gatos al Poder, o al perverso sentido del humor general que había hecho que ese perro, como todas las mascotas, fuera un lienzo sobre el que uno escribía su amor retorcido y su ingenio dudoso.

—Lo entiendo —dijo sonriendo con entusiasmo—. ¿Y cómo te llamas?

—KC —dijo. Sería suficiente.

—¿Casey?

—Sí —dijo ella. Una vida podía rimar con una vida: podía ser algo atropellado y cercano que se confundía con la cosa misma—. Vivimos en la manzana de al lado. De alquiler.

—¡De alquiler! Bueno, eso lo explica.

No se atrevió a preguntar qué explicaba. Aun así, sus ojos tenían un brillo húmedo —o un destello divertido— y no mostraban una expresión de desaprobación. *Cat* empezó a ladrar a un conejo pero luego se volvió y empezó a ladrar al hombre, que dio un paso atrás teatralmente, levantó el periódico por encima de la cabeza y fingió estar asustado, como si actuara para un niño pequeño.

—¡No me quites el crucigrama!

—Sus ladridos son peores que sus mordiscos —dijo KC—. Ven aquí, *Cat*.

—No sé por qué la gente dice eso. Ningún ladrido es peor que un mordisco. Un mordisco siempre es peor.

—Bueno, no deberían hacer tan bonitos a los conejos o no nos importaría que los perros se los comieran. ¿Por qué son tan bonitos los conejos? ¿Cuál es el objetivo que tiene la naturaleza en eso?

Él sonrió.

—¡Así que eres una filósofa!

—No, la verdad es que no —murmuró ella como si pensara que podía serlo.

—Creo que es probable que los conejos nos parezcan bonitos sólo por accidente. Sobre todo son bonitos entre sí. ¿El propósito? La nueva plaga urbana se vuelve apetitosa: más guiso de conejo para todo el mundo.

—Ya veo. Así que usted es una especie de señor McGregor.\*

¡Siempre me dio miedo el señor McGregor! —Sonrió.

—No hay nada que temer. Pero parece que últimamente hay una especie de plaga apocalíptica de conejos. ¡Gazapos bíblicos! ¿Te gustaría entrar y acabarte el café dentro?

No sabía cómo interpretar esa invitación. ¿Era inquietante o amable? ¿Quién podía distinguir? Muy poca gente había sido amable con ellos desde que se habían mudado, dos meses antes. Los dientes manchados de té del hombre configuraban una sonrisa sepia: una radiografía dental del siglo XIX.

—Gracias, pero tengo que irme, de verdad. —Esta vez la correa funcionó y *Cat* fue corriendo hacia ella, aburrido y listo para continuar.

—Bueno, encantado de conocerte —dijo el viejo, y se volvió y regresó hacia su casa, con su pórtico, su porche y las dos chimeneas de piedra, con alas que se extendían hacia el este y el oeste y otra más pequeña que daba al sur, con una larga galería para dormir los meses cálidos, que apenas conseguía ver. En Princeton Place las cosas parecían más grandes que en Wellesley Way. ¡Odiaba el dinero! aunque sabía que era como la sangre y lo necesitabas. Aun así, también se parecía a la sangre en que no soportaba verlo. A todo ese barrio privilegiado le vendría bien una pequeña guillotina o unas multitudes hambrientas con horcas.

—Encantada de conocerle —dijo, aunque no le había dicho cómo se llamaba.

—Aquí está tu café —le dijo a Dench, que seguía en la cama.

—Qué bueno. Agua tibia.

—Oye, no te quejes. La próxima vez puedes ir tú y me traes la mitad.

—No me quejo —dijo, estirándose soñoliento—. Pero es como si esta vez te hubiera costado más.

Se llevó bruscamente un cepillo al cráneo y empezó a cepillar. Si esperaba más tiempo con el pelo podía ganar mil doscientos. Lo echó hacia atrás y se arqueó desde la cintura. Sólo en el espejo podía ver su tatuaje que ponía «Decatur», escrito una noche en Linotype Gotharda en un lado del cuello, cuando tocaban en Decatur

y ella quería un recuerdo para no volver a tocar allí nunca. «Es una extraña forma de recordarlo», dijo Dench, y KC dijo: «¿Cuál sería mejor?».

—¿Había mucha cola en la cafetería? —preguntó Dench, chasqueando los labios.

—No, me he parado y he hablado con un tipo. *Cat* se mete en todas las entradas por las que haya pasado alguna vez una ardilla o un conejo.

—¿Un tipo?

—Un viejo.

—Eh, esta agua tibia está bien. Tiene algo nuevo. ¿Te has puesto cacao de labios de sabor a cereza o algo así?

—¿Te has fijado en que hay mucha gente con dinero por aquí?

—Tendríamos que conocerlos. Necesitamos productores.

—Ve a conocerlos. —Ella buscaría *guillotina* en internet la siguiente vez que fuera a la biblioteca.

—Tú eres más guapa. Por supuesto, en estos asuntos el tiempo es esencial.

Quería a Dench. Se sentía indefensa frente a todo su proyecto emocional. Pero eso no le impedía odiarlos a él y a todo lo que había a su alrededor, una categoría donde estaban incluidos ella misma, el sonido de su propia voz y el sonido de la de él, que era todavía peor. Los retratos del infierno nunca cesaban y a veces estaban decorados con marcos estridentes y bañados en oro, a manera de consuelo. Esperanza romántica: ¿de dónde la sacaban las mujeres? Sin duda, no de los hombres, que eran *caveat emptores* ambulantes. No, las mujeres la recibían de otras mujeres, porque al final las mujeres preferían librarse unas de otras a tener que soportarse cada día. Así que se animaban a establecer relaciones. «¡Te quiere! ¡Se le nota en los ojos!», mentían.

—¡Casey! —gritó el anciano la mañana siguiente. Estaba en el jardín de su casa, dando martillazos a algo que parecía un comedero de pájaros en un poste.

—¡Ey! —dijo ella.

—¿Sabes cómo me llamo?

—¿Perdón?

—Es una vieja broma familiar. —Seguía gritando—. En realidad me llamo Milton Theale.

—Milton. —Repitió el nombre, lo que supuestamente era un hábito al que recurría la gente con buena memoria—. Ya no llaman Milton a los niños.

—¡Qué pena y gracias a Dios! Mi padre se llamaba Hi, diminutivo de Hiram, y ahora que soy viejo veo que tengo la cabeza llena de sus bromas y sus historias en vez de muchas de las mías, que al parecer he olvidado.

—Oh —dijo ella—. Bueno, mientras no llegues a creer que eres tu padre, supongo que está bien.

—Pues quizá eso sea lo siguiente.

—Probablemente siempre es lo siguiente. Para todos.

Él entornó los ojos para estudiarla, pareció admirar de nuevo algo de ella, pero KC no sabía qué. Sin duda algo que era un espejismo total.

—Me alegro de volver a verte —dijo—. Y a ti también —le dijo al perro—. Aunque eres muy raro. Es como si lo hubieran montado unos veterinarios nazis: la cabeza de un perro pastor, el cuerpo de un perro salchicha, un...

—Sí, lo sé. A veces me recuerda al perro de *La invasión de los ultracuerpos*.

—¿Cómo?

—El *remake*.

—¿El *remake* de qué?

—¡*Frankenstein!* —gritó. Su sordera le produciría un ataque al corazón. Quizá ése era el plan que tenía la naturaleza para que los ancianos se mataran entre sí de forma eficiente e irritante.

Notaba que el calor abandonaba el café y penetraba en su mano. «¡Es como un perro hecho en el laboratorio de Frankenstein!» A veces detestaba al perro. Su indiferencia a los deseos de los demás, su conversación resuelta y verbalmente discapacitada sobre sus propios deseos: en un humano eso indicaría un grave trastorno de personalidad.

—Oh, no está tan mal —dijo Milt—. ¿Y no nos gustaría tener su energía? En pastillas.

—Eso sería fantástico.

—Pero tú eres joven; no necesitas algo así.

—Necesito algo. —¿Estaba gimoteando? Nunca había hecho una confesión como ésa a un desconocido.

—Mejor ven y toma una magdalena de arándanos conmigo. —De nuevo, la línea entre vecindad y coqueteo no le resultaba clara. Sabía que en esa comunidad tenías que adoptar una actitud extravertida, pero había oído hablar de padres de familia que se alejaban de los juegos de sus hijos para tener encuentros sexuales en aparcamientos remotos. Así que las pautas eran confusas y franqueables—. Y, mientras, puedes ayudarme con el crucigrama.

—Oh, no puedo. Tengo que irme a casa. Tengo que hacer un montón de cosas otra vez.

—Bueno, no son menos diez. Son y diez.

—Otra vez —repitió KC.

Quizá su sordera había agotado a todos los demás vecinos y explicaba su amabilidad hacia ella. Por otro lado, nadie caminaba por allí. O corrían, con los oídos llenos de música, o conducían sus coches a velocidad asesina. Un anciano no podía haber causado por su cuenta todo eso. ¿O sí?

—¿Qué?

—Tengo que irme a casa.

—Oh, vale —dijo, y se despidió.

—Quizá mañana —dijo por ser amable.

Él asintió y retomó su tarea.

Ella se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Estás haciendo un comedero de pájaros?

—¡No, es un rincón de lectura! Pondré libros dentro y la gente podrá cogerlos. Como una pequeña biblioteca. Ahora que la librería está cerrada. Estoy ajustando el pestillo.

—Qué bonito. —Era pino barnizado con un diseño que recordaba al chalé alpino de una muñeca.

—¿Poniendo cachondo al viejo? Buena idea.

—¿De qué vas?

—Sólo digo... —dijo Dench en un susurro—. Probablemente estará forrado. Y la va a palmar pronto. Y...

—Para. —Era el estafador que había en Dench, algo violento en el nombre de la libertad, como su padre, que había huido por la ventana del servicio de caballeros—. Ni una palabra más.

—Eh... ¡No hablo de matarlo! Sólo digo que podías pasar un poco de tiempo con él, hacerlo feliz y luego el resultado sería que, bueno..., que todos seríamos un poco más felices... ¿Qué tiene de malo?

—Te has pasado al lado oscuro de verdad. —Podía ser un sinvergüenza. Quizá esa sinvergonzonería mantuviera a raya el resentimiento. No había la menor posibilidad de que Dench estuviera nunca resentido. El resentimiento llegaba cuando uno había hecho algo bueno y prolongado y no recibía recompensa. Dench nunca operaría así. Ella, por otro lado, había nacido con una especie de prerresentimiento: buscaba la acción buena y no reconocida que explicaría sus sentimientos, y no la encontraba. Y entonces la podía asaltar una especie de amargura, que tenía que apaciguar y reducir con helados y biografías de Billie Holiday.

—¿No eres tú la que escribiste: «Usa carne de verdad»? —Ahora empezó a cantar—: «Puedes comer un zapato / como si fuese un venado / Mas por especias que pongas / es mejor un buen asado.» Tú escribiste eso.

—Era una canción de amor a un cocinero. Antes de conocerte.

—Es buena. Tiene existencialismo y consejos. —Los ojos de él evitaron los suyos.

—Me quieres chulear. ¿Eso es lo que llamas «talento para la vida»? —Una vez había presumido de poseer tal cosa.

—Es una perspectiva laboral.

—Más vale que tengas cuidado, Dench. Me tomo en serio tus sugerencias.

Él se levantó y la miró, con severidad en un ojo y amabilidad en el otro.

—Pues mi primer consejo es que no hagas caso a mis consejos. Y tengo más.

—Hay un olor en la casa. A levadura y azufre. ¿Lo hueles? — Miró a Dench con preocupación, pero él no parecía tener ninguna.

—¡El *Zeitgeist*!

—Algo se está pudriendo en las paredes.

—¿Carne o zapato?

—Algo que se murió en invierno y que ahora que es primavera se pudre en las tablas o algún hueco o en alguna de las paredes de esta habitación.

—A lo mejor es por las alergias. Pero creo que lo he oido por este lado de la casa, en días de más calor, cuando buscaba mejor cobertura del móvil. Un olor como a queso y col; a cabra, con un poco de putrefacción y amoniaco.

Ella alargó la mano para beber un sorbo del café de Dench.

—Probablemente tiene hijos adultos que lo heredarán todo.

—Probablemente —dijo Dench, que se apartó y luego volvió a mirarla para estudiar su rostro.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Nada —dijo él.

La sensualidad de Dench, su cocina frugal y animosa (aunque no era Jim Barber), su mirada melancólica, su capacidad de reírse de sí mismo: todo eso la había conquistado. Pero era como entrar en una

casa preciosa y ver que todas las habitaciones estaban vacías. En esos primeros años lo veía guiñando el ojo a otras personas, como en una especie de pacto. Seguía sin dinero. Ella pagaba. A veces la miraba con un desprecio desconcertante. Había, en resumen, poco amor romántico. Ninguna conversación sobre sentimientos de ternura. Sólo el vínculo. Sólo el poder de su voz cuando sonaba y sonaba en su órbita sobre los perros de su infancia, sus travesuras y sus furias contra su destino. Era atractivo. Era divertido. Pero emocionalmente no estaba bien. La intimidad no era su fuerte. «Tréboles y picas —decía—. Ni diamantes ni corazones. Con las cartas rojas... Me pongo al rojo vivo. Me sacan del juego todo el tiempo.»

—Calla y bébete la cerveza.

¿Dónde estaban las drogas?

A veces veía que a él le parecía que podía abusar de sus inseguridades y que aun así ella lo cuidaría y se preocuparía por él. ¿No estaban las noticias siempre llenas de hermosas y jóvenes estrellas de cine desechadas por otra estrella de cine más joven y hermosa? ¿Qué esperanza había para las mujeres corrientes? Él requería una mecenas pero por error había hecho una audición para ella. Si poseía menos heridas psíquicas de las que él esperaba en una mujer de su edad, o al menos diferentes, intentaría crear algunas. Pero era menos vulnerable de lo que él podría pensar. No había tenido un padre que debía ver a un hombre por un asunto relacionado con un caballo. De hecho, había tenido un padre al que mató un coche con el nombre de un caballo. Junto a su madre. ¡Un Mustang! ¿No era raro? Bueno, ella era un bebé y no había tenido que afrontarlo.

Su abuela casi nunca había mencionado a su madre. O a su padre. Cruzaban una calle para ir a casa, de la mano, lo que los había ralentizado de forma fatal.

¿Dónde estaban las drogas?

La paciencia era un producto químico. Derivado de un mineral. Derivado de una estrella. Le parecía que ella tenía algo de ésta. Pero no siempre era fructífera, o fructífera del fruto adecuado. Una vez encontró una carta en el abrigo de Dench: era un borrador, con la caligrafía y las tachaduras características de Dench, y empezaba: «Siempre me ha resultado difícil decirlo, pero tu amor ha significado mucho para mí». No leyó hasta el final sino que la metió en el bolsillo del abrigo, porque no quería estropearle las cosas a él ni arruinar la emocionante sorpresa que la aguardaba a ella. Le dejaría finalizar su composición y escoger el momento de la entrega. Pero la carta nunca llegó ni apareció de ninguna manera. Esperó meses. Cuando finalmente preguntó por ella, de forma general, él la miró con desdén y dijo: «No tengo ni idea de lo que estás hablando».

Dentro de la casa del anciano amplias puertas conducían a habitaciones en penumbra, pasillos a escaleras que llevaban a otros pasillos. Áreas enteras de la casa estaban cerradas con colchas de color marfil colgadas con anillos de cañas de pescar, para ahorrar en calefacción, conjeturó rápidamente. Había montones de materiales de lectura: un no desagradable desorden de revistas, algunas abiertas y abandonadas, y pilas de libros, nuevos y usados. Encima de uno había un lazo de amor seco que parecía —como ellos decían con jovial insensibilidad de todos sus agonizantes lazos de amor— Bob Marley haciendo quimioterapia. Reconoció el pánico al menor instante de aburrimiento que contenían todas esas pilas, así como un optimismo irracional con respecto al tiempo. En una habitación alejada vio un piano, un viejo Mason & Hamlin de cola, su superficie de ébano mate por el polvo, y se preguntó si estaría afinado. Tenía la tapa bajada y había montones de periódicos encima.

—No te preocupes por el desorden, sígueme a través de él. Las magdalenas están en la cocina —dijo. Siguió su paso oscilante y su cráneo tenía las manchas grandes y marrones de una jirafa: si no

fueran signos de la muerte acechante habrían sido atractivas y extravagantes, y probablemente la gente joven las querría (¡hazme una mancha de la edad!) como tatuajes. Versiones más pequeñas salpicaban sus manos—. Siempre espero que este desorden tenga encanto y no sea una señal de senilidad. Yo mismo no estoy seguro.

—Es como una librería o una tienda de segunda mano. Ese tipo de desorden siempre tiene encanto.

—¿De verdad?

—Quizá podrías recorrer todo y poner pequeñas tarjetas con precios. —Un calor de vergüenza subió a su rostro.

—¡Ja! Bueno, eso es en parte la idea del rincón de lectura. Dar uso a algo de esto. Pero tienes libertad de añadir lo tuyo. Todas las contribuciones son bienvenidas. —Las magdalenas eran compradas y las había recalentado en el microondas. En realidad no las había hecho él—. Compro poco. Nunca sabes cuánto tiempo te queda. Ni siquiera compro plátanos verdes. Eso es invertir con optimismo temerario en el futuro.

—Muy gracioso.

—¿Lo es? —Él buscaba en su rostro.

—Bueno, quiero decir..., sí, lo es.

—¿Te apetece café, o prefieres seguir con el tuyo? —Señaló con la cabeza hacia la taza de papel que todavía llevaba en la mano, con su tapa de plástico blanco y su verrugosa camisa marrón hecha de bolsas de papel reciclado. Ella miró la encimera y vio que se refería a café instantáneo, un frasco de Nescafé cerca de la estufa. El hombre encendió el fogón y el gas llameó en las espinas azules del aciano que había junto al hervidor.

—Oh, así está bien —dijo KC. ¿Qué importaba que Dench se quedara sin café aquel día? Preferiría esa misión de amistad vecinal.

Se sentó a la mesa de Milt y él colocó la magdalena en un plato delante de ella. Luego se sentó a su lado.

—Háblame de ti —le dijo, luego sonrió tenuemente—. ¿Qué te trae a este barrio?

—¿Tanto llamo la atención?

—Me temo que sí. Y no sólo por los tatuajes.

Sólo tenía tres. Se los explicaría más tarde, que era para lo que servían: cada uno era una historia. Estaba «Decatur» en su cuello. Había otro de «Moline» a lo largo de su clavícula, una promesa de no volver allí nunca. El de «Swanee» a lo largo de su bíceps izquierdo era porque le gustaba la progresión de acordes de esa canción, un grito de nostalgia que el grupo había deconstruido y electrificado hasta transformarlo en desdén. A veces era el bis. Cuando lo había. También era un voto de no volver allí nunca. Generalmente se le olvidaban esos lugares hasta que se miraba en el espejo después de bañarse.

—Mi carrera musical no funcionó y ahora estoy aquí en un subarrendamiento. He vuelto a la ciudad porque es donde venía a visitar a mi abuela en una residencia de ancianos, cuando era joven. Me gustaba el lago. Y ella estaba en un sitio que tenía vistas al lago, y cuando iba a verla íbamos a una sala enorme con grandes ventanas, y ella iba a toda prisa con su silla de ruedas. Era la más rápida con la silla de la residencia.

Él le sonrió.

—Sé exactamente qué sitio dices. Tiene un ala para enfermos mentales que se llama Planta de la Memoria. Aunque nadie que esté allí se acuerda de nada.

KC se metió la magdalena en la boca y aplastó su húmedo papel almenado en un semicírculo.

—¿Qué tipo de música tocas? ¿Es ruidosa y enfadada? — preguntó con una amplia sonrisa.

—A veces —dijo ella, masticando—. Pero a veces era amable y meditativa. —Pretérito imperfecto. Su grupo estaba muerto y ni siquiera había hecho falta un accidente aéreo porque sólo habían ido en avión una vez—. Un día vendré y tocaré algo para ti.

Se le iluminó la cara.

—Mandaré afinar el piano —dijo.

El olor había vuelto, se fundía con los últimos restos del invierno, en sus paredes. Era el tipo de vecindario donde apenas se olía una cebolla rancia en un cubo de basura. Pero ahora esa extraña podredumbre carnosa, con sus matices de roquefort.

—¿Qué crees que es? —preguntó KC a Dench a través de la puerta del baño. El cambio de estaciones había traído nuevos virus y se estaba sometiendo a un ahogamiento simulado con rinocornio.

—¿Qué?

—El olor —dijo.

—Ahora mismo no huelo nada... Con la congestión que tengo en la nariz...

Miró hacia el baño y lo vio apoyado, de lado, con la palangana de plástico, mientras el agua le corría por los labios y la mejilla.

—¿Estás revelando secretos que afectan a la seguridad nacional?

—¡Ni de coña! —exclamó—. Los netis nunca sabrán nada por mí.

—Puedes coger un libro o dejarlo. Hay un pasador simple, no una cerradura. —Las superficies de color miel del armario, inclinadas como un comedero de pájaros, podrían atraer pájaros si no se llenaban pronto de libros y el pestillo no se cerraba.

—Vamos a ver qué tiene. —Ella se acercó a él. Su olor ceroso no le molestaba.

—Oh, no mucho. —Un viejo ejemplar de *La familia Robinson* y otro de *La broma infinita*—. Voy a por los jóvenes —dijo. Había puesto un cartel que decía: COGE O DEJA EN EL RINCÓN DE LECTURA: ECHA UN OJO. Como una bicicleta comunitaria, podías llevarte uno y no devolverlo nunca. El propio Dench tenía una bicicleta comunitaria de varias comunidades atrás.

—Ahora que la librería está cerrada, y con el hospital tan cerca, pensé que la gente podría necesitar algo que leer.

Además de la elegancia de la madera, había algo antiguo y dulce en todo eso: ella no tenía ninguna intención de sacar el tema de las descargas electrónicas.

—Probablemente existe una palabra alemana para describir la sensación de afecto que uno siente hacia su casa cuanto más la arregla para revenderla.

—*Hausengeltenschmerz* —dijo KC.

Pero él no se rio. Estaba pensando.

—Mi mujer lo habría sabido.

Su mujer era médica. Se lo dijo a KC mientras ella comía otra magdalena en la cocina. Para su mujer era el segundo matrimonio y había algo de crepúsculo para los dos: él se había instalado en sus hábitos de soltero y no se había casado hasta los sesenta.

(«¡Hábitos de soltero! —diría luego Dench—. ¿Ves qué está haciendo?»)

—Era una mujer brillante y de mundo, una oncóloga dedicada a la medicina de familia y a las políticas de salud pública —dijo Milt.

Hubo un largo silencio mientras KC lo observaba recordar, con la cara contorsionándose un poco mientras su mente filtraba los archivos.

—Nunca me llevé muy bien con sus hijas. Pero ella, bueno, fue el amor de mi vida, aunque llegara tarde y se marchase pronto. Murió hace dos años. Cuando sucedió fue una bendición. Supongo. Supongo que es lo que debería decir.

—Lo siento.

—Gracias. Pero era una compañía estupenda. Mi cerebro es un trozo de barro en comparación con el suyo. —Miró fijamente a KC—. Es duro estar en este rincón del bosque.

Ella cogió una migaja húmeda que se le había quedado en la parte delantera de la chaqueta.

—Pero ¿tienes amigos por aquí? —le dijo, y luego se llevó la migaja rápidamente a la boca.

—Bueno, cuando hablo de «rincón del bosque» me refiero a la vejez.

—Creo que lo sabía —dijo ella—. ¿Tienes amigos de tu edad?

—¡No hay humanos vivos a mi edad! —Sonrió mostrándole sus dientes de color sepia.

—Venga. —Su magdalena estaba terminada y ahora buscaba otras.

—Igual soy más viejo de lo que parezco. No sé qué edad parezco tener.

Picaría el anzuelo.

—Treinta y cinco —dijo, sonriendo sólo un poco.

—¡Ja! Bueno, lo triste de hacerte demasiado viejo es que nadie va a tu funeral.

Siempre decía treinta y cinco, incluso a los niños. A nadie le importaba tener treinta y cinco años, especialmente a los alumnos de la guardería y a los ancianos. A nadie. Ella misma daría un par de dedos del pie por tener treinta y cinco años otra vez. Daría tres dedos del pie.

La miró con afecto.

—Estudié teatro y he conseguido que mi voz no tenga esa cosa temblorosa de los viejos.

—Tendrás que enseñarme.

—Tienes una voz preciosa. Presto atención a las voces. A pesar de mi sordera y mi pitido. Que es un sustituto agradable para los grillos, por cierto, si los echas de menos en invierno. A veces tengo tantos silbidos en los oídos que podría volar por la habitación si no fuera por esos zapatos ortopédicos. ¿Eras la cantante de tu grupo?

—¿Cómo lo sabes? —Dio un golpe con la mano en la mesa como si fuera un milagro.

—Tienes una forma de arrastrar y tocar los sonidos de las palabras en vez de las propias palabras. Voy a limpiar este piano y ponerte a cantar.

—Oh, no creo. Desafino mucho. Probablemente, más que el piano. Como he dicho, ahora mismo mi carrera está un poco estancada: necesitamos algo de suerte, ¿sabes? Sin suerte todo es

sólo un experimento mental.

—¿«Necesitamos»?

—Mi pareja musical. —Tragó y masticó aunque tenía la boca vacía. Era pareja. Era musical. ¿Qué le pasaba? ¿Mantendría a Dench en secreto con respecto a Milt?

Es lo que querría Dench.

—¿Qué quieres que te traiga? —le había preguntado esa mañana a Dench, y él le había lanzado una mirada torva desde la cama.

—Tienes muchos camisones diferentes —había contestado Dench.

—Todos son vestidos que llevaba para actuar.

Mientras se vestía para el paseo él dijo:

—No te olvides del café esta vez. La última vez te olvidaste.

—Es bueno tener un socio en el trabajo —dijo Milt—. Pero no lo es todo.

—Es una especie de genio —mintió. ¿Sentía la necesidad de comparar a Dench con la mujer muerta de Milt?

—Así que has conocido a algunos genios. —Sonrió—. Te estás divirtiendo. Una vida con genios: muy bien.

Vivía con tantas burlas que una más no le molestó en absoluto. Miró profundamente sus ojos y encontró el azul salpicado de barro en el interior, el cristalino reducido por las cataratas. Vería los bordes recortados a la luz.

—¿Crees que nuestro casero, Ian, se daría cuenta si le faltasen algunos libros?

—Nadie echa de menos unos libros. Es la pura verdad. Mira la señal que hay al final de la carretera.

La Borders cerrada con la de que faltaba: quizá Dench la había robado para él y la había guardado debajo de la cama; ella no se atrevió a mirar.

—El viejo Milt tiene un pequeño rincón de lectura. He pensado en colaborar.

—Ya veo.

—Sólo llevaría unos pocos. No puedo donar los míos porque todos tienen subrayados vergonzosos. Con tinta. —Más signos de exclamación que corrían por toda la página como una valla de Christo. Quizá fuera genético. Una vez había encontrado en la estantería de su abuela el ejemplar aterradora mente marcado de *La casa de la alegría* de su madre. La palabra *guau* aparecía en una página tras otra.

—Ven. Ponte encima de mí. —La cara de Dench era un cruce entre el anhelo y pedir el almuerzo.

—Te chafaré. He engordado dos kilos comiendo magdalenas con Milt. —Él la cogió de la mano, pero ella la apartó suavemente—. Dame un poco de tiempo. Voy a dejar los dulces y a cortarme unos cuantos dedos de los pies.

Se había puesto un collar de perlas de aguadulce tan pequeñas que eran como granos de arroz arborio que decoraban las letras de «Decatur». Se peinó una pequeña telaraña en la coronilla de su pelo para darle volumen. Se puso un poco de perfume: ¡el higo era la nueva vainilla! Cuando salió por la puerta, Dench dijo: «¡Gánatelos con tu belleza, pero cógelos con la guardia baja con tu alma!». Luego llegó la pausa preñada, los instrumentos que se quedaban en silencio a la vez, hasta que añadió en un tono gélido: «No te molestes en traerme el café. Lo digo de verdad: no te molestes». Después de eso sólo oyó sus propios pasos.

—Te he traído un par de libros —le dijo a Milton—. Para tu rincón de lectura.

—Vaya, gracias. No se han llevado ninguno pero todavía hay sitio. —Miró los títulos que había llevado: *Colapso: Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen* y *Lady Macbeth en la edad dorada*—. Excelente.

Una vez más, entraron y comieron magdalenas. Olvida el café: esa vez ella ni siquiera había llevado el perro.

Comenzó a ser una actividad habitual y llevaba a Milt más libros de su casero. Él había empezado a parecer tan feliz por verla, sus ojos se iluminaban tanto (el azul, había leído, era el auténtico color del sol) que veía el aspecto que debía de tener de joven. Probablemente era el soltero detrás del que iban todas las mujeres mayores. Y probablemente cuando se casó hubo unos cuantos corazones rotos. Parecía un caballero, pero uno que estaba acostumbrado a las atenciones de las mujeres, aunque el olor a orina de los ancianos hubiera reptado sobre él. «Aquí estamos: dos bobos solitarios», le dijo a KC una vez. Parecía algo que hubiera dicho antes. Sin embargo, descubrió que se abría a él, que le hablaba de su vida y que él era comprensivo, asentía, sus ojos pelados y brillantes tenían un fulgor especial, y sólo una o dos veces tuvo que inclinarse hacia delante de forma desconcertante para murmurar: «¿Puedes repetir?». Ya no mencionaba a Dench. Y la parte de ella que podía considerar eso y saber por qué se veía eclipsada por la parte que no lo sabía, que como ella sabía de antemano era la única fuente de perdón de sí misma. Paradójicamente, la ignorancia preparaba el futuro autoconocimiento. La vida nunca era perfecta.

Cuando se quedó dos veces hasta la tarde para prepararle a Milt algo de comer y en otra ocasión se pasó para prepararle una cena sencilla, Dench se encaró con ella.

—Una vez más debo preguntar: ¿qué estás haciendo?

—Es un hombre viejo y frágil que está peleado con sus hijastras. Le viene bien que alguien le ayude con las comidas.

—¿Lo estás engordando para la matanza? —Cada uno miraba el abismo del otro, o eso era lo que probablemente pensaban.

—¿De qué demonios estás hablando? ¡Está solo!

—¿Taso lo qué?

—Taso lo que quieras, por el amor de Dios. ¿Qué te pasa?

—No entiendo qué pretendes.

—No pretendo nada. Al que no entiendo es a ti: ¡pensaba que hacía lo que querías!

Él inclinó la cabeza interrogativamente, como hacía cuando fingía ser una persona distinta. Para quién haces lo de inclinar la cabeza, ella no lo dijo.

—No sé qué quieres —dijo él—. Y no sé qué estás haciendo.

—Sabes exactamente lo que estoy haciendo.

—¿Eso crees? Vaya... ¿Siempre somos un misterio para nosotros mismos y para los demás?

—¿Una decepción es lo mismo que un misterio?

—Pocas veces una decepción es un misterio.

—Empiezo a perder la confianza en ti, Dench. —Perder la confianza era más violento que perder el amor. Perder el amor era una muerte lenta, pero perder la confianza era un golpe rápido, un suelo que se abría de pronto y te tragaba.

Ahora Dench levantó su rostro beatíficamente, como si quisiera coger algo de luz que nadie más pudiera ver. Cerró los ojos y empezó a frotarse el cabello con las manos. Era lo que menos le gustaba de las cosas que hacía en el terreno de las cabezas inclinadas.

—Siento interrumpir tu automasaje —dijo ella, y se volvió para irse y luego se volvió para decir—. Y no me sueltes lo de que alguien tiene que hacerlo.

—Alguien no tiene que hacerlo. Pero alguien tendría. —El sarcasmo acallado de su casa era una especie de criatura: quizá la que había en las paredes.

—Sí, bueno, tú eres un experto en «tendría».

Le rompía el corazón haber llegado a eso: si uno pudiera conocer el futuro, todos los atisbos imprevistos del ser amado, quizá tuviera problemas para encontrar el coraje necesario para seguir adelante. Probablemente, ésa era la razón por la que nueve décimas partes del cerebro humano se habían vuelto inútiles: para hacerte estúpidamente intrépido. Uno sólo trabajaba con el cerebro animal, el cerebro Pringle. El cerebro del mago-dios, el que podía ver el futuro y mover objetos sin tocarlos, estaba dormido. Jodido cabrón.

Los libros que llevó en esa ocasión fueron *El instinto de muerte* y *The Fin de Millennial Lear*. Ella y Milt fueron al rincón de lectura y dejaron los volúmenes dentro.

—Ahora tienes que entrar y tocar el piano para mí. Por fin lo he afinado. —Milt sonrió—. Puedes incluso cantar, si lo deseas.

Volvía a ver lo grande que era la casa, porque si entraban por una puerta distinta no tenía ni idea de dónde estaba. Había dos puertas laterales y una trasera, además de las dos delanteras. ¡Dos puertas delanteras! La vida ya era lo bastante dura: tener que tomar esa decisión cada día podía agotar a una persona.

Se sentó ante el piano, con su sonido de campana y sus teclas de marfil de verdad, astilladas y granulosas. En broma tocó *Canción de la hilandera*, pero él no rio, sólo sonrió, como si fuera Scarlatti. Luego tocó y cantó su canción de amor al cocinero, después atacó *Body and Soul*, y más tarde su versión deconstruida de *Down by the River*, en la casa misma, sin peticiones de que se largara y se fuera al río de verdad. Y después pensó que probablemente ya era suficiente y echó los brazos hacia atrás, cerró la boca y en imitación de Dench cerró los ojos, levantó la cara hacia el techo y se alisó el pelo hacia atrás, preparándolo para el peluquero. Luego movió los brazos en el aire y abrió mucho los ojos.

Milt parecía más feliz que nunca.

—¡Maravilloso!

Ya nadie decía «maravilloso».

—Eres muy amable —dijo ella.

—¡Tengo una idea! ¿Puedes llevarme al centro? Tengo una cita en media hora y me gustaría que vinieras conmigo. Además, no me dejan conducir.

—Vale —dijo ella. Por supuesto, ya había imaginado que no tardaría en llevarlo al médico.

En cambio, lo llevó en su viejo y apenas usado Audi, que encontró en el garaje con una funda para protegerlo del polvo, hasta el bufete de su abogado.

—Ésta es mi encantadora nueva amiga Casey —dijo Milt, presentándola al entrar en el lustroso despacho del abogado, y el abogado la miró escéptico pero le dio la mano—. Rick, me gustaría cambiar el testamento.

—Sí, lo sé. Querías...

—No, quiero cambiarlo aún más de lo que te dije. Sé que te dije que le íbamos a legar la casa al Hospital Infantil, que era el deseo de Rachel, pero se las arreglan muy bien sin nosotros, su maquinaria está ahí rasgando cosas en esa nueva ala. Así que en cambio me gustaría dárselo todo, absolutamente todo, a Casey. Y hacerla también albacea.

El silencio cayó sobre la habitación mientras la cara resplandeciente de Milt iba y venía entre KC, que se sentía palidecer, y Rick, que estaba pálido.

—Milt, me parece que no es una buena idea —dijo KC, cogiéndole del brazo. Era la primera vez que ella lo tocaba y eso pareció darle más energía.

—¡Tonterías! —dijo—. Quiero que estés libre de cualquier carga: así podrás seguir siendo el ángel que eres ahora.

—No creo que yo sea el ángel.

—Lo eres, lo eres. Y quiero que tú y tu música voléis sin ataduras.

Rick dirigió a KC una mirada recelosa mientras lentamente se ponía al otro lado de un escritorio caoba del tamaño de la plataforma de una camioneta. Se sentó en una silla de cuero con unos cojinetes y un mecanismo reclinatorio que mostró al empezarse a balancear de inmediato contra él y girar levemente, con los brazos cruzados detrás del cuello. Luego se lanzó sobre un secante de cuero y cogió la carpeta que tenía delante. «Bueno, puedo pedirle a Marianne que lo cambie todo ahora.» Luego Rick estudió a KC otra vez, y con una voz que había tomado prestada de su juventud o de su hijo, añadió: «Tus tatuajes molan».

No habló de eso con Dench. No sabía cómo. Pensó en ser irónica —eh, ¡Villa ha vuelto!, y a una villa de verdad—, pero no había una forma adecuada. Además, toda la situación podía cambiar por menos de nada, y ella esperaba a medias que ocurriera eso. Como casi todo, únicamente existía de forma hipotética —sólo Dios sabía cuántas veces había cambiado su testamento Milt—, así que no intentaría pensar en ello en absoluto. Excepto de este modo. Milt no tenía a nadie. Y ahora no tenía a nadie salvo a ella. Que era como no tener a nadie.

Dench apareció ante la puerta del baño mientras ella se cortaba trozos de pelo con las tijeras de cortarse las uñas.

—Pensaba que te ibas a cortar el pelo —dijo—. Pensaba que ibas a venderlo.

—Sólo el flequillo —dijo ella, dejó las tijeras y pasó a su lado.

Empezó a ir a las citas de los médicos de Milt, aunque se sentaba en la sala de espera.

—Tengo reservas en el ala de paliativos donde estaba tu abuela y aquí —dijo cuando pasaban ante el Cementerio del Ocaso Celestial.

—¿Tienes un buen árbol?

—¿Qué?

—¿Tienes un buen sitio debajo de un árbol fuerte? —dijo en voz alta.

—¡Sí! —exclamó—. Estoy al lado de mi mujer. —Se detuvo, reflexivo—. Claro que ella tiene en su lápida: «Por fin sola». Yo mandaré poner en la mía: «No tan deprisa».

KC se rio, sabía que era lo que él quería.

—Es bueno tener un sitio.

En el médico, a veces la enfermera, y a veces un auxiliar, lo acompañaban hasta donde estaba ella y le daban instrucciones con prisa y preocupación. «Hay un medicamento nuevo —decían—,

pero si responde mal le daremos lo de antes.» Milt se encogía de hombros como si estuviera rodeado por una panda de parientes locos.

Una vez, una enfermera se inclinó y susurró: «Tememos que se haya extendido al cerebro. Si tiene problemas el fin de semana, llame al hospital o incluso a paliativos. Preste especial atención a su equilibrio».

KC llevó otro de los libros de Ian a Milt, y un día, al no ver al viejo en el exterior, ató preocupada a *Cat* al poste del rincón de lectura, fue hasta la puerta principal y llamó.

—¿Hola? ¿Buenos días? ¿Milt?

Salió una mujer de mediana edad con andares autoritarios. Sus tacones golpearon las tablas del suelo y se detuvieron. Llevaba pantalones negros y una camisa blanca metida por dentro. Tenía el pelo corto: denso y gris. Era el tipo de pelo por el que, años atrás, cuando era oscuro, los fabricantes de pelucas habrían pagado un buen dinero. La mujer se quedó allí mirando mucho rato y luego dijo:

—Sé lo que estás tramando.

—¿De qué hablas?

—Uno de sus conciertos en si menor. ¿Qué edad tienes?

—Treinta y ocho.

—Me pregunto si lo sabe. Pareces más joven.

—Pues no lo soy.

—De ahí tus necesidades.

—No sé de qué hablas.

—¿No? ¿No lo sabes?

—No. —La negación, cuando uno era acusado, era una fuerza vital, y derrotaba cualquier deseo de confesión. Quizá ésa fuera la fuerza animal del cerebro psicópata. O la psicopatía del cerebro animal. Una admisión de culpa te arrebataba la fuerza: facilitaba que los otros te retorcieran los brazos por detrás y te pusieran las esposas. Era de Dench, quizá, de quien lo había aprendido.

—¿Nos sentamos? —La mujer de pelo de peltre señaló uno de los sofás.

—No creo que sea necesario.

—No lo crees.

—No, además, he sacado a pasear a mi perro y está atado ahí fuera. Sólo había venido a ver si Milt estaba bien.

—Bueno, mi hermana lo ha llevado a la cita con el médico, así que hoy no te va a necesitar.

En la cama KC yacía junto a Dench, mirando el cielo y fumando un cigarrillo, aunque no debían fumar dentro. *Cat* estaba en la colcha al pie de la cama, en su sueño fingido de ojos abiertos. Todos eran feriantes al final del Día del Trabajo. Ella miró su teclado Hammond, que ahora tenía ropa sucia por encima, en desorden.

—¿Qué enfermedad crees que tiene Milt? —preguntó Dench.

—Algo silencioso pero desgraciado.

—¿*Quelque chose* precoz?

—No tan precoz. No creo que lo pueda seguir visitando. No puedo hacerlo.

Dench le apretó el muslo y luego lo acarició.

—Claro que puedes —dijo.

Ella apagó su cigarrillo en una taza de café, luego se volvió, pasó la mano por el nervudo bíceps de Dench y por su vientre prieto y musculoso, y se sintió llamada de regreso a sus brazos, que en realidad nunca había dejado del todo, y ahora la familiaridad de sus brazos era su única alegría. Podías perder a alguien un poco, pero seguía recorriendo la Tierra. El final del amor era una gran película de zombis.

—¿Te das cuenta de que si fumas lo suficiente terminas reduciendo tu riesgo de cáncer de útero? —dijo.

—Ése sí que es malo —dijo Dench—. El asesino silencioso. Sobre todo para los hombres.

—¿Qué has hecho hoy?

—He trabajado en algunas canciones sobre mis antepasados oprimidos por la esclavitud. Estoy culpando al hombre blanco por mis problemas.

Pensó en su padre.

—Bueno, en tu caso, sin duda es un hombre blanco.

—Lo es para la mayoría de la gente. Por eso necesitamos más canciones.

—¡La vida! Vaya cosa, ¿no?

—No habría votado por ella. No le habría dado ninguna estrella. Es como comprar un libro donde los pasajes más sexis ya están subrayados.

No estaba segura de lo que quería decir. Pero lo besó en el hombro de todas formas.

—¿No sería precioso salir volando de aquí y vivir muy lejos, juntos, en una nube?

—¡Ser pájaros y ver a Dioos!

Ya no intentaba determinar su nivel de jocosidad. Sospechaba que era pura costumbre y que su verdadera intención era desconocida incluso para sí mismo.

—¡Sí! ¡Podríamos ser pájaros en una pequeña pajarera que tuviera libros y podríamos leerlos! —exclamó ella.

Dench volvió rápidamente la cabeza hacia la almohada para mirarla.

—Quizá ya tenemos eso —dijo—. Pero, cariño, no estamos viendo a Dios.

—Porque Dios se ha largado a un cibercafé, está tan cansado de estas escapadas bíblicas que ahora sólo quiere sentarse y buscarse en Google todo el día. —Ahora apartó la mano de Dench, porque él no había ofrecido reciprocidad a la suya—. Si no está totalmente sordo a nuestros gritos, seguro que está sordo de un oído.

—Seguro. No sólo el hardware del oído interno sino los pelos y la gelatina del interior: todo destruido.

—Eres un chico raro.

—¿Ves? Estamos apartando el esmalte y acercándonos a la pintura.

Dejó pasar unos días y después retomó sus visitas a Milt cuando iba a por el café. Como ya era verano traía a Dench café con hielo, pero los cubitos se fundían invariablemente y se lo bebía entero ella sola. Milt seguía calentando sus magdalenas pero a menudo necesitaba llevarlo a citas de médicos así como a otros lugares, y ella lo acompañaba a hacer sus recados y observaba cómo saludaba a todos los dependientes, el de la droguería, la chica de la tintorería, a todos los cuales parecía conocer. «Me alegro mucho de que se hayan ido las hijas de mi mujer —dijo una vez, cuando iban hacia su casa—. Temo la casa con ellas dentro. ¡Preferiría volver a la cueva de mi propia soledad!»

—Sé cómo te sientes.

—No tienes ni idea —dijo, y se inclinó para besarla en la mejilla antes de salir del coche—. No pueden ser más frías. Hasta el hielo de Marte se funde en primavera.

Una vez llevó al anciano a nadar. Fueron a una playa del lago que se encontraba al norte, en un parque nacional, un día entre semana, cuando no había nadie. «¡No mires!», chilló cuando se quitó la camiseta y corrió torpemente hacia el agua, donde parecía más seguro que en la tierra. No estaba en mala forma, sólo cubierto de manchas de la edad, y su estómago estaba un poco redondeado y sus pechos tenían aproximadamente el tamaño de los de ella.

—¿Cómo está el agua? —lo llamó. Una línea de plata al borde del agua brilló al sol. El cielo era del azul beligerante y profundo de un jacinto.

—¡Espera lo inesperado! —respondió.

Notaba que había sido un buen nadador. Sus brazos se movían con seguridad, osados, precisos. Por supuesto, cuando esperabas lo inesperado, ya no era inesperado y por tanto en realidad ya no

seguías las instrucciones. Admiraba su aguante. Conforme se acercaba, vio que la línea plateada a lo largo de la orilla era donde morían tempranamente las pinchaguas: arrastradas a la orilla, sin respiración y todavía volteando contra tus pies mientras caminaban. Las muertas yacían en una línea brillante en la playa, y si uno de los peces parecidos al eperlano moría cerca de las olas, atrapaba la luz como el envoltorio de un chicle. Otra pútrida sorpresa de la Tierra. Fingiría ser un espectáculo de un acuario, flotando entre sus subordinados entrenados y cubiertos de escamas; si lo imaginaba de cualquier otro modo era demasiado repugnante. Se movió un poco, dejó que las olas aceitunadas del lago subieran sobre ella y la cubrieran.

Hicieron un pícnic en la orilla: ella había llevado sándwiches de queso y agua con gas y complicados melocotones: había que morder con fuerza la densa piel velluda para sacar el jugo. Se sentaron juntos en sus distintas toallas, sobre una manta, todo lleno de arena, los pies de KC cubiertos como si fuera azúcar moreno.

—Qué pena lo de los peces muertos —dijo Milt—. La semana que viene ya no estarán por aquí, pero aun así. ¡Igual yo tampoco! —Sonrió.

¿Debía decir: «No hables así»? ¿Debería, en traje de baño y con todos los tatuajes al aire, fingir remilgos burgueses en torno a las conversaciones sobre la muerte?

—Por favor, no digas eso —dijo, mientras el jugo del melocotón le caía por la barbilla.

—Vale —dijo él obedientemente—. Sólo digo: hasta la naturaleza tiene sus cosas malas. —Sacó una botella que ella no sabía que llevaba y le echó un poco en un vaso de papel—. Ten, toma un poco de ginebra. Entra limpia y fuerte: ¡como la filosofía alemana! —Sonrió y miró el lago—. En una época fui filósofo. Pero no era muy bueno.

—¿De verdad? —La ginebra le picó en los labios.

—Un mundo terrible. Un cielo precioso. Ésa parecía siempre la clave. —Se detuvo—. También me gusta el bourbon. Las partes concretas de tu cerebro que activa. También es bueno para la filosofía.

Ella pensó en eso.

—Es cierto. El bourbon afecta a un lugar muy diferente que, digamos, el vino.

—Sin duda.

—Y, en realidad, el vino tinto afecta a un lugar muy distinto al que afecta el vino blanco. —Dio un sorbo a la ginebra—. No es que haya hecho un estudio intensivo.

—No, claro que no. —Sonrió y se enjuagó las encías con ginebra.

De vuelta en su casa parecía haberse resfriado y ella le pasó una manta alrededor y él le cogió de la mano.

—Tengo que irme —dijo.

Una tristeza se había apoderado de él. Miró a KC, luego apartó la mirada.

—Poco antes de que mi mujer se muriera se sentó en la cama y empezó a gritar los nombres de todos los niños enfermos a su cargo que habían muerto. Le di un brandy y empezó a recitar los nombres de todos los niños que no había conseguido salvar. «Charlie Pepper», gritaba, «Lauren Cox, Barrett Bannon, Caitlin Page, Raymond Jackson y Tom DeFugio y la pequeña Deanna Lamb». Eso duró una hora.

—Tengo que irme. ¿Estás bien? —Él había apartado la mano y miraba el vacío—. Éste es mi número de teléfono —dijo, escribiendo en un pequeño trozo de papel—. Llámame si necesitas algo.

Como no respondió se fue de todas formas, ignorando cualquier angustia, cerrando la puerta por dentro.

Quizá todo el mundo tenía su manera de prepararse para morir. La vida se encargaba de que estuvieras listo. La vida te ponía triste. Y luego la sangre empezaba a llegar de donde antes no llegaba. La gente recordaba la muerte de los demás, se preparaba para encontrarlos en el más allá. KC imaginaba que morir sería algo lleno de lástima: como pasar las páginas de un catálogo de liquidación, viendo las drásticas bajadas del valor de cosas por las que pagaste el precio completo y que no te habían resultado tan útiles, cuando todo estaba hecho y dicho. Aunque nunca estaba todo dicho y hecho. Ésa era la otra parte de la muerte.

—He tenido al perro todo el día —se quejó Dench— y no ha sido una fiesta. No ha sido un día en la playa.

—Bueno, yo he tenido a Milt. No es un regalo de Navidad.

—No sé qué pensar sobre todo el tiempo que pasas con él.

—Según tú, nunca sabes qué pensar.

—Sólo me parece que si las cosas van a pasar no deberían tardar tanto. Por cierto, he descubierto de dónde venía ese olor.

—¿De verdad?

El olor, aunque el tiempo cálido parecía secar las cosas, seguía en las paredes. Se oía el ocasional corretear de ardillas en el desván. Era sorprendente que *Cat* no se levantara y empezase a ladrar.

—La podredumbre de una mala conciencia.

—Lo dudo.

—Bueno, deja que te enseñe. —Abrió la trampilla de la cámara que constituía el desván. Bajó la escalera plegable y la movió para que pudiera subir—. Coge la linterna y muévela y verás.

Esperaba encontrar un par de ardillas voladoras, muertas en un abrazo. Pero cuando metió la cabeza en la cámara y movió la linterna, al principio sólo vio polvo y cajas. Luego sus ojos lo encontraron: un montón de carne peluda con los rabos entrelazados de ratas. Eran una sola criatura, como una corona, y las moscas

zumbaban alrededor de ellas y los excrementos unían sus cuerpos dispuestos de forma radial. Sólo una de ellas conservaba una cabeza que se movía y abría la boca sin hacer ruido.

—Es un rey de las ratas —dijo Dench—. Nacieron así, con las colas unidas, y no pudieron escapar.

Ella bajó de la escalera y la subió.

—Es lo más asqueroso que he visto nunca.

—Se supone que dan mala suerte.

—Cierra la trampilla.

—Una sorpresa para Ian. Llamé al sitio de las plagas pero cobran mil dólares. Les pregunté: «¿Dónde las llevan, a Europa?». Igual tenemos que quemar la casa. Está totalmente maldita.

—De veras.

—Podíamos probar con la negación plausible: «¿Qué lata de queroseno?». O: «Hay mucha gente que se va a comprar mientras tiene algo en el fuego».

Estudió la cara de Dench como si —una vez más— no tuviera ni idea de quién era. Ahora, tras encontrar el rey de las ratas, parecía la estrella de una película de terror. Intentaba ser gracioso todo el tiempo y a ella ya no le gustaba: era como si estuviera haciendo una prueba para algo. Quizá pronto empezaría a contar los chistes de Milt: «No paro de pensar en el más allá. Voy a una sala vacía y me pregunto: ¿dónde está la masa ya?». Sólo le gustaban los chistes de Jesucristo que contaba Dench, porque en ellos Jesucristo parecía un poco gilipollas, lo que a su juicio era una posibilidad sólida en la vida real, y por tanto los chistes parecían verdaderos y ella no tenía que reírse. «No vuelvas a enseñarme algo así», le dijo.

*Cat* subió y empezó a frotarse contra la pierna de Dench.

—Chsst —dijo Dench, mientras KC se daba la vuelta para marcharse—. Le han cortado los huevos y aun así quiere marcha.

El verano calentó todas las casas, y la mayoría de ellas no tenían aire acondicionado, incluyendo las de Ian y Milt. Una tarde llevó a Milt a un café cercano y tuvieron que cenar fuera, en una temblona mesa metálica junto al aparcamiento, porque el aire del interior era demasiado cortante y frío. «Creo que me habría gustado ese frío cuando tenía dieciséis años —dijo—. Ahora me parece que el calor es bueno para los huesos viejos.»

Comieron despacio y, aunque la comida se le quedaba pegada a los dientes, KC no le avisó. ¿Qué sentido tendría? ¡En algún momento, Dios santo, deja que un anciano tenga comida en los dientes! Comían sopa de calabacín con maíz caramelizado por encima: terrorífica para las muelas.

—¿Sabes? —dijo Milt, masticando y mirando alrededor—. A la gente la despiden de la barbería, cierra un restaurante, ésta es una ciudad lenta y aun así las cosas cambian demasiado deprisa para mí. Es como esos televisores de gran pantalla: ahora los tienen todos los bares. No puedo ver el fútbol: es como si corrieran directamente hacia mí.

KC sonrió pero no dijo nada. En cierto momento dijo en voz alta de sus natillas:

—El sabor de plátano no sabe a plátano de verdad sino al sabor del plátano cuando eructas.

Ella miró la mesa de al lado.

—Creo que sé lo que quieres decir.

—Por supuesto, los viejos son los más idiotas. Por eso no quiero irme a vivir a un edificio lleno de ellos. Escúchalo hablar: escúchame hablar. Es: tengo una idea estúpida desde hace cuarenta años y la sigo pensando, así que voy a decirla una y otra vez. —Luego volvió a elogiar a su mujer, su generosidad y su compromiso social, y a continuación dirigió su atención a KC—. Tú te pareces a ella, en cierto modo —dijo. Tras ellos el sol se ocultaba en los tonos rayados de una naba.

—No me lo creo —dijo. En cambio, su cabeza estaba llena de preguntas sobre lo que debían pensar los vecinos.

—Vuestras caras se parecen un poco. ¡Sobre todo cuando sonrías! —Le sonrió al decir eso y ella le devolvió una mueca pálida, con los labios formando una línea tensa.

Cuando volvía hacia la casa los grillos habían iniciado su bello cerrar. «¡Pitido!», exclamó Milt.

Pero esa vez KC no se rio, y así él hizo lo que hacía a menudo cuando estaba irritado: caminó con su oído más sordo hacia ella para amargarse tranquilamente. Ella vio que zigzagueaba y supo que tenía problemas de equilibrio. En un momento empezó a ladearse y ella lo cogió rápidamente.

—Un viejo como yo debería llevar casco todo el tiempo —dijo  
—. Levantarme por la mañana y ponérmelo.

Luego se volvió y la miró en el crepúsculo.

—A veces, en casa, pienso que el zumbido en mis oídos es el teléfono y lo cojo, con la esperanza de que seas tú.

Lo ayudó a entrar en casa: subió las escaleras con más dificultad de la habitual. Ella encendió las luces. Pero él volvió a apagarlas y, tomándola de la mano, se sentó en una silla. «Ven y siéntate en mis rodillas», dijo, tirando con firmeza. Ella cayó torpemente sobre sus muslos delgados y, cuando intentó encontrar un punto de apoyo para ponerse en pie de nuevo, él la rodeó y la abrazó y empezó a olisquear su cuello, la u y la erre de «Decatur». Tenía los ojos cerrados, y le ofrecía la cara, con los labios fruncidos pero moviéndose un poco para encontrar los de ella.

Al principio KC permitió que la besara, dejó que sus brazos se encontraran —tenía que ser complaciente, tenía que trabajar contra sí misma y encontrar una manera— y luego la lengua áspera e incisiva salió y entró rápidamente y ella saltó, se alejó, se puso en pie, encendió la luz y se dio la vuelta para enfrentarse a él.

—¡Ya basta! ¡Ahora te has vuelto loco de verdad!

—¿Qué? —preguntó él. Sus ojos apenas estaban abiertos y sólo entonces su lengua detuvo su movimiento animal. Ella se apartó el pelo de la cara. La habitación parecía dar vueltas. La vida te preparaba para morir. Una vez había atrapado un ratón en una

trampa: había oído el chasquido y cuando lo miró parecía únicamente una bolsa de té, una cosa marrón y con forma de seta y rabo, luego empezó a girar y volverse y tuvo que recogerlo con un guante y meterlo en el congelador, con la trampa y todo, para que muriese allí.

Era hora.

—¡Estás completamente loco! —dijo en voz alta—. ¡Y a estas alturas lo único que puedo hacer es llamar a paliativos!

Palabras que habían estado en las alas corrieron ahora hacia la caja negra aplastada de su garganta.

Ahora el rostro de él tenía el mismo aspecto devastado que la primera vez que lo había visto, sólo que en esta ocasión había algo machacado en torno a los ojos, la boca era un tajo, su cuerpo estaba desplomado en un exilio. Empezó a llorar en silencio. Y después habló.

—Lo he buscado en... cómo lo llamas. Spacebook. Sus intereses y sus objetivos.

—¿De qué hablas?

—Buena suerte —dijo—. Buena suerte a ti y a tu hombre joven. Os deseo lo mejor a los dos.

—Está hecho.

Se hundió contra la puerta. Había esperado durante toda la noche a que llegara la gente de paliativos y se llevaran a Milt a la mañana siguiente, luego firmó algunos impresos y prometió visitarle y ayudarle con el crucigrama, y después cogió las llaves de la casa, la cerró y caminó rápidamente hacia la suya.

Dench estaba guardando su teléfono móvil. La observó preocupado y ella devolvió su mirada con un brillo duro en los ojos. Luego él dio un paso hacia delante, quizá para consolarla, pero ella lo apartó. «KC», dijo él. Y cuando ladeó la cabeza como si estuviera desconcertado e intentó, indulgente, dar un paso hacia ella, KC cerró el puño y le golpeó con fuerza en la cara.

Su vida en la casa de ladrillo blanco era de anfitriona, y derramó en ella toda la leche de amabilidad humana que poseía. Había cinco habitaciones y una suite para las familias de los chicos del hospital cuya nueva ala pediátrica estaba completa. Había pintado las paredes de las habitaciones de color albaricoque o marrón, conservó las molduras de color blanco aunque pintó los techos de azul celeste. En verano abrió el porche para dormir. Cada mañana se levantaba pronto y hacía el desayuno, un pastel de jamón y huevos, que servía en una fuente grande en el salón y, aunque no hacía ninguna otra comida, se aseguraba de que hubiera galletas en el salón principal y juegos para los hermanos (que también jugaban con el perro). A veces probaba con la música por la tarde, sentada al piano mientras la gente intentaba sonreírle. Llevaba cuellos altos, mangas largas y collares de escoria azul para ocultar sus tatuajes. Dejaba revistas para que la gente las leyera, pero no periódicos, que tenían demasiadas noticias. Conservó el rincón de lectura y lo llenó de novelas de misterio. Miraba a las familias salir por la mañana, caminando hacia el hospital para ver a sus hijos enfermos. Nunca veía a los niños enfermos —salvo por la noche, cuando eran fantasmas con camisones blancos apostados en los rellanos de la escalera, y recitaban sus nombres y saludaban— al recorrer la casa: pensaba en ellos como en «sus niños» y luego no pensaba en ellos en absoluto, como cuando se levantaba insomne, pero oía hablar de sus vidas. «Me perdí lo bueno —decían las madres— y ahora ya no queda nada bueno.» Y les daba más revistas para hojear en la sala de espera de cirugía, por si se cansaban de mirar un floreciente acuario de pececillos brillantes.

Las lágrimas espesaron su piel del modo en que la salmuera tejía y endurecía el borde de un queso. Seguía llevando el pelo largo pero tenía mechones blancos, y se lo recogía en un pasador. Había veces en las que miraba por las ventanas delanteras, se despedía de los padres que partían hacia sus visitas diligentes y desoladoras,

y pensaba en Dench y recordaba el día en que hizo la estridente prueba para el grupo y cerró con un poco de guitarra suave que acompañó con su fuerte pero inexpresivo barítono, donde la voz llevaba la canción como la corriente de un río mueve un barco. Había olvidado qué canción era. Pero recordaba que se había preguntado si sería bueno quererlo, y luego había ido melancólica a la ventana para mirar la calle mientras cantaba y vio que una mujer muy joven lo esperaba en su coche destortalado. Era invierno, había algunas estrellas en el cielo de la tarde, y la chica llevaba una gorra de lana que se ataba en la barbilla y le hacía parecer Dante y también un pájaro recién nacido. La propia KC se había vestido de barbie puta. ¿Por qué había apartado ese recuerdo de su mente? Aquella joven lo había llevado hasta allí. ¿Habría sido rechazada? ¿Legada? ¿Olvidada? ¿Habría recibido un nuevo propósito de Dios, cuyo persistente humor disparatado era tan arbitrario como un mosquito? Ella esperaba a que él volviera con algo que les resultara útil.

## REFERENCIAL

Manía. Por tercera vez en tres años hablaron de forma frenética acerca de lo que podría ser un buen regalo para su hijo perturbado. Había muy pocas cosas que realmente pudieran llevar: casi todo se podía transformar en un arma, y por tanto había que dejar la mayoría de las cosas en la recepción y, después, previa petición, las traía un auxiliar alto y rubio, que miraba antes los objetos para calcular sus posibilidades lacerantes. Pete había llevado un cesto de mermeladas, pero estaban en frascos de cristal y por tanto no permitidas. «Se me había olvidado», dijo él. Estaban organizadas por colores, de la mermelada más brillante al camemoro y al higo, como si contuvieran los análisis de orina de una persona cada vez más enferma, y ella pensó: «Mejor que los confisquen». Encontrarían otra cosa que llevar.

Para cuando su hijo cumplió doce años y había comenzado sus murmuraciones aturdidas y embelesadas, y había dejado de lavarse los dientes, Pete llevaba cuatro años en sus vidas, y ahora habían pasado otros cuatro años. El amor que sentían por Pete era largo y sinuoso, no exento de giros ocultos, pero sí de verdaderas paradas. Lo veían como una especie de padrastro. Quizá los tres habían envejecido juntos, aunque sobre todo se notaba en ella, con los vestidos negros que llevaba porque la hacían más delgada y el pelo encanecido sin teñir, a menudo recogido con mechones sueltos que parecían musgo español. Una vez que su hijo había sido desnudado, vestido con ropa de hospital e internado en el centro, ella también se quitó los collares, los pendientes, los fulares —todos sus aparatos prostéticos, le dijo a Pete, intentando ser divertida— y los puso en una carpeta de acordeón que se cerraba con cerrojo y que guardó debajo de su cama. No podía llevarlos cuando iba a

verlo, así que no los llevaría nunca: una especie de solidaridad con su hijo, una especie de nueva viudedad añadida a la viudedad que ya poseía. A diferencia de otras mujeres de su edad (que se esforzaban demasiado, con lencería llamativa y joyas estridentes), ahora le parecía que ese afán era excesivo, e iba por el mundo como una amish, o quizá, todavía peor, cuando la luz despiadada de la primavera golpeaba su rostro, como un amish. ¡Si llegaba a vieja, que fuera una ciudadana completa del viejo mundo! «Para mí siempre estás preciosa», había dejado de decir Pete.

Pete se había quedado sin trabajo con la nueva crisis económica. En un momento dado había estado a punto de vivir con ella, pero los profundos problemas de su hijo le habían hecho dar un paso atrás: pensaba que la quería pero no podía encontrar el amplio espacio que necesitaba para sí mismo en su vida o en su casa (y no culpaba a su hijo, ¿o sí?). Miraba con cierta codicia visible y agrias observaciones la habitación donde su hijo, cuando estaba en casa, vivía con mantas grandes, botes vacíos de helado, una Xbox y DVD.

Ya no sabía adónde iba Pete, a veces durante semanas seguidas. Pensaba que era un acto de atención y cariño no preguntar, intentar que no le preocupara. Una vez se sentía tan hambrienta de contacto que fue al salón Trenza sin Estrés que había al lado de casa sólo para que le lavaran el pelo. Las pocas veces que había volado a Búfalo para ver a su hermano y a su familia, había escogido el cacheo y el detector en vez de pasar por el escáner en el control de seguridad el aeropuerto.

«¿Dónde está Pete?», gritaba su hijo cuando ella iba sola a visitarlo, el rostro escarlata por el acné, hinchado y ancho por los efectos de medicamentos cambiados una y otra vez, y ella decía que Pete estaba ocupado aquel día, pero pronto, muy pronto, quizá la semana siguiente. Un vértigo maternal la asaltaba, la habitación daba vueltas y las cicatrices de los cortes en los brazos de su hijo parecían a veces deletrear el nombre de Pete en líneas delgadas, la

pérdida de padres se dibujaba toscamente en un álgebra de piel. En el desbarajuste de la habitación, las líneas unidas y blancas parecían toscos garabatos en torno a una hoguera, como cuando los jóvenes tallaban con trazos rígidos las palabras AMOR y FOLLAR en mesas de merendero y árboles en los parques, con la o convertida en un cuadrado. La mutilación era un idioma. Y al revés. Los cortes hacían que su chico recibiera más cariño de las chicas, que también se habían cortado y pocas veces veían a un chico, y así se hizo popular en las sesiones de grupo, algo que no parecía importarle y que quizás ni notaba. Cuando nadie miraba se cortaba las plantas de los pies. También fingía leer los pies de las chicas como palmas, anunciando la llegada de desconocidos y el progreso hacia el romance —«¡piemances!» los llamaba— y los inconvenientes, y a veces veía las palabras que ellas habían cortado y señalado como su propio destino.

Ahora ella y Pete iban a ver a su hijo sin las mermeladas, pero con un libro de bordes barbados sobre Daniel Boone, lo que estaba permitido, aunque su hijo creyera que contenía mensajes para él, aunque creyera que, si bien era una historia de una persona de hacía mucho tiempo, también era la historia de su propia tristeza y heroísmo frente a todo tipo de desierto, derrota y abducción donde su vida se podía extender sobre el libro, una noble armadura para la revelación de relatos sobre él. Habría claves en las palabras de las páginas con números que sumaban su edad: 97, 88, 466. Había otras veladas alusiones a su existencia. Siempre las había.

Se sentaron juntos a la mesa de las visitas y su hijo apartó el libro e intentó sonreírles. Todavía quedaba dulzura en sus ojos, la dulzura con la que había nacido, aunque la furia pudiera brotar de ella de forma indiscriminada. Alguien había cortado su pelo rubio oscuro, o al menos lo había intentado. Quizás alguien del personal no quería que tuviera las tijeras cerca durante un periodo prolongado de tiempo y había cortado rápidamente, luego se alejaba de un salto, volvía a acercarse, agarraba y cortaba, después volvía a saltar. Por lo menos es lo que parecía. Era un pelo ondulado y había

que cortarlo cuidadosamente. Ahora ya no bajaba en cascada sino que estaba cerca de la cabeza, y crecía en ángulos que no parecían importar a nadie, salvo a una madre.

—¿Dónde has estado? —le preguntó su hijo a Pete, mientras le dirigía una mirada dura.

—Buena pregunta —dijo Pete, como si elogiar la cosa fuese a hacer que desapareciera. ¿Cómo se podía estar bien de la cabeza en un mundo como aquél?

—¿Nos echas de menos? —preguntó el chico.

Pete no contestó.

—¿Piensas en mí cuando observas los negros capilares de los árboles por la noche?

—Supongo que sí. —Pete lo miró fijamente, como si no quisiera cambiar de posición en su asiento—. Siempre espero que estés bien y que te traten bien aquí.

—¿Piensas en mi madre cuando miras las nubes y todo lo que contienen?

Pete volvió a quedarse en silencio.

Su hijo continuó, estudiando a Pete.

—¿Has visto alguna vez cómo los gorriones matan a las crías de otros pájaros? ¿A las crías de los chochines, por ejemplo? Los he mirado por las ventanas. ¿Sabías que los gorriones pueden meterse en el nido del chochín y sacar a las crías de los nidos y estrellarlas contra el suelo con una fuerza que te habría parecido imposible para un gorrión? ¿Incluso para un gorrión asesino?

—La naturaleza puede ser cruel —dijo Pete.

—¡La naturaleza puede ser una película de terror! Pero el asesinato no es lo que uno espera de un gorrión. En el mundo puede encontrarse de todo, pero normalmente tienes que buscarlo. ¡Tienes que buscarlo! ¡Por ejemplo, tienes que buscarnos a nosotros! Estamos un poco escondidos pero un poco no. Se nos puede encontrar. Si buscas en los lugares evidentes, se nos puede encontrar. No hemos desaparecido, aunque quieras, estamos aquí para...

—Ya basta —cortó a su hijo, que se volvió hacia ella con una expresión distinta.

—Se supone que esta tarde habrá pastel porque hay un cumpleaños —dijo él.

—¡Eso estaría muy bien! —dijo ella, sonriendo.

—Sin velas, claro. O tenedores. Tendremos que coger el glaseado y ponérnoslo en los ojos para taparlos. ¿Has pensado alguna vez en ese momento de las velas en que el tiempo se detiene, aunque esos momentos se lleven el humo? Es como el fuego del amor que arde. ¿Alguna vez te has preguntado por qué tanta gente tiene cosas que no merece pero lo absurdas que son todas esas cosas, para empezar? ¿Crees que un deseo se puede hacer real si nunca nunca jamás se lo cuentas a nadie?

En el camino de vuelta a casa, ella y Pete no cruzaron palabra, y cada vez que miraba sus manos envejecidas, aferradas arrátricamente al volante, los pulgares familiares abajo con su aire levemente simiesco, entendía de nuevo el lugar desesperado en el que estaban los dos, aunque las desesperaciones estaban separadas, no unidas, y sus ojos sentían luego la presión aguda de las lágrimas. La última vez que su hijo había intentado hacerlo, el método fue, en las palabras del médico, morbosamente ingenioso. Podía haber tenido éxito pero otra paciente, una chica del grupo, lo había detenido en el último momento. Había habido que limpiar sangre. En una época su hijo sólo quería un dolor que lo distrajera, pero pronto quiso hacer un agujero en sí mismo y huir a través de él. La vida estaba llena de espías y un espionaje preocupante. Sin embargo, a veces los espías también huían y alguien podía tener que ir tras ellos a fin de, paradójicamente, escapar por completo, sobre los campos ondulados de un sueño viviente, hacia las madrugadoras montañas del significado que amanece.

Había una tormenta por delante y los relámpagos produjeron su rápido y resuelto zigzag entre las nubes. Ella no necesitaba una ilustración tan fuerte de que los horizontes podían estallar, llenarse de mensajes, códigos rotos, pero ahí estaba. Una nieve de primavera empezó a caer mientras los relámpagos continuaban, y Pete activó el limpiaparabrisas para que los dos pudieran mirar por los semicírculos limpios la carretera que se oscurecía ante ellos. Ella sabía que el mundo no se había creado sólo para hablar con ella y, sin embargo, como con su hijo, a veces las cosas lo hacían. Los árboles frutales habían florecido pronto, por ejemplo, y los huertos ante los que pasaban eran rosas, pero el calor temprano excluía a las abejas y por tanto habría pocos frutos. La mayor parte de las flores que colgaban caerían en esa misma tormenta.

Cuando llegaron a la casa y entraron, Pete se miró en el espejo del pasillo. Quizá necesitaba comprobar que era un ser vivo y no el fantasma que parecía.

—¿Te apetece una copa? —preguntó ella, esperando que se quedara—. Tengo un buen vodka. ¡Te puedo hacer un ruso blanco riquísimo!

—Sólo vodka —dijo de mala gana—. Solo.

Abrió el congelador y encontró el vodka, y cuando volvió a cerrarlo se quedó esperando un momento, mirando las fotos que había pegado con imanes a la nevera. De bebé, su hijo parecía más feliz que la mayoría de los bebés. A los seis años seguía sonriendo y sobrereactuando, movía los brazos y las piernas como si explotaran, enseñaba sus dientes perfectamente separados, el pelo que se rizaba en mechones dorados. A los diez, su expresión ya era vagamente melancólica y temerosa, aunque había luz en sus ojos, con sus encantadores primos junto a él. Había un adolescente rechoncho, que rodeaba a Pete con un brazo. Y en la esquina estaba otra vez el bebé, en brazos de su padre digno y apuesto, a quien su hijo no recordaba porque había muerto hacía mucho. Había que aceptar todo eso. La vida no era una alegría encima de otra. Sólo era la esperanza de menos dolor, la esperanza jugada

como una carta sobre otra esperanza, un deseo de amabilidad y misericordia que surgieran como reyes y reinas en un inesperado cambio de juego. Podías sujetar las cartas tú mismo o no: caían del mismo modo de todas formas. La ternura no entraba salvo de manera defectuosa y por azar.

—¿No quieres hielo?

—No —dijo Pete—. No, gracias.

Puso dos vasos de vodka en la mesa de la cocina y se sentaron.

—Quizá esto te ayude a dormir —dijo ella.

—No sé si hay algo que pueda hacerlo —dijo, y bebió un trago. El insomnio lo atormentaba.

—Mañana lo traeré a casa —dijo—. Necesita su hogar, su casa, su habitación. No es un peligro para nadie.

Pete bebió un poco más, sorbiendo ruidosamente. Ella veía que no quería saber nada, pero le parecía que no tenía otra elección que continuar.

—A lo mejor puedes ayudar. Te admira.

—¿Ayudar ahora? —preguntó Pete con un destello de ira. Hubo un ruido de cristal sobre la mesa.

—Podríamos pasar parte de la noche cerca de él —dijo ella.

El teléfono sonó. El Radio Shack prácticamente sólo traía malas noticias, y su sonido, especialmente por la noche, la asustaba. Reprimió un escalofrío pero aun así sus hombros se alzaron y se encorvaron. Se puso en pie.

—¿Diga? —dijo, contestó la tercera vez que sonó, el corazón le latía con fuerza. Pero la persona que había al otro lado colgó. Volvió a sentarse—. Supongo que se han equivocado —dijo, y añadió—: Igual te apetece más vodka.

—Sólo un poco. Luego tengo que irme.

Le echó un poco más. Le había dicho lo que quería decir y no quería tener que convencerlo. Esperaría a que él diera un paso adelante con las palabras adecuadas. A diferencia de algunas de

sus amigas más mezquinas, que no paraban de advertirla, creía que había una parte profundamente buena en él y siempre la esperaba con paciencia. ¿Qué otra cosa podía hacer?

El teléfono volvió a sonar.

—Probablemente es telemarketing —dijo él.

—Los odio —dijo ella—. ¿Hola? —dijo en voz más alta hacia el receptor.

Esa vez, cuando el que llamaba colgó, miró el número en el teléfono, en el rectángulo iluminado donde se veía el identificador de llamada.

Se sentó y se echó más vodka.

—Alguien está llamando desde tu apartamento —dijo.

Él se bebió el resto de su vodka. «Será mejor que me vaya», dijo, y se levantó y fue hacia la puerta. Ella lo siguió. En la puerta lo miró agarrar el pomo y girar con firmeza. Abrió la puerta, tapando el espejo.

—Buenas noches —dijo. Su expresión ya se había ido a un lugar lejano.

Ella lo abrazó para besarlo, pero él volvió la cabeza abruptamente y la boca terminó besando la oreja. Recordó que había hecho ese movimiento evasivo ocho años antes, al principio, cuando se conocieron y él estaba en situación de solapamiento romántico.

—Gracias por acompañarme —dijo.

—De nada —contestó él, luego bajó deprisa las escaleras hasta su coche, que estaba aparcado enfrente. Ella no intentó seguirlo. Cerró la puerta y echó el pestillo, mientras el teléfono volvía a sonar. Apagó todas las luces, incluidas las del porche.

Fue a la cocina. No había podido leer el identificador de llamada sin las gafas de leer, y se había inventado que era el número de Pete, aunque él lo había hecho verdad de todas formas; lo que era la magia negra de las mentiras, las buenas intuiciones y los faroles hábiles. «¿Diga?», respondió, contestando en el quinto pitido. El rectángulo de plástico donde debía aparecer el número estaba

oculto como por un telón de gasa, una página de papel cebolla sobre la cebolla. O más bien, sobre la imagen de una cebolla. Una pintura encima de otra.

—Buenas noches —dijo en voz alta. ¿Qué saldría? Una pata de mono. Una señora. Un tigre.

Pero no había absolutamente nada.

tras VN

## SUJETO A REGISTRO

Tom llegó con su maleta. Su pegatina de John Kerry no decía siquiera «Presidente», y parecía que John Kerry fuera el dueño o el diseñador de la maleta.

—Tengo que irme —dijo Tom al sentarse, raspando la silla sobre el pavimento y colocando la maleta bajo la mesa.

—¿Antes de comer? —preguntó ella.

—No. —Se miró el reloj.

—Entonces pide. Pide rápido si hace falta. O toma mi ensalada, si quieras. —Señaló la húmeda lechuga romana de su plato.

Él miró el menú, luego lo soltó.

—Ahora no puedo ni leer. ¿Hay cuscús? Pídeme el cuscús de cordero. Vuelvo enseguida. —Cogió el móvil—. Voy al baño.

Su cara tenía un gesto de preocupación bajo la piel curtida por el sol: su cuerpo era larguirucho y su zancada amplia pero brusca cuando entró. La maleta se quedó bajo la mesa, como una bomba.

Convocó al *garçon* con un gesto que era como el movimiento de la mano rápidamente retirada por temor a que el profesor te llamara. No tenía oído para los idiomas: en eso se parecía a su madre, que en su luna de miel en Francia, al ver «L'École des Garçons», había señalado: «¡No me extraña que los restaurantes sean tan buenos! ¡Todos los camareros van a la escuela de camareros!».

—*Pour mon ami, s'il vous plaît* —dijo—, *le couscous d'agneau*. —¿Estaba bien? ¿Había que pronunciar las dos eses, o sólo una, o ninguna, como en *cucú*, quizá como se llama a un niño pequeño en el parque? Cuando el cordero era una comida, ¿era una palabra distinta, como pez y pescado? Quizá había pedido una criatura que vivía y respiraba, y se la presentaban gimoteando entre caldo y lana.

El camarero asintió y no dijo: «¿Algo más para usted, señora?», sino que se dio la vuelta rápidamente y se fue. Las mesas exteriores eran al parecer todas suyas ese fin de semana. Era abril y el tiempo había cambiado hacia algo opresivamente agradable, con una brisa urbana de ajo, diésel y jacinto. Donde vivía habitualmente no había el mismo aire de aceite y cebolla repleto de posibilidades cuando caminabas por la calle. Invernales praderas purificaban el aire. Y la primavera era una cosa breve y delicada que rápidamente dominaban los tornados.

—Mira —dijo Tom, al volver, intentando aligerar el tono—. Creo que igual te has dejado tu cuaderno en el lavabo.

Le entregó un pequeño cuaderno abierto, claramente de Tom, en el que había escrito la letra de *Fever*, de Peggy Lee. Signos de exclamación y florituras decoraban todas las líneas. También había un pequeño juego de tres en raya. La parte inferior de una página decía: «Los peces pican menos / cuando del este sopla el viento» y: «¿Qué es el destino, si tienes que preguntar?». También: «Me encanta tu pelo tal como es, qué narices». Que eso le pareciera desternillante le hizo pensar: «Siempre ha sido el hombre adecuado para mí».

—Tengo que volver a Estados Unidos —dijo él. Puso los codos sobre la mesa y la cabeza en las manos. La poca gente que conocía que trabajaba de vez en cuando en el negocio de la intriga internacional, pensaba, tenía mucha energía, pero también pagaba un precio; ahora Tom parecía cansado y derrotado—. Ya sabes, todo el mundo de la inteligencia: no somos James Bond. Somos pobres y pútridos trámosos atrapados, que decidimos cosas en casa en nuestros portátiles y jugamos en un campo demasiado grande para nosotros.

—¿No hacía un discurso parecido Richard Burton en *El espía que surgió del frío*?

—Ése era el discurso.

—¿Y la parte del portátil?

—Hay que permitir un poco de improvisación. ¿Has pedido?

—*Oui, monsieur.*

—*Merci.* —Sonrió. Sabía que le gustaba que dijera cualquier cosa en francés. Su especialidad eran los idiomas, incluyendo el urdu y el árabe, aunque luego su mente se volvió hacia una pantalla azul vacía. «Y sólo cuatro horas de árabe», había añadido. «Y quizá sólo cinco de inglés: cinco horas es mucho rato para hablar.» Décadas antes había conducido coches para ganarse la vida, desde Holanda a Teherán, como traficante de droga (aunque no lo había dicho, ella lo había conjeturado). Luego fue reclutado por funcionarios estadounidenses para dar clase a los hijos de los guardias del sah.

—¿Qué les enseñabas? —preguntó ella.

—Teoría crítica —dijo, y su cara se iluminó con el deseo de divertir—. Películas y marxismo. Por supuesto, no auténtico marxismo, nada tan práctico. Nada del tipo: así es como matas a la gente y la tiras a una zanja. No, enseñábamos un marxismo muy abstracto. Muy de torre de marfil.

—Ja, ja —dijo ella.

—Les daba clases de inglés —dijo él—, y también a algunos de sus padres.

—¿Te parecía que el sah era tan malo? —había preguntado, y había recibido una larga y extraña conferencia sobre Chiang Kai-shek y la clasificación dudosa y simple de varias figuras históricas. Creía que en las fotografías de los rehenes de la embajada, el tipo apuesto, alto y rubio con los ojos vendados ante la puerta de la embajada era Tom. En la época ella era adolescente y sólo décadas después había tropezado con la foto en internet; el parecido la dejó sin respiración.

Pero él había dicho que no, había salido un mes antes. Los secretos cerrados y luego abiertos de su trabajo la fascinaban y la paralizaban, como la rana que se aclimata letalmente al agua caliente.

Pagaba todo en efectivo.

—Ahora todo el mundo parece malo —había dicho—. No sólo el sah.

Levantó la redoma de Côtes du Rhône, alzó las cejas con optimismo e irguió la cabeza. Su pelo tenía el color que adoptaban los rubios rojizos en la mediana edad: bilioso y bronce, como si le hubieran echado agua oxigenada y luego lo hubieran pintado con rayas blancas como un gato anaranjado.

—No quiero vino —dijo ella—. Lleva al queso.

Esperaba haber perdido peso a tiempo para aquel viaje pero ay.

—No debes decir una palabra si te cuento esto. —Se detuvo, la estudió, calculando.

—Por supuesto que no. —¿No parecía de fiar? ¿Por qué no parecía una persona íntegra, como ella creía ser? Quizá le faltaba elegancia: la gente confundía las dos cosas.

Tom se echó un poco de vino y bebió.

—En Londres hay informes que hablan de incidentes de tortura que afectan a tropas estadounidenses en una prisión de Bagdad. Alguien ha hecho fotografías. Es un desastre y tengo que volver. —Dio otro trago.

—¿Las tropas están bien? ¿Qué quieres decir?

—Las tropas son críos. No saben qué están haciendo. Son ovejas. —El camarero trajo el cuscús y Tom probó el cordero—. Va a estallar. Los periódicos británicos están listos para sacarlo. Será un escándalo tan grande como My Lai.

—¿My Lai? Bueno, no exageres —contestó, aunque ¿quién era ella para decir algo tan leve?

La mano de él temblaba; bebió vino.

—Lo digo en serio. Créeme: el nombre de esa cárcel será famoso en todas partes.

Y luego dijo el nombre, pero a ella le pareció absurdo, y quizás lo fuera, aunque su espantoso oído para los idiomas hacía que todas las palabras que no pertenecían al idioma inglés sonaran muy, bueno, *misébiles*, como sacadas de «Jabberwocky»: «Superrugían las memes cerduras.

Apuñaló el aire con su tenedor.

—Es la misma unidad a la que pertenecía yo cuando estaba en el ejército, hace treinta años. Y seguían órdenes de la inteligencia militar: el oxímoron más célebre. Lamento el tiempo que pasé en Teherán y El Cairo; lamento haber tenido la habilidad de asesorar.

—Necesitabas el dinero.

—Lo siento, ¡pero no hay más huecos disponibles para conferencias! —dijo, extendiendo la boca en una sonrisa que era como una estrella que emite una luz falsa y lejana desde un tiempo remoto—. ¡Todos los huecos son para los participantes que ya han hecho la prueba! —Nunca volvería a verlo sonreír como entonces. En realidad, probablemente no lo estaba viendo ahora. Miró un momento a través de ella y bajó la voz—. Les dije: hagáis lo que hagáis, no tiréis coranes por el váter. Hagáis lo que hagáis, no los hagáis estar desnudos delante de una mujer. Hagáis lo que hagáis, no los obliguéis a participar en ningún juego sexual. No hagáis pantomimas con felaciones, una idea que probablemente es un buen consejo para todo el mundo. No cojáis un rotulador Sharpie y escribáis «Hijos de Akbar» en su frente, ni les pongáis ropa interior femenina en la cabeza. Hagáis lo que hagáis, no intentéis recrear vuestro recuerdo de ver a Pilobolus\* en el centro cívico a los ocho años. Los desmoralizará y los degradará.

Pensó que veía qué le estaba diciendo. «No hagas» era la versión en clave de «haz». A veces los médicos empleaban esa estrategia con los enfermos terminales que querían morir: «Hagas lo que hagas, no te tomes todo lo que te he recetado de golpe con un vaso de agua».

—¿De dónde han sacado esas ideas entonces? ¿De internet? —¿Acaso él creía que esas prohibiciones no estaban articuladas de ese modo para cubrirse? Cuando huías de una sala de ambigüedad moral, era bueno tener una silla agradable y mullida esperándote en la siguiente. Pero después te convertías en tu versión fantasma, inquieto en una casa que no sabías que estaba encantada hasta este punto, y encantada por ti.

—¡Internet! —dijo Tom, resoplando—. Internet sólo refleja lo que ya está en la mente humana. Quizá un poco menos. La crueldad llega de forma natural. Le llega naturalmente a todo el mundo. Pero si uno está confuso, y hace calor, se desorienta todavía más. El deseo de romper algo para dominarlo. ¿De dónde viene esa idea? ¿Qué pasó con la simple inteligencia? En cambio, tenemos interrogatorios con presos desnudos y bolsas de arena metidas en pimienta.

—Pero tú... eres IM.

—¿MI?

Cambió de posición en la silla. No se acordaba de si había pedido pan con la ensalada. «Todo el planeta se basa en estar en el lugar adecuado en el momento adecuado», dijo, también perdida.

—¡No! ¡No! —gritó él, viendo cómo sus ojos se estrechaban hasta quedarse hechos una ranura—. Tenían que reducir la intensidad del conflicto, no convertirlo en Guantánamo.

—Sólo eres un asesor. No eres responsable —dijo ella, insegura.

Un amigo íntimo de la infancia de Tom, lo sabía, iba en el avión de Mohamed Atta. Sentado en primera clase, con los terroristas. «Dios mío, qué horror», había dicho ella cuando se lo contó en una cafetería en Estados Unidos.

«Sí —respondió él, abatido—, uno no cuenta con que pasen cosas así. Salvo en clase turista.»

Ahora, de nuevo, tampoco sabía cómo consolarle.

—Hablas como si fueras la misma Muerte.

—Quizá lo sea, pequeña. Vamos a dar un paseo y a ver si vuelves. —Empezó a frotarse las sienes—. Lo siento. No sé qué me pasa, pero tengo una buena idea para curarme —añadió, sonriendo un poco, como si le diera miedo ponerla nerviosa. Convertió la mano en una pistola y la puso sobre la sien, imitó un gatillo con el pulgar.

—A lo mejor eso sólo te hiere —dijo.

—¿Y esto? —dijo, y apuntó con el dedo en la boca. Veía el amarillo cremoso de sus dientes, sus molares con ojos de mercurio.

—Es una manera extrema de librarse del dolor de cabeza, y aun así quizá no funcione.

—Ya lo tengo —dijo, y con las dos manos puso cada dedo del gatillo a un lado de la cabeza—. ¿Eso servirá?

Risa en la noche de media tarde. Los lirios del jarrón sobre la mesa de plexiglás ya habían pasado a mejor vida.

—Los veterinarios lo tienen claro —dijo ella—. Es mucho más humanitario que la medicina humana. Especialmente al final. Tienen la inyección correcta. Nada de malos sueños con la morfina.

—Por eso estoy preparando mi traje de Perrito —respondió él.

—Jo, jo.

—Si tienes impulsos suicidas —dijo él lentamente—, y en realidad no te matas, cogen fama de «contradictorio».

Tenía dolores de cabeza que podían debilitarlo, pero siempre se escondía en su apartamento cuando los sufría, así que ella nunca había podido ver lo incapacitantes que eran. Dos años más tarde, cuando le implantaron un chip en la cabeza —una cura para la migraña, experimental, de última generación, pero ¿quién podía evitar pensar en *El mensajero del miedo*?—, iba a visitarlo, le llevaba el almuerzo, le oía bromear sobre su cabeza afeitada y el marcapasos que le habían implantado en el pecho. Alguien estaba haciendo experimentos con él, pero no decía exactamente quién. Era susceptible a líderes con encanto y actividades grupales pese a sus observaciones sobre las ovejas. También era simultáneamente estoico al respecto. Todavía más tarde, cuando le quitaron el chip, chapuceramente, y los temblores que lo habían asaltado en el café se apoderaron de él por completo, dejándolo frágil, inestable, apoyado en un bastón, rellenando impresos de jubilación —«al parecer yo estaba en el grupo de control y el grupo de control no experimenta el experimento»—, iba a verlo a una de las cabañas de veteranos en la residencia junto al lago al norte del estado. Pero la mujer de la recepción siempre decía: «Hoy no quiere ver a nadie». Guardias de uniforme registraban su coche en la puerta de seguridad y una vez, al volver, encontró uno de los teléfonos móviles

de los guardias en su coche. Cuando se lo permitían, recorría el terreno y buscaba su cabaña: tenía una propia, como oficial de alto rango, de modo que probablemente su sueldo también era bueno. Aun así no había respuesta, aunque había contestado por correo electrónico que sí, le gustaría verla. No respondió las cuatro veces que fue a verlo ni las nueve veces que llamó a la puerta en cada ocasión.

—Por cierto —añadió ahora—, encárgate de que no tenga uno de esos funerales ostentosamente verdes, donde ponen el cuerpo sin preservar a la vista, encima de un enorme montón de hielo en el jardín abrasadoramente soleado de alguien. Quiero una iglesia. ¿Algo más? Habré elegido mi música.

—Vale.

—Conecta mi iPod a unos altavoces delante de la capilla.

—¿En posición de Genius? —«Un elogio, sin reservas», pensó. Eran muy escasos en la vida y menos aún creídos.

Reconoció con un gesto de asentimiento, respetando su esfuerzo.

—Oh —dijo—. Shuffle estará bien.

Su propio iPod le produciría vergüenza. *Forbidden Broadway*, Sting, *Francés para dummies*.

Miró las mesas con bordes de metal de la cafetería y las sillas enceradas de mimbre. Volvió a mirar a Tom. Se encontraba en un estado de dolor y preocupación en el que nunca lo había visto. En la ciudad que habían compartido, a lo largo de los años, primero cuando él estaba casado, después cuando ella estaba casada, se habían buscado en habitaciones, se habían acechado el uno al otro en fiestas, durante años, tensos y electrizados: cada uno buscaba al otro a hurtadillas y luego se quedaba cerca, con las copas de vino en la mano, cautivado por su charla intrascendente y acometida con entusiasmo. Ella estudiaba el aire superficialmente soñoliento que asumía su rostro, sobre su figura todavía corpulenta, con los párpados bajos y la boca ondulada: detrás de todo eso emanaba una concentración de láser sobre ella. Cuanto más real era un

secreto hermoso, menos hablabas de él. Pero, a medida que el secreto desaparecía, en cuanto amenazaba con irse por su propia voluntad, el secreto se volvía frenético e indiscreto, como una forma de aferrarse a esa vida que se desvanecía.

Ahora habían tenido suerte y ninguno de los dos estaba ya casado, aunque era improbable que cualquier cosa que sucediera por fin, y que entrañase tal miserable conmoción, fuera realmente afortunada. Habían concertado su encuentro en la lejana Francia, y ninguno de los dos conocía su significado, porque su significado no se había establecido en voz alta. «¿Esto es una cita, o contratistas independientes implicados en una conspiración semiorganizada?», había preguntado él la noche anterior, y luego les cayó encima una lluvia de primavera, que dio un aspecto brillante al hormigón y les mojó las gafas —se las quitaron—, y ella lo besó.

Ahora, un coche con chófer se detuvo en la acera.

—¡Dios! —dijo él—. El coche ha venido muy deprisa.

—Sigue comiendo. Eso es lo primero. Come lo que puedas. El coche puede esperar.

Veía que no tenía hambre pero lo alimentó a la fuerza, empujando la comida como si fuera un trabajo. Pequeños mordiscos del cordero.

—En realidad las personas son ovejas —dijo, masticando—. Estúpidas como ovejas. En las ovejas, por lo menos una de ellas es siempre lista, y las demás apagan sus cerebros y la siguen. «¿Dónde va *Maurie*?», se preguntan. «¡Donde vaya *Maurie* vamos nosotras!» El rebaño es el organismo.

—Como en el ejército —dijo ella.

Tragó con cierta dificultad y al principio no dijo nada.

—Sí. A veces. Civiles y militares nunca han funcionado como una unidad. —Sacó una hoja de laurel del cuscús—. Las hojas de laurel son una mierda —dijo, y la dejó en el plato—. ¿Qué harás el resto del tiempo que pases por aquí? —preguntó mientras reunía lo que quedaba de comida con su tenedor, montándola en pequeñas pilas, con riachuelos y valles.

—Algo encontraré —dijo—. Pero no será lo mismo sin ti.

Dejó el tenedor en la mesa y la cogió de la mano, lo que le puso un nudo en el pecho.

—Recuérdalo: nunca bebas sola —dijo.

—No lo hago —dijo ella—. Normalmente bebo con MacNeil-Lehrer. —Suponía que la llamaría cuando llegase a D. C.

Él retiró la mano, jugó con su cartera, tiró dinero encima de la mesa y cogió su maleta.

Se levantaron juntos y caminaron hasta el coche. El conductor, con una gorra azul, salió y le abrió la puerta. Tom dejó la maleta en el maletero y se volvió hacia ella, a punto de decir algo, luego cambió de idea y entró en el vehículo. Cuando la puerta se cerró, bajó la ventanilla.

—No sé cómo decirlo —dijo—, pero, bueno, piensa en mí.

—¿Cómo podría no hacerlo? —dijo ella.

—Eso es algo que no pregunto, *ma chère*. —Ella bajó la cabeza y él puso los labios en su mejilla un instante muy largo.

—Ojalá que nuestros caminos se crucen pronto —dijo ella, dando un paso atrás. Y luego, como si fuera sorda, hizo un pequeño gesto de una cruz con los dedos índices de cada mano, pero salió como una señal para mantener a distancia a un hombre lobo. Inepta incluso en el lenguaje de signos. Un desliz freudiano de los mudos. Cuando el coche empezó a alejarse, gritó: «¡Buen vuelo!». La cabeza de él giró y se volvió hacia ella una vez más.

—Eh, tengo todos mis líquidos en la bolsa que no pasa el control —dijo, no sin una insinuación.

Ella se llevó rápidamente la mano a la boca para tirar un beso, pero el coche giró a la derecha deprisa por la rue du Bac. Un beso tirado en todos los sentidos. Pero podía verlo levantando la mano izquierda rápidamente ante la ventana, como un golpe de kárate que era también un saludo, mientras el coche se fundía y desaparecía en el tráfico que se abría como un abanico.

Años antes, en una fiesta de Navidad de un amigo común, mientras sus dos esposos fumaban en el gélido porche, se había descubierto a su lado, en la cocina, sacudiendo las botellas de vino abiertas para ver cuál podría no estar vacía. El día anterior, junto a una foto de premiados perros de jengibre expuestos en el centro comercial, él le había enviado un correo electrónico: «Me tomé tres Adderall y te he hecho esto». En la habitación contigua Bob Dylan cantaba *Gotta Serve Somebody*.

—¿Qué es lo que más lamentas de tu vida? —le preguntó, cerca de ella. Había unas doce botellas vacías, y los dos las pusieron metódicamente todas al revés, y las sacaron a la luz, a veces mirando desde abajo—. Aquí no quedan más que soldados muertos —murmuró—. Me gustaría ser optimista y decir que están medio llenas y no medio vacías, pero están totalmente vacías.

—A menos que tengas una vida de gran importancia —dijo—, los remordimientos son estúpidos, billetes arrugados de un circo que ya se ha marchado de la ciudad.

Su cara se iluminó con diversión y bebida.

—Entonces, ¿qué le pasa a la ciudad? —preguntó.

Ella lo pensó.

—Oh, hay muchos cambios de clima —respondió, lentamente—. Nieva. Truena. Sale el sol. La gente va a la iglesia y se sienta y a veces ve a payasos fugitivos que ocupan el banco de atrás, con los guantes todavía puestos.

—¿Payasos fugitivos? —pregunta.

—Fugitivos —dijo—. Más o menos.

—¿Surgidos del frío? —preguntó él.

—Venid a sentaros juntos.

Él asintió con satisfacción.

—¿El pasado es para los perdedores, nena?

—Algo así. —No sabía si estaba de acuerdo, pero entendía la fuerza de esa idea.

La postura de Tom se hizo más desenvuelta. Se acercó a ella, contra el borde de la bancada de la cocina.

—¿Alguna vez te parece que nadie sabe de qué estás hablando, que todo el mundo se limita a fingir, salvo yo?

Ella lo estudió cuidadosamente.

—Sí —dijo—. Sí.

—Ah —contestó él, reforzando su postura. Le cogió la mano: la electricidad corrió por ella y desapareció cuando la soltó—. A todos nos gustan los finales felices.

## GRACIAS POR LA COMPAÑÍA

El día siguiente a la muerte de Michael Jackson, yo estaba construyéndole mi propio monumento conmemorativo. Puse sus vídeos en YouTube y me senté en la cocina por la noche, con la luz del iPod en el centro de la mesa como única fuente de iluminación. Escuché *Man in the Mirror* y *Ben*, mi preferida, aunque trate de una rata asesina. Intenté no pensar en que trataba de una rata, porque también era el nombre de un antiguo novio, que me había mandado un correo electrónico desde Estambul al enterarse de la muerte de Jackson. Al parecer, en Turquía no había nadie con quien hablar de eso. «Cuando he oído la noticia de la muerte de MJackson he pensado en ti —había escrito el exnovio— y en el baile precioso y ágil que hacías cuando sonaba una de sus canciones movidas.»

Intenté pensar de forma positiva. «Bueno, al menos no se ha muerto Whitney Houston», le dije a alguien por teléfono. Cada minuto que pasaba en la vida contenía muy poca información, hasta que de pronto contenía demasiada.

—Mamá, ¿qué estás haciendo? —preguntó mi hija de quince años, Nickie—. Pareces una señora loca sentada en la cocina así.

—Estoy escuchando música.

—Pero ¿así?

—No quería molestarte.

—Pues no puedes imaginar lo que me estás molestando —dijo ella.

Últimamente Nickie había anunciado su deseo de tener su propio *reality show* para que el mundo pudiera ver lo que tenía que aguantar.

Me quité los auriculares.

—¿Qué vas a llevar mañana?

—Cualquier cosa. O sea: ¿importa?

—Eh, no. La verdad es que no.

Nickie salió de la habitación. Por supuesto, no importaba qué llevaban los jóvenes. Ya tenían un aspecto asombroso, sin saberlo realmente, lo que también formaba parte de su belleza. Yo sería la acompañante de Nickie en la boda de María, su antigua canguro, y Nickie iba a ser la mía. La persona que debía tener cuidado con lo que llevaba era yo.

Era una boda en el campo, a una hora de coche, y llegamos a tiempo, pero por algún motivo parecíamos las últimas. Los invitados se arremolinaban semirresueltamente. María, una atractiva e inquieta brasileña, se casaba con un granjero local, por segunda vez: un segundo granjero en una segunda granja. El otro granjero con quien se había casado, Ian, también estaba presente. Lo habían contratado para tocar música y, mientras los invitados pululaban con sus vasos de plástico llenos de vino, Ian se sentó y tocó una versión lenta y melancólica de *I Want You Back*. Sólo que no parecía querer recuperarla. Sonreía y asentía a todo el mundo y parecía feliz con esa despedida. Era el encargado del entretenimiento. Llevaba una camiseta con un letrero que decía GRACIAS POR LA COMPAÑÍA. Eso parecía notablemente optimista y útil y un poco hermoso. Me pregunté cómo se hacía. Yo misma no había hecho nunca nada parecido ni de lejos. «El matrimonio es una larga conversación», escribió Robert Louis Stevenson. Por supuesto, murió cuando tenía cuarenta y cuatro años y por tanto no tenía ni idea de lo larga que podía ser la conversación.

—No puedo creer que te hayas puesto eso —me susurró Nickie, que llevaba un vestido malva con agujeritos.

—Lo sé. Seguramente ha sido un error. —Yo llevaba un vestido sintético ceñido con estampado de leopardo: admiraba el camuflaje. Imaginaba que las manchas de un leopardo existían porque el hábitat del leopardo estaba lleno de serpientes, y era necesario

mezclarse. Los leopardos tenían miedo de las serpientes y de los chimpancés, que a su vez temían a los leopardos: un empate de predadores y presas, puesto que había una confusión con respecto a cuál era cuál: esto también era un tema en las tierras salvajes de mi armario. Quizá había visto demasiados documentales de naturaleza.

—A lo mejor puedes ponerle un poco de limonada a Ian —le dije a Nickie. Yo ya había agarrado una copa de vino de una bandeja negra de plástico que pasaba.

—Sí, a lo mejor —dijo, y trazó un círculo hasta llegar al otro lado del jardín. Observé su espalda alta y morena y su paso confiado. Era una giganta preciosa. Me maravillaba tener una hija así. También me aterraba: era como temer por la vida.

—Está bien que tú y Maria os llevéis bien —le dije a Ian. El padre de Ian, que tenía uno de esos embarazosos enamoramientos de suegro por la mujer que abandona a su hijo, no se lo estaba tomando tan bien. Se le veía con ojos nublosos, caminando por el borde de la propiedad con un poco de ginebra helada, vigilando a Maria, esperando a que saliera de casa, esperando una oportunidad en la que ella estuviera lejos de los demás para correr y abrazarla.

—Sí. —Ian sonrió. Ian suspiró. Y durante un momento pasajero todo pareció absolutamente hecho mierda.

Y luego todo volvió a arreglarse. Parecía espiritualmente importante ir a bodas: compensar los velatorios y los funerales. La gente no debía estar en el planeta sólo para llorar pérdidas. Yo había visto a una madre de familia convertirse en un rododendro con una placa, junto al aparcamiento del campo de fútbol, como si la hubiera matado ver tantos partidos. Había visto a un escritor joven y brillante que se transformó en un premio de escritura, como si tanto escribir hubiera acabado con él. Y había visto a un abogado de oficio convertirse en un fondo de asistencia legal, como si pagaras por la justicia con la vida. Había visto que una docena de personas se transformaban en trozos de roca, con los nombres inscritos de forma tan estremecedora sobre la superficie que parecía que se

hubieran convertido en piedra, después de recibir una vida nueva como la luna la recibe, a través de algunos trucos de iluminación y una fuente con aspecto de cara. Había pasado cien tarjetas de Rolodex a sus caras en blanco. Por tanto, qué más daba que una canguro volviera a ser una novia. Que se casara una y otra vez. Tanto amor urgente y vivo retumbaba bajo tierra y moría allí, sin haberse llegado a expresar nunca, de modo que se podía permitir que una intempestiva atracción errante se saliera con la suya. Había muy poco tiempo.

Alguien muy pijo, alto y con tacones manchados de barro sobre el césped estaba de pie ante Ian, con un micrófono en la mano, mientras cantaba *Aguas de Março* e Ian acompañaba. Mi mente imitó la canción sin rumbo: un palo. Una piedra. Un pedazo de pastel de vaca. El ojo de una madre que llora.

—Hay un brasillón de brasileños —dijo Nickie, que llegó con dos limonadas.

—¿Qué esperabas? —Cogí una de las limonadas para dársela a Ian y la rodeé con el brazo.

—No sé. Sólo conocía a su hermana. La vi una vez. Lo bueno es que al menos soy la única que lleva un solo color.

Miramos el largo jardín de la granja. La hermana y la madre de Maria estaban junto a los rosales, les hacían las fotos sin la novia.

—Maria y su hermana se parecen a su madre. —Había visto a su madre una vez, y asentí en su dirección al otro lado del jardín. No sabía si podía verme.

Nadie asintió y sonrió con un poco de suficiencia.

—Su padre murió en un accidente de tráfico. Así que sí, no se parecen a él.

Le apreté el brazo.

—Nickie. Chsst.

Se quedó callada un rato.

—¿Piensas en papá alguna vez?

—¿Qué papá?

—Vamos.

—¿Quieres decir, pap-iiiiii?

El fin de semana en que su padre se marchó —en que dejó la casa, la ciudad, el país, todo, con tan poco equipaje que yo pensé que regresaría— había dicho: «Puedes criar a Nickie sola. Lo harás bien».

Y yo respondí: «¿Has tomado crack o qué?». Y él contestó, mientras seguía plegando una chaqueta de sarga azul: «Sí, un poco».

—Papito. Como en *malito* —dijo Nickie.

A veces les aseguraba a sus amigos que su padre había muerto, y cuando le preguntaban cómo, miraba con aire dolido a lo lejos y decía: «Una partida muy seria del juego del ahorcado». Las madres y sus hijos únicos del divorcio eran una dinámica familiar torcida, si es que eran familias. Acaso fueran más como esas cutres películas de colegas, y el diálogo que tenían no se podía reconocer como filial o parental. Era extraterrestre. Con una hilera de paseadores de perros que se encontraban en el parque. Contenía más cháchara fraternal de la necesaria. Con todo, lo prefería a ser una solterona solitaria, un destino al que en otra época me había considerado condenada genéticamente, aunque había trabajado duro, muy duro, para desafiarlo y evitarlo, cuando quizá estuviera ahí delante de mí a pesar de todo. Si estabas solo al nacer y solo al morir, absolutamente solo al morir, ¿por qué «aprender a estar solo» en medio? Si lo habías olvidado, volvería a ti rápidamente. Estar solo era como ir en bicicleta. A punta de pistola. Con la pistola en tu propia mano. Estar solo era el aire en tus llantas, el viento en el pelo. No hacía falta buscarnos con los brazos abiertos. Con los brazos abiertos, te caías de la bicicleta: estaba bebiendo el vino demasiado deprisa.

Maria salió de la casa con su hermoso vestido de novia que le dejaba los hombros desnudos y que era tan blanco como era posible.

—El vestido es fantástico —dijo Nickie maliciosamente.

Nickie era una observadora aguda y una participante entusiasta en el departamento de disfraces, y cuando era pequeña había habido muchos juegos de boda, falsos ramos de novia hechos a partir de viejas esponjas con agarradera de plástico que se lanzaban al aire y a menudo a la canasta del garaje, donde se quedaban. También le gustaba Halloween. Hacía truco o trato para UNICEF ataviada con ropa de francotirador o de terrorista suicida, con chaleco incluido. Una vez, a los ocho años, se vistió de dríade, una ninfa de los árboles, y cuando en las puertas le preguntaban qué era, decía: «Una pinza de los árboles». Se mostraba altiva en el truco o trato, alerta al fallido juego de adivinanzas de los adultos —«¿Qué eres?, ¿un vampiro?»—, así que cuando los vecinos parecían confusos, ella fruncía el ceño y decía con un reproche: «¿Nunca has estudiado mitología griega?». Nickie sabía dar miedo. A veces le había interesado más contestar en nuestra puerta que llamar a otras, y miraba por el hueco con un sombrero de bruja y una ruidosa risotada. «Creo que es hora de volver con los clientes», me anunció un Halloween a los cinco años, cogiéndome de la mano y llevándome de regreso a nuestra casa. Carecía de miedo: siempre había elegido la mesa de los alérgicos al cacahuete en el colegio porque un chico que le gustaba se sentaba allí: la versión de cafetería de *La montaña mágica*. Como todos los sueños, la niñez de Nickie se afilaba artificialmente en viñetas perdidas cuando intentaba convocarla, luego desaparecía por completo. Ahora, alta, de largas extremidades e inescrutable, se parecía más que nunca a un francotirador. Me notaba paralizada a su lado y el amor que sentía por ella se dirigía menos a esa irritable Nickie que a la antigua irritable Nickie, que seguía en algún sitio en su interior, aunque era una cuestión de fe pensar eso. Sin duda, para eso se había inventado la fe: para criar a los adolescentes sin morir. Aunque por supuesto también era la razón por la que se había inventado la muerte: para escapar a los adolescentes por completo. Cuando, en los últimos meses, Nickie me había «plantado cara» en varias habitaciones de la casa, gritándome de forma insultante,

empezaba a desnudarme en silencio, me quitaba lentamente la camisa por encima de la cabeza para verla y sólo eso la mandaba asqueada a su cuarto. La desnudez era lo único que la callaba, pero al menos había algo capaz de hacerlo.

—No me puedo creer que Maria vaya de blanco —dijo Nickie.  
Me encogí de hombros.

—¿De qué color debería ir?

—¡Gris! —dijo Nickie inmediatamente—. ¡Para reconocer que tiene un cerebro! ¡Un poco de materia gris!

—Hace poco vi una cosa de la PBS donde decían que solamente la corteza del cerebro (y es verdad que parece corteza) es blanca. Por lo visto, la otra mitad del cerebro tiene mucha materia blanca. Para la conectividad.

Nickie resopló, como hacía a menudo cuando yo pronunciaba la sigla *PBS*.

—Entonces debería ir de gris, para reconocer que tiene medio cerebro.

Asentí.

—Entiendo lo que dices —dije.

Los invitados comían canapés en platos de papel y se hacían fotos con la novia. No tanto con el nuevo novio de Maria, un chico llamado Hank, que no era el diminutivo de Henry sino de Johannes, y que no llevaba gafas de sol como todo el mundo sino que entornaba los ojos hacia Maria, con orgullo e incredulidad. Hank también era músico, aunque sobre todo reparaba banjos y guitarras, les cambiaba las cuerdas y los barnizaba, y así era como él, Maria e Ian se habían conocido.

El aire se llenó del olor a viejas joyas de oro y plata de la lluvia cercana. Fui hacia Ian, que buscaba la siguiente canción, rasgueando ociosamente e intentando no ver cómo su padre miraba a Maria.

—¿Qué tienes? ¿*I'll Be There*? —pregunté a Ian. Siempre me había caído bien. Eligió a Maria como un personaje, la conoció en un semestre que pasó en el extranjero y volvió casado con ella, para

asombro de su padre. Ian amaba a María y siempre le fue leal, no importaba en qué historia se hubiera metido, pero María era una chica narrativa y su historia debía ser cautivadora o perdía interés en el personaje principal, que a veces era ella y a veces no. Estaba destinada a casarse, casarse y casarse. Ian sonrió y empezó a cantar *I Will Always Love You*, y sonaba extrañamente similar a Bob Dylan, pero sin el desdén.

Me mecí. Me quedé. No me metí en su camino.

—Eres un santo —dijo cuando terminó. Era un chico encantador, y cuando Nickie era pequeña venía a menudo a casa y jugaba al fútbol en el jardín con ella y con María.

—Oh, no, sólo soy un rey del maíz depuesto. Ella compró la granja. Quiero decir, se la vendí, y luego la puso patas arriba y compró ésta. —Señaló el campo infinito más allá de la carpa, donde el maíz era enano y se levantaba sobre el barro, porque en junio no hacía suficiente calor como para que se evaporasen los charcos. Los tomates y la marihuana no tendrían un buen año—. Anoche soñé que estaba en *West Side Story* y había olvidado toda la letra hasta «Me gusta estar en América». No hace falta ser un genio para entenderlo.

—No —dijo—. Supongo que no.

—Joder, ¿qué hace mi padre? —dijo Ian, mirando hacia abajo y a lo lejos.

El padre de Ian seguía recorriendo el perímetro, un poco borracho, sin apartar los ojos de la novia.

—La vieja generación —dijo, negando con la cabeza, como si no me incluyera—. No pueden aceptar ningún cambio. Ya han acumulado demasiada nostalgia. No pueden aceptar nada más.

—Ay —dijo Ian, levantando la mirada y dirigiéndola hacia allí—. Ojalá mi padre lo superara.

Tragué más vino mientras sostenía la limonada de Ian. En el manzano había tres ardillas. Un trío de ardillas parecía algo siniestro, como una plaga.

—¿Qué otras canciones tienes? —pregunté.

Nickie estaba hablando con Johannes Hank.

—Tengo que dejar alguna para la ceremonia.

—¿Va a haber una ceremonia de verdad?

—Más o menos. Igual no de verdad de verdad. Tienen cosas que se quieren recitar el uno al otro.

—Ah, sí, eso —dijo.

—Van a caminar juntos bajo este dosel hacia la casa, dirán lo que sea y luego darán de comer a la gente. —Todo el mundo había llevado comida y se extendió en una larga mesa entre la casa y el establo. Yo había comprado dos pollos para asar, los había cocinado accidentalmente con el horno en modo de «Limpieza» mientras escuchaba a Michael Jackson en mi iPod. Pero los pollos tenían buena pinta, pensaba: la carne se había despegado un poco del hueso, pero por lo demás estaban estupendos, aunque no tan bien como al principio, cuando habían empezado, eran amish, congelados y valían una fortuna. Cuando los compré el día anterior en Whole Foods y abrí la boca al ver el total de mi cuenta, la cajera dijo: «Sí. Hay gente que sabe comprar aquí y gente que no».

«Treinta y tres treinta y tres. A lo mejor da buena suerte.»

«Sí. Toda la buena suerte que pueden dar dos pájaros muertos», respondió la cajera.

—¿Hay un sacerdote o algo? ¿La boda será legal? —pregunté a Ian.

Ian sonrió y se encogió de hombros.

—Dirán «Sí, quiero» después de que el otro diga «Sí, quiero». Doble indemnización.

Dejé su limonada sobre una mesa cercana y le di una suave palmada en la espalda. Los dos miramos hacia el otro lado del jardín y vimos a Hank, con una corbata hecha de pequeñas cuentas amarillas unidas que acababan formado una mazorca de maíz. Era ingenioso y cutre, como tantas cosas que creaba la gente.

—Eso son muchos «quiero».

—Sí. Pero no voy directo a los chistes.

—¿Los chistes?

—El del novio, el de la novia. No voy a contar ninguno.

—¿Por qué ibas a contar chistes? Ni que fueras el padrino.

Ian bajó la mirada y torció un poco la boca.

—Dios mío. ¿*Eres* el padrino? —pregunté. Entorné los ojos para mirarlo. De niña había practicado el parpadeo inverso de los pájaros.

—No preguntes —dijo.

—Eh, mira. —Le pasé el brazo por el hombro—. George Harrison lo hizo. Y nadie lo pensó dos veces. Bueno, nadie lo pensó más de dos veces.

Nickie se me acercó rápidamente desde el otro lado del césped.

—Mamá. Tus pollos son asquerosos. Es como si los hubiera atropellado un camión.

Los protagonistas habían empezado a ponerse en fila, salvo Ian, que debía tocar. Iban a acabar la ceremonia deprisa, antes de que las nubes de tormenta del oeste llegaran y estropearan las cosas. Las damas de honor fueron las primeras, una breve trayectoria desde la pérgola hacia los rosales, donde se dirían los «quiero». Ian tocó *Here Comes the Bride*. Las damas de honor llevaban ropa de colores pastel: una del color de melocotón claro de la aspirina infantil; otra del verde de la espuma de mar del clonazepam en dosis pequeñas; otra del narciso pálido de la siguiente dosis más baja de clonazepam. Qué buena idea tener la imagen de las Grandes Compañías Farmacéuticas en tu boda. ¿Cómo no se me había ocurrido? ¿Cómo no se me había ocurrido hasta entonces?

«Te tomo, querida María...» Pronunciaban esas promesas exactamente como Ian había dicho que harían. Hank dijo: «Sí, quiero», y María dijo: «Sí, quiero». Luego al revés. Al menos María se había quitado sus gafas de sol. «Jóvenes», intenté no decir con un suspiro. El tiempo pasó despacio, luego se quedó quieto, a continuación se volvió indetectable, así que ¿quién sabía cuánto estaba durando todo eso?

Un sonido que parecía un trueno mecanizado llegaba desde la autopista. Extrañamente, no era una tormenta. Un grupo de motoristas apareció estruendosamente en la carretera y, en vez de pasar rugiendo a nuestro lado, aminoró la marcha, giró hacia la derecha en la entrada, una docena, todos con Harleys. Yo no sabía de motos, pero sabía que cada motero que había entre Platteville y Manitowoc poseía una Harley. Era un dato regional. Apagaron los motores. Ninguno de los motoristas llevaba casco —llevaban pañuelos— salvo el líder, que tenía un casco de fútbol americano con unas orejas de Perrito de felpa, cortadas al juguete relleno de un niño y luego pegadas a los lados. Sacó una pistola y disparó tres veces al aire.

Algunos invitados gritaron. Yo no podía emitir ningún sonido.

El motero del arma y las orejas de perro empezó a gritar. «Tengo licencia de armas de fuego y eso que he disparado eran salvias y esto es defensa propia porque nuestro grupo tiene una servidumbre de paso que se extiende hasta aquí. ¿Algo más? De niños sufrimos abusos y de adultos hemos comido un montón de Twinkies. ¿Algo más? En realidad somos gente pacífica. Sólo sabemos que la vida puede tener cambios de canal muy sorprendentes. Que hay un recurso retórico con el río y con el mar igual que con la tele. Y ésa es la razón por la que la vida pasa groseramente a tu lado, hay que dejarle espacio. Lo entendemos. Una ocasión como ésta significa No Más Desvíos en la Carretera. Todos tus errores están detrás de ti, y eso significa que ya no es posible cometer uno. Ya lo habéis hecho. Necesito hablar primero con la novia.» Miró alrededor, pero no se movió nadie. Se aclaró un poco la garganta. «Los errores que una persona ya ha cometido pueden dar un paso al frente y anunciararse y luego congelarse en una escultura encantadora y pequeña que ya no te hace daño. Como un cementerio. Y como un cementerio es el tipo de libertad que es lo opuesto a ser libre.» Miró desconcertado a María al otro lado de la propiedad. «Es la parpadeante zona cuántica de la espada y la nada, entre tener y no tener.» Cambió de posición

incómodo, como si el sintagma «parpadeante zona cuántica» le hubiera costado mucho. «Como he dicho, ahora tengo que hablar con la novia. ¿Eres tú?»

Maria le gritó en portugués. Sus damas de honor la imitaron.

—¿Qué dicen? —murmuré a Nickie.

—Se me ha olvidado todo el portugués —dijo—. De toda mi infancia sólo recuerdo a Maria diciendo «bien hecho» a todo lo que hacía, así que ahora me parece portugués.

—Sí —murmuré—. A mí también.

—¡Bien hecho! —le gritó beligerante Nickie al motero—. ¡Bien hecho lo de portarte como un gilipollas e interrumpir una boda!

—Nickie, deja esto a los adultos —susurré.

Pero los invitados se quedaron quietos, paralizados, salvo Ian, quien, aparentemente muy lejos en el horizonte, se levantó despacio y dejó la guitarra en el suelo. Luego cogió su silla blanca plegable con las dos manos y la levantó por encima de la cabeza.

—¿Eres Caitlin? —El motero con orejas de perro siguió dirigiéndose a Maria, y ella continuó jurando, moviendo sus ramitos de menta y spiraea hacia él. «*Ir embora, babaca!*» Le hizo una peineta y, cuando Hank intentó tranquilizarla, se la hizo a Hank. «*Foda-se!*»

El motorista miró a su alrededor con una expresión que sugería que pensaba que quizá se había equivocado de boda campestre. Sacó el teléfono, se quitó el casco, llamó a alguien con el sistema de marcación rápida y luego se volvió para hablar. «¡Eh! Joe, creo que no me diste la dirección correcta..., sí..., no, no lo entiendes. Esto no es la casa de Caitlin... ¿Qué? ¡No, escucha! Lo que te digo es: ¡mala dirección! Esto no es. Aquí gente no hablar inglés...» Colgó con fuerza. Se volvió a poner el casco. Pero Ian trotaba lentamente hacia él con la silla sobre la cabeza, mientras lanzaba el poderoso grito de cualquiera que intente ser el héroe en la boda de su exmujer.

—Lo siento, chicos —dijo el motorista. Dirigió a Ian, que se acercaba, una mirada impertérrita. Movió hacia él una de sus orejas de perro y corrió a subirse a la moto. «¡Dirección equivocada, todo el mundo!» Luego toda esa banda demasiado colocada como para resultar amenazadora encendió los motores y se alejó en un bramido, levantando polvo en la gravilla del camino de entrada. Fue un alivio ver que se iban. Ian siguió corriendo por la carretera tras ellos, aullando, con la silla en la mano, aunque las motos desaparecieron de nuestra vista rápidamente.

—¿Seguimos a Ian? —preguntó Nickie. Cerca, alguien llamaba a la policía.

—Deja que se desahogue —dije.

—Sí —dijo ella, y fue directamente hacia María.

—¡Bien hecho! —oí que Nickie le decía a María—. ¡Bien hecho lo de casarte! —Y luego Nickie abrió los brazos hacia su antigua cuidadora y, encorvada y palpitante, empezó a llorar sobre su hombro. Yo no soportaba verlo. Había un gran zigzag negro en mi corazón. Oía que María decía: «Gracias por venir, Nickie. Tú y tu madre sois mis heroínas».

Ian no había vuelto y nadie había ido a buscarnos. Un discjockey contratado empezó a poner algo de música que salía por los altavoces. Cada día había algo nuevo que llorar y algo viejo que celebrar: la civilización lo había aprendido mucho y nos lo seguía recordando. ¿Era eso lo que decía el motero? Fui hacia la mesa del bufé.

—Cuando tienes hambre, no hay nada mejor que la comida —le dije a un completo desconocido.

Corté un trozo pequeño de jamón, me llevé un huevo relleno a la boca y resistí la tentación de ponerlo delante de mis dientes y sonreír de forma amenazadora, como hacíamos de niños. Mastiqué y tragué y cogí otro. Pronto, sin duda, parecería una gran serpiente vertical que se había tragado una rata. La rata Ben. Las serpientes

sólo se comerían un solomillo si estaba disfrazado tras la cabeza de un pequeño roedor. Ahí había alguna lección y algo más de vino la revelaría.

—¡Oh, mira todos esos tristes pollos! —dije ambiguamente y con la boca llena.

Había rumores de que la tarta de bodas todavía no estaba terminada y tardaría un rato. Algunas personas empezaban a bailar, antes de que las nubes oscuras estallaran y lo estropearan todo. Junto a la mesa de la comida había una más pequeña que mostraba una variedad de repelentes de insectos, aerosoles y cremas, como si fuera el rincón cosmético de un baño de chicas pijo, con la única diferencia de que había una discreta constelación de mosquitos. Los invitados se acercaban un poco demasiado a la comida, y los olores del limoncillo y la lluvia inminente se mezclaban en el aire.

El motero tenía razón: había que descongelar los pies, dar pasos a ciegas hacia atrás, arriesgarse a perder el equilibrio, arriesgarse a una caída infinita, para dar espacio a la vida. ¿Qué había dicho? ¿Quién sabía? La gente movía sus cuerpos al ritmo de *Shake Your Body* de Michael Jackson. Yo quería que esa canción sonara en mi funeral. También *Takin' It to the Streets* de los Doobie Brothers. Y también *Have Yourself a Merry Little Christmas*, sólo por tomarle el pelo a la gente.

Dejé en el suelo mi plato de papel y mi copa de plástico. Miré al padre de Ian, que de nuevo estaba melancólico y solo. «¡Ven a bailar con alguien de tu edad!», le dije, y como no respondió «Eso no va a ocurrir», me acerqué a él desde el otro lado del césped.

Al aproximarme me di cuenta de que, desde la época en que a veces venía por casa para recoger a María y llevarla a casa en el deportivo plateado que había comprado hacía poco, le habían hecho algo en los ojos, un estiramiento para quitar la hinchazón: prefería parecer asustado y loco a aparentar los cincuenta y seis años que tenía. Lo cogí con las dos manos y lo arrastré. «Guau», dijo con algo

parecido a una sonrisa, y soltó una mano para levantarla sobre su cabeza y hacerla revolotear en un paródico torbellino de jazz. En el lenguaje de signos significaba «aplauso».

Necesitaba mi aliento para bailar, así que intenté no reír. Detuve mi rostro en una sonrisa amplia y, ah, por segunda vez el sol vino para iluminar el lateral del establo rojo y giratorio.

## **AGRADECIMIENTOS**

Por su generosa lectura y sus útiles aportaciones, doy las gracias a Julian Barnes, Charles Baxter, Mona Simpson, Lorin Stein, Melanie Jackson y Victoria Wilson.

# Notas

\* Alusión a la obra teatral de John Millington Synge *The playboy of the western world* (1907), traducida al castellano con el título de *El botarate del Oeste*. (N. del e.)

\* El Día de Sadie Hawkins es un acontecimiento folclórico estadounidense, originado por la tira cómica *Li'l Abner* de Al Capp. El padre de una joven poco atractiva de la localidad está preocupado por que no encuentre marido. Organiza una carrera a fin de reunir a todos los solteros de la zona. Para disgusto de los solteros, las solteras del pueblo deciden institucionalizarlo. El episodio de la tira cómica inspiró una fiesta celebrada en varios lugares de Estados Unidos el sábado posterior al 9 de noviembre donde las chicas pedían salir a los chicos. (*N. del t.*)

\* Juez auxiliar del Tribunal Supremo de Estados Unidos desde 1991. Segundo miembro negro de esta institución. (*N. del e.*)

\* *Death y Bail*: Muerte y Fianza. (*N. del t.*)

\* En castellano en el original. (*N. del t.*)

\* El señor McGregor es un personaje de ficción creado por la autora e ilustradora Beatrix Potter. (*N. del t.*)

\* Pilobolus es un conjunto de baile contemporáneo estadounidense. (*N. del t.*)

*Cuentos completos*

Lorrie Moore

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Self-Help / Like Life / Birds of America / Bark*

Diseño de la portada basado en una idea original de Charlotte Strick

*Self-Help*: © M. L. Moore, 1985

© por la traducción, Alejandro Pareja Rodríguez, 2002

*Like Life*: © Lorrie Moore, 1988, 1989, 1990

© por la traducción, Isabel Murillo Fort, 2003

*Birds of America*: © Lorrie Moore, 1998

© por la traducción, María José Galilea Richard, 1999

*Bark*: © Lorrie Moore, 2014

© por la traducción, Daniel Rodríguez Gascón, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización de los propietarios del *copyright* de la traducción de la obra, manifiesta la reserva de derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2020

ISBN: 978-84-322-3704-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.  
[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**

**NARRATIVA  
LITERARIA**

---



**¡Síguenos en redes sociales!**



